

Universidad de Granada
Departamento de Sociología



Programa de doctorado en Ciencias Sociales

**Flujos espaciales y dinámicas
residenciales de centralización
en las áreas metropolitanas
españolas**

Tesis doctoral

José Manuel Torrado Rodríguez

Directores:

Joaquín Susino Arbucias

Ricardo Duque Calvache

Octubre 2019

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales
Autor: José Manuel Torrado Rodríguez
ISBN: 978-84-1306-447-5
URI: <http://hdl.handle.net/10481/59770>

Los resultados de esta tesis han sido desarrollados en el marco del Proyecto I+D MOVITRA IV (Subproyecto: Procesos de reconfiguración social metropolitana. Código: CSO2014-55780-C3-3-P).



A mi ángel de la guarda, mi tita Encarna

A mi madre, mi padre y mi hermana

A mis amigos y compañeros

Agradecimientos

Si he de ser sincero, no soy persona de creer en el mérito y el trasfondo ideológico individualista que a su concepto mismo subyace, todo lo contrario, siempre he pensado que los logros personales son en gran medida una construcción colectiva, producto de la confluencia de una serie de factores sociales que crean su condición de posibilidad. Por tanto, no voy a pensar diferente al respecto de mi propia tesis. La memoria de tesis que aquí se presenta es fruto de cuatro años de trabajo y esfuerzo pero, ante todo, es producto del apoyo material, intelectual y afectivo de todas las personas que me habéis acompañado a lo largo de este arduo periplo, por lo que esta tesis, más que un logro en sentido estricto, es una construcción colectiva, mía y de todos vosotros.

En primer lugar, debo dar las gracias a mis directores de tesis, Joaquín Susino y Ricardo Duque, por su encomiable tarea de orientación, formación y revisión y porque, pese a sus múltiples obligaciones, siempre consiguieron sacar tiempo para que nunca me sintiera solo. A Joaquín le debo tanto que todo lo que dijera aquí se quedaría corto... Agradecerle la confianza que depositó en mí, la oportunidad que me dio para poder hacer sociología y, sobre todo, el haber sabido transmitirme su visión y saber hacer, sin los cuales esta tesis no hubiera sido posible. No menos le debo a Ricardo, el cual se ha volcado de lleno en la supervisión de esta tesis y, más allá de ella, se ha convertido en un excepcional compañero de trabajo y en una auténtica guía, sin cuyo apoyo y orientación me sería muy difícil moverme en el complicado mundo de la academia. Muchas gracias a los dos por todo, para mí siempre seréis mis maestros en el pleno sentido de la palabra.

Agradecer también al grupo de trabajo del proyecto RECSOC, mi grupo. A vosotros os debo todo lo que soy profesionalmente y espero que, pase lo que pase, podamos seguir haciendo sociología juntos muchos años más. Con perdón de los demás, quisiera destacar el papel que han tenido en esta tesis dos personas del grupo, Nayla Fúster e Isabel Palomares. A Nayla quiero agradecerle el apoyo que me ha dado todos estos años, tanto por mantenerme al día de los trámites burocráticos del doctorado (ya sabes que soy un poco despistado), como por haber tenido siempre tiempo para escuchar mis “ruegos y plegarias”. Y a Isa tengo que agradecerle el haber sabido transmitirme su conocimiento

experto de las técnicas cuantitativas, gracias a los cuales, creo, esta tesis ha ganado en calidad. Nada de esto hubiera sido posible sin vosotras.

También tengo que mencionar a mis amigos, que siempre confiaron en mí y me han dado el apoyo emocional necesario ante el desaliento que a veces ocasiona este largo camino. A mi gente de Huelva, Ale, Popa, Damián, Jesus “yayo” y Fran que desde el cariño siempre me llamaron “doctorado”, ahora creo que podéis hacerlo con todas las de la ley. A mi gente de Granada, Raúl López, “Fransis”, “Angie”, Popi, Arturo, Julio “Sefi”, Manuel Carrillo, Marta Donat, Miguel “el filósofo”, “Pabliño” y “Manuels”, espero poder seguir disfrutando de esas discusiones acaloradas sobre sociología, política y economía con vosotros y, sobre todo, espero que pronto leáis esta tesis y me la critiquéis tomando unas cervezas y unas tapas. También quiero agradecerle a mi amigo Fran Carrillo el haber estado ahí desde que tengo memoria, y a mi compañera Anabel por haberme aguantado estos últimos meses tan duros.

Por último, pero no menos importante, quiero agradecerle a mi familia todo el tiempo, recursos y afectos invertidos en mí. A mis padres, Maribel y José Manuel, porque sin su confianza y sacrificio nunca hubiera llegado a nada. A mis abuelos, que trabajaron duro en un contexto de miseria para que hoy en día pueda (y podamos) estar aquí. A mi hermana Lucía que, a veces con una sonrisa, a veces con una regañina, siempre quitaba yerro a mi frustración y me empujaba a seguir hacia una meta, esta tesis, que siempre dio por supuesta. A mi tito padrino Manuel Mancilla Blanes, aquel que me enseñó a andar... y que, aunque se fue demasiado pronto, siempre estuvo muy presente. Pero especialmente quiero agradecerle y dedicarle esta tesis a mi abuela Encarnación García Morales, mi segunda madre y, ahora, mi ángel de la guarda. Sin su incondicional apoyo económico y confianza nunca hubiera terminado esta tesis, siempre estuvo ahí y sé que, de alguna manera, siempre estará.

Índice de contenido

| | |
|--|-----------|
| Resumen | 13 |
| Capítulo 1. Introducción | 15 |
| 1.1. Ciudad, movilidad y movilidades | 15 |
| 1.2. Los movimientos de centralización como objeto de estudio | 19 |
| 1.3. Estructura de la tesis..... | 22 |
| 1.4. Sobre el periodo predoctoral | 25 |
| PARTE I. MARCOS ANALÍTICOS PARA EL ESTUDIO DE LA CENTRALIZACIÓN | |
| Capítulo 2. La recuperación material y simbólica de las ciudades centrales..... | 33 |
| 2.1. El concepto de centro. Las cabeceras como centros | 34 |
| 2.2. Auge del modelo centrífugo y decadencia de las cabeceras | 39 |
| 2.2.1. Los baby-boomers y la expansión metropolitana | 40 |
| 2.2.2. Deterioro residencial y económico-material de las cabeceras metropolitanas | 41 |
| 2.2.3. Lo suburbano como centro ideológico..... | 42 |
| 2.2.4. La huida de las clases medias | 44 |
| 2.3. La recuperación de las cabeceras metropolitanas ¿Emergencia de un modelo centrípeto?..... | 45 |

| | |
|---|------------|
| 2.3.1. La recuperación demográfica de las ciudades centrales: envejecimiento de los “baby-boomers” y segunda transición demográfica | 46 |
| 2.3.2. La recuperación de la centralidad económico-material de las ciudades: reinversión, recapitalización y resurgencia..... | 49 |
| 2.3.3. La recuperación de la centralidad simbólico-cultural de las ciudades. Unas ciudades centrales que se resignifican | 54 |
| 2.3.4. La recuperación de la centralidad social de las ciudades. La vuelta de las clases medias: gentrificación y renovación urbana | 57 |
| Capítulo 3. Los dos momentos de la centralización en el desarrollo urbano-metropolitano | 61 |
| 3.1. De los modelos de desarrollo urbano a los modelos de desarrollo metropolitano | 62 |
| 3.2. Críticas a los modelos clásicos de desarrollo metropolitano | 69 |
| 3.3. Una propuesta de modelo de desarrollo urbano según los flujos espaciales de movilidad residencial | 72 |
| Capítulo 4. La centralización como elección residencial individual | 79 |
| 4.1. Movilidad residencial y centralización | 80 |
| 4.2. La explicación del comportamiento residencial: la decisión de moverse | 84 |
| 4.3. La explicación de la elección del entorno residencial..... | 90 |
| 4.3.1. Los entornos residenciales. Cabeceras y coronas como entornos residenciales diferenciados..... | 91 |
| 4.3.2. El primer momento en los estudios sobre elección del entorno residencial: el enfoque del ajuste funcional | 95 |
| 4.3.3. El segundo momento en los estudios sobre elección del entorno residencial: la importancia de la experiencia residencial | 100 |
| 4.3.4. Una propuesta teórica para analizar la centralización como elección residencial | 103 |
| PARTE II. ÁMBITO, FUENTE Y METODOLOGÍA | |
| Capítulo 5. Las áreas metropolitanas españolas como ámbito de estudio | 109 |
| 5.1. Importancia, definición y delimitación de las áreas metropolitanas | 110 |
| 5.2. Una tipología de las áreas metropolitanas españolas | 117 |
| 5.2.1. Tipos de áreas según estructura | 118 |
| 5.2.2. Tipos de área según grado de desarrollo de los procesos metropolitanos | 119 |
| 5.3. Los entornos residenciales en las áreas metropolitanas españolas..... | 123 |

| | |
|---|------------|
| 5.3.1. Diferencias según funciones y servicios. Breve análisis de las diferencias según centralidad urbana de los municipios metropolitanos | 124 |
| 5.3.2. Diferencias en las características del parque de viviendas | 133 |
| 5.3.3. Diferencias en el perfil social y demográfico de sus habitantes | 137 |
| 5.3.4. A modo de conclusión ¿son cabeceras y coronas entornos diferenciados? ... | 142 |
| Capítulo 6. Fuente y metodología..... | 143 |
| 6.1. La fuente de datos: el Censo de Población y Vivienda 2011 | 143 |
| 6.1.1. Descripción, potencialidades y limitaciones de la fuente | 143 |
| 6.1.2. La operacionalización de la movilidad residencial y la centralización a partir del censo de 2011 | 147 |
| 6.1.3. Operacionalización de variables censales para la explicación de la centralización | 153 |
| 6.2. Estrategia metodológica | 159 |
| 6.3. Los modelos logísticos como técnica para explicar la elección residencial | 163 |
| 6.3.1. Especificación de un modelo logístico para la elección residencial de las cabeceras | 166 |
| 6.3.2. Etapas en la estimación de un modelo logístico: presentación de un ejemplo | 168 |
| 6.3.3. Modelos por pasos y análisis de la mejora del modelo..... | 179 |
| 6.3.4. Cálculo de los Average Marginal Effects (AMEs) para la comparación de los coeficientes de diferentes modelos | 182 |
| PARTE III. RESULTADOS. HACIA UNA EXPLICACIÓN DE LA CENTRALIZACIÓN | |
| Capítulo 7. Los protagonistas de la centralización..... | 189 |
| 7.1. La centralización en el conjunto de la movilidad residencial metropolitana | 191 |
| 7.2. Características generales y diversidad territorial | 196 |
| 7.3. Relación con el parque de viviendas y efectos socioespaciales | 210 |
| 7.4. Sumario | 216 |
| Capítulo 8. La explicación global de la centralización. Una aproximación a partir de modelos logísticos..... | 219 |
| 8.1. El peso de los factores individuales en la explicación de la centralización | 226 |
| 8.2. Determinantes de la centralización | 228 |
| 8.3. De la explicación a las explicaciones de la centralización..... | 233 |

| | |
|--|------------|
| Capítulo 9. Trayectorias de concentración y recentralización. Diversidad de centralizaciones según la experiencia residencial de sus protagonistas..... | 241 |
| 9.1. La importancia de la experiencia residencial | 248 |
| 9.2. Determinantes de las trayectorias de concentración y recentralización..... | 251 |
| 9.3. ¿Dos trayectorias, dos formas de centralización? | 256 |
| Capítulo 10. Procesos de recentralización y concentración. Diversidad territorial de los movimientos de centralización..... | 261 |
| 10.1. La importancia de los factores territoriales | 266 |
| 10.2. Los movimientos de centralización y el ciclo de expansión metropolitano. Procesos de recentralización y concentración..... | 269 |
| 10.3. De la diversidad territorial a la reconfiguración social de las cabeceras | 274 |
| Capítulo 11. ¿Seleccionan las ciudades a su población? La centralización en la reconfiguración social de las áreas metropolitanas | 279 |
| 11.1. ¿Quién entra y sale de las cabeceras?..... | 284 |
| 11.2. Perfiles de la centralización y la suburbanización | 290 |
| 11.3. Determinantes de la centralización y la suburbanización. Factores de atracción y repulsión de las cabeceras | 294 |
| 11.4. ¿Seleccionan las ciudades a su población? | 303 |
| PARTE IV. CONCLUSIONES | |
| Capítulo 12. Reflexiones finales..... | 309 |
| 12.1. Recapitulación. Explicación(es) y consecuencias de la centralización..... | 309 |
| 12.1.1. La(s) explicación(es) de la centralización | 311 |
| 12.1.2. La centralización en la reconfiguración social de las ciudades | 314 |
| 12.2. Más allá de la centralización. Implicaciones para el estudio de otras formas de movilidad y líneas de investigación futura..... | 316 |
| Bibliografía..... | 323 |
| Anexos..... | 359 |
| Índices de tablas y figuras..... | 367 |

Resumen

El objeto de la presente tesis son los movimientos de centralización, una particular forma de movilidad residencial que supone el desplazamiento por parte de individuos y hogares desde las coronas metropolitanas hacia las ciudades centrales. Hasta el momento, la centralización ha sido problematizada como flujo espacial, es decir, en términos agregados, señalando su papel clave tanto en las primeras fases como en las etapas más avanzadas de los procesos urbanos y metropolitanos. No obstante, su conocimiento como elección individual, como acción social de individuos y hogares, es bastante más limitado, circunscribiéndose a un conjunto muy reducido de aportaciones principalmente focalizadas en grandes urbes, donde estos movimientos se vinculan a procesos de gentrificación y renovación urbana. Dado este relativo vacío en la literatura al respecto, en la presente tesis trataremos de explicar este movimiento en tanto que elección residencial de individuos y hogares. Para ello, se explicitarán los factores que se encuentran detrás de dicha elección, la variabilidad que el fenómeno puede asumir según los momentos vitales y contextos espaciales en los que se dé, así como sus efectos en la transformación socioespacial de las principales ciudades. Tras un capítulo introductorio en el que se expone el enfoque general adoptado y se justifica la importancia del objeto de estudio, esta tesis se estructura en cuatro partes fundamentales.

En la primera parte se expone la literatura previa existente al respecto de la centralización, organizada en tres niveles de análisis: macro, meso y micro. En el nivel macro (capítulo 2), se recogen todas las aportaciones que han tratado los procesos estructurales más generales (cambios demográficos, sociales, económicos, culturales) que están dando lugar a un renovado atractivo de las ciudades centrales tras una etapa previa de declive y expansión suburbana. En el nivel meso (capítulo 3), se presenta una compilación crítica sobre los modelos teóricos de desarrollo urbano y metropolitano que, de una manera u otra, han dado cuenta del papel de la centralización en el proceso de configuración de las ciudades. Por último, en un nivel micro (capítulo 4), se sintetizan las principales aportaciones sobre comportamiento residencial, esbozando un esquema interpretativo teórico de la elección de entorno residencial, entendida como acción social de individuos y hogares. Este esquema interpretativo constituye la principal base teórica sobre la cual se han desarrollado los resultados de la presente tesis.

La segunda parte corresponde al apartado metodológico. En él se expone el ámbito de estudio, las áreas metropolitanas españolas (capítulo 5), recogiendo su definición, delimitación y tipología, además de un análisis descriptivo de las características funcionales, residenciales y sociodemográficas de sus dos principales componentes territoriales o entornos: cabeceras y coronas. Tras el ámbito, se explicita la fuente empleada, el Censo de Población y Vivienda 2011, la operacionalización de las variables, y la principal técnica estadística a partir de la cual se construye la explicación del fenómeno, la regresión logística (capítulo 6).

La tercera parte corresponde con los resultados de la tesis. En un primer paso, se describe el perfil de los protagonistas de la centralización y su relación con el parque de viviendas (capítulo 7). En un segundo momento (capítulo 8), se desarrolla un modelo general para la explicación de la centralización en el conjunto del universo metropolitano español. Tras esta primera imagen general se procede al análisis de las manifestaciones concretas que asume el fenómeno según su papel en las trayectorias vitales y residenciales (capítulo 9) y según el contexto metropolitano en el que se desenvuelva (capítulo 10). Por último, se realiza una aproximación a sus efectos socioespaciales (capítulo 11), poniendo en relación la centralización con sus movimientos contrarios, la suburbanización.

Finalmente, en la cuarta parte se abordan las principales conclusiones de esta tesis (capítulo 12), presentando una síntesis de resultados, las implicaciones y conocimientos más generales que pueden extraerse del análisis realizado, así como las líneas de investigación futura que quedan abiertas.

Capítulo 1. Introducción

1.1. Ciudad, movilidad y movilidades

Todas las sociedades humanas que han existido a lo largo de la historia, con sus particularidades culturales, sus formas de producción y subsistencia y sus sistemas de estratificación social, han tenido siempre que construir espacios, de interacción, de producción y reproducción, que han sido (y son) la materialización de los complejos sistemas de relaciones sociales propios de cada momento histórico. Desde las sociedades más primitivas, organizadas en pequeños poblados nómadas, hasta las sociedades actuales, en las que emergen las grandes metrópolis, el ser humano ha tenido que lidiar con su condición material, propiamente humana, y construir los espacios necesarios para la producción y reproducción de sus particulares formas de vida. La historia de la humanidad es la historia de la producción del espacio.

La ciudad, como manifestación espacial de las relaciones sociales, es un fenómeno que viene desde antiguo, pero no encontramos el germen de las ciudades actuales hasta las postrimerías de la Edad Media, momento en el que estas se configuran como centros de manufactura artesanal e intercambio comercial. Estas ciudades primitivas

constituyeron la base material necesaria para la constitución de la nueva sociedad de clases que, algo más tarde, terminaría por dinamitar la vieja estructura social estamental. Pero no es hasta el advenimiento de la Modernidad cuando la ciudad termina por configurarse como la manifestación espacial propia de la sociedad occidental. Una ciudad especializada en la producción industrial cuyo dinamismo y crecimiento tenían como principal fuente los ingentes flujos poblacionales procedentes de los entornos rurales. Es esta la ciudad que fue estudiada y teorizada por los clásicos de la sociología, y aunque a veces sea omitida, es la base física y social a partir de la cual se desarrollan las primeras grandes narrativas que intentan dar cuenta de las nuevas formas sociales que caracterizan a la vida moderna: la solidaridad orgánica, el Capital o la organización social racional. Más allá de estas narrativas más generales, es también esta ciudad industrial que se desarrolla y consolida entre finales del siglo XIX y los albores del XX, en la que se realizan los primeros esbozos de la subdisciplina que hoy llamamos sociología urbana (Bettin, 1982), a través de los clásicos trabajos sobre la ciudad de Weber (1993 [1922]), Simmel (2013 [1900]) o la Escuela de Chicago (Park, Burgess y MacKencie, 1924; Wirth, 1938).

En tiempos más recientes esta ciudad comienza un proceso de explosión, rompiendo sus viejas fronteras físicas y expandiéndose más allá de sus tradicionales límites, incorporando poco a poco, territorios que hasta entonces habían sido rurales. Comienza de esta manera el llamado proceso de metropolización, el cual da lugar a una nueva forma urbana de carácter supramunicipal, propia de las sociedades capitalistas avanzadas, las áreas metropolitanas. La consolidación del proceso de concentración de la población en ciudades (urbanización) que tiene lugar a lo largo del pasado siglo XX, hace que cambien sustancialmente las fuentes de dinamismo y crecimiento de estas nuevas ciudades metropolitanas respecto a las ciudades industriales anteriores. El agotamiento de los flujos demográficos procedentes del mundo rural da lugar a una nueva era de la movilidad, en la que el dinamismo urbano se explica principalmente por los intercambios internos que se producen en el seno de las metrópolis, es decir, por la movilidad residencial de los habitantes de las ciudades.

La consideración de la movilidad residencial de la población como principal factor estructurante de las ciudades contemporáneas constituye el punto de partida de la presente tesis. La ciudad metropolitana es un espacio físico y social, en tanto que la estructura

urbana no es más que la materialización física del complejo sistema de relaciones sociales que articula la sociedad que la habita. Por tanto, como cualquier estructura social, esta se construye (se reproduce y se transforma) a través de las acciones de los individuos que la componen. A este respecto, la movilidad residencial de la población juega un papel fundamental ya que, más allá de ser el principal flujo demográfico que explica el dinamismo de las ciudades del presente, esta es ante todo la acción social a través de la cual individuos y hogares dan forma a la ciudad metropolitana (Susino, 2003). Por ello, entender el funcionamiento, producción y transformación de la ciudad pasa necesariamente por entender la movilidad residencial de sus habitantes, es decir, pasa por la explicación de las decisiones y elecciones concretas de movilidad por la que optan individuos y hogares y, a través de las cuales, cambian la ciudad.

El análisis de las decisiones de movilidad de los actores sociales en el espacio urbano no es un campo de estudio nuevo, sino que se remonta a mediados del pasado siglo XX a través de los trabajos de Stouffer (1940) y Rossi (1955). Sin embargo, estos primeros trabajos sobre las decisiones de movilidad tienen dos limitaciones fundamentales. Primero, carecen de un marco interpretativo complejo sobre la movilidad en tanto que acción social, analizándola, de manera casi exclusiva, en relación con los cambios asociados al ciclo de vida familiar. Segundo, se centran especialmente en la decisión de moverse, dejando como una cuestión secundaria, o incluso llegando a omitirse, las elecciones residenciales concretas por determinados tipos de vivienda o entornos. En tiempos más recientes puede decirse que estas limitaciones se han superado casi al completo.

Respecto a la primera, se han ido construyendo marcos interpretativos de la decisión de movilidad más complejos, que consideran, además de los cambios asociados a los cursos vitales de los sujetos, las restricciones y recursos propios impuestos por la posición social, los estilos de vida, e incluso otras dimensiones referentes a aspectos más subjetivos, tales como el arraigo, la experiencia residencial, la percepción del entorno y la vivienda, etc. De esta manera, en la actualidad se ha avanzado en la construcción de un marco interpretativo de la movilidad en tanto que acción social, fraguada en la compleja intersección entre las necesidades y deseos residenciales emergentes de los sujetos, sus posibilidades y recursos, y las constricciones y oportunidades propias del contexto (de la

estructura urbana y social más general) en la que la decisión se enmarca (Mulder y Hooimeijer, 1999).

En cuanto a la segunda, han ido surgiendo cada vez más trabajos que van más allá de la explicación de la decisión general de movilidad, tratando de arrojar luz sobre elecciones concretas. Aunque aún en la actualidad este cuerpo de literatura se encuentra poco desarrollado, supone en cierta medida un cambio de perspectiva. Si bien anteriormente se había analizado la decisión de movilidad, la consideración de las distintas elecciones potenciales de los individuos dibuja un panorama mucho más rico y complejo, en el que las múltiples elecciones conllevan múltiples explicaciones. Una diversidad de explicaciones que radica tanto en las diferentes constricciones y oportunidades estructurales existentes en los distintos espacios, como en las valoraciones sociales y percepciones que se les asocian. Por ello, creemos que es necesario pasar de hablar de la movilidad en singular, a las movilidades en plural.

Pero definir las distintas formas de movilidad (o movilidades) es una cuestión también compleja, muy condicionada por la cantidad y tipos de espacios que quieran ser considerados, algo que viene siempre marcado por los objetivos que los investigadores persigan en cada momento. Existen tantas formas de movilidad residencial como elecciones posibles: movilidad de barrios consolidados a ensanches, movilidad al centro histórico, movilidad intrabarrial, etc. Sin embargo, de cara a conocer el papel de la movilidad en la reconfiguración de la estructura metropolitana, tiende a hablarse de formas de movilidad de carácter intermunicipal, que son aquellos intercambios más propiamente metropolitanos, es decir, los que caracterizan a las ciudades metropolitanas y las diferencian de otras realidades urbanas. Y de otro lado, porque son aquellas movilidades que tienen implicaciones directas sobre la reconfiguración espacial del área a escala supramunicipal. Entre estas formas tenemos tres movimientos principales: la suburbanización (movilidad de la ciudad central a los municipios corona), la centralización (movilidad de los municipios corona hacia la ciudad central) y la movilidad entre municipios de la corona, cada una con consecuencias diferentes sobre el desarrollo de las ciudades metropolitanas. La primera tiene como consecuencia la expansión de la ciudad hasta límites cada vez más distantes y la integración progresiva de los territorios circundantes. La segunda juega un papel más complejo, marcando tanto las etapas de inicio de los procesos metropolitanos, como etapas más avanzadas en las que el área se

consolida como mercado de vivienda intermunicipal. Mientras la tercera, supone la emergencia de un papel activo de la corona metropolitana, dando cuenta del surgimiento de submercados de vivienda e incluso de procesos de expansión desde municipios más saturados hacia municipios que se van incorporando a la dinámica metropolitana.

Centralización, suburbanización y movilidad en la corona son así tres piezas fundamentales del complejo puzzle que son las ciudades metropolitanas del presente. Tres piezas que requieren de procesos concienzudos de construcción teórica y estudio empírico, tanto para conocer los factores individuales que operan detrás de las mismas, como para el esclarecimiento de sus posibles consecuencias sobre la reproducción y transformación de las ciudades. La tesis que aquí se presenta pretende arrojar luz sólo al respecto de una de estas piezas, una de las menos exploradas hasta el momento, los movimientos de centralización. Un cometido modesto, pero no por ello menos complicado, que esperamos, permita avanzar un poco más en el conocimiento del comportamiento residencial y en su papel en la transformación de las ciudades del presente.

1.2. Los movimientos de centralización como objeto de estudio

Aunque sea sólo una de las piezas para entender el funcionamiento de las ciudades metropolitanas actuales, la centralización es importante por varias razones, que van desde tendencias macroestructurales que están haciendo que este movimiento cobre cada vez más importancia en tiempos recientes, hasta reflexiones más micro relacionadas con su explicación individual.

En términos macroestructurales, desde los diversos saberes que configuran el campo interdisciplinar de los estudios urbanos, se están detectando ciertos cambios, generalizados a la totalidad de las sociedades occidentales, que parecen favorecer el repunte de estos movimientos, debido al recobrado atractivo residencial, simbólico y económico de las viejas ciudades centrales desde las que despegaron los procesos de metropolización. Las recientes transformaciones económicas asociadas a la deslocalización de las viejas industrias y la especialización funcional de las ciudades centrales como centros de servicios avanzados (Storper y Maville, 2006); la emergencia de una demanda cada vez más amplia que reclama espacios residenciales que sólo se

encuentran en las cabeceras, debido a procesos sociales y demográficos como el surgimiento de las nuevas clases medias (Ley, 1996), el envejecimiento de la generación del *baby boom* (Donat, 2010; Nguyen, 2006) o la emergencia de nuevas formas de convivencia no familiares ligadas a la segunda transición demográfica (Buzar, Ogden y Hall, 2005); así como transformaciones culturales que dan lugar a nuevos imaginarios sobre lo urbano que ponen en valor lo urbano denso (Howley, 2009), y rechazan el modo de vida suburbano, más fragmentado y estereotipado (Caufield, 1994). Grandes cambios sociales, demográficos, económicos y culturales que han llevado a muchos a hablar de una nueva era en la que las ciudades centrales reemergen, acuñando multitud de etiquetas para este proceso: resurgencia (Gordon, 2004), reurbanización (Ouředníček, Šimon, y Kopečná, 2015), recentralización (Galiana y Vinuesa, 2012), retorno a la ciudad (Carrión, 2001), *back-to-the-city movement* (Rérat, Piguet, Söderström y Besson, 2008), etc. La confluencia de estos cambios parece estar teniendo cierto efecto en los movimientos de centralización, siendo no pocos los autores que detectan un incremento sustancial de los mismos en las muchas áreas metropolitanas como Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla o Bilbao (López-Gay, 2014), Washington (Sturtevant y Jung, 2011) e incluso otras de menor entidad como Granada (Susino y Palomares-Linares, 2013). Un incremento de la centralización que parece estar contrarrestando la tendencia hasta entonces dominante al vaciamiento de las ciudades centrales y que, según algunos, podrían ser un indicio de la emergencia de un nuevo modelo urbano-metropolitano centrípeto (López-Gay, 2017) que se contrapone al anterior modelo centrífugo donde predominaban los movimientos de suburbanización.

En un nivel intermedio entre lo macro y lo micro (o meso) la centralización también cobra importancia por el papel que tiene en el proceso de desarrollo urbano y en la reconfiguración social y demográfica de las metrópolis. Respecto a lo primero, la centralización se muestra como un movimiento muy relevante para el proceso de metropolización, sin el cual es prácticamente imposible entenderlo. En las primeras etapas, la centralización es el movimiento más fuerte que convive con las potentes migraciones desde lo rural, y supone la concentración de población en las ciudades centrales (Champion, 2001). Una primera fase de los procesos metropolitanos que, a través del vaciamiento de los municipios circundantes (que todavía no han devenido en corona) y la progresiva saturación de la ciudad central, crea la condición de posibilidad para la emergencia del proceso de suburbanización posterior. Mientras en las etapas más

avanzadas del proceso la centralización repunta, pero con un cariz diferente, suponiendo la consolidación del mercado metropolitano de vivienda y contribuyendo a contrarrestar la tendencia centrífuga que generaba el vaciamiento de las ciudades centrales (Feria, 2015). En cuanto a lo segundo, los movimientos hacia las ciudades han tendido a identificarse en tiempos recientes con transformaciones socioespaciales relevantes que están cambiando la naturaleza física y social de las ciudades metropolitanas, alimentando procesos de gentrificación y renovación urbana (Contreras, 2011), que tienen como correlato la movilización de los sectores populares hacia zonas periféricas, dando lugar incluso a un cambio en el perfil social de los procesos de suburbanización (Cook, 2010), cada vez más vinculados a los menos cualificados y los más pobres, que optan por las coronas.

En un nivel micro, el estudio de la centralización se justifica por su práctica ausencia. Si bien existen trabajos previos que han tratado de estudiar el perfil de los nuevos habitantes urbanos (Buzar *et al.*, 2005; Kabisch y Haase, 2011; Kabisch, Haase y Haase, 2010; Todorí y Cviji, 2015; Seo, 2002), los trabajos que tratan específicamente los movimientos de centralización, diferenciándolos de las migraciones hacia lo urbano, son bastante menos cuantiosos, encontrando sólo un puñado de ellos que han tratado de estudiarlos a través de modelos de decisión individual (Feijten y Ham, 2007; Marois y Bélanger, 2013; Turcotte y Vézina, 2010; South y Crowder, 1997). Esta ausencia de investigación empírica sobre la elección residencial por las ciudades centrales es incluso mayor en el caso español, dónde, exceptuando la investigación que se ha realizado en la presente tesis, sólo los trabajos de López-Gay y Recaño (2008, 2009) han abordado la tarea de aproximarse a la centralización como conducta individual. Sabemos tan poco acerca de la elección por la centralización que, en muchas ocasiones, cuando leemos alusiones a la misma, suele hablarse de ella en los términos en los que esbozaba Rossi (1955), un hecho que evidencia la carencia de investigación empírica actualizada. En la línea de lo que apuntaba este trabajo clásico, sigue pensándose que la centralización es un movimiento asociado a cambios posteriores a la formación de la familia, relacionado con el retorno de antiguos suburbanitas. Sin embargo, como veremos, la centralización es un fenómeno más rico y diverso, relacionado con multitud de eventos vitales que van más allá de estos tópicos que, en ocasiones, tienen más de prejuicio que de verdad contrastada. Por otra parte, los pocos estudios recientes sobre la elección por la centralización han puesto su foco en grandes ciudades, situadas en lo más alto de la jerarquía urbana,

obviando la centralización que transcurre en otras realidades urbanas de menor entidad. Sabemos muy poco sobre la centralización, y lo poco que sabemos se circunscribe a grandes megápolis.

Es al respecto de esta última laguna de conocimiento donde nuestra tesis realiza las principales aportaciones. A lo largo de la misma, trataremos de construir un marco interpretativo que nos permita analizar la elección residencial por las ciudades centrales, y lo aplicaremos a la principal fuente disponible a escala nacional que nos permite construirla desde una perspectiva individual, el censo de población. Analizaremos el movimiento en varios pasos sucesivos, cada vez más complejos en términos teóricos y técnicos, esbozando una explicación general del mismo y diseccionándola según los distintos contextos vitales y territoriales en los que estos movimientos tienen lugar, obteniendo así una visión completa, compleja y más actualizada del fenómeno.

No obstante, la principal contribución de esta tesis va más allá de su propio objeto, más allá de la centralización. A lo largo del trabajo, se desarrollan varias herramientas teóricas y metodológicas que pueden resultar de cierta utilidad para el estudio de otras movilidades. Tanto el marco interpretativo de la elección residencial y su aplicación en pasos sucesivos, como su operacionalización a través de una fuente a priori limitada, como es el censo, constituyen herramientas útiles cuya aplicabilidad ha de ser puesta a prueba en análisis posteriores. Por tanto, aunque nos centremos solo en una pieza del puzle, creemos que este trabajo sirve para sentar algunas bases teórico-metodológicas que pueden ser de utilidad para construir el resto de las piezas y, en un futuro, obtener una visión más completa del funcionamiento de las ciudades del presente.

1.3. Estructura de la tesis

El estudio sobre los movimientos de centralización que a continuación se presenta consta de cuatro grandes partes, a partir de las cuales se busca organizar de una forma más o menos coherente la investigación realizada durante los últimos cuatro años. El objetivo es mostrar al lector una visión integral de la centralización como elección residencial. Sin embargo, en tanto que este documento es una memoria de tesis, también busca demostrar los distintos conocimientos teóricos, técnicos y metodológicos que se han ido adquiriendo a lo largo del periodo formativo.

La primera parte constituye el marco teórico de la tesis. En ella tratamos de compilar todas las aportaciones previas que son relevantes para la contextualización y explicación de la centralización. Organizamos estas aportaciones en tres capítulos que responden a los diferentes niveles o contextos en los cuales la centralización cobra sentido. Un primer nivel macro (capítulo dos) en el que relacionamos la centralización con los cambios históricos más relevantes acaecidos en las distintas estructuras sociales, económicas, demográficas y culturales, y el impacto que estos han tenido sobre la reconfiguración de las ciudades. Unas ciudades metropolitanas en las que las cabeceras vuelven a configurarse como los centros materiales y simbólicos tras una etapa de declive, que creó la condición de posibilidad para que los movimientos de centralización sean, de nuevo, relevantes. Un segundo nivel intermedio o meso (capítulo tres) que la sitúa en el marco espacial más concreto de las ciudades en las que transcurre. A este respecto, revisamos las aportaciones específicas que se han hecho sobre la centralización desde los modelos de desarrollo urbano y metropolitano elaborados por la geografía urbana clásica, profundizando en los estudios empíricos que han tratado el diferente papel que juegan estos movimientos en las distintas ciudades según el grado de desarrollo de los procesos urbanos y metropolitanos. Se concluye haciendo una propuesta para entender su papel a partir de una definición del proceso de metropolización según los flujos de movilidad residencial. Por último, situamos a la centralización en el contexto micro de las elecciones y decisiones individuales (capítulo cuatro). Para ello, hacemos una revisión de las distintas aportaciones teóricas que se han ido haciendo sobre el comportamiento residencial, desde los estudios clásicos que lo relacionaban con el ciclo de vida familiar, hasta trabajos más recientes que introducen una mayor complejidad en su explicación. Este capítulo teórico es posiblemente el más importante, ya que en él abordamos la construcción de la centralización como acción social y explicitamos el marco interpretativo general que posteriormente será aplicado para su análisis.

En la segunda parte, tratamos el ámbito, la fuente y la metodología empleada en la realización de la tesis. Primero describimos el ámbito de estudio (capítulo cinco), las áreas metropolitanas españolas, explicitando la delimitación que asumiremos, y la clasificación de estas que nos servirá para contextualizar y analizar la centralización en el contexto espacial más cercano (el mercado de vivienda metropolitano). También analizamos las principales características (funcionales, residenciales y sociodemográficas) de cabeceras y coronas, en aras de demostrar que se trata de entornos diferenciados, lo que refuerza la

importancia del estudio de la elección por unos entornos u otros, y por tanto el estudio mismo de la centralización. En segundo lugar (capítulo seis), abordamos la explicación de la fuente, la estrategia metodológica y las técnicas empleadas para el análisis de la elección por la centralización. Primero, detallamos la principal fuente de datos, el Censo de Población y Vivienda 2011, explicando sus potencialidades y limitaciones, y el proceso de operacionalización que se ha hecho al respecto de la centralización y sus factores explicativos. En un segundo momento, explicitamos la estrategia metodológica que se ha seguido para abordar los resultados para, finalmente, explicar a través de un ejemplo las técnicas estadísticas utilizadas para analizar los determinantes individuales de la centralización.

El tercer bloque es el que dedicaremos al análisis de la centralización en tanto que elección residencial de individuos y hogares. Un análisis que realizaremos en diversos pasos sucesivos, de menor a mayor complejidad, y en el que aplicaremos a los datos disponibles el esquema interpretativo de la elección residencial desarrollado en el apartado teórico. Primero (capítulo siete), abordamos una descripción general del perfil de los protagonistas de la centralización en las áreas metropolitanas españolas, un objetivo modesto pero ineludible para abordar su explicación posterior. Exploramos cómo son los que vienen hacia las ciudades centrales en términos de sus características sociales y demográficas, así como en relación con otras variables relevantes para entender el comportamiento residencial (estilos de vida o experiencia residencial), profundizando también en las características del parque de viviendas al que acceden y, a través de éste, en sus posibles efectos socioespaciales. Una vez obtenida una imagen general de la centralización en las ciudades españolas, abordamos su explicación estadística a partir de modelos logísticos (capítulo ocho), con el objetivo de obtener una visión general (para el conjunto del universo metropolitano español) del fenómeno. A partir de aquí comenzamos a hilar más fino, añadiendo al modelo general obtenido nuevas variables independientes que nos informen de la importancia de los contextos vitales (experiencia residencial previa) y territoriales (tipo de área metropolitana) en la decisión analizada, diseccionando el movimiento según dichas variables. El objetivo es conocer los diversos determinantes del fenómeno según si los individuos van por primera vez a las cabeceras o retornan a las mismas (capítulo nueve), y según se dé en áreas con procesos metropolitanos consolidados o nacientes (capítulo diez). De esta manera, profundizamos en la diversidad de una centralización que, lejos de obedecer a una explicación simple,

cobra múltiples significados y tiene diferentes implicaciones según el momento de la vida en el que ocurra y según el tipo de área en el que se dé. Por último, dado que partimos de la idea de que las ciudades metropolitanas son producidas por las elecciones residenciales de sus propios habitantes, analizamos los efectos de la centralización en la reconfiguración social de las principales áreas metropolitanas (capítulo once), para lo cual, se contrasta con su principal movimiento alternativo: la suburbanización.

El último bloque de conclusiones (capítulo 12), trata de hacer una recapitulación de los principales resultados obtenidos, conectando las conclusiones extraídas al final de cada capítulo de resultados en una línea argumentativa más coherente, con el fin de mostrar una visión completa y rica del fenómeno. También en este apartado se ponen de manifiesto los distintos flecos que quedan sueltos y deberían ser abordados por la investigación futura, así como las lecciones que pueden extraerse de nuestra investigación para el análisis más general de las elecciones residenciales en contextos urbanos.

1.4. Sobre el periodo predoctoral

Antes de comenzar la exposición del grueso de la tesis es necesario posicionarla en el contexto científico, académico y personal en el que se ha desarrollado, ya que ayudará en gran medida al lector a comprender la relevancia de sus aportaciones, así como a situarla un poco en la biografía personal y profesional del autor. Por ello en este apartado, y de manera excepcional, me tomaré el lujo de escribir en primera persona.

Los orígenes de la tesis que a continuación se presenta son relativamente remotos en el tiempo y, por tanto, difíciles de establecer con claridad. Si tuviera que establecer un hito en mi biografía en el que datar el germen de esta tesis, me tendría que ir a mis tiempos de estudiante de licenciatura, allá por el año 2013. Tras ciertos años de desafección personal con la disciplina sociológica, decidí matricularme aquel año en una asignatura optativa, Sociología del Consumo, impartida por un tal Juan Carlos De Pablos, un profesor al cual solo conocía por las típicas habladurías estigmatizantes que suelen circular entre el alumnado, algunas desmesuradamente injustas, otras muy positivas. Aún recuerdo la clase de presentación, donde el profesor De Pablos trataba de explicar la practicidad de la materia en tanto que aplicación real (y vendible) de la sociología, algo que despertó mi interés y acabó en parte con mi hastío respecto a la utilidad de lo que

estaba haciendo. Pero fue la propuesta de trabajo final para su asignatura lo que realmente me hizo reflexionar profundamente, y me marcó, probablemente, de por vida: el pescado congelado. Sí, han leído bien, el pescado congelado. El profesor De Pablos nos propuso hacer un trabajo sobre el pescado congelado y lo justificó diciendo unas palabras que nunca se me olvidarán: “Sólo seréis sociólogos de verdad cuando sepáis hacer sociología del pescado congelado”. Tal afirmación lógicamente desató risas, críticas y ciertas miradas escépticas por un alumnado, en su mayoría, fuertemente ideologizado y preocupado por cuestiones macroestructurales y teoréticas (en el que yo mismo me incluía). Sin embargo, su explicación y disertación posterior no tardó en devolver a la clase a un clima de seriedad científica. No recuerdo sus palabras exactas, pero explicó de manera muy clara que en una práctica tan trivial como el comprar pescado congelado se encarnan las propias estructuras sociales y culturales de la sociedad misma. La cultura culinaria, los medios de comunicación, los condicionamientos materiales de los consumidores, la coyuntura económica y la propia organización geopolítica mundial, se encuentran detrás de una práctica tan trivial como que podamos coger pescado congelado de la nevera de un supermercado, lo compremos, almacenemos, cocinemos y que, finalmente, nos lo comamos. Esta reflexión inicial, junto a las enseñanzas que extraje en el seguimiento de su asignatura, me ayudaron muchísimo a obtener una verdadera perspectiva sociológica. La sociología no consistía, como hasta entonces pensaba, en estudiar cuestiones profundamente abstractas o macroestructurales, o no sólo, sino en analizar como cada acto, cada acción y conducta individual, se encuentra interconectada con el mundo social más amplio, condicionada por él y, a la vez, reconstruyéndolo bajo nuevas formas. De este modo, la tesis que a continuación se presenta debe mucho a esta clase de presentación que impartió el profesor De Pablos, no porque trate sobre pescado congelado, sino porque parte de un acto, una acción, aparentemente individual o trivial: mudarse hacia las cabeceras, y trata de construirla y explicarla sociológicamente, esclareciendo su conexión con las estructuras sociales, económicas y culturales más amplias (siempre encarnadas en actores sociales), así como sus consecuencias prácticas para la transformación de las ciudades del presente.

Fue el propio De Pablos el que me puso en contacto con Joaquín Susino, codirector de esta tesis y otro de los grandes profesores que tuve en mis años de estudiante, el cual me dio la primera oportunidad de aplicar la sociología de manera práctica en el marco de

un proyecto de innovación docente¹. Fue a partir de este primer encargo donde comienza a construirse mi relación con Joaquín Susino, una relación tremendamente enriquecedora en términos personales, pero especialmente en términos profesionales y científicos, hasta tal punto que podemos afirmar que esta tesis existe, principalmente, gracias a él y a la confianza (y tiempo) que depositó en mi persona. Junto a Joaquín me desarrollé propiamente como investigador, aprendí a leer, a escribir, a investigar, a organizar mi autoaprendizaje y, sobre todo, a arrancarme esos prejuicios y preconociones ideológicas que me impedían observar y analizar la realidad de manera propiamente científica. Pero si tuviera que destacar el principal aporte de Joaquín, diría que fue su voluntad de insertarme en la dinámica de trabajo colectivo que venía realizando, junto a un pequeño grupo de investigadores, sobre temas relacionados con la sociología urbana.

Mi primera oportunidad de enrolarme en esta dinámica de trabajo colectivo vino durante mis años de estudiante de máster. A través de las llamadas prácticas curriculares Joaquín me permitió colaborar, por primera vez, en un proyecto de investigación, concretamente en el proyecto autonómico “Áreas Metropolitanas Andaluzas. Desarrollo de Recursos Conceptuales e Instrumentales para su conocimiento y Gestión en Materia de Obra pública y Vivienda”². Esta primera experiencia fue muy enriquecedora, en tanto que adquirí muchísimos conocimientos teórico-metodológicos que sigo aplicando hoy en día, y también, porque me permitió, algo más tarde, obtener mi primera publicación, la monografía “Características y condiciones de la movilidad cotidiana” (Susino y Torrado, 2015). Durante mis años de máster seguí trabajando en esta línea sobre movilidad cotidiana, desarrollando bajo la dirección del mismo Joaquín mi trabajo final de máster: “Movilidad por trabajo y género en las regiones urbanas de Andalucía”, el cual, tras años de darle vueltas, finalmente conseguimos publicar (ya en mis años de doctorando) en una revista indexada en JCR (la Revista Internacional de Sociología), bajo el título de “*Commuting* y Género en la regiones urbanas andaluzas” (Torrado, Romaní y Susino, 2018a).

Finalizado el máster, no quise romper esta línea de desarrollo científico y profesional en la que estaba inmerso, por lo que decidí matricularme en el programa de doctorado en Ciencias Sociales bajo la dirección y tutela de Joaquín. Es aquí donde

¹ Proyecto de Innovación Docente: La documentación bibliográfica en la enseñanza-aprendizaje para la investigación social aplicada. Referencia: 12-181.

² Del “Programa Operativo FEDER 2007-2013”. Referencia: GGI3001IDIV.

comienza a fraguarse propiamente la tesis que se presenta, y también el momento en el que me inserto plenamente en el grupo de investigación, por aquel entonces imbuido en la implementación del proyecto nacional Movitra IV³, dentro del cual ha sido posible realizar técnica, teórica y materialmente esta tesis. Y digo esto porque, dada mi imposibilidad para obtener una beca FPU, fue la financiación de este proyecto la que permitió sufragar gran parte de los gastos técnicos requeridos (principalmente las peticiones al INE de explotaciones propias del censo de población), así como obtener mi primer contrato de investigación, el cual, sumado a la inestimable ayuda familiar, y a algunas interinidades que fui consiguiendo en las universidades andaluzas, me permitieron tener el sustento material suficiente (aunque a veces holgado) para poder dedicarme a realizar la presente memoria de tesis. Pero más allá de las (tremendamente relevantes) condiciones materiales, insertarme en el grupo de investigación liderado por Joaquín, me permitió afianzar mi relación con otros investigadores (por suerte, ahora compañeros y colegas) como Cecilia Hita, la cual también fue una gran profesora durante mi periodo estudiantil; Nayla Fúster, la única compañera de clase que me ha acompañado en todo este periplo; Isabel Palomares, la cual me transmitió grandes conocimientos, especialmente de tipo metodológico; pero, sobre todo, con Ricardo Duque, un tipo que al principio me infundía un tremendo respeto (quizás un poco en el mal sentido de la palabra) dado que lo tenía en un pedestal por su tesis sobre la gentrificación en el Albaicín, la cual leí profusamente en mis años de estudiante, pero que con el tiempo se transformó en un gran compañero de trabajo, hasta tal punto que ha acabado codirigiendo esta tesis junto a Joaquín.

No obstante, elaborar esta tesis no ha sido un camino de rosas, a lo largo de mi periodo predoctoral fui abriendo una gran cantidad de líneas de investigación, muchas de las cuales, me han sido imposible integrar de manera coherente en la memoria de tesis, pero que no obstante han dado lugar a distintos productos que, sin querer ser pretencioso, creo que hacen algunas aportaciones de cierta relevancia al campo de estudios de la sociología urbana en general y al proyecto Movitra IV en particular. Entre estas líneas de trabajo se encuentra el análisis de la importancia de los factores espaciales y contextuales

³ Concretamente dentro del subproyecto “Procesos de Reconfiguración Social Metropolitana”. Referencia: CSO2014-55780-C3-3-P. Dentro del proyecto coordinado “Movilidad y ciudad real: dinámicas y cambios territoriales y sociales en España”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad en el marco del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia. Referencia: CSO2014-55780-C3.

en la explicación de la movilidad residencial, línea materializada en un artículo homónimo publicado en la revista *Papers* (Duque-Calvache, Torrado y Fúster, 2017a), el ya mencionado análisis de la movilidad cotidiana, del cual obtuve dos publicaciones: la monografía y el artículo productos de mi periodo de estudiante de máster (Susino y Torrado, 2015; Torrado *et al.*, 2018a), la delimitación de lo urbano en España, línea de la cual tenemos en la actualidad publicado un capítulo de libro nacional (Torrado, Morillo y Susino, 2018b) y una publicación preparada para su envío (Torrado y Susino, n.d.), sobre la cual hay que decir que no hubiera sido posible sin el gran trabajo previo realizado por María José Morillo; también consideré el análisis de la segregación, en el que tomé algo menos de protagonismo pero en el que también indagué, materializado en un capítulo de libro internacional (Palomares, Baldán, Susino y Torrado, n.d.); y por último, el análisis del fenómeno de las múltiples residencias (*multiple property ownership* o *MPO*, en inglés), que ha dado lugar a una publicación ya aceptada para la *International Journal of Housing Policy* (Torrado, Duque-Calvache y Palomares-Linares, n.d.).

Como puede comprobarse, tal variedad de líneas de trabajo es difícilmente integrable en un texto coherente tal y como el que se requiere para la obtención del grado de doctor. Sin embargo, las menciono en este punto porque han sido una parte muy relevante de mi periodo formativo predoctoral y creía necesario hacerlo constar, ya que además muchos de los conocimientos extraídos de estas líneas se encuentran también contenidos en la tesis. Por tanto, lo que se presenta en esta memoria de tesis es fundamentalmente la línea de trabajo principal (y más coherente) que he seguido en los últimos cuatro años: el análisis de los movimientos residenciales de centralización metropolitana. Sobre esta línea hemos conseguido posicionar también algunos trabajos de cierta relevancia. Entre los trabajos publicados, se encuentran dos artículos en solitario: “Diversidad de dinámicas de movilidad residencial hacia las cabeceras metropolitanas andaluzas” (Torrado, 2017) y “¿Seleccionan las ciudades a su población? Tendencias de selectividad residencial en las cabeceras metropolitanas andaluzas” (Torrado, 2018), dos trabajos publicados en la *Revista de Estudios Andaluces* y en *Cuadernos Geográficos*, y que sirven de base a los capítulos 7 y 11 respectivamente. Y un trabajo conjunto ya aceptado para su publicación en *Documents d’Anàlisi Geogràfica* (Torrado, Duque-Calvache y Palomares-Linares, n.d.) que sirve de base a los capítulos 8 y 10. No obstante, soy consciente de que aún queda mucho por hacer, y creo que aún esta tesis contiene capítulos, tanto en la sección de resultados como en los apartados teóricos y

Introducción

metodológicos, que realizan aportaciones más o menos relevantes que, con un poco de trabajo extra, podrían llegar a transformarse en trabajos de investigación individuales. Pero yo no soy quién para juzgar la relevancia de las aportaciones contenidas en esta memoria, por lo que dejo esto a juicio del lector, al cual solo me queda desearle que disfrute con la lectura.

**Parte I. Marcos analíticos para el estudio de
la centralización**



Capítulo 2. La recuperación material y simbólica de las ciudades centrales

Según un cuerpo de literatura bastante importante, estaríamos entrando en una época caracterizada por una nueva edad de oro de las ciudades centrales, en las que estas recobran gran protagonismo en la articulación demográfica, territorial, económica, simbólica y social de las regiones y áreas metropolitanas. A este respecto, han surgido un gran número de estudios teóricos y empíricos que apuntan hacia una nueva era caracterizada por una recuperación de las ciudades centrales, que ha sido etiquetada de múltiples maneras, según el tipo de dimensión en la que se hiciera más hincapié: resurgencia, reurbanización, recentralización, renovación, gentrificación, etc. Conceptos que indican que el mundo vuelve a mirar a unos viejos centros urbanos que, tras un periodo de declive debido a los procesos de suburbanización y expansión metropolitana, comienzan a resurgir.

Los procesos de suburbanización y expansión metropolitana que se desarrollaron desde mediados del siglo XX, supusieron un desplazamiento progresivo de la población hacia las coronas metropolitanas, configurando un modelo de ciudad desconcentrada (Otero-Enríquez, 2017). Un desplazamiento que no sólo supuso un revés demográfico

para las cabeceras o ciudades centrales, sino también una pérdida de su centralidad simbólica (Fishman, 1987) e incluso económica (Cervero y Landis, 1991; White, 1976), en beneficio de unas florecientes coronas metropolitanas.

Desde finales del siglo XX y especialmente en los comienzos del XXI, tras varias décadas de declive, muchos autores ven signos de recuperación de las ciudades centrales (Bourne, 1992; Cheshire, 1995; Frey, 1993; Rérat, 2012; Nel-lo, 2004). Estos procesos de recuperación demográfica, económica y simbólica, aparecen asociados a varias transformaciones estructurales relevantes, que van desde el cambio de la funcionalidad económica de las urbes (Glaeser y Gottlieb, 2006) hasta el surgimiento de nuevos actores sociales vinculados a la llamada segunda transición demográfica (Buzar, Ogden y Hall, 2005), pasando por transformaciones recientes en el mercado de vivienda (Couch, Fowles y Karecha, 2009), unos cambios que estarían dando lugar a un nuevo modelo centrípeto (López-Gay, 2017) en el que las cabeceras recuperan su atractivo material y simbólico.

A lo largo de este capítulo profundizaremos en este renovado atractivo de los centros urbanos, así como los procesos que operan detrás del mismo, los cuales, a su vez, configuran el contexto (macro)estructural de la centralización. No obstante, antes de abordar esta tarea, se hace necesario reflexionar sobre el concepto mismo de centro, sus múltiples dimensiones y la definición operativa que asumiremos del mismo en la presente tesis.

2.1. El concepto de centro. Las cabeceras como centros

El concepto de centro es un concepto antiguo, etimológicamente viene del latín *centrum*, y este del griego *kéntron*, que significa 'aguijón', 'punta del compás en la que se apoya el trazado de la circunferencia'. Según la Real Academia Española el centro es un “punto interior que se toma como equidistante de los límites de una línea, superficie o cuerpo”, un lugar físico, una mera posición en el espacio. No obstante, desde la enunciación de las teorías más clásicas sobre la cuestión (Alonso, 1964; Christaller, 1933), el concepto centro asume un papel que va más allá de la simple definición geográfico-posicional, definiéndose por su contenido, esto es, por la concentración de una serie de recursos y medios socialmente valorados en un contexto sociohistórico

determinado. En este sentido el centro se constituye de manera relacional, en la medida en que los medios y recursos que concentra no están disponibles en otros lugares (no centrales), tornándose estos últimos en lugares dependientes y articulados por el lugar central, lo que da lugar a la dialéctica centro-periferia.

Los centros se definen como puntos de referencia que articulan el territorio y, a la vez, constituyen la vanguardia del cambio social, económico, cultural, e incluso político⁴. En el contexto de las sociedades occidentales, los centros urbanos son tales tanto por concentrar en sí una serie de funciones económicas clave, como por ser espacios complejos, ricos en valores y significados (Paris, 2013). Se trata de espacios multidimensionales, que adquieren su condición de centralidad por la concentración de una serie de recursos materiales, simbólicos y sociales (Contreras, 2012).

Los estudios más clásicos que han tratado la cuestión de la centralidad han adoptado una perspectiva funcional, según la cual, los centros se definen por concentrar una serie de servicios y funciones “industriales, comerciales, financieras y administrativas; de líneas de transporte y comunicación” (Wirth, 1938, p. 12-13). La “teoría de los lugares centrales” de Christaller (1933) fue de las primeras en definir los centros como puntos del espacio en torno a los cuales se articula un sistema de asentamientos jerarquizado. Algo más tarde, esta noción de centro es recuperada en el trabajo seminal de Alonso (1964), “*Location and land use*”, el cual concibe el centro como un espacio acumulador de funciones. De manera similar a Christaller, Alonso calcula la localización de las distintas actividades y funciones en torno a los centros a través de dos variables: la distancia al centro y el precio del suelo.

Tanto la noción de centro definida por estos clásicos como su acento funcional siguen manteniendo, con matices, vigencia en la actualidad. Por una parte, su noción de centro en tanto que punto o unidad espacial acumulativa de recursos sigue estando muy presente en toda la literatura que emplea el concepto, aunque varíe el tipo de recurso que se considera para clasificar un espacio como central, pudiendo ser desde capital (Harvey, 2007; Smith, 1996), hasta valores y significados (Prado-Ríos, 2001). Por otra parte, la

⁴ Recuérdese, por ejemplo, la proclamación de la segunda república española o, más recientemente, el movimiento 15-M, hechos cuya irrupción se dio exclusivamente en contextos urbanos de cierta entidad, pero que tuvieron repercusiones nacionales.

perspectiva funcional sigue teniendo vigencia en la medida en que la centralidad es, principalmente, la capacidad de articulación de un territorio-región (Abler, Adams y Gould, 1971; Pumain, 2008), más o menos amplio, dadas las necesidades de la población de dicho territorio (Denham y White, 1998) de unos servicios y funciones que se encuentran concentrados. De manera que la mayoría de las comunicaciones y transportes tienden a estructurarse en torno al centro, transformándose en el lugar más accesible de la ciudad. Esto a su vez favorece la concentración de un número aún mayor de servicios y funciones no exclusivamente económicas o administrativas, encontrándose junto a estas, otras funciones y servicios culturales y de ocio (Öğdül, 2010).

Esta centralidad material, objetiva, es la que, en gran medida, conlleva la centralidad simbólica, por dos razones principales. Primero, debido a un proceso histórico acumulativo. Así, la centralidad material de un espacio hace que históricamente muchos hechos relevantes, acontecimientos, experiencias, así como patrimonio físico, queden contenidos en el mismo, cargándose el espacio de símbolos y valores, transformándose así el centro geográfico, en centro histórico. En segundo lugar, la concentración de servicios y funciones, así como de los valores y símbolos encerrados en su patrimonio, hacen que los centros se transformen en el eje en torno al cual se articulan los espacios de vida de los individuos, es decir, que constituyan el soporte físico básico de sus actividades cotidianas (de Pablos y Susino, 2010): lugares de trabajo, ocio, compras, etc. Estos espacios se constituyen a lo largo de la biografía de los individuos en espacios cargados de significado y valores subjetivos (Valera, 2014; Valera y Pol, 1994), en los cuales ha ido transcurriendo gran parte de su proceso socializador. De manera que pasan a ser los lugares físicos y sociales donde se configura la identidad de los sujetos, dando lugar a una fuerte vinculación afectiva con el espacio que se expresa en ese concepto que solemos llamar arraigo.

Así, estos espacios objetivamente centrales, económicamente relevantes y bien comunicados, acaban desarrollando también una centralidad subjetiva, simbólica, inscrita en los imaginarios colectivos y en las historias de vida individuales de los habitantes de la ciudad, para los cuales poder residir cerca de esta localización, supone un valor en sí mismo, ya no sólo por la proximidad a determinados servicios o funciones, sino por los significados subjetivos que para ellos puede encerrar y los valores culturales que se asocian al espacio central.

Esta centralidad material y simbólica que define al centro urbano conlleva a su vez que este espacio físico se transforme en un espacio social, en un campo social en un sentido bourdiano, en el cual los distintos actores sociales entran en disputa, produciéndose luchas, desplazamientos y resistencias entre los viejos y los nuevos habitantes. Luchas que han sido conceptualizadas de diversas maneras, desde las nociones clásicas de invasión-sucesión (Park, Burgess y MacKencie 1925), hasta el concepto más en boga actualmente de gentrificación (Duque-Calvache, 2010), pasando por otros como los de renovación urbana (Todori y Ratkaj, 2015). El producto de estas luchas por la centralidad ha supuesto que los centros adquieran un carácter social específico. Si bien pueden ser más o menos heterogéneos, en el caso europeo, y actualmente en casi todas las urbes occidentales (Atkinson y Bridge, 2005), se vinculan a los estratos sociales mejor posicionados: profesionales, directivos y, en general, clases medias acomodadas. De esta manera los centros pueden definirse como espacios que adquieren su condición de centrales por concentrar funciones y servicios, valores y experiencias, y también por alojar a determinados grupos sociales privilegiados, tomando una centralidad social que incrementa a su vez la centralidad material, al atraer más servicios y capitales, y simbólica, al constituirse como espacios de élite (Leal, 2002).

No obstante, así definido, parece difícil encontrar en la realidad urbana actual un centro urbano propiamente dicho, y es que, en efecto, la definición responde a un concepto típico-ideal. La realidad es más compleja, por eso en el seno de un mismo municipio, encontramos diversos centros. Así, normalmente el centro histórico suele quedar desprovisto de funciones propiamente productivas y, en el mejor de los casos, concentra ciertas actividades comerciales relacionadas con su valor simbólico (González-González, 2005; Troitiño-Vinuesa, 2003). Por su parte, los centros de actividad suelen desplazarse a zonas algo más periféricas de las propias ciudades. Mientras las zonas con centralidad social pueden encontrarse alejadas de los centros históricos, en ensanches residenciales (Leal, 2002; Leal y Domínguez-Pérez, 2008) de gran calidad y nueva construcción próximos a los centros de actividad. Precisamente, esta dispersión de los distintos centros, propia de fenómenos urbanos consolidados, conlleva la articulación e interconexión de los mismos en el seno de zonas de centralidad más amplias, los municipios centrales históricos, los cuales en la actualidad se constituyen, casi todos, en cabeceras de áreas metropolitanas. Si bien el proceso de metropolización ha supuesto el desarrollo de ciertas

tendencias hacia el policentrismo⁵ (Feria, 2010a; Paris, 2013; Roca, Moix y Arellano, 2012), las cabeceras nunca perdieron del todo su carácter central, y en ningún momento los subcentros emergentes llegaron a equipararse en jerarquía a los centros tradicionales, conservando siempre, al menos en España, su carácter central material, simbólico y social⁶.

En términos de centralidad material, las cabeceras concentran la mayoría de las funciones urbanas: sanidad, educación, administración, empleo, etc. (Torrado, Morillo y Susino, 2018a). De hecho, las delimitaciones mismas de las áreas metropolitanas demuestran que las cabeceras concentran, incluso a día de hoy, la mayoría de empleos (Feria y Martínez, 2016). Por su parte, en términos simbólicos las cabeceras son los municipios más antiguos, matrices originarias de las áreas metropolitanas y por tanto las que concentran la mayor parte del patrimonio arquitectónico y cultural. Aparte de su centralidad histórica, las cabeceras son a la vez el espacio en torno al cual se articula el espacio en el que transcurre la vida cotidiana de los individuos, al concentrar la mayoría de servicios y empleos. Hasta tal punto que en el imaginario colectivo es la cabecera la que dota de entidad a la corona, la cual pasa a pensarse (y nombrarse) por los habitantes del área como una extensión de esta. Los habitantes de las coronas se adhieren a la capital, y es probable que al ser preguntado por su residencia una persona de Getafe, Viladecans o Armilla afirme vivir en Madrid, Barcelona o Granada, respectivamente. Por último, en términos sociales las cabeceras son, como veremos más adelante, los espacios con un mayor número relativo de sectores de clases medias y clases medias altas, siendo dentro de las mismas donde transcurren la mayoría de los procesos de gentrificación. Por todo esto, parece la solución más eficiente, siendo la que toman muchos trabajos previos (Haase, Grossmann y Steinführer, 2012; López-Gay, 2014; entre muchos otros) y la que asumiremos en la presente tesis, el considerar como centros urbanos las cabeceras metropolitanas en su conjunto, las cuales, aunque bastante heterogéneas, concentran en sí los tres elementos o dimensiones de la centralidad: material, simbólica y social.

⁵ Dada la deslocalización de algunos servicios y funciones urbanas en las crecientes coronas metropolitanas, así como por la fragmentación de los espacios de vida a lo largo del territorio urbano-metropolitano.

⁶ De manera que la distribución de funciones de centralidad en la periferia sigue más bien una lógica de desbordamiento (*spillover*): cuando el desarrollo de un área alcanza un tamaño e importancia suficiente, comienza a externalizar algunas funciones para poder seguir creciendo.

2.2. Auge del modelo centrífugo y decadencia de las cabeceras

Sin embargo, el desarrollo de los centros no ha sido lineal e ininterrumpido. Hubo un momento en el cual, ante la emergencia y desarrollo del proceso de suburbanización y la expansión de las áreas metropolitanas hasta límites cada vez más distantes, las cabeceras metropolitanas comenzaron a perder grandes contingentes poblacionales (Cheshire, 1995; Pujadas, Bayona y Gil-Alonso, 2012, 2014; Turok y Mykhnenko, 2007). Este declive demográfico supuso también, una pérdida de parte de su centralidad material, simbólica y social. Este momento transcurre en épocas históricas diferentes según el contexto nacional. El fenómeno fue pionero en el caso estadounidense, asumiendo normalmente el nombre de *urban sprawl*, un proceso de explosión de las cabeceras metropolitanas que coincidió con el crecimiento económico que siguió a la segunda posguerra mundial (Ullán de la Rosa, 2014). Mientras en el caso español el fenómeno fue más reciente, dado el más tardío proceso de urbanización, pudiendo datarse su origen en las grandes ciudades entre las décadas de los sesenta y setenta (Gil-Alonso y Bayona, 2012), coincidiendo con los años del desarrollismo franquista (Díaz-Orueta y Lourés-Seoane, 2012), y extendiéndose en el tiempo hasta bien entrados los años ochenta y noventa (Duque-Calvache y Susino, 2014; Módenes, 2007; Susino y Duque-Calvache, 2012). De hecho, en la mayoría de las urbes metropolitanas españolas de menor rango, el proceso suburbanizador aún se encuentra en marcha (Feria, 2013). Pese a esta clara desincronización histórica, y salvando las distancias y las peculiaridades locales y nacionales (Susino y Duque-Calvache, 2012), detrás del proceso suburbanizador y expansión metropolitana en ambos contextos operaron causas similares (Muñiz y García, 2006). Así como parecidas fueron sus consecuencias, que en ambos casos supusieron un desplazamiento parcial de ciertas funciones centrales hacia las florecientes coronas metropolitanas, produciéndose una cierta decadencia económica y simbólica de las cabeceras que acompañó a su declive demográfico.

Podemos identificar cuatro causas o procesos principales que favorecen la aparición de un modelo de ciudad centrífugo en el que las coronas ganan protagonismo frente a las cabeceras. Cuatro procesos que, aunque analíticamente pueden separarse, se encuentran fuertemente interrelacionados, retroalimentándose unos a otros. Estos cuatro procesos se

refieren a cuatro dimensiones diferentes del fenómeno: demográfica, económico-material, simbólico-cultural y social.

2.2.1. Los baby-boomers y la expansión metropolitana

Atendiendo a la dimensión demográfica, el proceso de expansión metropolitana por suburbanización se explica por la irrupción en el mercado de vivienda de la generación del *baby boom* (Donat, 2010). Los llamados *baby-boomers* son unas cohortes poblacionales muy numerosas, nacidas al amparo de una bonanza económica que se produjo en periodos muy diferentes según el contexto. En el caso de los Estados Unidos, esta generación nace entre el final de la II Guerra Mundial y 1965 (Hughes y Seneca, 2004), mientras en el caso español, esta explosión demográfica se retrasa hasta las décadas de los sesenta y setenta (López-Gay, 2012, 2017). Este retraso supone, y en parte explica, el retraso en el proceso de metropolización español respecto al norteamericano. Fuera cuando fuere, la llegada a la edad de emancipación y formación del núcleo familiar de estas cohortes supuso la irrupción en el mercado residencial de una demanda muy cuantiosa, cuyas necesidades residenciales debían ser satisfechas. En el caso norteamericano el proceso de suburbanización comienza bastante temprano⁷, acelerándose con fuerza en las dos décadas posteriores a la II Guerra Mundial debido a las políticas intervencionistas del New Deal (Florida y Jonas, 1991). Por tanto, la mayoría de los *baby-boomers* nacieron ya en zonas suburbanas, reproduciendo (de manera multiplicativa) en gran medida la iniciada tendencia a la dispersión, al demandar vivienda en unos entornos residenciales suburbanos en los cuales se habían criado (Hughes y Seneca, 2004). Mientras en el caso español, y especialmente en las grandes urbes, esta generación, nacida principalmente en las cabeceras metropolitanas, produjo una saturación urbanística de las mismas, que implicó una escalada de precios y una búsqueda de la satisfacción de las necesidades residenciales en una naciente oferta disponible en las

⁷ De hecho, la suburbanización en algunas ciudades norteamericanas se inicia incluso a finales del siglo XIX (Sius, 2001), como es el caso de Filadelfia (Hovinen, 1985). Esta temprana suburbanización tiene múltiples explicaciones, no obstante, tres pueden ser quizás las más relevantes. La primera reside en el modo de entender lo urbano propio de la cultura norteamericana y, más en general, anglosajona, en la cual se encuentra muy presente la idea de ciudad jardín (Dematteis, 1998) y en la que el individualismo es un valor positivo. Mientras, la segunda se relaciona con la reciente construcción de las ciudades norteamericanas (en comparación con las europeas), con zonas centrales de tipo no residencial y sin unos servicios atrayentes para las clases medias y altas. Por último, la tercera radica en la diversidad étnica que Estados Unidos ha tenido desde su nacimiento (en tanto que país construido por inmigrantes), que ha llevado a determinados sectores sociales aventajados a la búsqueda de zonas suburbanas socialmente homogéneas.

coronas metropolitanas (López-Gay y Recaño, 2008), favoreciendo no tanto la consolidación, como el inicio y despegue de los procesos metropolitanos.

2.2.2. Deterioro residencial y económico-material de las cabeceras metropolitanas

En términos económico-materiales se produjeron dos fenómenos íntimamente relacionados: la saturación y deterioro residencial de las cabeceras, seguida por una relocalización de la actividad económica en las coronas metropolitanas. Sobre estos fenómenos nos hablan dos teorías complementarias, difíciles de distinguir en términos empíricos (Mieszkowski y Mills, 1993): la teoría de la evolución natural y la teoría de la huida de los problemas.

La primera se basa en el modelo de ciudad monocéntrica de Alonso (1964) y Muth (1968), y parte de tres axiomas básicos: que los empleos se localizan en la cabecera (*Central Business District*⁸ en el caso norteamericano), que las personas buscan un equilibrio entre el coste del desplazamiento al centro de trabajo y el coste del suelo donde localizar la vivienda (Cervero y Wu, 1997; White, 1977), y que los individuos prefieren espacios residenciales suburbanos. De esta manera, la expansión metropolitana se explicaría por un descenso en los costes de transporte y un incremento de la riqueza de los hogares, lo cual supuso que estuvieran dispuestos a localizar sus residencias en límites cada vez más distantes, algo que se agudizó gracias a la construcción de una tupida red de autopistas que comunicaba con los centros (Baum-Snow, 2006, 2007).

Por su parte, la teoría de la huida de los problemas se basa en las aportaciones originales de Tiebout (1956), el cual considera que la suburbanización responde a la búsqueda de unos servicios públicos de calidad y unos impuestos relativamente bajos. Las clases medias pretenden dejar atrás a los pobres (y los problemas sociales vinculados a la pobreza), evitando además “subvencionarlos” con sus impuestos. Este planteamiento, que tiene sentido por la estructura de recaudación de impuestos en unidades espaciales muy reducidas propia de Estados Unidos, implica la búsqueda de cierta homogeneidad económica, social y racial (Mills y Price, 1984). Si bien la fiscalidad en países europeos resta parte del sentido a esta tendencia, la búsqueda de vecindarios homogéneos y alejados

⁸ De aquí en adelante *CBD*, o en plural, *CBDs*.

de los problemas urbanos también se produce en Europa (Musterd, Gent, Das y Latten, 2016; Musterd, Marcińczak, Ham y Tammaru, 2017).

Tomemos la explicación que tomemos, el resultado es una expansión de los procesos metropolitanos a límites cada vez más distantes, suponiendo un deterioro demográfico, y en algunos casos, especialmente en el contexto norteamericano en el que se desarrollan estas teorías, también social, de las cabeceras metropolitanas. Esto, a su vez hace que poco a poco, la actividad económica comience a relocalizarse en zonas suburbanas, en busca de la satisfacción de la demanda de los residentes de las coronas metropolitanas y motivados por los menores costes del suelo, produciéndose una suburbanización de la actividad económica que traslada la centralidad material fuera de las saturadas cabeceras metropolitanas (Cervero y Landis, 1991; White, 1976).

Las teorías expuestas sobre el desplazamiento económico-material de la centralidad hacia las coronas metropolitanas no son del todo extrapolables al contexto urbano español, dado que se basan en gran parte en las peculiaridades locales del modelo norteamericano. Sin embargo, en las principales áreas metropolitanas españolas se ha constatado en parte este desplazamiento de la centralidad económico-material a las coronas metropolitanas (García-López, 2008), dados los elevados precios del suelo que alcanzan unas cabeceras metropolitanas saturadas (Muñiz y García, 2006), así como por la localización de muchas actividades económicas, industriales, pero también comerciales y de servicios, en las coronas (Pujadas, 2005).

2.2.3. Lo suburbano como centro ideológico

Este desplazamiento y fragmentación de la centralidad económico-material a las coronas, supuso a su vez cierto desplazamiento simbólico y cultural hacia estos mismos espacios. Un desplazamiento que se tradujo en ciertos imaginarios colectivos que ponían en valor lo suburbano, tanto en términos de sus características residenciales (tipologías constructivas y características ambientales de los entornos), como en lo que a los estilos de vida asociados a los mismos se refiere. Así, se desarrolla una centralidad en los imaginarios de la vivienda unifamiliar en propiedad (Susino, 2003), enclavada en un entorno tranquilo y en estrecho contacto con algo concebido como natural, transformándose el aislamiento y la monotonía en valores positivos de intimidad y rutina

(Lupi y Musterd, 2016). Valores que permitían construir una vida familiar idílica (Miller, 1995), que garantizaba la crianza de los hijos en entornos socialmente homogéneos (Fishman, 1987) y ambientalmente saludables. Y que permitía la construcción de un espacio de vida fragmentado, pero ciertamente electivo (Alberich, 2010), en el que el vehículo a motor permitía realizar una selección de los espacios de interacción y mantener el vínculo con los viejos espacios y redes que se dejaban en la ciudad, sin la necesidad de vivir sometidos a su constante fiscalización. Un alejamiento del bullicio, el estrés y los peligros de la ciudad central, y una ganancia en autonomía, tranquilidad y salud. Vivir la ciudad sin vivir en la ciudad. Esta última frase podría ser uno de los miles de reclamos que se han utilizado (y utilizan) para promocionar las urbanizaciones suburbanas (Coq-Huelva, 2012). Si bien es cierto que estos valores describen el imaginario suburbano de una manera tan estereotípica que no responde a los múltiples significados con los que los individuos piensan y viven las zonas suburbanas (Bourne, 1996; Hirt, 2007; Tzaninis y Boterman, 2018), creemos que resumen de manera bastante clara el imaginario hegemónico que dominaba en los momentos en los que las coronas metropolitanas se transformaron en el centro ideológico de una gran parte de los habitantes de la metrópolis. Una hegemonía ideológica de lo suburbano que se fundamentaba, en gran parte, en una visión muy negativa de las ciudades centrales, las cuales llegaron a ser consideradas auténticos focos de delincuencia y drogadicción de los cuales era necesario huir⁹.

⁹ Este imaginario estigmatizado de lo urbano tiene su expresión más evidente en el cine y la cultura popular de finales de los 70 y principios de los 80. En el caso del cine estadounidense de finales de los 70, en pleno apogeo del *suburb*, encontramos entregas tan míticas como “*Taxi Driver*”, “*La Naranja Mecánica*” o “*Death Wish*” (“El justiciero de la ciudad”, en España), películas que nos muestran unas ciudades centrales demonizadas, llenas de peligros, drogas, prostitución y violencia, en las cuales la vida familiar es imposible hasta tal punto que puede conllevar la más trágica destrucción de la misma. Mientras en el caso español, encontramos sobre la misma época toda una saga de películas, actualmente enmarcadas en la etiqueta de “cine quinquí”, que muestran los peligros y la degradación moral de las principales urbes españolas desde la perspectiva de sus protagonistas, con entregas como “*El Pico*” (que transcurre en Bilbao), “*Navajeros*” (en Madrid) o “*Perros callejeros*” (centrada en los problemas de la periferia barcelonesa). Una cultura popular que, como suele ser habitual, refleja de manera bastante fidedigna los imaginarios de su momento histórico y que, sin duda, expresa la degradación simbólica y la estigmatización social que sufrían en aquel momento las cabeceras metropolitanas. Si bien el “cine quinquí” tenía un cariz diferente, al centrarse especialmente en zonas periféricas de las ciudades (y no tanto en sus centros históricos), denunciando más bien la relegación de las clases obreras y los sectores marginales, también transmitía la inseguridad propia de los centros urbanos españoles a inicios de la democracia, a través del robo de coches, los atracos a bancos o el problema de la drogadicción, que como bien narra Eloy de la Iglesia en “*El Pico*”, podía llegar a inmисuir incluso al hijo de un comandante de la Guardia Civil.

2.2.4. La huida de las clases medias

Esta estigmatización de las ciudades centrales, junto al incremento paralelo del atractivo de las zonas suburbanas, supuso a su vez el desplazamiento de los grupos sociales mejor posicionados en la estructura social hacia las mismas (Arizaga, 2004; Ouředníček, Šimon y Kopečná, 2015; Susino y Duque-Calvache, 2012), haciendo que el declive económico, demográfico y simbólico de las cabeceras se transformara también en un deterioro social. Las clases medias abandonaron progresivamente la ciudad (Ullán de la Rosa, 2014), y sus antiguas viviendas fueron ocupadas en un proceso de filtrado o *in-filling* (Bayoh, Irwin y Haab, 2006; Mieszkowski y Mills, 1993) por los más pobres, principalmente minorías étnicas, de ahí que el proceso suburbanizador en Estados Unidos fuera también conocido en su origen como *white-flight* (Frey, 1979). Esta segregación tan marcada entre centros y coronas creó el caldo de cultivo perfecto para el proceso de abandono y desvalorización de las cabeceras que, posteriormente, crearían las condiciones para su recuperación (Beauregard, 1987).

Sin embargo, en el caso de Europa (y también España), este proceso de expansión metropolitana no siempre se tradujo en un deterioro social de las ciudades centrales, por dos razones fundamentales. De un lado, porque las características de los centros europeos los transforman en espacios atractivos para los sectores sociales mejor posicionados, debido a su condición de municipios históricos, con gran valor patrimonial y simbólico, y con una concentración relevante de actividad económica, política y cultural. Frente a unos *CBDs* norteamericanos menos habitables, vacíos en muchos sentidos de patrimonio y actividad cultural atrayente para las clases más aventajadas (Brueckner, Thisse y Zenou, 1999). De otro, por los diferentes imaginarios sociales sobre lo suburbano que existen en Europa y América (Ullán de la Rosa, 2014). En el caso europeo, especialmente en el contexto mediterráneo, lo suburbano se ha definido tradicionalmente de manera negativa, como el no-centro, un espacio alejado, mal comunicado, falto de la vida social propia de la urbe (Dematteis, 1998), una visión que se sintetiza muy bien en conceptos tan presentes en el habla coloquial como “ciudad dormitorio” o “suburbio”. Mientras en el caso estadounidense, lo suburbano se ha concebido históricamente de manera positiva, tal y como describíamos más arriba, como un espacio próximo a la naturaleza, tranquilo, socialmente homogéneo y que permite una conectividad electiva con el resto de la urbe. Estas dos diferencias fundamentales entre el contexto norteamericano y europeo han

llevado a que la suburbanización fuera parcialmente diferente (Susino y Duque-Calvache, 2012), habiendo estado protagonizada en mayor medida por sectores sociales populares que, frente a la vivienda unifamiliar ajardinada de las clases medias norteamericanas, se alojaban usualmente en viviendas adosadas.

No obstante, sí que hubo procesos de abandono de las cabeceras por determinadas clases medias altas en las principales ciudades metropolitanas europeas y españolas, que tendieron a agruparse en zonas suburbanas de un perfil social elevado, como la corona norte del área de Madrid (Díaz-Orueta y Lourés-Seoane, 2012), o la segunda corona metropolitana del área barcelonesa (Módenes, 1998), siendo este proceso de suburbanización burguesa más marcado en algunas ciudades como Sevilla (Duque-Calvache, 2015). Estos procesos de suburbanización de las clases acomodadas alimentaron dinámicas de abandono y deterioro social localizadas, que hicieron que el proceso de filtrado residencial ocurriese de una manera similar a las cabeceras estadounidenses (Díaz-Parra, 2009). De hecho, las áreas españolas que en la actualidad se encuentran en las primeras etapas de expansión metropolitana, suelen presentar unos procesos de suburbanización más vinculados a las clases medias que aquellas donde la suburbanización se produjo hace años.

2.3. La recuperación de las cabeceras metropolitanas ¿Emergencia de un modelo centrípeto?

En las últimas décadas del siglo XX, en el caso de las urbes europeas (Buzar, Ogden, Hall, Haase, Kabisch y Steinfuhrer, 2007a; Cheshire, 1995; Haase *et al.*, 2010; Kabisch y Haase, 2011) y norteamericanas (Birch, 2005; Hughes y Seneca, 2004; Sohmer y Lang, 2001), y en las primeras del siglo XXI, en el caso español (López-Gay, 2012; Nel-lo, 2004; Pujadas *et al.*, 2012, 2014), las principales cabeceras metropolitanas retoman la senda del crecimiento demográfico, mostrando signos de recuperación tras las grandes pérdidas poblacionales que protagonizaron durante la etapa de expansión metropolitana. Primero las grandes oleadas de inmigración internacional (Fishman, 2005; Galiana y Vinuesa, 2012) y después la movilidad residencial intrametropolitana (López-Gay, 2014), parecen haber sido las dinámicas demográficas que han hecho posible que las principales cabeceras metropolitanas retomen la senda del crecimiento o, al menos,

que rompan con la tendencia al vaciamiento que venían padeciendo en las últimas décadas.

Una nueva tendencia a la centralización de la población que parece hacer cumplir los pronósticos de los viejos modelos de desarrollo urbano-metropolitano enunciados por la geografía urbana clásica (Berg, Drewett, Klaasen, Rossi y Vijverberg, 1982), pero que, como muchos afirman, pese a marcar en cierto modo un cambio de era, no supone un fin del modelo centrífugo anteriormente expuesto (Feria, 2010b, 2010c; López-Gay, 2017), sino más bien un contrapunto en el que el viejo modelo centrífugo convive con un nuevo modelo centrípeto.

En la explicación de este emergente modelo urbano centrípeto encontramos diversos factores causales y procesos que explicarían este nuevo desplazamiento de la centralidad a las viejas cabeceras metropolitanas. Procesos que van, desde cambios sociodemográficos como la llamada segunda transición demográfica, hasta cambios económicos asociados a la reinversión y relocalización de la actividad económica en las grandes ciudades. Unos cambios que han ido acompañados de una recuperación de la centralidad en los imaginarios colectivos de lo urbano denso, así como de diversos procesos de transformación socioespacial que han dado lugar a que las clases medias (Ley, 1996), reivindiquen como suyos los espacios centrales. Una conjunción de procesos paralelos y complementarios que han supuesto que las ciudades centrales recuperen su centralidad material, simbólica y social, y vuelvan a ser el centro económico y cultural de las áreas metropolitanas.

2.3.1. La recuperación demográfica de las ciudades centrales: envejecimiento de los “baby-boomers” y segunda transición demográfica

Como hemos dicho, las dos dinámicas demográficas que alimentan este proceso son las migraciones internacionales y la movilidad residencial interna de la población de las áreas metropolitanas. La primera dinámica, aunque ha sido, y es, muy relevante en la recuperación inicial de las ciudades centrales, juega un papel mucho más coyuntural en el proceso. Primero, porque está sujeta a la situación económica, de manera que suele ser un factor demográfico de menor importancia en tiempos de crisis, habiendo sufrido un proceso de estancamiento y descenso relativo en nuestro país en los últimos años (Pujadas

et al., 2012, 2014; Valero-Matas, Coca y Valero-Oteo, 2014). Y segundo, pero no menos importante, porque su efecto sobre la recuperación y revitalización de las ciudades es relativo, ya que en gran parte la localización en las cabeceras de los colectivos de extranjeros es en muchas ocasiones temporal, en la medida que estos colectivos, una vez asumen el funcionamiento y estructura metropolitana de las ciudades en las que se asientan (Susino y Palomares-Linares, 2013), tienden en mayor medida a la suburbanización (Bayona y López-Gay, 2011), alimentando así el modelo centrífugo. Por eso, a medio plazo, las migraciones internacionales favorecen el crecimiento de las áreas metropolitanas en conjunto, pero no necesariamente de las cabeceras con respecto a las coronas.

Por su parte, la movilidad residencial de la población juega un papel mucho más relevante en la recuperación demográfica de los centros. Si bien no es la principal dinámica demográfica que ha generado este proceso de recuperación, es la pauta de comportamiento de la población residente en el área, es decir, la que da cuenta del comportamiento territorial agregado de la población, la más estable en el tiempo y la que, por tanto, tiene la capacidad de modelar la articulación territorial de las áreas metropolitanas a largo plazo (Feria y Andújar, 2015). Estudios recientes señalan que sigue existiendo una pauta suburbanizadora que alimenta el modelo centrífugo (Pujadas *et al.*, 2012; Gil-Alonso y Bayona, 2012; Duque-Calvache, 2015). No obstante, se han detectado procesos de ralentización de esta tendencia a la desconcentración de la población en las principales áreas españolas (Nel-lo, 2004). Una ralentización que se explica, principalmente, por el incremento de los movimientos residenciales con destino a las cabeceras metropolitanas, es decir, los movimientos de centralización (López-Gay, 2014; Pujadas, López-Villanueva y Bayona, 2016). Esto nos informa de que los centros metropolitanos españoles están recobrando parte de su atractivo para los habitantes de la metrópolis.

En términos demográficos, la creciente preferencia de la población autóctona por las cabeceras metropolitanas se explica por dos cambios fundamentales. De un lado, un cambio generacional, que tiene que ver con el envejecimiento de la generación del *baby-boom*, la generación que más incidencia ha tenido en el mercado de vivienda (Donat, 2010). Y por otro, una serie de cambios en el comportamiento sociodemográfico a los

que se ha dado en llamar, quizás no de una manera demasiado rigurosa, segunda transición demográfica (Kaa, 1987).

Si atendemos a los estudios sobre elección de entorno residencial (López-Gay y Recaño, 2008; Pisman, Allaert y Lombaerde, 2011; South y Crowder, 1997; Torrado, 2018; Turcotte y Vézina, 2010; entre otros) los individuos en fases previas o inmediatamente posteriores a la formación del núcleo familiar suelen optar en mayor medida por ambientes urbanos densos, buscando la proximidad y concentración del espacio de vida, mientras en las etapas de formación de familia, se incrementa sustancialmente la preferencia por entornos suburbanos. La entrada de la generación del *baby-boom* en la fase de nido vacío hace que sus elecciones residenciales tengan un carácter más individualista. Una vez resuelta la necesidad de construir un ambiente adecuado para la crianza de los hijos, pueden elegir de nuevo lo urbano denso como opción preferente. Así, el progresivo envejecimiento de estas generaciones supone un reflujo importante de las cohortes poblacionales más numerosas hacia los centros urbanos (Nguyen, 2006; Sohmer y Lang, 2001).

Este fenómeno fue identificado en los Estados Unidos por Hughes y Seneca (2004) a finales del pasado siglo XX. Según estos autores, el envejecimiento de los *baby-boomers* junto a la irrupción de su “eco” (sus hijos, la siguiente generación más cuantiosa después de ellos mismos), ha supuesto una recuperación demográfica de las cabeceras metropolitanas. Si bien en España no hay estudios que puedan avalar esta hipótesis, el hecho es que en torno al año 2011 (fecha en la cual se realiza el último censo de población y cercana a aquella en la que los autores españoles detectan fenómenos de recuperación de las cabeceras), la generación del *baby-boom* español se encontraba en una horquilla de edad de entre 36 y 51 años, por lo que esta hipótesis podría ser parcialmente extrapolable a nuestro contexto.

Junto al envejecimiento de la generación del *baby-boom* se ha producido, de manera paralela, un cambio generalizado en el comportamiento sociodemográfico de la población. El aumento de la esperanza de vida, el descenso de la natalidad y el incremento de las tasas de divorcio y separación, han dado lugar a una serie de cambios en los hogares, disminuyendo su tamaño, e incrementándose las formas de convivencia alternativas a la convencional familia nuclear, fraguándose lo que se ha dado en llamar la

segunda transición demográfica (Kaa, 1987). Estos cambios, que afectan principalmente a las formas de convivencia, han dado lugar a la emergencia de individuos que conviven en “hogares no tradicionales” (familias monoparentales, familias homoparentales, personas solas y hogares no familiares) que encuentran en las cabeceras metropolitanas un entorno adecuado a sus necesidades residenciales y a sus estilos de vida (Buzar *et al.*, 2005). La preferencia de este tipo de hogares menos convencionales y de menor tamaño por las cabeceras metropolitanas es un hecho que se ha constatado desde antiguo en Estados Unidos (Frey y Kobrin, 1982) y parece ser también un elemento clave de la recuperación demográfica de las ciudades centrales europeas (Bromley, Tallons y Roberts, 2007; Buzar, Hall y Ogden, 2007b; Rérat, 2012, 2016; Rérat, Piguet, Söderström y Besson, 2008; Seo, 2002) y españolas (Duque-Calvache, 2015; Torrado, 2017).

2.3.2. La recuperación de la centralidad económico-material de las ciudades: reinversión, recapitalización y resurgencia

En estrecha relación con la recuperación demográfica de las cabeceras, se encuentra su recuperación económico-material, la cual se puede explicar por tres procesos diferentes pero íntimamente relacionados: la reinversión en las ciudades, que estaría relacionada con una reversión de las causas expuestas por la teoría de la evolución natural y la teoría de la huida de los problemas (Sturtevant y Jung, 2011), que explicaban el modelo centrífugo; las nuevas oportunidades de negocio inmobiliario que se abrieron tras la fase de desvalorización que caracterizó a la etapa anterior, explicada por la teoría del diferencial de renta o *rent-gap* (Smith, 1987, 1996) y, por último, un cambio en la funcionalidad económica de las ciudades producido por el auge de una nueva economía basada en los servicios de alto valor añadido (Storper y Manville, 2006).

Según la teoría de la evolución natural, la expansión suburbana se explicaba por un descenso del precio de los transportes y una subida de los salarios, que posibilitaron la creación de una demanda potencial de vivienda en zonas cada vez más distantes de la ciudad central. Estos fenómenos se dieron de manera paralela en el siglo XX y efectivamente, favorecieron el proceso metropolitano. Sin embargo, acontecimientos relativamente recientes, como las subidas del precio del petróleo, y la saturación poblacional y urbanística de las zonas suburbanas, conllevan un incremento en el coste del transporte, así como una subida en el precio del suelo en algunos municipios

suburbanos más antiguos (Sturtevant y Jung, 2011). Procesos que suponen, en parte, la reversión de las causas de la expansión suburbana que la teoría de la evolución natural proponía, generándose un renovado interés de individuos y hogares en las viejas cabeceras metropolitanas.

Por su parte, la teoría de la huida de los problemas proponía una explicación alternativa pero relacionada con la anterior, en la que la suburbanización se explicaría por la mejor combinación de beneficios fiscales y servicios públicos que las zonas suburbanas ofrecían frente a las ciudades centrales (Sturtevant y Jung, 2011). No obstante, en los últimos años muchas corporaciones locales han hecho enormes esfuerzos de renovación urbana y mejora de los espacios centrales para suplir esta desventaja comparativa con las zonas suburbanas (Abbott, 1993, 2000; Colomb, 2007; Seo, 2002), especialmente nuevos ensanches y rehabilitación de sus cascos históricos. Una serie de intervenciones públicas y privadas que, en parte, han supuesto un incremento del atractivo de las ciudades centrales para los habitantes de la metrópolis.

Así, parece que se ha comenzado a producir en las principales áreas metropolitanas una reversión de las causas materiales y sociales que llevaron a la constitución de un modelo centrífugo. El progresivo vaciamiento de las ciudades y la saturación de las zonas suburbanas supuso un encarecimiento de los transportes, por la congestión de las vías de comunicación, y una pérdida de ventajas comparativas entre cabeceras y coronas, debida a la misma saturación de las coronas, la intervención de las autoridades públicas en las cabeceras, así como las posibilidades de desarrollo que se abrieron tras la etapa de vaciamiento y deterioro de las cabeceras mismas.

Precisamente sobre esta condición de posibilidad que supuso el vaciamiento y deterioro de las ciudades centrales, se basa la siguiente teoría que explica su recuperación económica, la teoría del diferencial de renta. Esta polémica teoría (Hamm, 1999; Ley, 1987) fue enunciada inicialmente por Neil Smith (1979, 1987) y es la principal teoría que explica el proceso de gentrificación desde la perspectiva de la oferta (Duque-Calvache, 2016; Lees, Slater y Wyly, 2013). Según Smith, la revitalización de determinadas áreas urbanas se produce por un proceso de vuelta del capital a las ciudades, y más en concreto al mercado inmobiliario urbano. El vaciamiento y deterioro de las cabeceras metropolitanas y su parque residencial durante los periodos de fuerte suburbanización,

causa que los precios de vivienda y suelo decrezcan. El diferencial de renta es la distancia entre el valor actual del terreno y el valor potencial que generaría con una reinversión que mejorara sus condiciones y uso. La vuelta del capital hacia las cabeceras metropolitanas se explicaría así por la búsqueda de beneficios por parte de pequeños y, especialmente, grandes inversores.

Aunque esta teoría parece bastante simple, realmente encierra gran complejidad y ha encontrado aplicación en contextos muy diferentes en todo el mundo (Badcock, 1989; Clark, 1988, 1995; Darling, 2005; Slater, 2015), constituyendo un marco explicativo adecuado para el análisis de las dinámicas de deterioro, abandono y reinversión (Marcuse, 1985) que operan en muchos barrios de las cabeceras metropolitanas actuales, así como a la lógica económica que siguen muchos rentistas y operadores inmobiliarios. De esta manera, tras su construcción, las viviendas padecen un periodo prolongado y progresivo de deterioro, en el cual la reinversión no es rentable, dado que reinvertir no supondría un incremento sustancial de la renta percibida, por lo que se hace necesario prolongar su ciclo de uso depreciándose en consecuencia hasta que la diferencia entre la renta potencial y la renta actual sea lo suficientemente grande para hacer rentable la reinversión y rehabilitación. Tras la renovación daría comienzo un nuevo ciclo de uso por parte de nuevos habitantes con mayor renta, lo que apunta al fenómeno del desplazamiento de vecinos como otro elemento característico de estos procesos.

Además de estas útiles aplicaciones de la teoría, Smith consideraba, al igual que su maestro Harvey (Harvey, 2007; Smith, 1996), que esta reinversión responde también a los ciclos económicos. Cuando se dan crisis de sobreproducción, el capital pasa de la economía productiva a la economía especulativa y al mercado de vivienda, lo que se llama el circuito secundario del capital, donde la rentabilidad a corto plazo puede no ser tan elevada pero los riesgos son menores. De esta manera, este proceso de recuperación económica y residencial de las ciudades guardaría cierta relación con los ciclos económicos, produciéndose preferentemente en tiempos de crisis, algo que encaja con los indicios de recuperación demográfica de las ciudades detectados en nuestro país en el contexto de la crisis económica de 2008 y su resaca durante los años posteriores (Feria y Andújar, 2015; López-Gay, 2014, 2017; Pujadas *et al.*, 2012, 2014).

Asociado a los procesos de reinversión y recapitalización antes descritos, se encuentra el proceso de transformación funcional de las ciudades centrales (Musterd, 2006). El redescubrimiento por parte de determinados sectores económicos de las ventajas de lo urbano denso y las economías de escala (Storper y Manville, 2006), lleva a la localización en los centros de determinadas empresas tecnológicamente punteras de servicios avanzados; al tiempo, se produce una creciente especialización de muchas zonas de las cabeceras en servicios personales y de ocio.

Desde la segunda mitad del siglo XX se produce un desplazamiento de la actividad económica, principalmente industrial, hacia las coronas metropolitanas, inicialmente, y posteriormente su deslocalización a países de la periferia global. Este hecho transforma profundamente las sociedades y economías occidentales, que vieron como su estructura ocupacional y económica mutaban, fruto de un creciente proceso de terciarización. Los países centrales, poco a poco, pasaron a asumir un rol de productores de servicios inmateriales e ideas que servían de base ideológica, financiera y administrativa para productos que se materializaban en las periferias mundiales (Sassen, 2007). Pero también fueron asumiendo cada vez más el rol de ser los grandes consumidores. Este proceso de reconversión económica ha tenido una plasmación en las ciudades metropolitanas (Díaz-Oureta y Lourés-Seoane, 2003; Ley, 1996; Mollenkopf y Castells, 1991).

Si en la etapa de expansión metropolitana que transcurre desde finales de la II Guerra Mundial hasta finales del pasado siglo, lo que caracterizó a las ciudades fue la pérdida de actividad económica en beneficio de unas zonas suburbanas que dejaron de ser zonas exclusivamente residenciales para articularse como subcentros de actividad. El avance y consolidación de la globalización y el papel de productores de servicios que en ellas ocupan los países centrales, hizo que las viejas ciudades centrales, un día abandonadas por la población y las empresas, recobraran su atractivo. Las empresas dedicadas a la producción de servicios avanzados (finanzas, moda, informática, gestión y administración, producción audiovisual, industrias limpias y punteras, etc.) encontraron en las ciudades centrales un entorno adecuado a sus necesidades e intereses (Sassen, 1991, 2007; Storper y Manville, 2006).

Sobre el porqué estas empresas deciden asentarse en las ciudades centrales no hay un consenso claro, existiendo varias explicaciones al respecto. Algunos hablan de las

ventajas que supone la centralidad y las buenas comunicaciones para las empresas de estos sectores. También la necesidad en la producción de servicios del contacto cara a cara y la proximidad con empresas afines, e incluso con la competencia (Glaesser y Gottlieb, 2006; Gordon, 2004), para generar sinergias empresariales y beneficiarse de las externalidades positivas que suponen las nuevas economías de escala, pero esta vez de servicios en lugar de medios industriales (Storper y Manville, 2006). O los nuevos modelos de negocio y las formas organizativas descentralizadas que asumen estas nuevas empresas, que tienden externalizar la mayoría de sus funciones y a apoyarse en una red tupida de empresas satélites y profesionales autónomos, con los cuales la información y el control es preferible que sea rápido y efectivo, para lo cual la proximidad física se transforma en un valor en sí mismo (Gordon, 2004).

Como decíamos, no hay mucho acuerdo sobre la causalidad, aunque sí que se han establecido ciertas correlaciones. Las empresas de servicios se localizan en las ciudades por el capital humano altamente cualificado que alojan, la llamada clase creativa (Florida, 2002), pero a su vez, la localización de esta correlaciona con la oferta cultural y de ocio de las ciudades –*amenities*– (Glaeser y Gottlieb, 2006; Markusen, 2006). Así, gran parte de la centralidad económica de las ciudades se relaciona con el desarrollo de un conjunto de servicios personales y de ocio destinados a la satisfacción de las necesidades y deseos de la nueva clase media que trabaja en los servicios avanzados (Musterd, 2006; Sassen, 1991). Esta correlación constatada entre crecimiento económico y oferta de consumo ha llevado a que, como narran Storper y Manville (2006), las ciudades adopten estrategias para atraer talento, tratando de identificarse como un espacio tolerante, diverso y *cool*, desarrollando todo tipo de eventos (Rodríguez-Medela y Salguero-Montaño, 2012) y utilizando herramientas de marketing (López-Lita y Benlloch, 2005; Puig, 2009) para construir identidades urbanas y marcas ciudad que atraigan a empresas y trabajadores cualificados¹⁰. Esto ha supuesto que las ciudades, más allá de convertirse en los centros

¹⁰ En este sentido, las ciudades han comenzado a desarrollar estrategias que van más allá de las clásicas “zonas francas” con beneficios tributarios para atraer empresas. Surgiendo una amplia miriada de estrategias que buscan la identificación de la ciudad con una serie de valores sociales que sean atrayentes para la atracción de capital y talento. En este marco, son bien conocidas las estrategias de marketing subcontratadas a empresas privadas para realzar la imagen de las ciudades (como son las marcas “¡Madrid!” o la reciente “Always Barcelona”), las cuales se materializan en eslóganes y logos publicitarios. Pero también podemos encontrar otro tipo de estrategias, como la búsqueda de “capitalidades” temporales, tales como la capitalidad europea de la cultura, concedida por el parlamento europeo a ciudades más o menos situadas en lo alto de la jerarquía urbana; hasta otras como la capitalidad gastronómica, por la que compiten ciudades menores de nuestro país en aras de realzar su imagen. Por último, también entran en estas estrategias los (mega)proyectos urbanos asociados a la concurrencia de la ciudad para conseguir alojar

de la nueva economía, también retomen su papel como centros comerciales y de consumo, remarcando su función como espacios de ocio y consumo cultural y su atractivo turístico (de Pablos y Sánchez-Tovar, 2003), fomentando el desarrollo de un amplio sector de servicios, pero esta vez de bajo valor añadido.

2.3.3. La recuperación de la centralidad simbólico-cultural de las ciudades. Unas ciudades centrales que se resignifican

Los cambios acaecidos desde la segunda mitad del siglo XX en lo económico, y su efecto sobre el resurgimiento material de los centros metropolitanos, tienen también un correlato en el plano cultural, en el imaginario colectivo de los habitantes y planificadores de la ciudad, y en los significados y valores que se asocian a lo urbano denso.

Aparte de un periodo de grandes transformaciones sociales, económicas y urbanas, la historia occidental que sigue a la segunda posguerra mundial es también la historia de una gran transformación cultural (Inglehart, 1991; Inglehart, 2001; Jameson, 1991), que supuso un cambio radical en la forma de entender el mundo y la ciudad misma (Harvey, 1998; Ley, 1996). Si el desarrollo suburbano se sustentó materialmente en el industrialismo fordista y culturalmente en unos valores materialistas, en los que la familia se articulaba como unidad simbólica y de consumo. La recuperación de las ciudades centrales se da en un contexto material de terciarización, auspiciada por unos valores posmaterialistas y bajo una visión del mundo posmoderna en la que el individuo está en el centro.

Durante los años sesenta y setenta del siglo XX se fraguan, principalmente en los Estados Unidos¹¹, los movimientos contraculturales. Unos movimientos protagonizados

algún tipo de evento, tales como los juegos olímpicos (caso de Barcelona 92, o los frustrados intentos de Madrid), la exposición universal o EXPO (caso de Sevilla 92 o Zaragoza 2008), la construcción de proyectos singulares como el Guggenheim en Bilbao o la Ciudad de las Artes y las Ciencias en Valencia, hasta eventos de menor rango como fue la Universiada 2015 en Granada, o los juegos Iberoamericanos de Huelva y Almería.

¹¹ Y decimos principalmente Estados Unidos porque fue el país donde más florecieron movimientos contraculturales que pretendían, de una manera u otra, subvertir el orden establecido. Confluyen en las décadas de los sesenta y setenta varios movimientos sociales muy potentes. Desde el movimiento negro (en sus distintas ramas, que van desde el, más reformista, movimiento por los derechos civiles liderado por Martin Luther King, hasta movimiento de los “Panteras Negras” de corte más insurreccional) hasta los movimientos pacifistas (más conocido como *hippies*), movilizados en contestación a las decisiones de política exterior estadounidense (y que tiene un momento de auge con la conocida Guerra de Vietnam). No

por jóvenes de clase media, que expresaban mediante el consumo selectivo -de ropa, de música, de sustancias estupefacientes-, su disconformidad con el modo de vida monótono y rutinario que suponía la sociedad industrial y de consumo de masas. La manifestación espacial de todo lo que rechazaban era el *suburb* donde muchos se habían criado (Caufield, 1989). Valores como la tolerancia, la diversidad, la libertad y el individualismo eran erigidos por esta generación como metas positivas para conseguir un mundo mejor (Caufield, 1994). Pese a que estos movimientos contraculturales desembocaron en grandes protestas y reivindicaciones políticas de carácter progresista, el envejecimiento y la entrada en la vida activa de esta generación supuso que tuviesen que encontrar en las instituciones, que en su momento decían combatir, una respuesta socialmente legítima a sus aspiraciones y valores (Lees *et al.*, 2013; Ley, 1996, 1994). Esta respuesta la encontraron en el consumo de bienes, pero también de espacios (Ley, 1996; Lees, 2000).

Así, el consumo perdió progresivamente su carácter masivo y estandarizado, a fin de satisfacer las demandas de búsqueda de autenticidad y diferenciación que emergieron tras el gran cambio cultural de los años sesenta y setenta. Surge entonces un nuevo modelo de consumo (Alonso, 2005) muy fragmentado, enfocado a diversos segmentos y con una amplia variedad de bienes que cobraban importancia más por aquello que representaban que por su utilidad real, al servicio de la articulación de lo que hoy llamamos estilos de vida. Pero este nuevo modelo no se redujo a un mero consumo de bienes y servicios, sino que se tradujo en nuevas demandas de espacios residenciales, la búsqueda de zonas que favoreciesen la realización de los valores de la época, y las encontraron en las ciudades centrales (Caufield, 1994; Ley, 1994)¹².

El proceso de cambio de valores que acabamos de narrar se adecua mejor al contexto norteamericano, donde varios autores suelen ligar este cambio cultural a la resignificación simbólica de las ciudades y a los procesos de gentrificación que la siguieron (Caufield, 1989; Ley, 1996; Smith, 1996; Zukin, 2010). Pero no es menos cierto que el cambio de un sistema de valores materialista a otro posmaterialista ha sido un hecho generalizado y constatado en la totalidad de las sociedades occidentales (Inglehart, 1991), siendo además este cambio el contexto cultural en el cual se produce la

obstante, también ocurrieron movimientos contraculturales relevantes en Europa, principalmente vinculados a la movilización estudiantil, cuyo hito más relevante es el “Mayo del 68”.

¹² O dicho de manera mucho más simple: “*hippies became yuppies*” (Lees *et al.*, 2013, p.96).

recuperación simbólica de las ciudades (Contreras, 2012). Así surge un nuevo imaginario sobre lo urbano denso que hace que la sociedad vuelva a mirar hacia la ciudad (Carrión, 2001). Un cambio que se manifiesta en las nuevas propuestas que vienen de la mano del urbanismo y los planificadores urbanos, en los procesos de patrimonialización y resignificación simbólica de las cabeceras metropolitanas, y especialmente sus centros históricos; pero, sobre todo, en nuevas formas de pensar, vivir y consumir la ciudad: los nuevos estilos de vida urbanos (de Pablos y Sánchez-Tovar, 2003).

En términos de planificación urbana, comienza a fraguarse a partir de los noventa una serie de perspectivas bajo la rúbrica del crecimiento inteligente o *Smart Growth* (Farris, 2001) que claramente suponen una materialización en las políticas urbanísticas norteamericanas de la recobrada importancia simbólica de las ciudades en un contexto de valores posmaterialistas. La preocupación por la sostenibilidad del modelo de desarrollo urbano-metropolitano lleva a un nutrido grupo de planificadores urbanos y políticos progresistas a enunciar propuestas de crecimiento en las cuales la revitalización económica, residencial y cultural de las ciudades centrales tienen un papel clave (Downes y Costa, 2005). Estas propuestas van encaminadas a replantear el desarrollo urbano, guiadas por una idea fuertemente pro urbanita y vehementemente *anti-sprawl* (Samuel y Toole, 1999). El término “inteligente” funciona como evidente maniobra de marketing urbano, pero también como denuncia del nivel de irracionalidad e insostenibilidad alcanzado por la saturación del modelo de urbanismo disperso.

Aunque en España estas ideas tuvieron un modesto eco, sí que son de desatacar ciertos procesos de resignificación simbólica de las cabeceras metropolitanas que se han manifestado a través de algunos planes de intervención concretos y en la patrimonialización progresiva de determinados espacios con un alto valor histórico o arquitectónico (Cabrera-Medina, 2006; Rodríguez-Medela y Salguero-Montaña, 2012). Estos procesos de patrimonialización ponen de manifiesto un cambio cultural evidente, en el cual las viejas ciudades centrales vuelven a ser espacios relevantes, en torno a los cuales se construyen valores y símbolos nuevos. Se resignifica un espacio a través de la construcción de relatos e imaginarios míticos sobre el mismo (Cabrera-Medina, 2006) que suponen su puesta en valor y su reconstrucción simbólica como espacios de sentido (Benach, 2000), en los que asentarse y residir adquiere un valor en sí mismo.

Así, los espacios centrales se tornan en ocasiones en bienes de consumo por parte de nuevas generaciones con valores posmaterialistas: desde los famosos *yuppies* (Short, 1989), pasando por los *exhippies* (Zukin, 2010) norteamericanos, hasta los “alternativos” españoles (Duque-Calvache, 2016). Un consumo e identificación con los espacios en torno a los cuales los individuos configuran nuevos estilos de vida urbanos (de Pablos y Sánchez-Tovar, 2003; Schnell y Gracier, 1993). La localización central, la proximidad, las oportunidades sociales y en la concentración de los espacios de vida en un entorno espacial parcialmente reducido organizan el día a día (Contreras, 2011). Se redescubre la ciudad en un sentido simmeliano como lugar de emancipación (Caufield, 1989, 1994), donde el individuo puede realizarse y configurarse a sí mismo a través del consumo selectivo de bienes, servicios, redes y grupos sociales y espacios. Al tiempo, mantiene en gran medida su autonomía y anonimato, amparado por el clima de tolerancia, diversidad y progresismo (Lees *et al.*, 2013) de un entorno crecientemente cosmopolita, vibrante, cambiante y abierto a las innovaciones, donde lo global y lo local intersecan (de Mattos, 2010).

2.3.4. La recuperación de la centralidad social de las ciudades. La vuelta de las clases medias: gentrificación y renovación urbana

La recuperación material y simbólica de las ciudades conlleva que los espacios centrales pasen a ser espacios socialmente valorados y cotizados, siendo progresivamente reivindicados por los grupos mejor posicionados en la estructura social. Si el momento centrífugo anterior se caracterizó por un abandono de los centros de las ciudades por parte de las clases medias en beneficio de las crecientes coronas suburbanas. El vaciamiento progresivo de las cabeceras, la reinversión, rehabilitación y construcción de vivienda en los centros, la localización de actividades de servicios avanzados y de consumo, y la resignificación simbólica de las cabeceras, crean la condición de posibilidad para el retorno a las mismas de sectores de clase media. Unos sectores que constituyen el capital humano necesario de esta nueva economía de servicios, con unos estilos de vida y con unos imaginarios que ponen en valor la localización central (Bridge, 2001; Hamnett, 1991; Ley, 1996).

Se produce un movimiento de reconquista (Smith, 1996) de los espacios centrales por las clases medias que da lugar a dos procesos socioespaciales complementarios y

paralelos: la renovación urbana y la gentrificación. Ambos suponen el aburguesamiento de las cabeceras metropolitanas, y el progresivo desplazamiento de los sectores de clase trabajadora a las coronas metropolitanas.

El concepto más en boga para hablar de las transformaciones socioespaciales recientes acaecidas en el contexto de recuperación material y simbólica de las ciudades es sin duda el de gentrificación. Un concepto que se refiere a los procesos de transformación social y espacial de antiguos barrios de clase trabajadora en espacios de clase media, con la consiguiente expulsión de los viejos residentes (Lees *et al.*, 2013). De esta manera, la gentrificación aparece como un proceso de desplazamientos, luchas y resistencias entre unos nuevos pobladores, de un perfil social elevado, y unos viejos residentes, pertenecientes a sectores sociales más vulnerables. El resultado final es la expulsión de los viejos residentes, por vías directas como los desahucios, o indirectas, como la subida de los precios de la vivienda (Sequera, 2013).

Si bien el proceso se identificó por primera vez en Inglaterra (Lees *et al.*, 2013), pronto comenzó a observarse en múltiples ciudades occidentales. Primero en las norteamericanas, y poco a poco en ciudades de todo el globo, incluidas muchas ciudades de nuestro país, como Barcelona (Fernández, 2014), Madrid (García-Pérez, 2014; Sequera, 2013), Sevilla (Díaz-Parra, 2009) o Granada (Duque-Calvache, 2016). Sin embargo, la causalidad y las fases en las que este proceso transcurre en diferentes contextos varía sustancialmente.

En el caso norteamericano la gentrificación tiene un componente étnico muy importante que no tiene en otros contextos. La suburbanización de las clases medias blancas en la segunda mitad del siglo XX y las políticas de *redlining* que restringieron el crédito hipotecario a las minorías étnicas (Smith, 1996; Ullán de la Rosa, 2014), llevaron a la relegación de los sectores de clase obrera, principalmente negra, en las ciudades centrales, con el consiguiente deterioro social y residencial que esto implicó (Zukin, 2010). Algunos ejemplos paradigmáticos del componente racial de la gentrificación son el *Lower East Side* en Nueva York (Smith y DeFilippis, 1999), o el barrio de *Harlem* (Schaffer y Smith, 1986; Smith, 1996) en esta misma ciudad.

Sin embargo, el caso español es diferente por dos razones fundamentales: el escaso papel de los componentes étnicos en el proceso¹³ y la presencia continuada en las cabeceras metropolitanas de las clases medias, las cuales nunca llegaron a abandonar del todo estos espacios. Si bien se han dado dinámicas de desplazamiento, son más lentas, especialmente donde los habitantes de clases populares son propietarios de sus viviendas. En tales casos, las subidas de precios de suelo y de alquileres impiden a la descendencia de los viejos pobladores asentarse en el barrio, por lo que el desplazamiento tiene un carácter generacional (Duque-Calvache, 2014). Aunque se han producido movimientos sociales de contestación de la gentrificación residencial, la polémica se está desarrollando especialmente en torno a los procesos de turistificación (Rodríguez-Medela y Salguero-Montaño, 2012), los cuales, si bien se asemejan a los de gentrificación en sus consecuencias fundamentales (el desplazamiento de los viejos residentes), se diferencian de estos por suponer una reconversión económica de los espacios (en zonas turísticas y de consumo), perdiendo, en mayor o menor medida, su carácter residencial.

Más allá de las particularidades locales, en los últimos años viene produciéndose un uso algo laxo del concepto de gentrificación (Duque-Calvache, 2010). En este contexto, se acuña un concepto particular: *new built gentrification* (Davidson y Lees, 2005, 2010), un concepto que resta sentido a la palabra gentrificación, al eliminar del proceso una dimensión fundamental que caracteriza al mismo, la lucha, expulsión o, al menos, movilización, de los viejos residentes por los nuevos pobladores (Lambert y Boddy, 2002). Si bien es cierto que se han producido en los últimos años procesos de construcción de nuevas zonas residenciales en espacios vacíos, o en zonas que un día tuvieron otro uso, como puertos o viejas zonas industriales, llamar a este proceso gentrificación supone perder una dimensión fundamental del concepto, el desplazamiento de los viejos residentes, por ello, preferimos referirnos a estos fenómenos, de manera similar a otros autores (Contreras, 2011, 2012), como “renovación urbana”.

Estos procesos de renovación urbana se han constatado en muchas ciudades occidentales, incluidas las españolas (Buzar *et al.*, 2007a) –donde se conocen como

¹³ Si bien esta variable no está completamente ausente. Podemos encontrar ejemplos de componentes raciales/étnicos tanto en barrios receptores de inmigrantes internacionales que se gentrifican (como el caso del Raval en Barcelona (Fernández, 2014) como por el papel jugado por la población gitana en el Albaicín (Duque-Calvache, 2016)

ensanches residenciales-. Son, al igual que la gentrificación, producto de la creciente preferencia y redescubrimiento por parte de las nuevas clases medias de las ciudades centrales como opciones residenciales significativas y del diferencial de renta de estos espacios. Sin embargo, se diferencian de la gentrificación por el simple hecho de que no implica ninguna dinámica de desplazamiento, expulsión o sucesión de viejos residentes, dado que los nuevos residentes urbanos se asientan en zonas que hasta entonces no habían tenido un uso residencial.

Gentrificación y renovación urbana serían pues los dos procesos que están suponiendo la recuperación de la centralidad social de las cabeceras las cuales, a través de estos dos procesos paralelos y complementarios, se transforman en espacios socialmente valorados. Los grupos mejor situados en la estructura social alimentan un proceso de aburguesamiento de las cabeceras metropolitanas que puede estar dando lugar al surgimiento de determinados mecanismos de selectividad residencial en las mismas, configurando unas dinámicas centrípetas crecientemente protagonizadas por clases medias, y unas dinámicas centrífugas, de suburbanización, en las que los sectores populares tienen cada vez más importancia (López-Gay y Recaño, 2008, 2009; Torrado, 2018).

Capítulo 3. Los dos momentos de la centralización en el desarrollo urbano-metropolitano

Desde finales del siglo XX y a comienzos del siglo XXI, han transcurrido una serie de procesos sociales, económico-materiales y simbólico-culturales, que han ralentizado, o incluso contrarrestado, el declive demográfico de las ciudades centrales, especialmente en las principales áreas metropolitanas (Cheshire, 1995; López-Gay, 2014; Nel-lo, 2004). Esta tendencia supone un contraste con las etapas de desconcentración que, desde finales de la II Guerra Mundial, habían dominado en las ciudades occidentales más importantes. Así, parece un hecho generalizado para muchos autores que vivimos un proceso de recuperación material y simbólica de las ciudades centrales, en el que las tendencias a la expansión metropolitana y la desconcentración poblacional conviven con la emergencia de unas, cada vez más visibles, tendencias centrípetas.

Sin embargo, estos procesos que alimentan el desarrollo urbano y metropolitano distan de ser simples y, sobre todo, tan generalizados a la totalidad de entidades urbanas existentes (Feria, 2010c, 2015). Si bien los procesos de recuperación material y simbólica de las ciudades descritos en el apartado anterior son un hecho constatado, esta constatación se ha hecho en las principales ciudades metropolitanas, aquellas que se

encuentran en lo más alto de la jerarquía urbana nacional y global, en las que los procesos de desarrollo metropolitano emergieron en épocas más tempranas y dónde más desarrollados se encuentran en la actualidad. Es en las grandes ciudades donde primero (y más intensamente) se producen la reinversión y recapitalización, la relocalización de la actividad terciaria en los centros y los procesos de gentrificación y renovación urbana; aunque son procesos que, en mayor o en menor medida, tienden a afectar a todas las ciudades, dado su carácter estructural¹⁴. En nuestro país contamos con un sistema urbano diverso, compuesto por ciudades en distintas etapas o momentos del desarrollo de sus procesos urbanos y metropolitanos, encontrándose la mayoría de ellas aún en fases de desconcentración y suburbanización, e incluso en fases previas de concentración urbana.

En el presente capítulo profundizaremos en el proceso de desarrollo urbano-metropolitano, para dar cuenta de sus distintas fases, etapas o momentos, y esclarecer el papel que juegan los movimientos de centralización. Para ello repasaremos primero los modelos de desarrollo urbano y metropolitano más clásicos enunciados por la geografía y sociología urbanas, y las principales críticas que han recibido. Posteriormente, se propone un modelo alternativo que da cuenta específicamente del proceso de metropolización, tratando de mostrar el papel (o los diferentes papeles) que juegan los movimientos de centralización en las distintas etapas. En las fases iniciales del proceso metropolitano trataremos las dinámicas de concentración urbana; en las últimas etapas, los movimientos de recentralización.

3.1. De los modelos de desarrollo urbano a los modelos de desarrollo metropolitano

Desde los años cincuenta vienen desarrollándose una serie de modelos que tratan de explicar el proceso de urbanización contemporáneo desde perspectivas diferentes. Estos modelos parten de dos ideas o conceptos del proceso urbanizador (Champion,

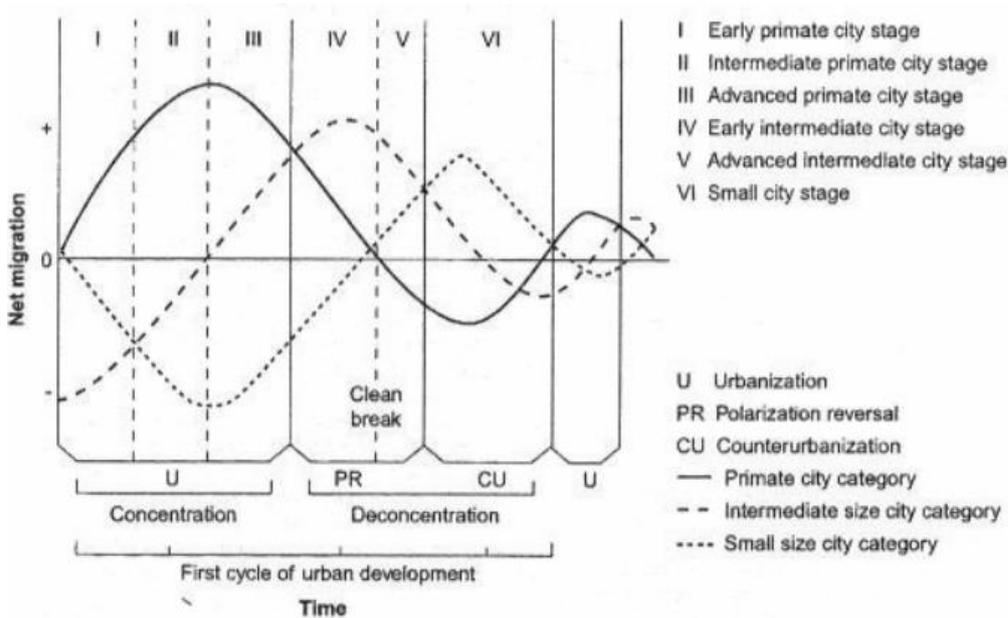
¹⁴ Carácter estructural que reside en las causas mismas de los procesos descritos, las cuales, en muchos casos, descansan en fenómenos globales que afectan a la estructura económica, social y demográfica de las sociedades occidentales, tales como son la terciarización de la economía y la globalización, el surgimiento de las nuevas clases medias, o la segunda transición demográfica. No obstante, aunque las causas de los procesos que dan lugar a un nuevo modelo centrípeto sean estructurales, afectan con más o menos fuerza (o simplemente de maneras diferentes) según la entidad y grado de desarrollo de los procesos urbano-metropolitanos.

2001). Para unos la urbanización consiste principalmente en la concentración de la población en núcleos urbanos, definiéndose el proceso como la generalización de la tendencia poblacional a vivir en ciudades. Para otros, la urbanización sólo sería un primer momento en los procesos de desarrollo metropolitano, la etapa inicial de concentración. Vemos aquí dos perspectivas fundamentales del desarrollo urbano-metropolitano, un debate teórico acerca de los modelos de desarrollo urbano, y un debate centrado en el desarrollo específico de los procesos metropolitanos.

La primera perspectiva la componen una serie de trabajos que tienen el común denominador de centrarse en conocer el proceso urbanizador, en tanto que concentración de la población en núcleos urbanos (sean grandes o no), considerando como núcleo urbano aquellas unidades administrativas (sean municipios, condados u otras según el contexto nacional) que superan un determinado umbral de población. Si bien los indicadores utilizados por estos estudios varían, desde la mera distribución porcentual de población entre los distintos núcleos, hasta el saldo migratorio de los mismos (Hugo, Champion y Lattes, 2003), la mayoría de ellos tienden a definir una serie de fases en la evolución del sistema de asentamientos urbanos, lo cual puede interpretarse como la definición de un modelo de desarrollo urbano.

El más conocido, es el modelo de urbanización diferencial (figura 3.1) de Geyer y Kontuly (1993), el cual parte de la enunciación de una serie de fases del proceso urbanizador según la evolución de los saldos migratorios de los distintos núcleos, jerarquizados según su tamaño (ciudades grandes, medias y pequeñas). El proceso comienza con una primera fase de concentración urbana (o urbanización) en la que la población se concentra en los núcleos más grandes (fases I, II y III). Tras esta llega una etapa de declive de los grandes núcleos (desconcentración), paralela con un incremento de las ciudades medias (fase IV y V), las cuales poco a poco comienzan a decrecer en importancia en favor de los núcleos pequeños (fase VI). Estas etapas de declive de las ciudades grandes y medias son las que han dado pie a la enunciación de conceptos tan debatidos como el de contraurbanización (Berry, 1980; Ferrás, 2007; Mitchell, 2004). Finalmente, tras este proceso se vaticina un nuevo comienzo, más hipotético que real (ya que carecían en la época de datos consistentes que lo avalaran), del proceso urbanizador.

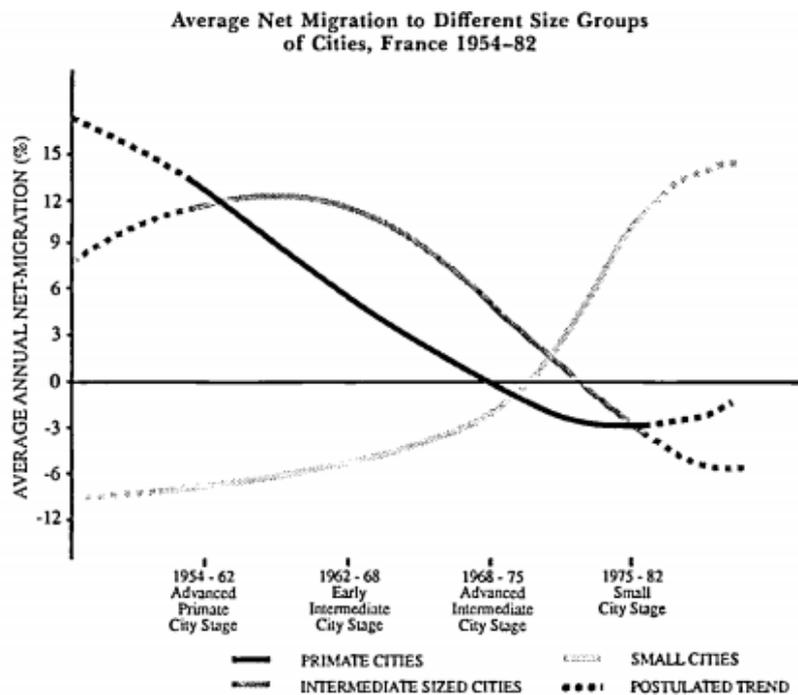
Figura 3.1. Modelo de urbanización diferencial de Geyer y Kontuly



Fuente: Geyer y Kontuly (1993), adaptación de Champion (2001)

Este proceso teóricamente universal es contrastado por Geyer y Kontuly en diversas realidades nacionales. En la figura 3.2 podemos ver el ejemplo francés estudiado por Fielding (1982, 1989), que de manera muy clara parece confirmar la teoría de la urbanización diferencial para el período 1950-1980. El proceso descrito parece ser pues, muy simple: primero crecen las ciudades grandes (en el ejemplo francés se tomaron las mayores de 100.000 habitantes), después las intermedias (de 99.999 a 10.000 habitantes) y finalmente las pequeñas (menores de 10.000). Sin embargo, en su simplicidad y, especialmente en las variables que toman para jerarquizar los núcleos urbanos (el tamaño de población) reside su mayor problema. Y es que jerarquizar las unidades administrativas y núcleos exclusivamente según su tamaño de población, supone obviar las complejas relaciones que se establecen entre los distintos núcleos en el sistema de ciudades. Es decir, se estarían pasando por alto las relaciones de centralidad y dependencia de los núcleos urbanos y, por ende, no considerando la existencia de unidades funcionales, territoriales y sociales de mayor entidad que aúnan en su seno a varios núcleos: las áreas metropolitanas.

Figura 3.2. Evolución de los saldos migratorios por tipos de ciudades en Francia, 1950-1980



Fuente: Fielding (1989), adaptación de Geyer y Kontuly (1993)

Si por el contrario consideráramos la existencia de estas áreas en el proceso que describe este primer grupo de trabajos, éste tendría una lectura bastante diferente de la expuesta arriba. Así, las primeras fases de crecimiento de las grandes ciudades y las subsecuentes fases de desconcentración en las ciudades medias estarían indicando un proceso de concentración urbana en ciudades que pasarían poco a poco a constituirse en cabeceras de áreas metropolitanas, un proceso de concentración que operaría en dos fases. Una primera fase de concentración en las grandes ciudades, que comienzan a decrecer por la desconcentración residencial en beneficio de sus municipios circundantes. Seguido por una concentración en ciudades medias, las cuales entrarían, de manera más tardía que las anteriores, en un proceso de metropolización. Por consiguiente, el crecimiento de los núcleos pequeños no debería entenderse bajo este prisma como una vuelta a lo rural, sino que, posiblemente, se explicase por una agudización de los procesos de suburbanización en esas ciudades medias que iniciaron sus procesos de concentración urbana de manera algo más tardía que las grandes¹⁵. Por tanto, teniendo en mente la existencia de unidades funcionales superiores a los núcleos, perderían valor los conceptos de contraurbanización

¹⁵ Además, es lógico que los municipios de las coronas de ciudades medias los compongan municipios más pequeños: mientras más pequeño el planeta, más pequeño el satélite, por una mera cuestión gravitacional.

o desurbanización (al menos en el sentido que se utilizan en estos modelos), que realmente estarían describiendo la expansión de las fronteras de las áreas metropolitanas a municipios hasta entonces desconectados de su funcionamiento, pero que, por este proceso, pasarían a integrarse en la estructura y funcionamiento de las metrópolis.

De la consideración de las limitaciones que presentan estos modelos, surgen los modelos de desarrollo metropolitano, los cuales, a diferencia de los anteriores, tratan de describir el proceso de urbanización, pero entendiéndolo en la segunda acepción enunciada por Champion (2001), en tanto que fase del desarrollo de las áreas metropolitanas. Es decir, que consideran la evolución de las áreas metropolitanas como una realidad con cierta autonomía que, aunque relacionada con la evolución del más general sistema de asentamientos urbanos, sigue sus propias pautas. Este cuerpo de trabajos constituye lo que antes denominamos, la segunda perspectiva del proceso de urbanización, y suponen el paso definitivo de los modelos de desarrollo urbano a los de desarrollo metropolitano.

Los primeros modelos de desarrollo metropolitano se desarrollan a partir de la obra inicial de Hall (1971), el cual presenta una propuesta para el Reino Unido que no fue aplicada a las ciudades continentales europeas hasta entrada la década de los ochenta. Momento en el cual, se producen las más conocidas aportaciones sobre los modelos y procesos metropolitanos de Hall y Hay (1980) y Van den Berg (Berg *et al.*, 1982; Berg, Burns y Klaasen, 1987). Todos estos trabajos tienen en común, aparte de considerar de manera casi exclusiva el proceso de desarrollo metropolitano, el asumir una definición simple del mismo, en torno a dos componentes principales: cabeceras (*cores* en inglés) y coronas (*rings*), considerando a su vez la evolución de la totalidad de la aglomeración urbana.

Se trata de una propuesta que intenta explicar el desarrollo metropolitano de una manera evolutiva, a través de distintas fases que se definen según los saldos poblacionales (crecimiento poblacional) de los distintos componentes del sistema metropolitano, así como del área en su totalidad (figura 3.3), siendo esta última consideración la que se utiliza para poner en relación el desarrollo del sistema metropolitano con la evolución más general del sistema de asentamientos. De esta manera, enuncian un modelo cíclico

del desarrollo metropolitano, con intención de servir de heurístico universal para describir el funcionamiento y evolución de las áreas metropolitanas.

Este modelo define cuatro fases generales, subdivididas cada una de ellas en dos, según si el crecimiento de los componentes es absoluto (por ejemplo, la centralización es absoluta si crece la cabecera y decrece la corona) o relativo (para el caso de la centralización, sería relativa si la cabecera creciese, pero también lo hiciese la corona, aunque esta última en menor medida), definiendo un total de ocho fases (Champion, 2001).

La primera fase es la de centralización, en la cual primero se produce un crecimiento de las cabeceras a expensas de las coronas (centralización absoluta), produciéndose después un crecimiento generalizado de toda la aglomeración en la que las cabeceras crecen más rápido que las coronas (centralización relativa). Esta primera fase de centralización se dio en las ciudades más grandes de la actualidad con la revolución industrial (Zimmermann, 2012) y por sus implicaciones, muchos autores optan por llamarla también urbanización o concentración urbana (Cheshire, 1995; Feria *et al.*, 2008; Nel-lo, 2004).

La segunda etapa es la suburbanización, en la que la cabecera comienza a crecer menos que la corona (suburbanización relativa), para finalmente acabar creciendo esta última a expensas de la primera (suburbanización absoluta). Esta es la fase en la que se encuentran la mayoría de las ciudades metropolitanas en la actualidad (Wolf, 2018).

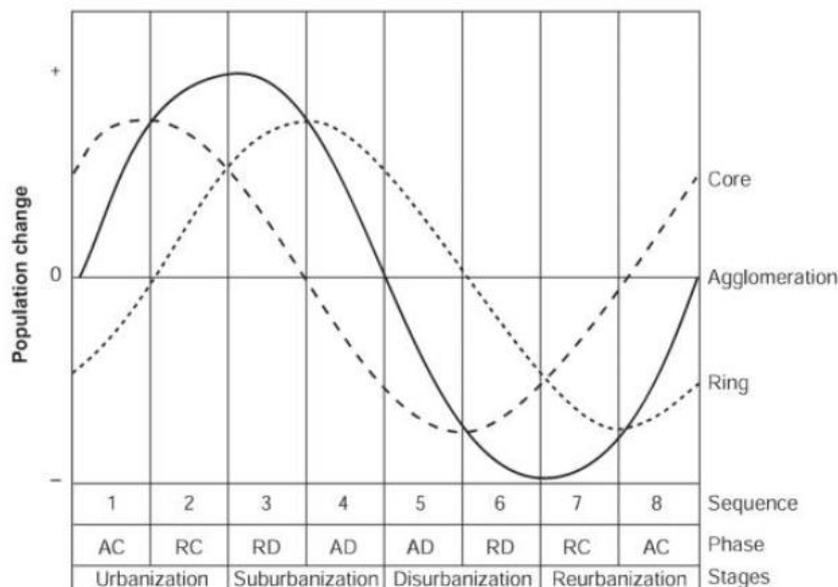
En tercer lugar, las ciudades pasarían a una fase de desurbanización o contraurbanización, en la cual poco a poco la totalidad de la ciudad metropolitana acaba perdiendo población. No obstante, esta fase ha suscitado mucho debate (Lewis *et al.*, 1989), por dos razones principales. Por un lado, porque estos procesos fueron diagnosticados, principalmente, en ciudades que sufrieron declives poblacionales producto de la reconversión industrial de los años ochenta, siendo por tanto una realidad poco generalizable, muy localizada en el espacio y el tiempo. Por otro, también se debate en qué medida la enunciación de esta fase puede estar ignorando el hecho de que quizás los procesos metropolitanos se estén expandiendo más allá de los límites espaciales de las áreas inicialmente consideradas. Es decir, que puede estar obviando un proceso de

Los dos momentos de la centralización en el desarrollo urbano-metropolitano

expansión por suburbanización del área hacia una nueva corona. Esta última hipótesis cobra más sentido aún si consideramos que los estudios empíricos utilizados para la enunciación de estos modelos parten de una definición estática de las áreas metropolitanas.

Por último, los autores señalan una última fase, que en su origen era más hipotética que real, en la que la cabecera, y poco a poco el área en su conjunto, retomarían la senda del crecimiento. Estamos hablando de la fase de reurbanización o recentralización, la cual supondría el fin de un ciclo de desarrollo urbano y, a la vez, el comienzo de uno nuevo. Esta fase se enuncia en un principio como una hipótesis que permitiría darle un carácter cíclico al desarrollo metropolitano y así cuadrar (o más bien, redondear) el modelo general. Sin embargo, muchos autores han identificado esta fase en algunas ciudades (Cheshire, 1995; López-Gay, 2017; Turok y Mykhnenko, 2007; Wolf, 2018), razón por la cual se llega a hablar de un proceso de recuperación simbólica y material de las cabeceras metropolitanas, del que ya se ha hablado. La representación gráfica nos ayuda a entender estos procesos como ondas desacompañadas que generan un efecto conjunto complejo, y en las cuales la inercia social juega un papel importante.

Figura 3.3. Modelo general de desarrollo metropolitano



Fuente: Champion (2001)

3.2. Críticas a los modelos clásicos de desarrollo metropolitano

El carácter general y relativamente simple de estos modelos ha hecho, que al igual que la teoría de la urbanización diferencial, sean objeto de recurrentes críticas y contraste empírico, al marcar unas pautas que en muchos casos no se dan en muchas ciudades metropolitanas (Feria, 2010b; Wolf, 2018).

La primera crítica explícita a estos modelos viene de la mano de Nystrom (1992), y a nuestro parecer no está bien fundamentada. Nystrom (1992) considera inválidos estos modelos por dos razones. La primera, que no consideran la evolución del sistema de asentamientos urbanos en su totalidad, y la segunda, por no haber detectado la fase de reurbanización en las ciudades que estudia (se centra en la Finlandia e Inglaterra de los ochenta). Respecto a la primera crítica, cabe decir que, si bien estos modelos no sirven para analizar la evolución general del sistema de asentamientos urbanos es porque, realmente, no lo pretenden. El hecho de que opten por analizar por separado la evolución de las áreas metropolitanas es una ventaja más que un problema, ya que, el desarrollo de las áreas metropolitanas se debe principalmente a dinámicas internas, no externas (Susino, 2003; Feria, 2010b, 2010c)¹⁶. En segundo lugar, la no constatación de la fase de reurbanización en las áreas que estudia no supone en absoluto una negación del modelo, quizás se trate simplemente de un problema temporal, puesto que otros autores posteriormente constataron esta fase en diferentes áreas metropolitanas (Cheshire, 1995; Wolf, 2018).

Sin embargo, creemos que Nymstrom (1992) acierta al realizar una crítica que después repetiría Cheshire (1995), aunque de manera algo más sutil. Y es que las distintas fases del modelo dependen de una serie de variables socioeconómicas fundamentales, dándose la reurbanización especialmente en viejas ciudades industriales, que se encuentran en un proceso de reconversión hacia una economía de servicios. Así, Cheshire (1995) constata la entrada en esta fase de las ciudades alemanas durante los ochenta y noventa, así como de otras ciudades del norte de Europa. Sin embargo, aunque esto es cierto, el modelo no deja de ser válido por eso, si tenemos en cuenta que es un heurístico,

¹⁶ Si bien es cierto que hay una interacción con el resto del sistema de asentamientos urbanos, esto es tenido en cuenta al considerar, junto a la evolución de cabeceras y coronas, la evolución de la aglomeración en su conjunto.

Los dos momentos de la centralización en el desarrollo urbano-metropolitano

una herramienta conceptual y metodológica para aproximarnos al desarrollo urbano de la mayoría de las ciudades, más que una plasmación fidedigna de la realidad.

Más consistentes son las críticas que enuncia Wolf (2018), recogiendo a su vez las de otros autores como Antrop (2004) o Parr (2012). Para Wolf (2018), el modelo de desarrollo metropolitano tiene tres problemas fundamentales. Primero, se fundamenta en la evidencia empírica de las grandes ciudades metropolitanas, lo cual hace que no pueda explicar con consistencia las pautas evolutivas de otras ciudades de menor rango. En segundo lugar, critica el indicador utilizado para analizar la evolución del modelo, el crecimiento poblacional, ya que, según él, oculta ciertas tendencias como los efectos de la estructura de población. En tercer y último lugar, critica su linealidad, ya que a lo largo de su trabajo constata, como hacen otros autores (Turok y Mykhnenko, 2007) que, aunque las etapas descritas se dan en las distintas ciudades que analiza, la sucesión no responde a la linealidad del modelo original.

Pese a las críticas, no encontramos en Wolf (2018) alternativa, más allá de seguir utilizando el modelo como heurístico útil, pero que no corresponde con la realidad de la mayoría de las ciudades. Tenemos que venir al contexto español, y más concretamente a los trabajos realizados por Feria y Susino (Feria, 2010a, 2010b, 2010c, 2013, 2015; Feria y Martínez, 2016; Feria y Susino, 2012; Feria *et al.*, 2008), para encontrar un modelo alternativo. Estos investigadores presentan a lo largo de sus trabajos varias críticas fundamentales a estos modelos que los llevarán a esbozar una alternativa para la comprensión y explicación del desenvolvimiento de las áreas metropolitanas. Las críticas planteadas se refieren al carácter estático de sus delimitaciones y lo inadecuado del indicador que utilizan (el saldo poblacional) para analizar los procesos de evolución metropolitana.

La primera crítica reside en la delimitación que se realiza del fenómeno metropolitano. Si bien la mayoría de los estudios empíricos en los que se basa el modelo, consideran la existencia de unidades funcionales supramunicipales, principalmente las llamadas *Functional Urban Regions* (FUR) y las *Functional Urban Areas* (FUA)(Cheshire, 1995a; Frey y Zimmer, 2001; Turok y Mykhnenko, 2007; Wolf, 2018). Cuando analizan los procesos de desarrollo metropolitano, tienen una consideración estática de las mismas, es decir, no consideran su expansión a entornos hasta entonces

desconectados de su funcionamiento. Esta concepción estática es la que se encuentra detrás de la enunciación de fases como la contraurbanización o desurbanización, las cuales posiblemente estén mostrando más una extensión física y funcional de los procesos metropolitanos que un declive temporal de los mismos.

El segundo problema fundamental de estos modelos, y posiblemente el más grave, reside en los indicadores que usan para analizar la evolución de los procesos metropolitanos. Utilizar saldos de crecimiento poblacional es, cuanto menos, poco recomendable, en la medida en que se mezclan dos realidades diferentes. De un lado, la movilidad residencial de la población, es decir, los movimientos internos que se producen en el seno de las áreas metropolitanas, y de otro, las migraciones, con origen o destino en las áreas. Si bien ambas dinámicas afectan al crecimiento y desarrollo de las áreas, es la movilidad residencial la que debe tomarse como indicador principal de las etapas de desarrollo en las que estas se encuentran, ya que son las dinámicas o flujos demográficos más estables en el tiempo (Susino, 2003), siendo la movilidad interna a las áreas la que define los procesos de expansión de las mismas (Galiana y Vinuesa, 2011; López-Gay, 2014). Además, es un hecho constatado, que la movilidad residencial tiene unos determinantes diferentes de los de las migraciones (Clark, Deurloo y Dieleman, 2003), hasta el punto de que la propia población llegada de fuera (los inmigrantes) acaba, al tiempo, asumiendo las pautas generales de movilidad de la población residente en el área (Bayona y López-Gay, 2011; Susino y Palomares-Linares, 2013). Por tanto, los saldos poblacionales no son buenos indicadores para definir las etapas de desarrollo metropolitano. En cambio, sí lo son los flujos de movilidad residencial interna, ya que son los que mejor reflejan las tendencias a la concentración o a la descentralización de la población residente.

Por último, y relacionado con lo anterior, Feria (2010b) señala la necesidad, no sólo de utilizar la movilidad residencial como variable clave para analizar la dinámica de los procesos metropolitanos sino, además, considerar su organización espacial, es decir, analizar estos flujos según su intensidad, origen y destino. Según origen y destino distinguimos cinco movimientos: intramunicipales en corona, intramunicipales en cabecera, suburbanización, movimientos entre municipios de las coronas y centralización. Esto es muy importante, porque la mayor intensidad de unos movimientos u otros

Los dos momentos de la centralización en el desarrollo urbano-metropolitano

constituye el indicador fundamental que marca la organización espacial y el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos.

3.3. Una propuesta de modelo de desarrollo urbano según los flujos espaciales de movilidad residencial

Partiendo de estas críticas, Feria (Feria, 2010a, 2010b, 2010c, 2013, 2015) y Susino (Feria y Susino, 2012; Susino y Barrena, 2010; Susino, Casado y Feria, 2007) esbozan un modelo del desarrollo metropolitano que pretende superar algunos de los problemas de modelos anteriores¹⁷. Una aproximación a la evolución de los procesos metropolitanos que, como indican los propios autores, no es universalizable a todas las realidades y contextos urbanos (Feria, 2013), debido a las diferentes condiciones estructurales de partida (Feria, 2015). Su principal fuerza reside en que procede de años de estudio y análisis de los procesos y realidades metropolitanas en la totalidad del universo metropolitano español.

Esta propuesta considera el carácter dinámico del proceso de metropolización (o, dicho de otro modo, el carácter cambiante de la delimitación misma de las áreas), su complejidad en tanto que expansión secuencial de los mercados de trabajo y vivienda (Susino *et al.*, 2007), y por supuesto, toma como indicador fundamental para enunciar fases los flujos espaciales de movilidad residencial, teniendo en consideración tanto su intensidad como su organización espacial (Feria, 2010a; Feria 2010c).

Según esta visión, los procesos metropolitanos pueden categorizarse según su dimensión, madurez y estructura, dando lugar a una categorización compleja de las áreas metropolitanas (Feria, 2013). En este capítulo nos centramos en la definición del desarrollo metropolitano como un proceso evolutivo, según se incrementa su dimensión y madurez. El modelo está pensado principalmente para las áreas de estructura monocéntrica o centralizada, dejando aparte aquellas de estructura más compleja (como las policéntricas o las reticulares), debido a que estas últimas siguen procesos de cambio

¹⁷ Si bien estos autores no llegan a sistematizar en ningún momento una teoría o modelo del desarrollo metropolitano, en los trabajos citados bosquejan muchas de las ideas que a continuación se expresan, pudiendo afirmarse que este apartado de la tesis constituye un primer intento, no de sistematizar rigurosamente, sino de explicitar la teoría o modelo de desarrollo metropolitano implícita en las aportaciones de los autores mencionados.

diferentes y son minoritarias (en el caso español son cinco según la delimitación de 2011: Almería-El Ejido, Elche-Alicante, Málaga-Marbella, Cádiz-Jerez y la Y asturiana que forman Oviedo, Gijón y Avilés).

La primera fase de desarrollo de los procesos metropolitanos es la llamada **concentración urbana**, la cual se da en dos etapas secuenciales. Primero, se da por la expansión del mercado de trabajo, generalmente de la cabecera, hacia los municipios circundantes. Es decir, la cabecera comienza a concentrar en sí una serie de actividades económicas que atrae mano de obra de unos municipios en transición a lo metropolitano, articulándose una organización espacial centralizada de la movilidad por razón de trabajo. La movilidad cotidiana abre la puerta a la integración en un mercado unitario de mano de obra (Casado, Martínez y Flórez, 2010). Se vive en la corona, pero se trabaja en la cabecera. Esa disponibilidad de empleos ejerce como foco de atracción, incentivando el crecimiento y dominancia de los movimientos de centralización. Vivir en la cabecera facilita encontrar un empleo y acorta los tiempos de traslado, lo que atrae especialmente a la población joven, reforzando el efecto de estos cambios al centralizar también la natalidad. Las coronas son el vivero que alimentan el crecimiento de las cabeceras (lo cual obsta a que también reciban entradas de inmigrantes), por lo que son poblacionalmente deficitarias durante esta fase. Este primer momento centrípeto se da en distintas etapas históricas, según el momento en que se desarrollen los procesos metropolitanos en cada urbe¹⁸.

Los procesos metropolitanos se inician por una expansión secuencial, primero del mercado de trabajo y, segundo del mercado de vivienda de la ciudad central. La movilidad laboral precede a la movilidad residencial, al menos en las primeras fases. Por tanto, en esta fase de concentración urbana, no hay mucha integración entre municipios metropolitanos, sino una fuerte dependencia de las coronas con respecto a una cabecera que absorbe la fuerza de trabajo y el crecimiento poblacional de su *hinterland* inmediato (Feria 2010a, Feria 2010c).

¹⁸ En las grandes ciudades, como Madrid, Barcelona, Manchester o Berlín, esta fase comienza en épocas muy tempranas (Zimmermann, 2012). Sin embargo, en nuestro país encontramos áreas que aún se encuentran en esta fase, como por ejemplo Córdoba, Badajoz o Albacete (Feria, 2013).

Posteriormente, la cabecera metropolitana sufre un progresivo proceso de saturación poblacional y urbanística (López-Gay y Recaño, 2008, 2009), paralelo con la expansión del área de influencia del mercado de trabajo metropolitano. La centralización muere de éxito: la competencia por la centralidad dispara los precios y dificulta el acceso, lo que da lugar a la dispersión de funciones económicas (y por tanto de empleos) y residenciales. Hay un incremento de los movimientos centrífugos y un progresivo agotamiento de los centrípetos, comienza la fase de *suburbanización*. En esta fase la cambia el balance demográfico entre cabecera y corona: el municipio central comienza a perder población en favor de los municipios circundantes más próximos. Esto consolida un mercado de vivienda plenamente metropolitano. Los pueblos de la corona se tornan plenamente urbanos, tanto en un sentido funcional como social, al constituirse como espacios de interacción y vida cotidiana de una parte creciente de los residentes del área. En este momento las áreas se convierten en un mercado unitario de trabajo y vivienda, un espacio de vida colectivo (Susino, 2003) que supera las fronteras municipales. No obstante, en esta fase los movimientos de concentración urbana siguen dándose, especialmente en aquellos municipios más lejanos, que siguen incorporándose al mercado de trabajo metropolitano (pero no inmediatamente al de vivienda, manteniéndose saldos poblacionales negativos en los bordes externos del área metropolitana).

El área en conjunto es una realidad viva y cambiante, en la que conviven distintas tendencias simultáneamente (en su centro y periferia). Conforme la dimensión y madurez del mercado de trabajo y vivienda metropolitano se incrementa, la saturación poblacional que inicialmente afectaba a la cabecera se expande a los municipios circundantes, agudizándose los movimientos de suburbanización hacia municipios más alejados, y ampliándose en consecuencia, hasta límites cada vez más distantes, la frontera física, funcional y social de las áreas metropolitanas.

Históricamente esta fase puede datarse en los años cincuenta en países como Estados Unidos, y en los sesenta y setenta (incluso ochenta y noventa) en el caso de las principales áreas de nuestro país (Susino y Duque-Calvache, 2012), dado el carácter más tardío que tuvo en ellas el proceso de concentración urbana (Cheshire, 1995). También se puede vincular este desfase con la llegada tardía de cambios sociales relevantes que alimentaron esta tendencia: la potencialidad de movilidad cotidiana que supuso el vehículo privado a motor (Bericat, 1994), la llegada a la edad de emancipación de las

amplias cohortes fruto del *baby-boom* y la demanda de vivienda que estas suponían (Donat, 2010), así como un conjunto de imaginarios que ponían en valor el distanciamiento de lo urbano compacto en beneficio de formas de vida suburbanas (Fishman, 1987; Susino, 2003). Numéricamente, la mayoría de las áreas metropolitanas españolas –que son de tamaño pequeño y mediano– siguen en esta fase (Feria, 2013), aunque las más grandes y desarrolladas ya han pasado a fases posteriores.

En una última fase, conforme las áreas alcanzan cierto grado de complejidad y madurez, en torno a un millón de habitantes en el caso de nuestro país (Feria, 2010c)¹⁹, comienza un proceso de complejización en términos de la organización espacial de la movilidad por trabajo y, especialmente, de la movilidad residencial. Se altera la estructura centrípeta de los flujos por trabajo y centrífuga de los flujos residenciales, para dar lugar a un entramado de flujos entrecruzados de movilidad cotidiana y residencial.

Así, aparte de unos tenues movimientos de concentración, que todavía prosiguen en los confines del área, y los movimientos de suburbanización que mantienen una gran relevancia, comienzan a crecer en importancia dos nuevos flujos espaciales de movilidad (Feria, 2010c, 2013, 2015), que son los que caracterizan a esta nueva fase. De un lado, los *movimientos entre los municipios de la corona*, unos movimientos fruto de la saturación poblacional y urbanística de los municipios de más antigua suburbanización (generalmente los más cercanos a la cabecera metropolitana). Estos movimientos transversales rompen la dinámica de flujos de ida y vuelta al centro, por lo que se ven potenciados por la saturación de las vías de transporte radiales, y también por la construcción de infraestructuras de circunvalación que conectan espacios suburbanos sin necesidad de acudir al centro. Estos cambios suponen la emergencia de submercados de

¹⁹ No obstante, aunque la complejización de la configuración espacial de la movilidad residencial suele darse en áreas que tienen un peso demográfico relevante (como el millón de habitantes al que apunta Feria), el tamaño no siempre corresponde con una mayor o menor complejidad en la organización espacial de los flujos de movilidad residencial. Así, existen áreas de menor entidad poblacional cuya configuración espacial de la movilidad residencial es ciertamente compleja. Por ejemplo, Granada, la cual, pese a no llegar a los 600.000 habitantes, transcurren en su seno (si bien aún de manera incipiente) movimientos propios de áreas más maduras y de mayor dimensión, tales como la recentralización o la movilidad entre municipios de la corona (Feria, 2015), debido al avanzado grado de sus procesos de suburbanización. Mientras, por otro lado, existen otras más o menos grandes donde los procesos metropolitanos no alcanzan apenas a desarrollarse. Como es el caso de Zaragoza, la cual, pese a rondar los 800.000 habitantes, aún se encuentra en fase de suburbanización, con una presencia relativamente importante de movimientos centrípetos (Feria, 2013), debido principalmente al elevado tamaño de su municipio central y a la despoblación de su entorno inmediato.

vivienda (Feria, 2010c) y trabajo (Feria, Casado y Martínez, 2015) en la corona metropolitana, que llegan a superar en intensidad y volumen a la suburbanización en muchas áreas (Feria, 2013).

De otro lado, los municipios de más antigua suburbanización comienzan a emitir población hacia la cabecera metropolitana, repuntando los movimientos centrípetos en esta nueva fase. No obstante, a diferencia de los movimientos de concentración, estos movimientos centrípetos asumen un carácter diferente, tanto en un sentido funcional como social, pudiendo ser definidos como movimientos de *recentralización* (Feria, 2010a, 2010c; Feria y Andújar, 2013; López-Gay, 2017; Torrado, 2017). Dado que, por una parte, suponen la consolidación del mercado de vivienda metropolitano y, por otra, se vinculan en su mayoría a procesos de retorno de gente que hizo el trayecto opuesto, ante determinados cambios en sus cursos vitales (Rossi, 1955). Solo estos movimientos se pueden considerar un retorno al centro (más allá de un sentido metafórico de la frase, que en tal caso debería articularse más bien como un retorno “del” centro) puesto que no puede volver quien nunca vino.

Desde una perspectiva general puede apreciarse cómo a lo largo del proceso metropolitano, la centralización cambia, sus protagonistas también (Duque-Calvache, 2015; Torrado, 2017), y además tiene consecuencias diferentes sobre la articulación del área. En los primeros estadios de sus procesos metropolitanos, las áreas viven un momento centrípeto, en el que la mayoría de los flujos de movilidad son de centralización. Un momento centrípeto que conforme las cabeceras se saturan va descendiendo en intensidad y dando lugar a un momento centrífugo, dominado por unos movimientos de suburbanización muy potentes. No obstante, conforme los procesos metropolitanos avanzan y adquieren cada vez una mayor dimensión, van surgiendo en paralelo a los flujos de descentralización en retroceso, dos tendencias, que marcan las etapas de mayor complejidad de las áreas metropolitanas: la emergencia de tendencias de concentración y desconcentración de algunos municipios de las coronas, muy saturados y que han adquirido cierta centralidad. Y la emergencia de un momento centrípeto nuevo, en los que la centralización reemerge, pero esta vez bajo la forma de la recentralización, marcando una nueva etapa en la que el mercado de vivienda metropolitano se consolida, y las cabeceras recuperan su atractivo residencial. Hasta ahora se han abordado los flujos como meros agregados, pero la fotografía completa precisa conocer a las personas que

participan de dichas tendencias, puesto que en sus características sociales y sus biografías encontraremos nuevas causas y nuevos significados del proceso de centralización.

Capítulo 4. La centralización como elección residencial individual

Tras abordar el contexto histórico, social y urbano en el que la centralización cobra sentido, así como el papel que juega en los distintos momentos del desarrollo urbano, es posible añadir otra capa más a nuestro análisis. La centralización es, al descender de lo macro a lo micro, una forma muy concreta de movilidad residencial. Una conducta de individuos y hogares que, en sus cursos vitales y según sus posibilidades, deciden cambiar de residencia y, en particular, optar por un entorno residencial concreto, las cabeceras metropolitanas.

Para entender la centralización como elección residencial es necesario dar varios pasos. Primero, aclarar el uso de los conceptos de movilidad residencial y centralización, revisando las diferentes acepciones en que se han utilizado en la literatura previa. En segundo lugar, se revisa el marco conceptual para el análisis del comportamiento residencial, que nos permite entender el proceso más general por el cual los individuos y hogares acaban adoptando la decisión de cambiar de residencia, centrándonos en las propuestas de Clara Mulder. A partir de esos principios generales, elaboraremos una

explicación de la elección del entorno residencial específico (cabeceras o coronas). Los estudios sobre la elección de entornos residenciales (*residential location choice* en inglés), pueden dividirse en dos bloques principales. Unos más centrados en quién elige determinados entornos, es decir en la adecuación entre las características de las personas y las características objetivas de dichos entornos. Y otros, más recientes, que analizan el componente subjetivo de los entornos, el papel que juegan los imaginarios, las vinculaciones afectivas y los recursos (o capitales en un sentido bourdiano) localizados. El objetivo último de este capítulo es llegar a construir una propuesta conceptual que nos permita operacionalizar la centralización como una elección individual, de manera que podamos trasladar la definición al análisis empírico.

4.1. Movilidad residencial y centralización

A lo largo de la vasta literatura sobre estudios urbanos y comportamiento residencial, se ha utilizado de manera diferente el concepto de movilidad residencial, llevando a una cierta confusión, que hace que a veces sea difícil diferenciarlo de otros conceptos, como el de migración. Sobre esta profusión terminológica y conceptual Palomares-Linares, Susino y Feria (Palomares-Linares, 2017; Palomares-Linares, Susino y Feria, 2017) señalan que podemos encontrar en la literatura tres usos principales del concepto de movilidad residencial: un uso meramente operativo o estadístico, un uso amplio del concepto y un uso restringido.

El uso estadístico del concepto es el empleado normalmente por las entidades recolectoras y productoras de datos (Feria, Susino, Pedregal, Oliveira y Vahí, 2008), como el INE, y entiende por movilidad residencial²⁰ cualquier cambio que se produzca en el seno de una misma unidad administrativa, principalmente un municipio, que es la entidad más pequeña para la que se contabilizan este tipo de datos (Pumain, Saint-Julien, Caftan y Rozenblat, 1992). Por exclusión, migraciones en un sentido estadístico serían todos aquellos movimientos que se producen entre unidades administrativas diferentes, entre distintos municipios en nuestro caso.

²⁰ El INE suele utilizar los conceptos de cambio de domicilio o cambio de vivienda.

En segundo lugar, tenemos el uso amplio del concepto de movilidad residencial, el cual es mucho más impreciso que su uso estadístico. Según este uso, podemos entender por movilidad residencial cualquier tipo de movimiento que implique un cambio de residencia, independientemente del ámbito en el que este se produzca, es decir, independientemente de si se produce, o no, dentro de un mismo municipio o unidad funcional. Este uso es sin duda el más impreciso de todos, y encontramos cierta variabilidad interna en el mismo. Si bien algunos autores tienden a usar el concepto indistintamente para referirse a migraciones o movilidad (Aragonés y Amerigo, 1987; Arévalo, Ferrero, Otero y Álvarez, 2008), otros intentan precisar añadiéndole adjetivos para diferenciar distintos tipos de movilidad (Módenes, 1998, 2006), a fin de diferenciar, a su manera, movilidad y migraciones.

En tercer y último lugar, tenemos el uso restringido del concepto, el cual parece ser el más antiguo en el tiempo (Palomares-Linares, 2017; Palomares-Linares *et al.*, 2017), remontándose a los clásicos estudios realizados por Rossi (1955), Alonso (1964) y Muth (1968). Este uso se caracteriza por diferenciar claramente movilidad residencial y migraciones, reservando el uso de movilidad residencial para referirse exclusivamente a aquellos movimientos que se producen en el seno de una misma unidad urbana. No obstante, este uso supera a la acepción meramente estadística de la que antes hablábamos, por el simple hecho de que una unidad urbana no coincide necesariamente con lo que los productores oficiales de datos consideran unidades administrativas. Y es que, como es bien sabido, en la actualidad los procesos urbanos asumen cada vez más, formas, estructuras y dimensiones que superan los clásicos límites de los municipios, constituyéndose en unidades funcionales cuya lógica y funcionamiento rebasa las viejas fronteras administrativas (Bretagnolle, Paulus y Pumain, 2002; Champion y Hugo, 2004; Frey y Zimmer, 2001).

Por último, y fuera de estos tres usos del concepto movilidad residencial, encontramos un cuarto uso que se caracteriza por tener presente la distinción entre migraciones y movilidad residencial, pero que no utiliza este último término, limitándose a adjetivar la migración para poder realizar esta distinción. Así, encontramos muchos estudios internacionales que utilizan la expresión *intraurban migration* para referirse a la movilidad residencial, tanto clásicos (Adams, 1969; Brown y Moore, 1970; Clark y Huff, 1977), como otros bastante más recientes (Jones, Leishman y Watkins, 2004; Wu, 2006).

Un uso que ha tenido cierto contagio en parte de la literatura en castellano, con términos que van desde la traducción literal: “migraciones intraurbanas” (Ortiz y Aravena, 2002; Ortiz y Morales, 2002), hasta otros como “migraciones intrametropolitanas” (Gil-Alonso y Pujadas, 2014; Ortiz y Utrilla, 2007). Esta adjetivación del término migración muestra un intento intermedio de conciliar el uso estadístico y el restringido, aunque lo que consigue es crear más confusión en torno a las diferencias entre migraciones y movilidad.

De todos los usos mencionados, el uso restringido de la movilidad residencial parece ser el más extendido, tanto en el contexto internacional (Clark *et al.*, 2003; Clark y Huang, 2004; Clark y Withers, 2007; Coulter y Ham, 2013; Coulter, Ham y Findlay, 2016; Dieleman, 2001; Feijten y Ham, 2007; Speare, Goldstein y Frey, 1975) como en el caso de la literatura en español (Di Virgilio, 2009a, 2009b, 2011, 2014; Feria, 2015; Feria y Susino, 2012; Galiana y Vinuesa, 2012; Pujadas, 2005; Pujadas *et al.*, 2012; Susino, 2003; Susino y Duque-Calvache, 2012; Susino y Palomares-Linares, 2013). Si bien en este último caso encontramos aún algunos trabajos que hacen uso del concepto amplio de movilidad, se tiende a adjetivar esta para diferenciarla de las migraciones, con el uso de términos como movilidad intraurbana (Contreras, 2012) o movilidad local (Módenes, 2006, 2008).

A este uso restringido subyace una cuestión fundamental a la hora de definir de manera operativa la movilidad residencial: la definición y delimitación del ámbito de la movilidad. Si bien la literatura refiere a ámbitos o contextos locales, estos contextos en la actualidad, especialmente los urbanos, superan los límites de las unidades administrativas preestablecidas. Por tanto, nos encontramos con varias opciones a la hora de definir el ámbito dentro del cual un cambio puede ser considerado movilidad residencial. La más antigua de todas es a la que nos remite el uso estadístico del término, las unidades administrativas municipales, una definición superada a causa del desarrollo metropolitano. Como alternativa, la opción más simple es considerar unidades administrativas intermedias, que incluyan varias unidades municipales, tales como las provincias, las comarcas, u otras delimitaciones administrativas más amplias. Sin embargo, esta opción no utiliza criterios teórica y metodológicamente consistentes para definir áreas o unidades funcionales con sentido territorial y social.

A este último respecto, se han desarrollado desde mediados del siglo XX delimitaciones de unidades funcionales muy diversas. Unas asumen criterios de tipo meramente físicos o geográficos, como la extensión del área urbanizada o la densidad de población (Reig, Goerlich y Cantarino, 2016). Mientras otras, más acertadas a nuestro parecer, toman la propia movilidad de la población, sea cotidiana o residencial, como criterio definitorio de las unidades funcionales mismas. Entre estas últimas encontramos múltiples propuestas: *Functional Urban Regions* (Cheshire, 1995), áreas de cohesión (Castañer, 1994), mercados locales de trabajo (Casado *et al.*, 2010), áreas comunitarias (Frey y Zimmer, 2001) o áreas metropolitanas (Feria, 2006; Feria y Martínez, 2016; Office of Management and Budget, 2010). De entre todas estas, las áreas metropolitanas son la delimitación que cuenta con una mayor tradición y con un mayor consenso internacional como unidad dentro de la cual los cambios de residencia pueden considerarse movilidad residencial (Feria, 2004). Estas áreas metropolitanas constituyen un espacio de vida colectivo, es decir, que se definen como mercados unitarios de trabajo y vivienda donde las personas pueden cambiar de lugar de residencia sin necesidad de cambiar de trabajo, y viceversa, cambiar de trabajo sin cambiar de vivienda, permitiendo relocalizaciones que no afectan a los espacios vividos y habitados (Susino, 2003).

De esta manera, la movilidad residencial se muestra como un fenómeno diferente de las migraciones, por dos razones fundamentales, que van más allá de la unidad funcional y territorial que define sus límites espaciales (Palomares-Linares, 2017). Primero, la migración implica un cambio radical en los espacios de vida, que afecta a la totalidad de los mismos: el lugar de trabajo, los lugares de ocio y consumo y las redes sociales disponibles (Mulder y Hooimeijer, 1999). En segundo lugar, la movilidad se diferencia de las migraciones por su explicación (Clark y Huang, 2004; Clark y Withers, 2007). Desde las teorías clásicas, la movilidad tiende a explicarse por cambios y reajustes residenciales debido a las necesidades, deseos y aspiraciones que van emergiendo conforme las personas sufren cambios vitales (Mulder y Hooimeijer, 1999; Rossi, 1955), o como la elección residencial óptima producto de un cálculo racional entre las necesidades residenciales, los costes de transporte y los precios del suelo y la vivienda (Alonso, 1964; Sturtevant y Jung, 2011). Mientras, las migraciones responden a factores causales muy diferentes y, en ocasiones, más estructurales, como las desigualdades regionales en términos de renta o empleo (Arango, 2003).

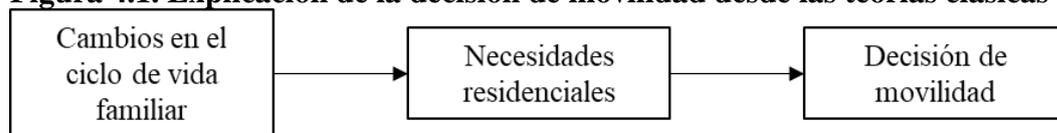
Respecto a la centralización, los estudios que la han tratado no siempre han tenido en cuenta estas consideraciones, a veces por la falta de datos o delimitaciones de unidades funcionales, a veces por mero desinterés sobre la cuestión. Algunos trabajos han considerado unidades funcionales para definir la centralización, tomando como referencia las áreas metropolitanas (Cosacov, Virgilio y Najman, 2018; Marois y Bélanger, 2013; Nguyen, 2006; Sánchez y Dawkins, 2001; Shin, 2012; Turcotte y Vézina, 2010), existiendo algunos que al analizarla la diferencian claramente de las migraciones hacia lo urbano (Contreras, 2012). Otros, conscientes de la importancia de estas unidades, pero sin delimitaciones que les permitiesen considerarlas, han optado o bien por utilizar unidades administrativas intermedias, como las provincias (López-Gay y Recaño, 2008, 2009), o la distancia a la cabecera metropolitana como criterio definitorio (López-Gay, 2014). Mientras otros, como Ford y Champion (2000), y especialmente los trabajos enmarcados bajo la rúbrica de la reurbanización (Buzar *et al.*, 2007a, 2007b, 2005; Grabkowska, 2015; Kabisch, Haase y Haase, 2010; Ouředníček *et al.*, 2015; Rérat, 2012, 2016; Rérat *et al.*, 2008; Todori y Ratkaj, 2015; entre otros), han tendido a analizar la totalidad de los movimientos hacia las ciudades, mezclando migraciones interiores, exteriores y movilidad, dado que su objetivo normalmente no consiste en analizar dinámicas metropolitanas sino las transformaciones socioespaciales más generales que transcurren en los centros urbanos. En nuestro caso, partiendo de la noción restringida de la movilidad residencial y de la delimitación de las áreas metropolitanas como su ámbito espacial, entenderemos como centralización una particular forma de movilidad residencial, que supone el cambio de residencia desde las zonas suburbanas hacia las cabeceras metropolitanas, excluyendo las migraciones hacia la ciudad.

4.2. La explicación del comportamiento residencial: la decisión de moverse

Antes de tratar de explicar la elección del entorno residencial, es necesario ir al proceso más amplio en el cual se enmarca esta elección, el proceso por el cual los individuos y hogares toman la decisión de cambiar de residencia. Este proceso comienza a ser problematizado en la literatura científica a mediados del pasado siglo XX, a través de los clásicos trabajos de Rossi (1955) y Stouffer (1940), y algo más tarde con los de Quigley y Weinberg (1977) o Speare (Speare, 1970; Speare *et al.*, 1975). Según estos

trabajos pioneros, los individuos pasan por una serie de etapas a lo largo de su vida, las cuales desembocan de manera casi inexorable en la formación de una familia nuclear. Así, y sin pretensión de exhaustividad sobre las distintas teorías que han tratado de enunciar modelos sobre el ciclo de vida familiar²¹, podríamos afirmar que los individuos pasan, como mínimo, por las siguientes etapas: emancipación, formación de pareja por matrimonio, ampliación del hogar por nacimiento de los hijos, vaciamiento del hogar y entrada en la etapa de nido vacío, y extinción del hogar por viudedad. La entrada en cada una de estas etapas supone la emergencia de nuevas necesidades residenciales (de vivienda y también de entorno) que llevan a los individuos a moverse (figura 4.1). De esta manera, la decisión se explicaría por un desequilibrio entre las necesidades residenciales que emergen ante determinados cambios del ciclo vital y las características de la vivienda actual, lo cual lleva a los individuos a cambiar de residencia, siendo este cambio una respuesta racional para alcanzar un equilibrio.

Figura 4.1. Explicación de la decisión de movilidad desde las teorías clásicas



Fuente: Elaboración propia

Este primer esquema explicativo del comportamiento residencial sirvió de base a toda la investigación posterior que se realizó al respecto (Coulter *et al.*, 2016; Michielin y Mulder, 2008; Mulder, 1993; Mulder y Hooimeijer, 1999). Sin embargo, con el tiempo, se han hecho cada vez más patentes los problemas fundamentales que presenta este enfoque clásico. Primero, la naturaleza mecanicista subyacente a la explicación de la decisión de movilidad. Segundo, el carácter normativo, estandarizado y lineal de los eventos o factores individuales de la idea del ciclo de vida. Y tercero, la falta de contextualización del comportamiento residencial en un marco biográfico y estructural más amplio.

Respecto al primer problema, estos modelos clásicos para la explicación del comportamiento residencial se encuentran fuertemente influidos por los presupuestos de

²¹ Para una perspectiva más reciente véase Módenes (1998); para una revisión de los clásicos remitimos al trabajo de Quigley y Weinberg (1977)

la teoría de la elección racional (Becker, 1976), siéndole aplicables las mismas críticas que desde las ciencias sociales se han venido realizando al respecto de la misma. De esta manera, la decisión de moverse se entiende como un proceso de ajuste para adecuar las características residenciales actuales a unas necesidades emergentes que se dan por supuestas. Es decir que, en cierto modo, naturalizan las necesidades residenciales que emergen en cada momento del ciclo de vida, como si fueran universales y compartidas, naturalizando también, por extensión, la decisión de cambiar de domicilio. Esta naturalización se expresa en el concepto mismo de necesidad, el cual implica, según su propia definición “que las causas obren infaliblemente en cierto sentido”. Si bien las necesidades pueden ser consideradas como relevantes para explicar ciertos elementos de la conducta humana en su nivel más básico (Malinowski, 1984), lo cierto es que a la hora de analizar el comportamiento residencial resulta más que problemático hablar de necesidades. Los sujetos no deciden moverse por necesidades, sino por aspiraciones y deseos construidos socialmente, cuya emergencia no se deriva de manera mecánica de la ocurrencia de ciertos cambios vitales, sino que remite a procesos psicosociales más complejos. A este respecto, los trabajos más recientes sobre comportamiento residencial suelen, en general, evitar la alusión a las necesidades, sustituyéndola por otros conceptos, como los citados de aspiraciones o deseos (Coulter *et al.*, 2016), pero especialmente, preferencias (Mulder y Hooimeijer, 1999); tratando también de desenmarañar los complejos procesos psicosociales que operan en la configuración de las preferencias y en cómo estas se conectan con la movilidad real (Lu, 1998; Duque-Calvache *et al.*, 2017b; De Groot, Mulder y Manting, 2011).

En cuanto al segundo problema, el concepto de ciclo vital ha demostrado ser útil para dar cuenta de algunos de los cambios que la mayoría de los individuos y hogares sufren a lo largo de sus trayectorias familiares. No obstante, las profundas transformaciones culturales y sociales que afectan a las trayectorias familiares y las formas de convivencia (como a las que se refiere la segunda transición demográfica), así como la multitud de acontecimientos diferentes que afectan a los individuos a lo largo de sus vidas (y que van más allá de la propia familia, tales como son las carreras profesionales, residenciales o los estilos de vida) no se han incorporado al concepto de ciclo de vida, convirtiéndose en un concepto ciertamente rígido, a partir del cual es cada vez más difícil dar cuenta de los cambios familiares y biográficos que experimentan los sujetos (Clark, 2017; Coulter *et al.*, 2016; Dieleman, 2001). Como alternativa al mismo

surge el concepto de curso vital (Elder, 1994, 1998), el cual no sólo se muestra más flexible que el de ciclo vital para dar cuenta de las trayectorias familiares de los sujetos, sino que incorpora, además, junto a estas, otros aspectos relevantes de la vida de los individuos que pueden afectar al comportamiento residencial (Mulder y Hooimeijer, 1999). Los más destacados son las trayectorias profesionales y educativas, que pueden ocasionar cambios relacionados con el acceso a la educación superior, el cambio de puesto de trabajo, la búsqueda del primer empleo o de nuevas oportunidades laborales (Fielding, 1992; Marois y Bélanger, 2013; Turcotte y Vézina, 2010). Pero también permite incluir las carreras residenciales, muy relacionadas con la tenencia de la vivienda, un factor que se ha demostrado afecta directamente a la movilidad residencial, siendo más móviles los alquilados que los propietarios (Clark *et al.*, 2003; Li, 2003; Speare, 1970). Y en tiempos más recientes, comienzan a considerarse dimensiones asociadas a los estilos de vida, el conjunto de actitudes y prácticas respecto a la familia, la interacción social y el uso del espacio (Mahmud, Ahmad y Abdullah, 2012). Los estilos de vida son un factor fundamental, no sólo para la decisión de cambiar de vivienda (dado que hay estilos de vida que hacen a los sujetos más o menos móviles) sino también para la elección de entornos residenciales adecuados para su realización (Pisman, 2007; Pisman *et al.*, 2011).

Respecto al último problema, los estudios clásicos rara vez consideran el contexto más amplio en el que se sitúa el comportamiento residencial, o al menos, no lo estudian con detalle, tratando la decisión de moverse como un comportamiento que responde solamente a los cambios en las trayectorias familiares. Sin embargo, como toda acción social, el comportamiento residencial se enmarca en un contexto biográfico (micro) y estructural (macro) en el que cobra sentido. La decisión de moverse debe comprenderse en este contexto complejo en el que los actores toman decisiones en el marco de sus biografías, es decir, de los acontecimientos vitales y sus posibilidades y restricciones. A la vez, como afirmaba el clásico trabajo de Charles Wright Mills (1961), es objeto de la sociología analizar las regularidades y pautas comunes que suponen el hecho de que esas biografías se encuentren enmarcadas en un contexto más amplio, en una sociedad dada (con sus normas, valores y creencias) y en un tiempo histórico. A estos dos elementos enunciados por Mills, podríamos añadir, en un espacio, un espacio que es a la vez físico y social, y que constituye la base material en la que las acciones (y especialmente las decisiones residenciales) se desenvuelven (Dieleman, 2001; Duque-Calvache *et al.*, 2017a).

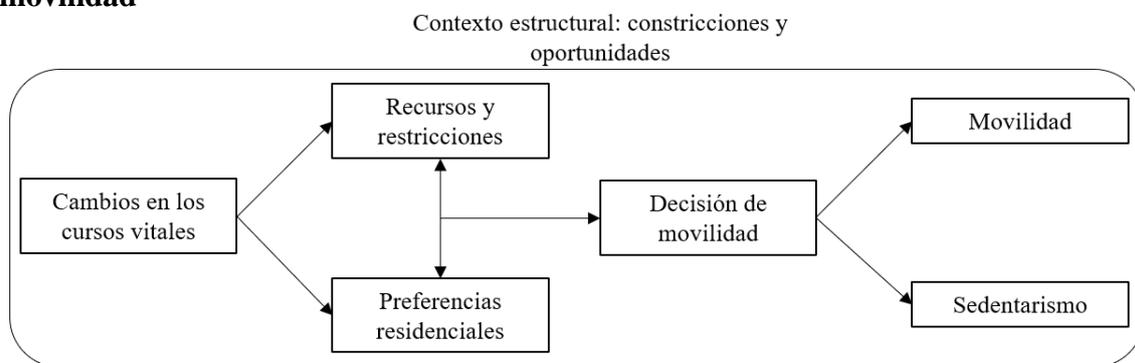
Este esquema interpretativo complejo de la acción social fue aplicado al estudio del comportamiento residencial en los sucesivos trabajos de Clara Mulder (Mulder, 1993; Mulder y Hooimeijer, 1999), quien definió el marco conceptual en el cual se han desarrollado la mayoría de los estudios sobre movilidad residencial hasta el momento presente. Según esta autora, los individuos sufren a lo largo de sus vidas diversos cambios en sus cursos vitales (entendiendo estos en el sentido más amplio de trayectorias familiares, educativas, profesionales y residenciales) que actúan como una suerte de desencadenantes (*triggers*) de la movilidad residencial, en la medida en que propician la configuración de unas preferencias residenciales no satisfechas por la localización residencial actual (vivienda y entorno). Estas preferencias no se traducen directamente en una decisión, sino que se enfrentan a los condicionantes propios del contexto biográfico o micro, y estructural o macro, en el cual el comportamiento residencial se enmarca.

Respecto al contexto micro, Mulder dice que se define en términos de recursos y restricciones individuales. Los principales recursos son aquellos vinculados a la posición social de los sujetos, principalmente recursos económicos y financieros (Feijten, Hooimeijer y Mulder, 2008). Mientras entre las principales restricciones encontramos, además de la carencia misma de recursos materiales, las vinculaciones de los individuos con su ámbito de actividad, con el resto de los miembros del hogar y con su vivienda. El ámbito de trabajo suele suponer una de las principales restricciones a la hora de materializar una necesidad en una relocalización efectiva, especialmente cuando no sólo hay un sustentador principal (Bailey, Blake y Cook, 2004). Así como el lugar de estudios de los niños suele ser también un factor restrictivo limitante (Susino, 2003). Por otro lado, las negociaciones con el resto de los miembros del hogar para decidir la relocalización suelen ser un proceso común que restringe las necesidades iniciales según los lugares de actividad (no solo estudios y trabajo, sino amigos, familia, etc.) del resto de miembros del hogar (Coulter *et al.*, 2016). También es relevante el régimen tenencia de la vivienda, ya que el acceso a la propiedad supone una gran restricción a la relocalización residencial, debido a la magnitud de la inversión realizada, y a la frecuente desviación periódica de recursos que supone la financiación de la vivienda adquirida mediante créditos hipotecarios (Helderman, Mulder y Ham, 2004).

Respecto a los condicionantes macroestructurales, Mulder habla de oportunidades y constricciones, que atañen a cuestiones relacionadas con el momento histórico, los

ciclos económicos y las características del mercado de trabajo y vivienda, cuestiones todas ellas que están fuera del control de los individuos y hogares. Entre las oportunidades y constricciones encontramos desde la construcción y disponibilidad de nueva vivienda (Feria y Andújar, 2015), las características del parque de viviendas (Helderman *et al.*, 2004), el tipo de interés de los créditos hipotecarios para adquirirlas (Coq-Huelva, 2012), las políticas de vivienda locales y nacionales (Ronald, 2008; Sequera, 2013), hasta la coyuntura de expansión o contracción económica de los mercados nacionales e internacionales (Feria y Andújar, 2015; López-Gay, 2017; Pujadas *et al.*, 2014).

Figura 4.2. Propuesta de Clara Mulder para la explicación de la decisión de movilidad



Fuente: Elaboración propia a partir de una interpretación personal de la propuesta de Mulder y Hooimeijer (1999)

De esta manera, una vez considerados los recursos disponibles, las restricciones y las oportunidades y constricciones estructurales, los individuos y hogares adoptan una decisión de movilidad, que puede consumarse en un movimiento, a fin de ajustar la localización actual a las preferencias emergentes, o puede llevarlos a permanecer sedentarios, ya sea por falta de recursos, por excesivas restricciones, o a la espera de un contexto más adecuado (con nuevas oportunidades o con menos constricciones) que permita efectuar el cambio en un futuro. Así, pasamos de un esquema conceptual simple (figura 4.1) en el cual la movilidad es una respuesta de ajuste consecuente con los cambios sufridos a lo largo del ciclo vital, a un esquema más complejo (figura 4.2), en el que la decisión de movilidad se explica por la emergencia de unas preferencias, deseos y aspiraciones socialmente construidas, cuya realización se encuentra condicionada por el contexto biográfico y estructural en el que se enmarca.

4.3. La explicación de la elección del entorno residencial

Más allá de la decisión de moverse, el objetivo de la presente tesis no es analizar la movilidad en sí, sino una forma de movilidad concreta, la centralización, la cual es una elección por un entorno residencial, las cabeceras metropolitanas, en detrimento de otro entorno alternativo, las coronas o zonas suburbanas. Hasta el momento hemos expuesto el proceso de decisión de movilidad, pero individuos y hogares deben sopesar otra compleja decisión que podemos formular a modo de pregunta: ¿hacia dónde moverse? (Dejong y Gardner, 1981).

Según Mulder y Hooimeijer (1999) los distintos espacios hacia los que las personas deciden moverse, los entornos residenciales, tienen dos características o dimensiones fundamentales, una dimensión objetiva (a la que llaman *sites*) y otra subjetiva (*situation*), que los individuos deben considerar a la hora de realizar su elección residencial. La dimensión objetiva se refiere a las características físicas y funcionales del entorno, tales como la presencia de determinados servicios, instalaciones deportivas, zonas verdes, tipos de vivienda... pero también a las características sociales de los mismos (Lichter, Parisi, Taquino y Grice, 2010; Musterd, 2006; South y Crowder, 1997). Mientras, la dimensión subjetiva tiene que ver con las posibilidades particulares que ofrece la localización para articular los espacios en que se desenvuelve la vida cotidiana (trabajo, ocio, familia, escuela, amigos, etc.) de los individuos y hogares. Sin embargo, en investigaciones recientes se ha complejizado sobre este componente subjetivo, yendo más allá de la mera situación relativa respecto a los espacios de vida inicialmente planteada, y expandiendo esta dimensión subjetiva a los imaginarios, vínculos afectivos (Feijten *et al.*, 2008) y a los capitales localizados (Blaauboer, 2010; Da Vanzo, 1981) en los distintos entornos.

No obstante, y pese a que el trabajo seminal de Mulder y Hooimeijer (1999) ya identificaba estas dos dimensiones asociadas a los entornos residenciales, los trabajos sobre elección de entorno residencial no siempre las han considerado en su totalidad, pudiendo identificarse dos momentos en la literatura al respecto. Un primer momento caracterizado por trabajos más centrados en conocer qué factores individuales llevan a elegir determinados entornos residenciales, en los cuales se les da más peso a las características objetivas de los entornos (*sites*). Y un segundo momento, bastante más

reciente en el tiempo, en el que comienza a tenerse en consideración el papel de la dimensión subjetiva de los entornos (*situation*), analizando el efecto de la experiencia residencial en la elección residencial efectiva.

4.3.1. Los entornos residenciales. Cabeceras y coronas como entornos residenciales diferenciados

Antes de revisar los distintos aportes sobre la explicación de la elección de entorno residencial que se han realizado en estos dos momentos, se hace necesario reflexionar sobre una asunción básica que los estudios sobre elección de entorno residencial dan por supuesta, pero que no deja de ser discutible: la noción misma de entornos residenciales ¿Qué son los entornos residenciales? ¿Qué entornos residenciales existen? ¿Podemos afirmar que cabeceras y coronas son entornos residenciales diferenciados? Estas preguntas pueden generar cierta controversia, por lo que antes de proseguir es necesario aclararlas.

Sobre qué es un entorno residencial no existe una respuesta clara en la literatura al respecto, de hecho, la mayoría de literatura relacionada con la elección de entornos residenciales no suele definir qué es un entorno de manera explícita, y tienden a destacar ciertas variables de manera poco o nada sistemática para caracterizarlos, llevando a los autores a realizar tipologías según el interés investigador del momento, dando por supuestas las definiciones y las tipologías de entornos que utilizan.

Definir qué es un entorno residencial se torna así en una cuestión compleja que, dependiendo de los intereses investigadores, puede considerar componentes muy diferentes en su definición y clasificación. Desde criterios basados en las percepciones subjetivas de sus habitantes, hasta criterios objetivos de lo más variopintos (Jian y Hokao, 2004), que abarcan desde, criterios ambientales (como la contaminación acústica, la polución y calidad del aire), la presencia de determinados servicios y funciones (como escuelas, zonas verdes, servicios culturales, oficinas, tiendas, etc.), tasas de criminalidad, características sociales y demográficas de los residentes (etnia, edad, género, clase, etc.), hasta tipologías constructivas y características del parque de viviendas.

Sin embargo, en los estudios de elección de entorno residencial suelen considerarse tres aspectos clave que, si bien no siempre se explicitan, están presentes en muchos estudios al respecto: las características del parque de viviendas, las funciones y servicios urbanos disponibles y las características sociales y demográficas de los residentes (Medina-Cruz, 2015; Visser, Dam y Hooimeijer, 2008). Los autores suelen realizar clasificaciones de entornos residenciales utilizando, o bien alguna de estas características o bien todas ellas a la vez, construyendo así diferentes tipologías. Deurloo, Clark y Dieleman (1990) muestran una tipología de entornos de cuatro categorías (grandes ciudades, ciudades medias, centros crecientes y zonas suburbanas) que no es propia²² y que diferencian, según sus intereses investigadores, por formas de tenencia y tipos de vivienda. Otros como Aero (2006) optan por clasificar los distintos espacios según altura de las construcciones y densidad residencial (*low-rise high density, low-rise low-density, high-rise high-density, etc.*), aunque también considera otros criterios de localización y sociales más concretos, al tratarse su trabajo de un estudio de caso. También en el seno del grupo de investigación en el que se desarrolla esta tesis, se han realizado diversas propuestas de clasificación de unidades administrativas que pueden ser consideradas como intentos de construcción de tipologías de entornos residenciales, desde clasificaciones basadas en criterios sociales (Palomares-Linares, 2017), hasta otras centradas en los servicios y funciones disponibles (Torrado *et al.*, 2018b). Como puede deducirse de la gran variedad de propuestas al respecto, la definición y categorización de entornos residenciales es una cuestión que depende en gran medida de los objetivos de investigación y la escala de análisis en la que se trabaje.

La opción más recurrente en los estudios sobre elección de entorno residencial a escala metropolitana ha sido la de dividir los entornos residenciales de la manera más simple posible, considerando la existencia del fenómeno metropolitano. Así, desde estudios relativamente antiguos (Frey, 1979, 1985; Frey y Kobrin, 1982; Liebman, 1961; Miller, 1995), hasta otros más recientes (Bayoh *et al.*, 2006; Feijten *et al.*, 2008; Feijten y Ham, 2007; Haase *et al.*, 2012; South y Crowder, 1997), se han clasificado los entornos residenciales en dos tipos principales: las ciudades centrales o entornos urbanos densos y las coronas o entornos suburbanos. Una tipología simple pero que define unos entornos

²² Es decir, que no es de construcción propia. La toman de los resultados de un proyecto de investigación nacional holandés sobre redes urbanas (Urban Networks), expuesto en el trabajo de Kruyt, Bonvenkerk, Dieleman, Primeus y Weiden (1987).

que se diferencian claramente tanto en términos de su parque de viviendas, la presencia de funciones y servicios y sus características demográficas y sociales.

No obstante, estas diferencias se observan si analizamos estos entornos en términos agregados ya que, dentro de estos mismos, encontramos multitud de espacios diferenciados, es decir, que todos ellos tienen un grado relevante de heterogeneidad interna que ha de ser considerado, especialmente en los entornos suburbanos (Bourne, 1996; Forsyth, 2012). Sin embargo, bastantes estudios previos confirman que lo urbano denso y lo suburbano pueden ser considerados entornos propiamente dichos (Forsyth, 2012; Gober y Behr, 1982; Leichenko, 2001; Liebman, 1961; Pisman *et al.*, 2011), en la medida en que, pese a desviaciones, suelen tener unas características residenciales, funcionales y sociodemográficas, que los diferencian de manera bastante clara. No obstante, estas diferencias varían según las particularidades nacionales y locales.

Respecto a las particularidades nacionales, las principales diferencias entre los entornos centrales y los suburbanos las encontramos al comparar las ciudades norteamericanas con las europeas. Las primeras se caracterizan por unas zonas suburbanas inicialmente planteadas para alojar a la clase media blanca, frente a unas zonas suburbanas europeas socialmente más mixtas y, en muchas ocasiones, desarrolladas para alojar a amplios sectores de las clases populares y trabajadoras (Ullán de la Rosa, 2014). Estas diferencias en la base social para la que fueron ideadas, planificadas y construidas, se traducen en unas diferencias relativamente importantes en lo que respecta a la presencia de servicios y funciones urbanas, tales como buenas comunicaciones, zonas verdes, instalaciones deportivas, zonas comerciales, etc. (Bayoh *et al.*, 2006; Liebman, 1961). Al igual que las zonas suburbanas, las ciudades centrales europeas y norteamericanas también difieren de manera relevante. En el primer caso, las cabeceras constituyen los centros neurálgicos de las ciudades metropolitanas, en los cuales se concentran las principales funciones y servicios y donde las viviendas normalmente alcanzan los precios más elevados. En el caso de las ciudades centrales norteamericanas, en las que el proceso de urbanización apenas se apoya en ciudades preexistentes, los centros urbanos se constituyen tradicionalmente en *CBDs*, donde las funciones residenciales son en muchos casos prácticamente residuales. Sin embargo, los procesos de globalización de los mercados, pero también cultural y social, han hecho que, poco a poco, y pese a conservar sus particularidades, las ciudades metropolitanas de ambos lados

del Atlántico empiecen a parecerse cada vez más, dados los similares procesos de cambio socioespacial que se empiezan a dar en ambas orillas (como la gentrificación), sin llegar a coincidir nunca totalmente (Duque-Calvache, 2016; Otero-Enríquez, 2017; Ullán de la Rosa, 2014).

Respecto a las peculiaridades locales, encontramos bastantes incluso en el seno de nuestro propio país, dónde el distinto grado de desarrollo de los procesos metropolitanos, las diversas culturas urbanas y las diferentes preferencias residenciales de los habitantes de las distintas ciudades, han dado lugar a entornos residenciales centrales y suburbanos bastante diferentes. Así, encontramos áreas con zonas suburbanas eminentemente obreras, como Granada, frente a otras donde las clases medias son más numerosas, como Sevilla (Duque-Calvache, 2015; Susino, 2003; Torrado, 2018), habiendo diversidad incluso en el seno de las mismas áreas, como ocurre con las coronas norte y sur de Madrid (Feria y Andújar, 2015; Leal y Domínguez-Pérez, 2008), o con la primera y segunda corona barcelonesa (Módenes, 1998), en las cuales las diferencias sociales se traducen, en ocasiones, en diferencias en términos de servicios, funciones y en las características del parque de viviendas.

No obstante, pese a las particularidades locales que puedan existir, podemos afirmar que, para el caso de nuestro país, las cabeceras y las coronas metropolitanas se tornan en entornos residenciales diferenciados, por lo que se refiere a los tres factores antes mencionados: funciones y servicios, parque de viviendas y características sociodemográficas.

En términos de funciones y servicios, el estudio realizado por Torrado *et al.* (2018b) muestra como las cabeceras metropolitanas suelen ser las que concentran la mayoría de los servicios y funciones urbanas en el seno de las ciudades metropolitanas: empleo, hospitales, justicia, educación, comercio... frente a unas coronas suburbanas que, aunque tienen cierto grado de diversidad, suelen disponer de estos servicios en un grado mucho menor y, en muchas ocasiones, nulo.

En cuanto a sus características residenciales las cabeceras se caracterizan por parques de viviendas de muy antigua construcción, de tamaño pequeño y con un mercado

inmobiliario bastante presionado²³ que incentiva unos precios altos y unos mayores niveles de alquiler; frente a unas coronas caracterizadas, en general, por una densidad residencial bastante menor, con un mayor número de viviendas unifamiliares, de nueva construcción, mayor tamaño y caracterizado por la vivienda en propiedad (Andújar, Feria, Iglesias y Granados, 2015).

Por último, demográficamente, en España no podemos hablar de unas características comunes, ya que dependen en gran medida del grado de desarrollo de los procesos metropolitanos. En aquellas zonas donde los procesos de suburbanización ocurrieron con anterioridad, las coronas están más rejuvenecidas, mientras que en aquellas áreas de configuración más reciente ocurre justo lo contrario. Sin embargo, sí que podemos hablar de diferencias sociales más o menos claras (López-Gay y Recaño, 2008; Otero-Enríquez, 2017; Torrado, 2017, 2018; Ullán de la Rosa, 2014), que son comunes a la mayoría de las urbes europeas, y es que, en general, las cabeceras metropolitanas suelen ser espacios con una mayor presencia de clases medias, frente a unas coronas más proletarizadas. No obstante, las ciudades centrales también cuentan con barrios populares o directamente proletarios, muchos de los cuales se levantaron en la época del desarrollismo franquista, incluso zonas de exclusión social que se localizan más frecuentemente en las cabeceras que en las coronas. Por tanto, siempre considerando las excepciones antes mencionadas, este comentario solo tiene sentido si consideramos cabeceras y coronas como una unidad, es decir, en términos agregados, obviando su evidente diversidad interna. Por todo lo dicho, en la presente tesis consideraremos cabeceras y coronas como espacios o entornos residenciales diferenciados, tanto por sus características funcionales, residenciales y sociales, algo que, más allá de la revisión de literatura que aquí se ha presentado, demostraremos empíricamente en el siguiente capítulo.

4.3.2. El primer momento en los estudios sobre elección del entorno residencial: el enfoque del ajuste funcional

La elección residencial por cabeceras y coronas fue abordada desde muy temprano por la literatura sobre comportamiento residencial, encontrando ya las primeras

²³ Con mercados presionados nos referimos a mercados en los que la oferta es relativamente limitada con respecto a la gran cantidad de demanda existente.

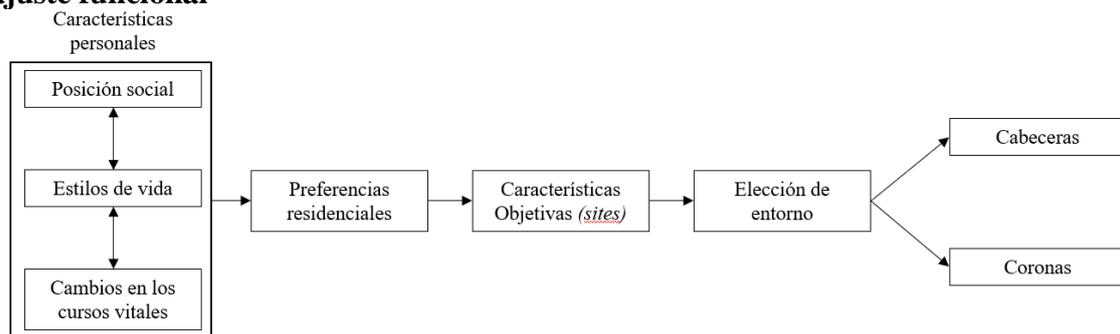
aportaciones en el clásico trabajo de Rossi (1955). El autor, establece que la suburbanización (elección por las coronas) corresponde principalmente a las primeras etapas del ciclo vital, siendo una forma de movilidad de ajuste o anticipación al nacimiento de los hijos (Michielin y Mulder, 2008). Mientras que la centralización (la elección por las cabeceras) se vincula a cambios en el ciclo vital posteriores a la formación de familia, relacionados con la disolución del hogar o la entrada en la etapa de nido vacío (Shin, 2012). Una visión de la elección residencial un tanto mecánica, en la medida en que la única explicación que subyace es que cabeceras y coronas son entornos diferenciados que, por sus características objetivas, son más aptos para unas fases del ciclo de vida que para otras.

Este trabajo de Rossi inaugura el que al principio del apartado llamábamos el primer momento en los estudios sobre elección del entorno residencial, un grupo de trabajos centrados en tratar de explicar quién elige un entorno u otro o, mejor dicho, qué determinantes individuales llevan a optar por cabeceras o coronas (Duque-Calvache, 2015; Feijten y Ham, 2007; López-Gay y Recaño, 2008, 2009; Mahmud *et al.*, 2012; Marois y Bélanger, 2013; Pisman *et al.*, 2011; Shin, 2012; South y Crowder, 1997; Torrado, 2018; Turcotte y Vézina, 2010). Se trata de un intento de establecer correlaciones e inferencias estadísticas entre las características personales y la elección de entornos, que ha llevado a una explicación de la elección misma como una respuesta óptima de los individuos ante sus preferencias emergentes. Según esta explicación, los individuos deciden relocalizar su residencia en el entorno que posea unas características objetivas (servicios y funciones, tipos de vivienda y composición social) que mejor permitan realizar sus preferencias, las cuales se configuran a partir de sus características personales. Hemos dado en llamar a esta explicación de la elección residencial “enfoque del ajuste funcional”, debido a que explica la elección residencial como una búsqueda de equilibrio entre las preferencias emergentes de los individuos y las características objetivas de los espacios.

Así, según esta explicación, los individuos optarán por moverse hacia las cabeceras o coronas según tres factores individuales fundamentales, tres aspectos que refieren a las características personales que configuran sus aspiraciones, deseos y preferencias residenciales: los eventos de los cursos vitales que les ocurran, entendiendo estos en un sentido amplio, en tanto que trayectorias familiares, educativas y laborales y

residenciales; su posición social, que en gran medida es el mejor indicador para operacionalizar lo que Mulder y Hooimeijer (1999) llamaban recursos (y en parte, también restricciones); y sus estilos de vida, una dimensión individual que, aunque podemos encuadrarla dentro de lo que llamábamos cursos vitales, es algo más general, y se refiere a las actitudes y prácticas relacionadas con la familia, la interacción social y el uso del espacio; actitudes y prácticas relacionadas tanto con los momentos de los cursos vitales como con los recursos y restricciones que impone la posición social para su realización. Estas tres características personales hacen que emerjan en los individuos diferentes preferencias residenciales que los llevan a buscar el entorno que, por sus características objetivas (*sites*) mejor se ajuste a sus características personales (al momento de sus cursos vitales, a sus estilos de vida y a las posibilidades que les dota su posición social). En la figura 4.3 esquematizamos la explicación de la elección de entorno residencial según este enfoque.

Figura 4.3. Explicación de la elección de entorno residencial según el enfoque del ajuste funcional



Fuente: Elaboración propia desarrollando la propuesta de Mulder y Hooimeijer (1999)

Los trabajos enmarcados bajo esta explicación han conseguido establecer relaciones bastante claras entre estos tres aspectos de las características personales y la opción por un entorno residencial urbano o suburbano, ayudando a entender qué factores están detrás de la elección residencial de cabeceras y coronas.

En términos de acontecimientos de los cursos vitales, estos trabajos suelen señalar como la elección por las cabeceras (centralización) suele vincularse a individuos que se encuentran, o bien en etapas previas, o bien en etapas posteriores a la formación de familia, siendo una elección residencial propia de sujetos que se encuentran en momentos transicionales de sus cursos vitales (Frey y Kobrin, 1982; López-Gay y Recaño, 2008,

2009; Rossi, 1955; Shin, 2012). Jóvenes que se mueven hacia las ciudades por el inicio de su etapa formativa (Marois y Bélanger, 2013) y suelen vivir en hogares no familiares (Buzar *et al.*, 2007a, 2007b; Crieking, 2010), otros que buscan consolidar sus carreras profesionales y aprovechar las oportunidades que ofrecen los centros urbanos (Fielding, 1992; López-Gay, 2012; Marois y Bélanger, 2013; Turcotte y Vézina, 2010), parejas donde los dos miembros trabajan y necesitan proximidad a los espacios de trabajo para conciliar y repartir las tareas reproductivas (Bailey *et al.*, 2004; Contreras, 2012), personas más mayores que se divorcian y acuden a la ciudad en busca de servicios, redes sociales y viviendas adecuadas a las condiciones sobrevenidas (Feijten y Ham, 2007; Lees *et al.*, 2013), pero también, aunque de manera más marginal, familias completas que optan por residir en las cabeceras atraídas por las funciones y servicios que estas concentran (Boterman, Karsten y Musterd, 2010; Buzar *et al.*, 2005; Karsten, 2007; Laska y Spain, 1979). Mientras, la elección por las coronas suburbanas suele vincularse a acontecimientos de los cursos vitales relacionados con el nacimiento (o la expectativa de nacimiento) de los hijos y la formación de una familia nuclear, dadas las mejores condiciones objetivas de las zonas suburbanas para la crianza de los hijos: ambientes más saludables, tranquilidad, homogeneidad social, viviendas más espaciales, etc. (Díaz-Orueta y Lourés-Seoane, 2012; Hirt, 2007; Miller, 1995; Sanchez y Dawkins, 2001; Shin, 2012; Susino y Duque-Calvache, 2012).

Respecto a la posición social, los estudios arrojan resultados contradictorios según los contextos urbanos en los que se hayan realizado. Así, los trabajos norteamericanos más clásicos solían vincular la elección por las cabeceras a personas de bajos ingresos y minorías étnicas (Nelson y Edwards, 1993; Park *et al.*, 1925; South y Crowder, 1997), frente a unas coronas suburbanas consolidadas como la elección por excelencia de las clases medias blancas (Ullán de la Rosa, 2014). Justo al contrario que los estudios europeos, los cuales muestran como la elección de las cabeceras es la opción favorita de unas clases medias con un perfil y unas preferencias eminentemente urbanitas, frente a unas coronas metropolitanas destinadas al asentamiento de sectores populares (Castells, 1976; Duque-Calvache, 2016; Ullán de la Rosa, 2014), aunque también mixtas, con importantes zonas de clase media (Díaz-Orueta y Lourés-Seoane, 2012; Duque-Calvache, 2015; Susino, 2003). No obstante, en las últimas décadas parece que, incluso en el caso norteamericano, la elección por las cabeceras se está erigiendo como la opción favorita de las clases medias (Mollenkopf y Castells, 1991; Sassen, 1991; Ley, 1996), algo muy

asociado a los procesos de gentrificación, frente a unas coronas metropolitanas que, tanto a un lado como al otro del Atlántico, parecen ser las que, cada vez más, alojan a los sectores sociales populares (Cooke, 2010; Raphael y Stoll, 2010; Soursourian, 2012).

Por último, en cuanto a los estilos de vida, la elección por las cabeceras se ha vinculado convencionalmente a individuos con estilos de vida urbanos de corte más individualista (Schnell y Gracier, 1993) y posmoderno (De Pablos y Sánchez-Tovar, 2003). Individuos centrados en el trabajo que relegan a un segundo plano las trayectorias familiares (Mahmud *et al.*, 2012; Pisman, 2007; Schnell y Gracier, 1993), que buscan la proximidad a los lugares de trabajo, pero también a los servicios y a los lugares de encuentro y ocio (Contreras, 2012; Lees *et al.*, 2013; Pisman, 2007), con ideologías principalmente progresistas (Caufield, 1994; Ley, 1994), para los cuales la centralidad se torna en un valor en sí mismo, supeditando las características de la vivienda a la localización (Contreras, 2011; Cosacov *et al.*, 2018) y configurando una parte relevante de su identidad a través de su posicionamiento dentro de un entorno central, que es visto como valioso en términos culturales, arquitectónicos y sociales (Howley, 2009; Pablos y Sánchez-Tovar, 2003; Jager, 1986). Mientras, la elección por las coronas es más propia de individuos con unos estilos de vida basados en el ideal de familia nuclear (Miller, 1995), que buscan tranquilidad, viviendas amplias (Pisman *et al.*, 2011), homogeneidad social (Frey, 1979; Mieszkowski y Mills, 1993) y la posibilidad de articular los espacios de vida de manera selectiva, adquiriendo el distanciamiento, en ocasiones, un valor en sí mismo (Alberich, 2010).

Si bien el enfoque del ajuste funcional ha servido de marco para que muchos trabajos previos establezcan relaciones entre las características personales de los individuos y la elección de entornos residenciales, esta explicación se muestra insuficiente. Aunque es evidente que las características objetivas de los entornos influyen en la elección (Bayoh *et al.*, 2006; Kim, Woosnam, MarCouiller, Aleshinloye y Choi, 2015; Shin, 2012; South y Crowder, 1997), el proceso de decisión es bastante más complejo, en tanto que la valoración que los individuos hacen de las características de un entorno concreto pueden variar sustancialmente según los imaginarios que estos tengan sobre los mismos, contruidos siempre a través de su experiencia residencial previa (Blaauboer, 2010; Feijten *et al.*, 2008). De esta manera, aunque el proceso de elección de entorno puede concebirse como un “ajuste funcional” entre las características personales

y las características de los entornos, este ajuste puede variar según las diferentes percepciones que los individuos tienen sobre los entornos mismos, una dimensión que los trabajos encuadrables bajo esta perspectiva han omitido.

4.3.3. El segundo momento en los estudios sobre elección del entorno residencial: la importancia de la experiencia residencial

La consideración de estas limitaciones ha hecho que la explicación se enriquezca en los últimos años con algunas aportaciones que han profundizado en el papel que juega en el proceso de elección residencial el componente subjetivo de los entornos, el que Mulder y Hooimeijer (1999) llamaban *situation*. Según algunos trabajos relativamente recientes (Ærø, 2002, 2006; Blaauboer, 2010; Feijten *et al.*, 2008) la elección del entorno residencial es una decisión compleja en la que los individuos, además de considerar la adecuación de las características objetivas de los entornos a sus preferencias emergentes, también tienen en consideración una serie de elementos subjetivos del entorno que se construyen a lo largo de su proceso de socialización, de su experiencia residencial acumulada (Ærø, 2006).

Este componente subjetivo de los entornos se construye a través de un proceso de experiencia, de vivencia, de socialización en los mismos, un proceso de aprendizaje social en el cual los individuos desarrollan su *habitus*, y más específicamente lo que podríamos llamar *habitus* residencial. El concepto de *habitus* puede definirse en el mismo sentido en que lo hacía Bourdieu (Bourdieu, 1991, 2012; Bourdieu y Wacquant, 1993), en tanto que una estructura estructurada y estructurante que actúa a modo de disposiciones internalizadas que configuran la forma en la que los individuos ven el mundo y que, de este modo, orientan su acción en él. Una estructura estructurada por las experiencias que los individuos acumulan a lo largo de sus vidas, por su interacción en los distintos campos sociales, y estructurante porque les sirve de guía para actuar sobre los campos mismos y configurar su posición en ellos (Martín-Criado, 2013; Martínez-García, 2017).

Si aplicamos este utillaje teórico al campo del comportamiento residencial, podríamos decir que el *habitus* residencial, configurado a través de la experiencia residencial, lo componen todas las disposiciones que poseen los individuos en relación con la vivienda y los entornos residenciales, y que configuran sus imaginarios sobre la

ciudad (visión del mundo) y sus pautas de movilidad (acción) respecto a los distintos entornos (Ærø, 2006, 2002). En la configuración de este *habitus* residencial, al igual que en la configuración del *habitus* en general, parecen tener gran importancia las experiencias más tempranas, las vividas en las primeras etapas de los procesos de socialización (Blaauboer, 2010; Feijten *et al.*, 2008), en las cuales los individuos desarrollan sus vinculaciones afectivas y sus identidades más fuertes e internalizadas (Martín-Criado, 2013). Pero también intervienen otras informaciones adquiridas a través de diversos agentes de socialización, como los medios de comunicación, el grupo de iguales, la familia, etc. Que hacen que los individuos adquieran ideas preconcebidas, o prenociones, sobre las distintas tipologías de vivienda y entornos residenciales, aunque ni siquiera hayan tenido la más mínima experiencia directa respecto a las mismas (Feldman, 1990, 1996).

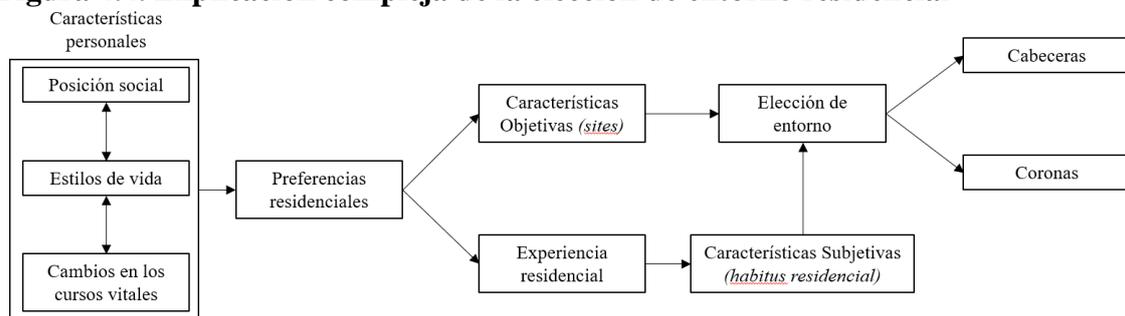
Podríamos afirmar que este *habitus residencial* es el que articula la llamada dimensión subjetiva de los entornos, la cual comprende dos componentes íntimamente relacionados que los individuos tienen en consideración (aparte de las características objetivas de los entornos) a la hora de realizar sus elecciones residenciales: los imaginarios que poseen sobre los mismos, y los distintos recursos o (por seguir utilizando la terminología de Bourdieu) capitales que tienen localizados en el espacio.

Los imaginarios atañen a cómo los entornos son percibidos por los sujetos, a las distintas valoraciones que los individuos realizan de los espacios, así como a las identificaciones y emociones que tienen respecto a los mismos. A lo largo del proceso de socialización, de la experiencia residencial, los individuos se van cargando de recuerdos y vivencias pasadas que los dotan de distintos significados, configurándose mentalmente como entornos subjetivos tanto a un nivel simbólico como afectivo, haciendo que los sujetos desarrollen eso que comúnmente llamamos arraigo (Clark, Duque-Calvache y Palomares-Linares, 2015; Gustafson, 2001), pero también desarraigo (dependiendo del tipo de experiencias vividas en los espacios).

A la vez, en el proceso socializador, los individuos van dotándose de distintos capitales que se localizan en el espacio urbano. Estos capitales localizados son recursos sociales, económicos y culturales que los individuos disponen en el espacio (Blaauboer, 2010) y que, en cierta medida, condicionan y orientan su elección residencial. Respecto

a los recursos sociales, nos referimos especialmente al capital social de los individuos, a las distintas redes de contactos que los individuos van construyendo a lo largo de sus vidas y que se localizan en el espacio urbano. A este respecto, estudios previos han demostrado la importancia de las redes familiares en la localización de la residencia (Mulder y Cooke, 2009; Palomares-Linares, 2017), pero también de las redes de amistad y de la calidad e intensidad de las relaciones vecinales (Dawkins, 2006; Di Virgilio, 2009b; Viry, 2012; Viry, Hoffmeister y Widmer, 2013). En cuanto a los recursos económicos, nos referimos especialmente a la posesión de una vivienda, algo que, sin duda, genera una condición de posibilidad para la elección de entorno nada desdeñable. En términos de capital cultural Blaauboer (2010) habla de la relevancia del conocimiento que tienen las personas sobre los entornos mismos, es decir, la cantidad y calidad de información que manejan sobre el mercado de vivienda y trabajo en las distintas zonas de la ciudad, un conocimiento muy útil de cara a barajar distintas oportunidades laborales, o para el alquiler o adquisición de una vivienda en una localización y condiciones que se ajusten en mayor grado a las preferencias.

Figura 4.4. Explicación compleja de la elección de entorno residencial



Fuente: Elaboración propia desarrollando las propuestas de Mulder y Hooimeijer (1999) y Feijten *et al.* (2008)

De esta manera, la consideración de los entornos subjetivos (y sus dos componentes: los imaginarios y capitales localizados) supone una explicación más compleja del proceso de elección del entorno residencial. Si el enfoque del ajuste funcional explicaba la elección residencial como una decisión racional en la que los individuos eligen los entornos que objetivamente mejor se adaptan a sus preferencias; esta explicación más compleja, introduce la dimensión subjetiva de los entornos, una dimensión construida a lo largo de la trayectoria residencial de los individuos, y que hace que el proceso de elección de entorno se guíe, además de por sus características objetivas, por la valoración subjetiva y los recursos localizados que los individuos tienen en los

mismos. En la figura 4.4 puede observarse como queda el esquema conceptual para la explicación de la elección de entorno residencial al introducir la dimensión subjetiva.

Los estudios citados que consideran este esquema más complejo han establecido relaciones bastante claras entre la experiencia residencial y la elección de cabeceras y coronas, encontrando que el lugar en el que transcurre la socialización primaria (Blaauboer, 2010) e incluso el lugar de nacimiento (Feijten *et al.*, 2008), son relevantes a la hora de elegir entorno residencial. De manera que los individuos suelen pasar la mayor parte de sus vidas en los mismos entornos, siendo menos común el tránsito de unos a otros (Stovel y Bolan, 2004). Y cuando este tránsito se da, los individuos tienden en algún momento de sus vidas, especialmente cuando sus cursos vitales se consolidan, a retornar a sus lugares de origen, o al menos, a otros similares (Feijten *et al.*, 2008).

4.3.4. Una propuesta teórica para analizar la centralización como elección residencial

A través de la revisión de los dos principales momentos en la literatura sobre la elección de entorno residencial, hemos visto como la decisión de moverse hacia un entorno residencial concreto depende de dos factores, que remiten a las dos principales dimensiones que tiene todo entorno residencial. De un lado, la elección de un entorno depende de la adecuación de sus características sociales, funcionales y residenciales a las características personales de los individuos (sus estilos de vida, sus cursos vitales y su posición social). De otro, en la elección también intervienen un conjunto de disposiciones internalizadas de los individuos al respecto, su *habitus* residencial, que comprende la llamada dimensión subjetiva de los entornos.

No obstante, el hecho de que la elección se guíe por las disposiciones subjetivas del *habitus* residencial no es una cuestión baladí, y más allá de actuar como un simple desencadenante (*trigger*) de la elección, supone que en el proceso de elección los individuos pueden no percibir las características objetivas de los entornos de la misma manera, o que las constricciones estructurales para acceder a ellos no se manifiesten de la misma forma. Por ejemplo, una persona de bajos ingresos nacida en la cabecera puede optar por las cabeceras como entorno de destino, pese a que el parque de viviendas sea de mayor precio que en las coronas, porque puede tener, o bien una vivienda familiar anterior

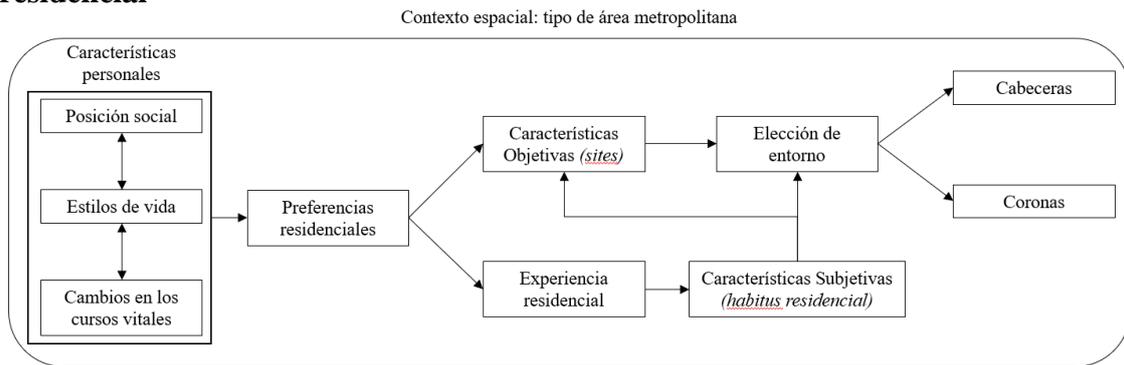
en ella, o bien redes sociales y de apoyo en la cabecera, o bien un conocimiento sobre el mercado de vivienda que le permita encontrar una vivienda asequible.

De esta forma la elección de entorno residencial, aunque también se guía por las características objetivas de los mismos (haciendo que un individuo pueda o no pueda localizarse en él, o que se dote de servicios, como escuelas, zonas verdes o viviendas amplias, que lo hagan más adecuado para la crianza de los hijos, etc.), tiene un componente subjetivo muy importante, que depende del *habitus* residencial de los sujetos, de manera que puede que, incluso las mismas características objetivas de los espacios sean percibidas de manera diferente por los individuos con experiencias y *habitus* residenciales diferentes. Un individuo criado en un entorno urbano denso puede ver en las características objetivas de la cabecera un entorno adecuado para criar a los hijos e incluso para acabar sus días en él, mientras que otro criado en un entorno suburbano puede analizar las características de las cabeceras de manera diametralmente opuesta.

Por tanto, más allá de que el *habitus* residencial pueda actuar como desencadenante de la elección, también configura la percepción que los individuos tienen de los entornos y la valoración de cómo esas características objetivas se adecuan a sus diferentes características personales: a su posición social, a los eventos de los cursos vitales que les ocurran y a sus estilos de vida.

Sin embargo, sí que es cierto que hay correlaciones bien establecidas entre las características personales de los individuos y la elección de unos entornos u otros, es decir, que normalmente, los individuos con unas características personales dadas suelen optar por un entorno de manera mayoritaria. Por ejemplo, los jóvenes profesionales prefieren las ciudades y las familias nucleares entornos suburbanos. Esto se explica porque, aunque los individuos tengan *habitus* residenciales únicos e irrepetibles, todos ellos tienen un componente colectivo, social, muy relevante, en la medida en que se han fraguado en condiciones sociales y espacios compartidos en los que existen valores, normas, ideas y prácticas socialmente legítimas y hegemónicas, que también tienen relación con la vivienda y las percepciones de los entornos residenciales, y cómo estos se adecuan a las necesidades sobrevenidas antes determinados cambios vitales.

Figura 4.5. Propuesta personal para analizar la explicación de la elección de entorno residencial



Fuente: Elaboración propia desarrollando las propuestas de Mulder y Hooimeijer (1999) y Feijten *et al.* (2008)

En la presente tesis, analizaremos la elección residencial por las cabeceras como una decisión compleja, que mostramos resumida en la figura 4.5. Para nosotros, al igual que para Mulder y Hooimeijer (1999), el proceso de elección residencial comienza con la emergencia de unas nuevas preferencias residenciales debidas a una serie de desencadenantes relacionados con los cursos vitales, pero también con los estilos de vida y con las limitaciones (recursos y constricciones según su esquema original) que impone la posición social. La emergencia de estas preferencias supone un desequilibrio entre la localización actual y la localización deseada, que lleva a los individuos a considerar los distintos entornos disponibles para relocalizar su vivienda. En esta consideración los individuos llevan a cabo un proceso de análisis y decisión que es complejo. De un lado sopesan cómo las características de los entornos se adaptan a sus preferencias, pero de otro lado, en este proceso también interviene la dimensión subjetiva, cómo el entorno es pensado e imaginado por los individuos, así como las oportunidades que ofrecen para los mismos por los capitales que los sujetos tienen localizados en ellos. Una vez los individuos han considerado y analizado las características objetivas y subjetivas de los espacios, optan por el entorno que mejor se ajusta a sus preferencias residenciales: cabeceras o coronas. No obstante, este proceso de decisión no transcurre de manera aislada, sino que, como afirmábamos al hablar del comportamiento residencial en general, se enmarca en un contexto estructural (histórico, político, económico, cultural, social y espacial), que determina las constricciones y oportunidades estructurales que condicionan el proceso de elección de entorno residencial.

La elección residencial de las cabeceras metropolitanas (centralización) será analizada según el esquema propuesto (figura 4.5) pasando, en el apartado de resultados,

por grados de menor a mayor complejidad. Primero, analizaremos la centralización a través del enfoque del ajuste funcional, tratando de dilucidar qué factores individuales (características personales en el esquema) explican la elección de las cabeceras, así como el peso de cada uno de ellos (estilos de vida, posición social y cursos vitales). El objetivo de esta primera aproximación es explicar la centralización en términos generales, dilucidando que categorías sociales tienen una mayor propensión a realizar dicha elección, asumiendo que esta decisión se debe a una mayor atracción de determinadas categorías sociales por estos espacios dadas sus características objetivas (*sites*). En segundo lugar, trataremos de profundizar en la dimensión subjetiva de los espacios, operacionalizando aquello que hemos dado en llamar experiencia residencial, analizando no sólo el peso que tiene en la explicación global de la centralización, sino también, cómo esta explicación puede variar cuando consideramos sujetos con experiencias, y en consecuencia *habitus* residenciales diferentes. Por último, consideraremos que esta elección no transcurre de manera aislada en un espacio etéreo, sino que se encuentra siempre enmarcada en un contexto estructural. Dado que no tenemos datos que nos permitan su análisis a lo largo del tiempo, consideraremos la otra dimensión contextual: la espacial, analizando como la explicación de la elección por las cabeceras puede variar según el tipo de área metropolitana, pasando de ser movimientos de concentración en las áreas nacientes, a movimientos de recentralización en las áreas más complejas y grandes.

Parte II. Ámbito, fuente y metodología



Capítulo 5. Las áreas metropolitanas españolas como ámbito de estudio

Si la movilidad residencial se diferencia de las migraciones principalmente porque no supone un cambio en el espacio de interacción y vida cotidiana de los individuos implicados, parece una cuestión fundamental definir la frontera espacial (física y social) a partir de la cual el cambio de residencia supone un cambio en el espacio de vida de los sujetos o, dicho de otro modo, el límite a partir del cual la movilidad residencial se torna en migración. En el presente capítulo profundizamos sobre esta cuestión, que resulta de vital importancia en la tesis, ya que constituye el marco espacial dentro del cual la centralización puede (y debe) estudiarse. El capítulo se estructura en tres partes. Primero, profundizamos en la importancia de considerar un ámbito espacial coherente para analizar la movilidad residencial en general, y la centralización en particular, justificando, explicando y describiendo las características generales de la delimitación escogida de las áreas metropolitanas (Feria y Martínez, 2016). En segundo lugar, tratamos de poner orden en el amplio universo metropolitano español a través de una propuesta de clasificación operativa de las 44 áreas que nos permite categorizarlas según el mayor o menor grado de desarrollo de los procesos metropolitanos. Por último, analizamos los dos entornos residenciales principales que se encuentran en todas las áreas metropolitanas, los dos

componentes básicos en torno a los que se articula el sistema metropolitano, cabeceras y coronas. A este respecto constatamos como cabeceras y coronas son entornos propiamente diferenciados, así como sus características varían según el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos de las áreas concretas.

5.1. Importancia, definición y delimitación de las áreas metropolitanas

Desde el segundo tercio del siglo XX, las ciudades occidentales comenzaron un proceso de expansión de las funciones y modos de vida urbanos más allá de sus límites anteriores, extendiéndose como una mancha de aceite sobre el territorio. Esta expansión fue posibilitada por una serie de innovaciones tecnológicas relacionadas con nuevas técnicas de construcción masiva de vivienda (Otero-Enríquez, 2017) y el abaratamiento y posterior universalización del vehículo privado a motor (Bericat, 1994). Sea como fuere, la expansión de los límites urbanos, el incremento generalizado de la movilidad, la creciente separación de los espacios de vida de los habitantes urbanos y las pautas de localización de las actividades económicas, entre otros procesos (Feria, 2008), dan lugar a una nueva forma urbana, a una nueva ciudad que rompe sus viejas fronteras administrativas y que supone una extensión, no sólo de las funciones urbanas, sino también del espacio de vida colectivo de sus habitantes (Susino, 2003).

El surgimiento de esta nueva realidad urbana trae consigo importantes consecuencias tanto desde el punto de vista de las políticas públicas (Feria, 2004, 2011; Navarro, 2008), como desde el punto de vista científico y académico (Duque-Calvache *et al.*, 2017a; Frey y Zimmer, 2001; Palomares-Linares *et al.*, 2017). Desde la perspectiva de las políticas públicas, el hecho de que la ciudad del presente se articule en formas que rebasan las fronteras administrativas, supone un problema de primer orden para la organización y provisión de los servicios públicos, necesarios para el correcto funcionamiento de la ciudad y la satisfacción de las necesidades de sus habitantes. La organización de los sistemas de transporte, la gestión de residuos, la seguridad y la vigilancia, entre otros servicios públicos, son normalmente provistos por unidades administrativas con un ámbito competencial inferior, espacialmente, al que abarca la ciudad real. Este desajuste genera en ocasiones graves ineficiencias en su prestación que podrían resolverse considerando ámbitos competenciales más acordes con las ciudades

reales. Por otro lado, desde una perspectiva científica y académica, el no considerar la dimensión y funcionamiento de la ciudad real puede llevar a graves errores en la interpretación de datos, ignorando la interconexión de las distintas unidades en términos de flujos de bienes, servicios y, sobre todo, personas. Esta consideración puede llevar a malentendidos serios respecto de las dinámicas demográficas, sociales y económicas de los territorios.

Este reconocimiento de que la ciudad del presente ha superado los viejos límites de la ciudad compacta, ha llevado a que comience a trabajarse en definir y delimitar los límites de la ciudad real. Los intentos más antiguos son los realizados por la oficina del censo estadounidense (US Census Bureau, 1932), a través de la demarcación de las áreas metropolitanas. Un ejercicio pionero que sigue hasta el presente (Office of Management and Budget, 2010) y que ha abierto toda una línea de trabajo e investigación en torno a la definición y delimitación de la nueva forma urbana (Bretagnolle, Giraud y Mathian, 2008). Surgen desde entonces demarcaciones como las *Functional Urban Regions* definidas por Hall y Hay (1980), muy vinculadas al concepto de “ciudad región” (Parr, 2005) y utilizadas en estudios empíricos por autores tan reconocidos como Brunell, Cheshire o Berg (Parr, 2007). También las *Travel-to-work areas* de gran extensión y uso en la literatura económica, principalmente en el caso británico (Coombes, 2002; Coombes y Bond, 2007; Coombes, Green y Opneshaw, 1986). Así como otras propuestas más variadas, como las áreas comunitarias (Frey y Speare, 1992; Frey y Zimmer, 2001), las ciudades construidas (Parr, 2007) o las zonas de commuting (Andersen, Møller-Jensen y Engelstoft, 2011), entre otros muchos casos. El reconocimiento y preocupación por la nueva forma urbana es tal, que incluso la división de población de las Naciones Unidas reconoce la importancia de este fenómeno (Naciones Unidas, Departamento de Economía y Asuntos Sociales, División de Población, 2015; Organización de las Naciones Unidas, 2017).

En el caso más concreto de nuestro país, también existen distintas alternativas a la hora de definir y delimitar los límites de las ciudades del presente, aunque como señala Feria (2004, 2008), a diferencia de otros países, no se ha realizado un esfuerzo conjunto para establecer una definición y delimitación consensuada y coherente con los criterios internacionales. En la actualidad, existen diversidad de propuestas diferentes que adaptan al caso español distintas tradiciones científicas según los intereses investigadores de los

autores. Incluso la propia administración pública, concretamente el Ministerio de Fomento (2000) a partir de su Atlas Estadístico de las Áreas Urbanas de España, realiza una tipología de las áreas urbanas y grandes aglomeraciones urbanas basada en criterios heterogéneos que corren a discreción de las distintas comunidades autónomas (Feria, 2008). Ante esta falta de delimitaciones y definiciones que cuenten con cierto consenso, encontramos diversas propuestas, algunas más basadas en criterios físicos y urbanísticos (Goerlich y Cantarino, 2015; Reig *et al.*, 2016), y otras, que nos parecen más adecuadas, que definen los procesos urbanos a partir de la movilidad misma de la población. Entre estas, podemos citar los mercados locales de trabajo (Casado *et al.*, 2010; Casado, Martínez y Rowe, 2017), las áreas de cohesión (Castañer, 1994) o las áreas metropolitanas (Feria, 2008; Feria y Martínez, 2016; Roca, 2015; Roca *et al.*, 2012).

En la presente tesis, asumiremos como definición y delimitación espacial de la ciudad real española, las áreas metropolitanas. El asumir las áreas metropolitanas como el espacio propio de la movilidad residencial (y en el caso de nuestra tesis, de la centralización), no es una cuestión arbitraria, sino que responde a razones muy relacionadas con su definición y los criterios empleados para su delimitación.

En primer lugar, la elección se debe a la consistencia teórica del proceso de delimitación con los procesos metropolitanos reales. El procedimiento de delimitación de las áreas metropolitanas de Feria y Martínez (2016), casa perfectamente con el proceso territorial real por el cual la metropolización se produce. De esta manera, su procedimiento no consiste en tratar de agregar unidades municipales a partir de una serie de criterios, sino que parte de la identificación de unos centros potenciales, una serie de unidades administrativas que, de manera consistente con la realidad, son las que tienen la capacidad para generar procesos de metropolización en su territorio circundante. Así, a diferencia de otros procedimientos, como los mercados locales de trabajo o las áreas de cohesión, las áreas metropolitanas no buscan una regionalización sistemática del territorio, sino que solo regionalizan aquellas zonas potencialmente metropolitanas, aquellas que se encuentran conectadas a los municipios cabeceras capaces de dar lugar a estos procesos.

La segunda razón responde al hecho de que la propuesta se basa en criterios internacionales ampliamente aceptados, muy relacionados con la utilización de la variable

movilidad residencia-trabajo como indicador clave para describir el alcance y extensión de los procesos metropolitanos. Desde su utilización en los Estados Unidos de los años cincuenta, el uso de esta variable para delimitar los procesos urbanos y metropolitanos se ha extendido a muchos países avanzados y de nuestro entorno, tales como Francia, Reino Unido, Italia o Canadá, siendo la variable utilizada y recomendada por instituciones como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico o EUROSTAT (Feria, 2008). Que la delimitación de las áreas por la que apostamos se base en criterios ampliamente aceptados internacionalmente no es una cuestión baladí, ya que significa que los resultados obtenidos a lo largo del análisis pueden ser comparados con los obtenidos sobre la centralización en otros contextos concretos dónde se ha estudiado, como Canadá (Marois y Bélanger, 2013; Turcotte y Vézina, 2010), Reino Unido (Fielding, 1992; Ford y Champion, 2000) o Estados Unidos (Laska y Spain, 1979; Sánchez y Dawkins, 2001; Sturtevant y Jung, 2011).

Y la tercera razón, y quizás la más importante, por la que hemos optado por esta delimitación, consiste en que es la delimitación espacial propuesta que mejor define y acota el espacio de la movilidad residencial, es decir, la que mejor define la frontera a partir de la cual un cambio de residencia deja de ser movilidad para transformarse en migración. El uso de la movilidad residencia-trabajo supone una gran ventaja, en la medida en que define los límites de la ciudad a partir de las prácticas cotidianas de sus habitantes. De esta manera, la movilidad residencia-trabajo permite dibujar los límites de la ciudad real vivida y practicada por sus propios habitantes, poniendo en relación dos dimensiones fundamentales de la vida de las personas en las sociedades capitalistas modernas: la vivienda y el trabajo. La consideración de estas dos dimensiones a través de esta variable hace que las áreas delimitadas a partir de la misma puedan ser definidas como mercados unitarios de vivienda y trabajo, es decir, como el espacio dentro del cual los individuos pueden cambiar de vivienda sin cambiar de trabajo, y viceversa, cambiar de trabajo sin cambiar de vivienda. Desde una perspectiva más sociológica podríamos decir que, de esta manera, las áreas se articulan, definen y delimitan como el espacio de vida colectivo de la población que las habita. Un espacio en el cual los individuos desarrollan la mayoría de sus actividades cotidianas, dónde se concentran la mayoría de los espacios de interacción y redes sociales, y el cual tiene sentido social, en tanto que espacio experimentado y vivido, pero también en tanto que espacio imaginado, concebido como unitario por los sujetos que con sus prácticas lo producen.

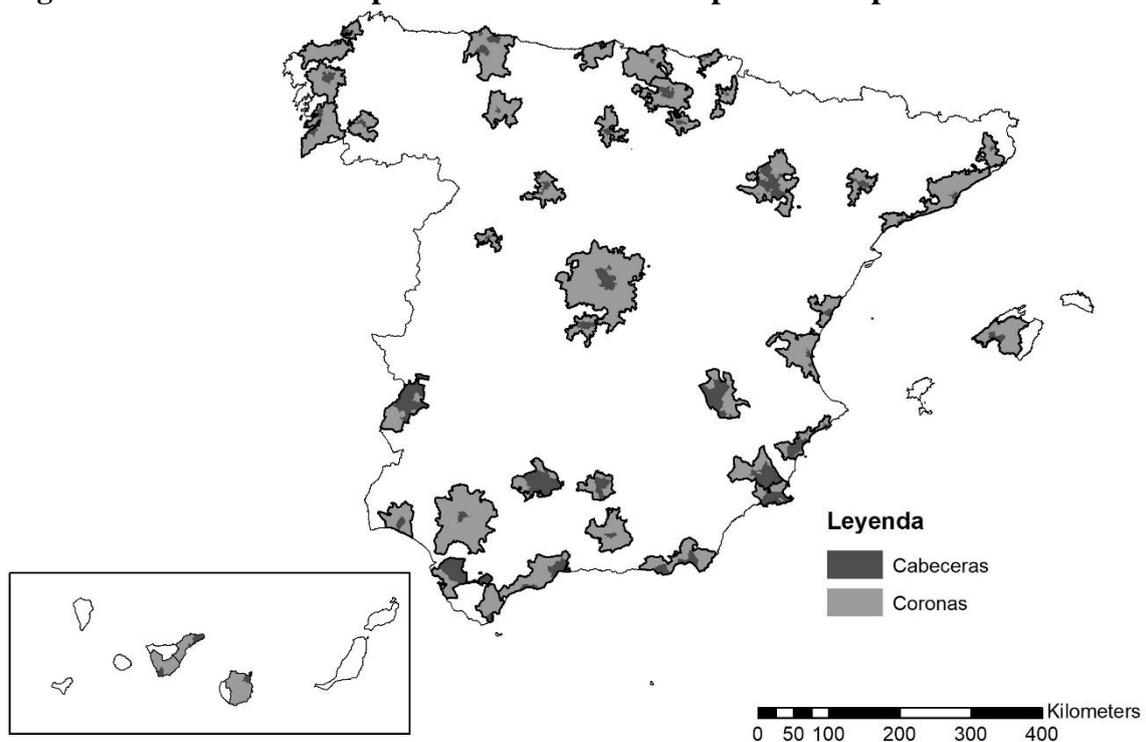
La definición explícita de área metropolitana que va a seguirse en este trabajo combina las dimensiones geográfica, económica y social. Un área es un sistema de poblamiento, de complejidad variable y carácter supramunicipal, estructurado en torno a uno o más municipios cabecera que articulan un territorio (o conjunto de municipios) más o menos amplio (desde la perspectiva geográfica). El área se encuentra conectada por un número significativo de flujos de movilidad residencia-trabajo, los cuales implican su articulación como un mercado unificado de vivienda y trabajo (perspectiva económica). Este mercado de vivienda y trabajo supone que los habitantes del área pueden cambiar su domicilio sin necesidad de cambiar sus espacios de vida e interacción cotidiana, constituyéndose así el área en un espacio de vida colectivo, con sentido funcional y social (perspectiva sociológica). De esta manera, las áreas se definen como una realidad multidimensional, en tanto que un territorio articulado y contiguo, que constituye un mercado unitario, concebido y experimentado por los individuos como una realidad conjunta dentro de la cual concentran sus prácticas y relaciones sociales cotidianas.

El ejercicio de delimitación de estas áreas metropolitanas viene siendo realizado por Feria desde 1991, año en que se incorporó la variable clave para su delimitación (la movilidad residencia-trabajo) en el cuestionario censal de algunas comunidades (Feria y Susino, 2005). No obstante, no fue hasta 2001 cuando esta delimitación pudo ser realizada para el conjunto del territorio español. Y aunque ha sufrido cambios hasta la última delimitación obtenida (la de 2011), puede explicarse de manera simple en los siguientes tres pasos.

El procedimiento se inicia con la asignación de focos potenciales (municipios cabecera) que cumplan unos requisitos mínimos de tamaño. Una vez asignados estos focos potenciales, se les van adscribiendo los municipios que cumplan ciertos criterios preestablecidos de integración según la variable movilidad residencia-trabajo, es decir, según cumplan con unos requisitos relacionados con la cantidad de trabajadores que intercambian. Por último, se aplican unos criterios de tamaño mínimo del conjunto del área y contigüidad espacial, entre otros, a fin de garantizar la consistencia teórica de la delimitación obtenida. Los focos potenciales (municipios cabecera) tienen que tener un tamaño mínimo de 100.000 habitantes, aunque en fases posteriores se admiten focos más reducidos (mínimo de 50.000). En cuanto a los criterios de adscripción según la vinculación por flujos de movilidad residencia-trabajo, se sitúan en intercambios de un

20% (de población ocupada del municipio corona que trabaje en la cabecera potencial o de empleos en el municipio corona ocupados por residentes de la cabecera potencial) en caso de que el flujo de trabajadores sea de al menos 100, y un 15% en caso de que el flujo sea superior a 1.000 trabajadores. Lógicamente el procedimiento de delimitación es bastante más complejo, y no reducible a estos tres pasos, de hecho, es un procedimiento iterativo mucho más extenso. Para mayor profundización, remitimos al artículo de Feria y Martínez (2016) en el que desglosan con mayor lujo de detalles el citado procedimiento de delimitación. Lo que realmente nos interesa mostrar, llegados a este punto, es el resultado de ese proceso, la delimitación resultante, que es el ámbito espacial dentro del cual vamos a analizar los movimientos de centralización en la tesis.

Figura 5.1. Distribución espacial de las áreas metropolitanas españolas en 2011



Fuente: Elaboración propia a partir de la propuesta de Feria y Martínez (2016)

Este procedimiento, culmina con la delimitación de un total de 44 áreas metropolitanas, 44 ciudades reales supramunicipales que aglutinan a un total de 1306 municipios y 32.671.906 habitantes, lo cual equivale a cerca del 16% de municipios y a algo más del 70% de la población española. Una extensión territorial, pero especialmente social y demográfica que no hacen más que remarcar aún más la importancia del ámbito seleccionado (figura 5.1).

Tabla 5.1. Características generales de las áreas metropolitanas españolas en 2011

| | Población total | Población cabecera(s) | Población coronas | % población corona | nº municipios |
|------------------------|-------------------|-----------------------|-------------------|--------------------|---------------|
| Madrid | 6.694.285 | 3.186.597 | 3.507.688 | 52% | 171 |
| Barcelona-Sabadell | 5.057.155 | 1.807.960 | 3.249.195 | 64% | 139 |
| Valencia | 1.928.531 | 790.754 | 1.137.777 | 59% | 80 |
| Sevilla | 1.577.868 | 696.315 | 881.553 | 56% | 51 |
| Málaga-Marbella | 1.236.646 | 694.648 | 541.998 | 44% | 25 |
| Bilbao | 1.126.510 | 349.358 | 777.152 | 69% | 80 |
| Avilés-Gijón-Oviedo | 907.909 | 581.467 | 326.442 | 36% | 29 |
| Palmas de Gran Canaria | 812.708 | 380.316 | 432.392 | 53% | 19 |
| Zaragoza | 780.461 | 672.957 | 107.504 | 14% | 32 |
| Elche-Alicante | 778.051 | 554.914 | 223.137 | 29% | 13 |
| Pontevedra-Vigo | 730.235 | 376.476 | 353.759 | 48% | 36 |
| Palma de Mallorca | 701.641 | 400.363 | 301.278 | 43% | 38 |
| Murcia | 677.409 | 436.480 | 240.929 | 36% | 16 |
| Cádiz-Jerez | 671.119 | 335.027 | 336.092 | 50% | 7 |
| Granada | 573.551 | 239.959 | 333.592 | 58% | 46 |
| Almería-El Ejido | 501.926 | 269.748 | 232.178 | 46% | 18 |
| Santa Cruz de Tenerife | 500.625 | 204.039 | 296.586 | 59% | 13 |
| A Coruña | 497.210 | 244.293 | 252.917 | 51% | 21 |
| Donosti | 439.811 | 184.424 | 255.387 | 58% | 21 |
| Santander | 430.381 | 177.008 | 253.373 | 59% | 32 |
| Valladolid | 425.919 | 309.930 | 115.989 | 27% | 27 |
| Tarragona | 415.596 | 133.026 | 282.570 | 68% | 30 |
| Córdoba | 381.548 | 327.204 | 54.344 | 14% | 10 |
| Castellón | 364.814 | 175.839 | 188.975 | 52% | 17 |
| Cartagena | 355.148 | 215.408 | 139.740 | 39% | 7 |
| Pamplona | 353.445 | 193.953 | 159.492 | 45% | 26 |
| Vitoria | 308.748 | 238.971 | 69.777 | 23% | 25 |
| Huelva | 267.365 | 147.255 | 120.110 | 45% | 11 |
| Girona | 254.825 | 95.666 | 159.159 | 62% | 34 |
| Algeciras | 248.627 | 117.412 | 131.215 | 53% | 6 |
| Santiago | 241.070 | 94.614 | 146.456 | 61% | 19 |
| León | 218.891 | 130.793 | 88.098 | 40% | 21 |
| Arona-Tenerife Sur | 215.800 | 75.454 | 140.346 | 65% | 8 |
| Salamanca | 210.896 | 150.679 | 60.217 | 29% | 23 |
| Logroño | 202.800 | 152.081 | 50.719 | 25% | 21 |
| Lleida | 201.188 | 136.668 | 64.520 | 32% | 26 |
| Burgos | 196.986 | 177.258 | 19.728 | 10% | 26 |
| Albacete | 191.189 | 171.030 | 20.159 | 11% | 7 |
| Jaen | 188.682 | 116.115 | 72.567 | 38% | 11 |
| Badajoz | 183.085 | 150.683 | 32.402 | 18% | 11 |
| Ourense | 162.565 | 106.294 | 56.271 | 35% | 20 |
| Benidorm | 154.497 | 67.465 | 87.032 | 56% | 7 |
| Ferrol | 153.779 | 71.212 | 82.567 | 54% | 9 |
| Toledo | 150.411 | 83.068 | 67.343 | 45% | 17 |
| Total | 32.671.906 | 16.221.181 | 16.450.725 | 50% | 1306 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

En la tabla 5.1 apreciamos una gran variabilidad interna de las áreas metropolitanas. La mera ordenación según su dimensión poblacional, así como la distribución según número de municipios y tamaño diferencial de cabeceras y coronas, muestran una amplia diversidad en el seno del universo metropolitano español. Un universo coronado por un conjunto de grandes áreas de más de un millón de habitantes, entre las que destacan ciudades con gran relevancia nacional e internacional, como son Madrid y Barcelona. Y en cuya base encontramos ciudades situadas en escalones mucho más bajos de la jerarquía urbana que apenas tienen capacidad de articulación territorial de ámbitos subregionales, como pueden ser Jaén, Toledo, Albacete, Badajoz o Benidorm. Es necesario, por tanto,

clasificar estas áreas de para poder tener en cuenta la gran variedad de contextos en que la movilidad de centralización tiene lugar.

5.2. Una tipología de las áreas metropolitanas españolas

Aunque esta diversidad de áreas metropolitanas es un hecho evidente, hasta el momento no se ha realizado un ejercicio sistemático de categorización, o al menos alguno que haya conseguido alcanzar cierto consenso y repercusión. A este respecto, el propio autor de la delimitación de las áreas ha tratado de poner orden (Feria, 2010, 2013, 2015), realizando algunos trabajos en los que ha categorizado las áreas metropolitanas según algunas variables clave (Feria, 2013), concretamente: estructura, tamaño o dimensión y organización de la movilidad residencial y laboral. La primera variable concierne a las condiciones estructurales de partida, más relacionadas con el tipo de sistema de asentamientos previo al desarrollo de los procesos metropolitanos. De manera muy simplista, podemos afirmar que se refiere a la cantidad de cabeceras que articulan el área, encontrando dos tipos según esta variable: polinucleares y centralizadas (o monocéntricas). Mientras, la dimensión, o tamaño del área, así como la organización de la movilidad, son indicadores básicos del grado de desarrollo de los procesos metropolitanos, de manera que conforme los procesos metropolitanos avanzan, la dimensión de las áreas se incrementa y la organización de la movilidad en su seno se reestructura. A partir de estas dos dimensiones, Feria (2013) propone una clasificación de las áreas metropolitanas monocéntricas en cinco categorías que van desde un menor a un mayor grado de desarrollo de los procesos metropolitanos: incipientes, menores, áreas estándar, grandes áreas y regiones urbanas.

Tabla 5.2. Características generales de los distintos tipos de áreas, 2011

| | Pob. Total | Pob. Media | Nº áreas | Nº municipios | Media municipios por área | % medio pob en corona | Mov. Intermunicipal |
|------------------|------------|------------|----------|---------------|---------------------------|-----------------------|---------------------|
| Regiones Urbanas | 11.751.440 | 5.875.720 | 2 | 310 | 155 | 58% | 11% |
| Grandes áreas | 4.632.909 | 1.544.303 | 3 | 211 | 70 | 61% | 12% |
| Policéntricas | 4.825.886 | 804.314 | 6 | 128 | 21 | 42% | 6% |
| Estándar | 6.973.571 | 536.429 | 13 | 338 | 26 | 48% | 8% |
| Menores | 2.312.417 | 210.220 | 11 | 207 | 19 | 44% | 7% |
| Incipientes | 2.175.683 | 241.743 | 9 | 112 | 12 | 30% | 9% |
| Total | 32.671.906 | 742.543 | 44 | 1.306 | 30 | 52% | 10% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

5.2.1. Tipos de áreas según estructura

Según su estructura, distinguimos dos tipos de áreas metropolitanas: centralizadas o monocéntricas, y polinucleares. Las primeras son las más comunes de todas, siendo la base de los modelos clásicos que fueron teorizados por los pioneros estudios de Alonso (1964), Muth (1968) o Berg *et al.* (1982). Estas áreas centralizadas se caracterizan por articularse en torno a una única cabecera, que es la que origina los procesos metropolitanos, al generar a su alrededor un mercado de trabajo, primero, y un mercado de vivienda, después (Feria, 2010). En España, 38 de las 44 áreas existentes tienen esta estructura, y encontramos en su seno una gran diversidad según el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos. Por su parte, las áreas polinucleares son algo menos comunes, y se caracterizan por no tener un único municipio cabecera. Dentro de este tipo encontramos dos variantes principales, de un lado las áreas policéntricas y de otro las reticulares.

Las áreas policéntricas se caracterizan, como su propio nombre indica, por articularse en torno a dos o más centros, y suelen ser el resultado de la coalescencia de dos o más áreas metropolitanas. En España encontramos varias áreas de este tipo, la más grande de ellas es Málaga-Marbella. Un área de más de un millón de habitantes producto de la fusión de las áreas metropolitanas de las dos ciudades a partir de una charnela central de municipios que comparten flujos de movilidad con ambos centros (Feria y Susino, 2005; Feria, 2015). Un caso similar es también la conocida “Y-griega” asturiana, el área de Avilés-Gijón-Oviedo, un área única en España, que es fruto de la combinación de las áreas de tres ciudades diferentes, dos más grandes (Oviedo y Gijón) y otra más pequeña (Avilés) pero de gran relevancia por su potente especialización industrial (Feria, 2010). En tiempos más recientes, los procesos de fusión metropolitana han hecho que se incorporen a esta tipología las áreas de Almería-El Ejido, Pontevedra-Vigo y Elche-Alicante.

Por su parte, las áreas reticulares se caracterizan por no tener núcleos centrales claramente definidos, no en términos demográficos, sino en términos de funciones e intercambio de flujos de movilidad. En el caso español hay dos áreas reticulares en 2001, las dos gaditanas: Algeciras y Cádiz-Jerez. Sin embargo, la primera ha asumido en los

últimos años una estructura más centralizada (Feria, 2015), por lo que este particular tipo solo aglutina al área Cádiz-Jerez.

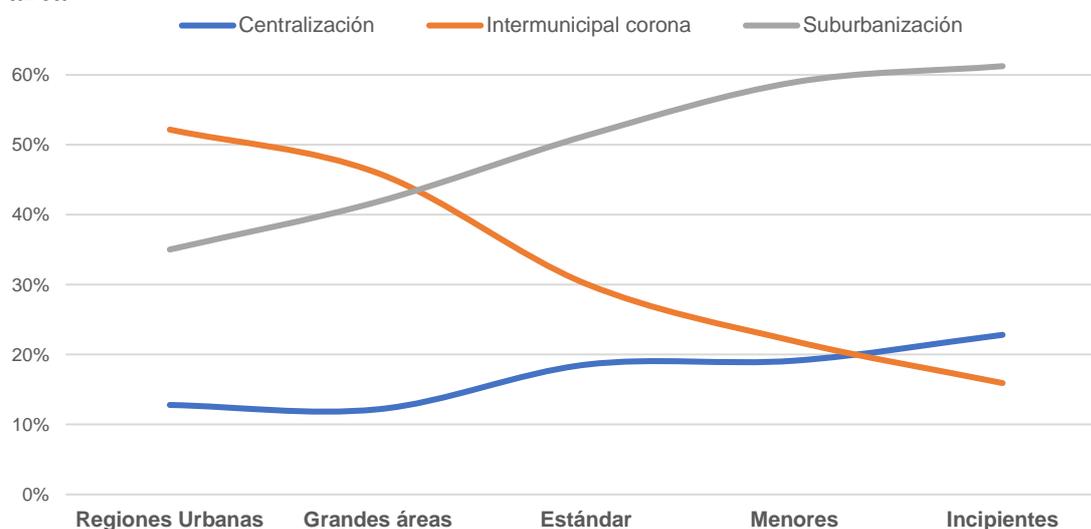
5.2.2. Tipos de área según grado de desarrollo de los procesos metropolitanos

Más allá de su estructura, las áreas metropolitanas monocéntricas pueden clasificarse también según el grado de desarrollo de sus procesos metropolitanos, el cual (como se aprecia en la figura 5.2) no es una mera cuestión de tamaño, sino que también supone una reestructuración de la organización espacial de la movilidad, pasando de unos primeros estadios incipientes donde imperan los movimientos centrífugos, a unos estadios finales donde la movilidad se complejiza en extremo, emergiendo con fuerza los movimientos intracorona, y repuntando tímidamente la centralización. A continuación, basándonos en las aportaciones de Feria (2010b, 2010c, 2013, 2015) y en el análisis realizado a partir de los datos del censo 2011 (figura 5.2 y tablas 5.2 y 5.3), resumimos brevemente, las características generales de la tipología propuesta.

Las primeras son las áreas incipientes, aquellas donde el fenómeno metropolitano es aún poco perceptible, tanto en términos de vinculación por flujos de movilidad, como en términos de urbanización (Feria, 2015). En general se trata de áreas pequeñas en términos de extensión, en las que las cabeceras siguen concentrando a la gran mayoría de la población y teniendo un gran protagonismo en los débiles procesos metropolitanos. En términos de movilidad, aún persisten fuertes movimientos de centralización, junto a movimientos centrífugos usualmente más relevantes, tratándose de áreas que se encuentran en un momento de transición entre la fase de concentración y la de suburbanización. Encontramos en esta categoría un conjunto de áreas españolas ciertamente heterogéneas. De un lado tenemos áreas como Burgos, Badajoz, Córdoba, Albacete, Jaén o Vitoria. Áreas que podríamos decir, son las propiamente incipientes, en la medida en que se caracterizan por una cabecera muy sobredimensionada, y una pauta de movilidad residencial de dominante centrífuga con una importancia aún relevante de los movimientos de centralización. De otro, tenemos Arona-Tenerife Sur, Benidorm y Cartagena, áreas en las que las coronas parecen tener un papel más activo y que han sido incluidas en esta categoría por razones diferentes. El caso de Arona se debe a que es un área de reciente delimitación (incorporada en la delimitación de 2011), por lo que Feria

(2013) no la contempló en su tipología²⁴, por esta razón, además de por su reducido tamaño, hemos optado por incluirla aquí. En segundo lugar, tenemos Benidorm, un área de pequeñas dimensiones y de dominante centrífuga en lo que respecta a su movilidad, incluida también por Feria (2013) en esta categoría. Por último, tenemos Cartagena, un área que, aunque de mayor dimensión, sigue estando caracterizada por fuertes movimientos de centralización, que suponen casi un tercio de su movilidad residencial intermunicipal total.

Figura 5.2. Porcentaje que representan las distintas formas de movilidad residencial respecto al total de movilidad intermunicipal en el período 2010-2011 por tipo de área



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

En un segundo escalón tenemos las áreas metropolitanas menores. Son áreas en las que el reducido tamaño de sus cabeceras (no rebasan en general los 160.000 habitantes) hace que el alcance de los procesos metropolitanos de tipo residencial no pueda tener gran impacto sobre el territorio circundante, articulando áreas que no superan los 268.000 habitantes. En general se trata de áreas que, a diferencia de las incipientes, cuentan con unos procesos metropolitanos algo más desarrollados, con un mayor peso y protagonismo de las coronas en la configuración y organización de la movilidad residencial del área. En estos términos, se trata de áreas donde los procesos de concentración comienzan a remitir, mientras se mantienen los movimientos centrífugos y crecen en importancia los intercambios entre los municipios de las coronas. Sin embargo, el reducido tamaño de sus

²⁴ La categorización que hace Feria (2013) es con datos censales de 2011, pero con la delimitación de 2001, ya que en las fechas en las que realizó el trabajo, la delimitación más reciente aún no estaba lista.

cabeceras y de las áreas en sí, dificulta que avancen hacia estadios de mayor dinamismo y complejidad. Entre las áreas españolas que en 2011 se encontraban en esta categoría tenemos también cierto grado de heterogeneidad. Desde áreas con un mayor protagonismo de la suburbanización, como Huelva, Ourense, Salamanca, Lleida, Logroño, Toledo o León. Hasta otras más particulares dónde tienen más relevancia en la organización de la movilidad residencial los intercambios entre municipios de la corona, como pueden ser el Ferrol, Algeciras (que viene de tener una estructura reticular) o Girona.

En tercer lugar tenemos las áreas estándar, llamadas así porque son las que mejor se ajustan al modelo de área metropolitana convencional, con una cabecera que organiza la movilidad del área a través de unos potentes componentes centrípetos de movilidad laboral y centrífugos de movilidad residencial (Feria, 2013, 2015), y en la que los procesos metropolitanos se extienden hacia coronas bastante amplias, adquiriendo las áreas una dimensión que comienza a ser considerable (entre 400.000 y algo más 800.000 habitantes). En términos de organización de la movilidad residencial, se trata en general de áreas con dominante centrífuga, pero en las que ya se ha producido cierto descenso relativo de los movimientos de suburbanización, y comienzan a emerger intercambios entre los municipios de la corona, los cuales llegan a superar a la centralización. En esta categoría se encuentran la mayoría de las áreas metropolitanas españolas, aunque también se aprecian ciertos grados de heterogeneidad interna. De un lado, tenemos las que podríamos llamar áreas propiamente estándar, áreas como son A Coruña, Castellón, Donostia, Granada, Palma de Mallorca, Palma de Gran Canaria, Pamplona, Santa Cruz de Tenerife, Santander y Tarragona. Por otro, tenemos tres áreas que presentan algunas particularidades más marcadas, concretamente Zaragoza, Valladolid y Murcia. Las dos primeras, aunque son áreas estándar (principalmente debido a su considerable tamaño), tienen una organización de la movilidad en la que la suburbanización alcanza en torno al 80% del total de movilidad intermunicipal, siendo aún débil el papel de la corona en su configuración espacial. En cuanto a Murcia, se trata de un área muy particular, dónde los movimientos de centralización siguen siendo muy potentes, aglutinando al 36% de su movilidad intermunicipal, algo que quizás guarde relación con su particular sistema de asentamientos intramunicipal en torno a pequeños núcleos secundarios distintos del núcleo principal.

Tabla 5.3. Características y flujos de movilidad en el período 2010-2011 en las áreas metropolitanas españolas según tipo de área

| | | Pob. Total | Nº municipios | Corona | Centralización | Intermunicipal corona | Suburbanización | Mov. Intermunicipal |
|-------------------------|------------------------|------------|---------------|--------|----------------|-----------------------|-----------------|---------------------|
| Regiones Urbanas | Barcelona-Sabadell | 5.057.155 | 139 | 64% | 12% | 56% | 32% | 13% |
| | Madrid | 6.694.285 | 171 | 52% | 15% | 44% | 40% | 9% |
| Grandes Áreas | Bilbao | 1.126.510 | 80 | 69% | 14% | 62% | 24% | 9% |
| | Sevilla | 1.577.868 | 51 | 56% | 11% | 33% | 57% | 15% |
| | Valencia | 1.928.531 | 80 | 59% | 12% | 43% | 45% | 13% |
| Polinucleares | Almería-El Ejido | 501.926 | 18 | 46% | 22% | 20% | 58% | 14% |
| | Avilés-Gijón-Oviedo | 907.909 | 29 | 36% | 39% | 22% | 39% | 7% |
| | Cádiz-Jerez | 671.119 | 7 | 50% | 20% | 24% | 56% | 5% |
| | Elche-Alicante | 778.051 | 13 | 29% | 18% | 14% | 68% | 6% |
| | Málaga-Marbella | 1.236.646 | 25 | 44% | 12% | 27% | 61% | 3% |
| | Pontevedra-Vigo | 730.235 | 36 | 48% | 20% | 37% | 43% | 2% |
| Estándar | A Coruña | 497.210 | 21 | 51% | 20% | 33% | 47% | 12% |
| | Castellón | 364.814 | 17 | 52% | 20% | 25% | 55% | 12% |
| | Donosti | 439.811 | 21 | 58% | 25% | 44% | 31% | 8% |
| | Granada | 573.551 | 46 | 58% | 13% | 35% | 52% | 5% |
| | Murcia | 677.409 | 16 | 36% | 36% | 22% | 42% | 11% |
| | Palma de Mallorca | 701.641 | 38 | 43% | 23% | 21% | 56% | 4% |
| | Palmas de Gran Canaria | 812.708 | 19 | 53% | 21% | 39% | 41% | 5% |
| | Pamplona | 353.445 | 26 | 45% | 14% | 27% | 59% | 5% |
| | Santa Cruz de Tenerife | 500.625 | 13 | 59% | 25% | 33% | 42% | 8% |
| | Santander | 430.381 | 32 | 59% | 10% | 43% | 48% | 2% |
| | Tarragona | 415.596 | 30 | 68% | 11% | 54% | 35% | 8% |
| | Valladolid | 425.919 | 27 | 27% | 11% | 10% | 79% | 10% |
| | Zaragoza | 780.461 | 32 | 14% | 13% | 6% | 81% | 10% |
| | Menores | Algeciras | 248.627 | 6 | 53% | 19% | 44% | 37% |
| Ferrol | | 153.779 | 9 | 54% | 22% | 31% | 47% | 11% |
| Girona | | 254.825 | 34 | 62% | 17% | 41% | 41% | 6% |
| Huelva | | 267.365 | 11 | 45% | 16% | 12% | 72% | 3% |
| León | | 218.891 | 21 | 40% | 20% | 13% | 67% | 12% |
| Lleida | | 201.188 | 26 | 32% | 17% | 12% | 71% | 4% |
| Logroño | | 202.800 | 21 | 25% | 19% | 8% | 73% | 8% |
| Ourense | | 162.565 | 20 | 35% | 25% | 12% | 63% | 2% |
| Salamanca | | 210.896 | 23 | 29% | 15% | 13% | 72% | 7% |
| Santiago | | 241.070 | 19 | 61% | 18% | 37% | 45% | 3% |
| Toledo | | 150.411 | 17 | 45% | 23% | 17% | 59% | 8% |
| Incipientes | Albacete | 191.189 | 7 | 11% | 31% | 3% | 66% | 13% |
| | Arona-Tenerife Sur | 215.800 | 8 | 65% | 23% | 29% | 48% | 12% |
| | Badajoz | 183.085 | 11 | 18% | 35% | 18% | 47% | 13% |
| | Benidorm | 154.497 | 7 | 56% | 8% | 26% | 66% | 3% |
| | Burgos | 196.986 | 26 | 10% | 13% | 3% | 83% | 13% |
| | Cartagena | 355.148 | 7 | 39% | 28% | 35% | 37% | 9% |
| | Córdoba | 381.548 | 10 | 14% | 23% | 6% | 71% | 4% |
| | Jaén | 188.682 | 11 | 38% | 15% | 15% | 70% | 4% |
| | Vitoria | 308.748 | 25 | 23% | 28% | 9% | 63% | 8% |
| | | 32.671.906 | 1306 | 52% | 16% | 40% | 44% | 10% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

En un cuarto escalón tenemos las grandes áreas metropolitanas, un reducido grupo de tres áreas compuesto por Valencia, Sevilla y Bilbao. Estas áreas se caracterizan por una elevada dimensión (todas superan el millón de habitantes), con coronas muy extensas que, no sólo superan con creces el tamaño de la cabecera, sino que tienen un papel muy activo en la organización espacial de la movilidad. En estas áreas las zonas de más antigua suburbanización, generalmente las más cercanas a la ciudad central, comienzan a sufrir procesos de saturación similares a los de las cabeceras, articulándose como zonas totalmente integradas en el mercado metropolitano de vivienda, desde las que repuntan

ciertos movimientos de recentralización hacia las cabeceras (López-Gay y Recaño, 2009), así como otros hacia los municipios circundantes. Este proceso general de descentralización y complejización empieza a generar submercados de vivienda y trabajo en las coronas (Feria *et al.*, 2008; Feria, 2010b).

En lo más alto de la jerarquía urbana y metropolitana, tenemos las regiones urbanas, una categoría compuesta sólo por las áreas de Madrid y Barcelona. Dos áreas únicas en nuestro país, tanto en términos de dimensión, como en lo que refiere a su estructura espacial y la organización de su movilidad. Se trata de áreas de dimensiones gigantescas, no sólo en términos demográficos (ambas superan los 5.000.000 de habitantes), sino también en términos de extensión territorial (superando ambas los confines de sus respectivas provincias). Esta gran extensión es posible debido al papel plenamente activo que asumen sus coronas, las cuales generan la mayoría de la movilidad (más de la mitad de la movilidad intermunicipal es entre municipios de la corona) y articulan en su seno auténticos submercados de vivienda y trabajo que dan lugar a cierto policentrismo²⁵ (Roca, 2015), así como a la aparición de cabeceras secundarias con gran centralidad (Torrado *et al.*, 2018b). Entre estas cabeceras secundarias encontramos a Sabadell, en el caso del área barcelonesa, y en menor medida Alcalá de Henares en el área de Madrid. Respecto al papel de las cabeceras principales, comienzan a remitir los movimientos de suburbanización, y con ellos, el protagonismo de las cabeceras en los procesos de expansión metropolitana. No obstante, como contrapartida su vaciamiento histórico parece empezar a ralentizarse levemente, emergiendo poco a poco movimientos de recentralización vinculados a las nuevas posibilidades que ofrecen unas cabeceras previamente vaciadas que recobran nuevos significados y funciones (López-Gay, 2014).

5.3. Los entornos residenciales en las áreas metropolitanas españolas

Dentro de las áreas metropolitanas suelen considerarse dos componentes principales en torno a los que se articula su sistema territorial: cabeceras y coronas. Desde

²⁵ No obstante, conviene señalar que esta forma de policentrismo es muy diferente de la que presentan las áreas polinucleares (Feria, 2015), debido a que el fenómeno no es producto de la coalescencia de varias áreas previamente separadas (como ocurría con las policéntricas) o la persistencia de ciertas pautas históricas vinculadas al sistema de asentamientos previo al desarrollo de la metropolización (como ocurría con las reticulares), sino que es producto del incremento de la dimensión y complejidad de un área monocéntrica.

Estados Unidos (Forstall y Chan, 2015; Gober y Behr, 1982; Leichenko, 2001; Robert, 1998) hasta España (López-Gay, 2012), pasando por Holanda (Feijten *et al.*, 2008), Bélgica (Pisman, 2000; Pisman *et al.*, 2011) y otros países de nuestro entorno, cabeceras y coronas se han considerado entornos residenciales diferenciados en tres aspectos: los servicios y funciones urbanos de los que disponen, el perfil social y demográfico de sus habitantes, y las características generales de su parque de viviendas. Si bien es cierto que ambos componentes son muy heterogéneos internamente (Torrado *et al.*, 2018b), en términos promedio suelen considerarse como espacios diferenciados. Las cabeceras suelen considerarse entornos más saturados en términos urbanísticos (Jiménez-Romera y Fernández-Ramírez, 2014; López-Gay y Recaño, 2008; Leal, 2002; Leal y Martínez, 2016), donde predomina la construcción en altura y se concentran una mayor cantidad de servicios y funciones que atraen a una población de perfil social medio y alto, que suele encontrarse en etapas de los cursos vitales más o menos transicionales (Torrado, 2018; Turcotte y Vecina, 2010). Frente a unas coronas más especializadas en funciones meramente residenciales, caracterizadas por construcciones de baja densidad, muy vinculadas a familias con hijos y, en etapas recientes (Covington, 2015), a perfiles sociales medios y populares (Susino, 2010). No obstante, más allá de una mera revisión de literatura que confirme las aseveraciones que hacemos, creemos que es indispensable contrastar empíricamente si, en el caso concreto de la delimitación de las áreas metropolitanas españolas, cabeceras y coronas son efectivamente entornos diferenciados, así como si esta diferenciación varía en las áreas según el grado de desarrollo de sus procesos metropolitanos²⁶.

5.3.1. Diferencias según funciones y servicios. Breve análisis de las diferencias según centralidad urbana de los municipios metropolitanos

Analizar las diferencias entre cabeceras y coronas en términos de servicios y funciones no resulta tarea fácil, debido tanto a la carencia de datos actualizados que informen sobre la distribución espacial de los mismos, como a la multitud de estos que pueden considerarse para abordar su análisis. Por suerte, en un trabajo que publicamos parcialmente hace poco tiempo (Torrado *et al.*, 2018b), y que actualmente se encuentra en vías de perfeccionamiento (Torrado y Susino, n.d.), tuvimos que enfrentarnos a estas

²⁶ Excluimos del análisis las áreas polinucleares dado que, a partir de la tipología propuesta no es posible clasificarlas según el grado de desarrollo de sus procesos metropolitanos.

dos limitaciones, aunque con un objetivo bastante más ambicioso, realizar una categorización de los municipios españoles según el papel que juegan en el sistema de asentamientos urbanos. Para tal fin, entre otras cosas, nos vimos obligados a recolectar multitud de datos procedentes de diversas fuentes y a sintetizarlos en un índice final que nos permitiese categorizar a todos y cada uno de los 8.017 municipios que había en nuestro país en 2011 según su nivel de centralidad, entendiendo esta como la capacidad de atraer población de otros municipios y, por ende, articular su territorio circundante. Para la construcción de dicho índice se calculó la población no residente en el municipio que dependía del mismo por una serie de funciones que estos contenían (ver tabla 5.4), elaborando un subíndice de centralidad según cada una de las funciones consideradas. Concretamente consideramos cinco tipos de centralidad urbana:

- Administración pública, que comprende población dependiente de juzgados de primera instancia (Ministerio de Justicia, 2011), oficinas del servicio estatal de empleo (o SEPE) (Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 2017b) y dependencias del Instituto y de la Tesorería General de la Seguridad Social (Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 2017a).
- Sanidad, que considera la población dependiente de los centros de salud (Portal Estadístico del Sistema Nacional de Salud, 2011) y centros hospitalarios (Ministerio de Sanidad Servicios Sociales e Igualdad, 2011).
- Educación, que agrupa todo tipo de niveles de enseñanza y se refiere a la población no residente que estudia en cada municipio (Instituto Nacional de Estadística, 2011).
- Trabajo, que se refiere a los empleos localizados en cada municipio que son ocupados por residentes en otros.
- Comercio, donde se considera la población dependiente de los centros y subcentros de las áreas comerciales (Chasco-Lafuente, 2000; Fundación la Caixa, 2010).

Una vez calculada la población dependiente no residente²⁷ se procedió a la estandarización de los cinco subíndices, de manera que asumieran el valor 1 si el

²⁷ Si bien en el caso de población dependiente por trabajo, comercio y educación contábamos con datos fiables, la población dependiente de las funciones administrativas y sanitarias tuvo que ser estimada. En el caso de los juzgados y los centros de salud conocíamos sus ámbitos de servicio, por lo que no tuvimos más

municipio presta servicio a la media de la población dependiente de tales unidades en todo el país; siendo 0 si no presta servicio fuera del municipio y estando abierto el valor más alto en cada subíndice. Construido de esta forma, cada subíndice tiene una media de 1, pero su valor máximo es muy diferente, dependiendo de la mayor o menor concentración espacial de las funciones consideradas en su cálculo e independientemente de que en unos casos sean tres los servicios considerados y en otros solo uno.

Tabla 5.4. Indicadores utilizados para la construcción de los subíndices de centralidad

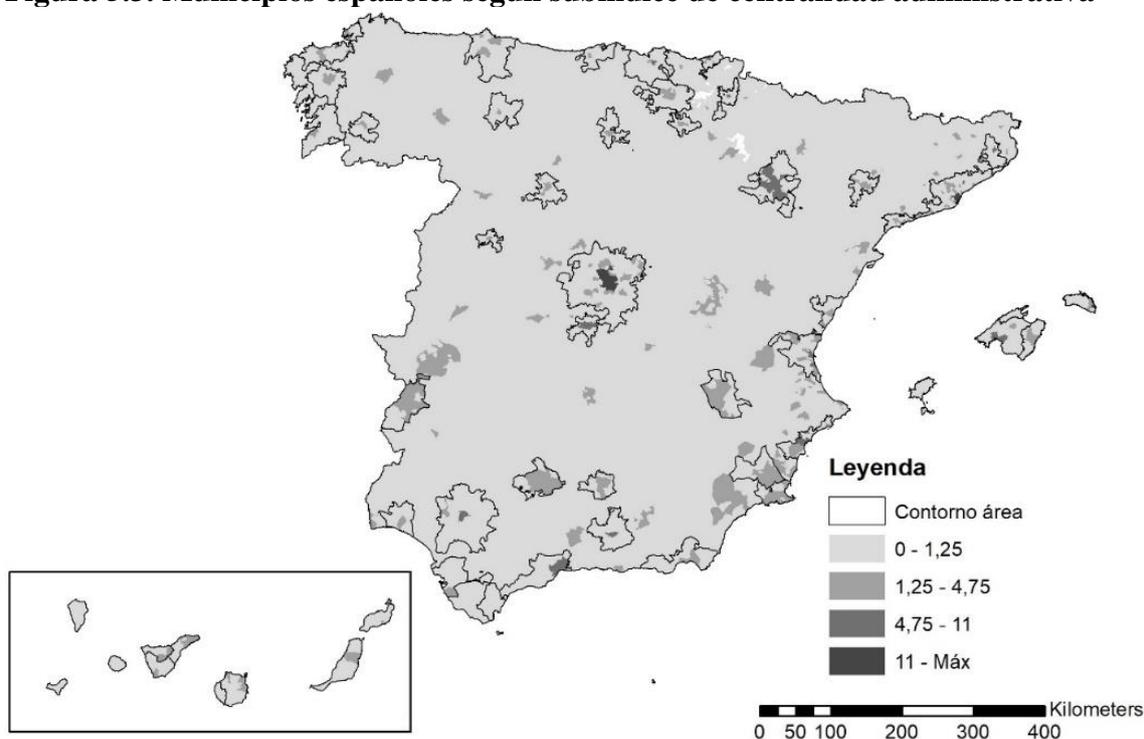
| Tipo de función | Presencia media en España | Suma en España | Nº de municipios | Indicador |
|---|--|----------------|------------------|--|
| Partidos judiciales | 109.000 habitantes por partido | 405 partidos | 405 | Población residente en municipios dependientes |
| | 44.000 no residentes por partido | | | |
| Oficinas de la seguridad social | 42.521 habitantes por oficina | 1.101 oficinas | 309 | Población estimada extramunicipal a nivel provincial |
| | 71.989 no residentes por oficina | | | |
| Oficinas del servicio público de empleo estatal | 66.312 habitantes por oficina | 706 oficinas | 577 | Población estimada extramunicipal a nivel provincial |
| | 26.839 no residentes por oficina | | | |
| Áreas de atención primaria | 15.631 habitantes por centro | 1.859 áreas | 1.127 | Población no residente dependiente del centro |
| | 6.855 no residentes por centro | | | |
| Servicios hospitalarios | 357 personas por cama | 130.980 camas | 263 | Población no residente estimada por cama que supera las necesarias para la residente |
| Población estudiante | 9.992.205 estudiantes | | 1.864 | Población no residente que estudia en el municipio |
| | 1.914.030 estudiantes no residentes en mismo municipio | | | |
| Población ocupada | 17.517.550 ocupados | | 2.910 | Población no residente que trabaja en el municipio |
| | 5.973.110 ocupados no residentes en mismo municipio | | | |
| Áreas comerciales | 126.530 habitantes por área | | 370 | Población residente en municipios dependientes |
| | 98.845 no residentes por área | | | |

Fuente: Elaboración propia

que sumar la población residente en los municipios incluidos, sin considerar la del propio municipio en que se encontraba el centro. Para el resto de las funciones administrativas, se estimó la población dependiente teniendo en cuenta el número de centros existentes en cada provincia y la población atendida, excluyendo los residentes en los municipios con centros de este tipo. Algo parecido se hizo con las camas hospitalarias (las localmente excedentarias), pero calculadas a nivel nacional.

De cara a representar los subíndices y analizar las diferencias en los distintos tipos de centralidad entre municipios cabecera y corona, hemos optado por clasificar sus valores en intervalos utilizando la técnica de agrupación en clases naturales de Jenks (Chen, Yang, Li, Zhang y Lu, 2013), provista por el software de geo-representación empleado en la elaboración de la cartografía (*ArcGis*) y aproximando manualmente los intervalos obtenidos (sin que distorsionaran demasiado los propuestos por el módulo del programa). De esta manera distinguimos tres niveles de centralidad: alta (valores de 11 hasta el máximo posible del índice), media (de 4,75 a 11) y baja (de 1,25 a menos de 4,75), y un nivel de centralidad muy baja o nula (valores de índice inferiores a 1,25)²⁸.

Figura 5.3. Municipios españoles según subíndice de centralidad administrativa



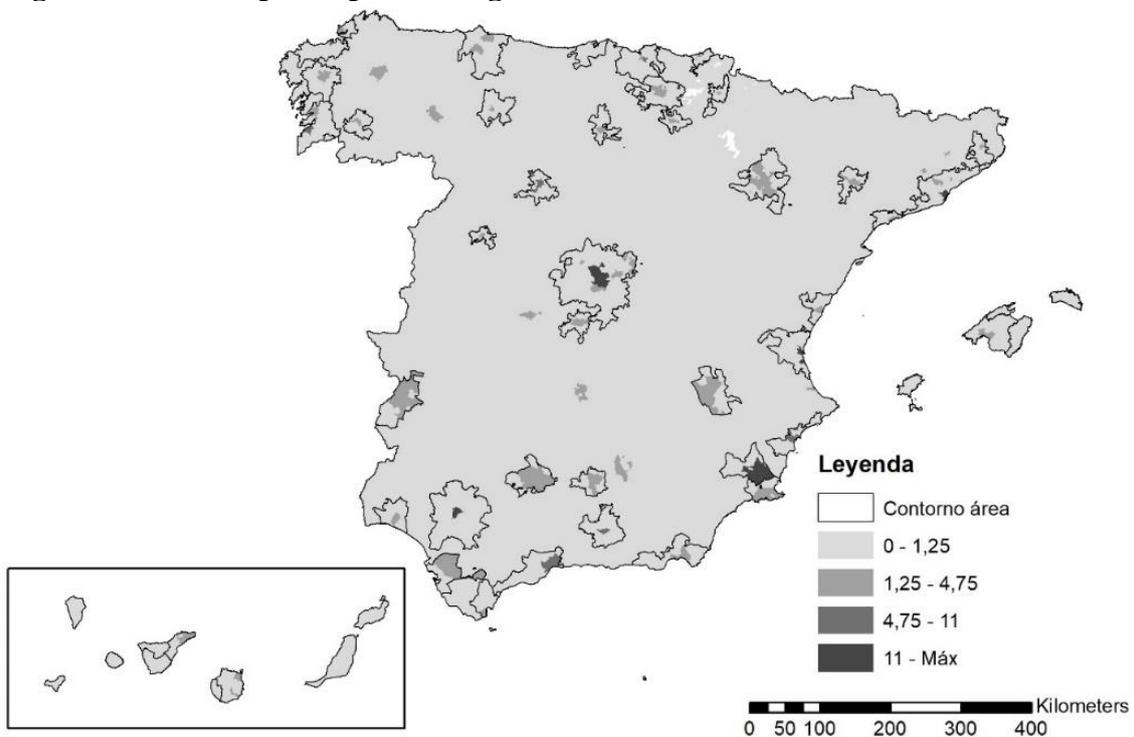
Fuente: Elaboración propia

Atendiendo a la centralidad administrativa (figura 5.3), se aprecia como las cabeceras son, en general, los espacios de mayor centralidad, frente a unas coronas con niveles muy bajos o nulos. Sin embargo, se observan variaciones interesantes según el tipo de área metropolitana. Así, en las regiones urbanas de Madrid y Barcelona, aparece toda una orla más o menos dispersa de municipios con cierta centralidad, pero también

²⁸ En los mapas presentados también se refleja la centralidad de los municipios no metropolitanos, aunque ésta no es objeto de análisis en el presente apartado.

en las tres grandes áreas, e incluso en algún área estándar con gran extensión territorial, como es el caso de Mallorca. Resulta relevante la distancia general de los municipios de la corona con algún tipo de centralidad administrativa de sus cabeceras, algo elevada, debido a la circunscripción tradicional de los partidos judiciales, y también a la regionalización planificada de los servicios de empleo del SEPE y la Seguridad Social, tomados para la elaboración del índice. No obstante, incluso en aquellas áreas dónde hay algún municipio corona con cierto grado de centralidad, esta nunca supera la centralidad que posee el municipio cabecera.

Figura 5.4. Municipios españoles según subíndice de centralidad comercial

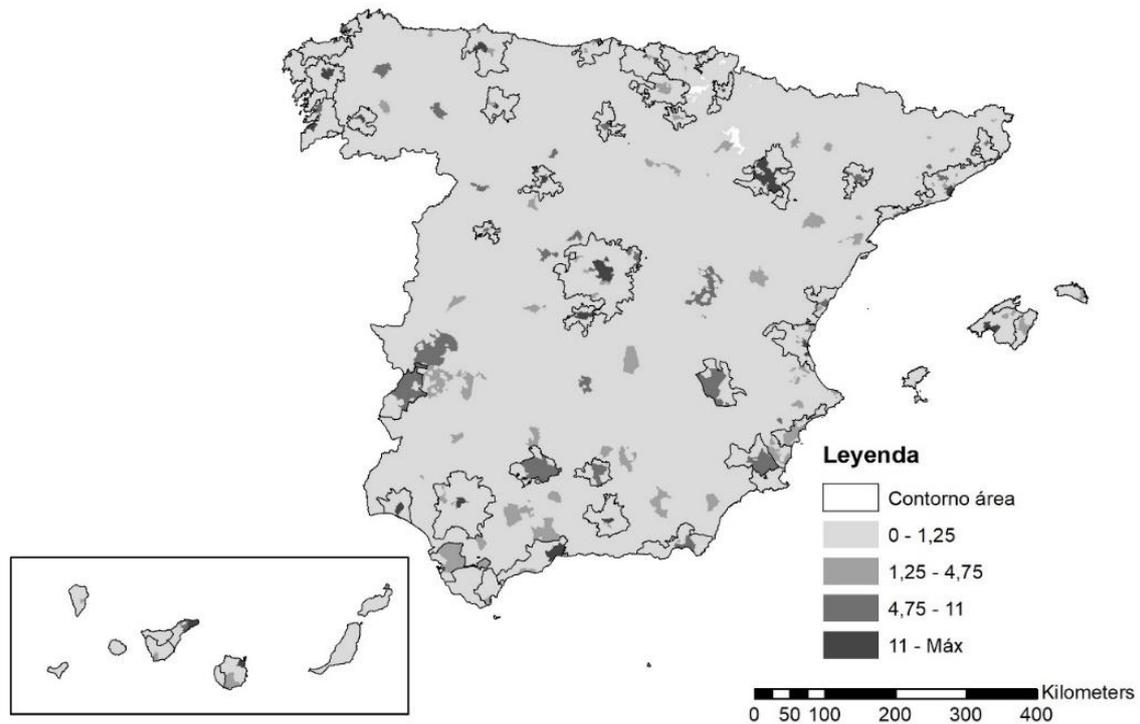


Fuente: Elaboración propia

En lo que respecta a la centralidad comercial (figura 5.4) se aprecia mucha menos difusión territorial, siendo las cabeceras los centros que más población atraen por motivos de compras. Sólo en las regiones urbanas se aprecia la presencia de algunos municipios corona que alcanzan niveles relevantes de centralidad comercial, coincidiendo con municipios o bien de muy antigua suburbanización insertos en la primera corona metropolitana en los que posiblemente se hayan deslocalizado funciones comerciales de las ciudades centrales (como el caso de Fuenlabrada, Getafe, Torrejón de Ardoz o Leganés en el caso de Madrid), o bien municipios con cierta relevancia histórica (como

Terrassa, Sabadell, Granollers o Mataró en el caso barcelonés o Alcalá de Henares o Guadalajara en el caso madrileño).

Figura 5.5. Municipios españoles según subíndice de centralidad sanitaria

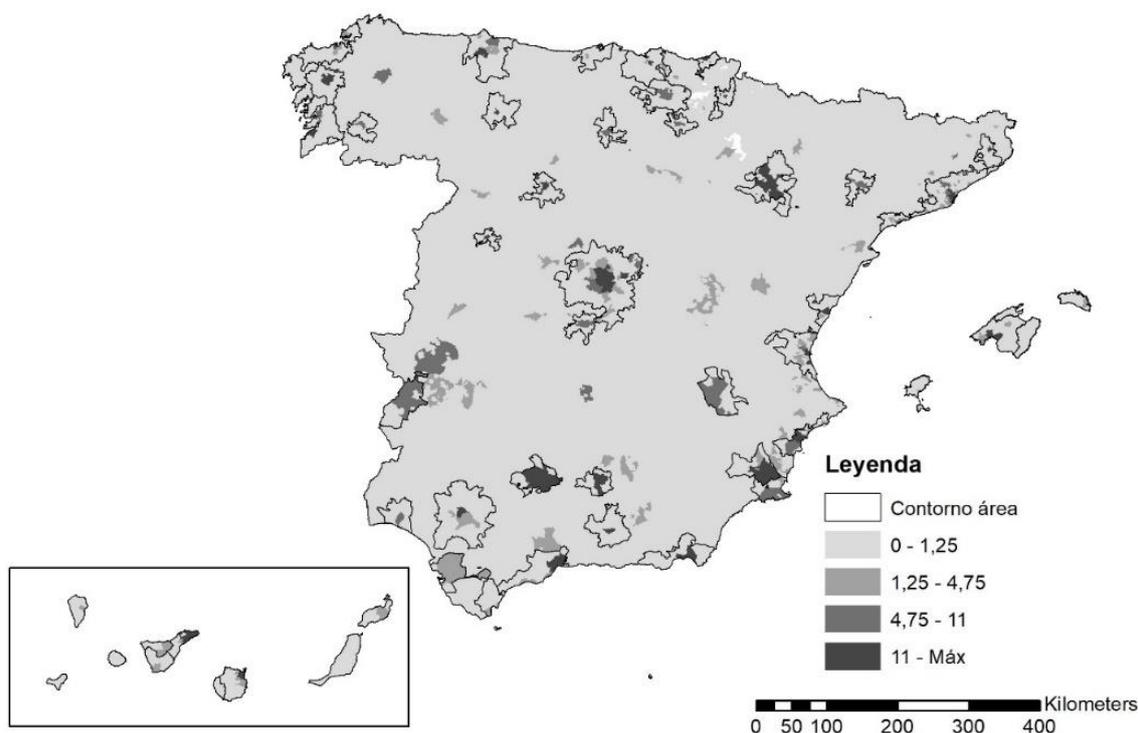


Fuente: Elaboración propia

Por su parte, los datos de centralidad sanitaria (figura 5.5) muestran también poca distribución territorial, aunque algo mayor que en el caso de la centralidad comercial. En las áreas de menor entidad destacan de manera casi exclusiva las cabeceras como zonas de centralidad por sus funciones sanitarias, con algunas excepciones que muestran ciertas pautas de deslocalización de algunos servicios hospitalarios, como el caso del hospital San Juan de Dios en San Luis de Rabanedo en el área de León. Sin embargo, en el caso de las áreas estándar, las grandes áreas y las regiones urbanas, se aprecia una descentralización más clara de las funciones sanitarias (sin que llegue ningún municipio corona a igualar la centralidad de las cabeceras). En el caso de las áreas estándar esta descentralización se explica principalmente por la presencia de centros de salud con áreas de servicio que abarcan zonas de las coronas relativamente amplias (como el caso de la Zubia en Granada o Sanlúcar la Mayor en Sevilla), aunque también encontramos algunas áreas con servicios hospitalarios localizados en las coronas (como el hospital de Torrelavega en Cantabria). No obstante, esta deslocalización de los servicios hospitalarios

es especialmente notable en las áreas grandes y en las regiones urbanas, en las que encontramos multitud de centros hospitalarios localizados en municipios corona, ya sea por la desconcentración directa de estos servicios dada la saturación de las cabeceras o por la gran entidad poblacional de algunos municipios corona (como los casos de los hospitales de Getafe o Leganés en Madrid, los de Sant Cugat o l'Hospitalet en Barcelona, o los de Barakaldo y Galdakao en Bilbao).

Figura 5.6. Municipios españoles según subíndice de centralidad educativa

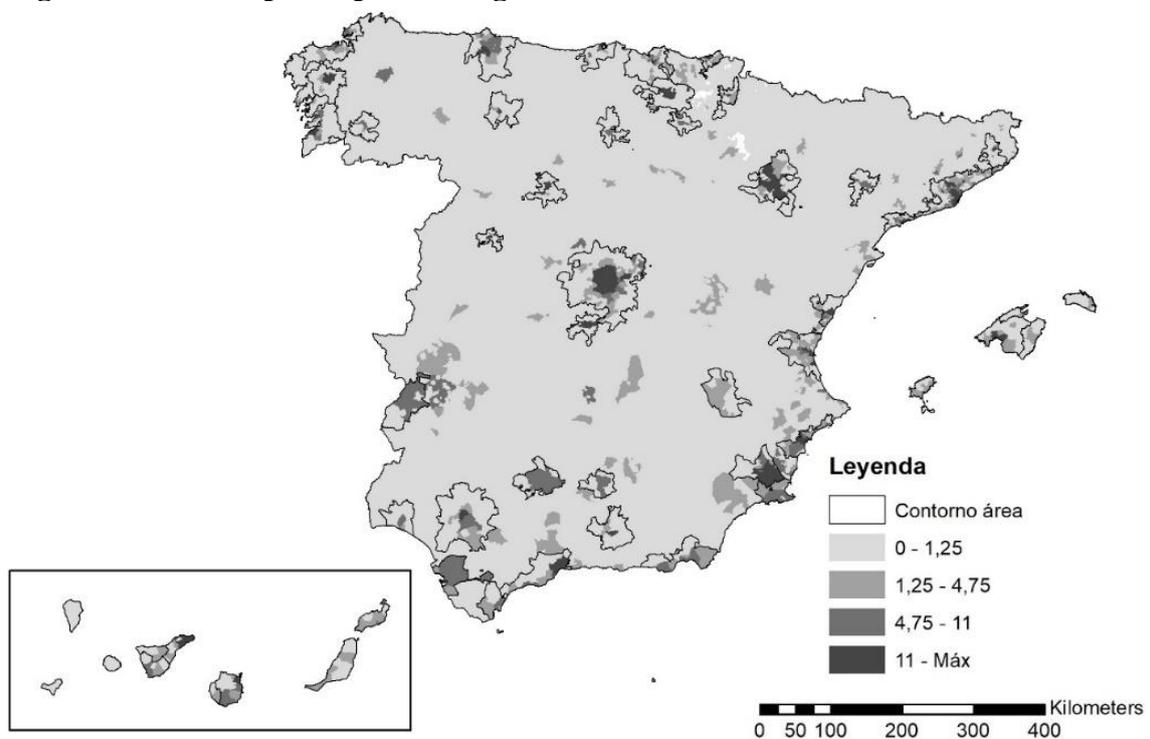


Fuente: Elaboración propia

Por su parte, la centralidad por estudios (figura 5.6) presenta una pauta que se explica, sobre todo, por las tendencias de localización de las distintas universidades, aunque también, y en mucha menor medida, por la importancia de los centros de secundaria de algunos municipios corona (como, de nuevo, el caso de Inca en Mallorca). De esta manera, los centros universitarios son los que marcan la tendencia. Si bien estos suelen situarse mayoritariamente en las cabeceras metropolitanas. En las áreas de mayor rango encontramos una desconcentración relevante de estas funciones, dada la saturación de las cabeceras, la enorme necesidad de espacio que requieren los campus, el elevado número de universidades y la disponibilidad de amplias zonas libres urbanizables en las coronas, que hacen que tiendan a localizarse en estas últimas. Ejemplos de esto puede ser

el caso de la Universidad Europea de Madrid situada en la corona norte del área, o el CEU San Pablo de Sevilla, situado en municipios cercanos a la cabecera. Sin embargo, la particular pauta de localización de las universidades hace que este fenómeno se dé también en algunas áreas de entidad media, como el caso de Alicante, dónde la universidad se localiza en el municipio de Sant Vicent del Raspeig, o Tenerife, cuya universidad se localiza en la Laguna. No obstante, al igual que ocurría con otras formas de centralidad, ningún municipio corona alcanza los niveles de centralidad que ostentan sus respectivas cabeceras.

Figura 5.7. Municipios españoles según subíndice de centralidad laboral



Fuente: Elaboración propia

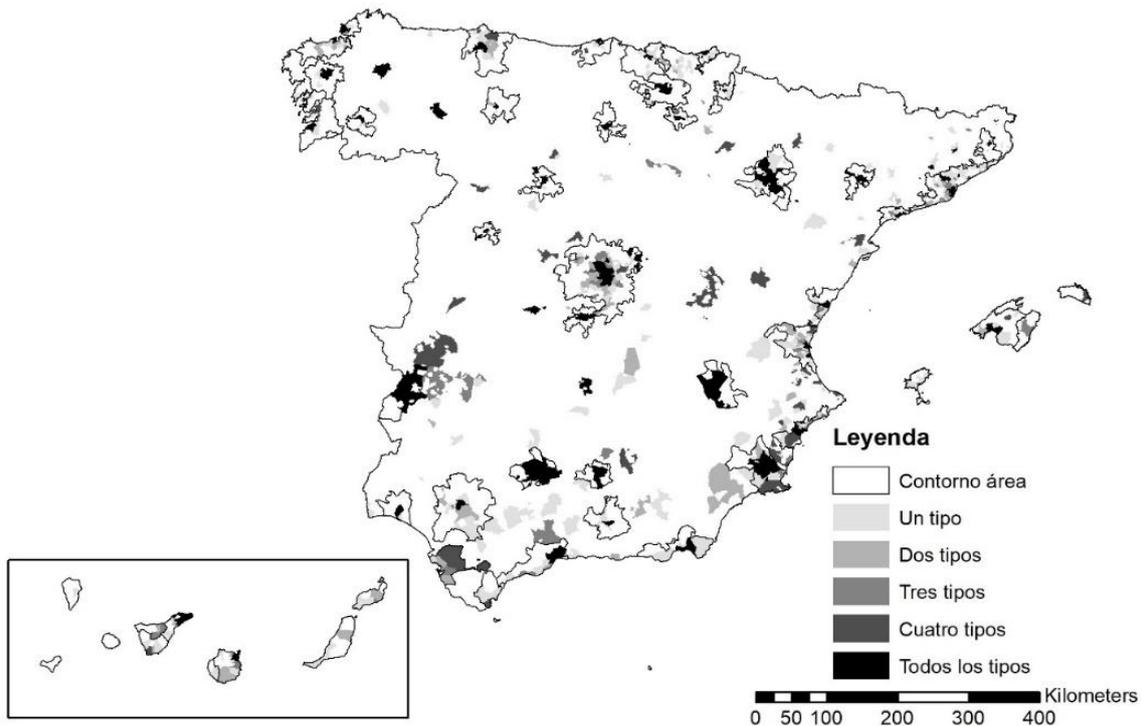
De todas las formas de centralidad, es la centralidad por trabajo (figura 5.7) la que presenta una mayor dispersión territorial en el seno de las áreas metropolitanas españolas. Si bien la pauta general es de dominante centrípeta (Feria, 2010), con un fuerte peso de los municipios cabecera como principal nicho de empleo, muchos municipios corona van asumiendo un papel relevante como zonas de actividad económica. Este papel activo de las coronas como nichos de empleo es muy evidente en las áreas más desarrolladas en términos de sus procesos metropolitanos: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Bilbao. En el caso de Madrid y Barcelona este policentrismo se manifiesta de dos maneras

diferentes. Primero, por el desarrollo de toda una orla de municipios colindantes a las cabeceras que han llegado a asumir fuertes niveles de centralidad por trabajo fruto de la deslocalización de actividad y empleos de las cabeceras (municipios como Alcorcón, Fuenlabrada, Leganés, Móstoles, Getafe, Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Boadilla del Monte, Majadahonda, las Rozas, Tres Cantos o Coslada en el caso Madrileño; o l'Hospitalet, El Prat, Sant Cugat, Badalona o Cerdanyola en el caso Barcelonés). Segundo, a través del desarrollo de subcentros separados de la cabecera (como son Terrassa, Sabadell o Granollers en el caso barcelonés, o Alcalá de Henares en el caso madrileño). Mientras, en las grandes áreas este fenómeno también es perceptible, aunque en menor medida, y se manifiesta principalmente a través de la primera forma descrita, es decir, en tanto que una expansión de la actividad y el empleo de las cabeceras en torno a una orla de municipios colindantes. Es más, la particular pauta de localización de actividades y las particularidades locales que presentan, hacen que municipios corona de áreas estándar, e incluso menores, hayan llegado a asumir niveles moderados de centralidad por empleo, como ocurre con la corona noroeste granadina, dónde se han localizado bastantes actividades de tipo comercial y de otro tipo, o Palos de la Frontera en Huelva, que llega a alcanzar niveles de centralidad similares a los de su cabecera por la presencia en éste de muchos empleos vinculados a la agricultura y, especialmente, a la industria.

Para concluir, podemos decir que, un análisis general de los distintos tipos de centralidad nos muestra cómo, pese a que es cierto que existen municipios corona que han alcanzado niveles relevantes de centralidad respecto a algunas funciones, estos niveles nunca llegan a los detentados por las cabeceras metropolitanas, las cuales se articulan como los centros de las distintas funciones urbanas en el seno de sus respectivas áreas. De hecho, si observamos qué municipios llegan a tener algún nivel de centralidad (sea bajo, medio o alto) en cada una de las funciones consideradas (figura 5.8), se aprecia como son las cabeceras metropolitanas casi los únicos municipios que ostentan todos los tipos de centralidad. Aunque, también es cierto, que emerge cierto policentrismo en los niveles superiores de la jerarquía metropolitana, muy marcado en las dos regiones urbanas, donde además de la cabecera, encontramos, entre las dos regiones, hasta cinco municipios que tienen algún nivel de centralidad en todos los tipos de funciones consideradas. Estos municipios, aunque no llegan a alcanzar los de sus respectivas cabeceras, sí que aglutinan todas las funciones urbanas consideradas, ya sea porque son

ciudades históricas integradas en la expansión metropolitana de las dos regiones urbanas (por ejemplo, Sabadell, Terrassa, Granollers o Guadalajara), o simplemente porque han recibido la descentralización de su cabecera por ser colindantes a las mismas (Getafe).

Figura 5.8. Municipios españoles según número de funciones en los que tiene algún tipo de centralidad



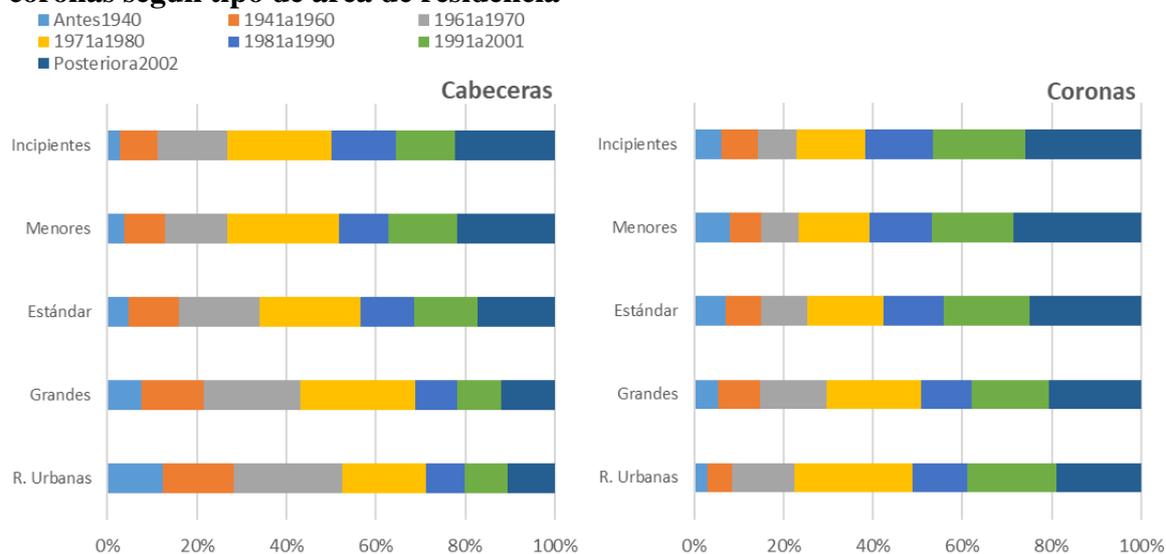
Fuente: Elaboración propia

5.3.2. *Diferencias en las características del parque de viviendas*

Más allá de las diferencias en términos de servicios y funciones, cabeceras y coronas son usualmente considerados entornos diferenciados por las características distintivas de su parque de viviendas. La literatura al respecto tiende a señalar que las cabeceras son zonas más saturadas, donde predomina un parque de viviendas antiguo y de pequeñas dimensiones, inserto en un mercado muy presionado que lleva al alza de los precios y a una mayor tenencia en alquiler (Leal, 2002; López-Gay y Recaño, 2008, 2009; Andújar *et al.*, 2015). Mientras, las coronas suelen señalarse como entornos con un parque de viviendas de reciente construcción y grandes dimensiones, en el cual los usuarios buscan, mayoritariamente, acceder a la propiedad. A continuación, analizamos las características de las viviendas principales de los residentes en cabeceras y coronas según

tipo de área, a través de tres variables clave: antigüedad de la vivienda, tamaño o superficie y forma de tenencia.

Figura 5.9. Distribución por antigüedad de las viviendas principales en cabeceras y coronas según tipo de área de residencia



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

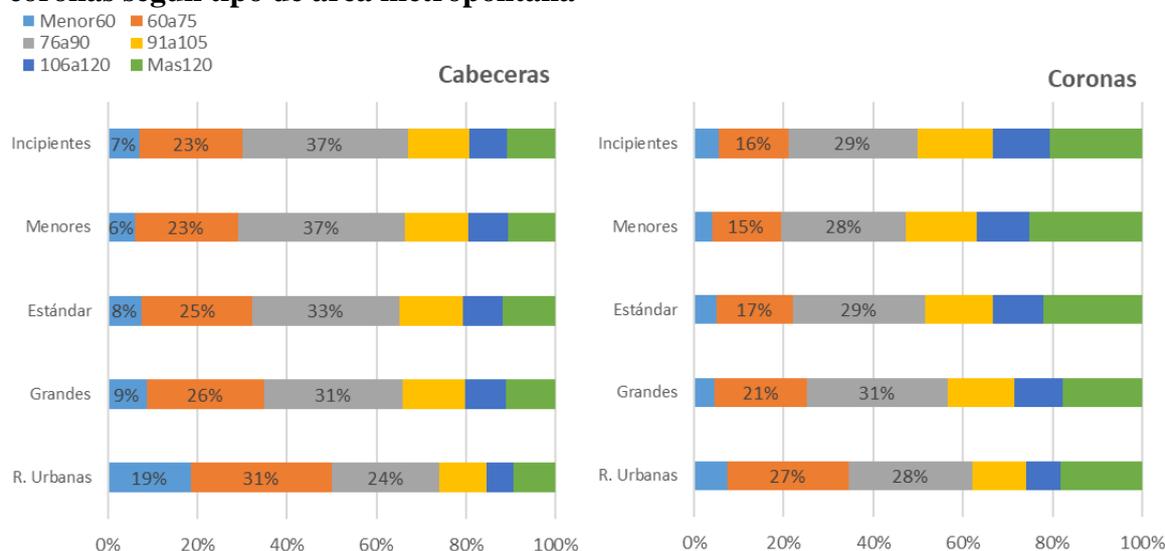
En lo que respecta a la antigüedad del parque de viviendas (figura 5.9), se observa cómo en todos los tipos de áreas, las viviendas de las cabeceras son, promedio, más antiguas que las de las coronas. No obstante, estas diferencias se acrecientan conforme los procesos metropolitanos avanzan, encontrando grandes diferencias en las regiones urbanas y muy pocas en las áreas incipientes. Estas diferencias entre áreas más y menos desarrolladas se explican en mayor medida por los distintos momentos históricos en los que se produjeron los procesos de urbanización de las cabeceras y no tanto por los procesos, propiamente metropolitanos, de suburbanización de las coronas. Así, encontramos como el parque de viviendas de las cabeceras incrementa notablemente su antigüedad (de manera casi lineal) conforme pasamos a áreas más desarrolladas, lo que se explica por la más temprana urbanización y saturación de las cabeceras de las áreas con procesos metropolitanos más avanzados. Sin embargo, encontramos sorprendentemente pocas diferencias en la antigüedad del parque de viviendas de las coronas. Si bien es cierto que estas diferencias existen²⁹, no son las que explican las

²⁹ Incrementándose el porcentaje de vivienda anterior a los 90 conforme pasamos a áreas más desarrolladas y, en paralelo, decreciendo el porcentaje de viviendas más nuevas (posterior a 2002). Lo cual apunta a la más temprana suburbanización de las áreas más consolidadas o, visto del revés, a las más reciente (o tardía) suburbanización de las áreas menores e incipientes.

mayores diferencias en la antigüedad de las viviendas de cabeceras y coronas conforme pasamos de áreas menos a más desarrolladas.

Esta mayor presencia de vivienda antigua en las cabeceras de las áreas más desarrolladas denota la existencia de viviendas con gran valor arquitectónico y patrimonial, y (en parte) posiblemente deterioradas. Un caldo de cultivo perfecto para los procesos de gentrificación y renovación urbana que no se encuentra en las áreas incipientes, en las que la menor antigüedad de su parque de vivienda quizás de lugar a otros procesos socioespaciales sustancialmente diferentes.

Figura 5.10. Distribución por tamaño de las viviendas principales en cabeceras y coronas según tipo de área metropolitana



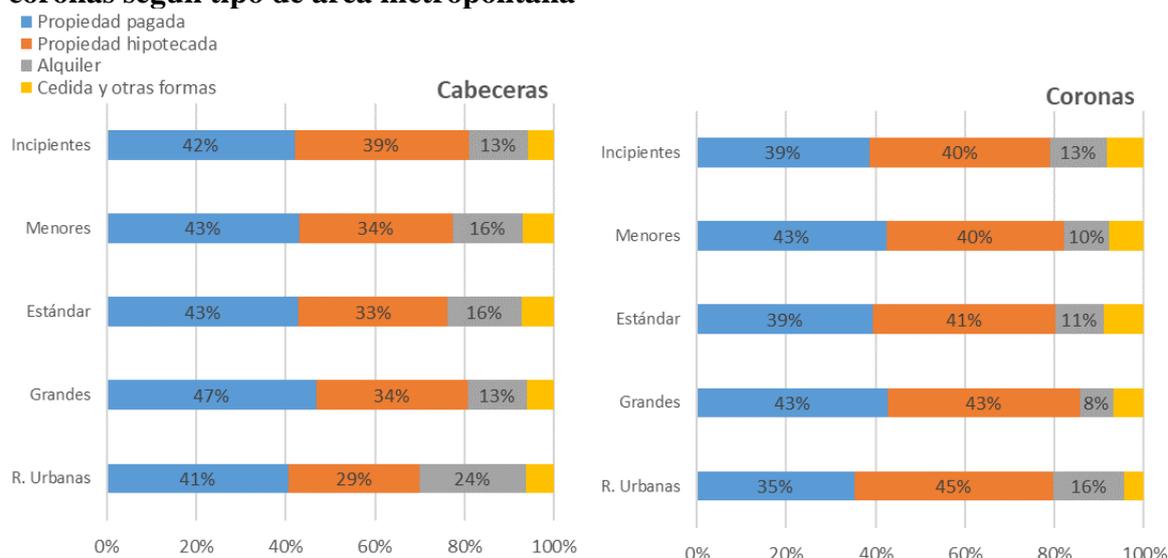
Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Por su parte, el tamaño de las viviendas (figura 5.10) también ratifica lo que dice la literatura al respecto, que las cabeceras tienen un parque de viviendas, en términos generales, de menor tamaño, frente a unas coronas caracterizadas por una mayor presencia de viviendas grandes. No obstante, encontramos variaciones significativas entre los distintos tipos de áreas. Conforme pasamos a áreas de mayor entidad metropolitana, se incrementa el número relativo de viviendas pequeñas (inferiores a 75 metros), mientras decrece el de viviendas de tamaño medio-grande (más de 90 metros), una muestra clara de la mayor saturación urbanística que el avance de los procesos metropolitanos causa³⁰.

³⁰ Una saturación que afecta principalmente a las cabeceras de las principales áreas, pero también, a algunos municipios de sus coronas. Especialmente los de más antigua suburbanización, como pueden ser Getafe o Leganés en el caso de Madrid, Dos Hermanas en el caso de Sevilla o L'Hospitalet de Llobregat en el caso de Barcelona.

Es decir, conforme la metropolización avanza, la saturación también, debido al incremento de la competencia por los espacios, lo cual lleva a una escalada generalizada de los precios en las zonas más saturadas, paralela a una racionalización del espacio que se traduce en una mayor presencia de viviendas de menor tamaño (Leal, 2002).

Figura 5.11. Distribución por tenencia de las viviendas principales en cabeceras y coronas según tipo de área metropolitana



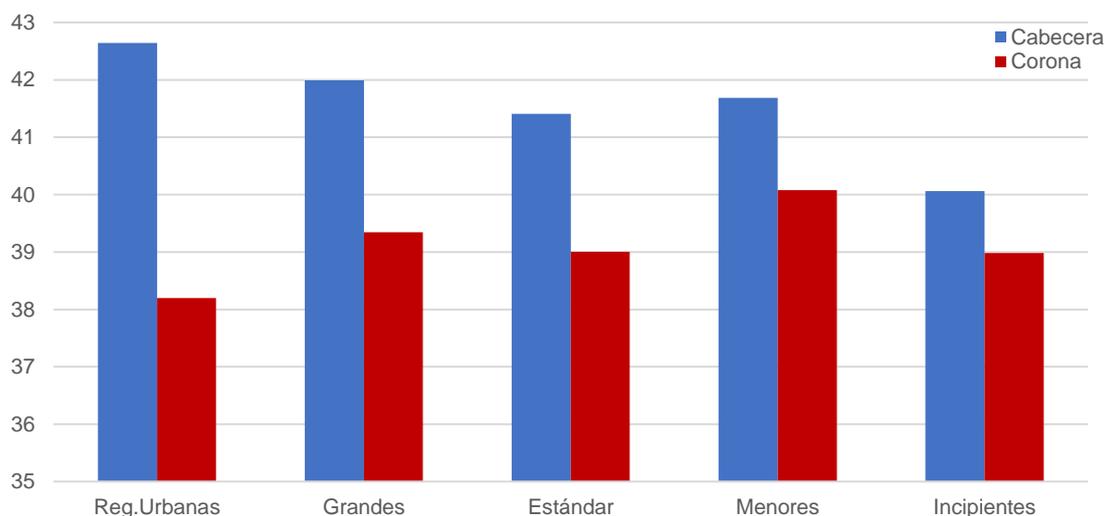
Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Por último, según régimen de tenencia (figura 5.11), se aprecian tendencias coherentes con las vistas al respecto de la antigüedad o el tamaño. Así, observamos como en las cabeceras se encuentra más consolidado el mercado del alquiler, frente a unas coronas dónde domina la propiedad. Esto confirma, más allá de la mayor saturación de las cabeceras, que estas son utilizadas en mayor medida por los habitantes de la metrópolis como espacios de transición, espacios de paso, frente a unas coronas en las que se decide, en mayor medida, asentarse y optar por la compra de la vivienda, aunque esta suponga la necesidad de un crédito hipotecario. No obstante, esta proporción varía según el tipo de área, habiendo más vivienda en alquiler en las áreas más desarrolladas y más propiedad en las nacientes, algo explicable, de nuevo, por la mayor saturación urbanística en las cabeceras y algunos municipios corona de las principales áreas.

5.3.3. Diferencias en el perfil social y demográfico de sus habitantes

Vistas las diferencias en las características funcionales y residenciales, cabría pensar que estas hacen de cabeceras y coronas entornos más o menos aptos y deseados para determinados grupos sociales en detrimento de otros. Así, las cabeceras, al concentrar más servicios y un parque de viviendas con mayor valor patrimonial, más pequeño y con más opciones de alquiler, es probable que atraigan principalmente a personas que se encuentran en estadios transicionales de sus cursos vitales y a perfiles sociales de clase media. Mientras las coronas, más especializadas en funciones residenciales, y con un parque de viviendas con más opciones para la propiedad y de mayor superficie, parecerían un entorno más apto para familias con hijos y, dada su menor saturación, estratos sociales más populares. No obstante, ¿es la realidad así de simple? Realmente no y, al igual que ocurría según servicios y funciones y características del parque de viviendas, en términos del perfil de sus habitantes encontramos mucha más variabilidad de la esperada. Si bien cabeceras y coronas concentran a poblaciones, en general, diferentes en términos demográficos y sociales, esta especialización varía sustancialmente conforme pasamos de áreas menos a más desarrolladas en términos de sus procesos metropolitanos.

Figura 5.12. Edad media de los residentes en cabeceras y coronas según tipo de área de residencia

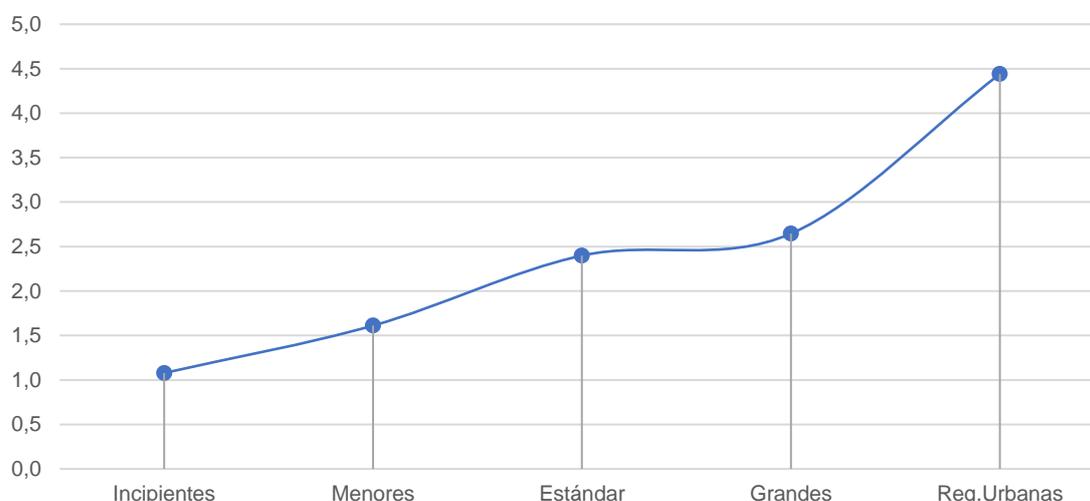


Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Atendiendo a la variable demográfica más básica, la edad, se observa como en términos generales, las cabeceras metropolitanas españolas son espacios más envejecidos

que las coronas, aunque encontramos variaciones interesantes según tipo de área que demuestran, una vez más, que la realidad es más compleja. Un primer vistazo a los resultados que arrojan los datos sobre la edad media de los residentes en cabeceras y coronas de los distintos tipos de áreas (figura 5.12), muestra cómo conforme pasamos de áreas menos desarrolladas hacia áreas más consolidadas, las cabeceras tienden a envejecer, mientras paralelamente las coronas rejuvenecen. Este hecho se explica por la reconfiguración socioespacial que supone la movilidad residencial conforme los procesos metropolitanos avanzan, especialmente debido al incremento absoluto de los movimientos de suburbanización, protagonizados principalmente por adultos jóvenes y niños (Susino y Duque-Calvache, 2011). Más interesantes de observar resultan estos datos si analizamos sus diferencias, es decir, si consideramos la magnitud de la diferencia entre la edad media de cabeceras y coronas por tipo de área (figura 5.13). De esta manera, vemos cómo estas se acrecientan de manera lineal conforme el proceso metropolitano avanza, definiéndose como entornos cada vez más diferenciados.

Figura 5.13. Diferencia de la edad media de los residentes en cabeceras respecto a los de las coronas según tipo de área de residencia

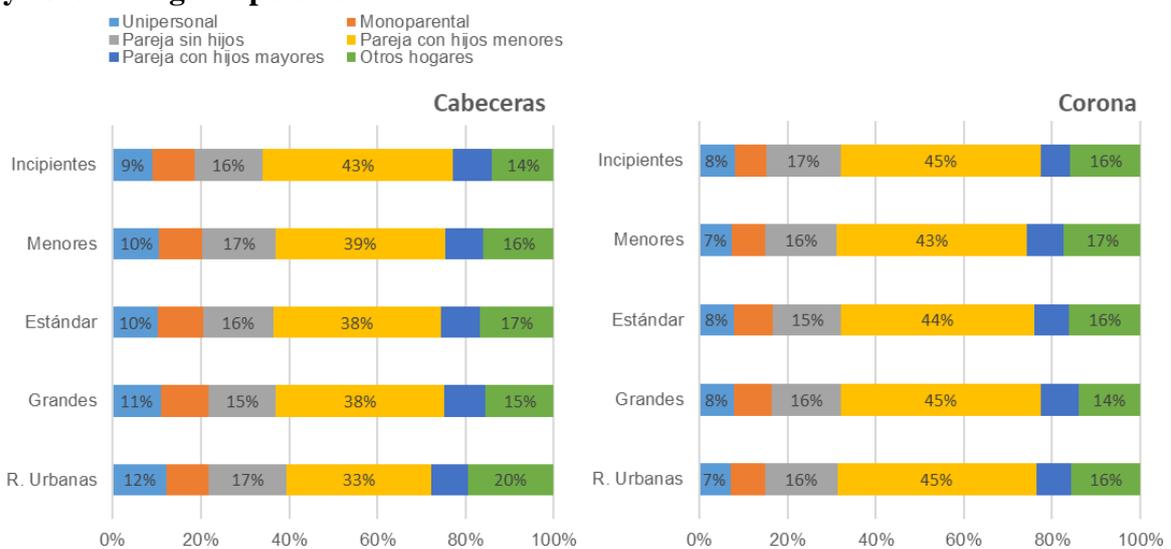


Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Respecto a la forma de convivencia (figura 5.14), se aprecia cómo las distribuciones de cabeceras y coronas van diferenciándose cada vez más conforme los procesos metropolitanos avanzan. Sin embargo, esta diferenciación se debe a las variaciones en las distribuciones de la cabecera y no así de las coronas, las cuales no parecen seguir una pauta evolutiva clara conforme pasamos de un área a otra. Las cabeceras, por su parte, sí que muestran una progresiva especialización en hogares no tradicionales (especialmente

los otros hogares) y un progresivo descenso de las parejas con hijos menores, lo que indica que, conforme los procesos metropolitanos avanzan, las cabeceras pasan a ser espacios menos familiares y más poblados por personas en estadios más transicionales de sus cursos vitales. No ocurre así con las coronas, las cuales se definen siempre como espacios más familiares, de manera casi totalmente independiente del grado de desarrollo de los procesos metropolitanos de las áreas concretas, alcanzando la proporción de familias nucleares (parejas con hijos) valores muy cercanos al 50% en todas ellas.

Figura 5.14. Distribución según forma de convivencia de los residentes en cabeceras y coronas según tipo de área de residencia



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Por último, resultan muy interesantes las distribuciones según las cuatro principales categorías ocupacionales (figura 5.15), una buena aproximación a las dinámicas de clase que operan en las distintas áreas. En términos globales, se aprecia una transformación sustancial de la estructura ocupacional conforme los procesos metropolitanos se consolidan. Un proceso de transformación socioeconómica por el que las categorías de clase media (profesionales y administrativos) sufren un ascenso generalizado, junto a un progresivo descenso de las categorías de clase trabajadora (operarios y resto de personal de servicios). Este proceso de profesionalización de la estructura ocupacional es explicado principalmente por la especialización económica de las áreas. De esta manera, las ciudades metropolitanas más consolidadas (regiones urbanas y grandes áreas) tienen una economía fuertemente terciarizada, asentándose en su seno multitud de empresas de servicios avanzados y tecnológicamente punteras. Frente a estas, tenemos unas ciudades

de menor rango con especialización industrial (como puede ser Huelva), incluso agrícola (como Jaén o Almería-El Ejido), o en las que simplemente el sector servicios que opera está dominado por servicios de bajo valor añadido (caso de Badajoz, capital comercial de su comarca). Así, podríamos afirmar que el proceso de desarrollo metropolitano correlaciona con una cierta especialización económica en los servicios avanzados, que posibilita y crea las condiciones para el desarrollo urbano (Cheshire, 1995; Wolf, 2018), suponiendo esta especialización una transformación sustancial de la estructura ocupacional (y de clases), marcada por una tendencia a la profesionalización.

Sin embargo, aunque el descenso de los sectores de clase trabajadora y el auge de las clases medias es estructural (y descansa en los mencionados procesos de terciarización y profesionalización), estos son muchísimo más marcados en las cabeceras metropolitanas, especialmente si observamos exclusivamente las dos categorías más representativas de cada uno de estos grupos: profesionales y operarios. Pasamos de unas cabeceras de áreas incipientes sin apenas diferencias en la presencia de ambas categorías, a unas regiones urbanas donde los profesionales superan en casi un 30% a los operarios. El hecho de que esta tendencia se dé de manera más marcada en las cabeceras, indica que no se trata de un efecto meramente estructural producido por la terciarización (y la profesionalización que trae asociada), sino que también deben operar otros factores explicativos que estén transformando las cabeceras en espacios de élite, y desplazando a la clase trabajadora. Procesos asociados a la saturación urbanística y poblacional de las cabeceras como la gentrificación y la renovación urbana. Mientras en las coronas, ese descenso de la clase trabajadora es inferior al que se produce en la totalidad del área, lo cual apunta a la idea de que estas se transforman en el refugio de la clase obrera ante los procesos de aburguesamiento de las cabeceras. Por su parte, aunque las clases medias también se incrementan en las coronas conforme avanza el proceso metropolitano, su incremento es inferior al observado en la totalidad del área, lo cual parece mostrar que, aunque existen potentes procesos de suburbanización de clases medias, las coronas no son el espacio preferido por estos grupos sociales.

Figura 5.15. Proporción de las cuatro principales categorías profesionales al total de ocupados del total del área según tipo de área



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

5.3.4. A modo de conclusión ¿son cabeceras y coronas entornos diferenciados?

Con todas las evidencias recabadas en este apartado, podemos afirmar que las cabeceras y coronas metropolitanas españolas se configuran, efectivamente, como entornos residenciales diferenciados, lo cual justifica (y nos permite proseguir) en el análisis de la elección residencial por los distintos entornos.

Así, vemos unas cabeceras metropolitanas caracterizadas por tener una fuerte centralidad en términos de servicios y funciones, por un parque de vivienda más antiguo, con viviendas de menores dimensiones y con mayor presencia del alquiler. Unas características funcionales y residenciales atractivas para sujetos en etapas transicionales de sus cursos vitales y que parecen posibilitar ciertos procesos de aburguesamiento. Frente a estas, tenemos unas coronas dominadas en su mayoría por funciones meramente residenciales, en las que encontramos un parque de viviendas relativamente nuevo, con viviendas de grandes dimensiones y en el que predomina la vivienda en propiedad. En términos sociodemográficos, las coronas se perfilan como espacios más propicios para el asentamiento de familias completas y, en cierta medida, como un refugio de los sectores sociales más populares.

No obstante, estas características generales varían conforme pasamos de áreas menos a más desarrolladas en términos de sus procesos metropolitanos. En lo que respecta a la centralidad funcional, se observa cierta tendencia a la dispersión en los municipios corona, los cuales cobran cierta centralidad conforme se incorporan al mercado de vivienda y trabajo metropolitano. En cuanto a la vivienda, se aprecian los efectos lógicos de los distintos momentos en los que transcurrieron los procesos de urbanización y metropolización; así como cierta progresión hacia un mercado de vivienda en las cabeceras más saturado y presionado. Por último, en lo que atañe a las características sociales y demográficas, vemos como las tendencias a la diferenciación de cabeceras y coronas, se amplían conforme los procesos se consolidan. Estas variaciones según tipo de área ponen de manifiesto la importancia de su consideración, en tanto que parece guardar cierta relación con los procesos de diferenciación funcional, residencial, pero especialmente, sociodemográfico, de los distintos entornos.

Capítulo 6. Fuente y metodología

6.1. La fuente de datos: el Censo de Población y Vivienda 2011

6.1.1. Descripción, potencialidades y limitaciones de la fuente

La principal fuente de datos con la que abordaremos la centralización es el censo 2011, el cual constituye la decimoséptima operación estadística realizada para contabilizar y describir la población española desde que se realizara la primera en 1798 por parte del conde de Floridablanca. Aunque la operación censal consta de dos operaciones estadísticas paralelas y complementarias, el censo de viviendas y el de población, en esta tesis únicamente utilizaremos esta última, a través de la explotación de los microdatos censales. Los microdatos están formados por la información completa de unos cuatro millones y medio de individuos, convenientemente anonimizada. Son por tanto representativos para la totalidad de la población residente en España a fecha de 1 de noviembre de 2011. De este modo, consideramos a los individuos residentes en el país en esa fecha nuestra unidad de análisis básica.

Sin embargo, cabe mencionar que, a diferencia de las operaciones censales anteriores, el censo de población de 2011 no supuso un recuento exhaustivo de la población española, sino que adoptó una nueva estrategia basada en registros administrativos e información muestral, desarrollada en dos etapas principales. Primero, se realizó un recuento a través de diversos registros administrativos que tuvieron como base fundamental los datos de los registros padronales, y que dieron como resultado un primer fichero precensal. En segundo lugar, este fichero precensal fue completado y corregido con los datos de una macroencuesta finalmente aplicada a una muestra de alrededor del 10% de la población española. Esta macroencuesta sirvió, principalmente, para complementar las variables censales no consideradas en el citado fichero. El diseño muestral, que puede consultarse con más detalle en el proyecto censal (INE, 2011a), se realizó de tal manera que no era uniforme en todo el territorio, sino que abarcaba a un porcentaje mayor de población en municipios más pequeños.

Precisamente este carácter muestral del censo 2011 hizo que surgieran duras críticas respecto al proyecto censal, que ocuparon gran parte de los debates sostenidos en numerosos congresos científicos, teniendo incluso repercusión en la prensa nacional (Nogueira, 2011). Sin embargo, hay que reconocer que una muestra del 10% alcanza niveles de representatividad de la población española bastante aceptables, especialmente si lo comparamos con otras fuentes de datos muestrales que pretenden extrapolar sus resultados al mismo universo, y que recurren a muestras muchísimo más reducidas, como son por ejemplo las conocidas encuestas realizadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas. Es más, incluso los propios ficheros de microdatos individuales de los dos censos anteriores (1991 y 2001), proporcionaban muestras aleatorias de la población del 5% (Palomares-Linares, 2017). Por estas razones, aunque reconocemos que la estrategia de recolección de datos del censo de 2011 puede ser problemática para determinados fines, como por ejemplo la propia delimitación de áreas metropolitanas a partir de las matrices de movilidad residencia trabajo (Feria y Martínez, 2016), creemos que proporciona unos datos más que adecuados para efectuar un análisis de tipo individual, a partir de técnicas estadísticas bivariantes y multivariantes.

Más allá de la descripción y cuestiones generales planteadas, el Censo de Población y Vivienda 2011, supone una fuente fiable para el estudio de la movilidad residencial desde una perspectiva individual, y más concretamente, de la centralización, por tres

razones fundamentales. En primer lugar, porque permite un estudio bastante exhaustivo de la movilidad residencial y de la centralización. A diferencia de otras fuentes utilizadas para el estudio de la movilidad (Palomares-Linares *et al.*, 2017; Susino, 2011), como la Estadística de Variaciones Residenciales (de aquí en adelante, EVR), el censo de población permite una clasificación exhaustiva de los movimientos residenciales, pudiendo identificar tanto movimientos intermunicipales como intramunicipales, así como “no movimientos”, o población sedentaria. El hecho de que permita discernir movimientos intramunicipales e inmovilidad es muy importante en nuestra tesis, ya que cuando planteamos analizar la centralización como elección residencial, se hace necesario analizar no sólo los perfiles o características de quiénes realizan el movimiento, sino qué los lleva a optar por la centralización en lugar del resto de alternativas posibles, entre las que se encuentran los movimientos a otros municipios de la corona, pero también la movilidad intramunicipal o el sedentarismo.

En segundo lugar, porque contamos para esta fuente con una explotación propia que contempla la delimitación de las áreas metropolitanas españolas realizada por Feria y Martínez (2016). Esta explotación de los microdatos censales parte de una solicitud realizada al INE, en el marco del proyecto Movitra IV, , por la cual dicho organismo nos facilitó información relativa al área de nacimiento, residencia actual, residencia anterior (a un año y a diez años) y trabajo. Para conseguir dicha explotación se solicitó al INE que nos facilitase esta información de manera que no vulnerase el secreto estadístico. Para ello, se agruparon los municipios de las coronas metropolitanas que no llegaban a 20.000 habitantes³¹ en agrupaciones con un índice de integración residencial³² similar, permitiendo así identificar la información espacial de los individuos residentes (o trabajadores) en estos municipios de menor tamaño. Una vez facilitada esa información por el INE a través de una nueva variable, procedimos a recodificarla, obteniendo la mencionada explotación propia de los microdatos que ha hecho posible estudiar la movilidad residencial. Además, esta delimitación de las áreas y la distinción de sus dos principales componentes (cabeceras y coronas), nos ha permitido identificar y clasificar de manera exhaustiva los distintos tipos de movilidad intermunicipal según su origen y

³¹ Para preservar el secreto estadístico, el INE no facilita información espacial detallada de los individuos (lugar de residencia, nacimiento, trabajo) si esta tiene que ver con municipios con una población inferior a dicha cifra. A este respecto, los microdatos individuales públicos clasifican los municipios por sus códigos sólo si son mayores de 20.000 y según tamaño y provincia si son inferiores a dicha cifra.

³² Es un índice elaborado por Susino para tal fin. Volveremos sobre él en el apartado 6.1.3.

destino, pudiendo distinguir claramente la movilidad entre municipios de la corona o intercorona (corona-corona), la suburbanización (cabecera-corona), la movilidad entre cabeceras distintas de una misma área (en caso de áreas policéntricas) y, la más importante para nosotros, la centralización (corona-cabecera).

En tercer lugar, valoramos la gran cantidad de variables que contiene el censo sobre las características individuales y de la vivienda. Frente a otras fuentes como la EVR, que sólo contempla variables puramente demográficas, el censo dispone de variables referentes a la estructura del hogar y las formas de convivencia, la posición social, características territoriales y de la vivienda, e incluso algunas que pueden operacionalizarse como variables indicativas de los estilos de vida. Variables muy diversas que posibilitan una mejor descripción y explicación de las distintas formas de movilidad residencial a escala nacional.

Pero el censo no está exento de limitaciones de cara a analizar la movilidad, siendo la principal de todas ella su naturaleza transversal. Es, por definición, una fotografía fija y de gran detalle de la realidad social española en un momento dado del tiempo. Esto supone un problema a la hora de analizar los factores explicativos de la movilidad, en la medida en que para analizar qué lleva a los individuos a realizar un determinado movimiento (como puede ser nuestro objeto: la centralización) es preferible conocer cuáles eran sus características antes de realizarlo, y no después. Sin embargo, el censo solamente puede recoger las características de la población en el momento censal, en el cual puede haber transcurrido un largo tiempo desde el último cambio. El censo interroga al individuo por su lugar de residencia actual y sus lugares de residencia hace un año y hace diez años, de manera que no conocemos ni la fecha exacta del movimiento, ni otros movimientos que el sujeto haya podido realizar entre ambos momentos. De esta forma, el censo, al igual que cualquier otra base de datos transversal, no sería una fuente del todo adecuada para abordar satisfactoriamente la explicación de la movilidad, teniendo que recurrirse, como se hace en otros países, a fuentes de tipo longitudinal, que hagan un seguimiento del individuo en distintos momentos del tiempo e informen sistemáticamente de cómo han ido cambiando de residencia y cómo han variado sus características. No obstante, en España no existe ninguna fuente de este tipo que permita analizar la movilidad residencial, por lo que ha de tomarse el censo como mejor aproximación posible. Para solventar esta situación, muchos autores en el contexto español (Duque-

Calvache, 2015; Duque-Calvache *et al.*, 2017a; Feria *et al.*, 2008; López-Gay y Recaño, 2008; Medina-Cruz, 2015; Módenes, 1998), pero también en otros contextos dónde se ha abordado la tarea de explicar la movilidad a partir de fuentes de datos transversales (Clark *et al.*, 2015; Dargay y Clark, 2012; Marois y Bélanger, 2013; Turcotte y Vézina, 2010), han optado por medir la movilidad respecto al punto temporal de referencia más cercano en el tiempo al momento censal, normalmente, respecto al año anterior (en nuestro caso 2010). Por tanto, es de suponer que en el plazo de un año las características de los individuos respecto al momento del cambio habrán cambiado sustancialmente poco, así como es menos probable que los individuos hayan realizado más de un cambio de residencia, siendo una aproximación bastante buena a las causas más inmediatas de la movilidad.

Además de su naturaleza transversal, el censo de 2011 presenta otro problema, aunque de menor envergadura, y es que sólo podemos conocer la movilidad de los residentes en viviendas familiares, quedando descontados de esta los que en 2011 residían en alojamientos colectivos, debido a que no se recogen datos al respecto del momento de llegada a los mismos. Por lo que, aunque sí podemos contabilizar los movimientos de aquellos que han pasado de vivir en este tipo de alojamientos a viviendas familiares, el flujo contrario no puede ser registrado, generando un leve problema que se manifiesta de dos maneras. Primero, porque se subestima en parte la movilidad general de la población. Y segundo, porque esta población pasa a contabilizarse como población sedentaria, alterando (aunque en una medida mínima) las proporciones de movilidad y las variables que tratan de desvelar la elección residencial. No obstante, como indica Palomares-Linares (2017), el error es irrelevante cuando se considera la movilidad de la población, ya que esta población apenas alcanza un 0,5% del total, teniendo sólo relevancia si planteásemos un análisis de determinados colectivos, como los ancianos, no siendo este nuestro caso.

6.1.2. La operacionalización de la movilidad residencial y la centralización a partir del censo de 2011

Por tanto, partimos de la idea de que el censo de población es la mejor fuente para analizar la movilidad residencial y, más concretamente, la única que nos permite aproximarnos a manifestaciones más concretas de la misma, como la que nos ocupa en

esta tesis: la centralización. Pero el censo no contabiliza movimientos en sí, sino la condición de ser móvil respecto a un momento del tiempo. Para conocer esta condición tiene tres preguntas sobre la residencia anterior que permiten contabilizar la población móvil: ¿dónde residía antes de llegar por última vez al municipio? ¿dónde residía hace un año? y ¿dónde residía hace diez años? las cuales sirven para cuantificar la condición de móvil respecto a: un momento de tiempo indeterminado, a un año y a diez años, respectivamente.

Para conocer la movilidad, la primera opción parece descartable de entrada, ya que aglutinar movimientos de distintos momentos temporales no tiene mucho sentido, en tanto que estaríamos mezclando desde movimientos que ocurrieron hace pocos meses, hasta movimientos transcurridos hace décadas. Por su parte, la movilidad a diez años resulta útil de cara a conocer las dinámicas metropolitanas más asentadas, siendo especialmente útil para hablar de procesos a largo plazo y aproximarse de manera más certera a los volúmenes absolutos de movilidad (Susino y Duque-Calvache, 2012; Palomares-Linares *et al.*, 2017). Por último, tenemos la opción de analizar la condición de móvil respecto al año anterior al censo (2010). Esta opción presenta el principal problema de estar sujeta a tendencias y pautas más coyunturales, como fue la crisis económica de 2008, cuyo reflejo en la movilidad podría notarse en el periodo a analizar (Feria y Andújar, 2015; Duque-Calvache, 2015). No obstante, es la mejor opción disponible para aproximarse a las causas de la movilidad residencial, en la medida en que es la que minimiza la distancia temporal entre el momento del cambio y el momento censal, pudiendo asumirse que las características de los sujetos que pueden estar detrás de la explicación del movimiento habrán cambiado sustancialmente poco. En la presente tesis, tomaremos principalmente esta última opción, la movilidad a un año (en el período 2010-2011), en tanto que la mayoría de nuestros objetivos tienen como fin construir explicaciones causales de la centralización. Sin embargo, de cara a conocer el papel de la centralización en la reconfiguración social de las metrópolis, nos interesa dar cuenta de pautas estables y asentadas, que vayan más allá de las tendencias inmediatas. Por lo que, para tal cometido, recurriremos al análisis de la movilidad a diez años (período 2001-2011). Para la construcción de ambas variables de movilidad se han seguido los siguientes pasos:

- (a) Primero, agrupamos a los individuos según residan en cabeceras o coronas de las áreas metropolitanas, sirviéndonos de la explotación solicitada al INE que incluía la delimitación de las áreas metropolitanas españolas.
- (b) En segundo lugar, creamos una variable que identifique aquellos que se habían desplazado dentro del mismo municipio, entre municipios y aquellos que habían permanecido sedentarios.
- (c) En tercer lugar, excluimos todos aquellos que en el período analizado habían abandonado el área en el que residían al inicio del periodo, ya sea para irse a otra área o para moverse hacia un municipio no metropolitano, ya que se trataría de migraciones, no de movilidad propiamente dicha. De manera que sólo nos quedamos con aquellos que tanto al principio como al final del periodo vivían en la misma área.
- (d) Por último, clasificamos los movimientos considerando el entorno de residencia (cabeceras y coronas) tanto al inicio como al final del periodo, así como considerando el hecho de si eran móviles intramunicipales, intermunicipales o sedentarios (identificados en (b)).

Finalmente obtenemos dos variables finales de movilidad residencial con ocho categorías cada una que contempla todas las formas de movilidad e inmovilidad de la manera más exhaustiva posible. La construcción y descripción general de estas variables puede verse en las tablas 6.1, 6.2 y 6.3.

Tabla 6.1. Construcción de las variables de movilidad residencial

| Categoría final | Tipo de (in)movilidad | Lugar de residencia al inicio del período | Lugar de residencia al final del período |
|-------------------------------------|-----------------------|---|--|
| Sedentario cabecera | Sedentario | Cabecera | Cabecera |
| Entre cabeceras | Intermunicipal | Cabecera | Cabecera |
| Intramunicipal cabecera | Intramunicipal | Cabecera | Cabecera |
| Suburbanización | Intermunicipal | Cabecera | Corona |
| Centralización | Intermunicipal | Corona | Cabecera |
| Sedentario corona | Sedentario | Corona | Corona |
| Intramunicipal | Intramunicipal | Corona | Corona |
| Intermunicipal corona o Intracorona | Intermunicipal | Corona | Corona |

Fuente: Elaboración propia

De una muestra censal inicial de 4.107.465 casos, nos quedamos con dos submuestras que contemplan a aquella población que ha permanecido dentro de una

misma área en cada período considerado, es decir, que no ha migrado, independientemente de si ha cambiado o no de residencia. Una submuestra de 1.902.524 para la movilidad a diez años, y otra de 2.310.440 para la movilidad a un año. No obstante, los datos censales se encuentran ponderados según unos factores de ponderación, de manera que cada caso representa, en muchas ocasiones, a más de uno, siendo la población metropolitana estimada real de 25.048.362 para el primer caso, y 31.954.635 para el segundo. En nuestra investigación estos factores se han considerado de dos maneras, según los objetivos perseguidos. Para los análisis de tipo descriptivo, se han tomado como factores de elevación, de manera que nos aproximemos a la magnitud real de los fenómenos estudiados. Mientras para los análisis de tipo inferencial, hemos tomado estos como factores de ponderación. Volveremos sobre esto en el apartado 6.3.

Tabla 6.2. La movilidad metropolitana en el período 2010-2011

| | Casos reales | | | Casos ponderados | | | | |
|-------------------------|--------------|--------------------------------|-------------------------------|------------------------------------|------------|--------------------------------|-------------------------------|------------------------------------|
| | Frecuencia | % respecto al total submuestra | % respecto al total movilidad | % respecto al total intermunicipal | Frecuencia | % respecto al total submuestra | % respecto al total movilidad | % respecto al total intermunicipal |
| Entre cabeceras | 168 | 0,0% | 0,1% | 1,0% | 3.761 | 0,0% | 0,1% | 1,2% |
| Centralización | 2.907 | 0,1% | 1,8% | 18,1% | 62.149 | 0,2% | 2,0% | 20,6% |
| Intermunicipal corona | 6.701 | 0,3% | 4,0% | 41,8% | 122.429 | 0,4% | 3,9% | 40,5% |
| Suburbanización | 6.273 | 0,3% | 3,8% | 39,1% | 114.085 | 0,4% | 3,7% | 37,7% |
| Intramunicipal cabecera | 74.127 | 3,2% | 44,7% | | 1.515.006 | 4,7% | 48,5% | |
| Intramunicipal corona | 75.709 | 3,3% | 45,6% | | 1.305.630 | 4,1% | 41,8% | |
| Sedentarios corona | 1.133.728 | 49,1% | | | 14.560.841 | 45,6% | | |
| Sedentarios cabecera | 1.010.827 | 43,8% | | | 14.270.734 | 44,7% | | |
| Total submuestra | 2.310.440 | 100% | | | 31.954.635 | 100% | | |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Respecto a la distribución por tipo de movilidad observamos varias tendencias interesantes. Lo primero que cabe destacar es la evolución temporal. Como se aprecia la submuestra es más grande para la movilidad a un año que para la movilidad a diez, esto es perfectamente lógico si consideramos que lo que contabiliza las variables empleadas es la población que residía en la misma área tanto al inicio como al final del período, de manera que cuanto más dilatado sea el período, mayor probabilidad de migrar fuera del área. Algo similar ocurre al observar los sedentarios durante diez años y en el último año, observándose más a un año que a diez, debido a que la probabilidad de moverse en una década es obviamente superior que en solo un año.

Tabla 6.3. La movilidad metropolitana en el período 2001-2011

| | Casos reales | | | Casos ponderados | | | | |
|--------------------------|--------------|---|---|---|------------|---|---|---|
| | Frecuencia | % respecto o total submue- stra | % respecto o total movilida d | % respecto o total intermu- nicipal | Frecuencia | % respecto o total submue- stra | % respecto o total movilida d | % respecto o total intermu- nicipal |
| Entre cabeceras | 1.495 | 0,1% | 0,3% | 0,8% | 24.164 | 0,1% | 0,3% | 0,9% |
| Centralización | 25.756 | 1,4% | 4,4% | 13,1% | 402.317 | 1,6% | 4,8% | 15,6% |
| Intermunicipal corona | 81.168 | 4,3% | 13,9% | 41,3% | 1.030.533 | 4,1% | 12,3% | 40,0% |
| Suburbanización | 88.105 | 4,6% | 15,1% | 44,8% | 1.120.742 | 4,5% | 13,4% | 43,5% |
| Intramunicipal cabeceras | 215.698 | 11,3% | 36,9% | | 3.376.191 | 13,5% | 40,3% | |
| Intermunicipal corona | 171.976 | 9,0% | 29,4% | | 2.433.147 | 9,7% | 29,0% | |
| Sedentarios cabeceras | 662.634 | 34,8% | | | 8.693.156 | 34,7% | | |
| Sedentarios corona | 657.187 | 34,5% | | | 7.992.276 | 31,9% | | |
| Total submuestra | 1.902.524 | 100% | | | 25.048.362 | 100% | | |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Más interesante nos resulta comparar los tipos de movilidad intermunicipal. Si observamos, el porcentaje que representa la centralización sobre el total de movilidad intermunicipal a un año es bastante mayor (en torno a un 5%) que el que representa a diez años, mientras justo al contrario ocurre con la suburbanización. Estas diferencias nos están informando de que, en el largo plazo, la tendencia más asentada es la suburbanización, la dispersión poblacional, algo lógico que responde al clásico patrón de expansión metropolitana. Sin embargo, en el período 2010-2011 ocurrió algo que hizo que este patrón tendente a la suburbanización se ralentizase, y cobrasen un poco más de importancia los movimientos centrípetos. Este hecho es la crisis de 2008, la cual debido al freno al crédito hipotecario y al colapso del sector de la construcción que trae aparejado, supuso un paréntesis en la expansión metropolitana por suburbanización y, en cierta medida, parece que alimentó que volviese a mirarse a las cabeceras metropolitanas como espacios dónde mudarse, quizás por las mayores opciones de alquiler en una época dónde la adquisición de vivienda por compra se paralizó.

En cuanto a las tendencias que parecen comunes a ambos periodos, destaca la potencia del sedentarismo residencial, una tendencia mayoritaria pero que, hasta tiempos relativamente recientes ha recibido poca atención (Palomares-Linares, 2017). En cuanto a las formas de movilidad, se observa un panorama donde domina la movilidad de proximidad (dentro del mismo municipio), algo explicable por la tendencia de la población a mantenerse cerca de las redes de apoyo familiar y los espacios de vida e

interacción cotidiana, pero que también guarda relación con la posición social³³ (Clark *et al.*, 2015). Por su parte, la distribución de la movilidad intermunicipal refleja un panorama dominado por los intercambios entre municipios de las coronas, tendencia mayoritaria en las principales áreas metropolitanas, y los movimientos centrífugos, que son la pauta dominante en la mayoría del universo metropolitano español, constituido por un gran número de áreas que se encuentran aún en fase de expansión y desconcentración residencial de las cabeceras. Nuestro movimiento objeto de estudio, la centralización, afectó a 62.149 personas en el período 2010-2011, y a 402.317 en la década anterior al censo, lo que representa más o menos una quinta parte del total de la movilidad intermunicipal³⁴. Si bien es la forma menos usual de movilidad intermunicipal, hay que tener en cuenta que la cifra nos informa de que más de 60.000 personas realizan anualmente dicho movimiento (y en torno a 400.000 cada década), por lo que, a lo largo del transcurso vital, es muy probable que afecte a un sector muy importante de la población metropolitana. Aunque la tendencia general de la población es al sedentarismo y la movilidad de proximidad, las transiciones entre entornos residenciales ante cambios en los cursos vitales son un fenómeno cuantitativamente relevante (Stovel y Bolan, 2004). La entrada en fases transicionales de los cursos vitales, como la emancipación, la búsqueda de oportunidades laborales y formativas (Fielding, 1992; Marois y Bélanger, 2013), la disolución del hogar por divorcio (Feijten y Ham, 2007) o la entrada en la etapa de nido vacío (Nguyen, 2006), son momentos en los cuales los individuos encuentran en las cabeceras un entorno adecuado para la realización de sus proyectos, necesidades y estilos de vida del momento (Schnell y Gracier, 1993). Por lo que, individuos que han optado por otras formas de movilidad, es probable que, ante la ocurrencia de los acontecimientos mencionados, opten en un futuro por las cabeceras metropolitanas. Además, la centralización es un movimiento muy vinculado al retorno de antiguos residentes (Feijten *et al.*, 2008), lo cual llevará a que muchos de los que en el periodo analizado se embarcan en proyectos de vida en entornos suburbanos, regresen en un futuro no muy lejano. Por tanto, para entender la importancia de la centralización

³³ La clase trabajadora tiene una tendencia a permanecer en mayor medida cerca de sus barrios de origen (Clark *et al.*, 2015) debido a su mayor arraigo e identificación con unos barrios en los que concentran la mayor parte de sus actividades y redes sociales (Pablos y Susino, 2010).

³⁴ A este respecto cabe destacar como cuando los casos no se encuentran ponderados el porcentaje de centralización desciende, por el contrario, los de suburbanización e intermunicipal en la corona ascienden. Esto se explica por el procedimiento de muestreo del censo, el cual, si recordamos, tendía a sobrerrepresentar a la población residente en municipios más pequeños (concentrados en las coronas) frente a los más grandes (caso de las cabeceras).

debemos ir más allá de la cifra contextual del periodo analizado y considerarla a largo plazo, en el marco más general de los cursos vitales y las trayectorias residenciales de los sujetos.

6.1.3. Operacionalización de variables censales para la explicación de la centralización

En lo que respecta a los cambios en los cursos vitales, han sido operacionalizados a través de las variables censales disponibles, estas son: la edad, el estado civil, así como distintas aproximaciones a la estructura del hogar.

La edad suele utilizarse como aproximación a los cursos vitales, en la medida en que es un indicador que condensa mucha información sobre la etapa de la vida en la que se encuentran los sujetos. Si bien es cierto que ha recibido algunas críticas como indicador de los cursos vitales (Clark, 2017), su utilización en los análisis de movilidad sigue siendo tan relevante como recurrente. Esta variable ha sido empleada de tres maneras diferentes. En primer lugar, agrupada en grupos de edad que consideramos relevantes en un sentido sociológico: menores de 16, de 16 a 24, de 25 a 34, de 35 a 44, de 45 a 64 y mayores de 64. En segundo lugar, como variable cuantitativa continua, expresada en años. En tercer lugar, empleando su función cuadrática. El empleo combinado de estas dos últimas formas de medida nos permite diferenciar (en los análisis inferenciales) el efecto de la edad avanzada en la centralización, que puede ser diferente, o incluso contradictorio con el efecto de la edad en general.

El estado civil ha sido sometido a una leve transformación, consistente en agrupar dos de sus categorías originales, obteniendo una variable final de cuatro categorías, que diferencia solteros, casados, separados y divorciados (unidos en una misma categoría) y viudos. El hecho de unificarlos responde a una cuestión técnica y sociológica. En términos sociológicos, parece razonable agruparlos, en la medida en que son dos categorías bastante similares en cuanto a las implicaciones prácticas que tienen estos estados civiles para las personas. En términos técnicos, siempre es preferible en los modelos logísticos (que vamos a ejecutar) reducir el número de categorías, por una cuestión de parsimonia y, sobre todo, porque categorías demasiado pequeñas pueden producir alteraciones sustanciales en los mismos.

La forma de convivencia de los individuos se ha construido a partir de las variables censales: estructura del hogar y tipo de hogar. La variable final obtenida consta de ocho categorías: hogares unipersonales, hogares no familiares, hogares monoparentales con hijos menores de 25, hogares monoparentales con hijos mayores de 25, pareja sin hijos, pareja con hijos menores de 25 y otras familias³⁵. La elección de las categorías de esta variable no es arbitraria, sino que guarda relación con dos criterios teóricos fundamentales. De un lado, las categorías seleccionadas muestran relaciones diferentes con el fenómeno de la movilidad. Es un hecho constatado que la presencia de hijos es un factor limitante de la movilidad, aunque depende de la edad de estos, siendo un factor especialmente limitante cuando se encuentran en edad escolar (Michielin y Mulder, 2008). Por otro lado, las distintas categorías muestran una mayor o menor preferencia por un entorno residencial u otro. Así, las parejas sin hijos y las familias nucleares muestran una mayor preferencia por lo suburbano (Sánchez y Dawkins, 2001), mientras los hogares menos convencionales muestran una mayor preferencia por lo central, especialmente los hogares no familiares (Rérat, 2012), pero también las familias monoparentales (Buzar *et al.*, 2005).

Respecto a la posición social, hemos tomado dos variables indicativas de la misma, una que hemos dado en llamar, siguiendo a algunos autores (Susino y Duque-Calvache, 2012), condición sociolaboral, y otra que es una recodificación del nivel de estudios terminados.

La condición sociolaboral es fruto de la combinación de dos variables, la condición socioeconómica y la relación con la actividad. La primera es una variable construida por el INE a partir de la combinación de las variables ocupación, actividad y situación profesional, por lo que sólo clasifica a los ocupados y a los parados que han trabajado antes. Normalmente suele utilizarse como aproximación a la estructura de clases sociales, para saber más sobre su construcción nos remitimos al propio INE (2011b). Mientras la segunda refiere a la relación que guardan las personas respecto al mercado de trabajo la semana anterior a la realización de la encuesta, clasificando tanto a ocupados como a

³⁵ Incluyéndose dentro de esta categoría a un conjunto de situaciones atípicas estadísticamente hablando, tales como: los hogares familiares que no forman núcleo, hogares en los que convive una familia con personas no emparentadas, hogares familiares con varios núcleos y hogares plurifamiliares.

parados e inactivos. Las dos variables dejan fuera a los menores de 16 años, en tanto que no son población potencialmente activa.

El hecho de combinar ambas variables se debe precisamente a la necesidad de construir un indicador de posición social que nos permita clasificar a toda la población (exceptuando, claro, a los citados menores de 16 años). Así, en la variable final, los ocupados son clasificados según su condición socioeconómica en: profesionales, administrativos, personal de servicios, operarios, empresarios y autónomos y otros ocupados. Mientras el resto de población es clasificada según su relación con la actividad en: parados e inactivos, dado que los inactivos mostraban pautas y probabilidades de movilidad muy similares entre sí (siempre muy reducidas, con mucha propensión al sedentarismo). No se ha asignado a los parados una condición sociolaboral en función de su último empleo, práctica habitual en otros estudios, porque se ha considerado que la condición de parado ya no es necesariamente una posición transitoria, sino que tiene entidad y persistencia como para constituirse en una categoría diferenciada.

En cuanto al nivel de estudios, se ha tomado el mayor grado de estudios completados, reagrupado en seis categorías para el análisis descriptivo (superiores, secundarios, bachiller, formación profesional, primarios y analfabetos) y en sólo cuatro para el análisis logístico (superiores, secundarios, bachiller o formación profesional, primarios o inferior). Al igual que ocurre con la condición sociolaboral, esta variable excluye a los menores de 16 años, ya que a esa edad aún se encuentran inmersos en estudios obligatorios.

Acerca de los estilos de vida, el censo de población no ofrece tanta información, sólo algunas variables sirven para aproximarnos a los mismos. Los estilos de vida pueden entenderse como el conjunto actitudes y prácticas respecto a la familia, la interacción social y el uso del espacio (Mahmud *et al.*, 2012). Aeste respecto, a partir de las variables disponibles hemos tomado cuatro: el número de tareas domésticas que realiza, el lugar dónde trabaja o estudia, la disponibilidad de una segunda residencia y el régimen de tenencia de la vivienda.

El número de tareas domésticas es utilizado como indicador del grado de implicación en las tareas domésticas. Para construir esta variable sumamos tres variables

censales disponibles, que preguntan sobre si se realizan o no, determinadas tareas reproductivas y de cuidados, concretamente: cuidar de un menor de 15 años, cuidar de una persona dependiente y ocuparse de la mayor parte de las tareas del hogar, obteniendo una variable cuantitativa continua que oscila desde 0 a 3, siendo mayor cuantas más tareas de las contabilizadas se realicen. Una baja puntuación puede ser indicativa de la externalización de tareas, típica de estilos de vida urbanitas, más individualistas y orientados al consumo (Pablos y Sánchez-Tovar, 2006; Lees *et al.*, 2013; Caufield, 1989), o de un reparto desigual dentro del hogar, otra parte del espectro social.

La segunda es el lugar de trabajo o estudios, un indicador clave de la relación de las personas con el espacio y, sobre todo, del grado de expansión (o contracción) de sus espacios de vida. Si bien un estudio más detallado de los espacios de vida requeriría contemplar otros espacios de consumo e interacción social, el lugar de trabajo constituye una buena aproximación a estos, dado que es un desplazamiento cotidiano y obligado, que marca de manera bastante clara la escala del espacio de vida de los individuos, siendo su importancia tal, que es incluso tomado como indicador que dibuja las fronteras del espacio de vida colectivo que constituyen las áreas metropolitanas. Para su construcción partimos de la variable lugar de trabajo o estudios, disponible en el censo, y la recodificamos de manera que contemple si el desplazamiento se circunscribe, o no, al área metropolitana de residencia, es decir, si supera, o no, los límites del espacio de vida colectivo. La variable finalmente obtenida consta de las siguientes categorías: mismo municipio, otro municipio de la misma área, fuera del área, varios municipios, mismo domicilio y no estudia ni trabaja³⁶.

En tercer lugar, la disponibilidad de una segunda residencia se emplea también como un indicador de la relación de los individuos con el espacio. Esta nos indicaría si se producen dislocaciones temporales en estos espacios de vida de los individuos con cierta periodicidad, ya no relacionados necesariamente con el trabajo, sino con el ocio y tiempo libre. Además, el disponer de una segunda residencia es también un indicador de estatus y posición social. Pero debe interpretarse con cierta cautela, ya que la variable censal no

³⁶ La inclusión de esta categoría se hace necesaria para garantizar la exhaustividad de la variable, en la medida en que su no inclusión provoca, a la hora de ejecutar los modelos logísticos, que la población que abarca este grupo quede excluida (algunos parados e inactivos), algo que debemos evitar, ya que pretendemos analizar la centralización de toda la población, no sólo de la población ocupada y estudiante.

informa sobre la tenencia de la segunda vivienda en sí misma, sino sobre si el individuo pasa un mínimo de 14 días al año en una segunda residencia, independientemente de si la posee en propiedad, si es alquilada, prestada, etc. No obstante, es la única variable indicativa de esta dimensión, hasta tal punto que estudios específicos sobre segunda residencia en España han recurrido a ella para el análisis de sus determinantes (López-Colás, 2004; López-Colás y Módenes, 2004; López-Colás, Módenes y Yépez, 2007).

Por último, tenemos la tenencia de la vivienda, una variable que, aunque hemos decidido finalmente situar en el bloque de los estilos de vida, bien podría considerarse un indicador de los cursos vitales, debida a la fuerte relación entre los acontecimientos vitales y las formas de tenencia de la vivienda (Clark y Huang, 2003; Clark *et al.*, 2003). Sea como fuere, la tenencia es una variable indicativa fundamental de las carreras residenciales (*housing careers*), las cuales se relacionan de manera muy clara tanto con los eventos de los cursos vitales como con los estilos de vida (Walker y Li, 2007). En el análisis realizado se considerará tal y como se clasifica en el censo, con cuatro categorías: propiedad pagada, propiedad con pagos hipotecarios pendientes, alquilada y cedida u otras formas alternativas de tenencia.

Por su parte, para tratar la experiencia residencial, hemos recurrido al lugar de nacimiento. El hecho de tomar el lugar de nacimiento como variable indicativa de la experiencia residencial puede resultar un tanto discutible, dado lo lejano del evento hasta el momento de la movilidad. No obstante, su importancia como indicador de la experiencia residencial ha sido demostrada en algunos de los principales estudios recientes que han abordado la compleja relación entre experiencia y movilidad residencial (Feijten *et al.*, 2008; Blaauboer, 2010). En cuanto a su construcción, fue ciertamente compleja, aunque podemos resumirla en tres pasos fundamentales. Primero, clasificamos a los individuos según su entorno residencial de nacimiento (cabecera, corona, no metropolitano y extranjero), generando una variable intermedia para la construcción de la variable final. En un segundo los clasificamos según si vivían o no en la misma área en la que habían nacido, generando otra variable intermedia. Finalmente, combinamos ambas variables intermedias obteniendo la variable final del lugar de nacimiento que constaba de las siguientes categorías: nacido en cabecera de la misma área, en corona de la misma área, en cabecera de otra área, en corona de otra área, en no metropolitano y en el extranjero. Lógicamente los nacidos en el extranjero pueden también haber nacido en

un entorno metropolitano, pero a partir de los datos censales es simplemente imposible saberlo.

Por último, tenemos las variables referentes al contexto en el cual se produce la elección residencial. Si bien este contexto puede ser entendido de manera tremendamente compleja (Dieleman, 2001), en la medida en que la elección residencial está a su vez condicionada por una gran cantidad de factores externos: política nacional (Ronald, 2008), coyuntura económica (Feria y Andújar, 2015; Pujadas, 2014), culturas urbanas (Conde, 1996), mercados de vivienda (Kim, 2014), etc. Nosotros tomaremos dos variables de tipo territorial, que creemos, condensan bastante bien características significativas del contexto metropolitano y municipal más inmediato: el tipo de área metropolitana y un índice de integración residencial. Respecto al tipo de área metropolitana, clasifica a los individuos según el tipo de área metropolitana en el que residen en el momento censal. En la tabla inferior se muestran las categorías de esta variable y las áreas del país que son clasificadas dentro de los distintos tipos.

Tabla 6.4. Áreas metropolitanas según tipo

| Regiones Urbanas | Grandes áreas | Estándar | Áreas menores | Áreas incipientes | Policéntricas |
|-------------------|---------------------------|--|--|---|--|
| Barcelona, Madrid | Valencia, Sevilla, Bilbao | A Coruña, Castellón, Donosti, Granada, Murcia, Palma de Mallorca, Palmas de GC, Pamplona, Santa Cruz de Tenerife, Santander, Tarragona, Valladolid, Zaragoza | Algeciras, Ferrol, Girona, Huelva, León, Lleida, Logroño, Ourense, Salamanca, Santiago de Compostela, Toledo | Albacete, Badajoz, Burgos, Cartagena, Córdoba, Jaén, Vitoria, Arona, Benidorm | Almería-El Ejido, Avilés-Gijón-Oviedo, Cádiz-Jérez, Elche-Alicante, Málaga-Marbella, Pontevedra-Vigo |

Fuente: Elaboración propia

En cuanto al índice de integración residencial, se refiere al municipio de residencia en 2001 y es un índice que cuantifica el nivel de integración en el mercado metropolitano de vivienda en el plazo de una década. Para ello se tiene en cuenta la cantidad de flujos de movilidad residencial, de entrada y salida, tanto en términos absolutos como relativos, que el municipio intercambia con el resto de municipios metropolitanos. Aunque en su

versión final no se encuentra publicado (Susino, n.d.), para más detalles sobre su construcción podemos acudir a una versión previa (Susino y Barrena, 2010).

6.2. Estrategia metodológica

El análisis de la centralización que plantea la presente tesis persigue cinco objetivos:

1. Obtener una descripción general de los movimientos de centralización.
2. Construir un modelo explicativo global de la centralización para la totalidad del universo metropolitano español.
3. Analizar la importancia y modulaciones que introduce la consideración de la experiencia residencial previa de los sujetos en la elección por la centralización.
4. Analizar la importancia y modulaciones que introduce el tipo de área metropolitana de residencia (clasificadas según grado de desarrollo metropolitano) en la elección por la centralización.
5. Conocer el papel de la centralización en los procesos de transformación socioespacial de las áreas metropolitanas.

Cada uno de estos objetivos pueden traducirse en distintas preguntas necesarias para ir construyendo una visión sociológica de la centralización. ¿Quiénes son sus protagonistas? ¿Qué lleva a los individuos a optar por la elección residencial de las cabeceras metropolitanas (en lugar de las zonas suburbanas)? ¿Qué papel juega la centralización en las trayectorias vitales y residenciales de los sujetos? ¿Qué papel tiene en los distintos momentos del proceso de desarrollo metropolitano? ¿Qué efecto tiene la elección por las cabeceras metropolitanas para la transformación de la estructura social y demográfica metropolitana?

Responder a cada una de estas preguntas requiere ir dando pequeños pasos, que vayan desde una menor a una mayor complejidad, tanto teórica como metodológica. Desde la teoría, cada pregunta va avanzando hacia la explicación más ambiciosa posible de la centralización como elección residencial, entendiendo esta elección como un proceso complejo que: (i) parte de las preferencias emergentes de los individuos dadas sus características personales (cambios en los cursos vitales, posición social y estilos de

vida); (ii) se encuentra mediatizada por su contexto biográfico (que incluye la experiencia residencial previa y las visiones subjetivas de los entornos residenciales); (iii) se encuentra condicionada por el contexto espacial más amplio, el área metropolitana, el cual marca las oportunidades y constricciones. No obstante, la elección individual, una vez se consuma, tiene también efectos agregados que implican la reconfiguración social y demográfica del espacio urbano y metropolitano. Es decir, que en tanto que acción social, la elección residencial se encuentra condicionada por el contexto estructural en el que se desenvuelve, pero a la vez, en su ejecución, lo transforma y recompone.

Y también, desde una menor a una mayor complejidad metodológica (y técnica), en tanto que ir respondiendo a las distintas preguntas planteadas implica el uso de técnicas cada vez más complejas, así como de más variables explicativas que nos permitan abordarlas satisfactoriamente. Desde técnicas meramente descriptivas para perfilar y obtener una primera aproximación integral al fenómeno de la centralización, hasta técnicas multivariantes que nos permitan cuantificar el efecto de los distintos factores individuales en su explicación, así como comparar modelos estadísticos del fenómeno en diferentes grupos, contextos y respecto a otros movimientos alternativos.

De acuerdo con los objetivos planteados y las preguntas que suscitan, estructuraremos el apartado de resultados de esta tesis en torno a cinco capítulos.

El primer capítulo (capítulo siete) tratará de responder a la primera pregunta, profundizando en el perfil de los protagonistas de la centralización y su relación con el parque de viviendas. Una meta meramente descriptiva pero ineludible, que nos permite obtener una visión integral de nuestro objeto de estudio. Para ello realizamos varios análisis descriptivos de tipo bivariante que pone en relación nuestra variable dependiente con sus distintos factores explicativos. Primero, partimos de un análisis de correspondencias que sitúa a la centralización en el contexto más amplio de la movilidad residencial metropolitana, analizando de manera conjunta toda la movilidad para comprobar si, como afirma la literatura revisada en los marcos analíticos, la centralización es realmente un movimiento sustancialmente diferente a otras dinámicas residenciales más estudiadas. En segundo lugar, analizamos el perfil de los protagonistas de la centralización a través de tablas de contingencia bivariantes, e introduciendo en todas ellas como variable capa, el tipo de área metropolitana, de manera que no nos quedamos

exclusivamente en analizar la relación general con la centralización, sino que obtenemos una primera aproximación a su variabilidad según el contexto espacial en el que se produce. Por último, nos aproximamos a sus efectos sobre el espacio urbano analizando la relación de la centralización respecto al parque de viviendas, contrastando las diferencias entre las características de las viviendas de las cabeceras y las viviendas de acceso de los centralizadores a través de las tres variables principales a este respecto que dispone el censo: tenencia, antigüedad y tamaño de la vivienda principal, así como las probabilidades de acceso de los grupos sociales a los distintos segmentos del parque de viviendas. El objetivo de este capítulo, más allá de conocer el perfil de los protagonistas de la centralización y darnos una primera perspectiva general del fenómeno, es servir de prolegómeno general a los siguientes capítulos que nos sirva para establecer explicaciones tentativas a contrastar.

El segundo capítulo (capítulo ocho) aborda el segundo, y probablemente más importante, objetivo de la tesis, respondiendo a la pregunta ¿qué lleva a los individuos a optar por la elección residencial de las cabeceras metropolitanas? Para ello, se construye un modelo global de la centralización que da cuenta de ella en tanto que elección residencial individual a partir de las principales características personales señaladas por la literatura, recordemos: los cambios en los cursos vitales, la posición social y los estilos de vida. En términos teóricos este capítulo supone un primer paso en tanto que pretende llegar a una explicación del fenómeno en la totalidad del universo metropolitano, y exclusivamente a partir de las características personales, es decir, sin considerar aún los efectos contextuales ni subjetivos (emanados de la experiencia residencial individual) del mismo. Por tanto, se encuadraría en las tradiciones teóricas más clásicas (Rossi, 1955) que explican la elección residencial en tanto que un ajuste entre las características personales y las características objetivas del entorno de destino. Sin embargo, constituye un paso ineludible para llegar hacia una explicación más ambiciosa de la centralización, suponiendo además un aporte sustancial a la literatura sobre comportamiento residencial, en tanto que la centralización es un movimiento prácticamente inexplorado en el contexto metropolitano español y mundial, circunscribiéndose su análisis a las principales ciudades (López-Gay y Recaño, 2009). En términos metodológicos, la construcción del modelo se realiza a través de técnicas de regresión logística binaria, una técnica adecuada a tal fin en tanto que se adecua a la naturaleza de la decisión, en este caso la elección residencial por las cabeceras metropolitanas, la cual es una decisión muy compleja pero que puede

definirse como dicotómica, en tanto que supone elegir entre las dos alternativas: centralizarse u optar por el resto de alternativas posibles (no hacerlo). Además, la realización de este tipo de modelos por pasos permite contrastar el aporte y la mejora que supone la introducción de nuevas variables independientes al modelo a través de diversos estadísticos. De esta manera, además de construir un modelo de la centralización según las principales características personales de los individuos, cuantificaremos la importancia relativa de cada uno de los tres bloques principales de características en la decisión de centralizarse. Estimando qué influye más en la decisión, si los cambios en los cursos vitales, la posición social o los estilos de vida.

El tercer y cuarto capítulo de resultados (capítulo nueve y diez) analizan la importancia del contexto biográfico y espacial en la elección residencial que la centralización es, respondiendo así a los objetivos cuatro y cinco. Desde un punto de vista teórico, ambos suponen un avance sustancial con respecto a la explicación estadística general a obtener en el capítulo ocho, en la medida en que tratan de profundizar tanto en cómo el fenómeno varía según el momento de las trayectorias residenciales en el que se produce (operacionalizadas estas a través del lugar de nacimiento), como en las diferencias en los determinantes del mismo que encontramos en las distintas fases del desarrollo metropolitano (operacionalizado a través de la variable tipo de área metropolitana), concretamente, en las fases de nacimiento de las áreas metropolitanas, y en sus etapas de mayor madurez y complejidad. Metodológicamente ambos capítulos asumen una estructura muy similar. Primero, se cuantifica el efecto del contexto biográfico (en el caso del capítulo nueve) y espacial (en el caso del capítulo diez) en el modelo global de la centralización, analizando el peso y el margen de mejora que la consideración de estos contextos introduce. Para en un segundo momento, desarrollar modelos separados según el contexto biográfico y espacial en el cual la elección por las cabeceras se desarrolle. Concretamente, en el capítulo nueve se realizan dos modelos, uno para aquellos que nacieron en las cabeceras a los que retornan, y otro para los que, habiendo nacido en las coronas, van por primera vez a las cabeceras. Mientras, en el capítulo diez se replican para aquellos que se centralizan en áreas muy desarrolladas en términos de sus procesos metropolitanos (regiones urbanas y grandes áreas) y en áreas nacientes (menores e incipientes). El mayor grado de complejidad metodológica a este respecto lo introduce el hecho de tener que contrastar dos modelos, es decir, la necesidad de comparar la magnitud y dirección de los coeficientes de las variables independientes

en dos modelos complementarios, para lo cual se recurre al cálculo de los efectos marginales medios (*Average Marginal Effects o AME's*) la única medida que permite un contraste real de dos modelos complementarios para submuestras diferenciadas que emplean la misma variable dependiente.

Por último, el quinto capítulo de resultados (capítulo once) aborda el último objetivo propuesto, contestando a la pregunta implícita en éste ¿qué efecto tiene la elección por las cabeceras metropolitanas para la transformación de la estructura social y demográfica metropolitana? O tal y como lo formulamos en dicho capítulo (de manera un tanto provocativa) ¿Seleccionan las ciudades a su población? Para ello, realizamos un análisis de los movimientos de centralización y los compararemos con sus movimientos contrarios, los de suburbanización, tratando, de manera similar a otros trabajos previos (Ford y Champion, 2000; López-Gay y Recaño, 2008, 2009; Sánchez y Dawkins, 2001; South y Crowder, 1997; Turcotte y Vézina, 2010), de desvelar si a partir de los contrastes en las características personales de sus protagonistas pueden deducirse la existencia de filtros residenciales en las cabeceras que estén llevando hacia la configuración de un espacio metropolitano dividido, en el cual las cabeceras asumen el papel de espacios de clase media y de zonas de transición (en términos de los cursos vitales), frente a unas coronas preferidas por familias completas y con procesos de creciente proletarización. En este último capítulo acotamos el análisis a las principales áreas ya que, como iremos demostrando a lo largo de los resultados, son aquellas en las que, dadas las características de la centralización, pueden estar operando en cierta manera los señalados procesos de filtrado residencial de las cabeceras. Además, a diferencia de los capítulos anteriores, emplearemos la movilidad a diez años, ya que muestra tendencias más asentadas y estructurales. Al igual que en los capítulos anteriores, para contrastar los modelos tendremos que recurrir al cálculo de los efectos marginales medios (*AMEs*).

6.3. Los modelos logísticos como técnica para explicar la elección residencial

En el presente apartado detallamos la elaboración de modelos logísticos para la explicación de la elección residencial. No obstante, algunas partes de la exposición que sigue pueden resultar bastante conocidas para un lector experto, o simplemente conocedor de las técnicas de regresión. Pero lo que se busca con este apartado no es tanto dar a

conocer la elaboración de modelos en general, sino reflejar la aproximación sistemática que hemos realizado para la construcción de los distintos modelos que se concretarán en el apartado de resultados. De esta manera, pretendemos ahorrar excesivas explicaciones posteriores sobre unos procedimientos que reiteraremos, así como mostrar de una pasada, los detalles más técnicos. Además, debe tenerse en cuenta que nos encontramos en el marco de una memoria de tesis doctoral, lo cual quiere decir que, por las características mismas de este trabajo, no se busca exclusivamente mostrar los resultados relacionados con el objeto de tesis, sino también acercarse al periodo formativo predoctoral que pretende demostrarse, en el cual, en nuestro caso, ha tenido gran importancia el aprendizaje de técnicas de modelización para el análisis del comportamiento residencial.

La principal técnica que se ha empleado para el análisis de la elección residencial de las cabeceras metropolitanas es la regresión logística binaria. El uso de esta técnica está ampliamente extendido en las ciencias sociales, en la medida en que, a diferencia de los modelos de regresión lineal, permite analizar la probabilidad de ocurrencia de variables de tipo categórico, las más comunes en la mayoría de las disciplinas de carácter social. Esto hace que a través de ella sea posible analizar la probabilidad de ocurrencia de un suceso, frente a la probabilidad de que el suceso no ocurra o, si lo llevamos al estudio más concreto de la acción social, la probabilidad de que un individuo realice una acción, frente a la probabilidad de que no la realice (variable dependiente), dadas una serie de características o factores individuales (variables independientes) que actúan a modo de determinantes de dicha acción. De tal manera que, nos dice cómo y en qué medida todas y cada una de las variables independientes contribuyen a la probabilidad de que una acción social, por ejemplo, una decisión, sea realizada por un individuo medio, proporcionando así modelos estadísticos explicativos de la acción social³⁷.

³⁷ Esta última afirmación debe ser matizada o, al menos, justificada. El término “explicación” es un término ciertamente polémico en sociología, no ya solo por el antiguo debate sobre si la sociología es una ciencia comprensiva o explicativa, sino por los diferentes usos y significados que se hace del concepto mismo de “explicación”. Como cuenta García-Valdecasas (2014), existen tres usos del concepto explicación y, por tanto, tres tipos de explicaciones diferentes en sociología: las explicaciones de cobertura legal, las basadas en variables y las basadas en mecanismos; siendo estas últimas las comúnmente aceptadas como explicaciones en pleno sentido de la palabra. Pero “(...) explicar un fenómeno social a través de mecanismos consiste en idear de manera clara, precisa y coherente un relato causal de cómo las acciones de los agentes insertados en una estructura de interacción y bajo un entorno generan las dinámicas que caracterizan a dicho fenómeno social” (García-Valdecasas, 2014, p. 45). Por tanto, dadas las características de nuestra fuente de datos, sería imposible construir modelos explicativos, al menos en este sentido de la palabra. Por ello, cuando utilizamos el término explicación, o modelo explicativo en esta tesis, no nos referimos a explicaciones en el sentido de los mecanismos causales últimos que refieren la acción social (inserta en una estructura de interacción y encuadrada en un entorno), sino a los factores individuales que

En el campo del comportamiento residencial, la regresión logística binaria ha sido utilizada, entre otros fines, para estudiar la decisión de cambiar de domicilio (Clark y Onaka, 1985; Clark y Huang, 2003, 2004; Dargay y Clark, 2012) y la elección de un entorno concreto frente al resto de entornos alternativos posibles (Deurloo, Clark y Dieleman, 1990; Feijten *et al.*, 2008; Feijten y Ham, 2007; South y Crowder, 1997) pasando, en etapas más recientes, a la decisión de permanecer sedentario (Clark *et al.*, 2015; Palomares-Linares, 2017). La mayoría de estos comportamientos remiten a una decisión entre dos alternativas posibles, sea moverse o no moverse, o elegir un entorno u otro. De tal manera que siempre puede operacionalizarse a través de variables de tipo dicotómico, en las que el valor 1 indique el hecho de tomar la decisión, y 0 el no tomarla. En esta tesis, utilizaremos la regresión logística para analizar la elección residencial concreta que es la centralización. Para ello, construimos dos variables dependientes a aplicar en los modelos logísticos realizados, dos variables para operacionalizar la decisión de mudarse hacia las cabeceras metropolitanas.

La primera, pone en relación la centralización (valor 1) con el resto de las alternativas posibles a la misma (valor 0), estas son: permanecer sedentario en la corona, cambiar de residencia dentro del mismo municipio en la corona (intramunicipal corona) o cambiar de residencia hacia otro municipio de la corona (intermunicipal corona). Mientras la segunda variable, pone en relación la centralización (valor 1) con el resto de los movimientos alternativos a la misma (intramunicipal e intermunicipal en corona), excluyendo de la variable a la población sedentaria. Si bien la primera variable es la que mejor capta la elección residencial, en la medida en que considera la centralización respecto al resto de opciones reales del movimiento, presenta el principal problema de estar muy sesgada por los sedentarios. Este sesgo hace que, en ocasiones, los modelos a realizar a partir de esta variable puedan reflejar en cierta medida factores explicativos de la movilidad residencial en general y no tanto factores específicos de la centralización.

actúan como determinantes de la misma, es decir, que hacen que la probabilidad de ocurrencia de la acción se incremente o decremente; dicho de otro modo, asumimos un uso “laxo” del término explicación, un uso de tipo probabilístico, enmarcado en el segundo tipo de explicaciones de las que nos habla García-Valdecasas (2014): las basadas en variables, o también llamadas, explicaciones estadísticas. Un primer paso previo, pero ineludible, que sienta las bases para la construcción posterior de su explicación basada en mecanismos, sobre la cual, dadas las limitaciones de los datos empleados, no hemos tratado en esta tesis. No obstante, como se verá más adelante, al final de cada capítulo de resultados (y también en el primer apartado de conclusiones) tratan de extraerse y construirse explicaciones tentativas a partir de las inferencias estadísticas de los modelos, las cuales, si bien no profundizan en los llamados mecanismos, sirven de base para su abordaje futuro.

Por esta razón, en algunas ocasiones, optamos por utilizar la segunda variable, la cual, aunque presenta el principal problema de no reflejar una elección real (pues en la elección también existe la opción de no moverse), nos ayuda a profundizar en los factores más específicos que diferencian la centralización de los movimientos alternativos a la misma.

En cuanto a las variables independientes, introduciremos en los modelos a realizar las comúnmente señaladas por la literatura como factores individuales determinantes de la elección residencial (y que hemos explicado más arriba), contrastando cómo y en qué medida explican la elección por las cabeceras. La finalidad es construir modelos explicativos que nos proporcionen un conocimiento sólido sobre qué lleva a los individuos a optar por estos entornos residenciales.

6.3.1. Especificación de un modelo logístico para la elección residencial de las cabeceras

Analizar una elección residencial concreta, al igual que cualquier tipo de decisión o acción entre dos alternativas posibles, se traduce en términos matemáticos en lo que se llama la proporción de probabilidades u *odds ratio* (García-Pérez, 2012), que no es más que la razón entre una probabilidad y su contraria, y puede expresarse de la siguiente manera:

$$OR(y) = \frac{p}{1 - p}$$

Dónde $OR(y)$ indica el *odds ratio* de la variable dependiente a analizar (y); p indica la probabilidad de que un suceso ocurra, mientras $1 - p$ representa su contrario, es decir, la probabilidad de que el suceso no ocurra.

El problema de esta razón que indica la probabilidad de ocurrencia de la decisión, suceso o acción a analizar, es que no puede modelizarse, es decir, no se le pueden aplicar las mismas técnicas de regresión desarrolladas para la regresión lineal, en tanto que sus valores son discretos (García-Pérez, 2012; Alderete, 2006). Para ello, esta razón debe transformarse en su función logarítmica, de manera que transformemos la variable dependiente en una continua, pero que tiene sus valores mínimos y máximos acotados (Agresti, 2013; Alderete, 2006; Menard, 2010), siendo 1 el máximo, indicando la

ocurrencia del acontecimiento estudiado, y 0 el mínimo, indicando la no ocurrencia. Así, en vez de tratar de construir un modelo que calcule los valores reales de la variable de interés, se construye una función basada en el cálculo de la probabilidad de que dicha variable adopte el valor del evento previamente definido, de la manera siguiente:

$$P(y) = \ln \left(\frac{p}{1-p} \right)$$

Esta transformación logarítmica de la variable dependiente es a lo que llamamos *logit* o función logística. De esta manera, la variable dependiente transformada ya puede asumir, de manera ficticia, cualquier valor entre 0 y 1, llegándose, tras una serie de transformaciones matemáticas (Agresti, 2013; Alderete, 2006; Menard, 2004) a la función lineal.

$$\text{Logit}(P(y)) = \ln \left(\frac{p}{1-p} \right) = \beta_0 + \beta_1 x_1 + \beta_2 x_2 + \dots + \beta_r x_r$$

Dónde β_0 es la constante del modelo, la cual puede interpretarse en los modelos logísticos como la probabilidad de realizar la decisión (suceso o acción) que tiene un sujeto con un valor nulo en todas las variables independientes consideradas. x_r refiere a cada una de las variables independientes; y β_r son los coeficientes o parámetros de variación de las distintas variables independientes, indicándonos como estas hacen variar la dependiente (Menard, 2004; Escobar, Fernández y Bernardi, 2009). En nuestro caso (dado que nuestro objetivo es explicar la decisión concreta de elegir las cabeceras metropolitanas, en detrimento del resto de alternativas posibles) podemos especificar la función logística a ajustar considerando los factores generales explicativos señalados anteriormente. Quedando la función final de la siguiente manera:

$$\begin{aligned} \text{logit}(P(\text{centralización})) &= \ln \left(\frac{\text{centralización}}{\text{resto de alternativas}} \right) = \\ &= \beta_0 + \beta_1 \text{cursos vitales} + \beta_2 \text{posición social} + \beta_3 \text{estilos de vida} \\ &+ \beta_4 \text{experiencia residencial} + \beta_5 \text{espacios} \end{aligned}$$

Dónde cada factor general se operacionaliza a través de las diferentes variables censales explicativas expuestas en una sección anterior.

6.3.2. Etapas en la estimación de un modelo logístico: presentación de un ejemplo

A continuación, y sin pretender ahondar demasiado en el fundamento matemático de la técnica, vamos a mostrar los distintos pasos que hemos realizado para la realización de los modelos de elección residencial. Como puede deducirse de la breve exposición de las bases estadísticas del modelo, su construcción es tremendamente compleja, por lo que es obligado el uso de paquetes estadísticos. En la presente tesis, recurriremos al software STATA 13 el cual, frente a otros paquetes más comúnmente utilizados en ciencias sociales, como SPSS, permite un mayor grado de personalización y precisión en la construcción, interpretación y comprobación de los supuestos de los modelos logísticos. Aunque no haremos referencias excesivas al lenguaje de programación utilizado para la construcción de los modelos, alguna referencia deberá ser, inevitablemente, introducida.

Para conseguir una mayor claridad, hemos decidido mostrar este procedimiento general a través de un ejemplo que emplea la fuente de datos de esta tesis, el censo de población 2011, así como una de las variables dependientes a emplear en los análisis, la centralización respecto al resto de alternativas posibles. Se construirá un modelo simple (más simple que cualquiera construido en el apartado de resultados), en el que trataremos de explicar la centralización a partir de tres variables independientes: la edad, el sexo y la forma de convivencia. El uso de estas variables se debe a que cada una ha de tratarse e interpretarse de manera diferente.

A. Determinación de la variable dependiente y las variables independientes

El primer paso en la construcción de todo modelo logístico, lineal o de otro tipo, consiste en la determinación de las variables a analizar, concretamente, de la variable a explicar, o variable dependiente, y de las variables explicativas, o variables independientes. Los modelos logísticos explican la probabilidad de ocurrencia de una variable dependiente de tipo dicotómico, cuyos valores pueden ser solamente 1 (ocurrencia del suceso, acción o decisión) o 0 (no ocurrencia). Por tanto, lo primero que ha de hacerse es tomar una variable a explicar. En nuestro ejemplo tomaremos la probabilidad de centralizarse (valor 1), frente a todas las alternativas posibles (valor 0),

estas últimas eran, recordemos: moverse a otro municipio de la corona, moverse en el mismo municipio de la corona o permanecer sedentario en la corona.

En cuanto a las variables explicativas o independientes, pueden ser de cualquier tipo. Es decir, pueden ser variables cuantitativas: como la edad, la edad al cuadrado, el número de tareas domésticas que realiza o el índice de integración residencial. O cualitativas: como el sexo, el estado civil, la forma de convivencia, el nivel de estudios, etc. Si bien las variables cuantitativas pueden introducirse en el modelo sin transformación alguna (más allá de un análisis general de valores atípicos), las variables cualitativas con más de dos categorías han de transformarse en una serie de variables dicotómicas exhaustivas (*dummies*) para poder ser introducidas e interpretadas correctamente.

Las variables dicotómicas son de fácil recodificación para su introducción en el modelo. Por ejemplo, en el caso de la variable sexo, si el valor 1 indica el ser hombre, y el 2 ser mujer, bastaría con recodificarla de manera que el valor 1 indique ser hombre, y 0 no serlo, pudiendo interpretarse en los modelos como el efecto de ser hombre (frente a su alternativa, ser mujer).

Mientras la recodificación de las variables con más de dos categorías, aunque es similar, resulta algo más compleja, pues es necesario tomar la decisión de qué categoría de todas las disponibles se toma como referencia (valor 0). Para entender esto mejor pongamos el ejemplo de la variable forma de convivencia. Esta variable tiene las siguientes categorías: 1 “unipersonal”, 2 “no familiar”, 3 “monoparental hijos menores de 25”, 4 “monoparental hijos mayores 25”, 5 “pareja sin hijos”, 6 “pareja hijos menores de 25”, 7 “pareja hijos mayores de 25”, 8 “otras familias”. De entre estas categorías ha de seleccionarse una que se asuma como categoría de referencia, para que cada variable ficticia pueda interpretarse en el modelo como el efecto en la variable dependiente de pertenecer a la categoría en cuestión, respecto a la categoría de referencia. La selección de la categoría de referencia debe obedecer a dos principios. Primero, debe considerar que la categoría seleccionada como categoría de referencia tenga un número de casos relativamente aceptable, ya que categorías con muy pocos casos pueden causar distorsiones serias en la interpretación (King y Zeng, 2016). Y segundo, y más relevante, debe tomar como referencia una categoría que permita y facilite la interpretación del

modelo, por lo que teóricamente debe tener cierto sentido, debiendo excluirse categorías heterogéneas y difícilmente definibles, como son las categorías de “otros”. En nuestro ejemplo, hemos decidido tomar como categoría de referencia los hogares unipersonales, la cual cuenta con un número aceptable de casos, y permite, además, interpretar el efecto del resto de categorías cómo la diferencia en la probabilidad de centralizarse que tiene cada una de ellas respecto a los que viven solos. Así, la variable original de ocho categorías se ha recodificado en siete variables ficticias que oscilan entre 1 y 0, estando representada la categoría de referencia por el valor 0 en el resto de variables.

No obstante, antes de la recodificación y de la realización de los modelos es necesario revisar todas las variables utilizadas a través de un análisis descriptivo (tabla 6.5). El objetivo es detectar problemas como la presencia de categorías con muy pocos casos, la existencia de casos perdidos (que suponen una pérdida de muestra) o advertir fuertes desviaciones típicas (que pueden ser fruto de *outliers*, o valores atípicos) que pueden dar lugar a distorsiones en el modelo.

Tabla 6.5. Descriptivo de las variables empleadas en el modelo de ejemplo

| Variables cuantitativas | Centralización | | Resto de alternativas | |
|-------------------------|----------------|--------------|-----------------------|--------------|
| | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica |
| Edad | 34,1 | 17,6 | 40,53 | 22,04 |
| Variables cualitativas | Frecuencia | % | Frecuencia | % |
| Sexo | | | | |
| Hombre | 1.468 | 51% | 610.173 | 49% |
| Mujer | 1.410 | 49% | 634.930 | 51% |
| Estado civil | | | | |
| Unipersonal | 275 | 10% | 93.777 | 8% |
| No familiar | 182 | 6% | 8.609 | 1% |
| Monop. Hijos menores | 157 | 5% | 64.447 | 5% |
| Monop. Hijos mayores | 99 | 3% | 40.879 | 3% |
| Pareja sin hijos | 630 | 22% | 203.701 | 16% |
| Pareja hijos menores | 565 | 20% | 559.916 | 45% |
| Pareja hijos mayores | 97 | 3% | 106.756 | 9% |
| Otras familias | 873 | 30% | 167.018 | 13% |
| | 2.878 | 100% | 1.245.103 | 100% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

B. Ejecución inicial y comprobación de los supuestos del modelo

El segundo paso en la construcción de los modelos consiste en comprobar que se cumplen ciertas condiciones de partida, de manera que podamos asumir como válidos los resultados que arroje. Tres son los supuestos fundamentales que deben cumplir todos los modelos logísticos para arrojar datos fiables: homocedasticidad, ausencia de multicolinealidad y ausencia de problemas de especificación. Sin entrar en demasiadas

explicaciones de tipo estadístico-formal sobre los mismos, vamos a comentar en qué consisten cada uno de estos supuestos, qué consecuencias tienen sobre el modelo, cómo detectarlos y si fuera necesario, cómo corregirlos. Para comprobar estos supuestos, se hace necesario, primero, realizar un modelo de prueba, introduciendo directamente todas las variables que hayamos elegido. En el caso de STATA, la determinación de las pruebas de estos supuestos requiere que se ejecute el modelo como si de una regresión lineal se tratase (Escobar *et al.*, 2009).

El primero de los supuestos del modelo es la homocedasticidad, o ausencia de heterocedasticidad (Williams, 2015), que hace referencia a la distribución de los errores del modelo. La heterocedasticidad es un problema común en modelos que se realizan en ciencias sociales, dado que casi cualquier suceso a estudiar (la movilidad o, en nuestro caso, la centralización) tiene probabilidades de ocurrencia muy variadas según distintos grupos. Por ejemplo, respecto a la edad, si bien las probabilidades de movilidad son similares en las personas hasta cierta edad, generalmente hasta los 35-40 años, su probabilidad desciende mucho posteriormente, de manera que la variabilidad de la probabilidad de moverse es mucho mayor en las primeras etapas de la vida frente a las últimas.

En cuanto a los problemas que conlleva, la presencia de heterocedasticidad supone una estimación ineficiente de los errores estándar de los parámetros o coeficientes del modelo, lo cual afecta a sus intervalos de confianza y, por consiguiente, a los tests de significatividad sobre los mismos (Yamano, 2009). Además, en los modelos logísticos la heterocedasticidad afecta incluso al cálculo de los parámetros mismos del modelo, produciendo estimadores sesgados (Williams, 2010, 2015).

Por tanto, detectarla y corregirla es una cuestión fundamental. Para detectarla, con el paquete estadístico utilizado (STATA), basta con aplicar el comando *hettest*, el cual realiza el test Breusch-Pagan / Cook-Weisberg (Williams, 2010). Este test comprueba la hipótesis nula de que las varianzas de los errores del modelo son iguales (homocedasticidad) frente a la hipótesis alternativa de que las varianzas del error responden a una función multiplicativa de una o más variables. Como en todos los contrastes de hipótesis, si el p-valor del estadístico de contraste (en este caso Ji-cuadrado) es inferior a 0,05 se aceptaría la hipótesis alternativa, que afirma la existencia de

heterocedasticidad. En el caso concreto del ejemplo que estamos utilizando obtenemos que:

$$X^2 = 674911,31$$
$$p - \text{valor} = 0,000$$

Por lo que aceptaríamos la hipótesis nula (existencia de heterocedasticidad). Ahora bien, una vez detectada ¿cómo solucionarla? No hay una respuesta cerrada a esta pregunta, existiendo bastante debate entre expertos a este respecto (Kaufman, 2013; Williams, 2015). Nosotros hemos optado, al igual que otros trabajos anteriores (Palomares-Linares, 2017; Duque-Calvache *et al.*, 2017a), por realizar el cálculo de errores del modelo de manera robusta, con la opción de STATA, *vce robust*. Esta forma alternativa de cálculo de la varianza de los errores del modelo es también conocida como estimación de los errores de Huber/White/Sandwich (STATA, 2019) y permite relajar el supuesto de homocedasticidad de los modelos, obteniendo estimaciones de los errores más fiables (Williams, 2015).

El segundo de los supuestos es el de no multicolinealidad, o no correlación entre las variables independientes del modelo. Cuando dos o más variables de un modelo se encuentran fuertemente correlacionadas podemos afirmar que existe multicolinealidad (Farrar y Glauber, 1967). Dos son las principales causas de este problema. En primer lugar, el problema de multicolinealidad puede deberse a una muestra reducida, que hace que las variables independientes cuenten con poca variabilidad debido a un pobre diseño muestral. En segundo lugar, puede deberse a la existencia de relaciones causales, o simplemente variaciones concomitantes (correlaciones) entre las variables empleadas³⁸. En nuestro caso, dado que nuestra fuente es censal, sólo podría presentarse multicolinealidad debida a la segunda causa.

La multicolinealidad se presenta a través de dos formas: la multicolinealidad exacta o perfecta, y la multicolinealidad aproximada. La primera se da cuando una variable independiente es una función lineal exacta de la otra, es decir, cuando se encuentran perfectamente correlacionadas. Mientras la segunda se da cuando esta correlación es

³⁸ De manera que o bien una sea causa de otra, o bien estén correlacionadas, o bien simplemente refieran a una misma realidad.

relevante pero no perfecta, es decir, que una variable independiente explica un porcentaje relevante de la varianza de otra del mismo tipo. Las consecuencias de ambos tipos de multicolinealidad son diferentes. Mientras que en caso de multicolinealidad perfecta es imposible calcular los parámetros o coeficientes del modelo, dado que existen opciones infinitas (Mansfield y Helms, 1982; Schroeder, Landen y Levine-Silverman, 1990). En el caso de multicolinealidad aproximada, si bien si pueden calcularse los coeficientes del modelo, tanto estos como sus errores estándar tienden a ser muy grandes, tanto más cuanto mayor sea la multicolinealidad (Chong y Chi-hyuck, 2005; Mansfield y Helms, 1982).

Detectar la multicolinealidad es relativamente fácil. En el caso de la multicolinealidad perfecta, STATA, al igual que la mayoría de paquetes estadísticos, directamente excluye una de las variables correlacionadas de manera lineal. Es decir, no la introduce en el modelo a ejecutar y el error se muestra de manera evidente (Escobar *et al.*, 2009). Sin embargo, para conocer la multicolinealidad aproximada es necesario analizar el factor de inflación de la varianza o *VIF* (del inglés *variance inflation factor*). Este indicador se calcula para cada variable independiente, y se define como el cociente o razón entre el valor de la varianza de la variable observada y el valor que hubiera tenido en caso de que dicha variable estuviera incorrelada con el resto de las variables independientes del modelo (Ranjit, 2006). Y puede expresarse de la siguiente manera:

$$VIF(X_i) = \frac{1}{1 - R_i^2}$$

Dónde X_i es la variable independiente observada; R_i^2 es el coeficiente de determinación obtenido al calcular las correlaciones entre la variable observada y el resto de las variables del modelo; $1 - R_i^2$ es el valor de la varianza de la variable observada; y 1 es el valor de la varianza de la variable observada en caso de que no presentase ningún tipo de correlación respecto al resto de variables independientes del modelo.

De esta manera el *VIF* de lo que nos informa es de cuantas veces es mayor la varianza de la variable observada respecto al caso hipotético de ausencia total de correlación. Al respecto de los niveles que han de adoptarse para que pueda considerarse que estos valores son (o no) elevados, no hay un consenso claro (Escobar *et al.*, 2009), en

nuestros modelos tomaremos como valor tope 10, de manera similar a otros trabajos anteriores (Ramjit, 2006).

Para el cálculo del *VIF*, STATA dispone de un comando (*vif*) que permite calcular este indicador para la totalidad de las variables incluidas en el modelo ejecutado. En el caso del modelo que estamos tomando de ejemplo, pueden verse los valores del *VIF* de todas las variables independientes consideradas en la siguiente tabla. Como puede observarse, ningún valor supera el umbral de 10, siendo las tres primeras variables las que mayor correlación presentan entre sí, sin que llegue a alcanzar niveles problemáticos. En caso de que si fuera problemático tendríamos que optar por excluir algunas de estas variables del modelo o agruparlas en una categoría más heterogénea.

Tabla 6.6. VIF test para las variables independientes del modelo de ejemplo

| Variable | VIF | 1/VIF |
|----------------------|------------|--------------|
| Pareja hijos menores | 4,37 | 0,23 |
| Pareja sin hijos | 2,65 | 0,38 |
| Otras familias | 2,47 | 0,40 |
| Pareja hijos mayores | 1,96 | 0,51 |
| Monop. Hijos menores | 1,74 | 0,58 |
| Edad | 1,43 | 0,70 |
| Monop. Hijos mayores | 1,39 | 0,72 |
| No familiar | 1,09 | 0,92 |
| Hombre | 1,01 | 0,99 |
| Media VIF | 2,01 | |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Por último, tenemos los problemas de especificación, este supuesto parte de la idea de conocer si en el modelo hay variables omitidas que puedan explicar la varianza de la variable dependiente. Para conocer los errores de especificación, Ramsey (1969) desarrolló la prueba de especificación de la ecuación de regresión, también conocida como RESET Test de Ramsey. Esta prueba contrasta si las combinaciones no lineales de los valores ajustados ayudan a explicar la variable dependiente. Para ello, se realiza un contraste a través del estadístico F de Fisher, si el estadístico es significativo aceptaríamos la hipótesis alternativa, que indica que hay variables omitidas y, por ende, el modelo está mal especificado. Para realizar esta prueba tenemos que aplicar el comando *ovtest* de STATA, en el caso del ejemplo obtenemos el siguiente resultado:

$$F - Fisher = 330,96$$

$$p - valor = 0,000$$

Dado el contraste, rechazaríamos la hipótesis nula y aceptaríamos la hipótesis alternativa, aceptando que el modelo presenta problemas de especificación. Solucionar esto no siempre es una tarea simple ni posible. La solución pasaría por incluir más variables en el modelo, pero esto no es una opción si no hay más variables en las bases de datos empleadas. No obstante, a diferencia de los supuestos de heterocedasticidad y multicolinealidad es un problema menor, en la medida en que no afecta a las estimaciones de los parámetros de las variables independientes ni a su significatividad.

C. Ejecución del modelo y estimación de los coeficientes de regresión

Una vez determinadas las variables y controlados los supuestos básicos del modelo (y corregidos en caso de ser necesario), llega el momento de realizar el modelo final, el cual se obtiene ejecutando la función *logit* de STATA. El modelo propuesto nos expresará la probabilidad de que se dé el suceso a analizar frente a la probabilidad de que éste no ocurra, informándonos de cómo contribuyen las distintas variables independientes consideradas, así como si esta contribución es significativa o no. En nuestro ejemplo (y en todos los modelos a realizar en la tesis) el modelo explica la probabilidad de que un individuo se mude hacia las cabeceras dadas una serie de características personales: edad, sexo y forma de convivencia.

Antes de comentar el modelo final del ejemplo, se hace necesario hacer un breve apunte. Como el censo de población 2011 es una fuente muestral, en la que la entidad que lo ha construido, el INE, ha introducido una serie de pesos y factores de elevación de los casos. No todos los casos representan a uno solo. El objetivo de estos pesos y factores es, entre otros, corregir la heterogeneidad del criterio de muestreo empleado, que tendía a ser mayor en los municipios más pequeños, y a alcanzar fracciones menores al 10% de la población en los municipios de mayor entidad. Dado este carácter muestral, nos hemos visto obligados a considerar estos pesos a la hora de ejecutarlos. Para que se consideren estos pesos individuales en el modelo, se utiliza la opción *p-weight* de STATA, la cual pondera los casos por el inverso de la probabilidad de ser muestreada, siendo este el procedimiento habitual en este tipo de fuentes (Dupraz, 2013; Palomares-Linares, 2017).

Todos los modelos se presentarán incluyendo los coeficientes beta (B) o parámetros de variación de las variables independientes, su nivel crítico o p-valor (Sig) y sus errores

estándar (SE). Los coeficientes beta (B) son los parámetros de variación de las variables independientes y se interpretan como el efecto que tienen estas en el incremento o decremento de la probabilidad de realizar una acción. Por su parte, la prueba de significatividad (Sig) nos informa sobre la significatividad estadística del parámetro obtenido. Esta prueba contrasta la hipótesis nula que afirma que el efecto del parámetro o coeficiente de la variable observada es igual a 0. Así, si el p-valor es menor a 0,05 se rechazaría esta hipótesis, pudiéndose afirmar que la variable observada tiene valor explicativo para el modelo. Por último, los errores estándar (SE) nos informan del valor medio de las desviaciones de los valores reales observados respecto a los predichos, lo óptimo es que sean bajos y similares en la mayoría de las variables explicativas contempladas, lo cual indicaría que las predicciones se aproximan a los valores reales y por ende los parámetros del modelo son consistentes con la realidad.

Tabla 6.7. Modelo de ejemplo final para explicar la centralización

| | B | Sig | SE |
|--|---------|-----|-------|
| Edad | - 0,031 | *** | 0,001 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | |
| Hombre | 0,057 | | 0,047 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | |
| No familiar | 1,607 | *** | 0,120 |
| Monop. Hijos menores | - 1,117 | *** | 0,121 |
| Monop. Hijos mayores | - 0,545 | *** | 0,132 |
| Pareja sin hijos | 0,196 | * | 0,082 |
| Pareja hijos menores | - 1,790 | *** | 0,095 |
| Pareja hijos mayores | - 1,668 | *** | 0,129 |
| Otras familias | - 0,106 | | 0,087 |
| Constante | - 3,839 | *** | 0,096 |

*p-valor<0,05 ; **p-valor<0,01 ; ***p-valor<0,001

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Sabiendo esto, estamos ya en condiciones de interpretar los resultados obtenidos en el modelo del ejemplo (tabla 6.7). Los coeficientes negativos indican una disminución de la probabilidad de centralizarse, en tanto que los positivos reflejan su aumento. El valor del coeficiente indica la fuerza de dicha influencia (aunque este valor está muy condicionado por el tipo de variable, cualitativa o cuantitativa, y por la unidad de medida en el caso de estas últimas). Solo pueden tomarse como estadísticamente significativos los datos con p-valores iguales o inferiores a 0,05, que son los marcados con asteriscos en la tabla. Los errores estándar nos sirven para detectar posibles efectos contradictorios, o no lineales, de las variables, cuando toman valores muy altos. Según los resultados obtenidos, vemos como la centralización se explica principalmente a través de las variables edad y forma de convivencia, no teniendo el sexo ningún efecto en la

probabilidad de centralizarse. El parámetro de la edad muestra cómo, conforme la edad se incrementa en un año, la probabilidad de centralizarse desciende. Por su parte, según forma de convivencia, se observa cómo el vivir en hogares no familiares y en pareja sin hijos supone una mayor probabilidad de centralización que el vivir sólo (categoría de referencia). Mientras la condición de tener hijos se muestra como un factor limitante de este tipo de movimiento. Por último, no se aprecian diferencias significativas en la probabilidad de centralizarse de las otras familias. En resumen, podríamos afirmar que la centralización es un movimiento que tiende a disminuir con la edad y que es propio de parejas sin hijos y hogares no familiares, siendo la condición de tener hijos un factor claramente limitante del mismo.

D. Análisis de la bondad de ajuste del modelo

Una vez construido el modelo, es necesario conocer hasta qué punto el modelo es bueno, es decir, en qué medida las variables independientes contribuyen a la probabilidad del hecho de centralizarse. Para medir la bondad de ajuste global de un modelo logístico existen varias medidas que, en el caso de STATA, obtenemos ejecutando el comando *fitstat* (Long & Freese, 2000).

Tabla 6.8. Medidas de bondad de ajuste del modelo de ejemplo

| Medidas de ajuste | |
|-------------------------|-----------|
| LR | 53.519 |
| Sig | 0,000 |
| Log-Lik Modelo completo | - 406.035 |
| Log-Lik Modelo vacío | - 379.275 |
| Pseudo R ² | 0,066 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

La primera y más importante medida es el test Ji-cuadrado del ratio de probabilidad o, en inglés *likelihood ratio chi-square test* (LR). Este test contrasta la hipótesis nula de que el logaritmo de la suma de las probabilidades residuales del modelo vacío (Log-lik³⁹ modelo vacío) es igual que el logaritmo de la suma de las probabilidades residuales del modelo completo (Log-lik modelo completo). Es decir, que las variables introducidas no aportan sustancialmente nada a la explicación de la variable dependiente (Escobar *et al.*, 2009). Frente a la hipótesis alternativa que afirma la significatividad en el incremento del

³⁹ La expresión Log-Lik es una abreviatura del inglés, *Logarithmic Likelihood o Log-Likelihood*

logaritmo de las probabilidades residuales del modelo completo frente al modelo vacío, y por ende, la importancia de las variables del modelo en la explicación de la variable dependiente (Iglesias, 2013). Este contraste lo realiza a través de una prueba Ji-cuadrado del estadístico (LR), el cual, por su parte, no es más que el producto de la suma de Log-lik modelo vacío, menos Log-lik modelo completo, por dos ($[406.035-379.275]*2=53.519$) (IDRE-UCLA, 2019). De manera que si el p-valor asociado al estadístico es inferior a 0,05, se aceptaría la hipótesis alternativa, pudiendo afirmarse que el modelo es significativo de cara a explicar la variable dependiente. Como puede observarse en la tabla 6.8, este último es el caso de nuestro modelo.

El segundo de los indicadores de bondad de ajuste de un modelo es el Pseudo-R², concretamente, el Pseudo-R² que ofrece STATA al ejecutar el modelo es el propuesto por McFadden (Long y Freese, 2000). Dadas las características de los modelos logísticos, estos no pueden ofrecer medidas de ajuste de tipo R² como los modelos lineales clásicos (Iglesias, 2013), es decir, que no pueden ofrecer una medida global de ajuste interpretable directamente como el porcentaje de varianza explicada por el modelo. Por esta razón se desarrollaron diversas aproximaciones, siendo una de las más usadas la de McFadden (Long y Freese, 2000). Todas estas aproximaciones tienen en común el hecho de calcular indicadores globales de la bondad de ajuste (Pseudo-R²) a partir de las variaciones en el logaritmo de las probabilidades residuales asociadas al modelo completo respecto al modelo vacío; basándose, casi siempre, en el incremento de la capacidad predictiva del modelo al introducir las variables explicativas (Iglesias, 2013). El pseudo-R² de McFadden se calcula de la siguiente manera:

$$McFadden R^2 = 1 - \frac{LogLik \text{ modelo completo}}{LogLik \text{ modelo vacío}}$$

Si la probabilidad asociada al modelo completo es igual a la asociada al modelo vacío, es decir, si las variables explicativas no aportan nada al modelo; el estadístico de McFadden sería 0, siendo tanto mejor el modelo cuanto más próximo a 1 sea, sin poder llegar nunca a ese valor teórico máximo (Long y Freese, 2000).

Teniendo esto en consideración, en el caso de nuestro modelo de ejemplo, podemos ver que, aunque es significativo en términos globales, la explicación total que aporta de

la centralización es relativamente pobre, de apenas un 0,07 sobre 1, o un 7 sobre 100. No obstante, hemos de tener en cuenta que los modelos de elección residencial desarrollados hasta el momento no alcanzan nunca niveles demasiado elevados (véase, por ejemplo, los modelos desarrollados por Clark y Huang, 2003; Clark, 2013; Marois y Bélanger, 2013; Turcotte y Vézina, 2010; entre muchos otros), dada la complejidad de la conducta analizada. La finalidad de la modelización del comportamiento residencial no es construir modelos predictivos, tal y como los que se desarrollan en otras áreas como la epidemiología (Juez-Martel, 2011), sino modelos explicativos a partir de las variables disponibles que ayuden a profundizar en el conocimiento de las decisiones de movilidad.

6.3.3. Modelos por pasos y análisis de la mejora del modelo

Más allá de desarrollar modelos logísticos explicativos de la centralización, es también objeto de gran interés en esta tesis realizar modelos por pasos, por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque nos interesa contrastar la relevancia de los distintos factores explicativos de la centralización. A este respecto, es crucial en todos los modelos realizarlos a través de sucesivos pasos, para de analizar si las variables teóricamente relevantes también lo son en términos estadísticos, así como si hay cambios significativos en el efecto de los parámetros de las variables independientes. En segundo lugar, porque entre nuestros objetivos se encuentran, no sólo contrastar la relevancia de los distintos factores, sino también buscar algún tipo de medida que nos permita cuantificarlos o jerarquizarlos por orden de importancia.

Para contrastar la importancia de las distintas variables, han de realizarse los modelos por pasos, y solicitar en cada uno de ellos las medidas de bondad de ajuste a través del comando de STATA *fitstat*. En nuestra tesis utilizaremos tres medidas para el contraste de modelos por pasos: el ya mencionado logaritmo de las probabilidades residuales del modelo completo (Log-Lik modelo completo), y dos medidas de información usualmente empleadas para el contraste de modelos (Burham y Anderson, 2004; Escobar *et al.*, 2009), el Criterio de Información de Akaike (AIC) y el Criterio de Información Bayesiano (BIC).

La primera de estas medidas, el Log-Lik modelo completo, puede interpretarse como la probabilidad de que los datos observados (reales) hayan sido producidos por el

modelo propuesto (Escobar *et al.*, 2009). Por tanto, cuando lo utilizamos como medida de contraste de modelos por pasos, cuanto mayor sea en un modelo posterior respecto a otro anterior, mayor valor explicativo tendrá el modelo posterior, y por ende, podremos afirmar que será un modelo mejor ajustado.

En cuanto a las dos medidas de información, se tratan de medidas construidas expresamente para contrastar modelos diferentes, y ambas parten en su construcción del Log-Lik del modelo completo y del número de parámetros introducidos en el modelo (para mayor detalle sobre su construcción consultar Escobar *et al.* 2009; y Burham y Anderson, 2004). Al contrario de lo que ocurre con respecto al Log-Lik, cuanto menor sea en un modelo posterior, mejor será este respecto a un modelo anterior (Escobar *et al.*, 2009).

Respecto a cuantificar la importancia de las distintas variables, hemos optado por analizar las diferencias en el pseudo-R² de McFadden. Si bien un incremento en este estadístico, en un modelo posterior respecto a un modelo anterior, no puede interpretarse como una mejora relacionada con un incremento de la varianza de la variable dependiente explicada por el modelo posterior, sí que puede utilizarse como medida para contrastar y cuantificar, de manera aproximada, el aporte específico de los distintos factores y variables independientes a la explicación de la variable dependiente. Al menos cuando estos cambios son lo suficientemente grandes (Torrado *et al.*, 2018a).

Tabla 6.9. Modelo de ejemplo por pasos

| | Paso 1 | | | Paso 2 | | | Paso 3 | | |
|--|---------|-----|-------|---------|-----|-------|---------|-----|-------|
| | B | Sig | SE | B | Sig | SE | B | Sig | SE |
| Edad | - 0,015 | *** | 0,001 | - 0,015 | *** | 0,001 | - 0,031 | *** | 0,001 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | | | | | | | |
| Hombre | | | | 0,088 | | 0,047 | 0,057 | | 0,047 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | | | | | | | |
| No familiar | | | | | | | 1,607 | *** | 0,120 |
| Monop. Hijos menores | | | | | | | - 1,117 | *** | 0,121 |
| Monop. Hijos mayores | | | | | | | - 0,545 | *** | 0,132 |
| Pareja sin hijos | | | | | | | 0,196 | * | 0,082 |
| Pareja hijos menores | | | | | | | - 1,790 | *** | 0,095 |
| Pareja hijos mayores | | | | | | | - 1,668 | *** | 0,129 |
| Otras familias | | | | | | | - 0,106 | | 0,087 |
| Constante | - 5,050 | *** | 0,035 | - 5,097 | *** | 0,043 | - 3,839 | *** | 0,096 |

*p-valor<0,05 ; **p-valor<0,01 ; ***p-valor<0,001

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Para que se entienda mejor los usos que haremos de los modelos por pasos, y los contrastes a realizar a este respecto, hemos ejecutado el modelo utilizado en el ejemplo

anterior por pasos (tabla 6.9), así como calculado las medidas que acabamos de describir en cada uno de estos (tabla 6.10).

Tabla 6.10. Estadísticos de bondad de ajuste y medidas de contraste del modelo de ejemplo por pasos

| | | Paso 1 | | Paso 2 | | Paso 3 |
|-------------------------|---|---------|---|---------|---|---------|
| LR | | 6.014 | | 6.133 | | 53.519 |
| Sig. | | 0,000 | | 0,000 | | 0,000 |
| Log-Lik Modelo completo | - | 403.028 | - | 402.968 | - | 379.275 |
| Log-Lik Modelo vacío | - | 406.035 | - | 406.035 | - | 406.035 |
| Pseudo R ² | | 0,007 | | 0,008 | | 0,066 |
| AIC | | 806.059 | | 805.942 | | 758.570 |
| BIC | - | 6.000 | - | 6.105 | - | 53.393 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Lo primero que hemos de observar al analizar un modelo por pasos es que no se produzcan cambios bruscos ni en la significatividad ni en la dirección (o efecto) de los coeficientes de un paso a otro. En el caso de nuestros modelos por pasos esto no ocurre, de ocurrir podría estar indicando que las variables de los pasos anteriores estuviesen captando efectos de variables de modelos posteriores, omitidas en los pasos previos. Una vez constatado que no hay cambios demasiado grandes en los coeficientes de los distintos modelos, pasamos a observar la tabla de estadísticos de ajuste y las medidas de información (tabla 6.10). Como vemos, tanto los incrementos en el Log-Lik modelo completo⁴⁰, como las reducciones en el AIC y el BIC, son muy pequeñas cuando vamos del paso 1 al 2, indicando que la variable incluida en el paso 2 (sexo) aporta sustancialmente poco al modelo (de hecho, ni siquiera es significativa). Sin embargo, estas medidas sufren cambios bastante más sustanciosos cuando contrastamos el paso 3 con respecto al 2, lo cual indica que la variable incluida en el paso 3 es relevante para el modelo. Por último, podemos tratar de aproximarnos a jerarquizar la importancia de las distintas variables consideradas en el modelo final. Para ello, contrastamos los incrementos en el pseudo-R² que se producen en los distintos modelos por pasos al ir introduciéndolas una a una. Como puede apreciarse, el incremento en el paso 1, dónde introducimos la edad, es minúsculo (de apenas un 1%), al igual que en el paso 2, dónde introducimos el sexo. El incremento más grande observado se produce en el paso 3, al considerar la forma de convivencia, pasando el pseudo-R² de menos de un 1% a casi un 7%. Por tanto, según estos cambios podemos afirmar que, de las tres variables

⁴⁰ En el caso del Log-Lik modelo completo aumenta en tanto que es cada vez menos negativo.

consideradas, la más importante de cara a explicar la decisión de centralizarse es la forma de convivencia.

6.3.4. Cálculo de los Average Marginal Effects (AMEs) para la comparación de los coeficientes de diferentes modelos

Por último, en algunas partes de la tesis, nos interesa comparar los coeficientes de modelos realizados sobre submuestras diferentes, para contrastar la explicación de la centralización en distintos contextos, o respecto a otros movimientos, como la suburbanización. Para poder comparar los coeficientes o parámetros de las variables independientes de dos modelos realizados en submuestras diferentes, se hace necesario calcular los llamados efectos marginales (Williams, 2009), un conjunto de medidas que nos informan de cómo las variables independientes incrementan la probabilidad de que la variable dependiente, pase del valor 0 (ausencia) a 1 (presencia), o dicho en términos de acción social, de que la acción a analizar sea realizada.

Todos los tipos de efectos marginales que existen, entre ellos: *Marginal Effects at Means* (MEMs), *Marginal Effects at Restricted values* (MERs) y *Average Marginal Effects* (AMEs); se basan en el cálculo del incremento (o decremento) en la probabilidad que supone una variable independiente sobre la variable dependiente (dada la función logística calculada en el modelo), asumiendo que el resto de las variables independientes asumen algún valor preestablecido (Williams, 2012). Precisamente la determinación de cuál debe ser ese valor preestablecido es lo que diferencia a los tres tipos de medidas mencionadas.

La primera de ellas, los MEMs, calculan, como su nombre indica, cuál sería el efecto de una variable independiente en la probabilidad de una variable dependiente presuponiendo que el resto de los valores asumen su valor promedio (su media). No obstante, si nos detenemos a pensarlo, es una asunción del todo surrealista, especialmente en la decisión a analizar en nuestra tesis (la centralización), dado que no existe en el mundo real ningún sujeto que tenga características promedias en el resto de variables a analizar en el modelo (no puede existir un individuo un 48% hombre y 52% mujer, por ejemplo), por lo que calcular los efectos para un sujeto inexistente e imposible nos parece algo, a priori, poco razonable.

La segunda medida mencionada, los MERs, son una extensión de los anteriores. Estos, a diferencia de los MEMs, calculan el efecto de la variable independiente a analizar a partir de los valores que el usuario quiera establecer. Por ejemplo, en el modelo que tomamos para ejemplificar, podríamos calcular la probabilidad de centralización de las mujeres en diferentes edades y dadas diferentes formas de convivencia. Esta opción, aunque puede parecer muy buena, lo es sólo si tenemos muy claro que efecto nos interesa más analizar y si los modelos son extremadamente simples (como el modelo del ejemplo). Sin embargo, en modelos complejos esta opción se torna complicada, ya que tendríamos que determinar con criterios teóricos el valor para un conjunto demasiado grande de variables independientes, y si nuestro objetivo es analizar modelos muy complejos y conocer el efecto de distintos factores explicativos, la cantidad de parámetros a calcular sería inabarcable.

La tercera medida, son los AMEs, los cuales calculan los efectos de cada variable independiente considerando que el resto conservan sus valores reales, es decir, las características reales de los individuos presentes en la muestra. De esta forma, los AMEs presentan la principal ventaja frente a los MEMs de basarse en supuestos realistas (las características reales de los sujetos) para calcular los efectos de cada variable independiente, y no en sujetos con características medias inexistentes. Mientras, a su vez, se postulan como una opción mucho más parsimoniosa y sencilla frente a los MERs, especialmente ante la necesidad de análisis de modelos complejos. Por estas razones, los AMEs son más utilizados en ciencias sociales frente a las otras medidas de los efectos alternativas (Williams, 2012), teniendo bastante uso, incluso en los estudios más concretos sobre movilidad residencial (Palomares-Linares, 2017; Torrado, 2018), por lo que serán la medida de los efectos marginales que emplearemos en la presente tesis para comparar modelos realizados sobre submuestras diferentes.

Respecto a su interpretación, las AMEs deben interpretarse de manera diferente según el tipo de variable del que se trate. En el caso de variables independientes dicotómicas los efectos marginales calculan, a partir de los parámetros estimados por el modelo previamente construido, la probabilidad que tendrían los individuos de realizar un movimiento si la variable objeto de análisis estuviera presente (si fuera 1) en todos los casos analizados, manteniendo iguales el resto de valores para cada caso, y lo compara con la probabilidad de que esta variable esté ausente (que su valor sea 0). La diferencia

que surge en la comparación de ambas poblaciones hipotéticas es el efecto marginal medio de la variable analizada. En el caso de variables con más de dos categorías, el efecto marginal medio informa de la diferencia en las probabilidades entre la categoría analizada y otra que se toma como referencia. Por último, en el caso de las variables continuas, estos efectos pueden interpretarse como el incremento (o decrecimiento) de la probabilidad de realizar un movimiento que supone el incremento en una unidad de la variable independiente (Williams, 2012). Para que quede más clara la interpretación, vamos a calcular estos efectos en el modelo de ejemplo.

Lo primero que hemos de hacer para calcular los AMEs en STATA es ajustar un modelo *logit*, en nuestro caso, el mismo del ejemplo que venimos utilizando, y después solicitar los efectos marginales a través del comando *margins, dydx*. En el caso del ejemplo, obtenemos la tabla 6.11, en la que hemos representado los efectos marginales o AMEs (dy/dx) en términos porcentuales, su nivel de significación (Sig.) y sus errores estándar (SE). Los efectos marginales expresan el incremento o decremento, en tantos por cien, que la presencia de cada variable independiente causa en la probabilidad de centralización. Su nivel de significación informa sobre si dicho efecto debe considerarse significativo. Mientras el error estándar nos informa sobre la dispersión del parámetro y, al igual que en el modelo con los parámetros B, se utiliza para hacer el contraste de hipótesis que determina la significatividad del parámetro.

Tabla 6.11. Efectos marginales medios (AMEs) de las variables del modelo de ejemplo

| | dy/dx | Sig. | SE |
|--|---------|------|-------|
| Edad | -0,05% | *** | 0,000 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | |
| Hombre | 0,09% | | 0,001 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | |
| No familiar | 2,59% | *** | 0,002 |
| Monop. Hijos menores | -1,80% | *** | 0,002 |
| Monop. Hijos mayores | -0,88% | *** | 0,002 |
| Pareja sin hijos | 0,32% | * | 0,001 |
| Pareja hijos menores | -2,89% | *** | 0,002 |
| Pareja hijos mayores | -2,69% | *** | 0,002 |
| Otras familias | -0,17% | | 0,001 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Si observamos los resultados concretos de la ejecución de los AMEs vemos como se ratifican los resultados del modelo original realizado, según el cual la elección por la centralización se explica sólo a través de la edad y la forma de convivencia. Respecto a

la edad, los AMEs nos informan que, por cada año cumplido, la probabilidad de centralizarse desciende un 0,05%. Mientras según forma de convivencia, vemos como el convivir en hogares no familiares es el principal factor que lleva a los individuos a centralizarse, incrementando la probabilidad de hacerlo un 2,59%; tras estos, aunque muy por debajo, se encuentran las parejas sin hijos, condición que hace incrementar la probabilidad de centralizarse un 0,32%. Por último, se observa como la condición de tener hijos se muestra, como veíamos en el modelo original, como un factor limitante de la movilidad, aunque este efecto es mucho mayor en las parejas con hijos (familias nucleares tradicionales) que en los hogares monoparentales, con diferencias en sus propensiones (AMEs) de más de un 1%.

**Parte III. Resultados. Hacia una explicación
de la centralización**



Capítulo 7. Los protagonistas de la centralización

En este primer capítulo de resultados nos acercaremos al perfil de los protagonistas de la centralización, un paso modesto pero ineludible para abordar su explicación estadística posterior. Sobre el perfil específico de la centralización se sabe bastante poco. Si bien existen algunos estudios cuantitativos de carácter explicativo basados en técnicas estadísticas inferenciales (por ejemplo, los de López-Gay y Recaño, 2008, 2009; Marois y Bélanger, 2013; South y Crowder, 1997; Turcotte y Vézina, 2010; entre otros), los estudios de tipo descriptivo que han tratado de conocer quién se centraliza son relativamente escasos. Entre estos encontramos varios tipos de trabajos que tratan de manera directa o indirecta la problemática de la centralización.

De un lado tenemos una amplia literatura sobre los nuevos habitantes urbanos, que tratan el fenómeno bajo una diversidad de rúbricas. Desde la reurbanización (Buzar *et al.*, 2005, 2007a, 2007b; Haase *et al.*, 2010; Rérat, 2012; Todori y Ratkaj, 2015), hasta los movimientos de vuelta a la ciudad o, en inglés *back-to-the-city movement* (Laska y Spain, 1979; Rérat *et al.*, 2008), pasando por términos como recentralización (Galiana y Vinuesa, 2012). Todos estos trabajos tienen el común denominador de analizar, en ciudades concretas, un conjunto amplio de movimientos hacia las cabeceras

metropolitanas, confundiendo, en muchas ocasiones, movimientos migratorios y residenciales. Su foco se centra en los nuevos residentes urbanos y en los efectos que estos tienen para la transformación socioespacial de las ciudades.

Por otra parte, tenemos dos trabajos que analizan específicamente los movimientos residenciales de centralización (Duque-Calvache, 2015; Torrado, 2017). Ambos elaborados en el seno del proyecto de investigación en el cual se desarrolla la presente tesis. En estos trabajos los autores plantean, de manera explícita, conocer el perfil de los protagonistas de la centralización y su relación con el parque de viviendas y el territorio, a fin de aproximarse a sus posibles efectos sobre la transformación socioespacial de las áreas metropolitanas, así como a las causas que llevan a optar por esta particular forma de movilidad. Sin embargo, estos trabajos tienen un foco limitado en dos sentidos. Primero, porque sus análisis se circunscriben a una sola región, considerando exclusivamente las nueve áreas metropolitanas andaluzas delimitadas por Feria y Martínez (2016). Segundo, porque no aprovechan al cien por cien las posibilidades de análisis que ofrece el censo de población, reduciendo la caracterización de la centralización a un conjunto restringido de variables.

Más allá de las limitaciones de estos trabajos, ambos dibujan unos movimientos hacia las cabeceras protagonizados por personas de edades intermedias y maduras, ligados a formas de convivencia menos convencionales que otras formas de movilidad residencial (donde las familias suelen ser protagonistas). Y especialmente, unos movimientos en los que la clase social tiene una relevancia fundamental, siendo sus protagonistas, en gran parte, clases medias con niveles de cualificación elevados.

Este perfil general de los protagonistas de la centralización es parecido a los de la gentrificación (Grabkowska, 2015; Contreras, 2012; Helms, 2003), y es complementario al de los que participan de los movimientos de suburbanización, especialmente en términos socioeconómicos (Cooke y Denton, 2015; Covington, 2015; López-Gay y Recaño, 2008). Esta similitud, unida a la focalización en grandes realidades urbanas, ha llevado a muchos autores a identificar la centralización, de manera casi exclusiva, con procesos socioespaciales de gentrificación protagonizados por antiguos suburbanitas que retornan a su ciudad de origen (Hochstenbach y Musterd, 2016; Feria y Andújar, 2015). Sin embargo, el fenómeno de la centralización se ha demostrado más diverso, variando

sus perfiles según el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos de las ciudades en las que se den (Duque-Calvache, 2015). Dando lugar, posiblemente, a un abanico amplio de procesos de cambio socioespacial que van más allá de la gentrificación (Buzar *et al.*, 2007b; Torrado, 2017).

En el presente capítulo pretendemos superar estas limitaciones habituales, estudiando el fenómeno de la centralización en términos generales, en toda la ciudad y en todas las ciudades españolas, de manera que obtengamos una imagen general del proceso más allá de sus manifestaciones concretas. Y al mismo tiempo, nos interesa que esta visión de conjunto no oculte la realidad de las ciudades de menor tamaño, por lo que dedicaremos nuestra atención también a estudiar si el proceso asume características diferentes en las ciudades según el grado de desarrollo de sus procesos metropolitanos. Considerando todo lo dicho, en el presente capítulo nos planteamos como objetivo obtener una primera descripción de los movimientos de centralización, un objetivo muy general que podemos desgranar en los siguientes objetivos más específicos:

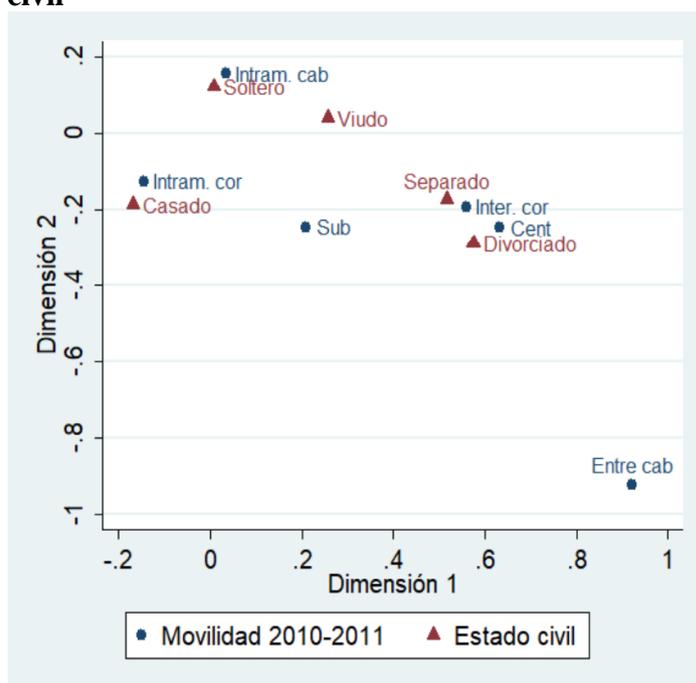
- a) Conocer las diferencias sociodemográficas y socioeconómicas entre la centralización y el resto de formas de movilidad residencial.
- b) Describir el perfil de los protagonistas de la centralización, en términos de cursos vitales, posición social, estilos de vida y trayectorias residenciales previas.
- c) Analizar la diversidad territorial que presentan estos perfiles según el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos de las áreas.
- d) Describir las características del parque de viviendas de los centralizadores y aproximarnos, a través de este, al papel de la centralización en la transformación socioespacial de las cabeceras.

7.1. La centralización en el conjunto de la movilidad residencial metropolitana

En esta primera parte posicionamos la centralización en el conjunto de la movilidad residencial metropolitana, analizando en qué se diferencia de otras formas de movilidad

en términos sociodemográficos (considerando las variables estado civil y forma de convivencia) y socioeconómicos (a través de las variables nivel de estudios y la condición sociolaboral). La finalidad que se busca es establecer si estos movimientos son realmente diferentes a otras formas de movilidad, o al menos, lo suficiente para justificar un análisis más pormenorizado. Realizaremos esta primera comparativa general utilizando el análisis de correspondencias simples, una técnica descriptiva cuyos resultados pueden representarse de manera gráfica, permitiendo una visión muy intuitiva y clara de qué características diferencian a las distintas formas de movilidad. Para la realización de este análisis se ha considerado la variable dependiente en su totalidad, pero excluyendo a las categorías de sedentarios, ya que el objetivo es posicionar los movimientos de centralización en el conjunto de la movilidad residencial, no la inmovilidad. Además, esta última, por su elevado peso respecto al total de la submuestra⁴¹, introducía graves distorsiones en los análisis realizados.

Figura 7.1. Análisis de correspondencias entre movilidad residencial total y estado civil



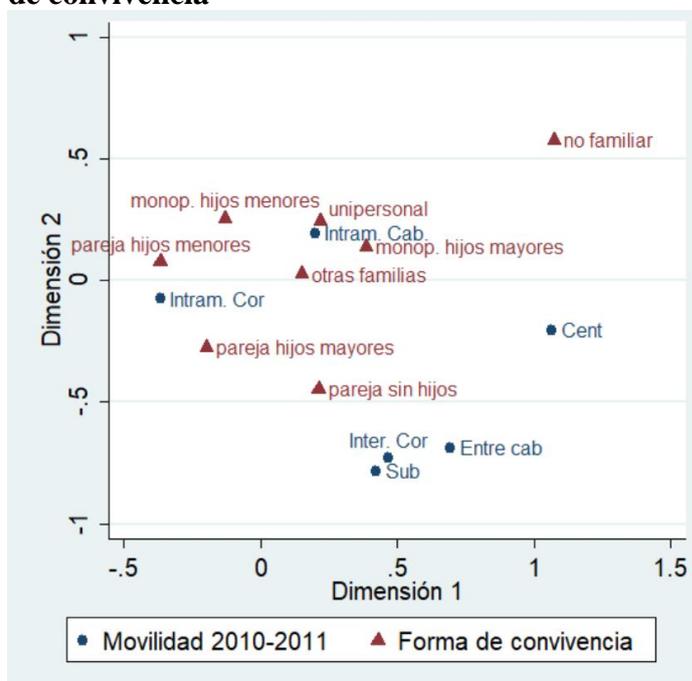
Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Se muestran muy interesantes las correspondencias por estado civil. Respecto a la centralización, se aprecia como, junto a la movilidad intermunicipal en la corona, es un

⁴¹ Constituía el 94% del total.

movimiento que se caracteriza, en mayor medida que el resto de movilidad, por la presencia de personas divorciadas y separadas. Explicar por qué los individuos que han sufrido una ruptura marital optan por estas formas de movilidad intermunicipal no es tarea fácil. Posiblemente su elección se vincule a la necesidad de alejamiento de los espacios compartidos con la anterior pareja, o incluso al retorno a un municipio de origen (o de residencia anterior) donde se concentran espacios de vida, redes de apoyo familiar o incluso alguna vivienda anterior. En el caso específico de los movimientos de centralización, su vinculación con los divorciados puede guardar relación con la preferencia de estos por proximidad a los servicios de ocio, consumo y, especialmente, a lugares de encuentro con los otros que se concentran en las cabeceras (Lees *et al.*, 2013). Por su parte, la movilidad intramunicipal en la corona se vincula a personas casadas, mostrando así su carácter más familiar. Mientras, la intramunicipal en la cabecera muestra una mayor vinculación con los solteros, remarcando su carácter menos familiar. Por último, cabe mencionar la heterogeneidad de la suburbanización, la cual, pese a estar ligeramente más próxima a solteros y viudos (según el eje 1, el más discriminante), no muestra relaciones fuertes con ninguna categoría.

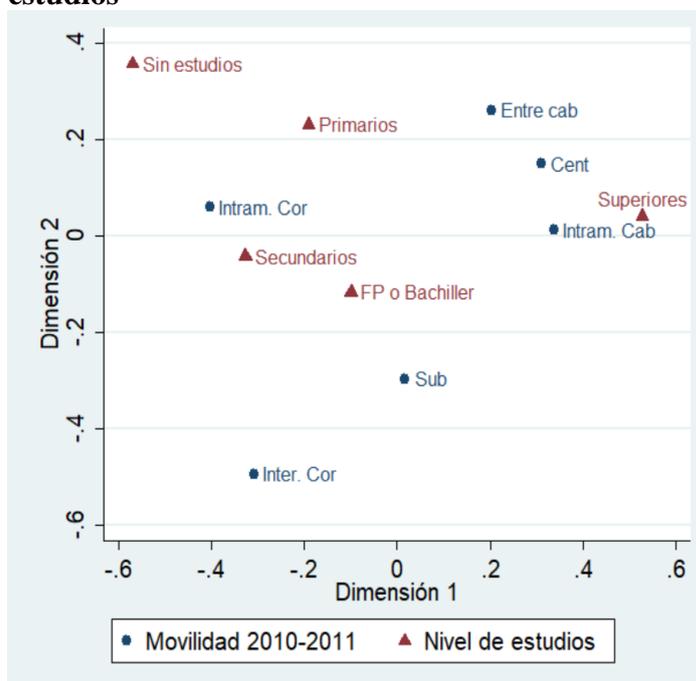
Figura 7.2. Análisis de correspondencias entre movilidad residencial total y forma de convivencia



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Pero para hablar del carácter más o menos familiar de las distintas formas de movilidad es necesario considerar la relación que estas guardan con la forma de convivencia. En general, la centralización se muestra alejada (según la dimensión 1, la más discriminante) de todas las categorías, pero con una mayor proximidad a formas de convivencia poco convencionales, como son los hogares no familiares, guardando similitudes con otras formas de movilidad. Por un lado, se muestra cercana a los movimientos intramunicipales en las cabeceras y a las formas de convivencia asociadas a estos. Formas, en general, propias de sujetos con unos estilos de vida más urbanos, caracterizadas por la vida en solitario y por arreglos familiares menos convencionales (Buzar *et al.*, 2007a, 2007b). Por otro lado, se aproxima a las otras formas de movilidad intermunicipal, más vinculadas a formas de convivencia más transicionales, como son las parejas sin hijos⁴². Por último, cabe mencionar el carácter más familiar que diferencia a la movilidad intramunicipal de las demás, siendo un movimiento muy relacionado con la movilidad de parejas con hijos y hogares monoparentales con hijos menores.

Figura 7.3. Análisis de correspondencias entre movilidad residencial total y nivel de estudios



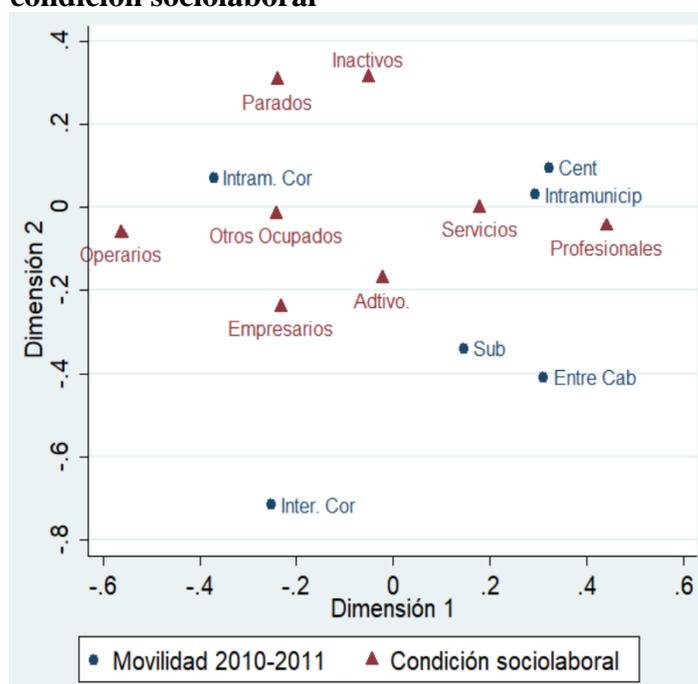
Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Si bien en términos sociodemográficos la centralización se muestra como un movimiento particular, aunque a la vez, bastante diverso, en términos socioeconómicos

⁴² Transicionales en tanto que corresponde con fases previas a la formación de un núcleo familiar.

muestra un perfil bastante diferente del resto de formas de movilidad intermunicipal. Según nivel de estudios, la centralización se sitúa, junto a la movilidad en la cabecera, muy próxima a los grupos más cualificados. Frente a unas formas de movilidad en (y hacia) la corona más cercana a grupos con estudios medios y bajos. Esta tendencia parece apuntar a la existencia de una división social entre cabeceras y coronas, dejándose entrever ciertos filtros residenciales (López-Gay y Recaño, 2008, 2009; Torrado, 2018) de las cabeceras metropolitanas que tienden a una centralización (y retención) del talento, paralela y complementaria, a una perifización de los menos cualificados.

Figura 7.4. Análisis de correspondencias entre movilidad residencial total y condición sociolaboral



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Por último, el análisis según condición sociolaboral remarca aún más la relevancia de la clase social en los movimientos de centralización, la cual se muestra como un movimiento propio de clases medias cualificadas (profesionales). Sin embargo, también se muestra próxima a los trabajadores de los servicios. La explicación de esto es compleja y puede atender a varios factores. Primero, a que las cabeceras metropolitanas se constituyen como centros de servicios avanzados (Storper y Manville, 2006), pero también de bajo valor añadido. Son estos últimos los que atraen a este grupo social, el cual constituye la base laboral que presta servicios (restauración, limpieza, cuidados, etc.) a unos sectores de clases medias (profesionales) que externalizan sus tareas domésticas

(Sassen, 1991). Pero también, la presencia de trabajadores de los servicios puede achacarse a la centralización de jóvenes que acuden a la ciudad en busca de oportunidades formativas y laborales (Fielding, 1992; Marois y Bélanger, 2013), y optan por este tipo de empleos a la espera de encontrar un trabajo acorde a su cualificación.

Frente a estos movimientos con destino a las cabeceras, tenemos unos movimientos en la corona más próximos a las categorías de ocupados con una peor relación con el mercado, como son operarios, empresarios⁴³ y parados, así como a los inactivos. A medio camino tenemos los movimientos de suburbanización, los cuales muestran más proximidad con los cuadros medios y los trabajadores de los servicios. De esta forma, se reafirma la tendencia a la polarización entre cabeceras y coronas, ya no solo en términos formativos sino también sociolaborales.

En conclusión, vemos como la centralización es un movimiento particular, que se diferencia de otras formas de movilidad por su vinculación a cambios negativos en los cursos vitales, como el divorcio o la separación, a formas de convivencia menos convencionales y, especialmente, a la movilidad de clases medias cualificadas. Si bien este análisis nos permite tener una visión de la particular configuración sociodemográfica y socioeconómica de estos movimientos en el conjunto de la movilidad metropolitana, esta es insuficiente para extraer conclusiones. El análisis realizado muestra las vinculaciones más fuertes entre las categorías de las dos variables introducidas, reflejando aquello que más claramente diferencia las distintas formas de movilidad, pero no aquello que propiamente las caracteriza o explica.

7.2. Características generales y diversidad territorial

Para conocer en detalle cualquier forma de acción social, y por tanto cualquier forma de movilidad residencial particular, es necesario, primero, analizar quiénes son sus protagonistas. Un paso previo que cualquier estudio debe hacer antes de dirimir factores explicativos al respecto. En este apartado abordamos el segundo y el tercer objetivo propuestos al inicio, describiendo el perfil general de los centralizadores y, a la vez, contrastando como este varía en las distintas áreas clasificadas según el grado de

⁴³ Ya que la mayoría de esta categoría la conforman empresarios sin trabajadores a su cargo a veces en condiciones ciertamente precarias.

desarrollo de sus procesos metropolitanos. Por tanto, antes de entrar en mayor profundidad de análisis sobre los movimientos de centralización, es importante poner de manifiesto la distribución territorial de los mismos según el tipo de área metropolitana. No sólo porque los perfiles puedan variar, sino porque la mayor representación de un tipo de áreas puede hacer que los datos agregados las reflejen en mayor medida, ocultando la realidad del fenómeno en el resto.

Como se aprecia en la tabla 7.1., de los 62.149 individuos que realizaron este movimiento en el periodo 2010-2011, 34.030 residían en regiones urbanas y grandes áreas, es decir, en las principales áreas metropolitanas españolas (Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Bilbao), suponiendo más de la mitad del movimiento a analizar. A estas áreas les siguen las áreas estándar, que aglutinan a algo más de una quinta parte de los individuos. Y muy por detrás, las áreas menores e incipientes, con apenas un 10% de estos movimientos. Por tanto, ha de tenerse en cuenta que la imagen general de la centralización (su análisis agregado, para todas las ciudades) es esencialmente la suma de las principales áreas metropolitanas, presentando este dato agregado características más propias de estas realidades metropolitanas más grandes y complejas, en detrimento de las áreas menores e incipientes. Esta cuestión justifica aún más la necesidad de un análisis por tipos de áreas. Por último, cabe mencionar que omitiremos el análisis de las áreas policéntricas, ya que nuestro objetivo es analizar la variabilidad de los perfiles según el grado de desarrollo metropolitano, algo que no es posible en las áreas que componen esta categoría, dado que aglutina a varias ciudades con distintos grados de desarrollo difíciles de establecer con exactitud (Feria, 2013, 2015).

Tabla 7.1. Centralización por sexos y tipo de área metropolitana

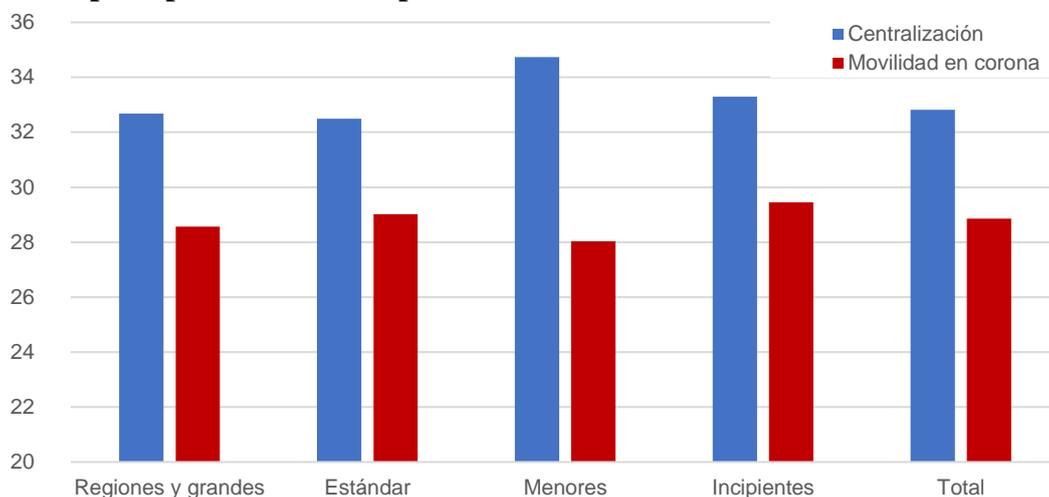
| | Hombre | Mujer | Total | % sobre total centralización | Razones masculinidad |
|----------------------|---------|---------|-----------|------------------------------|----------------------|
| Regiones y grandes | 17.215 | 16.814 | 34.030 | 55% | 102 |
| Estándar | 7.545 | 6.258 | 13.803 | 22% | 121 |
| Menores | 2.151 | 1.854 | 4.005 | 6% | 116 |
| Incipientes | 1.752 | 822 | 2.574 | 4% | 213 |
| Policéntricas | 4.136 | 3.602 | 7.738 | 12% | 115 |
| Centralización total | 32.799 | 29.350 | 62.149 | 100% | 112 |
| Movilidad en corona | 730.564 | 697.495 | 1.428.059 | | 105 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Un primer vistazo a la distribución por sexos muestra unos movimientos de centralización masculinizados en comparación con sus movimientos alternativos. Las razones de masculinidad más elevadas las presentan las áreas incipientes. Mientras en las

principales áreas españolas, la centralización pasa a ser un movimiento más equilibrado, en el que ambos sexos participan en proporciones muy similares.

Figura 7.5. Edad media de los protagonistas de la centralización y la movilidad en la corona por tipo de área metropolitana

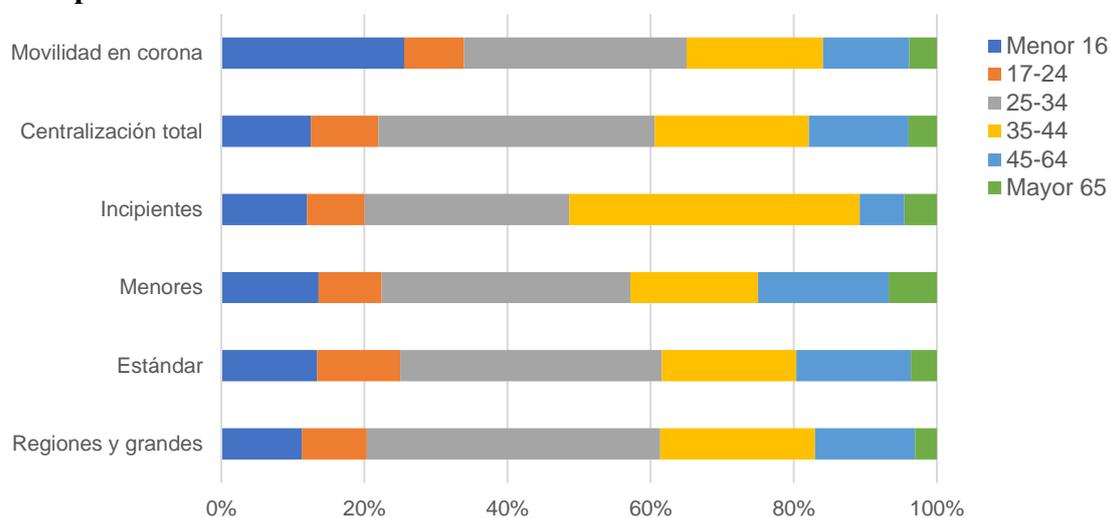


Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

En cuanto al perfil de edad, se aprecia como los protagonistas de la centralización son, en términos de edad media (figura 7.5), bastante más mayores que los protagonistas de sus movimientos alternativos. No obstante, el dato de la edad media resulta engañoso, ya que puede deberse o bien a la ausencia de niños, o bien a la sobrerrepresentación de personas en edades avanzadas. Si observamos la distribución por edades agrupándola en diferentes categorías (figura 7.6) vemos cómo, efectivamente, la mayor edad media de los protagonistas de la centralización se explica por la ausencia de niños, así como por una ligera sobrerrepresentación de adultos maduros. De esta manera, la centralización se perfila como un movimiento poco vinculado a familias con hijos menores, en el que tienen protagonismo dos grupos de edad: los adultos jóvenes (de 25 a 34 años), principales protagonistas de la movilidad intermunicipal (Módenes, 2007), y los adultos maduros (de 35 a 64 años). La relevancia de estos dos grupos nos dibuja así un movimiento diverso, relacionado con acontecimientos diferentes de los cursos vitales. Por un lado, los procesos de emancipación residencial de los adultos jóvenes, y de otro, la movilidad de los adultos maduros, más vinculada a cambios posteriores en los cursos vitales (Rossi, 1955) como el divorcio o la entrada en la etapa de nido vacío (Nguyen, 2006), así como a trayectorias de retorno (Duque-Calvache, 2015).

Si atendemos a los perfiles según tipo de área metropolitana, se aprecia como, conforme los procesos metropolitanos se van incrementando, crecen los grupos en edades intermedias, especialmente aquellos en edad de emancipación, los de 25 a 34 años. Este hecho puede guardar relación con la progresiva consolidación de los procesos de suburbanización y la consiguiente movilidad de los hijos de los suburbanitas hacia la ciudad, al llegar a la edad de emancipación. En general la mayoría de las áreas presentan un perfil similar al agregado, con un fuerte protagonismo de adultos jóvenes y maduros. Un caso atípico a este respecto lo constituyen las áreas incipientes, en las que la centralización se vincula especialmente a adultos entre 35 y 44 años.

Figura 7.6. Centralización según edad en grandes grupos y tipo de área metropolitana



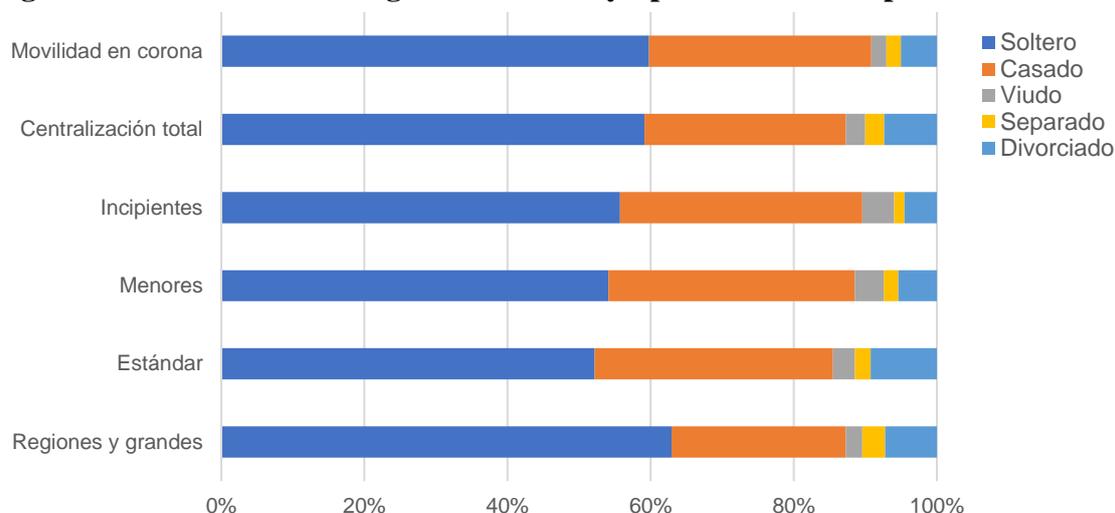
Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Pero para dirimir con exactitud el perfil de los protagonistas del movimiento según el estadio de sus cursos vitales, se hace necesario ir más allá de la edad y considerar dos variables clave que definen a estos, el estado civil y la forma de convivencia.

La distribución por estado civil (figura 7.7) de los centralizadores muestra relativamente pocas diferencias con la distribución de los que se mueven en las coronas, siendo únicamente destacable el mayor porcentaje de personas que estuvieron casadas, y entre estas, las divorciadas. Esta mayor presencia de divorciados remarca la idea de que la centralización se vincula a cambios negativos en los cursos vitales, posteriores a la formación del hogar (Feijten y Ham, 2007). Una centralización motivada por las oportunidades que ofrecen las cabeceras en tanto que lugares de encuentro donde

establecer redes sociales, encontrar pareja y tener próximos servicios y ofertas de ocio adecuadas (Lees *et al.*, 2013). Por tipo de áreas, no se aprecian muchas diferencias entre las áreas incipientes, menores y estándar, salvo por un incremento sustancial en estas últimas de las personas que han sufrido una ruptura marital. Por su parte, las principales áreas españolas muestran un perfil bastante marcado por su carácter menos familiar, en el que los que estuvieron casados y especialmente, los solteros, cobran importancia respecto al resto de áreas.

Figura 7.7. Centralización según estado civil y tipo de área metropolitana



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

De especial relevancia se muestran las distribuciones según estado civil controlando por sexo (tabla 7.2). Como es de esperar, el número de mujeres viudas es siempre mucho mayor que el de hombres. No obstante, respecto al resto de categorías del estado civil encontramos variaciones relevantes. Si recordamos, al inicio de este apartado decíamos que la centralización es un movimiento muy masculinizado, algo que se explica por la mayor presencia de hombres solteros, divorciados y casados. Si bien la masculinización de la categoría de divorciados puede explicarse por la mayor tendencia de los hombres a la movilidad tras la ruptura marital⁴⁴. La explicación de los casados resulta más complicada, pudiendo guardar relación con dos hechos. O bien se trata de separaciones de facto (no legalizadas), o bien se trata del traslado del marido a la cabecera con fines laborales mientras el resto de la familia permanece en una residencia en la

⁴⁴ En la mayoría de los casos se les suele conceder a las mujeres la custodia de los hijos, usualmente junto a la antigua vivienda familiar (Catalán *et al.*, 2008), hecho que explica que los hombres sean los que tengan que relocalizar su residencia tras una ruptura.

corona metropolitana. Como veremos al analizar los datos de disponibilidad de segunda vivienda, esta segunda hipótesis no es tan descabellada. Esta tendencia hacia la centralización de varones casados se encuentra más marcada en las áreas menos desarrolladas, especialmente en las incipientes las cuales, además, muestran una exacerbada masculinización de la categoría de solteros. En las regiones urbanas y áreas grandes, estas tendencias se mitigan, encontrando más paridad por sexos en las categorías de solteros y casados.

Tabla 7.2. Centralización según sexo y estado civil

| | Soltero | Casado | Viudo | Separado | Divorciado |
|-----------------------------|---------|--------|-------|----------|------------|
| Hombres | | | | | |
| Regiones y grandes | 10.784 | 4.191 | 272 | 649 | 1.320 |
| Estándar | 3.987 | 2.445 | 137 | 147 | 829 |
| Menores | 1.132 | 789 | 57 | 28 | 146 |
| Incipientes | 1.130 | 539 | | 37 | 47 |
| Centralización total | 17.033 | 7.964 | 465 | 860 | 2.342 |
| Mujeres | | | | | |
| Regiones y grandes | 10.633 | 4.091 | 519 | 426 | 1.146 |
| Estándar | 3.215 | 2.150 | 286 | 161 | 445 |
| Menores | 1.036 | 589 | 106 | 54 | 70 |
| Incipientes | 305 | 333 | 115 | - | 69 |
| Centralización total | 15.189 | 7.163 | 1.025 | 640 | 1.731 |
| Razones masculinidad | | | | | |
| Regiones y grandes | 101 | 102 | 52 | 152 | 115 |
| Estándar | 124 | 114 | 48 | 91 | 186 |
| Menores | 109 | 134 | 54 | 52 | 208 |
| Incipientes | 371 | 162 | - | - | 68 |
| Centralización total | 112 | 111 | 45 | 134 | 135 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Respecto a las formas de convivencia (tabla 7.3), se observa el carácter menos convencional y familiar de los hogares que optan por las cabeceras respecto a los que optan por las coronas. La distribución agregada muestra unos movimientos de centralización muy vinculados a formas de convivencia no tradicionales (Buzar *et al.*, 2005) como son los hogares unipersonales, los hogares no familiares y otro tipo de arreglos familiares distintos de la familia nuclear. Pero también a otras formas de convivencia más transicionales, previas al nacimiento de los hijos, como las parejas sin hijos, las cuales son mencionadas de manera recurrente en la mayoría de literatura sobre gentrificación y renovación urbana (Rérat, Söderström y Piguet, 2010; Rose, 1996). No obstante, también se observa cierta relación con los cambios de residencia de familias convencionales (en torno al 23% de los centralizadores viven en parejas con hijos), aunque en menor medida que los que cambian de residencia en las coronas, tratándose probablemente de cambios de familias de clase media que buscan proximidad entre los

lugares de estudio de los hijos y de trabajo de los padres (Boterman *et al.*, 2010; Karsten, 2007).

Tabla 7.3. Centralización según forma de convivencia y tipo de área metropolitana

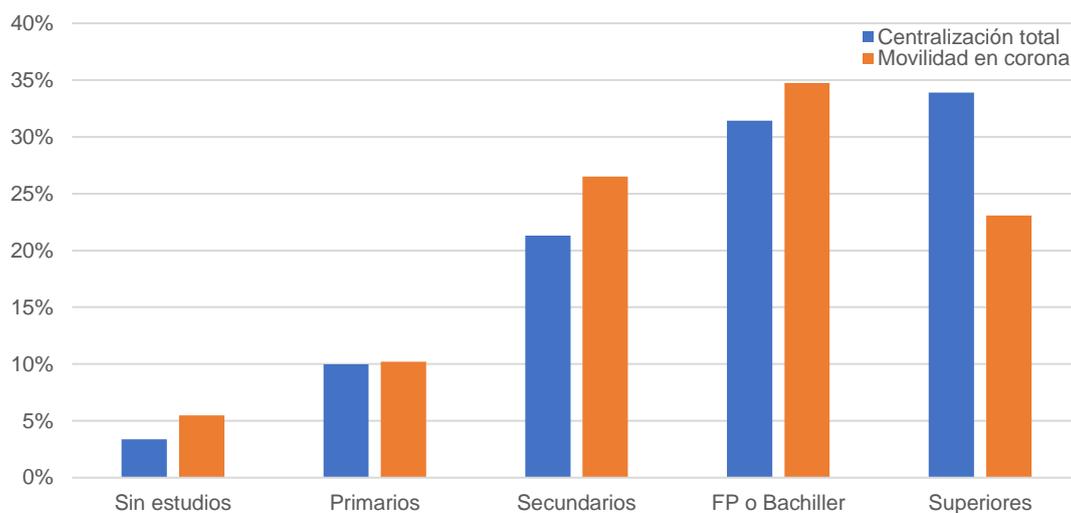
| | Uniper. | No familiar | Monop. Hijos menores | Monop. Hijos mayores | Pareja sin hijos | Pareja hijos menores | Pareja hijos mayores | Otras familias |
|----------------------|---------|-------------|----------------------|----------------------|------------------|----------------------|----------------------|----------------|
| Regiones y grandes | 9,2% | 10,9% | 4,2% | 2,6% | 24,3% | 15,6% | 2,1% | 31,1% |
| Estándar | 9,7% | 2,5% | 7,2% | 2,4% | 24,4% | 28,2% | 2,2% | 23,4% |
| Menores | 12,9% | 0,9% | 2,4% | 5,4% | 25,8% | 25,4% | 3,6% | 23,5% |
| Incipientes | 5,0% | 16,1% | 3,2% | 1,6% | 36,7% | 7,9% | 0,5% | 29,1% |
| Centralización total | 9,7% | 7,5% | 4,8% | 2,6% | 25,0% | 20,5% | 2,2% | 27,5% |
| Movilidad en corona | 8,9% | 2,2% | 5,7% | 1,4% | 19,8% | 39,2% | 2,0% | 20,7% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Diferentes situaciones observamos al considerar los perfiles según tipo de área. En las principales áreas se observa un perfil similar al descrito en términos agregados, pero con tendencias algo más marcadas. Por su parte, las áreas menores y estándar son similares entre sí, mostrando un carácter algo más familiar dada la importancia en ambas, de familias completas, especialmente parejas con hijos (que alcanza casi un tercio de los movimientos en ambos tipos de áreas), pero también hogares monoparentales. Cabe destacar en las áreas menores la relativa importancia de los hogares unipersonales. Por último, en las áreas incipientes la centralización destaca por ser aquellas dónde los hogares no familiares y las parejas sin hijos tienen mayor presencia. Que los hogares no familiares y otros arreglos familiares tengan una fuerte presencia tiene sentido, dado el elevado número de hombres solteros y casados (recordemos que sus razones de masculinidad eran de 371 y 162 respectivamente). Sin embargo, la elevada presencia de parejas sin hijos parece más difícil de explicar cuando consideramos el elevado grado de masculinización de los movimientos. Difícil de explicar si no tenemos en consideración la diversidad sexual que existe en la sociedad española actual. Y es que, en efecto, un porcentaje muy relevante de las parejas sin hijos que se centralizan en estas áreas son parejas de hombres del mismo sexo, suponiendo un 29,3% de las parejas sin hijos, y un 10,7% del total de la centralización. Una cifra elevadísima, especialmente si tenemos en cuenta que la presencia de las parejas del mismo sexo en la centralización de las principales áreas y las áreas estándar apenas alcanza el 1%, estando totalmente ausentes en las áreas menores. Esta importante presencia de parejas del mismo sexo parece configurar a la centralización en las áreas incipientes como un movimiento de huida de los homosexuales. Una huida de unos municipios de la corona que, debido a su escasa integración en la ciudad metropolitana, aún conservan rasgos funcionales, físicos y

especialmente culturales propios del mundo rural. Rasgos relacionados con un mayor control social y especialmente, con una mentalidad más conservadora al respecto de la sexualidad, siendo la homosexualidad, en ocasiones, poco tolerada en estos entornos. De esta manera, los movimientos de centralización en estas áreas, aún en proceso de formación, se configuran, en parte, como un movimiento de huida hacia unas ciudades que son vistas por una parte de sus habitantes como auténticos refugios de la diversidad.

Figura 7.8. Diferencias porcentuales entre los movimientos de centralización y el resto de movilidad en la corona según nivel de estudios



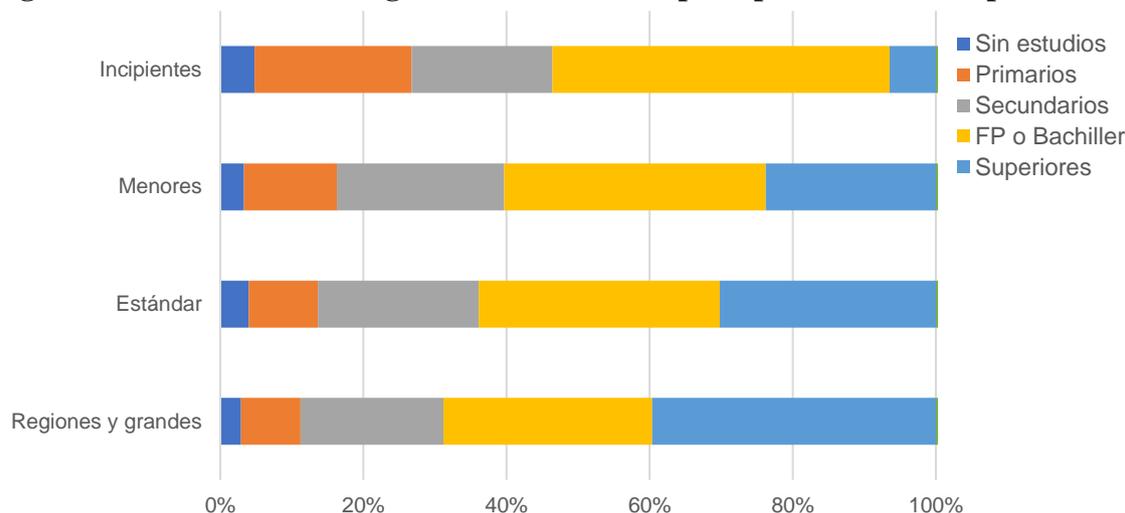
Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Adentrándonos en la dimensión social (figura 7.8), puede apreciarse como el nivel de estudios juega un papel muy relevante en los movimientos de centralización. Frente a la movilidad en la corona, la centralización se muestra como la opción favorita de aquellos que tienen estudios superiores, demostrando la fuerte vinculación de estos movimientos con los más cualificados.

Además de la relevancia del nivel de estudios en términos agregados, se observan unas variaciones territoriales muy claras (figura 7.9). Si bien en las áreas menos desarrolladas el porcentaje de personas con estudios superiores es muy bajo, estas van tomando cada vez más protagonismo, alcanzando máximos en las principales áreas metropolitanas españolas. Mientras, se observa un descenso paralelo y constante las demás categorías, especialmente en aquellos con estudios medios y primarios. La evolución presenta una tendencia mucho más clara que las que apreciábamos en las variables sociodemográficas. Una tendencia lineal, según la cual, conforme pasamos a

áreas más desarrolladas, la centralización se vincula en mayor medida a personas más cualificadas, debido al creciente papel que asumen las cabeceras metropolitanas como nichos empresariales y de empleo de los servicios más avanzados (Storper y Manville, 2006).

Figura 7.9. Centralización según nivel de estudios por tipo de área metropolitana



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Los resultados que aporta el análisis de la condición sociolaboral (tabla 7.4) refuerzan los obtenidos a partir del nivel de estudios, remarcando el relevante papel que juega la clase social en los procesos de centralización. En términos agregados la categoría más cuantiosa son los profesionales, representando algo más de una cuarta parte de la población potencialmente activa⁴⁵ que protagoniza el movimiento. Además, si lo comparamos con el resto de movimientos en la corona, la presencia relativa de estos es muchísimo mayor, por lo que la centralización se perfila como la opción de movilidad preferida por las clases medias cualificadas. Otras diferencias agregadas relevantes se observan en las categorías de trabajadores de los servicios, administrativos y operarios. Los dos primeros están ligeramente más representados en los movimientos centrípetos, mientras los terceros se encuentran claramente infrarrepresentados. La mayor presencia de trabajadores de los servicios puede explicarse por la concentración de servicios básicos y personales en las ciudades, así como por el carácter más transicional en las carreras profesionales de estos empleos. Mientras, la importancia de los cuadros medios responde

⁴⁵ Recordemos que, como vimos en el capítulo 6, las variables socioeconómicas categorizan sólo y exclusivamente a la población de 16 años o más, es decir, a la población potencialmente activa.

a una explicación similar a la de los profesionales, dado que suelen ser grupos de trabajadores dedicados a tareas de administración en empresas localizadas principalmente en las cabeceras. Por otra parte, la infrarrepresentación de los operarios responde a dos causas principales. Primero, a la localización de sus centros de trabajo en las coronas metropolitanas (Castañer *et al.*, 2001), lo cual puede llevar a que los operarios opten por alternativas residenciales más próximas a sus lugares de empleo (Sturtevant y Jung, 2011). Y segundo, pero no menos importante, debido a las dinámicas especulativas y los procesos de cambio socioespacial que se dan en las ciudades centrales, caracterizados por un alza general de los precios que impide a los sectores populares relocalizar su residencia en el seno de las mismas (Hamnett y Randolph, 1986; Marcuse, 1985).

Tabla 7.4. Centralización según condición sociolaboral y tipo de área metropolitana

| | Profesionales | Administrativos | Servicios | Operarios | Empresarios | Otros ocup. | Parados | Parados |
|----------------------|---------------|-----------------|-----------|-----------|-------------|-------------|---------|---------|
| Regiones y grandes | 24,1% | 12,9% | 13,8% | 7,6% | 4,0% | 0,5% | 20,4% | 16,8% |
| Estándar | 19,5% | 15,5% | 10,6% | 10,5% | 3,4% | 0,4% | 21,0% | 19,1% |
| Menores | 10,9% | 13,8% | 13,8% | 12,1% | 6,9% | 1,0% | 20,6% | 21,0% |
| Incipientes | 13,0% | 14,1% | 19,3% | 9,9% | 7,4% | 1,7% | 14,5% | 20,2% |
| Centralización total | 20,8% | 13,8% | 12,9% | 8,5% | 4,5% | 0,5% | 20,5% | 18,4% |
| Movilidad en corona | 15,5% | 12,8% | 11,2% | 11,8% | 5,2% | 0,7% | 25,0% | 17,7% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

La tendencia que acabamos de describir observando sólo los movimientos de manera agregada, queda aún más de manifiesto cuando analizamos la variabilidad de perfiles según tipo de área. De manera similar a lo que ocurría al respecto del nivel de estudios, conforme pasamos a áreas con procesos metropolitanos más avanzados, los profesionales van cobrando cada vez más protagonismo, pasando de algo más de una décima parte de la población en las áreas incipientes, a casi una cuarta parte en las principales áreas españolas. Esta evolución positiva de los profesionales va en paralelo a un descenso en las categorías ocupacionales de los sectores populares (especialmente los operarios), y los grupos de población inactiva. Conforme los procesos metropolitanos avanzan la centralización se va configurando como un movimiento propio de clases medias cualificadas, alimentando, posiblemente, dinámicas socioespaciales de gentrificación en las principales áreas. Pero no así en todas, dada la mayor diversidad que presenta en el resto del universo metropolitano.

Tabla 7.5. Centralización según lugar de nacimiento y tipo de área metropolitana

| | Cabecera | Corona | Otra cabecera | Otra corona | No metropolitano | Extranjero |
|---------------------|----------|--------|---------------|-------------|---------------------|------------|
| Regiones y grandes | 38% | 13% | 5% | 1% | 6% | 37% |
| Estándar | 42% | 15% | 6% | 2% | 7% | 28% |
| Menores | 39% | 20% | 8% | 1% | 14% | 18% |
| Incipientes | 23% | 19% | 14% | 1% | 11% | 32% |
| Policéntricas | 44% | 24% | 7% | 2% | 6% | 17% |
| Centralización | 39% | 15% | 6% | 1% | 7% | 31% |
| Movilidad en corona | 27% | 29% | 6% | 2% | 7% | 29% |

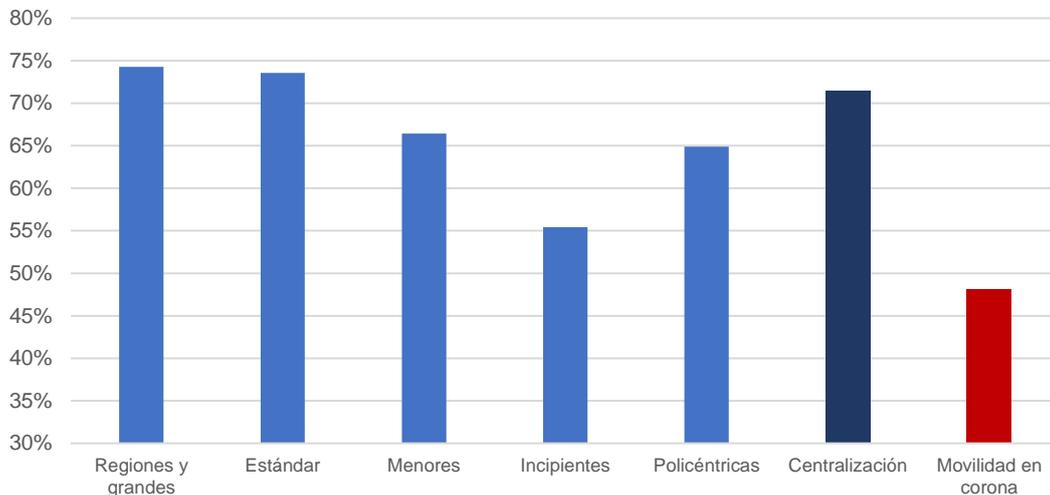
Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Otra dimensión de la centralización que merece la pena analizar es el perfil según lugar de nacimiento (tabla 7.5). Esta variable nos sirve para aproximarnos al papel que tiene la centralización en las trayectorias residenciales de los sujetos. Según esta variable la centralización se muestra como un movimiento en el que tiene bastante importancia el retorno de personas que nacieron en las cabeceras. Si bien es cierto que la mayoría de población nace en las cabeceras independientemente de si reside en ellas o no, el fuerte contraste con respecto a los que cambiaron de residencia en la corona da fuerza a la hipótesis del retorno. Es más, el hecho de que en las principales áreas los nacidos en las cabeceras sean mayoría en la centralización, es un indicador relevante que apuntala esta hipótesis, ya que son ciudades en las que los servicios hospitalarios se encuentran más descentralizados en las coronas (Torrado *et al.*, 2018b), habiendo una mayor coincidencia entre el entorno residencial de nacimiento y el de residencia en los primeros años de vida. Tras los nacidos en las cabeceras, la categoría más importante son los nacidos en el extranjero, una categoría con gran presencia relativa en la mayoría de la movilidad residencial (Bayona y López-Gay, 2011).

La hipótesis de la centralización como movimiento de retorno, cobra más fuerza si calculamos el porcentaje de los que nacieron en la corona sobre el total de la población nacida en la misma área metropolitana (figura 7.10). Observamos una relación clara entre el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos y la proporción de nacidos en las cabeceras, o retornados, que crece de manera lineal desde un 55% en las áreas incipientes, a cerca de un 75% en las principales áreas metropolitanas españolas. Esta tendencia constata el cambio del papel de la centralización a lo largo del proceso de desarrollo metropolitano. Conforme las áreas metropolitanas crecen y se complejizan, pasan de ser un movimiento vinculado a la concentración de población (sin experiencia previa en la cabecera), a constituirse en un movimiento de vuelta a la ciudad de antiguos residentes

(suburbanitas o sus hijos⁴⁶) que, ante determinados cambios en sus cursos vitales optan por relocalizar su residencia en la cabecera metropolitana.

Figura 7.10. Centralización de los nacidos en las cabeceras por tipo de áreas metropolitana (% respecto al total de población nacida en las áreas)



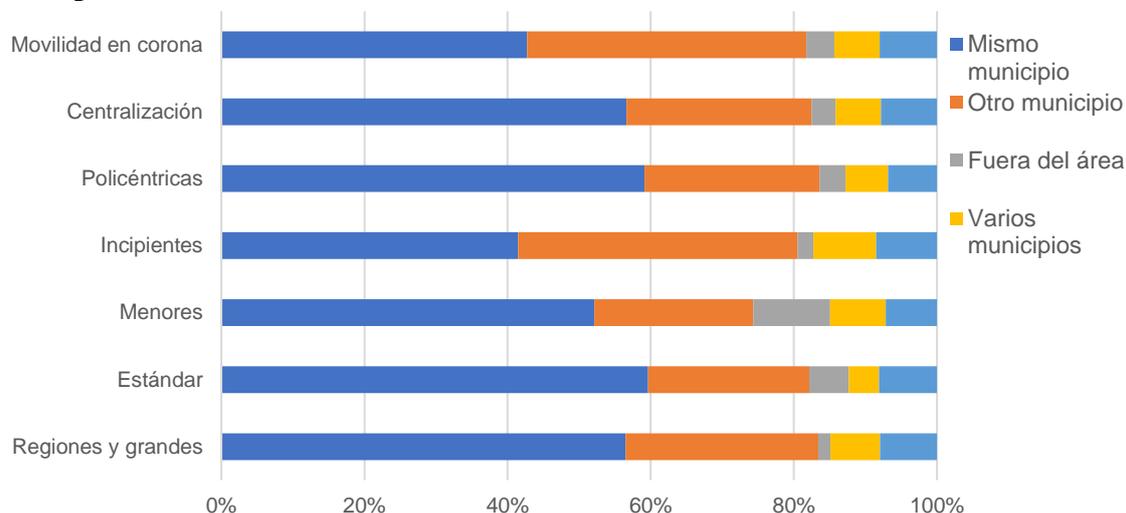
Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Por último, para poder abarcar una visión descriptiva general más completa, es necesario considerar los estilos de vida de los protagonistas de la centralización. En primer lugar, consideramos la variable lugar de trabajo o estudios (figura 7.11), tomada como un indicador de los espacios de vida de los sujetos. Un primer vistazo nos muestra a unos protagonistas de la centralización que trabajan mayoritariamente en el mismo municipio donde residen. Esto se explica porque la cabecera concentra la mayoría de los empleos del área metropolitana (Feria y Susino, 2005), pero también porque la centralización es un movimiento vinculado a la búsqueda de proximidad entre los espacios de vida, algo muy propio de los estilos de vida urbanos (Contreras, 2012; De Pablos y Susino, 2010; De Pablos y Sánchez-Tovar, 2003). Por tipo de área metropolitana no se aprecian tendencias claras, aunque se intuye una mayor concentración de los lugares de residencia y trabajo conforme pasamos a áreas más desarrolladas. No obstante, esta relación dista de ser lineal, ya que en las principales áreas españolas repuntan los desplazamientos a otros municipios, algo lógico si tenemos en cuenta que en estas

⁴⁶ Unos hijos de los suburbanitas que probablemente hayan nacido en las cabeceras, debido a que la suburbanización suele estar motivada, en ocasiones, por el nacimiento, al menos, del primer hijo (Michielin y Mulder, 2008).

realidades urbanas muchos municipios de la corona se encuentran conurbados con la cabecera.

Figura 7.11. Centralización según lugar de trabajo o estudios y tipo de área metropolitana



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Otra dimensión clave de los estilos de vida es la externalización de tareas reproductivas en servicios o algún tipo de ayuda externa (figura 7.12), la cual hemos operacionalizado a través de una variable cuantitativa, el número de tareas domésticas que la persona realiza. En términos agregados se aprecia como los centralizadores realizan, promedio, menos tareas reproductivas relacionadas con el mantenimiento del hogar y los cuidados. Sin embargo, por tipos de áreas esta relación solo se observa en las áreas más y menos desarrolladas, no así en las intermedias. Esto puede explicarse por dos fenómenos distintos. De un lado, puede deberse a la externalización de tareas domésticas. Pero de otro, la variable elegida puede capturar efectos de la estructura del hogar, dado que en su cálculo también contabiliza tareas relacionadas con el cuidado de mayores y menores. Esto explicaría su mayor valor en las áreas intermedias, debido al carácter más familiar que la centralización tiene en las mismas.

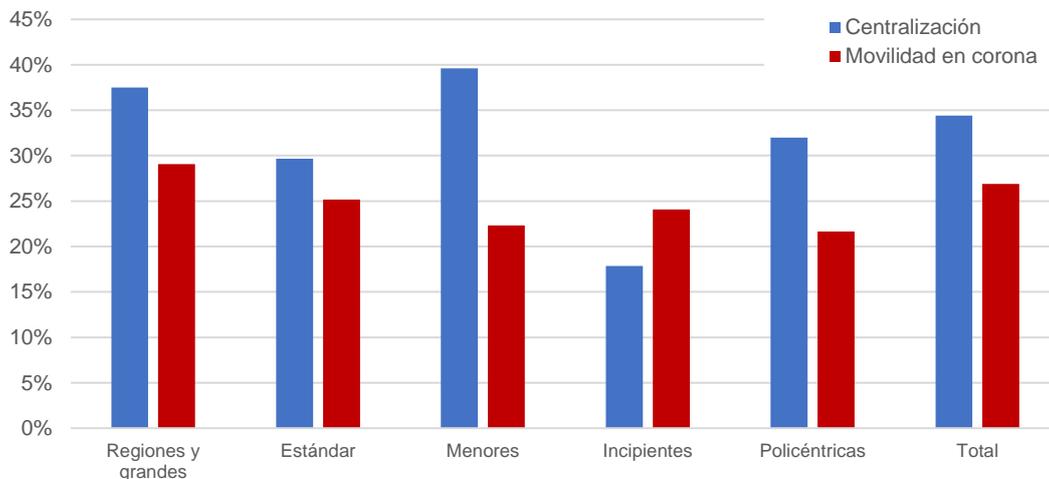
Tabla 7.6. Número medio de tareas domésticas realizadas según tipo de área metropolitana para centralización y movilidad en corona

| | Centralización | Movilidad en corona | Diferencias | |
|--------------------|----------------|---------------------|-------------|------|
| Regiones y grandes | 0,57 | 0,64 | - | 0,06 |
| Estándar | 0,69 | 0,66 | - | 0,02 |
| Menores | 0,68 | 0,64 | - | 0,04 |
| Incipientes | 0,46 | 0,58 | - | 0,11 |
| Policéntricas | 0,65 | 0,67 | - | 0,01 |
| Total | 0,61 | 0,64 | - | 0,03 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Por último, consideramos la disponibilidad de segunda vivienda (figura 7.13). En términos agregados, podemos ver como algo más de un tercio de los protagonistas de la centralización hacen uso de una vivienda en un segundo municipio, mientras en el caso de los movimientos en la corona esta proporción apenas supera la cuarta parte de los individuos. Esto puede ser interpretado en dos sentidos. Bien puede entenderse que el perfil de los protagonistas de la centralización es más elevado y por ello disponen de un bien de consumo costoso como es la segunda vivienda (Roca *et al.*, 2004, 2012). O bien, y si consideramos lo extendido que está el uso de la segunda vivienda en España, puede asumirse como un indicador de la dislocación entre los espacios de vida, es decir, que los individuos que se centralizan, tienden a conservar una segunda vivienda en otro lugar, ya sea por razón de trabajo, mantenimiento de vínculos afectivos con el municipio donde esta se sitúa, o por un mero uso recreativo y vacacional (Leal, 2006; Módenes, 2006; Quinn, 2004). Sea como fuere, parece claro que la centralización es un movimiento donde estas dinámicas de mantenimiento de varias viviendas es un fenómeno más extendido.

Figura 7.12. Disponibilidad de segunda residencia según tipo de área metropolitana



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Por tipo de área metropolitana también se observan tendencias muy interesantes, habiendo una fuerte relación positiva entre la proporción de centralizadores con segunda residencia y el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos. La explicación de este hecho podemos encontrarla en la clásica hipótesis de la compensación (Coppock, 1977; Módenes y López-Colás, 2007), que postula que las personas buscan en la segunda residencia la satisfacción de unas características residenciales que no pueden obtener con

el uso de la vivienda principal. Características vinculadas al entorno residencial en el que esta se sitúa y, especialmente, a las características de las viviendas en sí. De este modo, la mayor disponibilidad de espacio libre, la menor presión del mercado inmobiliario y los menores precios que se dan en la mayoría de las cabeceras de áreas menos desarrolladas, permiten que estas necesidades residenciales puedan realizarse sin mayor problema a través del consumo de la vivienda principal. Sin embargo, cabe una explicación alternativa (y complementaria) y es que, dado que hay más sujetos de clase media conforme los procesos metropolitanos se asientan, es de esperar que estos tengan más segundas residencias.

7.3. Relación con el parque de viviendas y efectos socioespaciales

Vistos los perfiles generales de la centralización en lo que respecta a sus cursos vitales, condición social, trayectorias residenciales y estilos de vida, resta conocer su relación con el parque de viviendas. En este último apartado, abordamos el cuarto y último objetivo planteado, profundizando en las características de las viviendas a las que se mudan y, a través de estas, aproximarnos a sus posibles efectos en la transformación socioespacial de las cabeceras metropolitanas.

Tabla 7.7. Características del parque de viviendas que ocupan los centralizadores según tipo de área

| | Regiones y grandes | Estándar | Menores | Incipientes | Centralización total |
|-----------------------|--------------------|----------|---------|-------------|----------------------|
| Tenencia | | | | | |
| Propiedad pagada | 16% | 16% | 21% | 25% | 17% |
| Propiedad hipotecada | 26% | 33% | 32% | 29% | 29% |
| Alquiler | 52% | 44% | 34% | 43% | 47% |
| Cedida y otras formas | 7% | 7% | 13% | 3% | 8% |
| Tamaño | | | | | |
| Menor60 | 23% | 11% | 7% | 19% | 17% |
| 60a75 | 34% | 30% | 34% | 31% | 32% |
| 76a90 | 23% | 27% | 33% | 26% | 27% |
| 91a105 | 7% | 15% | 14% | 8% | 10% |
| 106a120 | 4% | 7% | 4% | 9% | 5% |
| Mas120 | 8% | 11% | 9% | 6% | 9% |
| Antigüedad | | | | | |
| Antes1940 | 15% | 5% | 5% | 16% | 11% |
| 1941a1960 | 16% | 11% | 10% | 3% | 13% |
| 1961a1970 | 23% | 15% | 11% | 6% | 18% |
| 1971a1980 | 16% | 18% | 22% | 22% | 18% |
| 1981a1990 | 7% | 8% | 5% | 17% | 8% |
| 1991a2001 | 7% | 11% | 13% | 13% | 9% |
| Posteriora2002 | 16% | 32% | 34% | 23% | 23% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Según la distribución por formas de tenencia, se observa como la centralización es un movimiento caracterizado por el acceso al alquiler, pero en el que también tiene

importancia la vivienda en propiedad. Si bien es esperable una mayor preeminencia del alquiler que en los movimientos en la corona, debido a los estadios más transicionales de las trayectorias familiares de sus protagonistas, así como a la mayor consolidación del mercado de alquiler en las cabeceras; estas diferencias no son especialmente grandes (apenas alcanzando un 3% las diferencias entre ambos movimientos), encontrando incluso un porcentaje mayor de personas que acceden a vivienda en propiedad totalmente pagada. Esto puede tener varias explicaciones, la más evidente es el perfil social más elevado de los protagonistas de la centralización. Pero, por otro lado, también puede explicarse por el hecho de que la centralización se vincule, al menos en parte, a ciertos movimientos de retorno a una vivienda anterior. En cuanto a la distribución territorial, se observa como el alquiler es la opción mayoritaria entre los centralizadores de las principales áreas, algo explicable, al igual que la pauta agregada, por la forma de convivencia de sus protagonistas y la mayor expansión del mercado del alquiler en estas cabeceras, más saturadas urbanísticamente. Por el contrario, en el resto de las áreas la propiedad (en sus distintas formas), es la pauta mayoritaria, hecho que responde a explicaciones distintas. En el caso de las áreas menores y estándar, la preeminencia de la propiedad puede guardar relación con el carácter más familiar de estos movimientos. Mientras, en el caso de las incipientes la explicación puede tener que ver con la mayor oferta disponible y la menor presión sobre el mercado inmobiliario de estas áreas, muchas aún en fases de concentración o urbanización.

En cuanto al tamaño se aprecia cómo, en términos agregados, los centralizadores se concentran principalmente en viviendas pequeñas (menores de 90 metros). Esta tendencia es bastante lógica si tenemos en consideración las características del parque de viviendas de las cabeceras metropolitanas (generalmente más saturado y con viviendas en altura de menores dimensiones que las coronas). Aunque también guarda relación con los perfiles sociodemográficos de la centralización, unos movimientos que rara vez implica a familias completas, y muy vinculado a tipos de hogares poco convencionales, los cuales suelen ser de tamaño reducido. Por tipo de área, vemos como en las áreas incipientes, y especialmente en las principales áreas, las viviendas de menos de 76 metros cuadrados aglutinan, en ambos casos, en torno a la mitad de los centralizadores. Mientras en las áreas menores y estándar la proporción de centralizadores en estas viviendas no alcanza el 40%. Esta distribución por áreas se explica, de nuevo, por la particular configuración sociodemográfica de la centralización en las distintas áreas, así como por la mayor

saturación de los mercados de vivienda de las ciudades centrales conforme los procesos metropolitanos avanzan.

Por último, según antigüedad de la vivienda observamos unos movimientos que, en comparación con los que se producen en la corona, se vinculan principalmente al acceso a vivienda antigua, tanto más conforme ascendemos en la jerarquía metropolitana. Estas diferencias son casi totalmente explicables por las características del parque residencial de las cabeceras, siempre más antiguo que el de las coronas, aunque también puede guardar relación con las preferencias de sus protagonistas por entornos más centrales y por viviendas con un valor arquitectónico y patrimonial relevante.

Sin embargo, para dar cuenta de las preferencias y gustos particulares de estos individuos, se hace necesario analizar los contrastes que existen entre las viviendas de acceso de los centralizadores y la oferta disponible en las cabeceras. A través de estos contrastes se puede apreciar aquellos segmentos del mercado de vivienda donde los centralizadores se encuentran sobrerrepresentados, pudiendo así afirmar que tienen una mayor propensión a asentarse. Para hacer esto, hemos calculado unos índices⁴⁷ en base 100 que nos permiten controlar (por estandarización) el efecto de la estructura del parque de viviendas disponible. De las tres variables referentes a la vivienda, hemos optado por calcularlos exclusivamente para la antigüedad de la vivienda, en la medida en que es la única variable disponible que nos permite aproximarnos de alguna manera a la configuración socioespacial de las ciudades⁴⁸.

⁴⁷ Para el cálculo de este índice dividimos el porcentaje de centralizadores que se concentra en una categoría (por ejemplo, vivienda construida antes de 1940), entre el porcentaje de vivienda disponible en las cabeceras que aglutina dicha categoría, y lo multiplicamos por cien. El índice nos informa de cuanto mayor o menor la propensión de los centralizadores a acceder a un tipo de viviendas u otras, representando 100 una propensión nula (el porcentaje de los que acceden es igual al de vivienda disponible). De manera que todos los valores por encima de esta indicarán una propensión mayor de los centralizadores (el porcentaje de los que acceden es mayor que el de vivienda disponible), y todos los valores por debajo una propensión inferior, permitiéndonos así aproximarnos a sus preferencias.

⁴⁸ En tanto que los distintos segmentos del parque de viviendas clasificados según antigüedad guardan relación con zonas de la ciudad que se desarrollaron en sucesivas fases históricas (y por tanto en sucesivas oleadas del proceso urbanizador) y, para el caso de nuestro país, podemos intuir, si quiera de manera aproximada, su localización y su mayor o menor valor patrimonial y simbólico. Así, es muy probable que las viviendas anteriores a 1940 abarquen la mayoría de los cascos históricos, mientras las viviendas construidas a partir de 1990 y especialmente, a partir de 2002, correspondan a nuevos ensanches residenciales. Por su parte, la vivienda construida entre las décadas de 1940 y 1970, guardan relación con los desarrollos urbanísticos de la posguerra (auspiciados por la política de vivienda del ministerio falangista de vivienda). Si bien es cierto que es suponer demasiado, y que realmente hay una mayor heterogeneidad, es la única aproximación posible y, a la vista de la composición social por antigüedad del parque de viviendas de las cabeceras, parece que al menos los dos extremos de la variable (las viviendas más antiguas

Atendiendo a estas propensiones (tabla 7.7), vemos dos tendencias. De un lado, se aprecia una preferencia de estos sujetos por la vivienda muy antigua, situada en zonas muy céntricas y posiblemente en edificios históricos con cierto valor arquitectónico o, dicho en otras palabras, vivienda más susceptible de gentrificación (Beauregard, 1987; Marcuse, 1985). Por otro lado, también se observa una elevada propensión de los centralizadores en las viviendas de nueva construcción, aquellas construidas en la primera década del siglo XXI, localizadas preferentemente en nuevos ensanches residenciales.

La primera vincula a estos sujetos con procesos de gentrificación, mientras la segunda, los sitúa como los nuevos pobladores de los ensanches residenciales de las cabeceras. Pero estas dos tendencias están más o menos marcadas según el tipo de área metropolitana. Así, se aprecia que esta sobrerrepresentación de los centralizadores en viviendas muy antiguas se da sobre todo en las principales áreas metropolitanas españolas y en áreas menores e incipientes. En las primeras, dada la elevada presencia de profesionales y personas con estudios superiores, esta tendencia apunta a que los protagonistas de la centralización podrían estar alimentando ciertos procesos de gentrificación. Sin embargo, en el caso de las áreas incipientes esta tendencia no podría vincularse de manera tan evidente a procesos de gentrificación, dado el carácter social más mixto de sus centralizadores. Mientras, en las áreas estándar, se aprecia una sobrerrepresentación más marcada de los centralizadores a ocupar viviendas de nueva construcción, dibujando un perfil de individuos que buscan en mayor medida, el acceso a vivienda en ensanches o zonas que han sufrido procesos de renovación urbana.

Tabla 7.8. Propensión (índices base 100) de los centralizadores a ocupar viviendas según antigüedad, por tipo de área

| | Regiones y grandes | Estándar | Menores | Incipientes | Centralización total |
|----------------|--------------------|----------|---------|-------------|----------------------|
| Antes1940 | 139 | 96 | 193 | 538 | 161 |
| 1941a1960 | 104 | 97 | 109 | 38 | 107 |
| 1961a1970 | 99 | 82 | 67 | 40 | 95 |
| 1971a1980 | 75 | 79 | 87 | 99 | 80 |
| 1981a1990 | 77 | 66 | 47 | 118 | 71 |
| 1991a2001 | 74 | 82 | 89 | 88 | 74 |
| Posteriora2002 | 146 | 190 | 162 | 101 | 141 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

y las más nuevas) parecen vincularse a dos realidades diferenciadas, los cascos históricos y los ensanches residenciales.

Pero para aproximarnos a los efectos socioespaciales no podemos obviar la dimensión social. Para considerarla, hemos recalculado los índices según antigüedad de la vivienda para dos grupos específicos (figura 7.14). De un lado los profesionales, perfil arquetípico de clases medias cualificadas potencialmente protagonistas de la gentrificación (Ley, 1996). Por otro, los sectores populares, en los que aglutinamos a las dos categorías de clase trabajadora más representativas en la actualidad, los operarios y los trabajadores de los servicios. A través del análisis de sus propensiones específicas por tipo de áreas, nos aproximamos un poco más a los efectos socioespaciales de la centralización. En el caso de las principales áreas apreciamos tres tendencias claras. En primer lugar, la fuerte preferencia de los profesionales por la vivienda más antigua, paralela a una propensión negativa de los sectores de clase trabajadora. Una tendencia que apunta a los procesos de gentrificación que se encuentran activos en ciudades como Madrid (García-Pérez, 2014), Barcelona (Fernández, 2014), e incluso Sevilla (Díaz-Parra, 2009), y a los que la centralización, en este caso, parece contribuir. En segundo lugar, vemos una propensión también elevada de los profesionales a localizarse en viviendas de nueva construcción. Algo que guarda relación con su capacidad adquisitiva y que muestra como, en las principales ciudades, los nuevos ensanches son zonas muy cotizadas. Por último, se observa como los sectores populares optan en mayor medida por las viviendas construidas entre 1940 y 1970, años en los que se construyen la gran mayoría de barrios obreros fruto de la política de vivienda social franquista. Una tendencia que se repite en todos los tipos de área (con la salvedad de las áreas estándar en el caso de la vivienda de los años 60-70), remarcando el carácter eminentemente obrero de estos segmentos del parque de viviendas, debido posiblemente a su localización en zonas más periféricas, a sus más reducidas dimensiones y a una construcción con materiales de peor calidad, características generales que configuran un parque de vivienda más asequible.

Por su parte, en las áreas estándar se aprecian distribuciones similares a las vistas en las principales áreas en lo que respecta a la vivienda más antigua. Esto indica que, posiblemente, sus centros históricos también estén sufriendo procesos de gentrificación a los que la centralización, de algún modo, está contribuyendo. Si bien hay pocos estudios al respecto de la gentrificación en ciudades de menor rango, en el caso español el estudio de Duque-Calvache (2016) constata este fenómeno para el barrio histórico del Albaicín, en Granada. En cuanto a la vivienda nueva, se aprecia como en estas áreas es la opción mayoritaria de toda la población, tanto clases medias como trabajadoras. Un reflejo de la

expansión de estas ciudades vía ensanches residenciales tanto a partir de zonas obreras, como de clase media⁴⁹.

Figura 7.13. Propensión (índice en base 100) de profesionales y sectores populares a ocupar viviendas según antigüedad, por tipo de área



Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Por último, en las áreas menores e incipientes, ambos grupos presentan distribuciones similares. En estos casos, los edificios de más antigua construcción se muestran como la opción favorita de las clases trabajadoras; llevando incluso a que, en las áreas incipientes, la propensión de los profesionales a acceder a estas viviendas sea inferior a la media. Esto puede estar reflejando ciertos procesos de desvalorización y

⁴⁹ Un ejemplo de esto último son los ensanches residenciales de la capital granadina, que presentan un carácter social ambivalente. En el caso de la zona norte, se ha construido todo un ensanche obrero a partir de la avenida de Joaquina Eguaras, frente a otras nuevas zonas de clase media, como las que por ejemplo encontramos en torno al nuevo Parque Tecnológico de la Salud.

degradación residencial de los centros⁵⁰ a los que la centralización podría estar contribuyendo. Por otro lado, las zonas de nueva construcción se muestran como la opción favorita de las clases medias, aunque, vista la propensión de los sectores populares, deben estar desarrollándose en paralelo con nuevos desarrollos obreros.

7.4. Sumario

En el presente capítulo nos hemos aproximado a la centralización a partir de un análisis descriptivo detallado que buscaba obtener una visión de conjunto que nos sirva de guía en los siguientes capítulos de cara a tratar de construir su explicación. A continuación, enumeramos los principales hallazgos realizados al respecto de los cuatro objetivos inicialmente planteados:

- a) La centralización se muestra como una forma de movilidad residencial diferenciada del resto de formas por su vinculación a hogares no tradicionales, a la ruptura marital y, especialmente, por su fuerte vinculación con las clases medias cualificadas.
- b) En términos de perfiles, los protagonistas de la centralización se caracterizan por:
 - Concentrarse en dos grupos de edad, los adultos jóvenes (25-34) y los adultos maduros (34-45). Lo cual apunta a que se vincula a momentos diferentes de los cursos vitales y las trayectorias residenciales.
 - Convivir en hogares no tradicionales, vinculándose a fases transicionales de los cursos vitales.
 - Pertenecer principalmente a clases medias cualificadas. Aunque también tienen una relevancia importante los trabajadores de los servicios y los cuadros medios.
 - Haber nacido en las cabeceras. Algo que da a pensar que la centralización es, en parte, un movimiento de retorno.
 - Tener segunda residencia, realizar pocas tareas domésticas y trabajar en el mismo municipio. Dibujando unos estilos de vida urbanos característicos.
- c) El perfil de los centralizadores varía sustancialmente de unas áreas a otras según el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos. Entre las variaciones más interesantes encontramos:

⁵⁰ Un ejemplo de la degradación de los centros de las cabeceras de áreas incipientes lo encontramos en la ciudad de Badajoz o Jaén.

- Carácter más familiar de la centralización en áreas menores y estándar. Frente al carácter menos familiar en áreas incipientes y, especialmente regiones urbanas y grandes áreas.
 - Incremento de las clases medias paralela al descenso de las clases trabajadoras menos cualificadas conforme los procesos metropolitanos se consolidan.
- d) La centralización es un movimiento que contribuye a la transformación socioespacial de las metrópolis a través de procesos diversos:
- Gentrificación en los cascos históricos de las principales áreas y las áreas estándar.
 - Expansión y renovación urbana en zonas de nueva construcción (de clase media, pero también obreras) en todas las áreas.
 - Renovación de barrios obreros consolidados en todas las áreas.
 - Procesos de deterioro social de los centros urbanos en áreas incipientes.

No obstante, todos los resultados contenidos en este sumario han de tomarse con la debida cautela. Si bien el análisis descriptivo realizado permite obtener una visión general del fenómeno y de sus efectos socioespaciales, las relaciones que muestra pueden ser aparentes, en tanto que está considerando siempre la relación entre la centralización y sus potenciales variables explicativas una a una, obviando las posibles alteraciones que puedan estar introduciendo ciertas variables que actúen como mediadoras. Además, si bien el análisis descriptivo muestra quiénes son efectivamente los protagonistas de la centralización, no permite profundizar en su explicación. Por ello, los resultados aquí enumerados deben considerarse más como hipótesis, sobre las que trabajaremos en los capítulos siguientes, y no tanto como resultados definitivos.

Capítulo 8. La explicación global de la centralización. Una aproximación a partir de modelos logísticos

Si bien en el capítulo anterior esbozamos bastantes ideas a modo de tentativa a partir de los resultados de un análisis descriptivo general, explicar la centralización como elección residencial requiere tener en consideración cómo cada una de las características de individuos y hogares afectan a la probabilidad de realizar el movimiento, controlando el resto. Para ello, no basta con analizar quiénes son los protagonistas de los movimientos, sino que se hace necesario un cálculo que aíse el efecto de las distintas variables explicativas, evitando las alteraciones que pudiese introducir en las mismas la estructura de la población estudiada. En el presente capítulo trataremos de responder a la pregunta ¿Qué lleva a las personas a optar por la elección residencial de las cabeceras metropolitanas, en lugar de las zonas suburbanas?

Para responder a este tipo de preguntas, la literatura sobre comportamiento residencial ha recurrido al uso de modelos de regresión de distintos tipos (Clark *et al.*, 2015; Clark, 2013; Kim *et al.*, 2015; Palomares-Linares, 2017), destacando principalmente los de tipo logístico, ya que son los que mejor se adecuan a la naturaleza

de las decisiones residenciales y a las variables que convencionalmente se utilizan para operacionalizarlas. Para el caso concreto de la centralización, varios trabajos previos han recurrido a modelos de este tipo, o parecidos, llegando a ciertas conclusiones relevantes sobre los factores individuales que operan en la explicación de estos movimientos.

En términos de cursos vitales, estos trabajos señalan ciertos cambios que favorecen que las personas opten por las cabeceras metropolitanas: la salida del hogar familiar, con frecuencia ligada al acceso a la formación superior o al primer empleo (Marois y Bélanger, 2013; Turcotte y Vézina, 2010); la formación y ruptura –por divorcio o separación– de la pareja (Feijten y Ham, 2007) o la entrada en la etapa de nido vacío (Nguyen, 2006). Acontecimientos muy diversos que dibujan un movimiento que puede responder a múltiples explicaciones.

No obstante, la mayoría de estos trabajos no cuentan con datos longitudinales que les permitan contrastar el efecto concreto del evento. Esta limitación se intenta paliar empleando los datos transversales disponibles, operacionalizando las fases del curso vital a través de variables demográficas como la edad o la estructura del hogar. Estos estudios resaltan la mayor presencia en la centralización de parejas sin hijos, hogares unipersonales y no familiares (Ford y Champion, 2000; López-Gay y Recaño, 2008; Duque-Calvache, 2015). Respecto a la edad, no hay una posición clara, si bien algunos sostienen que se vincula a personas jóvenes (Marois y Bélanger, 2013), hay estudios de signo contrario (Duque-Calvache, 2015), y otros que incluso afirman que no influye (South y Crowder, 1997; Sánchez y Dawkins, 2001). Estas divergencias redundan en la idea de que son movimientos diversos, vinculados a distintos momentos del curso vital.

La posición social por su parte es una cuestión más controvertida. Los estudios norteamericanos han tendido históricamente a vincular las ciudades centrales a personas de bajos ingresos (Nelson y Edwards, 1993), receptores de asistencia social y minorías étnicas (South y Crowder, 1997). En el caso europeo (y también español) ocurre justo lo contrario, se considera el centro un espacio valioso y deseable. De modo que los protagonistas de estos movimientos son las personas con estatus ocupacional elevado –profesionales– y educación superior (López-Gay y Recaño, 2008, 2009; Torrado, 2018).

En cuanto a los estilos de vida, ningún estudio previo que haya tratado la centralización desde una óptica cuantitativa ha incluido variables relacionadas con estos. Sin embargo, encontramos algunas claves en estudios de otro tipo⁵¹. Estos estudios señalan como la elección residencial de las ciudades centrales se vincula a la búsqueda de proximidad, en un sentido amplio, por parte de unos nuevos sujetos urbanitas que rechazan el modo de vida suburbano (Caufield, 1993), más basado en la dispersión de los espacios de interacción social y consumo (Pablos y Susino, 2010). Buscan, por tanto, la proximidad a unos lugares de trabajo, que tienden a concentrarse en las cabeceras, evitando la dislocación entre el lugar de trabajo y residencia que caracteriza a la vida en las metrópolis (Contreras, 2011). También la proximidad a las redes sociales y de afinidad, siendo la ciudad un espacio dónde encontrarse con el otro, con fines de ocio, o en búsqueda de parejas sexuales (Lees *et al.*, 2013). Proximidad, por último, a los servicios personales a los que recurrir para evitar dedicar demasiado tiempo a las tareas reproductivas domésticas y centrarse más en el trabajo y el ocio (Schnell y Gracier, 1993). Más allá de la citada proximidad, también parece tener cierta relevancia en los estilos de vida de algunos centralizadores, ciertas pautas de cambio periódico hacia una segunda residencia, teniendo la vivienda en la cabecera, al menos para algunos sujetos, un carácter más funcional (Duque-Calvache, 2015).

Nosotros recogemos el testigo de estos estudios previos que, de un modo u otro, han tratado de explicar la centralización. No obstante, hemos de tener en cuenta que estos trabajos, con contadas excepciones (South y Crowder, 1997), han puesto su foco de atención en áreas muy concretas, especialmente en aquellas con procesos metropolitanos más avanzados. Grandes capitales nacionales y globales como Toronto (Turcotte y Vézina, 2010), Montreal (Marois y Bélanger, 2013), Barcelona (López-Gay y Recaño, 2008) o las principales capitales nacionales (López-Gay y Recaño, 2009). Por ello, se hace necesario poner a prueba sus resultados en una población más amplia, que permita construir una explicación estadística global del fenómeno más allá de sus manifestaciones contextuales.

⁵¹ Principalmente estudios sobre nuevos habitantes urbanos como los de Contreras (2011) y Schnell y Gracier (1993), pero también en estudios sobre gentrificación (Caufield, 1993; Ley, 1996; Lees *et al.*, 2013) u otros que tratan las relaciones entre los espacios de vida y la clase social (Pablos y Susino, 2010).

Para ello hemos elaborado un modelo explicativo a partir de nuestra muestra que considera la totalidad del universo metropolitano español⁵². En la modelización, podemos observar el efecto de las variables individuales relacionadas con los distintos aspectos de los cursos vitales, la posición social y algunas aproximaciones a los estilos de vida. Este primer modelo constituye un punto de partida para la indagación acerca del papel de las trayectorias vitales y residenciales, así como la diversidad territorial del fenómeno; cuestiones que se presentan en capítulos posteriores, para lo cual se han añadido bloques adicionales de variables a los cálculos y se han realizado modelos específicos.

Por tanto, el objetivo principal que se persigue aquí es obtener un modelo global de la centralización para la totalidad del universo metropolitano español, un objetivo general que desgranamos en dos subobjetivos. Primero, cuantificar el peso relativo que tienen los distintos bloques de variables. Para ello dividimos las variables explicativas en cuatro bloques: demográficas, formas de convivencia⁵³, posición social y estilos de vida. En segundo lugar, conocer los determinantes individuales que están detrás de la explicación de la centralización. Para ello, no nos conformamos con utilizar una sola variable dependiente, sino que pretendemos profundizar en el efecto de ciertas decisiones de investigación en la construcción de la centralización, esto es, analizar cómo cambia el modelo en función de las alternativas a la centralización que establecemos como referencia en la variable dependiente. Hemos tomado dos diferentes.

La primera variable pone en relación la centralización con el resto de alternativas, asumiendo el valor 1 si el individuo opta por la centralización, y 0 en caso de que opte por permanecer en la corona (sea cambiando de residencia o no). Esta variable es la más adecuada para analizar los determinantes de un movimiento, ya que, refleja los determinantes reales del mismo, al ponerlo en comparación con la totalidad de su población de referencia. No obstante, en esta población de referencia tienen un peso muy relevante los sedentarios (que constituyen casi un 94% del total de población que residía en las coronas en 2010), lo cual hace que los modelos desarrollados a partir de la misma tiendan, en gran medida, a reflejar determinantes generales de la (in)movilidad, ocultando

⁵² No obstante, aunque aspiramos a la construcción de un modelo para la totalidad de las realidades metropolitanas españolas, el mayor peso en la muestra de las grandes áreas y las regiones urbanas hará que este modelo explique mejor lo que ocurre en ellas.

⁵³ Estas dos primeras son utilizadas como aproximación a los cursos vitales.

en ocasiones los determinantes más específicos de la centralización, es decir, aquellos que la diferencian de otras opciones de movilidad posibles.

Por esta última razón, y de cara a obtener una visión mucho más rica e integral de la centralización, hemos optado por considerar una segunda variable, que permite analizar la centralización con respecto al resto de formas de movilidad posibles de los que residían en las coronas en 2010. Esta variable asume también el valor 1 cuando el individuo opta por centralizarse, pero excluimos del valor 0 a la población sedentaria, estando sólo contenida en este valor la población que cambia de residencia en la misma corona. El uso de esta variable permite conocer qué factores específicos llevan a los que ya han decidido moverse a optar por las cabeceras y no por otra vivienda en la corona. Es decir, permite aproximarse a los motivos que llevan a las personas a elegir el centro, una vez han tomado la decisión de moverse.

En cuanto a las variables independientes, emplearemos la mayoría de las variables referentes a las características de individuos y hogares utilizadas en el capítulo anterior: edad, sexo (demográficas), estado civil, forma de convivencia (trayectorias familiares), nivel de estudios, condición sociolaboral (posición social), número de tareas reproductivas que realiza, lugar de trabajo o estudios, disponibilidad de segunda residencia y régimen de tenencia de la vivienda principal (estilos de vida). No obstante, cabe mencionar una matización en el uso que aquí hacemos de la edad (extensible a todos los capítulos subsiguientes), la cual incluimos de dos maneras diferentes. Primero la variable sin recodificar, es decir, como una variable continua, a fin de captar sus efectos lineales. Y segundo, elevada al cuadrado, a fin de captar sus efectos cuadráticos, de manera que nos permita matizar los resultados de la edad en tanto que variable lineal, pudiendo analizar su efecto (en caso de que lo tuviera) en las edades más avanzadas.

Dada la construcción de las variables dependientes, la muestra original se ha dividido en dos submuestras diferentes. Además, hemos eliminado a los menores de 16 años, por dos razones relacionadas entre sí. Primero, porque no son población susceptible de estar ocupada, por lo que no tienen valores en algunas variables clave, concretamente en las referentes a la posición social (el nivel de estudios y la condición sociolaboral). Por esta razón, al introducir estas variables en los modelos, el propio modelo los excluye de manera automática. Y segundo, por una razón teórica, y es que estos menores de 16 años

no suelen tomar decisiones de movilidad por sí mismos (que es precisamente lo que pretendemos explicar), siendo mayoritariamente su movilidad el reflejo de la movilidad de sus tutores legales.

Tabla 8.1. Estadísticos descriptivos de las variables independientes empleadas en los modelos por tipo de (in)movilidad

| Variables cuantitativas | Centralización | | Intramunicipal | | Intermunicipal | | Sedentarios | | Total | |
|--------------------------------|----------------|--------------|----------------|--------------|----------------|--------------|-------------|--------------|------------|--------------|
| | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica |
| Edad | 38,4 | 14,7 | 38,5 | 14,5 | 36,7 | 13,6 | 47,6 | 17,9 | 47,1 | 17,9 |
| Edad al cuadrado | 1.693,3 | 1.432,6 | 1.693,6 | 1.411,1 | 1.528,6 | 1.290,2 | 2.591,7 | 1.833,9 | 2.535,5 | 1.823,6 |
| Nº de tareas que realiza | 0,69 | 0,70 | 0,86 | 0,78 | 0,80 | 0,75 | 0,77 | 0,78 | 0,77 | 0,78 |
| Variables cualitativas | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % |
| Sexo | | | | | | | | | | |
| Hombre | 1.279 | 51% | 26.577 | 49% | 2.742 | 49% | 462.188 | 49% | 492.786 | 49% |
| Mujer | 1.242 | 49% | 27.738 | 51% | 2.853 | 51% | 490.305 | 51% | 522.138 | 51% |
| Estado civil | | | | | | | | | | |
| Soltero | 1.296 | 51% | 24.021 | 44% | 2.875 | 51% | 276.181 | 29% | 304.373 | 30% |
| Casado | 770 | 31% | 22.921 | 42% | 1.819 | 33% | 563.285 | 59% | 588.795 | 58% |
| Viudo | 103 | 4% | 1.926 | 4% | 192 | 3% | 63.798 | 7% | 66.019 | 7% |
| Divorciado/Separado | 352 | 14% | 5.447 | 10% | 709 | 13% | 49.229 | 5% | 55.737 | 5% |
| Forma de convivencia | | | | | | | | | | |
| Unipersonal | 277 | 11% | 7.176 | 13% | 580 | 10% | 83.386 | 9% | 91.419 | 9% |
| No familiar | 179 | 7% | 1.134 | 2% | 205 | 4% | 6.709 | 1% | 8.227 | 1% |
| Monoparental con hijos menores | 101 | 4% | 2.803 | 5% | 188 | 3% | 38.833 | 4% | 41.925 | 4% |
| Monoparental con hijos mayores | 101 | 4% | 1.239 | 2% | 145 | 3% | 38.403 | 4% | 39.888 | 4% |
| Pareja sin hijos | 637 | 25% | 13.756 | 25% | 1.791 | 32% | 182.940 | 19% | 199.124 | 20% |
| Pareja con hijos menores | 427 | 17% | 16.261 | 30% | 1.290 | 23% | 371.242 | 39% | 389.220 | 38% |
| Pareja con hijos mayores | 101 | 4% | 1.818 | 3% | 178 | 3% | 102.305 | 11% | 104.402 | 10% |
| Otras familias | 698 | 28% | 10.128 | 19% | 1.218 | 22% | 128.675 | 14% | 140.719 | 14% |
| Nivel de estudios | | | | | | | | | | |
| Primarios o inferior | 359 | 14% | 8.327 | 15% | 735 | 13% | 244.908 | 26% | 254.329 | 25% |
| Secundarios | 563 | 22% | 14.370 | 26% | 1.570 | 28% | 286.849 | 30% | 303.352 | 30% |
| FP o Bachiller | 769 | 31% | 18.373 | 34% | 2.012 | 36% | 258.643 | 27% | 279.797 | 28% |
| Superiores | 830 | 33% | 13.245 | 24% | 1.278 | 23% | 162.093 | 17% | 177.446 | 17% |
| Condición socio-económica | | | | | | | | | | |
| Profesionales | 579 | 23% | 10.642 | 20% | 1.081 | 19% | 132.970 | 14% | 145.272 | 14% |
| Administrativos | 467 | 19% | 9.608 | 18% | 1.134 | 20% | 133.778 | 14% | 144.987 | 14% |
| Servicios | 418 | 17% | 8.114 | 15% | 904 | 16% | 102.385 | 11% | 111.821 | 11% |
| Operarios | 307 | 12% | 9.249 | 17% | 1.026 | 18% | 137.034 | 14% | 147.616 | 15% |
| Empresarios | 145 | 6% | 3.752 | 7% | 408 | 7% | 72.057 | 8% | 76.362 | 8% |
| Parados | 63 | 2% | 1.503 | 3% | 131 | 2% | 21.164 | 2% | 22.861 | 2% |
| Inactivos | 510 | 20% | 10.657 | 20% | 835 | 15% | 343.401 | 36% | 355.403 | 35% |
| Otros ocupados | 32 | 1% | 790 | 1% | 76 | 1% | 9.704 | 1% | 10.602 | 1% |
| Tiene segunda vivienda | | | | | | | | | | |
| Sí | 877 | 35% | 15.082 | 28% | 1.722 | 31% | 240.438 | 25% | 258.119 | 25% |
| No | 1.644 | 65% | 39.233 | 72% | 3.873 | 69% | 712.055 | 75% | 756.805 | 75% |
| Ámbito de trabajo | | | | | | | | | | |
| Mismo municipio | 884 | 35% | 10.221 | 19% | 652 | 12% | 149.862 | 16% | 161.619 | 16% |
| Otro municipio | 476 | 19% | 17.442 | 32% | 2.427 | 43% | 245.100 | 26% | 265.445 | 26% |
| Fuera del área | 73 | 3% | 2.058 | 4% | 145 | 3% | 30.451 | 3% | 32.727 | 3% |
| Varios municipios | 107 | 4% | 2.773 | 5% | 347 | 6% | 44.001 | 5% | 47.228 | 5% |
| Mismo domicilio | 145 | 6% | 2.794 | 5% | 292 | 5% | 49.840 | 5% | 53.071 | 5% |
| Ni estudia ni trabajo | 836 | 33% | 19.027 | 35% | 1.732 | 31% | 433.239 | 45% | 454.834 | 45% |
| Tenencia de la vivienda | | | | | | | | | | |
| Propiedad | 1.352 | 54% | 31.015 | 57% | 3.298 | 59% | 832.878 | 87% | 868.543 | 86% |
| Alquiler | 983 | 39% | 19.196 | 35% | 1.951 | 35% | 54.036 | 6% | 76.166 | 8% |
| Cedida | 186 | 7% | 4.104 | 8% | 346 | 6% | 65.579 | 7% | 70.215 | 7% |
| Total | 2.521 | 100% | 54.315 | 100% | 5.595 | 100% | 952.493 | 100% | 1.014.924 | 100% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

La primera submuestra utilizada, considera a la totalidad de población susceptible de haberse centralizado en el periodo 2010-2011, es decir, toda la población residente en coronas en 2010 (excepto los menores de 16). De una muestra original de 4.107.465, se ha seleccionado una submuestra de 1.014.924, cuya distribución según el tipo de movimiento (o no movimiento: sedentarismo) puede verse en la tabla 8.1.

Por su parte, la segunda submuestra contempla sólo a la población que, residiendo en coronas en 2010, cambió de residencia en el periodo 2010-2011, es decir, la población móvil, la cual constituía un total de 62.431 individuos, de los cuales 2.521 optaron por centralizarse. Una cifra no demasiado baja si tenemos en cuenta dos hechos. Por un lado, que los que relocalizaron su residencia en otro municipio de la corona no llegan a 5.600 efectivos. Por otro, que el censo, dado su diseño muestral, y si no consideramos el factor de elevación, tiende a sobrerrepresentar a los habitantes de municipios más pequeños (los mayoritarios en la corona) y a infrarrepresentar a los habitantes de los grandes municipios (las ciudades donde residen los centralizadores).

En cuanto al procedimiento estadístico más concreto. Para abordar el primer subobjetivo propuesto –recordemos, cuantificar el peso de los distintos factores en la explicación de la centralización– realizamos cuatro modelos sucesivos de regresión logística binaria (*logit*), en los que hemos introducido los distintos bloques de variables: primero las demográficas, después las indicativas de las trayectorias familiares; en tercer lugar, la posición social y en cuarto lugar los estilos de vida. Al ir agregando estas variables contrastamos su importancia y peso en el modelo a través de los cambios en los estadísticos de ajuste, concretamente, el pseudo- R^2 , el criterio de información bayesiano (BIC), el de Aikake (AIC) y la mejora del logaritmo de máxima verosimilitud para el modelo completo (*Log-Lik Modelo Completo*). El primero de estos estadísticos nos permitirá obtener una medida aproximada del porcentaje de varianza explicada por los distintos bloques de variables. Mientras que los dos últimos, nos informarán sobre si la introducción de los sucesivos bloques de variables es relevante y pertinente para la explicación de la centralización.

Respecto al segundo subobjetivo –conocer los determinantes de la centralización– realizaremos dos modelos logísticos binarios diferentes, uno con cada una de las variables dependientes propuestas. Estos modelos nos permitirán analizar de manera conjunta y simultánea el efecto de todas las variables independientes consideradas en la probabilidad de centralizarse. Mientras el primer modelo nos informará de los determinantes generales de la centralización, el segundo nos mostrará los determinantes que llevan a los individuos que ya han decidido mudarse, a elegir una nueva vivienda en las cabeceras en lugar de en la corona metropolitana. Para ambos modelos se presenta el logaritmo de máxima verosimilitud para el modelo vacío y completo, el total de muestra sobre el que se ha

realizado, su significatividad global, así como el pseudo R². Este último indicador nos servirá para contrastar cuan diferente es la centralización respecto a las diferentes poblaciones de referencia consideradas en ambos modelos o, dicho de otro modo, nos permitirá saber si lo que diferencia a la centralización del resto de alternativas posibles es mayor o menor, que aquello que la diferencia de otras formas de movilidad alternativas a la misma.

8.1. El peso de los factores individuales en la explicación de la centralización

Un primer vistazo a los estadísticos de ajuste de los modelos muestra cómo, globalmente, todos los bloques de variables apuntados por la literatura son importantes para explicar la centralización (tabla 8.2). Esto se refleja en la significatividad de las reducciones en el logaritmo para el modelo completo (*Log-Lik* Completo) y especialmente, en las del AIC y el BIC, así como en el incremento del estadístico global de ajuste, el pseudo-R². Sin embargo, si atendemos a los incrementos que se producen en este último estadístico, unos bloques de variables parecen tener más peso en el modelo que los otros, es decir, parecen ser factores más importantes que llevan a los individuos a centralizarse.

Tabla 8.2. Estadísticos de ajuste de los modelos por pasos realizados tomando las dos variables dependientes consideradas

| | Demográficas | Trayectorias familiares | Posición social | Estilos de vida |
|---|--------------|-------------------------|-----------------|-----------------|
| <i>Modelo 1: Centralización vs resto de alternativas posibles</i> | | | | |
| N | 1.014.924 | 1.014.924 | 1.014.924 | 1.014.924 |
| Sig | 0,000 | 0,000 | 0,000 | 0,000 |
| Log-Lik Modelo completo | - 345.425 | - 323.511 | - 319.567 | - 300.825 |
| Pseudo R ² | 0,026 | 0,088 | 0,099 | 0,152 |
| AIC | 690.858 | 647.051 | 639.187 | 601.724 |
| BIC | - 18.607 | - 62.297 | - 70.045 | - 107.392 |
| <i>Modelo 2: Centralización vs movilidad en la corona</i> | | | | |
| N | 62.431 | 62.431 | 62.431 | 62.431 |
| Sig | 0,000 | 0,000 | 0,000 | 0,000 |
| Log-Lik Modelo completo | - 218.495 | - 214.281 | - 211.612 | - 204.088 |
| Pseudo R ² | 0,002 | 0,020 | 0,032 | 0,066 |
| AIC | 436.998 | 428.591 | 423.277 | 408.250 |
| BIC | - 71 | - 8.389 | - 13.614 | - 28.553 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

En los modelos por pasos que toman la primera variable dependiente considerada (centralización respecto al resto de alternativas posibles), las variables referentes a las trayectorias familiares (forma de convivencia y estado civil) son las más explicativas,

seguidas de las demográficas (edad y sexo), todas ellas muy vinculadas a los acontecimientos de los cursos vitales de los sujetos. Tras estas tenemos, por orden de importancia, los estilos de vida y la posición social. Sin embargo, este orden de importancia de los factores se altera si empleamos en los modelos la segunda variable dependiente propuesta (la que pone en relación la centralización con el resto de movilidad en la corona), aquí se aprecia como las variables más relevantes son los estilos de vida, seguidas de las trayectorias familiares, la posición social y, muy por detrás, las demográficas básicas.

Estas discrepancias en la importancia de los distintos factores son relevantes, ya que indican que aquello que diferencia a la centralización del resto de alternativas posibles, especialmente de los sedentarios (que son el grupo alternativo a la centralización más numeroso), es diferente de aquello que la diferencia de los que optan por relocalizar su residencia en la corona. Así, vemos como el peso de los factores empleando la primera variable, sigue la pauta típica de cualquier decisión de movilidad en general, ya que, como es bien sabido (Coulter y Ham, 2013; Coulter *et al.*, 2016), los cursos vitales son el principal determinante de la movilidad. Sin embargo, parece que lo que caracteriza a la centralización, y la diferencia de otros movimientos alternativos a la misma, son en mayor medida los estilos de vida de sus protagonistas, seguidos de sus trayectorias familiares, que también se muestran muy relevantes.

En cuanto a los modelos finales, se aprecia cómo, en términos globales, el modelo propuesto explica mucho mejor cuando utilizamos la primera variable dependiente que cuando operamos con la segunda. Este hecho nos indica que las variables empleadas diferencian mejor a la centralización del sedentarismo (categoría sobrerrepresentada en el valor 0 de la primera variable dependiente) que del resto de movimientos en las coronas o, dicho de otro modo, que las diferencias entre los móviles, aunque son importantes, no son tan grandes como las diferencias de estos respecto a la población que permanece en la misma residencia.

La lectura general con la que podemos quedarnos es, en primer lugar, la dificultad de pronosticar los movimientos de centralización a partir de datos transversales, algo que se evidencia por los bajos valores del pseudo- R^2 . No obstante, estos valores tan bajos se deben en gran medida a la complejidad de la conducta residencial (Dieleman, 2001),

siendo normal en los estudios sobre movilidad residencial la obtención de estadísticos de ajuste similares a los obtenidos (véase por ejemplo los estudios de Clark *et al.*, 2015; Marois y Bélanger, 2013; Turcotte y Vézina, 2010), incluso cuando se emplean fuentes de tipo longitudinal (Blaauboer, 2010; Feijten y Ham, 2007). En segundo lugar, que es relativamente más sencillo pronosticar la movilidad a la cabecera frente a cualquier otro comportamiento residencial, que detectar las claves de la elección del centro frente a otras opciones de movilidad. En tercer lugar, que la centralización es una conducta muy particular, si bien se explica principalmente por cambios relacionados con los cursos vitales (Rossi, 1955), cuando consideramos sus variaciones respecto a otras formas de movilidad, cobran también importancia las dimensiones asociadas a los estilos de vida de sus protagonistas.

8.2. Determinantes de la centralización

Adentrándonos en los determinantes de la conducta que muestran los modelos (tabla 8.3), se aprecian relaciones con las variables explicativas bastante claras, similares a las que veíamos en el análisis descriptivo y, en general, coherentes con los resultados de los modelos desarrollados por otros autores para el contexto nacional (López Gay y Recaño, 2008, 2009), aunque con algunas divergencias relevantes. Por tanto, aunque la explicación estadística obtenida no sea definitiva (dado el escaso margen explicativo de los modelos obtenidos), las relaciones que establece son muy sólidas y claras.

Si observamos los resultados que arroja la edad, vemos como en el primer modelo, su función lineal aparece como no significativa, mientras su función cuadrática sí que lo es, y con signo positivo. Sin embargo, en el segundo modelo la edad en su función lineal aparece como significativa con signo positivo y su cuadrática, de nuevo, aparece como significativa con signo negativo. Estas discrepancias entre ambos modelos son muy interesantes. La edad no es un determinante general de la centralización, es decir, que cada año cumplido no incrementa la probabilidad de moverse a la cabecera respecto a la opción de permanecer sedentario. Pero una vez el individuo decide moverse, la edad cobra relevancia, de manera que por cada año cumplido es más probable mudarse hacia la cabecera en lugar de a otra vivienda en la corona (algo más de un 3%). No obstante, este efecto pierde relevancia en las edades más avanzadas, como muestra el signo negativo de

la función cuadrática de la edad, lo que caracteriza la centralización respecto al resto de movilidad en la corona como un movimiento de adultos maduros, pero no ancianos.

Tabla 8.3. Modelos logísticos para la explicación de la centralización

| | Respecto residentes en corona en 2010 | | Respecto móviles en corona 2010-2011 | |
|---|--|-----------|---|---------|
| | B | SE | B | SE |
| Edad | 0,007 | 0,012 | 0,036 ** | 0,011 |
| Edad al cuadrado | - 0,000 ** | 0,000 | - 0,000 *** | 0,000 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | | |
| Hombre | 0,187 ** | 0,056 | 0,128 * | 0,058 |
| Estado civil (ref=Casado) | | | | |
| Soltero | 0,412 *** | 0,075 | 0,290 *** | 0,070 |
| Viudo | 0,964 *** | 0,135 | 0,507 ** | 0,156 |
| Divorciado/Separado | 0,944 *** | 0,085 | 0,437 *** | 0,085 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | | |
| No familiar | 1,364 *** | 0,124 | 1,123 *** | 0,128 |
| Monoparental hijos menores | - 0,733 *** | 0,137 | - 0,104 | 0,139 |
| Monoparental hijos mayores | - 0,183 | 0,133 | 0,536 *** | 0,140 |
| Pareja sin hijos | 0,571 *** | 0,091 | 0,276 ** | 0,089 |
| Pareja con hijos menores | - 0,824 *** | 0,100 | - 0,150 | 0,095 |
| Pareja con hijos mayores | - 0,973 *** | 0,135 | 0,072 | 0,136 |
| Otra familias | 0,389 *** | 0,091 | 0,456 *** | 0,092 |
| Nivel de estudios (ref=Primarios o inferior) | | | | |
| Secundaria | - 0,009 | 0,093 | - 0,006 | 0,097 |
| Bachiller/FP | 0,246 ** | 0,092 | 0,114 | 0,095 |
| Superiores | 0,843 *** | 0,098 | 0,611 *** | 0,102 |
| Condición sociolaboral (ref= Administrativos) | | | | |
| Profesionales | 0,064 | 0,082 | 0,019 | 0,084 |
| Servicios | 0,078 | 0,091 | - 0,006 | 0,094 |
| Operarios | - 0,527 *** | 0,101 | - 0,563 *** | 0,105 |
| Empresarios | - 0,393 ** | 0,118 | - 0,396 ** | 0,122 |
| Parados | - 0,392 * | 0,175 | - 0,236 | 0,179 |
| Inactivos | - 0,225 * | 0,100 | - 0,008 | 0,101 |
| Otros ocupados | - 0,415 * | 0,207 | - 0,465 * | 0,212 |
| Nº de tareas que realiza | - 0,139 *** | 0,035 | - 0,267 *** | 0,037 |
| Tiene segunda residencia (ref=No) | | | | |
| Sí | 0,308 *** | 0,054 | 0,308 *** | 0,055 |
| Lugar de trabajo o estudios (ref=Mismo municipio) | | | | |
| Otro municipio | - 1,220 *** | 0,075 | - 1,256 *** | 0,077 |
| Fuera del área | - 1,124 *** | 0,140 | - 1,044 *** | 0,143 |
| Varios municipios | - 0,666 *** | 0,150 | - 0,709 *** | 0,151 |
| Mismo domicilio | - 0,636 *** | 0,105 | - 0,618 *** | 0,109 |
| Ni estudia ni trabaja | - 0,548 *** | 0,064 | - 0,636 *** | 0,068 |
| Tenencia (ref=Propiedad hipotecada) | | | | |
| Propiedad pagada | - 0,252 ** | 0,080 | 0,581 *** | 0,082 |
| Alquiler | 1,406 *** | 0,067 | 0,234 ** | 0,067 |
| Cedida y otras formas | 0,402 *** | 0,103 | 0,324 ** | 0,104 |
| Constante | - 5,164 *** | 0,297 | - 3,669 *** | 0,278 |
| N | | 1.014.924 | | 62.431 |
| Sig | | 0,000 | | 0,000 |
| Log-Lik Modelo vacío | - | 354.749 | - | 218.547 |
| Log-Lik Modelo completo | - | 300.825 | - | 204.088 |
| Pseudo R ² | | 0,152 | | 0,066 |

*p-valor<0,05; **p-valor<0,01; ***p-valor<0,001

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

No se aprecian grandes diferencias en ambos modelos según sexo y estado civil, dibujándose la centralización como una opción más vinculada a hombres, personas solteras, pero especialmente, dada la mayor magnitud de sus coeficientes, a personas que estuvieron casadas (viudas, separadas o divorciadas). Sí que encontramos diferencias relevantes en las formas de convivencia. Según el primer modelo, se observa como la

centralización es un movimiento muy vinculado a formas de convivencia menos convencionales, como los hogares no familiares y las otras familias, y a otras más transicionales, como las parejas sin hijos, siendo el hecho de tener hijos un factor limitante. Si bien estas tendencias apuntadas a partir de los resultados del primer modelo parecen ratificar el carácter menos familiar de la centralización, el segundo modelo muestra algunas matizaciones relevantes. Se ratifica que el convivir en pareja sin hijos y en hogares no convencionales incrementa la probabilidad de centralizarse, pero convivir en familia deja de ser significativo. Tener hijos es un factor limitante de la movilidad en general y no exclusivamente de la centralización, como es lógico. De hecho, este segundo modelo nos muestra cómo un tipo particular de familia con hijos, los hogares monoparentales con hijos mayores optan en mayor medida por las cabeceras en lugar de las coronas, algo que es coherente con las explicaciones basadas en la segunda transición demográfica (Buzar *et al.*, 2005).

Por su parte, la posición social no presenta grandes contrastes entre ambos modelos, quedando patente que la centralización es un movimiento propio de personas con altos niveles de cualificación y en el que operarios y empresarios tienen una baja probabilidad de participar.

Por nivel de estudios, observamos como en el primer modelo la condición de tener estudios medios y superiores incrementa la probabilidad de centralizarse, mientras el efecto de los medios desaparece en el segundo modelo, apuntando a que las diferencias entre la centralización y la elección por las coronas se explican por los mayores niveles de cualificación de los primeros. Muy relacionada con el nivel de estudios suele encontrarse la condición sociolaboral, existiendo normalmente cierta coincidencia entre las ocupaciones más prestigiosas y mejor remuneradas y los niveles de estudios superiores. Sin embargo, en estos modelos generales no aparecen diferencias significativas entre las categorías profesionales más elevadas (los profesionales), los trabajadores administrativos (categoría de referencia) y los de servicios. Este hecho podría deberse a dos tendencias. De un lado, a la devaluación de las titulaciones superiores por la ampliación del número de titulados. De otro, al carácter menos consolidado de las trayectorias profesionales de ciertos centralizadores. Los jóvenes que eligen las cabeceras como forma de avanzar en sus carreras profesionales, en muchas

ocasiones pueden optar por situaciones de subempleo, probablemente en el sector servicios, a la espera de encontrar un trabajo acorde a su nivel de cualificación.

Sea como sea, sí que aparecen con efecto negativo en ambos modelos las categorías de operarios y empresarios. Éste último grupo, pese a que su denominación parece indicar una posición social elevada, es bastante heterogéneo, y de hecho aglutina a un gran número de trabajadores autónomos en situaciones muy precarias. En cuanto a las diferencias en la condición sociolaboral en ambos modelos, si bien las categorías de inactivos y parados son significativas y con signo negativo en el primer modelo, pierden su capacidad explicativa en el segundo, remarcando que son factores limitantes de la movilidad en general y no tanto factores específicos limitantes de la centralización en sí misma.

No presentan diferencias entre ambos modelos las variables referentes a los estilos de vida, las cuales son en ambos casos muy significativas. La primera, el número de tareas del hogar, muestra como cuantas menos tareas reproductivas se realicen, mayor es la probabilidad de centralizarse, algo que puede apuntar a que la centralización es un movimiento que busca en parte la externalización de las tareas domésticas por parte de unos hogares principalmente no tradicionales (recordemos el bloque de las formas de convivencia).

Por su parte, la condición de tener segunda residencia correlaciona positivamente con la probabilidad de centralización, una cuestión que podría responder a dos explicaciones complementarias. Por un lado, la segunda residencia es un bien costoso, y con una gran importancia a la hora de transmitir estatus, por lo que puede interpretarse como un indicador de posición social que complementa muy bien a los estudios y la ocupación (adquiridos y con cierta carga meritocrática), en tanto que la propiedad refleja una dimensión más patrimonial y en el caso de los inmuebles heredados (que son numerosos), adscrita. Pero, por otro lado, también indica una mayor tendencia de los centralizadores a una dislocación periódica de sus espacios de vida, bien sea más habitual (residencia de fin de semana), bien más esporádica (vacacional), indica claramente un estilo de vida caracterizado por mantener el contacto con otros entornos.

Respecto al ámbito de trabajo o estudios, puede verse como todas las opciones posibles diferentes de trabajar en el mismo municipio (que se toma como referencia en el modelo), decrementan la propensión a centralizarse, especialmente el trabajar en otro municipio metropolitano o fuera del área, perfilándose la centralización como un movimiento muy vinculado a la búsqueda de proximidad entre los espacios de residencia y trabajo.

Diferencias relevantes entre ambos modelos encontramos al respecto de la forma de tenencia de la vivienda principal, la variable que mejor se aproxima al estadio de las carreras residenciales en el que se encuentran los sujetos. Si bien en el primer modelo la centralización se vincula en mayor medida al alquiler, remarcando el carácter más transitorio de estos movimientos; en el segundo modelo, junto al alquiler, aparece como significativa y con signo positivo la vivienda en propiedad totalmente pagada. De este modo, aunque la centralización es un movimiento muy vinculado al alquiler, algo normal si pensamos en el carácter más o menos transitorio de las trayectorias familiares y laborales al que parecen apuntar las variables antes consideradas, la vivienda en propiedad totalmente pagada también es una opción relevante frente a unos móviles en la corona que optan, mayoritariamente por la propiedad hipotecada.

La significatividad de la categoría vivienda en propiedad totalmente pagada junto al alquiler es un indicio de la diversidad de los movimientos de centralización. Mientras el alquiler tiende a vincularse a estadios más transitorios de los cursos vitales, así como al inicio de las carreras residenciales, la propiedad totalmente pagada es una característica de fases de consolidación de las carreras residenciales y estadios avanzados de los cursos vitales, posteriores a la formación de familia (Clark *et al.*, 2003). Se estarían dibujando así dos perfiles de centralizadores, unos probablemente más jóvenes y otros más maduros. La existencia de estos dos perfiles⁵⁴ puede estar detrás de que los modelos no arrojen resultados del todo claros al respecto de las variables referentes a los cursos vitales, tendiendo a mostrar sólo las características más generales que estos dos perfiles pueden compartir (no tener hijos, tener estudios superiores, etc.). Volveremos sobre esta reflexión en el siguiente apartado.

⁵⁴ Vista en el capítulo anterior. Ver figura 7.6.

8.3. De la explicación a las explicaciones de la centralización

La mayor parte de los trabajos que han abordado la cuestión de la centralización, o al menos se han aproximado a ella a través del estudio de los llamados nuevos residentes urbanos, han tendido a caracterizar a los individuos que eligen las ciudades como espacio residencial como sujetos que conviven en hogares no tradicionales (Buzar *et al.*, 2005, 2007a) que, o bien han sufrido cambios en sus cursos vitales posteriores al nacimiento de los hijos (Nguyen, 2006), o bien anteriores (Marois y Bélanger, 2013); siendo personas en general de un perfil social elevado (Duque-Calvache, 2015; Ley, 1996; Torrado, 2017, 2018), y que buscan la consecución de unos estilos de vida urbanos (Howley, 2009; De Pablos y Sánchez-Tovar, 2003) basados en la proximidad de los espacios de vida, de la residencia y el trabajo (Contreras, 2012), así como la externalización de una serie de tareas reproductivas, dada la importancia central que para ellos tienen sus carreras profesionales y sus relaciones sociales (Schnell y Gracier, 1993).

Nuestra estrategia de análisis a través de la construcción de dos modelos, que consideraban alternativas diferentes a los movimientos de centralización, ha servido para contrastar esta explicación general, obteniendo unos resultados parcialmente discrepantes con la misma. Si bien el primer modelo elaborado reflejaba una centralización que se ajustaba bastante más (aunque no del todo) a la explicación que hasta el momento se ha realizado, el contraste con el segundo modelo refleja una centralización un tanto diferente, en la que cobran relevancia otros factores explicativos a los que no se había prestado la debida atención hasta el momento.

En términos de cursos vitales, la centralización se dibuja como un movimiento vinculado a momentos transicionales, tal y como apuntaban los estudios previos. La clara significatividad de todas las categorías de no casados, junto a las formas de convivencia alternativas a la familia nuclear, parecen ratificar esta hipótesis. Sin embargo, el contraste con el segundo modelo introduce algunos matices. Si bien confirma la mayor vinculación de estos movimientos con los no casados y las formas de convivencia diferentes a las familias con hijos, los coeficientes de estas muestran una relación menos fuerte. Pero, sobre todo, destaca la desaparición del hecho de tener hijos como un factor limitante de la centralización, apareciendo incluso como significativa la categoría de familias

monoparentales con hijos mayores. Esto último, apunta a que la centralización no se diferencia sustancialmente de la movilidad en la corona por la menor presencia de hogares familiares con hijos. Por tanto, aunque la centralización es un movimiento muy relacionado con momentos transitorios de los cursos vitales, previos y posteriores a la formación de familia, parece que también es una opción relevante para algunas familias, las monoparentales, especialmente cuando los hijos alcanzan cierta edad. La presencia de este tipo de familias puede explicarse por la disolución de una familia nuclear previa y la movilidad de un cónyuge con algún hijo a la cabecera, o simplemente, por el retorno de una familia monoparental al alcanzar los hijos cierta edad. No obstante, aunque los trabajos específicos sobre centralización no han encontrado evidencia de la vinculación con este tipo de hogares, no es un hecho desconocido por la literatura sobre nuevos habitantes urbanos (Rérat *et al.*, 2012). ¿Tendrán más importancia las familias si desagregamos el movimiento según momentos diferentes de las trayectorias residenciales? El análisis descriptivo del capítulo anterior mostraba que, pese a que la presencia de familias nucleares era menor que en los movimientos en la corona, no estaban ausentes, y puede que, si somos capaces de diferenciar la centralización según el tipo de trayectorias, alguna de estas categorías cobre significatividad, en tanto que movimiento de retorno de las familias al crecer los hijos, de manera similar a como ocurre con los hogares monoparentales. Esta es sin duda una hipótesis a explorar.

Según posición social no queda del todo claro que sean sujetos bien posicionados en la estructura social, o al menos, no parece que esa posición esté del todo consolidada. Si bien nuestros resultados perfilan a la centralización como un movimiento muy vinculado a personas con estudios universitarios, los resultados que arroja la condición sociolaboral no son del todo concluyentes, remarcándose exclusivamente el carácter limitante de las categorías sociales más bajas. La falta de consonancia entre los resultados que arroja el nivel de estudios y la condición sociolaboral puede tener varias explicaciones.

Por un lado, nos da a pensar que puedan tratarse de individuos que, pese a tener estudios superiores, se encuentren en estadios transitorios de sus trayectorias laborales, ocupando puestos en ocasiones inferiores a sus cualificaciones (y posiblemente a sus expectativas) a la espera de encontrar trabajos más acordes a sus niveles formativos, cobrando cierta relevancia la tesis de que parte de estos movimientos estén vinculados a

egresados que buscan su primer empleo (Marois y Bélanger, 2013). Aunque también remite a la idea de que la inflación de títulos universitarios ha generado su devaluación, siendo un hecho constatado la existencia de amplias cohortes de titulados universitarios que ocupan una gama de puestos de trabajo que van más allá de las ocupaciones más intelectuales, propias de la categoría de profesionales considerada en la condición sociolaboral.

Por otro lado, puede deberse a la selección de la muestra, que aglutina a todas las áreas metropolitanas españolas ya que, como demostramos en el capítulo anterior, la dimensión social de la centralización varía de unas áreas a otras, teniendo tanto más peso conforme subimos en la jerarquía metropolitana. En las principales áreas españolas, la centralización se configura como un movimiento propio de clases medias cualificadas, mientras en el resto su perfil social es bastante más mixto, tanto más cuanto menor es el desarrollo metropolitano. Por esta razón, otros trabajos previos, que han analizado el fenómeno en ciudades de gran entidad urbana y con procesos metropolitanos muy avanzados, sí que han encontrado evidencias de que la centralización se vincula a grupos bien posicionados en la estructura social: las categorías de profesionales y directivos (López-Gay y Recaño, 2008, 2009). Por tanto, en términos globales, para la totalidad de las áreas españolas, podemos afirmar que la centralización es un movimiento poco vinculado a categorías ocupacionales bajas y muy relacionado con personas cualificadas. Sin embargo, esta imagen global oculta realidades contextuales concretas donde el fenómeno se vincula de manera clara a la movilidad de los estratos sociales mejor posicionados en la estructura social, algo que guarda relación con los procesos de gentrificación que operan en las principales ciudades (tal y como apuntábamos en el apartado 7.3 del capítulo anterior). Explorar la diversidad territorial de la centralización se torna así en una cuestión fundamental que debemos abordar.

Por su parte, las variables de estilos de vida sí que casan a la perfección con la explicación que hasta entonces se ha dado de los nuevos habitantes urbanos. Se confirma la centralización como un movimiento muy vinculado a la externalización de tareas domésticas (Schnell y Gracier, 1993) y a la búsqueda de proximidad a los lugares de trabajo o estudio (Contreras, 2011). Parece claro que mudarse a la ciudad implica unos estilos de vida en los que los individuos realizan menos tareas domésticas que sus homólogos de las coronas, probablemente debida a la oferta de servicios privados

disponibles, así como a los tipos de hogares en los que conviven (menos familiares, con menos obligaciones domésticas), lo cual les permite, posiblemente, centrarse en el ocio y el trabajo. Un trabajo que, en mayor medida que sus homólogos de las coronas, se encuentra en el mismo municipio en el que residen, permitiendo una concentración de espacios de vida no posible en unas zonas suburbanas en las que los espacios del habitar de sus residentes se caracterizan por la fragmentación (De Pablos y Susino, 2010).

Una variable relevante de los estilos de vida, y que no ha sido considerada hasta el momento por otros autores, es la disponibilidad de segunda residencia. Su introducción en los modelos ha mostrado que es una variable muy significativa y distintiva de los centralizadores respecto a los residentes en las coronas. A este respecto conviene recordar que la variable en cuestión refiere a pasar 14 días, o más, al año en una vivienda que se sitúa en otro municipio, lo cual, si bien puede indicar una mayor posición social de los centralizadores (en tanto que un indicador de clase de tipo patrimonial), lo que está claro que representa es su tendencia a realizar ciertos movimientos periódicos hacia residencias en otros municipios, cuya propiedad realmente desconocemos, ya que los censos no la preguntan desde 1991. Esto apunta a que los centralizadores mantienen cierto contacto, o al menos más contacto que sus homólogos de las coronas, con otros municipios. Si bien desconocemos el uso y la periodicidad exacta de esta dislocación temporal de los espacios de vida, es un hecho su importancia en la centralización, probablemente explicable por la clásica hipótesis de la compensación (Coppock, 1977). Según esta hipótesis, los habitantes de las ciudades tienen una mayor probabilidad de tener una segunda residencia que satisfaga las necesidades residenciales no cubiertas por la vivienda principal. Aunque, por la construcción misma de la variable censal utilizada, podría estar reflejando simplemente la mayor probabilidad de los centralizadores de tomarse unas vacaciones en otro entorno, algo también relacionado con la hipótesis de la compensación y que dibuja unos estilos de vida particulares. Todas las explicaciones son posibles y, sin duda, suponen hipótesis relevantes que relacionan el comportamiento residencial y la segunda residencia que merece la pena explorar, aunque para ello, serían necesarias otras fuentes, siendo además un objeto que supera las pretensiones de esta tesis.

Muy relevante se muestra también el régimen de tenencia, no sólo por su gran capacidad explicativa en los modelos, sino por las discrepancias que encontramos en sus categorías. El primer modelo constata que ese carácter transitorio del que hablábamos al

tratar trayectorias vitales y profesionales se refleja también en las carreras residenciales, con una predominancia del alquiler y las formas alternativas a la propiedad. No obstante, se ha detectado una importante vinculación entre el acceso a la vivienda en propiedad totalmente pagada y la centralización, al menos respecto al resto de móviles en las coronas, una relación muy interesante no observada por otros estudios.

La aparición de ambas categorías en la modelización de una conducta residencial es, cuanto menos, contradictoria, debido a que la propiedad pagada es típica de etapas muy consolidadas y avanzadas de las carreras residenciales, mientras el alquiler es la opción más común en las fases de inicio (Clark *et al.*, 2003). Si consideramos que la centralización es un movimiento que se vincula a etapas previas al nacimiento de los hijos, así como a etapas posteriores a la formación de familia, esta aparente contradicción queda parcialmente resuelta, indicándonos el modelo que estaríamos ante dos perfiles diferenciados de centralizadores: un perfil más joven, que inicia su andadura residencial en las cabeceras en busca de oportunidades (Fielding, 1992; Marois y Bélanger, 2013), y otros, más maduros, que ante determinados cambios en los cursos vitales posteriores a la formación de familia (como puede ser el crecimiento de los hijos, la disolución del hogar por ruptura, o la entrada en la etapa de nido vacío) optan por las cabeceras.

Los primeros, se vincularían en mayor medida con trayectorias de ida, en las que la ciudad es el punto de partida de su carrera residencial. Mientras para los segundos, la centralización se configuraría como un movimiento de vuelta a una ciudad que un día se dejó, probablemente para embarcarse en un proyecto de vida familiar, y a la que, ante la consumación (o fracaso) de dicho proyecto, decide retornarse. Los primeros optan por alquilar, debido a la mayor precariedad que caracteriza las primeras etapas de la vida fuera del hogar, así como a la saturación y los elevados precios del suelo de las cabeceras. Mientras los segundos, o bien pueden disponer de los recursos para adquirir una vivienda sin necesidad de créditos (por ejemplo, con la venta de la vivienda anterior), o bien disponen de una vivienda en la ciudad que se conservó durante el periodo de crianza en la corona metropolitana. Sea como fuere, la centralización se perfila como un movimiento diverso, no ya sólo en términos territoriales (es decir, según grado de desarrollo de los procesos metropolitanos), sino en términos de los momentos vitales de sus propios protagonistas. Esto nos lleva a una problemática más general, que nos muestra una centralización que responde a diferentes explicaciones según los distintos momentos de

las trayectorias vitales y residenciales en los que transcurra, una serie de explicaciones que no son deducibles de la explicación global que aquí tratamos de construir y que requieren de un análisis separado.

Con todo lo dicho, podemos afirmar que analizar la elección por la centralización en términos globales (para todas las ciudades y todos sus protagonistas) es un ejercicio sin duda interesante y necesario, del cual podemos extraer una primera explicación general que nos permite responder de manera transitoria a la pregunta planteada al inicio del capítulo –¿Qué lleva a las personas a optar por la elección residencial de las cabeceras metropolitanas, en lugar de las zonas suburbanas?– En contestación a esta, podemos afirmar que la elección por las cabeceras se vincula a estadios transitorios de los cursos vitales (anteriores o posteriores al nacimiento de los hijos), a personas cualificadas (pero no necesariamente con ocupaciones muy prestigiosas) y a unos estilos de vida característicos (basados en la proximidad, la externalización de tareas y el contacto periódico con otros entornos).

Pero la explicación global del movimiento oculta su diversidad interna, mostrando ciertas tendencias, aparentemente contradictorias que, aunque lo hemos intentado en este mismo apartado, son difíciles (por no decir casi imposibles) de explicar a partir de un modelo tan general. Contradicciones como las que encontramos entre el nivel de estudios y la posición social, o la significatividad de la categoría de alquiler junto a la propiedad pagada, ponen de manifiesto las limitaciones de la explicación estadística obtenida. Las causas de estas aparentes contradicciones descansan en la naturaleza diversa de la centralización. Una diversidad que reside en sus diferentes manifestaciones en los contextos locales, así como en la multiplicidad de significados que encierra el movimiento según los momentos de las trayectorias vitales y residenciales en los que se dé.

Por tanto, aunque la explicación global es un ejercicio necesario que ayuda a establecer las bases para la explicación más detallada de una acción social, siempre es necesario remitir a los contextos y momentos concretos en los que dicha acción se materializa, transcurre y, sobre todo, cobra sentido. En el caso de la centralización, parece necesario remitir a los momentos en los que se produce y a los espacios dónde se

materializa, para desenmarañar un fenómeno que, más allá de una explicación general, tiene varias explicaciones.

Capítulo 9. Trayectorias de concentración y recentralización. Diversidad de centralizaciones según la experiencia residencial de sus protagonistas.

En el capítulo anterior, desvelamos algunas claves que nos permiten aproximarnos a la explicación de la elección de las cabeceras, mostrando como esta se vincula a ciertos cambios en los cursos vitales y a unos estilos de vida característicos. Sin embargo, esta aproximación global arrojaba resultados ciertamente contradictorios en algunas variables, difíciles de explicar, y que remitían a la existencia de más de un tipo de centralizadores. Unos que inician su andadura residencial, frente a otros que la consolidan. Dos tipos de centralizadores que parecen diferir según sus trayectorias y momentos vitales y, por ende, dos tipos de centralizaciones, cuyas explicaciones deben ser también diferentes.

Explicar estos dos tipos de centralizaciones nos remite al esquema interpretativo construido para explicar la elección residencial⁵⁵ y, más concretamente, a la que llamábamos dimensión subjetiva de los entornos. Según este esquema, en el proceso de elección residencial, los individuos buscan entornos que se adecuen a sus preferencias

⁵⁵ Explicado y esquematizado con detalle en el apartado 4.3.4. del Capítulo 4.

emergentes. Para ello, valoran las características objetivas de estos (dimensión objetiva), relacionadas con la disponibilidad de servicios, accesibilidad y viviendas, entre otros. Pero este proceso de valoración no es igual para todos los individuos, sino que varía sustancialmente de unos a otros según la percepción subjetiva (el entorno percibido, en tanto que construcción cognitiva) y los recursos localizados. Estas percepciones y recursos se van configurando a lo largo de la experiencia de los sujetos con (y en) los entornos: la experiencia residencial. De esta manera, a lo largo de sus trayectorias en los distintos entornos, los individuos van desarrollando vinculaciones afectivas con los espacios, juicios sobre si son o no adecuados para determinados momentos vitales (como la emancipación, la crianza de los hijos o el retiro) y acumulando recursos, que van desde los más puramente físicos (como puede ser una vivienda o un local en propiedad), hasta otros más abstractos, pero no por ello menos valiosos (como redes sociales de apoyo, o conocimiento sobre el mercado de trabajo y vivienda).

La experiencia residencial se muestra así, como una variable propiamente sociológica, en tanto que supone la interiorización y construcción simbólica de una serie de ideas, imaginarios e identificaciones con los espacios residenciales en los que se ha vivido. Pero también una serie de vínculos sociales y recursos adquiridos y localizados en los distintos entornos, a los que nos referiremos como capital localizado (Blaauboer, 2010; Da Vanzo, 1981). En otras palabras, supone la construcción de una parte fundamental del *habitus* de los individuos, muy relacionado con el campo social urbano y con las ideas y disposiciones sobre la vivienda y el espacio: el *habitus* residencial (Ærø, 2002, 2006), una parte integrante del ser social de los habitantes de las metrópolis que modula sus preferencias, sus recursos (localizados en el espacio) y su acción para con la ciudad y la vivienda, y por extensión, hace que su elección por un mismo entorno responda a motivos y acontecimientos vitales bastante diferentes. De esta forma, un mismo entorno (cabeceras o coronas) puede valorarse de manera diferente, e incluso diametralmente opuesta, según la experiencia residencial de los sujetos.

Creemos que esto es exactamente lo que ocurre en el caso de la centralización. El hecho de que los modelos del capítulo anterior dejen entrever la existencia de dos formas de centralización, nos lleva pensar que se trata de un movimiento en el que participan sujetos con una experiencia residencial diferente respecto a las cabeceras metropolitanas. De un lado, un grupo que nunca ha residido en la ciudad, y cuya experiencia con la misma

es más distante. Individuos que han nacido en la corona y que han construido su visión de la ciudad a partir del relato de terceros (que pueden ser desde parientes cercanos hasta medios de comunicación), así como a partir de sus propias vivencias, posiblemente muy relacionadas con el uso de los servicios de consumo y ocio que suelen concentrar las ciudades. De otro, tenemos un grupo con una experiencia más fuerte y directa con la ciudad. Individuos nacidos y criados en un entorno urbano denso, que han construido su visión a partir de su experiencia cotidiana. Los primeros, es más probable que dispongan de menos recursos en las cabeceras, mientras los segundos, tendrán probablemente una red más tupida de relaciones sociales y un mayor conocimiento del entorno, que les permitirá manejar mejor las constricciones que puedan darse (relacionadas, por ejemplo, con los precios de la vivienda o la búsqueda de empleo).

Sobre esto ya nos advertían algunos autores (Duque-Calvache, 2015; Susino y Duque-Calvache, 2012) al afirmar que, para analizar la centralización, debe tenerse en cuenta que su análisis conjunto lleva a que se confundan sus dos formas principales. La recentralización, más asociada a trayectorias de retorno de antiguos habitantes, y la concentración, asociada a trayectorias de ida de nuevos residentes, con las evidentes diferencias que unos y otros pueden presentar respecto a los motivos y eventos de los cursos vitales que los llevan a las cabeceras. Si atendemos a los modelos obtenidos en el capítulo anterior, podemos pensar que la recentralización se vinculará más a los acontecimientos posteriores a la formación de familia, mientras la concentración tendrá relación con los acontecimientos previos, como la emancipación. Así, los recentralizadores se corresponderán con antiguos suburbanitas que, ante la disolución del hogar por ruptura marital (Feijten y Van Ham, 2007), la emancipación de los hijos y la entrada en la etapa de nido vacío (Nguyen, 2006) o el crecimiento de los hijos (Laska y Spain, 1979), optan por retornar a la ciudad de origen, a la cual se tiene cierto arraigo y en la que se conservan redes sociales e incluso puede que hasta una vivienda. Mientras la concentración se vincularía en mayor medida a la emancipación de hijos de suburbanitas, u otros nacidos en las coronas, que acuden a la ciudad en busca de oportunidades formativas, laborales (Marois y Bélanger, 2013; Turcotte y Vézina, 2010), o de otro tipo (quizás, como apuntaba Lees *et al.*, 2013; puede que incluso sentimentales).

Sin embargo, esta diversidad que introduce la consideración de la experiencia residencial no ha sido apenas estudiada, con la salvedad de tres estudios, dos referidos a

Holanda (Blaauboer, 2010; Feijten *et al.*, 2008) y uno a Dinamarca (Ærø, 2002, 2006). Estos trabajos destacan como la elección residencial por las ciudades se explica, en gran medida, por la vuelta de viejos residentes, y también personas con experiencia residencial en otras cabeceras (que no coinciden con las de destino). No obstante, no existen estudios que traten de analizar los determinantes de las distintas trayectorias de movilidad según la experiencia previa de sus protagonistas.

En el caso de la literatura nacional, si bien se han realizado estudios que vinculan el comportamiento residencial con ciertas dimensiones ligadas a la experiencia residencial, como el arraigo o las redes familiares (Clark *et al.*, 2015; Duque-Calvache, Clark y Palomares-Linares, 2017b; Mulder y Cook, 2009), no hay estudios que relacionen estas dimensiones con los movimientos de centralización. En el caso de los trabajos que, de una forma u otra han tratado la centralización, estos sólo la diferencian según el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos de las áreas en las que tiene lugar, identificando la recentralización con las áreas más desarrolladas, y la concentración con las áreas nacientes. Una afirmación un tanto simple, pero que sirve de aproximación a la naturaleza y carácter que asume el fenómeno, en la medida en que, en los primeros estadios de los procesos de desarrollo metropolitano, la centralización se constituye en un movimiento mayormente de concentración de población atraída por el naciente mercado de trabajo y vivienda de la cabecera. Mientras, en los estadios más maduros y complejos, la centralización repunta en forma de movimientos plenamente insertos en las dinámicas metropolitanas, contrarrestando en parte la tendencia centrífuga de la estructura de la movilidad residencial y consolidando el área en su totalidad como mercado de vivienda. Además, en estas fases más avanzadas, la centralización pasa a estar protagonizada, en mayor medida, por antiguos suburbanitas que retornan a su ciudad de origen, o al menos eso parece indicar la creciente participación de los nacidos en las cabeceras conforme subimos en la jerarquía metropolitana (ver figura 7.10).

Por tanto, si bien en términos agregados (es decir, analizando la movilidad en tanto que un flujo) recentralización y concentración pueden ser así definidas, desde una perspectiva individual, de los actores (es decir, que considera la movilidad en tanto que acción social), la centralización asume esta doble naturaleza según el papel que tenga en las trayectorias residenciales de los sujetos (Duque-Calvache, 2015). Y esto debe tenerse muy en cuenta ya que, incluso en el seno de las áreas más desarrolladas, los procesos de

concentración subsisten, bien desde municipios más alejados de las cabeceras y de más reciente incorporación (Feria, 2010b, 2015), bien desde municipios más cercanos, debido a la movilidad de segundas generaciones (hijos) de suburbanitas nacidas en las coronas.

El hecho de que la literatura española sobre movilidad residencial haya distinguido estos dos tipos de centralización exclusivamente según el grado de desarrollo de los procesos metropolitanos (ignorando esta distinción a nivel individual), se debe principalmente a dos motivos. Primero, a que la mayor parte de esta literatura se circunscribe a subdisciplinas más afines a la geografía que a la sociología (Feria, 2010b, 2015; López-Gay, 2012, 2017; Nel-lo, 2004), por lo que ha tendido a analizar la centralización (y la movilidad en general) en tanto que flujo demográfico, con causas y efectos en la estructura urbana, metropolitana y regional. Algo muy propio y heredero de los modelos y estudios sobre el desarrollo urbano y metropolitano realizados por la geografía urbana en el contexto europeo (Champion, 2001; Cheshire, 1995; Geyer y Kontuly, 1993; Turok y Mykhnenko, 2007; Wolf, 2018). Y segundo, y más importante, a que cuando se ha tratado de analizar la movilidad en tanto que acción social, algo que trata tanto el que escribe la presente tesis (Torrado, 2017, 2018), como el grupo de investigación al que pertenece (Clark, Duque-Calvache y Palomares-Linares, 2015; Duque-Calvache *et al.*, 2017b; Palomares-Linares, 2017; Susino, 2003); los investigadores españoles se encuentran con el gran lastre que supone la ausencia de datos de movilidad longitudinales con distinciones espaciales relevantes⁵⁶.

Por tanto, los investigadores de nuestro país, a diferencia de los de otros países, como Holanda (Blaauboer, 2010; Feijten y Van Ham, 2007; Feijten *et al.*, 2008) o Estados Unidos (South y Crowder, 1997; Stovel y Bolan, 2004), se han visto obligados a recurrir al censo de población. Una fuente que presenta la gran desventaja de ser transversal y sólo preguntar por la movilidad respecto a la residencia hace uno y diez años, un margen temporal de muy poco recorrido para poder contemplar trayectorias residenciales. No obstante, existe una variable clave que ha sido utilizada por estudios internacionales para analizar el papel de la experiencia residencial y trazar trayectorias de movilidad, y más

⁵⁶ Si bien existe alguna fuente longitudinal (como la Encuesta de Condiciones de Vida), estas no cuentan con una delimitación espacial que permita distinguir la movilidad residencial de las migraciones, algo fundamental para definir distintos tipos de movimientos (centralización, suburbanización, etc.) y para conocer de manera correcta el papel de las dinámicas de movilidad en los procesos de reconfiguración del espacio urbano y metropolitano.

concretamente, de centralización (Feijten *et al.*, 2008): el lugar de nacimiento, una posibilidad hasta ahora no explotada de los datos censales.

En el presente capítulo trataremos de sacar partido a esta variable censal, utilizándola para aproximarnos a la experiencia residencial, así como para trazar trayectorias. El objetivo principal de este capítulo es conocer como el contexto biográfico de los individuos modula la decisión de centralizarse, algo que estudiaremos considerando la relación existente entre dicha decisión y la experiencia residencial previa de los individuos. Dividiremos este objetivo en dos subobjetivos. Primero, analizar el efecto y la importancia de la experiencia residencial en la explicación estadística de la centralización. Segundo, contrastar que lleva a realizar el movimiento de centralización a las personas según su experiencia residencial previa, es decir, según sea realizado por personas nacidas en las cabeceras hacia las que se mueven (recentralización), o por personas que nacieron en las coronas (concentración)⁵⁷.

Para abordar el primer objetivo, replicamos el modelo general construido en el capítulo anterior para, inmediatamente después, recalcularlo incluyendo la variable indicativa de la experiencia residencial: el lugar de nacimiento. De cara contrastar el efecto e importancia de esta variable, prestamos especial atención a los cambios que se producen en los estadísticos de ajuste del modelo, así como a la interpretación de la significatividad y dirección de sus parámetros. Mientras, para el segundo objetivo, analizamos las diferencias en los determinantes según la experiencia residencial de sus protagonistas, es decir, según hayan nacido en las cabeceras o en las coronas o, dicho de otro modo, según realicen trayectorias de recentralización o concentración. Para ello, replicaremos el modelo general para los nacidos en las cabeceras y los nacidos en las coronas. A través del análisis de las diferencias en los determinantes, trataremos de aproximarnos a las diferencias en la explicación de la elección de estos dos tipos de centralizaciones. Al tratarse de modelos con poblaciones (submuestras) diferentes, se hace necesario recurrir al cálculo de los efectos marginales (AME's $-dy/dx-$).

En cuanto a la variable dependiente utilizada en el análisis, hemos optado por mostrar los resultados principales a través de la segunda variable empleada en el capítulo

⁵⁷ La exclusión del resto de grupos se debe a que configuran trayectorias vinculadas a movimientos migratorios previos, los cuales quedan fuera del objetivo del presente capítulo.

anterior, la que pone en relación la centralización con el resto de movilidad en la corona. Si bien hemos realizado todos los modelos aplicando también la variable que pone en relación la centralización respecto al resto de alternativas posibles, estos apenas mostraban diferencias significativas en los determinantes de los movimientos de concentración y recentralización, más allá de ciertas divergencias en la magnitud de los efectos marginales. Este hecho, apunta a que aquello que los lleva a moverse (tanto a los que tienen experiencia residencial en las cabeceras como a los que no) es bastante similar, o lo que es lo mismo, que se diferencian bastante poco con respecto a los sedentarios. Sin embargo, se dibujan explicaciones muy divergentes cuando los comparamos con los que se mueven en la corona, demostrando que el efecto de la experiencia residencial se marca especialmente entre la población móvil. Es decir, una vez los sujetos han decidido moverse, los factores individuales que llevan a optar por la cabecera en lugar de la corona son sustancialmente diferentes según si los individuos nacieron en las cabeceras (trayectoria de recentralización) o en las coronas (trayectorias de concentración), indicando que los motivos de la elección de unos y otros deben ser también diferentes. Se incluyen en el anexo los mismos modelos, pero utilizando la variable que incluye a los sedentarios en la categoría de referencia (ver Anexo A y B).

Por último, es necesario mencionar las submuestras utilizadas en el análisis⁵⁸. Si bien en el capítulo anterior realizamos los modelos para la totalidad del universo metropolitano español, en este restringiremos nuestro foco a tres tipos de áreas: regiones urbanas, grandes áreas y áreas estándar. Para el primer objetivo, tomaremos la totalidad de población susceptible de haberse centralizado en el período 2010-2011 en las áreas mencionadas, es decir, toda la población que residía en 2010 en las coronas excepto los sedentarios y los menores de 16 años, un total de 48.871 casos. Respecto al objetivo dos, realizaremos dos réplicas del modelo general, una para los nacidos en las coronas y otra para los nacidos en las cabeceras, dividiendo por tanto a la población que residía en las coronas en 2010 en dos submuestras: los nacidos en cabeceras (un total de 16.600 casos) y los nacidos en las coronas (un total de 11.410 casos). La restricción del análisis a estos tres tipos de áreas se debe a dos motivos. En primer lugar, porque es en estas áreas donde mayor coincidencia puede haber entre el entorno de nacimiento y el de residencia en los

⁵⁸ Para ver un análisis descriptivo de todas las submuestras empleadas, ir a Anexos C, D y E.

primeros años de vida⁵⁹, debido a que es en estas áreas donde los servicios hospitalarios se encuentran más descentralizados (Torrado *et al.*, 2018b), dado el carácter consolidado que presenta el fenómeno metropolitano en estas áreas. Si recordamos, la figura 5.5 mostraba como en las principales áreas del país, muchos municipios de las coronas de estas áreas presentaban niveles de centralidad sanitaria muy relevantes. En segundo lugar, porque son las áreas con procesos metropolitanos más consolidados, donde la suburbanización es un fenómeno, en general, bastante antiguo. Frente a estas, se encuentran unas áreas menores e incipientes donde los procesos metropolitanos se encuentran aún en etapa de despegue y apenas acaban de iniciar su fase de suburbanización en la década anterior al momento censal, un margen temporal muy estrecho para que puedan darse movimientos de retorno significativos ligados a cambios en los cursos vitales.

9.1. La importancia de la experiencia residencial

Antes de abordar la diversidad de la centralización en el contexto de la experiencia vital de sus protagonistas, se hace necesario contrastar si, efectivamente, esta variable es relevante para la construcción de la centralización, y no sólo si lo es, sino cómo y en qué medida puede modular la decisión de centralizarse.

Si observamos los cambios que supone la introducción de la variable referente a la experiencia residencial (tabla 9.1), respecto al modelo anterior, se aprecian aumentos estadísticamente relevantes en el logaritmo de máxima verosimilitud, así como reducciones muy significativas en los criterios AIC y BIC, afirmándose la importancia de esta variable en la modelización. No obstante, cabe decir que los cambios que genera en el pseudo R^2 no son de gran magnitud, apenas alcanzando incrementos del 1%. Este incremento, aunque muy reducido, es similar al de otras variables incluidas en el modelo general que se consideran claves para la explicación del comportamiento residencial, como las referentes a la posición social, por lo que no resta importancia, ni estadística ni teórica, al papel de la experiencia residencial. En cuanto a su efecto y dirección, se observan tendencias muy interesantes, siendo todas las categorías muy significativas.

⁵⁹ Afinando así más el carácter de la variable censal lugar de nacimiento como indicador de la experiencia residencial.

Tabla 9.1. Modelos logísticos por pasos para la explicación de la centralización incluyendo la variable lugar de nacimiento

| | Modelo general | | Con lugar de nacimiento | |
|---|----------------|---------|-------------------------|---------|
| | B | SE | B | SE |
| Edad | 0,033 ** | 0,012 | 0,030 * | 0,012 |
| Edad al cuadrado | - 0,000 ** | 0,000 | - 0,000 ** | 0,000 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | | |
| Hombre | 0,086 | 0,065 | 0,078 | 0,066 |
| Estado civil (ref=Casado) | | | | |
| Soltero | 0,310 *** | 0,078 | 0,315 *** | 0,078 |
| Viudo | 0,504 ** | 0,182 | 0,497 ** | 0,183 |
| Divorciado/Separado | 0,535 *** | 0,096 | 0,544 *** | 0,096 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | | |
| No familiar | 1,250 *** | 0,137 | 1,269 *** | 0,138 |
| Monoparental hijos menores | - 0,109 | 0,160 | - 0,114 | 0,160 |
| Monoparental hijos mayores | 0,536 ** | 0,157 | 0,543 ** | 0,157 |
| Pareja sin hijos | 0,272 ** | 0,100 | 0,283 ** | 0,100 |
| Pareja con hijos menores | - 0,121 | 0,109 | - 0,124 | 0,109 |
| Pareja con hijos mayores | 0,090 | 0,159 | 0,082 | 0,159 |
| Otra familias | 0,524 *** | 0,106 | 0,519 *** | 0,108 |
| Nivel de estudios (ref=Primarios o inferior) | | | | |
| Secundaria | 0,065 | 0,111 | 0,044 | 0,112 |
| Bachiller/FP | 0,159 | 0,108 | 0,122 | 0,108 |
| Superiores | 0,778 *** | 0,114 | 0,731 *** | 0,115 |
| Condición sociolaboral (ref= Administrativos) | | | | |
| Profesionales | 0,082 | 0,091 | 0,090 | 0,092 |
| Servicios | 0,031 | 0,107 | 0,046 | 0,106 |
| Operarios | - 0,430 *** | 0,116 | - 0,403 *** | 0,117 |
| Empresarios | - 0,461 ** | 0,141 | - 0,444 ** | 0,141 |
| Parados | - 0,199 | 0,207 | - 0,194 | 0,207 |
| Inactivos | 0,000 | 0,114 | 0,018 | 0,114 |
| Otros ocupados | - 0,316 | 0,239 | - 0,272 | 0,239 |
| Nº de tareas que realiza | - 0,294 *** | 0,041 | - 0,295 *** | 0,041 |
| Tiene segunda residencia (ref=No) | | | | |
| Sí | 0,270 *** | 0,061 | 0,262 *** | 0,062 |
| Lugar de trabajo o estudios (ref=Mismo municipio) | - 1,430 *** | 0,082 | - 1,465 *** | 0,083 |
| Otro municipio | - 1,155 *** | 0,181 | - 1,113 *** | 0,181 |
| Fuera del área | - 0,808 *** | 0,177 | - 0,821 *** | 0,178 |
| Varios municipios | - 0,656 *** | 0,122 | - 0,661 *** | 0,123 |
| Mismo domicilio | - 0,676 *** | 0,078 | - 0,684 *** | 0,078 |
| Ni estudia ni trabaja | | | | |
| Tenencia (ref=Propiedad hipotecada) | 0,576 *** | 0,089 | 0,615 *** | 0,089 |
| Propiedad pagada | 0,280 *** | 0,078 | 0,295 *** | 0,084 |
| Alquiler | 0,301 ** | 0,114 | 0,339 ** | 0,115 |
| Cedida y otras formas | | | | |
| Lugar de nacimiento (ref=Cabecera) | | | | |
| Corona | | | - 0,776 *** | 0,086 |
| Otra cabecera | | | - 0,513 *** | 0,120 |
| Otra corona | | | - 0,732 ** | 0,224 |
| No metropolitano | | | - 0,514 *** | 0,105 |
| Extranjero | | | - 0,319 *** | 0,085 |
| Constante | - 3,716 *** | 0,312 | - 3,343 *** | 0,317 |
| N | | 48.871 | | 48.871 |
| Sig | | 0,000 | | 0,000 |
| Log-Lik Modelo completo | - | 156.271 | - | 154.905 |
| AIC | | 312.611 | | 309.891 |
| BIC | - | 26.940 | - | 29.618 |
| Pseudo R ² | | 0,08 | | 0,09 |

*p-valor<0,05; **p-valor<0,01; ***p-valor<0,001

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

En primer lugar, es destacable que todas las categorías presentan una propensión negativa a la centralización respecto a los nacidos en las cabeceras (categoría de referencia), lo cual demuestra que la centralización es un movimiento muy vinculado a

este grupo de personas y, por tanto, se configura en mayor medida como un movimiento de retorno a las cabeceras metropolitanas (recentralización).

En segundo lugar, cabe decir que, aunque todas las categorías presentan signo negativo, el coeficiente es menor (menos negativo) en el caso de los nacidos en las cabeceras de otras áreas distintas a la de residencia actual. La elección por las ciudades se reafirma como un movimiento de retorno, pero en un sentido amplio, no ya exclusivamente a la cabecera de origen, sino a un entorno similar. De este modo, tras trayectorias migratorias de cierto recorrido (en este caso una migración interior entre áreas metropolitanas), los individuos tienden, a medio o largo plazo, a buscar entornos residenciales que, aunque no sean exactamente los mismos en los que se criaron, tengan unas características similares (Feijten *et al.*, 2008). Se pone así de manifiesto la gran importancia de las primeras etapas de la vida en la configuración de las percepciones sobre lo urbano y la vivienda (Ærø, 2002, 2006; Blaauboer, 2010), así como en la construcción de los vínculos afectivos de las personas con los tipos de espacios habitados (Feldman, 1990, 1996).

En tercer lugar, y en la línea de lo que acabamos de comentar, es también destacable que la propensión más baja a la centralización (la más negativa) la presenten los nacidos en las coronas (de las mismas áreas en las que actualmente viven o de otras áreas), lo que redundaría en la idea de que las personas suelen estar muy vinculadas al tipo de espacios en los que transcurren sus primeras etapas del curso vital (Blaauboer, 2010). Esta fuerte identificación con los entornos de origen puede estar detrás de la marcada tendencia al sedentarismo de la mayoría de la población, así como, en caso de movilidad, del carácter más común de las transiciones residenciales entre entornos similares (Stovel y Bolan, 2004).

Por último, no se observan diferencias significativas entre los extranjeros y los nacidos en las cabeceras, lo cual indica que la vinculación de estos primeros a la centralización es, al menos, tan importante como la de estos últimos. La centralización se dibuja así como unos movimientos relacionados, no sólo a trayectorias de retorno, sino también de relocalización residencial tras trayectorias migratorias de largo recorrido, posiblemente asociadas a la búsqueda de oportunidades de empleo y mejora social.

En líneas generales, podemos afirmar que nuestros resultados son concordantes con los pocos estudios internacionales que han tratado el efecto de la experiencia residencial en la elección por las ciudades desde una óptica cuantitativa (Blaauboer, 2010; Feijten *et al.*, 2008). Estos estudios consideran en sus análisis variables referentes al lugar de nacimiento, pero también otras más “fiables” para aproximarse a la experiencia residencial, como son el lugar dónde se vivió en los primeros años de vida, en la adolescencia y de manera independiente. La coincidencia de nuestros resultados, en tanto que efecto y dirección de la variable empleada (lugar de nacimiento), con los arrojados por estos estudios que utilizan estas otras variables, ponen de manifiesto su utilidad como aproximación válida a la experiencia residencial.

9.2. Determinantes de las trayectorias de concentración y recentralización

Una vez constatada la pertinencia de la variable lugar de nacimiento como indicador de la experiencia residencial, estamos en condiciones de utilizarla para diferenciar a los centralizadores según su trayectoria previa y analizar los determinantes que actúan en cada uno de ellos ¿Serán realmente diferentes los determinantes de la centralización según si esta se configura como un movimiento de ida (concentración) o vuelta (recentralización)? Para responder a esta pregunta hemos replicado el modelo desarrollado en el apartado anterior para dos grupos. De un lado, los nacidos en las cabeceras y, de otro, los nacidos en las coronas, dibujándose dos formas de centralización vinculadas a factores individuales ciertamente diferentes.

Una visión global conjunta de los modelos (tabla 9.2) a través de los estadísticos de ajuste muestra, en ambos, variaciones estadísticamente significativas de las variables introducidas. De hecho, si observamos los pseudo R^2 , se aprecia como estos son incluso mayores que los obtenidos en el modelo general, indicando que la centralización es un movimiento que se explica mejor cuando acotamos su estudio según la experiencia residencial previa de sus protagonistas. En cuanto a los contrastes en el pseudo R^2 de ambos modelos, este es algo mayor (algo más de un 2%) en el modelo de la recentralización que en el de la concentración, es decir, que las variables escogidas explican mejor el retorno de viejos residentes que la llegada de otros nuevos.

Tabla 9.2. Modelos para la explicación de la centralización según lugar de nacimiento de sus protagonistas

| | Concentración | | Recentralización | | |
|---|---------------|--------|------------------|-----|---------|
| | dy/dx | SE | dy/dx | SE | |
| Edad en grupos (ref=25-34) | | | | | |
| 16-24 | -0,03% | 0,002 | 0,16% | | 0,002 |
| 35-44 | 0,23% | 0,002 | 0,27% | * | 0,001 |
| 45-64 | 0,19% | 0,002 | 0,41% | ** | 0,002 |
| 65 o más | -0,20% | 0,004 | 0,28% | | 0,003 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | | | |
| Hombre | 0,24% | 0,002 | 0,05% | | 0,001 |
| Estado civil (ref=Casado) | | | | | |
| Soltero | 0,75% *** | 0,002 | 0,15% | | 0,001 |
| Viudo | 1,20% | 0,004 | 0,13% | | 0,003 |
| Divorciado/Separado | 0,74% ** | 0,003 | 0,42% | * | 0,002 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | | | |
| No familiar | 2,01% *** | 0,004 | 1,03% | *** | 0,002 |
| Monoparental hijos menores | 0,27% | 0,004 | 0,04% | | 0,002 |
| Monoparental hijos mayores | -0,04% | 0,005 | 0,85% | *** | 0,002 |
| Pareja sin hijos | 1,10% *** | 0,003 | 0,16% | | 0,002 |
| Pareja con hijos menores | 0,49% | 0,003 | -0,35% | * | 0,002 |
| Pareja con hijos mayores | 0,30% | 0,004 | 0,43% | * | 0,002 |
| Otra familias | 0,70% *** | 0,003 | 1,14% | *** | 0,002 |
| Nivel de estudios (ref=Primarios o inferior) | | | | | |
| Secundaria | -0,22% | 0,003 | 0,01% | | 0,002 |
| Bachiller/FP | 0,08% | 0,003 | 0,09% | | 0,002 |
| Superiores | 0,77% * | 0,003 | 0,65% | *** | 0,002 |
| Condición sociolaboral (ref= Administrativos) | | | | | |
| Profesionales | 0,16% | 0,002 | -0,09% | | 0,001 |
| Servicios | 0,25% | 0,003 | -0,04% | | 0,002 |
| Operarios | -0,34% * | 0,003 | -0,07% | | 0,002 |
| Empresarios | 0,01% | 0,003 | -0,47% | | 0,002 |
| Parados | -2,03% * | 0,010 | -0,05% | | 0,003 |
| Inactivos | 0,09% | 0,003 | -0,11% | | 0,002 |
| Otros ocupados | -0,27% | 0,006 | -0,26% | | 0,004 |
| Nº de tareas que realiza | -0,21% * | 0,001 | -0,31% | *** | 0,001 |
| Tiene segunda residencia (ref=No) | | | | | |
| Sí | 0,64% *** | 0,001 | 0,44% | *** | 0,001 |
| Lugar de trabajo o estudios (ref=Mismo municipio) | | | | | |
| Otro municipio | -1,00% *** | 0,002 | -1,93% | *** | 0,001 |
| Fuera del área | -0,73% * | 0,004 | -1,51% | *** | 0,004 |
| Varios municipios | -0,70% * | 0,003 | -1,15% | *** | 0,002 |
| Mismo domicilio | -0,29% | 0,003 | -1,17% | *** | 0,002 |
| Ni estudia ni trabaja | -0,21% | 0,002 | -1,13% | *** | 0,001 |
| Tenencia (ref=Propiedad hipotecada) | | | | | |
| Propiedad pagada | 0,02% | 0,002 | 0,87% | *** | 0,001 |
| Alquiler | 0,51% * | 0,002 | 0,67% | *** | 0,001 |
| Cedida y otras formas | 0,20% | 0,002 | 0,55% | ** | 0,002 |
| N | | 11.410 | | | 16.600 |
| Sig | | 0,000 | | | 0,000 |
| Log-Lik Modelo vacío | - | 24.087 | - | | 59.148 |
| Log-Lik Modelo completo | - | 21.605 | - | | 51.809 |
| AIC | | 43.282 | | | 103.691 |
| BIC | - | 4.638 | - | | 14.338 |
| Pseudo R ² | | 0,10 | | | 0,12 |

*p-valor<0,05; **p-valor<0,01; ***p-valor<0,001

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Diferencias también muy relevantes encontramos en los determinantes, los cuales muestran importantes contrastes entre los movimientos de ida y vuelta, no sólo de significatividad, sino también de magnitud. Especialmente en las variables referentes a los cursos vitales (edad, estado civil y forma de convivencia).

Respecto a la edad, hemos probado introducirla en los modelos de dos formas. Primero, considerando su función continua y cuadrática, tal y como hicimos en el modelo

general. No obstante, estas no se mostraban significativas en ninguno de los dos movimientos. Por ello, y debido a que teníamos serias sospechas de que había efectos de la edad que no podían capturarse a través de sus funciones lineales ni cuadráticas, decidimos introducirla por grupos (tal y como la recodificamos para el análisis descriptivo), y aquí sí, encontramos diferencias significativas entre recentralización y concentración. Mientras que para la concentración la edad no influye en la decisión de elegir cabeceras o coronas, siendo sus protagonistas en ambos casos, mayoritariamente adultos jóvenes, en edades de máxima movilidad (ver Anexo C). En el caso de la recentralización, aparecen dos grupos de edad con una propensión significativa y positiva con respecto a la categoría de referencia (25 a 34 años), los de 35 a 44 y los de 45 a 64. Dos grupos de adultos maduros, cuya mayor propensión es un indicador claro de que, para los nacidos en la ciudad, es más probable venir a ella cuando se alcanzan ciertas edades. Unas edades en las que las carreras residenciales, laborales y vitales suelen llegar a fases de consolidación y madurez, mostrando una recentralización que se configura como un movimiento de retorno en todos los sentidos.

Por su parte, las diferencias en las variables referentes a las trayectorias familiares (estado civil y forma de convivencia) parecen dibujar unos movimientos de concentración más específicos, con la presencia de pocas variables significativas, frente a una recentralización que, en términos de cursos vitales, parece estar relacionada con una mayor diversidad de acontecimientos. La concentración se vincula a la movilidad de personas solteras y divorciadas que conviven en formas de convivencia menos convencionales, teniendo un gran peso los hogares no familiares, pero también las parejas sin hijos y otros arreglos familiares distintos de la familia nuclear. Si tenemos en cuenta que se trata de movimientos principalmente de adultos jóvenes, se perfilarían como movimientos relacionados con la emancipación y el divorcio de personas en fases transitorias de los cursos vitales, probablemente previas a la formación de familia. Por su parte, los retornados obedecen a un conjunto de motivos más diversos, que tienen en común el hecho de no tener hijos pequeños. Desde divorciados que pueden optar por formas de convivencia menos convencionales, como puede ser irse a vivir con un familiar, o a un hogar compartido con otras personas no emparentadas; parejas con hijos que, al cumplir estos cierta edad se plantean retornar, ante la consumación del proyecto de vida familiar en la corona y la inminente emancipación de los hijos; hasta hogares monoparentales con hijos mayores que encuentran en la ciudad un refugio, probablemente

por la disponibilidad en ellas de una cierta red de apoyo familiar y oportunidades laborales, necesarias tras la ruptura o disolución del hogar familiar (nuclear) anterior.

Por su parte, las variables referentes a la posición social se muestran más relevantes en los movimientos de concentración que en los de recentralización. De esta manera, aunque el nivel de estudios se muestra relevante en ambos movimientos, la condición sociolaboral sólo es significativa en los movimientos de concentración, en los cuales la condición de ser operario es un factor limitante. Esta menor importancia de la condición sociolaboral en los movimientos de recentralización, apunta a la idea de que, cuando las personas han vivido previamente en la ciudad, la clase social deja de ser un factor tan relevante para el hecho de moverse hacia la misma, mientras que sí que lo es cuando se va hacia ella por primera vez. La explicación de esto reside en el mayor capital localizado que pueden acumular las personas que retornan (bien sea un capital físico, como puede ser una vivienda, bien sea más abstracto como redes sociales o conocimientos sobre los mercados de trabajo y vivienda), el cual puede suplir la (des)ventaja comparativa que representa la pertenencia a determinados estratos sociales.

También se muestran relevantes las diferencias respecto de las variables indicativas de los estilos de vida. En primer lugar, la variable referente a la disponibilidad de una segunda residencia es significativa en ambos movimientos. No obstante, su coeficiente es mayor en los movimientos de ida. Este hecho puede atender a varias explicaciones diferentes. Primero, la segunda vivienda es, como ya dijimos en el capítulo anterior, un indicador de estatus social de tipo patrimonial, por lo que simplemente puede estar remarcando la mayor posición social de los concentradores. Segundo, la construcción misma de la variable censal⁶⁰ hace que pueda estar indicando una mayor propensión de los concentradores a pasar cierto tiempo al año en un entorno diferente, quizás por su mayor vinculación afectiva (arraigo) y social (presencia de redes sociales familiares y de amistad) con la corona de origen o, en general, con un segundo municipio. O quizás esté dando cuenta de su estilo de vida algo más “cosmopolita” por así decirlo, que los lleva a viajar más. Todas estas explicaciones son hipotéticas, pero casan bien con los estilos de vida propios de individuos jóvenes que se acaban de mudar de su entorno de origen. Y, en tercer y último lugar, y relacionado con lo anterior, puede entenderse como un hecho

⁶⁰ Que recordemos, cuantifica el hecho de pasar al menos 14 días al año en una vivienda situada en un segundo municipio.

relacionado con los momentos de los cursos vitales de sus protagonistas. Así, los movimientos de recentralización, más vinculados a adultos maduros que sufren cambios posteriores a la formación de familia, pueden llevar en mayor medida a prescindir de la segunda residencia, la cual probablemente sea la residencia que anteriormente se poseía en la corona metropolitana, ya que esta ha cumplido su función original, la crianza de los hijos. Mientras en el caso de la concentración, vinculada a personas en estadios más transicionales de las trayectorias familiares, puede que se tienda en mayor medida a conservar la vivienda en la que se residía en las coronas, bien por un retorno previsto y planificado para un futuro cercano (motivado por ejemplo por el nacimiento de los hijos) o por una vinculación afectiva al lugar de origen. No obstante, desconocemos la localización de la segunda vivienda, por lo que esta hipótesis debe ser contrastada por la investigación futura.

En tercer lugar, también son reseñables las diferencias respecto al lugar de trabajo o estudios, variable que muestra como los movimientos de vuelta se vinculan en mayor medida que los de ida a la concentración de los espacios de vida, más concretamente, los espacios de residencia y trabajo. Un hecho que quizás se relacione con el mayor conocimiento que los retornados pueden tener del mercado de trabajo y vivienda de las cabeceras, el cual les permitiría realizar una elección óptima que minimice las distancias.

Por último, la tenencia de la vivienda principal muestra como los movimientos de ida se vinculan únicamente al alquiler, remarcando su carácter más transitorio, ya no sólo en los cursos vitales de sus protagonistas, sino también en sus carreras residenciales. Mientras para la recentralización, aunque el alquiler también es importante, cobra especial importancia la vivienda en propiedad totalmente pagada, lo cual indica que, una parte relevante de ellos son movimientos de retorno, no sólo a la cabecera de la que un día se salió, sino posiblemente a una vivienda previa.

Respondiendo a la pregunta planteada al inicio del epígrafe, podemos afirmar que los determinantes de la centralización varían según el papel que esta tenga en las trayectorias residenciales de los sujetos. Los movimientos de concentración parecen más específicos o, al menos, restringidos a un espectro de acontecimientos de los cursos vitales más reducido, presentando pocas variables significativas y con pesos grandes en los efectos marginales. Se perfilaría así una concentración más vinculada a personas jóvenes,

solteras y divorciadas, que conviven en formas de convivencia menos convencionales y más transicionales, y que tienen cierto poderío económico. Mientras a los que retornan les mueven motivos más diversos, algo que se refleja en el mayor número de variables referentes a los cursos vitales que son significativas, así como el menor peso específico que estas tienen (con efectos marginales normalmente bajos). La recentralización se perfilaría como un movimiento de adultos maduros que retornan a su ciudad de origen por una serie de cambios más diversos, que van desde el crecimiento de los hijos y la entrada en fases previas a la etapa de nido vacío, probablemente más aparejado al acceso (o retorno) a una vivienda en propiedad; hasta etapas más transicionales de los cursos vitales posteriores a la formación de familia, posiblemente relacionadas con formas de convivencia menos convencionales, a la disolución del hogar por ruptura marital y al alquiler. Retomaremos estas y otras implicaciones del estudio en el siguiente apartado.

9.3. ¿Dos trayectorias, dos formas de centralización?

Dadas las sospechas de que el modelo global de la centralización estaba eclipsando dos tipos de centralización muy diferentes, en el presente capítulo nos planteamos como objetivo explorar las variaciones que introducía la consideración de la experiencia residencial de sus protagonistas, algo que realizamos en dos pasos sucesivos. Primero, analizando su valor como variable explicativa, y segundo, profundizando en las diferencias en sus determinantes según la experiencia residencial previa de los sujetos, es decir, según se configurase como trayectorias de ida (concentración) o vuelta (recentralización).

Respecto a la primera cuestión, nuestros resultados muestran como la centralización es un movimiento vinculado a personas con experiencia residencial en las cabeceras, configurándose en gran medida como un movimiento de retorno de antiguos suburbanitas. Pero también tiene una importancia relevante el hecho de haber nacido en otra cabecera, remarcando la idea de que las personas se identifican con ciertos entornos residenciales similares a aquellos en los que se han criado, y tienden, cuando es posible, a vivir en ellos (Blaauboer, 2010). Se trata en este último caso de un “retorno” más figurado que literal, en el que las personas vuelven a una cabecera distinta, en la que posiblemente dispongan de pocos recursos (capital localizado), pero la cual les evoca ciertos sentimientos y vinculaciones afectivas (Feldman, 1990, 1996) por su parecido con las ciudades en las

que se criaron. En cierto modo, esto pone de manifiesto como la percepción (o imaginario) que se tiene sobre la cabecera, es un factor en ocasiones tanto o más importante, que el disponer en ella de recursos que faciliten la elección.

Respecto a la segunda cuestión, se han encontrado diferencias significativas en los determinantes de los movimientos de recentralización y concentración. Esto último, ratifica que aquellos acontecimientos, circunstancias y motivos que llevan a las personas a optar por la relocalización residencial en las cabeceras metropolitanas, varía sustancialmente según la experiencia residencial. Es decir, que la experiencia residencial no sólo es una variable explicativa clave de la centralización, sino que su consideración como criterio de selección muestral hace que se obtengan modelos diferentes, demostrando que es un fenómeno que responde a múltiples explicaciones.

Para los retornados (o recentralizadores), que posiblemente han pasado las primeras etapas de sus cursos vitales, y fraguado su *habitus*, en el seno de las cabeceras, estas se configuran como espacios aptos para volver y establecerse una vez los hijos alcanzan cierta edad o ante cambios negativos, como la disolución del hogar anterior. Un retorno motivado por la búsqueda de la proximidad a los lugares de trabajo y estudio, posible gracias a su mayor conocimiento sobre el mercado de trabajo y vivienda de la ciudad (capital cultural); y que supone, en ocasiones, el acceso a viviendas en propiedad, que posiblemente ya se poseían (capital económico) antes de mudarse hacia las coronas suburbanas. Por tanto, para estos sujetos, la ciudad parece tener cierto carácter de refugio ante determinados cambios vitales acontecidos (disolución del hogar, la carga de una sola persona con hijos mayores) o esperados (como la inminente emancipación de los hijos). Refugio, en un espacio que resulta conocido y familiar y en el cual probablemente, se disponga de alguna vivienda, redes de apoyo social, familiares o no, así como contactos clave que faciliten información y recursos para afrontar lo mejor posible las diversas situaciones en las que pueden encontrarse.

Mientras para los que vienen por primera vez (concentración), la centralización se constituye en un movimiento más transicional, tanto en términos de sus trayectorias residenciales como familiares. Para estos últimos, la centralización se vincula a etapas de los cursos vitales previas al nacimiento de los hijos, al acceso de vivienda en alquiler (lo cual remarca su carácter más transicional o “de paso” por las cabeceras), así como a

ciertas posiciones sociales (estudios superiores, categorías ocupacionales distintas de la clase trabajadora y mayor patrimonio) que les permiten suplir su carencia de capital localizado. Una concentración propia de adultos jóvenes, solteros o divorciados, para los que la centralización es un movimiento hacia un entorno nuevo, con el cual, posiblemente, se tiene una experiencia más limitada e indirecta, que da lugar a imaginarios sobre la ciudad muy basados en las opiniones de terceros (y en los imaginarios hegemónicos transmitidos por los medios), y de tipo funcional, producto de la experimentación de la ciudad como espacio de consumo y ocio al que ocasionalmente acudían cuando residían en la corona. Para estos, la ciudad no sería tanto un espacio de refugio, como un entorno social vibrante, donde se concentran las oportunidades laborales, culturales y de ocio, así como los lugares de encuentro con los demás. Un espacio vivo y cambiante, apto para vivir la soltería o mudarse con la pareja, que se muestra como un espacio de producción, en un sentido amplio (cultural, económica) frente a unos espacios suburbanos de reproducción (biológica y social), más propios de momentos de crianza, a los que posiblemente retornen al tener hijos.

No obstante, el trabajo realizado no está exento de limitaciones un tanto problemáticas que es necesario poner de manifiesto y que pueden servir de guía para afinar aún más la investigación futura. Limitaciones que refieren a las posibilidades de construir explicaciones a partir de los modelos desarrollados, a la variable empleada para operacionalizar la experiencia residencial y al ámbito de estudio.

En primer lugar, es necesario reseñar que los modelos desarrollados no nos permiten afirmar con rotundidad la vinculación de estos dos tipos de centralizaciones a diferentes imaginarios de lo urbano y a una posesión diferencial de capital localizado, ya que la fuente utilizada no dispone de datos específicos al respecto⁶¹. Sin embargo, sí que encontramos algunos indicios de la importancia del capital localizado en los movimientos de retorno, como son el menor peso de la clase social, la mayor proximidad residencia-trabajo (posible por un mayor conocimiento del entorno) o el acceso a viviendas en propiedad totalmente pagadas. Indicios que dan a pensar que el retorno se vincula a un

⁶¹ Datos como pueden ser la localización de la residencia de los familiares o amigos, la posesión de inmuebles en los distintos entornos, los espacios de vida más allá del lugar de trabajo o estudios (lugares de ocio y consumo más comunes), variables referentes a la percepción de los distintos entornos (problemas y ventajas percibidas, satisfacción, etc.)

mayor conocimiento sobre el mercado de vivienda y trabajo de la ciudad, a la presencia de redes de apoyo y a la disponibilidad de alguna vivienda anterior. Si a esto les sumamos el hecho, antes señalado, de que los acontecimientos (motivos) de los cursos vitales que traen a concentradores y recentralizadores difieren, también se está dejando entrever que sus percepciones sobre las cabeceras deben ser diferentes. No obstante, los indicios son solo eso, indicios, y aunque parecen apuntar en esa dirección, las explicaciones dadas en los dos párrafos anteriores son en gran medida tentativas, hipótesis basadas en indicios que consideramos relevantes y que creemos que constituyen una buena base para la investigación futura.

La segunda limitación tiene que ver con la variable empleada para operacionalizar la experiencia residencial y trazar trayectorias: el lugar de nacimiento. Esta variable es ciertamente problemática, por lo que los resultados han de tomarse con sus debidas reservas. El lugar de nacimiento censal puede no coincidir con el lugar de residencia real los primeros años de vida, dada la centralización de los servicios hospitalarios, así como a la mayor movilidad constatada de los hogares con hijos que aún no han entrado en edad de escolarización (Michielin y Mulder, 2008). Sin embargo, hemos comprobado que es una variable relevante y cuyos resultados coinciden con los obtenidos por estudios internacionales previos que emplean otras variables más “fiables” para operacionalizar la experiencia residencial. Además, las diferencias en la significatividad y dirección de los determinantes de los modelos según lugar de nacimiento parecen apuntar a que, efectivamente, la mayoría de la centralización de los nacidos en las cabeceras es recentralización y, viceversa, que la mayoría de la centralización de los nacidos en las coronas es concentración. Por lo que podemos afirmar que el lugar de nacimiento es una opción óptima para analizar la movilidad y trazar trayectorias. Aún con todo lo dicho, debemos ser prudentes y esperar a realizar estudios con bases de datos longitudinales, si es que algún día están disponibles, mientras tanto, esta variable ofrece la que consideramos la mejor aproximación posible al respecto.

La tercera y última limitación nos remite al ámbito de estudio, ya que, por una serie de razones explicadas al inicio, decidimos acotar la muestra a las regiones urbanas, grandes áreas y áreas estándar. Un conjunto de áreas en distintos momentos de sus procesos de desarrollo metropolitano y que aglutina realidades urbanas muy diversas en términos de imaginarios y prácticas sobre lo urbano. Una variedad de situaciones y

realidades contextuales que justifica que estudios de este tipo, sean replicados en distintos tipos de áreas, y siendo más específico, en áreas concretas, ya que cada ciudad, es un microcosmos en el que la vivienda, lo urbano y lo suburbano, son percibidos de manera particular (Conde, 1996). Sin embargo, como puede apreciarse en los Anexos C y D, fragmentar más la muestra haría imposible obtener modelos (y ni siquiera descripciones) sobre la centralización que cumplieran con criterios de significatividad estadística, dado el reducido número de casos. Un problema al que nos volvemos a enfrentar en el siguiente capítulo, y por el cual, de nuevo, nos vemos obligados a reagrupar las áreas.

Capítulo 10. Procesos de recentralización y concentración. Diversidad territorial de los movimientos de centralización.

Hasta ahora hemos desarrollado un modelo explicativo general y profundizado en el papel que juega el bagaje residencial previo en la decisión de centralizarse. No obstante, estos modelos desarrollados para la totalidad del universo metropolitano español, aunque son útiles, en tanto que nos permiten obtener una visión global del fenómeno, son también, en cierta medida abstractos, al no localizar a la centralización en el marco espacial concreto en el que se desenvuelve, mezclando situaciones de lo más diversas, dados los distintos momentos del desarrollo metropolitano en el que se encuentran las diferentes áreas. La labor de contextualización se torna así fundamental para entender y explicar la naturaleza de la movilidad residencial y los procesos sociales en general, ya que el espacio constituye la base material en la que estos procesos toman forma.

Sobre el diferente papel que juega la centralización en el ciclo metropolitano, ya nos hablaban los clásicos modelos de desarrollo urbano y metropolitano (Champion, 2001; Cheshire, 1995; Geyer y Kontuly, 1993; Turok y Mykhnenko, 2007; Wolf, 2018), que consideraban que la centralización juega un papel clave, tanto en las etapas iniciales como en las etapas finales del proceso.

En las primeras etapas, la centralización asume la forma de la concentración, o urbanización según los modelos más clásicos. Una etapa caracterizada por la llegada de importantes contingentes demográficos a las nacientes cabeceras atraídos por la expansión del mercado de trabajo. Flujos provenientes de municipios y territorios más o menos distantes (migraciones interiores) y también, de municipios más próximos (centralización) que, poco a poco, pasan a convertirse en la corona metropolitana. Esta fase se da en dos etapas secuenciales. Primero, la cabecera comienza a concentrar una serie de actividades económicas que atrae mano de obra de unos municipios circundantes todavía rurales. Después, esta vinculación de la población de los territorios circundantes por motivos laborales conlleva la atracción de sus residentes hacia unas cabeceras con una gran disponibilidad de espacio y vivienda. En el caso español, las principales áreas pasaron por esto hace décadas, pero algunas de las menores e incipientes aún se encuentran en esta etapa del ciclo metropolitano.

Tras este momento, la centralización empieza a descender, comenzando la expansión del área con el despegue de los movimientos de suburbanización. En esta fase la cabecera comienza poco a poco a perder población en favor de los municipios circundantes más próximos, dando lugar por primera vez a un mercado de vivienda plenamente metropolitano, en la medida en que los municipios destino de estos movimientos de suburbanización se tornan en una prolongación de las ciudades centrales, tanto en un sentido funcional (zonas residenciales de la cabecera) como social, al constituirse como espacios de vida de una parte creciente de los residentes del área (Susino, 2003). La mayoría de las áreas menores españolas están en esta fase, en la que junto a la emergencia de la suburbanización, convive, aunque aminorado, el proceso de concentración.

Cuando las áreas se consolidan y llegan a ciertos estadios de dimensión, madurez y complejidad, la centralización repunta, pero con un cariz diferente a la concentración originaria, alimentando procesos de recentralización procedentes de los municipios más integrados y de más antigua suburbanización (Feria, 2010b). Es por esta vinculación de la centralización a municipios de antigua suburbanización más integrados, por la que desde una perspectiva territorial puede hablarse de recentralización, en tanto que desde una perspectiva regional supone una cierta inversión de la tendencia centrífuga en la que aquellos municipios que antes recibían población (suburbanización) ahora la emiten de

vuelta (recentralización). Mientras los procesos de concentración obedecen a la primera emisión de población desde municipios que aún no han recibido flujos de suburbanización y que, por ello, se vacían, concentrándose su población en las coronas. Las dinámicas de recentralización se extienden en la actualidad a muy pocas áreas metropolitanas españolas, reduciéndose casi por completo a las principales áreas: Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia o Bilbao, aunque podemos encontrar tendencias emergentes en áreas de menor dimensión con coronas metropolitanas bastante consolidadas, como el área de Granada (Susino y Palomares-Linares, 2013).

Estamos pues ante dos procesos de centralización, con causas, consecuencias y probablemente explicaciones diferentes desde una perspectiva individual. En un primer momento, la centralización da lugar a procesos de concentración, en tanto que se configura principalmente como un movimiento de ida, un desplazamiento desde unas coronas emergentes que se vacían, en los que sus protagonistas buscan una aproximación a la cabecera que, en muchos casos, puede conllevar un cambio significativo en sus espacios de vida. Mientras, en las fases tardías la centralización reemerge, alimentando procesos de recentralización, en tanto que se articula como un movimiento plenamente inserto en las dinámicas metropolitanas (procedentes de los municipios de antigua suburbanización) y que responden en mayor medida a trayectorias de retorno de viejos habitantes que pueden permitírselo, o en palabras de Susino y Duque (2013: 286): “la vuelta a la cabecera cobra un sentido electivo, de búsqueda de una opción residencial diferente a la suburbana”. Pese a esta (re)conocida diversidad territorial que asumen los movimientos de centralización, la mayoría de los estudios que hasta el momento la han tratado desde la perspectiva del comportamiento residencial no se han centrado en dar cuenta de ella, restringiendo su análisis a ciertos contextos urbanos, principalmente grandes áreas metropolitanas, situadas en lo más alto de la jerarquía urbana nacional y global (Galiana y Vinuesa, 2012; López-Gay, 2012, 2014; López-Gay y Recaño, 2008, 2009). Las ciudades y áreas metropolitanas de menor entidad han quedado prácticamente relegadas al olvido por la mayor parte de los estudios que han tratado de explicar la conducta residencial. Se asume que el proceso transcurre de forma similar, pero tenemos indicios de que esto no es cierto. De manera que hoy en día contamos con modelos explicativos bastante buenos acerca de los procesos de recentralización, pero prácticamente ninguno que trate de explicar la concentración que se da en las áreas con procesos metropolitanos nacientes. Esta focalización explica, junto a la falta de

consideración del bagaje residencial (explorado en el capítulo anterior), las divergencias que encontrábamos entre el modelo global del capítulo ocho y la literatura previa.

En el presente capítulo trataremos de rellenar este hueco en el conocimiento, explicando la centralización en dos tipos de áreas en etapas de sus procesos de desarrollo metropolitano claramente contrastadas: por un lado, las regiones urbanas y grandes áreas; por otro, las áreas incipientes y menores. Nuestro objetivo es desentrañar cómo va configurándose la centralización conforme avanzan los procesos de desarrollo metropolitano. Dividiremos este objetivo principal en dos subobjetivos. Primero, analizaremos el peso y la importancia de los factores agregados en la explicación de la centralización, introduciendo variables de tipo territorial que se han mostrado relevantes para los movimientos de centralización. Estudios previos han demostrado que las conductas residenciales no solamente se explican por factores micro, sino que el contexto en que estas acciones se producen es también un elemento clave que orienta las conductas de los hogares (Duque-Calvache *et al.*, 2017a). En segundo lugar, procederemos a replicar el modelo general desarrollado para la centralización en los dos tipos de áreas mencionados, con objeto de constatar las diferencias tanto en el ajuste del modelo como en la dirección, magnitud y significatividad de sus variables explicativas. El procedimiento metodológico empleado es prácticamente el mismo del capítulo anterior.

Para abordar el primer objetivo propuesto, realizaremos dos modelos por pasos, un primer modelo general que incluirá todas las variables explicativas individuales empleadas hasta el momento, y un segundo modelo en el que se le añadirán las variables territoriales. Para contrastar la pertinencia de las variables territoriales se prestará atención a los estadísticos de ajuste.

Respecto al segundo objetivo, realizaremos dos modelos logísticos, que serán réplicas del modelo general en los dos grupos de áreas seleccionados. Dado que se realiza el modelo para tipos de áreas específicos, en este caso se ha omitido la variable tipo de área metropolitana presente en el modelo general. En estos modelos utilizaremos también el pseudo- R^2 como indicador general que nos permitirá contrastar si, globalmente, el modelo general explica mejor la realidad de las áreas más desarrolladas, aquellas en las que la literatura ha constatado los efectos de las variables que este contempla, o en las

menos estudiadas áreas menores e incipientes. En cuanto a la presentación de los resultados, utilizaremos los efectos marginales (AME's $-dy/dx-$).

La variable dependiente empleada es aquella que pone en relación la centralización respecto al resto de alternativas posibles, debido a que las diferencias que se aprecian en los modelos explicativos según tipo de área metropolitana a través de esta variable son suficientemente claras y significativas como para replicar los resultados con otra variable dependiente, algo que, por su parte, solo complicaría el comentario y la interpretación del análisis realizado.

En cuanto a las variables independientes, son exactamente las mismas empleadas en el capítulo anterior. La principal novedad que hay en este capítulo respecto a las variables explicativas la encontramos en la inclusión de dos variables agregadas territoriales: el tipo de área metropolitana de residencia y el índice de integración residencial del municipio de residencia hace un año.

El tipo de área metropolitana es una adaptación de la tipología realizada por Feria (2013), que clasifica a las áreas según dimensión, estructura y grado de desarrollo de los procesos metropolitanos, siendo la mejor aproximación posible al estadio de desarrollo metropolitano en el que se encuentran las áreas concretas. Sobre esta tipología se ha hablado en extenso en el capítulo cinco.

Por su parte, el índice de integración residencial es el desarrollado por Susino (Susino, n.d.; Susino y Barrena, 2010) en el marco del proyecto de investigación en el que se encuadra esta tesis, y ha sido aplicado ya en algunos trabajos previos (Duque-Calvache *et al.*, 2017a; Torrado, 2017, 2018) mostrándose de gran utilidad. Sobre el mismo, ya tratamos en el capítulo seis en la descripción de las variables explicativas de la centralización. Convencionalmente se ha afirmado que en los estadios de desarrollo metropolitano más avanzados la centralización suele proceder principalmente de municipios muy integrados en el mercado de vivienda metropolitano, en los cuales es más probable que se hayan consumado ciclos familiares completos (nacimiento, crianza y emancipación de los hijos) que puedan dar lugar a los movimientos de recentralización. La inclusión de este índice en el análisis trata de contrastar la importancia del grado de integración del municipio de residencia en el comportamiento residencial individual.

Hemos dividido la muestra original en tres submuestras (ver Anexo F). Para abordar el objetivo uno, se ha utilizado la submuestra de 1.014.924 casos que aúna a los centralizadores y a la población móvil e inmóvil (sedentaria) mayor de 16 años que residía en las coronas en 2010. Mientras, para el objetivo dos se ha dividido esta submuestra en otras dos, según el tipo de área metropolitana. De un lado, se ha seleccionado una submuestra de 574.893 casos que incluye a toda la población susceptible de haberse centralizado en el periodo 2010-2011 en grandes áreas y regiones urbanas, aquellas donde la centralización se asocia procesos de recentralización. De otro, un total de 127.478 casos de áreas menores e incipientes, donde el fenómeno se vincula a procesos de concentración. Como puede apreciarse la mayoría (casi un 57%) de población de la submuestra general (residentes en las coronas metropolitanas españolas en 2010 mayores de 16 años) residía en regiones urbanas y grandes áreas, por lo que los resultados obtenidos a partir de la misma estarán muy influidos por estas realidades urbanas de mayor dimensión y complejidad, algo que, de nuevo, viene a justificar la necesidad del tipo de análisis que planteamos en este capítulo.

10.1. La importancia de los factores territoriales

Un primer vistazo a los estadísticos de ajuste de los modelos por pasos (tabla 10.1) muestra como los factores espaciales considerados son relevantes para la explicación de la elección residencial por las cabeceras, reafirmando la idea de que el contexto espacial en el cual se desenvuelven las decisiones es un factor necesario de tener en cuenta a la hora de explicar la conducta residencial. Al menos, eso indican la magnitud de las diferencias en el logaritmo de máxima verosimilitud y en los criterios AIC y BIC, así como la significatividad estadística de las categorías de las variables territoriales en el modelo final. No obstante, cabe señalar que los cambios en el pseudo- R^2 no son de gran magnitud (de hecho, ni siquiera alcanzan un incremento del 1%). Esto no quita importancia a los factores territoriales, por dos razones. Primero, porque como dijimos en el capítulo metodológico, este estadístico sólo es una aproximación a la varianza explicada que trata de asimilarse al estadístico homónimo empleado en los modelos lineales, por lo que para contrastar la significatividad de la aportación de las variables es preferible prestar atención a los cambios en *Log-Lik*, AIC y BIC (Escobar *et al.*, 2009).

Tabla 10.1. Modelos logísticos por pasos para la explicación de la centralización incluyendo las variables territoriales tipo de área e IIR del municipio anterior

| | Modelo general | | Con variables territoriales | |
|---|----------------|-----------|-----------------------------|-----------|
| | B | SE | B | SE |
| Edad | 0,003 | 0,012 | 0,003 | 0,012 |
| Edad al cuadrado | - 0,000 ** | 0,000 | - 0,000 ** | 0,000 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | | |
| Hombre | 0,177 ** | 0,056 | 0,175 ** | 0,056 |
| Estado civil (ref=Casado) | | | | |
| Soltero | 0,433 *** | 0,074 | 0,427 *** | 0,075 |
| Viudo | 0,957 *** | 0,136 | 0,954 *** | 0,136 |
| Divorciado/Separado | 0,945 *** | 0,085 | 0,944 *** | 0,085 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | | |
| No familiar | 1,342 *** | 0,123 | 1,359 *** | 0,124 |
| Monoparental hijos menores | - 0,747 *** | 0,137 | - 0,739 *** | 0,137 |
| Monoparental hijos mayores | - 0,192 | 0,133 | - 0,186 | 0,134 |
| Pareja sin hijos | 0,565 *** | 0,091 | 0,566 *** | 0,092 |
| Pareja con hijos menores | - 0,839 *** | 0,099 | - 0,827 *** | 0,100 |
| Pareja con hijos mayores | - 0,995 *** | 0,135 | - 0,984 *** | 0,135 |
| Otra familias | 0,350 *** | 0,092 | 0,367 *** | 0,092 |
| Nivel de estudios (ref=Primarios o inferior) | | | | |
| Secundaria | - 0,024 | 0,093 | - 0,023 | 0,093 |
| Bachiller/FP | 0,192 * | 0,092 | 0,194 * | 0,092 |
| Superiores | 0,771 *** | 0,098 | 0,781 *** | 0,097 |
| Condición sociolaboral (ref= Administrativos) | | | | |
| Profesionales | 0,078 | 0,082 | 0,087 | 0,082 |
| Servicios | 0,071 | 0,090 | 0,064 | 0,090 |
| Operarios | - 0,517 *** | 0,102 | - 0,527 *** | 0,102 |
| Empresarios | - 0,374 ** | 0,117 | - 0,380 ** | 0,118 |
| Parados | - 0,393 * | 0,174 | - 0,389 * | 0,174 |
| Inactivos | - 0,219 * | 0,100 | - 0,222 * | 0,100 |
| Otros ocupados | - 0,388 | 0,207 | - 0,401 | 0,208 |
| Nº de tareas que realiza | - 0,134 *** | 0,035 | - 0,136 *** | 0,035 |
| Tiene segunda residencia (ref=No) | | | | |
| Sí | 0,289 *** | 0,054 | 0,306 *** | 0,055 |
| Lugar de trabajo o estudios (ref=Mismo municipio) | | | | |
| Otro municipio | - 1,262 *** | 0,076 | - 1,239 *** | 0,078 |
| Fuera del área | - 1,102 *** | 0,141 | - 1,166 *** | 0,142 |
| Varios municipios | - 0,691 *** | 0,151 | - 0,681 *** | 0,151 |
| Mismo domicilio | - 0,651 *** | 0,105 | - 0,640 *** | 0,105 |
| Ni estudia ni trabaja | - 0,572 *** | 0,064 | - 0,566 *** | 0,064 |
| Tenencia (ref=Propiedad hipotecada) | | | | |
| Propiedad pagada | - 0,160 * | 0,081 | - 0,167 * | 0,081 |
| Alquiler | 1,373 *** | 0,075 | 1,386 *** | 0,076 |
| Cedida y otras formas | 0,480 *** | 0,102 | 0,462 *** | 0,103 |
| Lugar de nacimiento (ref=Cabecera) | | | | |
| Corona | - 0,857 *** | 0,075 | - 0,866 *** | 0,076 |
| Otra cabecera | - 0,424 *** | 0,115 | - 0,472 *** | 0,114 |
| Otra corona | - 0,654 ** | 0,194 | - 0,718 ** | 0,195 |
| No metropolitano | - 0,604 *** | 0,094 | - 0,632 *** | 0,093 |
| Extranjero | - 0,216 ** | 0,077 | - 0,240 ** | 0,077 |
| IIR1 | | | 0,016 ** | 0,005 |
| Tipo de área (ref=Regiones Urbanas) | | | | |
| Grandes áreas | | | - 0,067 | 0,086 |
| Estándar | | | 0,368 *** | 0,073 |
| Menores | | | 0,457 *** | 0,103 |
| Incipientes | | | 0,318 | 0,190 |
| Policéntricas | | | 0,268 ** | 0,088 |
| Constante | - 4,748 *** | 0,300 | - 4,967 *** | 0,306 |
| N | | 1.014.924 | | 1.014.924 |
| Sig | | 0,000 | | 0,000 |
| Log-Lik Modelo completo | - | 298.388 | - | 297.603 |
| AIC | | 596.855 | | 595.295 |
| BIC | - | 112.196 | - | 113.685 |
| Pseudo R ² | | 0,159 | | 0,161 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Segundo, porque aun considerando el pseudo-R² un estadístico relevante, es lógico que las variables territoriales aporten poco margen explicativo al modelo, debido a que

las variables empleadas (tipo de área e índice de integración) refieren a una gran diversidad de situaciones muy heterogéneas entre sí y, por tanto, si se engloban en una misma categoría realidades diversas no hay efectos muy poderosos, porque se compensan. Por esta razón es difícil que las variables territoriales marquen tendencias fuertes. Lo que no quita que no sean relevantes, y nos sirvan para aproximarnos a los efectos del desarrollo metropolitano en la decisión analizada. Al menos eso parece mostrar la coincidencia en la dirección y efecto de las variables con lo apuntado por la teoría.

A este respecto, el índice de integración residencial del municipio de residencia anterior se muestra significativo y con signo positivo, apuntando a que cuanto más integrado esté el municipio de origen en el mercado de vivienda metropolitano, mayor es la probabilidad del sujeto de centralizarse. Dado que el índice refleja en gran medida el grado de intercambio de población entre el municipio y la cabecera, los índices más altos suelen corresponder a los municipios más próximos al centro del área, y también a los que se integraron con anterioridad. Esta condición da pie a que en estos municipios se den con mayor probabilidad movimientos de retorno de antiguos habitantes tras el ciclo de crianza de hijos, cuestión menos probable en los municipios integrados en la dinámica metropolitana en fechas más recientes, dado el carácter más débil e incipiente de los procesos de suburbanización residencial. No obstante, estos municipios más integrados solo se encuentran en áreas consolidadas, por lo que posiblemente el efecto de esta variable desaparezca al modelizar la decisión en las áreas menos desarrolladas.

Por su parte, el tipo de área metropolitana muestra un gradiente más o menos claro entre el desarrollo metropolitano y la propensión a la centralización. No se aprecian diferencias significativas entre las regiones urbanas (categoría de referencia) y las grandes áreas, lo cual indica que en ambas los individuos tienen propensiones similares a la centralización. Sin embargo, esta propensión crece de manera gradual conforme bajamos en la jerarquía metropolitana, apareciendo con signo positivo el vivir en áreas estándar y, especialmente, en áreas menores. Cabe decir que el hecho de vivir en áreas incipientes no es significativo, algo que puede explicarse en mayor medida por el reducido tamaño de la muestra en este tipo de áreas. De esta manera, y con la salvedad de las áreas incipientes, parece que a fecha de 2011 en España la propensión a la centralización tiene más que ver con la concentración en fases iniciales que con la recentralización en áreas maduras. Es

decir, que la condición de vivir en áreas nacientes incrementa mucho más la probabilidad de realizar el movimiento, algo lógico si consideramos que se trata de áreas en fases de concentración, con una gran disponibilidad de vivienda y espacio urbanizable en el seno de las ciudades, y con unas coronas metropolitanas poco consolidadas, en muchos casos aun en transición de lo rural a lo metropolitano, con pocos atractivos para quien busca un estilo de vida más o menos urbano. Este resultado nos reafirma en la necesidad de emprender el análisis separando las áreas metropolitanas según su grado de desarrollo.

10.2. La centralización y el ciclo de expansión metropolitano. Procesos de recentralización y concentración

La mayor parte de los estudios sobre dinámicas de centralización se han centrado en las grandes urbes. Desde el punto de vista demográfico y simbólico tiene sentido hacerlo, dado que son las ciudades que albergan mayor población, y que se sitúan en la vanguardia de los cambios en las formas de movilidad y residencia. Sin embargo, nos cuestionamos si esta selección de casos no puede estar introduciendo un sesgo en la explicación de lo urbano en general, privilegiando los fenómenos y variables cruciales en las grandes ciudades, frente a la realidad menos conocida de las ciudades pequeñas y medianas. En este apartado, nuestra intención es comprobar si el modelo global de la centralización explica mejor la decisión de los habitantes en áreas consolidadas o menos desarrolladas. Para ello, se ha replicado el modelo general con las mismas variables, aplicándolo a dos submuestras de manera independiente (tabla 10.2).

Los estadísticos de ajuste de ambos modelos indican que el modelo explicativo general se ajusta mucho mejor a las grandes áreas y a las regiones urbanas que a las áreas menos desarrolladas, siendo el pseudo R^2 bastante mayor en las más desarrolladas (0,197) que en las menos desarrolladas (0,144), en tanto que el modelo general al reunir ambas tenía un valor intermedio (0,161). Esto revela que al reunir los datos sin tener en cuenta el tipo de área estamos mezclando realidades diferentes y hasta cierto punto opuestas, lo que enturbia el modelo conjunto. Desde el punto de vista teórico se confirma nuestra sospecha, la historia de la centralización que conocemos es la historia de la centralización en las grandes ciudades. Por eso, el modelo estadístico, basado en la revisión de la literatura, con las variables que diferentes autores han ido señalando, funciona mucho

mejor en aquellas ciudades más parecidas a aquellas en que se forjaron dichas ideas sobre la evolución metropolitana. De hecho, si analizamos la dirección y significatividad de las variables en ambos modelos, se observa como en el caso de las áreas más desarrolladas, estas operan de manera casi calcada al modelo general descrito, mientras su funcionamiento en el caso de las áreas nacientes es bastante diferente.

En el caso de las variables demográficas, se aprecia como en las áreas nacientes la edad no es significativa, mientras en las más consolidadas lo es la edad al cuadrado, como lo era en el modelo general. Según sexo, en las áreas nacientes la variable pasa a ser significativa y con signo positivo, señalando la mayor propensión de los hombres a centralizarse en este tipo de áreas.

Por estado civil, si bien en las principales áreas todas las categorías son significativas y con signo positivo, indicando la mayor vinculación de la centralización a cambios, o bien posteriores (disolución del hogar por cambios negativos como la viudedad, el divorcio o la separación), o bien previos (por cambios positivos como la emancipación), en el caso de las áreas menores e incipientes sólo aparece como significativa la categoría de viudos, apuntando a que los eventos de los cursos vitales que pueden llevar a moverse hacia las ciudades en estas urbes de menor rango son relativamente más amplios, sin haber diferencia entre el hecho de estar casado, soltero, divorciado o separado. Pero estas diferencias en torno al estado civil no parecen tener reflejo en las categorías de la forma de convivencia, teniendo estas un comportamiento muy similar en los dos tipos de áreas consideradas, con la excepción de las otras familias, que no es significativa en las áreas nacientes, hecho que puede estar relacionado con la mayor presencia de inmigrantes internacionales en las principales áreas. No obstante, no se encuentran las diferencias en los cursos vitales que serían esperables de unos procesos de concentración más vinculados a trayectorias de ida, y a una recentralización relacionada con el retorno, lo cual nos da indicios de que la vinculación entre procesos territoriales y momentos vitales, aunque puede existir, no es tan clara y directa como esperábamos.

Pero sin duda, las diferencias más relevantes las arroja la posición social. Según estas variables se aprecia como conforme los procesos metropolitanos avanzan, la centralización va perfilándose cada vez más como un movimiento vinculado a los sujetos

mejor posicionados en la estructura social. Así lo indica el claro gradiente social que aparece según el nivel de estudios, así como la emergencia de los profesionales (categoría sociolaboral arquetípica de las clases medias urbanas) como categoría significativa y con signo positivo. Mientras, en las áreas menores e incipientes la centralización parece un movimiento bastante más mixto, sin existir apenas diferencias significativas en las dos variables indicativas de la posición social. De hecho, sólo aparece como un factor limitante de la centralización el pertenecer a la categoría de operarios, una categoría propia de las ocupaciones de los sectores de clase obrera tradicional. Estas diferencias dan buena cuenta de las mayores constricciones existentes en las principales áreas. Unas áreas cuyas cabeceras se encuentran fuertemente saturadas, con precios altos de vivienda y alquiler, y salpicadas por procesos de gentrificación ciertamente fuertes; frente a unas cabeceras de las áreas nacientes con un mercado de vivienda menos constreñido, debido a la disponibilidad de suelo y vivienda propias de las primeras etapas del crecimiento urbano.

No son menos relevantes las variaciones al respecto de los estilos de vida. La mayoría de las hipótesis y explicaciones que relacionaban la centralización con determinados estilos de vida urbanos basados en la externalización de tareas domésticas y la proximidad, solo son válidas en las grandes áreas, es decir, que se vinculan más a procesos de recentralización, y no a las áreas nacientes en las que dominan los procesos de concentración. El número de tareas domésticas no es significativo en las áreas menores e incipientes, como tampoco lo son la mayoría de las categorías del lugar de trabajo o estudio. Esto muestra que los estilos de vida de los centralizadores de las áreas de menor rango son sustancialmente diferentes y que, por tanto, su movimiento hacia la cabecera debe obedecer a motivaciones y causas distintas de la proximidad a los lugares de empleo y los servicios domésticos que usualmente se les achaca a estos movimientos. La única coincidencia clara entre ambos modelos es la propensión de utilizar una segunda residencia, que es incluso algo mayor en el caso de las áreas de menor rango, lo que puede apuntar a que sus protagonistas mantengan una mayor vinculación con otro municipio que sus homólogos de las principales áreas, algo que casaría muy bien con los resultados que arroja la variable referente al lugar de trabajo o estudios.

Tabla 10.2. Modelos para la explicación de la centralización según tipo de área de residencia

| | Regiones y grandes áreas | | Menores e incipientes | |
|---|--------------------------|---------|-----------------------|---------|
| | dy/dx | SE | dy/dx | SE |
| Edad | 0,01% | 0,000 | 0,01% | 0,000 |
| Edad al cuadrado | 0,00% ** | 0,000 | 0,00% | 0,000 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | | |
| Hombre | 0,02% | 0,000 | 0,20% * | 0,001 |
| Estado civil (ref=Casado) | | | | |
| Soltero | 0,26% *** | 0,000 | 0,05% | 0,001 |
| Viudo | 0,37% *** | 0,001 | 0,44% ** | 0,002 |
| Divorciado/Separado | 0,43% *** | 0,000 | 0,16% | 0,001 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | | |
| No familiar | 0,60% *** | 0,001 | 0,64% ** | 0,002 |
| Monoparental hijos menores | -0,34% *** | 0,001 | -0,35% * | 0,002 |
| Monoparental hijos mayores | -0,08% | 0,001 | 0,09% | 0,002 |
| Pareja sin hijos | 0,22% *** | 0,000 | 0,27% * | 0,001 |
| Pareja con hijos menores | -0,38% *** | 0,001 | -0,51% *** | 0,001 |
| Pareja con hijos mayores | -0,42% *** | 0,001 | -0,42% * | 0,002 |
| Otra familias | 0,14% ** | 0,000 | 0,13% | 0,001 |
| Nivel de estudios (ref=Primarios o inferior) | | | | |
| Secundaria | 0,03% | 0,000 | -0,16% | 0,001 |
| Bachiller/FP | 0,09% * | 0,000 | 0,07% | 0,001 |
| Superiores | 0,38% *** | 0,000 | -0,04% | 0,001 |
| Condición sociolaboral (ref= Administrativos) | | | | |
| Profesionales | 0,07% * | 0,000 | -0,13% | 0,002 |
| Servicios | 0,05% | 0,000 | 0,06% | 0,001 |
| Operarios | -0,15% ** | 0,000 | -0,35% * | 0,001 |
| Empresarios | -0,11% | 0,001 | -0,11% | 0,001 |
| Parados | -0,09% | 0,001 | -0,19% | 0,003 |
| Inactivos | -0,06% | 0,000 | -0,09% | 0,001 |
| Otros ocupados | -0,02% | 0,001 | -0,20% | 0,003 |
| Nº de tareas que realiza | -0,09% *** | 0,000 | -0,03% | 0,000 |
| Tiene segunda residencia (ref=No) | | | | |
| Sí | 0,12% *** | 0,000 | 0,19% * | 0,001 |
| Lugar de trabajo o estudios (ref=Mismo municipio) | | | | |
| Otro municipio | -0,53% *** | 0,000 | -0,17% | 0,001 |
| Fuera del área | -0,51% *** | 0,001 | -0,34% * | 0,001 |
| Varios municipios | -0,24% ** | 0,001 | -0,12% | 0,002 |
| Mismo domicilio | -0,25% *** | 0,001 | -0,29% | 0,002 |
| Ni estudia ni trabaja | -0,22% *** | 0,000 | -0,16% | 0,001 |
| Tenencia (ref=Propiedad hipotecada) | | | | |
| Propiedad pagada | -0,04% | 0,000 | 0,01% | 0,001 |
| Alquiler | 0,50% *** | 0,000 | 0,62% *** | 0,001 |
| Cedida y otras formas | 0,24% *** | 0,001 | 0,19% | 0,001 |
| Lugar de nacimiento (ref=Cabecera) | | | | |
| Corona | -0,30% *** | 0,000 | -0,39% *** | 0,001 |
| Otra cabecera | -0,14% ** | 0,001 | -0,23% | 0,002 |
| Otra corona | -0,22% * | 0,001 | -0,61% * | 0,003 |
| No metropolitano | -0,22% *** | 0,000 | -0,19% | 0,001 |
| Extranjero | 0,02% | 0,000 | -0,33% ** | 0,001 |
| IIR1 | 0,01% ** | 0,000 | 0,02% | 0,000 |
| N | | 574.893 | | 127.478 |
| Sig | | 0,000 | | 0,000 |
| Log-Lik Modelo vacío | - | 198.215 | - | 37.020 |
| Log-Lik Modelo completo | - | 159.052 | - | 31.674 |
| AIC | | 318.184 | | 63.428 |
| BIC | - | 77.809 | - | 10.232 |
| Pseudo R ² | | 0,20 | | 0,14 |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

El régimen de tenencia, por su parte, parece mostrar una mayor propensión al alquiler en las áreas nacientes, no obstante, debe tenerse en cuenta la naturaleza del modelo, que pone en comparación a los centralizadores con el resto de los residentes de las coronas, estando afectada esta variable por la estructura y características del mercado de vivienda de cabeceras, y en nuestro caso especialmente, de las coronas. Por esta razón,

esta mayor propensión al alquiler puede ser engañosa, reflejando la mayor extensión de la propiedad en unas coronas de las áreas pequeñas aún poco urbanizadas que, en muchas ocasiones, se encuentran en procesos de transición hacia lo urbano, frente a unas coronas de las áreas más grandes totalmente urbanizadas en las que las formas alternativas a la propiedad están muchísimo más extendidas.

Por lugares de nacimiento también se observan diferencias. Si bien en ambos casos el hecho de haber nacido en la corona se presenta como un factor limitante, el comportamiento del resto de categorías difiere. En las principales áreas la variable se comporta de manera calcada al modelo general, con una menor propensión de todas las categorías respecto a los nacidos en las cabeceras, y sin diferencias significativas entre estos últimos y los nacidos en el extranjero. Esto demuestra que la centralización en las grandes áreas es, ante todo, un movimiento de retorno de antiguos residentes, una característica propia y esperable de los procesos de recentralización. Sin embargo, en las áreas nacientes esta variable presenta un comportamiento bastante diferente, no presentando diferencias significativas entre el haber nacido en la cabecera, en otra cabecera y en lo no metropolitano, lo cual apunta a que la propensión de todas estas categorías debe ser ciertamente similar. Este hecho remarca la vinculación más débil entre los procesos de concentración y los movimientos de retorno, aunque la menor potencia de la variable lugar de nacimiento también puede explicarse por la menor coincidencia en este tipo de áreas entre el lugar de nacimiento censal y lugar de vida en los primeros años. En cuanto a los extranjeros, si bien parece que las cabeceras de las áreas más desarrolladas los atraen, en el caso de las áreas menores e incipientes ocurre justo lo contrario, siendo un factor limitante de la centralización, algo que es difícil de explicar y que puede vincularse a la ocupación y la especialización económica de las áreas concretas. Muchas áreas menores tienen coronas con una especialización económica principalmente agrícola, que atrae y emplea a población extranjera, frente a unas áreas grandes y unas regiones urbanas plenamente urbanizadas en la que la mayoría de los extranjeros encuentran empleo en el sector servicios de las grandes capitales.

Por último, se aprecia como el grado de integración residencial del municipio de residencia anterior sólo es relevante en las grandes áreas y regiones urbanas, desapareciendo su efecto en las áreas nacientes. En estas últimas todos los municipios de las coronas presentan índices de integración en el mercado de vivienda relativamente

bajos, típicos de etapas metropolitanas en las que el mercado de vivienda aún está en fase de formación, siendo la centralización un hecho común y más o menos generalizado a todos los municipios de la corona. La causa de esto responde a que todos los municipios suelen encontrarse a distancias similares, pero también se relaciona con la homogeneidad que presentan, en tanto que son municipios en transición a lo urbano, con características muy similares, poco atractivos para aquellos que buscan un entorno urbano. Sin embargo, en las principales áreas, con mercados de vivienda consolidados, aparecen diferencias más grandes entre municipios. Unos más cercanos, plenamente insertos en el mercado de vivienda metropolitano y por ende con características más propiamente urbanas, frente a otros, probablemente más lejanos, con una mayor integración en el mercado de trabajo metropolitano que en el de vivienda. De esta forma, en las principales áreas la centralización se muestra como un movimiento más vinculado a estos primeros municipios más cercanos e integrados, en lugar de a municipios más lejanos, los cuales, por su parte, pueden alimentar un proceso de centralización progresivo en estos municipios más integrados o centrales (López-Gay, 2017). El por qué la centralización de las principales áreas se da especialmente en los municipios más integrados obedece principalmente a la mayor proximidad de estos con la cabecera, una proximidad que hace que el movimiento no suponga cambios demasiado grandes para los sujetos y que, además, posibilita que estos hayan tenido un mayor contacto y experiencia con la cabecera en la que se asientan, pudiendo ser atraídos por el conocimiento, percepciones positivas o recursos que han acumulado en las mismas. De este modo, el índice de integración podría estar actuando, de alguna forma, como otro indicador de la experiencia residencial, dado que en parte indica la potencialidad de interacción y contacto previo con la cabecera.

10.3. De la diversidad territorial a la reconfiguración social de las cabeceras

En el presente capítulo hemos tratado de profundizar en la relevancia del contexto espacial en la explicación de la elección residencial de las cabeceras, en tanto que éste constituye la base material en el que las decisiones de movilidad son tomadas y ejecutadas. Para conocer estos efectos territoriales hemos avanzado dando dos pasos sucesivos. En primer lugar, se ha cuantificado el peso de los factores espaciales en la

explicación de la decisión de centralizarse. En segundo lugar, se ha tomado el contexto espacial, operacionalizado como tipo de área metropolitana, como criterio de selección muestral, replicando el modelo general para cada uno de ellos.

Respecto a lo primero, los resultados confirman la relevancia de las variables espaciales agregadas, incluso cuando controlamos por los factores micro, lo que indica que no se trata de un mero efecto de composición, coherentemente con lo hallado en trabajos anteriores (Duque-Calvache *et al.*, 2017; Torrado, 2018). Tanto el tipo de área como el índice de integración muestran unas modulaciones en la decisión de centralización que casan a la perfección con la teoría previa al respecto. El tipo de área muestra como la probabilidad de centralizarse va incrementándose conforme bajamos en la jerarquía metropolitana, es decir, conforme pasamos a áreas en fases de formación, en las que los procesos de concentración asociados a la urbanización de las cabeceras están más activos. Por su parte, el índice de integración muestra la mayor propensión a centralizarse de los que residen en municipios más integrados, probablemente explicable por su mayor proximidad y experiencia residencial previa con las cabeceras. No obstante, este efecto del índice de integración solo se da en las principales áreas y no en las nacientes, confirmando que el repunte de la centralización en estas áreas se asocia a procesos de recentralización, ya no sólo desde una perspectiva del transcurso vital de sus protagonistas (principalmente exsuburbanitas) sino también desde una perspectiva territorial, en tanto que flujos procedentes de los municipios anteriormente receptores de suburbanización.

Sin embargo, sí que es cierto que, aunque estos factores territoriales son relevantes, y sin duda útiles para alcanzar una explicación de calidad de la centralización, su capacidad predictiva es ciertamente limitada en comparación con los factores individuales. Algo que ya señalamos como explicable por la gran diversidad de situaciones que aglutinan las clasificaciones a las que refieren las variables territoriales empleadas. Cabe preguntarse si introduciendo variables territoriales diferentes, o simplemente más concretas, estos efectos serán más o menos potentes. Aunque la experiencia de estudios previos parece apuntar a que esto no es así (South y Crowder, 1997), la consideración de un abanico más amplio de factores agregados a las explicaciones de la movilidad es también una cuestión relevante para explorar por la investigación futura.

Respecto a la explicación de la centralización según el tipo de área metropolitana, se confirma que el modelo general se ajusta mejor a las principales áreas, lo que es coherente en una construcción teórica basada en investigaciones que se han centrado en áreas donde la centralización asume la forma de la recentralización. Entre los resultados de este ejercicio, se encuentran el comprobar que la centralización en las áreas de menor entidad requiere de una explicación diferente, ya que el modelo general propuesto no se ajusta tan bien a las mismas como a las grandes áreas y las regiones urbanas, siendo incluso diferente el efecto y significatividad de las variables explicativas del fenómeno en unas áreas y otras. Por lo que este trabajo sirve para poner de manifiesto la necesidad de explorar, ya no sólo la movilidad, sino los fenómenos y procesos urbanos más generales en contextos socioespaciales diferentes a los que usualmente se analizan, en tanto que sus explicaciones variarán. Al igual que sus implicaciones, que si recordamos la aproximación realizada al respecto de los procesos socioespaciales a los que la centralización contribuye (capítulo siete, apartado tercero), estos podrían incluir incluso procesos de proletarización de los cascos históricos, procesos a priori no esperables por una literatura focalizada en grandes urbes.

Sin embargo, si bien cabría esperar que en las áreas con procesos de concentración la centralización se pareciera más a las trayectorias de ida vistas en el capítulo anterior, y viceversa, los procesos de recentralización se parecieran a las trayectorias de vuelta; esta coincidencia en términos de cursos vitales no se da, encontrando como ambos movimientos se vinculan a una gama más o menos similar de acontecimientos biográficos, lo que da a pensar que la realidad es más compleja y las trayectorias de ida y vuelta no tienen por qué coincidir con ciertos municipios de origen o con cierto tipo de áreas, sino que es una realidad más amplia que va más allá de las divergencias territoriales.

Las principales diferencias entre las explicaciones individuales de los procesos de recentralización y concentración las encontramos especialmente al respecto de la posición social, los estilos de vida y el lugar de nacimiento, pero muy especialmente al respecto de la primera de estas dimensiones. La clase social se muestra así el factor más relevante que diferencia la explicación de la elección residencial entre las principales áreas y las áreas nacientes. Mientras en las primeras la centralización se vincula claramente a clases

medias cualificadas, en las segundas no tiene vinculaciones claras con la dimensión social. Detrás de la explicación de estas divergencias se encuentran las diferentes oportunidades y constricciones que se asocian a los distintos momentos del proceso de metropolización. Mientras en las etapas de despegue la gran disponibilidad de suelo da lugar a una oferta potencialmente grande, no abarcable por una demanda aun limitada y por tanto dando lugar a precios bajos y asequibles a la mayoría de la población; en las principales áreas la saturación poblacional, así como el renovado atractivo residencial y económico que recobran los municipios centrales (y que repasamos en el capítulo dos), dan lugar a una excesiva demanda ante una oferta más limitada. Una presión sobre el mercado de vivienda que conlleva una competencia más o menos aguda por los espacios y las viviendas en la que sólo aquellos con recursos suficientes pueden tener capacidad para posicionarse.

Dicho esto, parece que la centralización juega cierto papel vinculado a los procesos de gentrificación en las principales áreas, mientras sus efectos pueden ser sustancialmente diferentes en las ciudades de menor rango. A esto parecen apuntar las diferencias en los determinantes indicativos de la posición social y los estilos de vida hallados en el presente capítulo, así como la aproximación a los efectos socioespaciales realizada en el capítulo siete. De esta manera, cabe pensar que la centralización, en tanto que conducta y acción social, no sólo está condicionada por el contexto urbano en el que se da, sino que también transforma y reconfigura el espacio, al agregarse las elecciones individuales en una pauta estructural que nuestro modelo para las principales áreas parece mostrar que apunta hacia el aburguesamiento de las cabeceras. No obstante, hacer este tipo de afirmaciones basándonos exclusivamente en un análisis aislado de la centralización podría ser un gran error, ya que puede que se trate de efectos estructurales de realidades metropolitanas muy diferenciadas en términos sociales. Para alcanzar un entendimiento real de los efectos que la agregación de las elecciones residenciales individuales tiene sobre el espacio urbano-metropolitano, es necesario analizarlas en contexto, pero ya no sólo exclusivamente en su contexto espacial, sino en relación con otras formas de movilidad alternativas y complementarias a la misma, que nos informen del papel diferencial que puede jugar la centralización en la reconfiguración social de las áreas metropolitanas. Sobre esto precisamente, trata el siguiente capítulo.

Capítulo 11. ¿Seleccionan las ciudades a su población? La centralización en la reconfiguración social de las áreas metropolitanas

El avance y consolidación de los procesos metropolitanos en las principales áreas del país en los últimos años parece estar dando lugar hacia un nuevo modelo territorial de las ciudades metropolitanas (López-Gay, 2017). Un nuevo modelo caracterizado por una complejización sin precedentes de la organización espacial de la movilidad residencial (Feria, 2010a, 2010c) y, lo que más nos interesa en esta tesis, una emergencia de procesos de recentralización que contrarrestan las hasta ahora dominantes tendencias centrífugas y suponen, más allá de la consolidación del área como un mercado de vivienda unificado, el principio del fin del vaciamiento demográfico de las cabeceras (López-Gay, 2012, 2014), y con ello, una nueva etapa en la que estas vuelven a ser un espacio relevante, en términos económicos, simbólicos y sociales.

La explicación de esta nueva fase de recentralización en las principales áreas y la recuperación de las cabeceras que lleva asociada descansa sobre una multitud de causas estructurales propias del momento presente, que fueron explicadas en profundidad en el

¿Seleccionan las ciudades a su población?

capítulo dos. Causas demográficas, relacionadas con la emergencia de una amplia generación (los *baby-boomers*) que ante el fin de sus proyectos de vida familiares deciden optar por las cabeceras (Donat, 2010; Nguyen, 2006), así como otros cambios sociodemográficos relacionados con las transformaciones en las formas de convivencia propios de la segunda transición demográfica (Kaa, 1987). Causas culturales, aparejadas a la resignificación y puesta en valor de los centros urbanos. Pero, sobre todo, causas económicas asociadas a la nueva especialización funcional de las cabeceras como espacios de producción en una economía fuertemente terciarizada (Musterd, 2006), así como la reinversión pública y privada (Smith, 1979) que supone en infraestructuras, servicios y vivienda.

Y decimos que obedece a causas principalmente económicas porque es la necesidad económica de recuperar estos espacios como centros de producción en una economía terciarizada lo que en gran medida está operando detrás del proceso de recuperación de las cabeceras. Tras los procesos de deslocalización industrial en las periferias globales, los países centrales fueron gradualmente especializándose en el sector servicios, especialmente servicios avanzados, que constituyen el motor de la actual economía global. La naturaleza propia de la producción de servicios tiene una serie de requisitos bastante diferentes de la producción fabril anterior. Estos requieren un grado de estandarización menor, e incluso nulo, de las principales tareas, una gran necesidad de innovación, flexibilidad y cambio constante, pero sobre todo una gran iniciativa individual, una serie de requisitos que requieren de mucha interacción social, comunicación y contraste de ideas (Gordon, 2004; Storper y Manville, 2006). Más allá de esta visión más ideológica (pero en cierta medida real) que cualquiera que se acerque a una conferencia sobre emprendimiento puede obtener, esta producción de servicios avanzados también se basa en una nueva organización del trabajo (Alonso, 2000), en la que las empresas siempre dependen de una serie de servicios descentralizados en *freelances*. Estos requerimientos de mayor comunicación, proximidad y una mano de obra cualificada y flexible, hace, en gran parte, que el capital vuelva a mirar a las cabeceras como un entorno adecuado para poder seguir con la vieja lógica de la acumulación, generando nuevas economías de escala (Storper y Manville, 2006). Si la manifestación espacial de la sociedad industrial fordista era el *suburb*, en la nueva economía de servicios avanzados son las cabeceras (Díaz-Oureta y Lourés-Seoane, 2003; Ullán de la Rosa, 2014); y tanto las administraciones como los planificadores parecen

tenerlo muy claro. De este modo, cada vez podemos encontrar más artículos, eventos y proyectos de urbanismo asociados a conceptos fuertemente ideológicos como el de *Smart Cities*, *Smart Growth*, Ciudades Sostenibles, y otras tantas rúbricas que ponen en valor lo urbano denso y la necesidad de reinvertir en él, de cara a reconvertirlo en un espacio atrayente para la inversión empresarial y adecuado a los estilos de vida, cada vez más vinculados a formas de distinción sutiles y progresistas⁶² (Ley, 1994) de las nuevas clases medias. Por su parte las administraciones no se quedan atrás, y no son pocas las corporaciones locales que se suben al carro de las estrategias de marketing para construir identidades y sentidos urbanos de tipo publicitario, así como megaeventos (Rodríguez-Medela y Salguero-Montaña, 2012) y otras capitalidades temporales con el fin de atraer capital y trabajadores cualificados a los centros urbanos (Florida, 2002; Glaeser y Gottlieb, 2006).

Esta nueva reinversión funcional y simbólica de las principales ciudades parece estar teniendo cierto éxito en la atracción de clases medias urbanitas, que encuentran en esta reconvertidas (y a veces más representadas que reales) cabeceras, un entorno adecuado a sus estilos de vida y sus pretensiones sociales. Al menos eso indican algunos indicios hallados a lo largo de esta tesis (concretamente en el capítulo cinco), tales como el progresivo incremento de los profesionales en las cabeceras conforme pasamos de áreas menos a más desarrolladas. Esta llegada de nuevas clases medias a los centros de las principales áreas hace que se incremente la competencia por el espacio, dando lugar a una saturación poblacional y urbanística que trae aparejada una escalada de los precios de compra y alquiler (Sequera, 2013). Una saturación y competencia por los espacios que da lugar a procesos de transformación socioespacial de las cabeceras tales como la renovación urbana y la gentrificación, que suponen una renovación social y demográfica de estos espacios (Contreras, 2012), pero que tienen como correlato la expulsión (Marcuse, 1985) o, al menos la movilización, de los sectores sociales populares hacia zonas periféricas y suburbanas más asequibles y adecuadas a sus necesidades residenciales. Comienza así a producirse una creciente distribución de los distintos grupos sociales a escala intrametropolitana (Duhau, 2003), que está dando como resultado unas

⁶² Formas de distinción que, en muchos casos, al igual que antaño, se establecen principalmente por la vía del consumo (Sequera, 2013). Un consumo selectivo de espacios donde predomina la tolerancia y la diversidad (Caufield, 1994), de medios de transporte y de otros productos que tienen la función de distinguir a este grupo como poseedor de un *habitus* diferencial y diferenciado de otros grupos más tradicionales de clase media, así como de las más distantes clases trabajadoras.

¿Seleccionan las ciudades a su población?

cabeceras con un perfil social cada vez más elevado, frente a unas zonas periféricas suburbanas que en los últimos años comienzan a padecer procesos de creciente proletarización (Cooke, 2010; Cooke y Denton, 2015; Covington, 2015; Randolph y Holloway, 2005).

En esta dirección parecen apuntar los resultados obtenidos acerca del perfil y los determinantes de la centralización. Una centralización que como veíamos en el capítulo siete, parece vincularse cada vez más, conforme subimos en la jerarquía metropolitana, a procesos de gentrificación de las viviendas más antiguas, situadas principalmente en cascos históricos. Y que a la vez se vincula a clases medias cualificadas (tal y como veíamos en el capítulo anterior), ya que son aquellos grupos que tienen los recursos suficientes para hacer frente a las constricciones propias de unas cabeceras en las que la competencia por los espacios es cada vez más encarnizada. No obstante, para comprobar si se está produciendo una división social del espacio a escala metropolitana y profundizar en las consecuencias de la centralización sobre la reconfiguración social de las metrópolis, no basta con analizarla de manera aislada, sino que es necesario ponerla en el contexto de la movilidad residencial, concretamente respecto a los movimientos alternativos a la misma, la suburbanización.

En el presente capítulo trataremos de aproximarnos aún más al papel que juega la centralización en la reconfiguración socioespacial de las metrópolis, un objetivo complejo y para cuya consecución nos marcamos dos pasos sucesivos. Primero, analizar los perfiles de suburbanitas y centralizadores, para ver si, al respecto de sus características, aparecen ciertas dinámicas de complementariedad que apunten a la existencia de filtros residenciales o, al menos, de preferencias diferenciales por cabeceras y coronas de los distintos grupos sociales. Segundo, conocer los determinantes de la centralización y la suburbanización, dado que son unos buenos indicadores que permiten conocer los factores de atracción y repulsión de las cabeceras. De esta manera, podríamos así constatar si en las cabeceras operan ciertos procesos que atraen y expulsan a perfiles realmente diferenciados de población. El análisis conjunto de los movimientos de centralización y suburbanización supone una aproximación a los filtros residenciales ya empleada por otros autores previamente (López-Gay y Recaño, 2008, 2009), de manera que si los determinantes de unos y otros son diferentes, y especialmente contrarios o complementarios, podría hablarse de ciertos mecanismos de selectividad residencial o de

división social del espacio a escala metropolitana producidos, posiblemente, por los cambios estructurales antes señalados. Por el contrario, en caso de no encontrarse estas divergencias, podríamos afirmar que estos procesos de selectividad no son tales.

Para abordar el primer subobjetivo analizaremos los perfiles de centralizadores y suburbanitas a través de un análisis descriptivo, del tipo realizado en el capítulo siete, para ver si sus diferencias son lo suficientemente grandes y consistentes con la tesis del filtrado residencial de las cabeceras como para justificar un análisis más detallado. Respecto al segundo, realizaremos dos modelos, uno para cada movimiento considerado, y calcularemos sus efectos marginales medios (AME's dy/dx) para poder compararlos entre sí, representando de manera gráfica (a través de gráficos de los efectos marginales) los efectos de determinados grupos de realizar estos movimientos, a fin de que se vea de manera más clara la complementariedad entre los determinantes en el caso de que la hubiese.

En cuanto a las variables dependientes utilizadas en este capítulo, se han empleado dos variables dicotómicas o *dummies* construidas a partir de la movilidad a diez años, es decir en el período 2001-2010. La elección de esta variable responde a la necesidad explorar los efectos de la centralización (y la suburbanización) en la reconfiguración sociodemográfica de las áreas, y no tanto su explicación causal, por lo que es conveniente tomar esta variable que refleja tendencias más asentadas y permite analizar más las consecuencias del movimiento que sus causas inmediatas, en la medida en que incluye a sujetos que realizaron el movimiento hace algún tiempo, pudiendo haberse consolidado sus carreras profesionales, vitales y residenciales. La primera variable elegida para modelizar la centralización pone en relación la decisión de centralizarse (valor 1), frente a la probabilidad de realizar el resto de alternativas posibles (valor 0). En cuanto a la elegida para analizar la suburbanización, esta pone en relación el hecho de moverse desde la cabecera hacia la corona (valor 1), frente a la probabilidad de realizar el resto de alternativas posibles, en este caso, moverse dentro de la cabecera o permanecer sedentario en la misma (valor 0).

Respecto a las variables independientes (ver Anexo G), vamos a utilizar exactamente las mismas que en el capítulo anterior, pero con dos excepciones. Por un lado, vamos a suprimir el índice de integración residencial del municipio de residencia

¿Seleccionan las ciudades a su población?

anterior, dado que no tiene sentido incluirlo para analizar los movimientos de suburbanización, pues todos ellos tienen como origen las cabeceras metropolitanas. Por otro, hemos optado por incluir dos variables referentes al parque de viviendas de acceso: el tamaño y la antigüedad. Estas variables son especialmente relevantes para aproximarnos al papel diferencial que los movimientos analizados pueden jugar en la transformación socioespacial del área metropolitana.

Vista la variabilidad territorial de la centralización y las características de los residentes en las cabeceras, es esperable que los procesos de filtrado solo operen en las principales áreas, ya que son aquellas en las que tienen una mayor presencia las clases medias cualificadas potencialmente gentrificadoras, y además, porque es en estas grandes áreas donde el proceso de recuperación material y simbólica de los centros, que lleva a la división social del espacio metropolitano, se encuentra asentado y operando. Por ello, acotaremos este análisis a estas cinco áreas españolas: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Bilbao. Para la realización de los análisis hemos dividido la base de datos censal en dos submuestras, ambas acotadas a las cinco áreas mencionadas. En primer lugar, se ha seleccionado una submuestra para el análisis de la centralización que contempla la totalidad de población susceptible de haberse centralizado en el período 2001-2011, dicho de otro modo, contempla la totalidad de personas que residían en las coronas en 2001, un total de 505.613 casos. En segundo lugar, hemos seleccionado otra submuestra para el análisis de la suburbanización, esta contempla la totalidad de población susceptible de haberse suburbanizado en el periodo analizado, un total de 401.128 casos. En ambos casos hemos procedido a eliminar los menores de 16 años de la muestra por las razones esgrimidas en capítulos anteriores.

11.1. ¿Quién entra y sale de las cabeceras?

Como decíamos más arriba, las transformaciones acaecidas en las cabeceras metropolitanas conllevan que estas atraigan y repelan a determinados sectores de población y no a otros, los cuales optan por un tipo de localización para su residencia a través de una decisión que se encuentra en la compleja encrucijada entre sus posibilidades, sus necesidades y sus deseos. Pero ¿quiénes son los que vienen? ¿y quiénes

son los que se van? Sobre los que vienen ya hemos hablado en extenso, mientras sobre los que van, la literatura previa tiene algunas respuestas al respecto.

En lo que refiere a la población que es atraída hacia las ciudades, desde los pioneros estudios de Rossi (1955) o Gale (1979) han tendido a identificarse a estos sujetos que tienen preferencia por la ciudad como jóvenes profesionales, que conviven en parejas sin hijos y son solteros, y que buscan un espacio residencial adecuado a los primeros estadios de los cursos vitales y las carreras residenciales que comienzan con la emancipación, así como a la consecución de unos estilos de vida urbanos basados en la proximidad y un clima de tolerancia y multiculturalidad (Caufield, 1989, 1993; Contreras, 2011; Pablos y Sánchez-Tovar, 2003). Sería el grupo estereotípico que en los 80 y 90 fue identificado en el habla popular como *yuppies*⁶³ (Short, 1989) y hoy en día serían asimilables a los *hípsters*. No obstante, estos sujetos (neo)urbanitas no sólo se concentrarían en este grupo que, como ya destacaban Laska y Spain (1979), son más bien un estereotipo que una realidad generalizada.

Estudios realizados por los investigadores asociados al proyecto *reurban mobile*, destacan la presencia de familias monoparentales, personas separadas y divorciadas que viven solas y otros sujetos que conviven en lo que dan en llamar “hogares no tradicionales”, distintos de la “tradicional” familia nuclear (Buzar *et al.*, 2007a, 2007b; Buzar *et al.*, 2005). Es decir, en términos de cursos vitales, se tratarían de sujetos que, ante determinados acontecimientos positivos de los cursos vitales (como el nacimiento de los hijos) o negativos (como la disolución del hogar) optan por las ciudades como destino residencial. Pero, en términos de formas de convivencia, destacarían especialmente las formas de convivencia “no tradicionales”, como los hogares monoparentales, los unipersonales y los hogares no familiares, hogares que tienen su nicho privilegiado en las ciudades, frente a unas zonas suburbanas más *family-friendly*, por utilizar el término inglés.

En términos de edad, por tanto, sería esperable que su pauta de movilidad fuera sustancialmente diferente a la pauta tradicional de movilidad residencial por edades, que

⁶³ Acrónimo de *young urban professionals* en inglés, o jóvenes profesionales urbanos en castellano. Fue un término muy extendido especialmente durante los 80 en el habla coloquial y la cultura popular para referirse a los nuevos habitantes de los centros urbanos.

¿Seleccionan las ciudades a su población?

presenta picos en las edades de formación del hogar (y usualmente matrimonio), principalmente entre los 25-35 años. Destacando por ser cambios o bien previos, o bien posteriores a la formación del hogar, y por tanto de jóvenes o personas maduras, como se ha destacado en algún trabajo previo (Duque-Calvache, 2015; Torrado, 2017).

La mayoría de estas afirmaciones se han ido constatando durante los capítulos anteriores al respecto de la centralización. De esta manera, hemos comprobado como la centralización es un movimiento propio de hogares menos convencionales, como son los hogares no familiares y otros arreglos familiares distintos de la familia nuclear, así como que se vinculan tanto a cambios previos y posteriores a la formación de familia. Pero también tienen un peso relevante las parejas sin hijos, e incluso, cuando consideramos el bagaje residencial previo, cobran importancia las familias monoparentales y las familias nucleares con hijos mayores, dibujando en parte unos protagonistas de la centralización ciertamente vinculados al retorno.

Socialmente, es decir, en términos de sus características de clase, los que vienen a las ciudades se caracterizan por ser sujetos, en general, de clase media, media-alta, pertenecientes a los sectores de la nueva clase media que tiene su nicho laboral en unas ciudades crecientemente posindustriales. Por utilizar la terminología neoliberal tan en boga hoy en día, podríamos decir que serían los ganadores de la nueva economía: la clase creativa (Florida, 2002), los grupos de clase media con un *habitus* metropolitano (Sequera, 2013) o las nuevas clases medias (Ley, 1996) con capacidad adquisitiva suficiente para poder hacer frente a las constricciones propias de un mercado de vivienda saturado, y con la vocación y voluntad de vivir en un entorno urbano denso. Un conjunto de grupos que tienen en común tener una elevada posición social, ocupaciones de tipo intelectual y unos estilos de vida característicamente urbanos basados en un consumo selectivo de productos y espacios (Lees *et al.*, 2013), y que son el público objetivo de los reclamos de marketing urbano y proyectos urbanísticos que desde las administraciones se están llevando a cabo para remodelar y resignificar los espacios centrales. No obstante, como destaca Sassen (1991), las labores reproductivas de estos nuevos ganadores (nos referimos al consumo, tareas del hogar, ocio y recreación...) requieren de una mano de obra poco cualificada que, en ocasiones, también tiende a vivir en ciudades. Un nuevo proletariado posindustrial que estaría compuesto principalmente (pero no sólo) por inmigrantes provenientes de países pobres que tienen cierta tendencia a moverse dentro

o hacia las cabeceras una vez se han asentado. Teniendo por destino las zonas más desvalorizadas de estas, donde los procesos de renovación urbana y gentrificación aún no operan. No obstante, la tendencia general de la población extranjera más pobre tiende a la dispersión territorial, una vez se asienta en la ciudad metropolitana (Bayona y López-Gay, 2011).

En cuanto a aquellos sujetos que las ciudades “repelen”, es decir, los que se suelen dar en llamar suburbanitas, existe cierta controversia al respecto. Si bien en los primeros estadios de los procesos de suburbanización tuvieron (y aún mantienen) gran importancia relativa las clases medias, y medias-altas (Susino, 2003; Susino y Duque-Calvache, 2012), lo cierto es que en los últimos años se está agudizando la tendencia de la suburbanización de la pobreza (Cooke, 2010; Cooke y Denton, 2015; Covington, 2015; Randolph y Holloway, 2005), es decir, la movilidad residencial de las clases populares hacia las periferias suburbanas. Entre las causas de este proceso podríamos destacar el incremento de los costes económicos, pero especialmente temporales, que implican los desplazamientos por trabajo y ocio de los grupos más pudientes suburbanitas, que los lleva a retornar a la ciudad. Por otra parte, la localización de las actividades industriales que emplean a las clases populares en las zonas periféricas, estarían llevando a estos otros grupos a suburbanizarse, en busca también, de la deseada proximidad (Sturtevant y Jung, 2011). Pero también, sobre todo, esta creciente suburbanización de las clases trabajadoras se explica, en gran medida, por la creciente revalorización y competencia por los espacios centrales, que hace que las cabeceras sean prácticamente inasequibles para muchos, siendo la suburbanización una opción, en ocasiones, ciertamente forzosa, especialmente cuando el objetivo es acceder a la propiedad.

Sea como fuere, y alejándonos del debate sobre las causas, parece una evidencia en muchos estudios recientes que los movimientos de suburbanización se están ligando cada vez más a estratos sociales más populares (lo cual no quiere decir que las clases medias no se suburbanicen), principalmente cuadros medios, trabajadores de los servicios y operarios. En términos de edad y formas de convivencia, destacan en la suburbanización las personas jóvenes y adultas en edad de emancipación (Duque-Calvache, 2015; Susino y Duque-Calvache, 2012), que tienden a constituirse en parejas en lugar de otras formas de convivencia “no tradicionales” más propias de los centros urbanos.

¿Seleccionan las ciudades a su población?

De este modo, en el contexto actual, las cabeceras de las áreas metropolitanas se están convirtiendo en espacios resurgentes económicamente (Glaeser y Gottlieb, 2006), que atraen a determinados grupos sociales, principalmente nuevas clases medias y un nuevo proletariado de servicios, cuyos hogares se caracterizan por su menor tamaño y una naturaleza distinta a la de los hogares familiares nucleares. Este nuevo papel de las cabeceras metropolitanas supone la reconfiguración social y urbana de las mismas en beneficio de los nuevos moradores, estando dominadas en la actualidad por procesos de renovación urbana y de gentrificación.

Así, la nueva especialización funcional y residencial de los espacios centrales no sólo atrae a estos grupos antes citados, sino que a la vez supone la “repulsión” de otros grupos sociales que no encuentran en la ciudad el espacio adecuado para el desenvolvimiento de sus particulares estrategias residenciales, o bien, que son directamente “desplazados” hacia las coronas metropolitanas por las dinámicas del mercado inmobiliario. Entre estos grupos encontramos a los ocupados en los sectores industriales y agrícolas, cuyos centros de trabajo se han relocalizado en las periferias metropolitanas, así como a determinados sectores de las clases medias que, debido a sus particulares proyectos vitales y familiares, encuentran en las zonas suburbanas un nicho residencial más adecuado a sus necesidades residenciales y a sus estrategias de reproducción social.

Ante este panorama muchos han llegado a preguntarse, de manera directa o indirecta, si existe un filtro residencial, es decir, si en las cabeceras metropolitanas actuales operan dinámicas económicas, políticas y residenciales que están seleccionando o condicionando la entrada, salida y permanencia de determinados grupos sociales. A este respecto cabe destacar los trabajos de Ford y Champion (2000), Sánchez y Dawkins (2001) y López-Gay y Recaño (2008; 2009).

El primer estudio analiza, los flujos de entrada, salida y permanencia en el área metropolitana de Londres (no en la cabecera), realizando un análisis clúster para agrupar individuos y analizando su presencia en cada uno de los flujos (Ford y Champion, 2000). En sus conclusiones destacan la entrada de trabajadores no manuales, jóvenes y hogares no tradicionales, frente a la salida de personas mayores que conviven en pareja y en hogares no familiares de diverso origen social. No obstante, es necesario destacar que los

grupos que estos autores identifican presentan pautas complejas en lo que respecta a la entrada, salida y permanencia en la ciudad, lo cual ya nos está indicando que pese a que podamos trazar líneas de investigación que nos acerquen a las tendencias selectivas de las cabeceras, la realidad social es siempre mucho más compleja y heterogénea, por ello nunca deben reducirse las explicaciones que puedan darse sobre las tendencias a teorías o hipótesis deterministas.

En el segundo trabajo, Sánchez y Dawkins (2001), a través de un análisis discriminante, diferencian los suburbanitas de los centralizadores en el contexto de Estados Unidos, llegando a conclusiones similares a las de Ford y Champion (2000) en lo que respecta a las características demográficas. No obstante, no encuentran evidencias de que los centralizadores sean de un perfil socioeconómico superior que los suburbanitas.

Por último, tenemos que destacar los trabajos realizados por López-Gay y Recaño (2008, 2009) para el caso de las ciudades de Sevilla, Valencia, Bilbao, Madrid y Barcelona, en la medida en que son los únicos estudios a nivel nacional que tratan explícitamente la cuestión de la selectividad residencial de las cabeceras. En estos trabajos muestran como existe un filtro residencial que favorece la entrada de jóvenes profesionales con estudios superiores y “repele” a familias completas o en proceso de formación pertenecientes a estratos socioeconómicos más bajos y con estudios medios. Afirmando, para un caso nacional, la hipótesis que apunta hacia una progresiva centralización del talento paralela a una creciente suburbanización de la pobreza.

No obstante, hay que decir que a excepción de Sánchez y Dawkins (2001) ninguno de estos trabajos trata la cuestión de la selectividad interna de las cabeceras de las áreas metropolitanas (también llamada selectividad residencial), ya que tanto el trabajo de Ford y Champion (2000) como los de López-Gay y Recaño (2008, 2009) analizan los intercambios en el conjunto de las migraciones interiores, estando más próximo a nuestro objetivo éste último estudio, que toma como variable dependiente los movimientos de entrada, salida, permanencia y “no entrada” de la ciudad con respecto al marco provincial, pudiendo suponerse (teniendo en cuenta la extensión de las áreas estudiadas) que la mayoría de estos intercambios son efectivamente movilidad residencial.

¿Seleccionan las ciudades a su población?

11.2. Perfiles de la centralización y la suburbanización

El primer paso para conocer las tendencias de selectividad residencial en las cabeceras de las principales áreas pasa por conocer los perfiles de los protagonistas de la suburbanización y la centralización, en tanto que nos indicarán si realmente existen relaciones de complementariedad entre ambos movimientos que justifiquen el análisis posterior. Comentaremos exclusivamente las diferencias entre ambos perfiles y no los perfiles concretos. A diferencia del análisis descriptivo realizado en el capítulo siete, este utiliza la movilidad a diez años, por lo que los perfiles de la centralización aquí dibujados pueden diferir de los vistos en aquella primera descripción, tanto porque puede mostrar un estadio más avanzado de las carreras residenciales, vitales y profesionales de sus protagonistas (dado el margen temporal más amplio), como porque el tamaño muestral es sustancialmente mayor. Al igual que en ese capítulo, analizamos la totalidad de población que realiza el movimiento, excepto para las variables nivel de estudios y condición sociolaboral que, por su propia construcción, contempla exclusivamente a la población potencialmente activa (la mayor de 16 años).

Tabla 11.1. Perfil de los protagonistas de la suburbanización y la centralización según variables indicativas de los cursos vitales

| | Suburbanización | Centralización | Diferencias |
|--------------------------------|-----------------|----------------|-------------|
| Edad | 39,7 | 39,1 | -0,6 |
| Sexo | | | |
| Hombre | 51% | 51% | 0% |
| Mujer | 49% | 49% | 0% |
| Estado civil | | | |
| Soltero | 36% | 44% | 7% |
| Casado | 53% | 42% | -11% |
| Viudo | 3% | 3% | 0% |
| Separado o divorciado | 7% | 11% | 4% |
| Forma de convivencia | | | |
| Unipersonal | 10% | 14% | 4% |
| No familiar | 1% | 4% | 3% |
| Monoparental con hijos menores | 4% | 5% | 1% |
| Monoparental con hijos mayores | 2% | 3% | 1% |
| Pareja sin hijos | 22% | 23% | 1% |
| Pareja con hijos menores | 45% | 31% | -14% |
| Pareja con hijos mayores | 3% | 3% | 0% |
| Otras familias | 12% | 16% | 4% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

El análisis de las variables indicativas de los cursos vitales (tabla 11.1) muestra una centralización bastante menos familiar que la suburbanización, con una mayor presencia en la misma de solteros y divorciados, así como personas que conviven en formas de convivencia alternativas a la familia nuclear (pareja con hijos). Estos resultados dibujan una centralización que, como veníamos viendo, se vincula a cambios previos y posteriores

a la formación de familia que llevan a los individuos a optar por formas de convivencia menos convencionales, destacando especialmente los hogares no familiares, las personas solas y los otros arreglos familiares. La cabecera parece un espacio más propio de etapas transicionales, así como el refugio de una amplia miríada de hogares que rompen con la convencional pauta familiar, frente a una corona que se configura como un espacio reproductivo, al que acuden en mucha mayor medida personas casadas y familias con hijos pequeños, atraídos posiblemente por un entorno más tranquilo y con mayor disponibilidad de vivienda, apto para la crianza y la reproducción social de la prole.

Tabla 11.2. Características de las viviendas principales de los protagonistas de la suburbanización y la centralización

| | Suburbanización | Centralización | Diferencias |
|----------------------------------|-----------------|----------------|-------------|
| Tenencia de la vivienda | | | |
| Propiedad pagada | 13% | 17% | 4% |
| Propiedad hipotecada | 69% | 47% | -22% |
| Alquiler | 13% | 27% | 14% |
| Cedida | 5% | 9% | 4% |
| Tamaño de la vivienda | | | |
| Menos de 76 m | 28% | 52% | 25% |
| 76 a 89 m | 26% | 25% | -1% |
| 90 a 120 m | 22% | 15% | -7% |
| Más de 120 m | 25% | 8% | -17% |
| Antigüedad de la vivienda | | | |
| Anterior a 1940 | 2% | 12% | 10% |
| 1940 a 1960 | 4% | 14% | 10% |
| 1961 a 1970 | 8% | 19% | 10% |
| 1971 a 1980 | 16% | 15% | -1% |
| 1981 a 1990 | 9% | 6% | -3% |
| 1991 a 2001 | 20% | 10% | -10% |
| posterior a 2001 | 41% | 23% | -17% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Un vistazo a las variables referentes a las características de las viviendas de acceso (tabla 11.2) parece ratificar que la principal motivación para mudarse hacia las coronas es efectivamente la disponibilidad de vivienda. Se aprecia como los protagonistas de la suburbanización viven en un parque de viviendas mucho más nuevo y de mayores dimensiones que sus homólogos de las cabeceras. Esto guarda relación con dos fenómenos, primero, las características propias del parque de viviendas de cabeceras y coronas (vistas en el capítulo cinco), y segundo, las características propias de los hogares. Los centralizadores, con hogares más pequeños y en situaciones o bien previas, o bien posteriores al nacimiento de los hijos, encuentran en las cabeceras viviendas con unas características más adecuadas, frente a unos suburbanitas en etapa de expansión del hogar, que requieren un mayor espacio. Por tanto, nuestros resultados parecen ser compatibles con la clásica tesis del estrés habitacional o *room stress*. Otra motivación que parece estar detrás de la suburbanización, y que la diferencia de la centralización es el acceso a una

¿Seleccionan las ciudades a su población?

vivienda en propiedad, especialmente a través de algún tipo de crédito hipotecario. Frente a ellos, tenemos unos centralizadores que optan mayoritariamente por el alquiler y otras formas alternativas a la propiedad. Aunque también hay cierta diferencia favorable para los centralizadores en la vivienda en propiedad pagada, lo que indica que, como veíamos en el capítulo ocho y nueve, posiblemente parte de estos movimientos se relacionan con el retorno a una vivienda anterior.

Tabla 11.3. Perfil de los protagonistas de la suburbanización y la centralización según variables indicativas de los estilos de vida

| | Suburbanización | Centralización | Diferencias |
|------------------------|-----------------|----------------|-------------|
| Nº tareas domésticas | 0,9 | 0,8 | -0,1 |
| Tiene segunda vivienda | | | |
| Sí | 36% | 38% | 2% |
| No | 64% | 62% | -2% |
| Ámbito de trabajo | | | |
| Mismo municipio | 14% | 41% | 27% |
| Otro municipio | 47% | 21% | -26% |
| Fuera del área | 2% | 2% | 0% |
| Varios municipios | 5% | 5% | 0% |
| Mismo domicilio | 5% | 6% | 1% |
| Ni estudia ni trabajo | 27% | 26% | -1% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

En lo que respecta a las variables indicativas de los estilos de vida (tabla 11.3) se observa como la centralización es un movimiento, respecto a la suburbanización, más vinculado a la externalización de tareas domésticas. No obstante, esta variable ha de tomarse en este nivel de análisis con cierta cautela, ya que puede estar muy afectada por la estructura de población de ambos movimientos, especialmente por las características de sus hogares (menos familiares que los suburbanitas), por lo que esta afirmación solo puede corroborarse a partir de un análisis de tipo inferencial. En términos de sus espacios de vida se aprecia claramente como la suburbanización conlleva la dispersión de estos, suponiendo una separación clara entre la residencia y el trabajo, frente a una centralización que, por el contrario, parece estar motivada por la búsqueda de proximidad. Por su parte, la segunda vivienda no presenta grandes diferencias entre ambos movimientos, siendo una pauta algo más extendida entre los centralizadores, lo cual puede estar reflejando en parte su mayor patrimonio.

En términos de clase social (tabla 11.4) encontramos también divergencias de lo más interesantes, que muestran cierta complementariedad entre ambos movimientos y que parecen apuntar hacia la hipótesis de que se están desarrollando ciertos filtros residenciales en las cabeceras metropolitanas de las principales áreas. De esta manera,

vemos una centralización en la que tienen más protagonismo los profesionales y aquellos con estudios superiores, dibujando un movimiento propio de clases medias cualificadas, frente a una suburbanización donde estos grupos tienen una menor presencia. Sin embargo, también vemos que en la centralización hay una ligera sobrerrepresentación del personal de servicios, el nuevo proletariado del trabajo inmaterial, una mayor presencia que casa bien con lo apuntado por la literatura revisada en el apartado anterior, así como con los resultados que venimos obteniendo a lo largo de la tesis.

Tabla 11.4. Perfil de los protagonistas de la suburbanización y la centralización según variables indicativas de la posición social

| | Suburbanización | Centralización | Diferencias |
|---------------------------------|-----------------|----------------|-------------|
| Nivel de estudios | | | |
| Primarios o inferior | 10% | 10% | 0% |
| Secundarios | 19% | 20% | 0% |
| FP o Bachiller | 33% | 30% | -2% |
| Superiores | 32% | 40% | 8% |
| Condición socioeconómica | | | |
| Profesionales | 27% | 32% | 5% |
| Administrativos | 20% | 20% | 0% |
| Servicios | 11% | 12% | 2% |
| Operarios | 11% | 10% | -1% |
| Empresarios | 7% | 7% | 0% |
| Parados | 1% | 1% | 0% |
| Inactivos | 16% | 16% | 0% |
| Otros ocupados | 1% | 1% | 0% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Como vemos, en líneas generales suburbanización y centralización parecen perfilarse como movimientos complementarios, e incluso contrarios, al respecto de la mayoría de las variables empleadas. No obstante, todo lo dicho en el presente apartado debe tomarse con sus debidas precauciones, ya que es una mera descripción de ambos movimientos, la cual puede encontrarse muy afectada por la estructura de población de sus lugares de origen, y además no permite estandarizar el efecto de las distintas variables, pudiendo estar unas afectadas por otras. Sin embargo, encontramos bastantes indicios que parecen apuntar a la tesis de la existencia de ciertos procesos de selectividad residencial en las principales áreas. Por ello, es necesario dar un paso más allá, y analizar los determinantes de los movimientos, en la medida en que solo estos permiten controlar los efectos estructurales y aislar la aportación de las distintas variables en el cálculo de probabilidades.

¿Seleccionan las ciudades a su población?

11.3. Determinantes de la centralización y la suburbanización. Factores de atracción y repulsión de las cabeceras

Los modelos realizados (tabla 11.5) se muestran, en términos globales, muy significativos, tanto en términos de sus estadísticos de ajuste, como por la gran significatividad de todas las variables introducidas. Esta elevada significatividad puede deberse, entre otras cosas, a la inclusión del bloque de variables de vivienda, que al ser en parte características estructurales de cabeceras y coronas, diferencian bastante bien a los móviles de sus respectivas poblaciones de referencia⁶⁴. Además, llama la atención que el modelo construido para analizar la elección residencial se ajuste ligeramente mejor a la suburbanización, al menos eso parece indicar el mayor coeficiente del estadístico pseudo- R^2 , lo que da pistas de que la centralización es un movimiento más complejo, tal y como vimos en capítulos anteriores, y en el que, además es posible que se necesiten otras variables explicativas para mejorar su modelización.

En cuanto a los resultados concretos de los modelos, se observan tendencias muy interesantes, algunas de las cuales, parecen ratificar las relaciones de complementariedad vistas en el apartado anterior, mostrando dos movimientos que, en ocasiones, parecen incluso contradictorios. Este es el caso del efecto de la variable edad, significativa en ambos modelos, pero que opera con signo positivo en el caso de la centralización y con signo negativo para la suburbanización. De este modo, las cabeceras se muestran como espacios atractivos para los habitantes de las coronas conforme estos envejecen, mientras que al contrario, las coronas parecen mostrarse atractivas para los más jóvenes, un carácter complementario de ambos movimientos que puede alimentar ciertos procesos sociodemográficos de envejecimiento de las cabeceras, especialmente si tenemos en cuenta que los que se suburbanizan son los que se encuentran en mayor medida en fases de crianza y expansión del hogar.

⁶⁴ Es lógico que explique mucho la vivienda de acceso en tanto que diferencia mejor a los respectivos móviles. Por ejemplo, las variables de vivienda diferencian muy bien a los suburbanitas, ya que el modelo los compara con unos sedentarios y móviles intramunicipales en la cabecera que acceden a (o permanecen en) viviendas siempre más pequeñas y antiguas, dadas las características del parque de viviendas propio de las ciudades. Lo mismo ocurre con la centralización.

Tabla 11.5. Modelos para la explicación de la suburbanización y la centralización en las principales áreas metropolitanas españolas

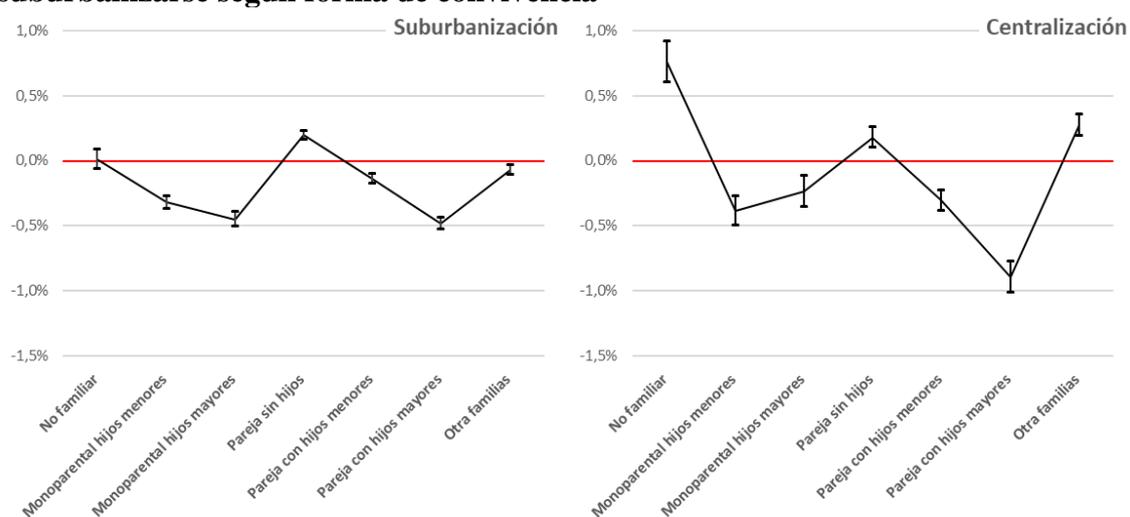
| | Centralización | | | Suburbanización | | |
|---|----------------|-----|---------|-----------------|-----|-----------|
| | dy/dx | | SE | dy/dx | | SE |
| Edad | 0,04% | *** | 0,0001 | -0,01% | *** | 0,0000 |
| Edad al cuadrado | 0,00% | *** | 0,0000 | 0,00% | | 0,0000 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | | | | |
| Hombre | 0,16% | *** | 0,0002 | 0,04% | *** | 0,0001 |
| Estado civil (ref=Casado) | | | | | | |
| Soltero | 0,04% | | 0,0003 | -0,10% | *** | 0,0001 |
| Viudo | 0,41% | *** | 0,0006 | 0,23% | *** | 0,0002 |
| Divorciado/Separado | 0,62% | *** | 0,0004 | 0,22% | *** | 0,0002 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | | | | |
| No familiar | 0,76% | *** | 0,0008 | 0,01% | | 0,0004 |
| Monoparental hijos menores | -0,39% | *** | 0,0006 | -0,32% | *** | 0,0002 |
| Monoparental hijos mayores | -0,23% | *** | 0,0006 | -0,45% | *** | 0,0003 |
| Pareja sin hijos | 0,18% | *** | 0,0004 | 0,20% | *** | 0,0002 |
| Pareja con hijos menores | -0,31% | *** | 0,0004 | -0,14% | *** | 0,0002 |
| Pareja con hijos mayores | -0,89% | *** | 0,0006 | -0,48% | *** | 0,0002 |
| Otras familias | 0,27% | *** | 0,0004 | -0,07% | *** | 0,0002 |
| Nivel de estudios (ref=Primarios o inferior) | | | | | | |
| Secundaria | 0,23% | *** | 0,0004 | -0,07% | *** | 0,0002 |
| Bachiller/FP | 0,59% | *** | 0,0004 | -0,09% | *** | 0,0002 |
| Superiores | 1,29% | *** | 0,0005 | -0,24% | *** | 0,0002 |
| Condición sociolaboral (ref= Administrativos) | | | | | | |
| Profesionales | 0,18% | *** | 0,0003 | -0,05% | *** | 0,0001 |
| Servicios | -0,07% | | 0,0004 | 0,03% | * | 0,0002 |
| Operarios | -0,49% | *** | 0,0004 | 0,06% | ** | 0,0002 |
| Empresarios | -0,14% | ** | 0,0005 | 0,03% | | 0,0002 |
| Parados | -0,59% | *** | 0,0011 | -0,27% | *** | 0,0004 |
| Inactivos | -0,09% | * | 0,0004 | -0,22% | *** | 0,0002 |
| Otros ocupados | 0,16% | | 0,0010 | -0,09% | | 0,0005 |
| Nº de tareas que realiza | -0,08% | *** | 0,0002 | 0,10% | *** | 0,0001 |
| Tiene segunda residencia (ref=No) | | | | | | |
| Sí | 0,23% | *** | 0,0002 | -0,18% | *** | 0,0001 |
| Lugar de trabajo o estudios (ref=Mismo municipio) | | | | | | |
| Otro municipio | -1,39% | *** | 0,0003 | 1,48% | *** | 0,0001 |
| Fuera del área | -0,92% | *** | 0,0008 | 0,83% | *** | 0,0003 |
| Varios municipios | -0,74% | *** | 0,0006 | 0,94% | *** | 0,0002 |
| Mismo domicilio | -0,56% | *** | 0,0005 | 0,68% | *** | 0,0002 |
| Ni estudia ni trabaja | -0,71% | *** | 0,0003 | 0,85% | *** | 0,0001 |
| Tenencia (ref=Propiedad hipotecada) | | | | | | |
| Propiedad pagada | -0,76% | *** | 0,0003 | -0,85% | *** | 0,0001 |
| Alquiler | 0,66% | *** | 0,0003 | -0,27% | *** | 0,0001 |
| Cedida y otras formas | 0,26% | *** | 0,0004 | -0,37% | *** | 0,0002 |
| Lugar de nacimiento (ref=Cabecera) | | | | | | |
| Corona | -1,21% | *** | 0,0003 | 0,11% | *** | 0,0002 |
| Otra cabecera | -0,57% | *** | 0,0005 | -0,46% | *** | 0,0002 |
| Otra corona | -1,51% | *** | 0,0011 | -0,15% | *** | 0,0003 |
| No metropolitano | -0,74% | *** | 0,0004 | -0,16% | *** | 0,0001 |
| Extranjero | 0,12% | ** | 0,0004 | 0,36% | *** | 0,0002 |
| Tamaño vivienda (ref=menor 75 m²) | | | | | | |
| 76 a 90 m² | -0,42% | *** | 0,0003 | 0,12% | *** | 0,0001 |
| 91 a 120 m² | -0,71% | *** | 0,0003 | 0,31% | *** | 0,0001 |
| más 120 m² | -1,31% | *** | 0,0004 | 0,83% | *** | 0,0001 |
| Antigüedad de la vivienda (ref=anterior 1940) | | | | | | |
| 1940 a 1960 | -0,34% | *** | 0,0005 | 0,18% | *** | 0,0003 |
| 1961 a 1970 | -0,92% | *** | 0,0004 | 0,44% | *** | 0,0003 |
| 1971 a 1980 | -1,65% | *** | 0,0004 | 0,82% | *** | 0,0003 |
| 1981 a 1990 | -1,76% | *** | 0,0005 | 0,89% | *** | 0,0003 |
| 1991 a 2001 | -1,86% | *** | 0,0005 | 1,15% | *** | 0,0003 |
| posterior a 2001 | -1,13% | *** | 0,0004 | 1,43% | *** | 0,0003 |
| N | | | 505.613 | | | 401.128 |
| Sig | | | 0,000 | | | 0,000 |
| Log-Lik Modelo vacío | - | | 907.388 | - | | 1.837.000 |
| Log-Lik Modelo completo | - | | 705.601 | - | | 1.224.000 |
| Pseudo R² | | | 0,22 | | | 0,33 |

Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2011

¿Seleccionan las ciudades a su población?

Pero para confirmar estas afirmaciones es necesario observar las variables referentes a las trayectorias familiares: el estado civil y la forma de convivencia. Respecto a la primera, se aprecia como en ambos movimientos tienen una fuerte presencia los divorciados, separados y viudos, un hecho que se explica por la mayor movilidad que experimentan las personas tras la disolución del hogar (Feijten y Van Ham, 2007), los cuales optan, estén donde estén, por moverse. Sin embargo, los efectos marginales de estas categorías se muestran mucho más fuertes para el caso de la centralización (el doble para el caso de las personas viudas y el triple para divorciadas y separadas), lo cual remarca a la centralización como un movimiento mucho más vinculado que la suburbanización a estos cambios negativos de los cursos vitales, quizás por el carácter de refugio que tienen las ciudades y las alternativas que ofrecen para personas solas, o quizás porque estos cambios pueden suponer un retorno al lugar de origen de antiguos suburbanitas tras el fracaso (o fin) del proyecto de vida familiar. En cuanto a la categoría de solteros, solo es significativa y con signo negativo en el caso de la suburbanización, lo cual indica que en este movimiento tienen también cierta relevancia las personas casadas (categoría de referencia). Tendríamos pues según estado civil un movimiento de centralización muy vinculado a la ruptura o extinción del hogar, frente a una suburbanización que, además de con estos acontecimientos, también se vincula con el matrimonio.

Figura 11.1. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según forma de convivencia



Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2011

Los resultados que arrojan las formas de convivencia (figura 11.1) casan bien con lo visto al respecto del estado civil, confirmando el carácter más familiar de los movimientos de suburbanización. Tal y como ya sabíamos, la centralización se relaciona con cambios asociados a hogares no familiares, otros hogares y parejas sin hijos, frente a una tendencia a la suburbanización en la que exclusivamente destacan las parejas sin hijos. Por su parte, si bien el convivir en familia se muestra, como es lógico, como un factor limitante de ambos movimientos, este carácter limitante es mucho más fuerte para el caso de la centralización, apuntando al carácter más familiar de la suburbanización, con la excepción de los hogares monoparentales con hijos mayores. Estas distribuciones nos están indicando varias cosas.

En primer lugar, que las cabeceras parecen ser el espacio propio de determinadas formas de convivencia menos convencionales, principalmente los hogares no familiares, las otras familias y, en menor medida, pero también, los hogares monoparentales con hijos mayores. Esta relación entre la elección de las cabeceras y las formas de convivencia menos convencionales perfilan a las ciudades centrales como auténticos refugios de la diversidad, donde los hogares distintos de la familia nuclear acuden y permanecen.

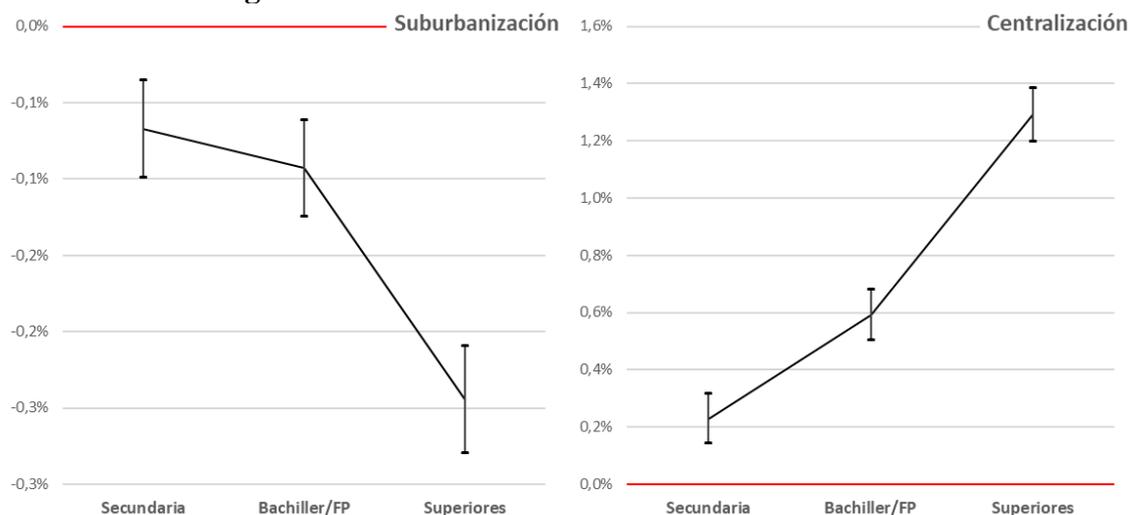
En segundo lugar, las coronas terminan de configurarse como espacios más vinculados a la reproducción (biológica y social), con una mayor vinculación a personas jóvenes, parejas sin hijos y familias nucleares. De esta manera, si consideramos de manera conjunta las tres variables ya comentadas (edad, estado civil y forma de convivencia) obtendríamos una visión de conjunto que nos permite, en cierta medida, afirmar la complementariedad de ambos movimientos, con una centralización de personas más mayores, vinculadas a cambios negativos de los cursos vitales y que conviven en hogares menos tradicionales, pero en el que también tienen relevancia las parejas sin hijos; frente a una suburbanización que (con los matices ya señalados) se perfila como un movimiento de personas jóvenes, vinculado (en mayor medida que la centralización) a la movilidad de personas casadas, parejas y familias completas en etapas de expansión del hogar.

Pero las relaciones de complementariedad más claras las encontramos en las variables indicativas de la posición social, cuyos efectos parecen apuntar a que, efectivamente, operan en las cabeceras de las principales áreas ciertas tendencias de selectividad residencial que están dando lugar a una división social del espacio

¿Seleccionan las ciudades a su población?

metropolitano entre cabeceras y coronas. Así nos lo indica el nivel de estudios, con relaciones entre las distintas categorías que nos indican que esta variable opera de manera lineal en ambos movimientos (ver figura 11.2). En el caso de la centralización se aprecia como todas las categorías son positivas, existiendo un gradiente social bastante bien definido conforme pasamos a personas con mayores niveles de estudio, siendo muy potente el efecto de tener estudios superiores. Mientras, para la suburbanización el efecto de todas las categorías es negativo, tanto más negativo conforme pasamos a niveles de estudios más avanzados. La visión conjunta de las distribuciones por nivel de estudios en ambos modelos muestra de manera bastante clara la tendencia a la centralización del talento y suburbanización de los menos cualificados, posiblemente explicable por la especialización de las cabeceras de las principales áreas como centros de producción y empleo de empresas punteras especializadas en la producción de servicios avanzados.

Figura 11.2. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según nivel de estudios

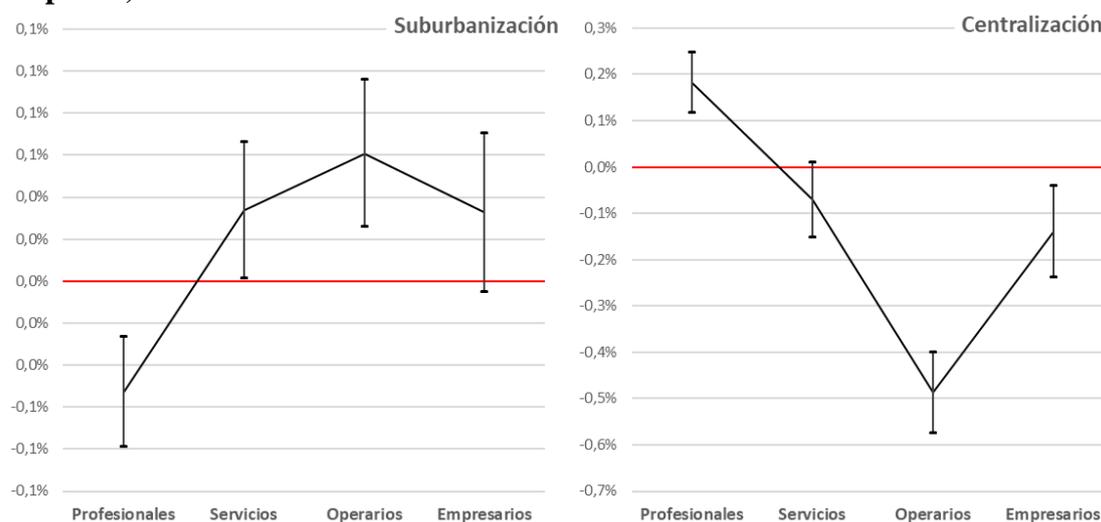


Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2011

En la misma dirección que el nivel de estudios apuntan las distribuciones según condición sociolaboral (figura 11.3), con una centralización muy relacionada con la movilidad de los profesionales y en la que pertenecer a las categorías de clase trabajadora es un factor limitante bastante fuerte. Frente a esta, tenemos una suburbanización en la que las variables operan de manera casi totalmente contraria, relacionándose con la movilidad de trabajadores de los servicios y operarios, y siendo el hecho de ser profesional un factor limitante. La relación entre la escala social y la probabilidad de realizar ambos movimientos correlacionan así de manera casi lineal (realmente lineal si

sólo consideramos a profesionales, trabajadores de los servicios y operarios), pero en un sentido positivo en el caso de la centralización, y negativo para el de la suburbanización.

Figura 11.3. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según condición sociolaboral (para principales categorías de ocupados)

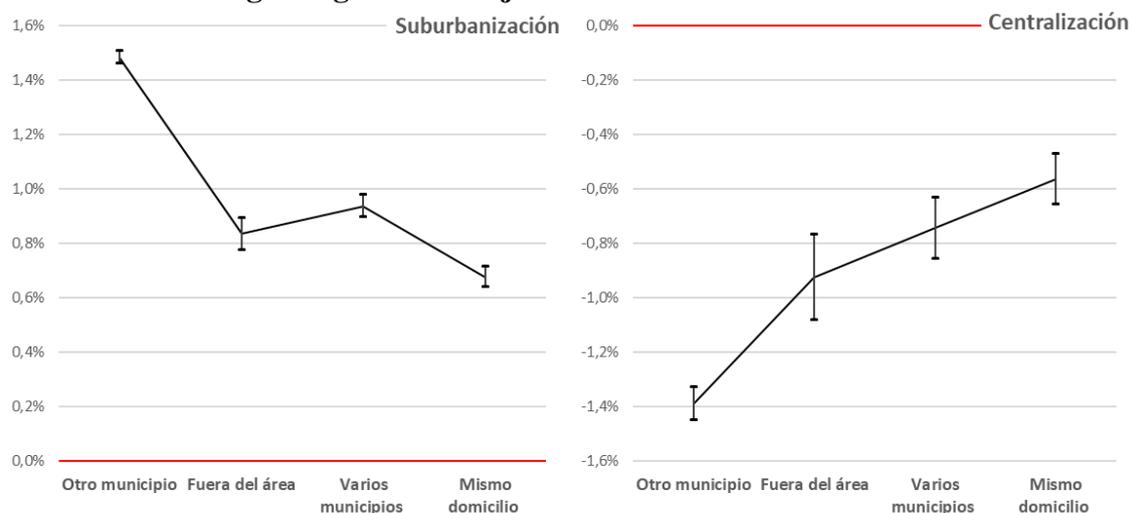


Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2011

Estos resultados, considerados junto al nivel de estudios, parecen una evidencia bastante clara de que en las cabeceras de las principales áreas están operando tendencias selectivas que suponen la atracción (y retención, vista su probabilidad negativa de ir hacia la corona) de clases medias cualificadas, paralela a una repulsión de los sectores populares. Una centralización del talento y suburbanización de los menos cualificados que, al incluir la condición sociolaboral podemos afirmar que coincide con una centralización de la riqueza paralela a una suburbanización de la pobreza. No obstante, es necesario matizar esta afirmación. Si bien en los gráficos de los efectos marginales estas relaciones se muestran muy claras, debe tenerse en cuenta que, para estas dos variables, los gráficos no se encuentran en la misma escala (véanse los valores del eje y). De hecho, si nos vamos a los efectos concretos que arroja el modelo (tabla 11.2) se observa cómo, si bien los efectos de estas variables son muy potentes para la centralización, no es así para la suburbanización, en la cual los efectos, aunque significativos, son menos potentes (es decir, presentan valores más bajos). Esto da cuenta de que, aunque la clase social es un factor tremendamente importante, esta lo es en mayor medida para el caso de la centralización, pero menos para la suburbanización, pudiendo esto apuntar a su carácter social algo más mixto.

¿Seleccionan las ciudades a su población?

Figura 11.4. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según lugar de trabajo



Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2011

También vemos claras complementariedades al respecto de las variables indicativas de los estilos de vida. De este modo, tenemos una centralización que, en la línea de lo visto en los capítulos anteriores, se muestra bastante vinculada a la externalización de tareas domésticas, a la posesión de una segunda residencia, así como a la proximidad de los espacios de residencia y trabajo; frente a una suburbanización caracterizada por todo lo contrario, un mayor número de tareas domésticas, no disponer de segunda residencia y el distanciamiento entre el lugar de residencia y trabajo. Estos resultados parecen dibujar dos estilos de vida claramente diferenciados. Un estilo de vida urbano, basado en la proximidad, la externalización de tareas domésticas y la dislocación periódica del espacio de vida, frente a un estilo de vida suburbano muy centrado en la vivienda y caracterizado por una creciente fragmentación de los espacios del habitar. No obstante, estas diferencias en los estilos de vida no deben interpretarse de manera aislada, sino que casan bien con lo visto al respecto de los cursos vitales y la posición social. Así, es más propio de sujetos en fases transicionales de los cursos vitales y de clase media, centrarse más en el ocio y el trabajo, y dejar más de lado las tareas domésticas, buscando también, en la medida de lo posible, integrar los distintos espacios de interacción social. Mientras que en el caso de individuos en etapas de formación de familia y pertenecientes a sectores populares, es más común el tener que desplazarse largas distancias para trabajar (debido a la inestabilidad laboral, así como a los precios de la vivienda) y tener que asumir tareas reproductivas, en tanto que están ahí en mayor medida y que, además, dado los menores recursos, es más difícil externalizarlas. Por último, se hace necesario realizar una

matización respecto a la disponibilidad de segunda vivienda. Si bien es un indicador de estilo de vida, también puede tomarse (como ya apuntamos en capítulos anteriores) como un indicador de posición social de tipo patrimonial, por lo que estaría de este modo, remarcando la mayor posición social de los centralizadores y viceversa, la peor condición de los suburbanitas.

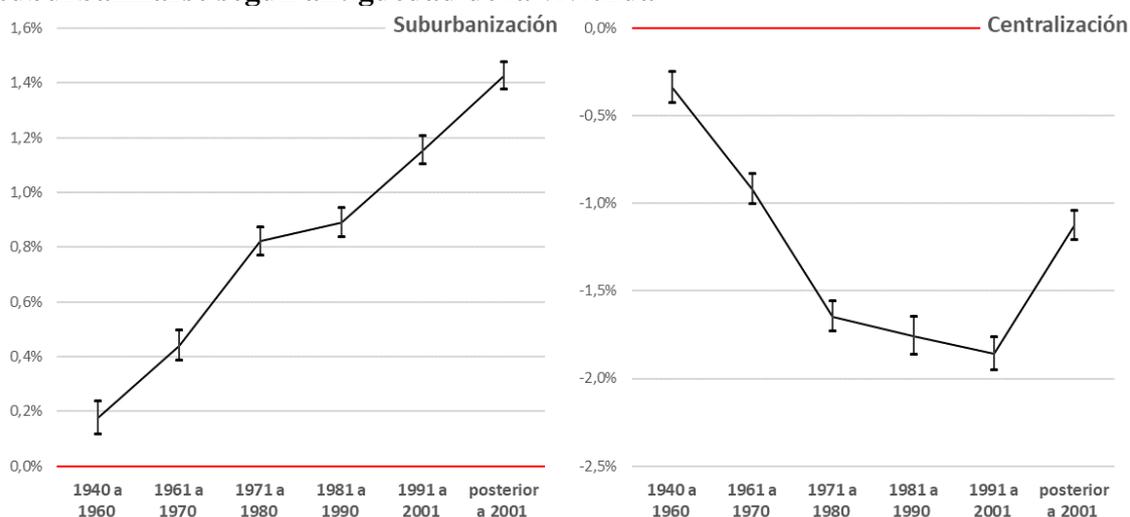
Llaman la atención las pautas que marca la variable lugar de nacimiento, si bien no muestra relaciones de complementariedad, apuntan hacia tendencias interesantes que destacan la importancia de la experiencia residencial en la elección de entorno. En el caso de la centralización observamos una distribución por categorías muy similar a la vista en el capítulo nueve, relacionándose especialmente con movimientos de retorno de antiguos habitantes, pero en el que también tienen una participación relevante los extranjeros. Por su parte, la suburbanización también parece tener cierta vinculación a los movimientos de retorno, así lo muestra la propensión significativa y positiva de los nacidos en la corona a mudarse hacia ellas. También se muestra muy significativa y con signo positivo la categoría de nacidos en el extranjero, demostrando la tendencia hacia la suburbanización que siguen los que han llegado a las cabeceras tras migraciones de largo recorrido, una vez asimilan el funcionamiento y naturaleza metropolitana de las ciudades en las que se asientan. De este modo, la suburbanización en las principales áreas se perfila como un movimiento fuertemente sustentado por los migrantes internacionales, tal y como destacaban algunos trabajos previos (López-Gay y Bayona, 2011), pero en el que también tienen un gran protagonismo los movimientos de retorno. Este panorama nos dibuja un movimiento que, al igual que la centralización, es complejo y posiblemente atiende a múltiples explicaciones, que van más allá de la búsqueda de viviendas y entornos adecuados para la crianza por parte de los habitantes de las ciudades.

Por último, tenemos las variables referentes al parque de viviendas: la tenencia, antigüedad y tamaño. Según estas, observamos como la suburbanización es un movimiento motivado por el acceso a la propiedad, principalmente a través de créditos hipotecarios, así como a la búsqueda de viviendas espaciales y de nueva construcción. Mientras la centralización se perfila como todo lo contrario, un movimiento muy vinculado a las formas alternativas a la propiedad y a la búsqueda de viviendas pequeñas y, especialmente, muy antiguas. Estas coincidencias se explican en gran medida por las características del parque de viviendas de cabeceras y coronas, aunque, en cierto modo,

¿Seleccionan las ciudades a su población?

también reflejan condicionamientos y preferencias de los individuos. En el caso de la suburbanización el acceso a la propiedad de viviendas más grandes y nuevas guarda relación con los cursos vitales de sus protagonistas, unos individuos que comienzan proyectos de vida familiares y que buscan entornos y viviendas con unas condiciones adecuadas para los mismos. En el caso de la centralización la preponderancia de las formas alternativas a la propiedad también casa bien con el carácter más transitorio de los momentos de los cursos vitales de sus protagonistas, así como el acceso a viviendas más pequeñas puede explicarse por las características de sus hogares, usualmente pequeños y poco convencionales.

Figura 11.5. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según antigüedad de la vivienda



Fuente: Elaboración propia a partir de Censo de Población y Vivienda 2011

Sin embargo, la gran preferencia que los centralizadores parecen tener por la vivienda más antigua (la anterior a 1940) no parece explicable por las características del parque de viviendas de las cabeceras ni por sus características sociodemográficas, ya que este segmento del parque residencial apenas alcanza un 6,5% en las principales ciudades. Por tanto, esta tendencia posiblemente responda a las preferencias de sus protagonistas por unas viviendas antiguas localizadas, mayoritariamente, en torno a los cascos históricos y, posiblemente, con cierto valor arquitectónico. De este modo, si consideramos esta tendencia a vivir en viviendas históricas, junto al elevado perfil social de los centralizadores, estamos ante un movimiento fuertemente vinculado, al menos en el seno de las principales ciudades españolas, a procesos socioespaciales de gentrificación. Cabe mencionar que tras las viviendas anteriores a 1940, el siguiente

segmento del parque de viviendas al que parecen tener más probabilidad de acceder (el que tiene el efecto menos negativo) son las viviendas más nuevas, lo cual también perfila a estos movimientos a procesos de renovación urbana, en la línea de lo visto al final del capítulo siete.

11.4. ¿Seleccionan las ciudades a su población?

A lo largo de la tesis hemos ido recabando ciertas evidencias que apuntaban a que cuando los procesos metropolitanos alcanzan cierto grado de desarrollo, la centralización se transforma en un movimiento muy vinculado a clases medias cualificadas. Esto nos lo mostraba el descriptivo general por tipos de áreas, a través de las fuertes relaciones, incluso lineales, que existían entre el porcentaje de profesionales, personas con estudios superiores y el tipo de área metropolitana; así como los resultados del capítulo diez, que ratificaban este hecho, demostrando que, en las principales áreas, la clase social se torna en un factor fundamental para explicar la elección residencial de las cabeceras.

Tras la explicación de este hecho, se encuentran las constricciones y oportunidades que cada contexto particular impone a la elección residencial (Mulder y Hooimeijer, 1999). De este modo, si bien en las cabeceras de muchas áreas (principalmente las menores e incipientes) suele haber un abanico de oportunidades más amplio propio de momentos de expansión de los procesos de urbanización; estas desaparecen en las cabeceras de las principales áreas, las cuales debida su saturación poblacional y su especialización funcional en centros de servicios avanzados (Musterd, 2006; Storper y Manville, 2006), se tornan en entornos inasequibles para una parte importante de la población, haciendo que solo puedan acceder a la misma aquellos con recursos suficientes.

Estas constricciones estructurales propias de las principales urbes, alimentada incluso en ocasiones por políticas explícitas llevadas a cabo por las corporaciones locales (Rodríguez-Medela y Salguero-Montaña, 2012; Sequera, 2013), han llevado a varios autores a hablar de la existencia de ciertas tendencias de selectividad residencial, unas tendencias que tienden a establecer un filtro por el cual se estaría produciendo una progresiva centralización del talento y la riqueza, que convive con una creciente suburbanización de los sectores populares y los menos cualificados (López-Gay y Recaño, 2008). Un proceso de reconfiguración socioespacial que estaría dando lugar a

¿Seleccionan las ciudades a su población?

una división social del espacio urbano a escala metropolitana, en la que la centralización juega un papel fundamental en el aburguesamiento de las ciudades centrales, alimentando procesos de renovación urbana y gentrificación. No obstante ¿es esto cierto? ¿operan en las ciudades centrales ciertos procesos que están, de algún modo, seleccionando a su población? Esta es la pregunta fundamental que hemos tratado de desvelar en el presente capítulo.

Si bien las evidencias recabadas hasta el momento nos permitían en parte avalar esta tesis del filtrado, se hacía necesario dar un paso más, y poner en comparación la centralización con sus movimientos complementarios: la suburbanización. Para ello, en el presente capítulo analizamos las diferencias en sus perfiles, así como su explicación estadística a través de modelos logísticos que nos permitiesen desvelar los factores de atracción y repulsión que operan en las cabeceras de las principales áreas del país. Dados los resultados obtenidos, podemos afirmar que en las principales metrópolis parecen comenzar a operar ciertas tendencias selectivas que dan lugar a que centralización y suburbanización se configuren como movimientos complementarios, vinculados a momentos de los cursos vitales, estilos de vida, búsqueda de viviendas, pero especialmente, a grupos sociales muy diferentes, e incluso opuestos.

De este modo tenemos una centralización asociada a momentos transitorios de los cursos vitales, formas de convivencia poco convencionales, estilos de vida urbanos basados en la proximidad de los espacios de vida y especialmente, a la movilidad de clases medias cualificadas que, visto el efecto de las características de las viviendas de acceso, pueden estar contribuyendo de manera significativa a procesos de gentrificación y renovación urbana. Frente a esta, tenemos una suburbanización bastante más vinculada a etapas de expansión del hogar, familias completas, estilos de vida propiamente suburbanos, y motivada por la búsqueda de viviendas en propiedad, nuevas y espaciales, aptas para la crianza y reproducción social de los hijos, pero que se vincula, especialmente, a categorías sociales propias de clase trabajadora. Esto nos da a pensar que la suburbanización puede ser un movimiento no siempre electivo, pudiendo estar inducido, al menos en parte, por la presencia de fuertes constricciones propias del mercado de vivienda de unas cabeceras muy saturadas y con precios elevados.

Sin embargo, aunque nuestro trabajo permita concluir en la línea de estos otros trabajos anteriores que hablaban de la existencia de filtros residenciales, esta afirmación debe ser matizada. Y es que, si bien los efectos de las variables consideradas parecen muy claros y fuertes en el caso de la centralización, esto no ocurre así para la suburbanización. De este modo, aunque es cierto que el modelo arroja resultados mayormente concordantes con lo expresado en el párrafo anterior, la suburbanización se muestra más diversa, o al menos, no tan fuertemente vinculada como la centralización a determinados momentos de los cursos vitales y grupos sociales. En términos de cursos vitales, aunque se dibuja como un movimiento más familiar que la centralización, la única categoría con propensión positiva que aparece en el modelo son las parejas sin hijos, así como también es relevante la condición de estar separado o divorciado. Por su parte, al respecto de la posición social, si bien la condición de tener estudios superiores y ser profesionales aparecen como factores limitantes, estos efectos no tienen una elevada magnitud, indicando que las divergencias entre las propensiones de los distintos grupos no son tan grandes y, por ende, se muestra como un movimiento algo más mixto en términos de clase, o no tan exclusivamente vinculado a la pobreza. Por tanto, los indicios apuntan a que, si bien las cabeceras pasan a configurarse como espacios más o menos propios de clases medias, personas en etapas transicionales de los cursos vitales y formas de convivencia menos convencionales, las coronas no son siempre necesariamente zonas proletarias y familiares, existiendo, como es lógico, diversidad de situaciones y, por tanto, diversidad de suburbanizaciones. Algo que es un hecho constatado en las realidades metropolitanas estudiadas en el presente trabajo, en las cuales los municipios y zonas de la corona tienen características sociales muy diferentes. Diferencias en el carácter social como puede encontrarse entre la corona norte y sur de la región urbana madrileña, o incluso en el seno de los mismos municipios corona, como ocurre por ejemplo en Alcalá de Guadaíra entre el municipio histórico, mayormente habitado por clases trabajadoras, y la urbanización “Nueva Alcalá” habitada en mayor medida por clases medias suburbanitas procedentes de la capital.

Por lo dicho, parece un hecho evidente que para profundizar en los procesos más concretos de reconfiguración socioespacial de las áreas metropolitanas es necesario mirar con lupa, hacia municipios, barrios e incluso calles concretas, que nos informen con más detalle de unos procesos de transformación y cambio que son altamente complejos (Hochstenbach y Musterd, 2016). Sin embargo, el presente trabajo no pretendía

¿Seleccionan las ciudades a su población?

profundizar en estos procesos particulares, sino conocer las tendencias generales que los análisis previos nos indicaban que estaban operando en las principales áreas españolas (López-Gay y Recaño, 2008, 2009). Unas tendencias generales que son el resultado agregado de un conjunto de procesos más concretos que ocurren a escala menor, pero que dan buena cuenta de las pautas más generales que están reconfigurando las ciudades del presente y que, de seguir así, pueden dar pie a una división social del espacio a escala metropolitana.

Parte IV. Conclusiones



Capítulo 12. Reflexiones finales

12.1. Recapitulación. Explicación(es) y consecuencias de la centralización

La presente tesis parte de una consideración de las ciudades metropolitanas actuales como complejos sistemas de relaciones sociales que, como todo sistema social, se (re)configura a partir de las acciones de los actores que lo componen, en el caso de las ciudades, a partir de la movilidad residencial de los individuos y hogares que la habitan. Tres son las piezas clave para entender los procesos de reproducción y cambio de las ciudades metropolitanas actuales, tres formas de movilidad que caracterizan a estas nuevas realidades urbanas supramunicipales y, dada su naturaleza intermunicipal, dan pie a su expansión y contracción: la suburbanización, la centralización y la movilidad entre municipios de la corona. De estas tres piezas nosotros analizamos la centralización. La elección de la centralización como objeto fundamental de esta tesis responde a la importancia que parece estar recobrando en los últimos años tras ciertos cambios sociohistóricos generales (expuestos en detalle en el capítulo dos), el relevante papel que tiene tanto en las primeras etapas como en las últimas del proceso de metropolización

(cuestión tratada en el capítulo tres) y sobre todo, al gran vacío de conocimiento empírico que desde la perspectiva de la acción social existe sobre este movimiento.

Esta laguna en el conocimiento sobre los movimientos de centralización se hace evidente por las escasas investigaciones al respecto existentes en nuestro país, las cuales, hasta el momento presente, se reducían a las aportaciones de López-Gay y Recaño (2008, 2009). El origen de esta relativa ausencia de estudios sobre la elección residencial por la centralización desde una perspectiva individual se remonta a dos causas, a dos grandes carencias presentes en el contexto científico y estadístico español: la ausencia de delimitaciones coherentes de las nuevas realidades urbanas metropolitanas (Feria, 2004, 2008) y la falta de bases de datos individualizadas que permitiesen aproximarse a la conducta de los actores sociales. Dos carencias cuya superación ha consumido gran parte del tiempo de realización de la presente investigación.

Para superar la primera, nos hemos valido de los resultados que se venían desarrollando dentro del proyecto de investigación Movitra IV, en el cual se enmarca esta tesis. Entre estos resultados se encontraba una delimitación y primera clasificación de las áreas metropolitanas españolas a partir de criterios homogéneos acordes con las prescripciones internacionales (Feria y Martínez, 2016). Nosotros asumimos esta delimitación, pero, más allá de limitarnos a su exposición y utilización, tratamos de validarla realizando varios análisis sobre sus características sociales, demográficas, residenciales, de movilidad y funcionales (capítulo cinco). Una validación que demostró la utilidad de la delimitación y la clasificación de las áreas, así como el carácter diferenciado de sus dos principales componentes (cabeceras y coronas).

Respecto al segundo problema, decidimos recurrir a la única fuente disponible a escala nacional que disponía de datos individualizados para analizar la movilidad: el censo de población. Una fuente con bastantes carencias, pero también con muchas potencialidades de cara a analizar el comportamiento residencial a las que era necesario sacarle partido. Con tal idea en mente, se solicitó (también en el marco del mencionado proyecto Movitra IV) una explotación de los microdatos censales que considerara la delimitación de las áreas metropolitanas y así, poder analizar la movilidad residencial propiamente dicha. A partir de esta explotación se trabajó (capítulo seis), explorando las potencialidades y limitaciones del censo, operacionalizando las distintas formas de

movilidad residencial y sus factores explicativos, y desarrollando y aplicando técnicas estadísticas de tipo inferencial que nos permitiesen modelizar las decisiones y elecciones residenciales individuales. Creemos que la coincidencia de los resultados obtenidos en la presente tesis con los resultados de otros estudios internacionales que se valen de fuentes de tipo longitudinal⁶⁵, valida la aproximación aquí realizada a la conducta residencial, así como al censo de población como una fuente apta para su análisis.

12.1.1. La(s) explicación(es) de la centralización

Una vez superados estos dos principales escollos estábamos ya en situación de proceder al análisis de la centralización en tanto que acción social. Para ello, desarrollamos un marco interpretativo general para el análisis de la elección de entorno residencial (capítulo tres) que sintetiza la mayor parte de aportaciones sobre comportamiento residencial desde los estudios clásicos de Rossi (1955) hasta aportaciones más recientes (Ærø, 2002, 2006; Blaauboer, 2010; Feijten *et al.*, 2008; Mulder, 1993; Mulder y Hooimeijer, 1999; entre otros). Según este esquema conceptual, la elección residencial parte de ciertos cambios en los cursos vitales, preferencias residenciales asociadas a los estilos de vida y los recursos disponibles marcados por la posición social, tres dimensiones que, aunque analíticamente separamos, ontológicamente se encuentran fuertemente interconectadas. Los cambios asociados a estas dimensiones individuales generan la emergencia de necesidades residenciales en los sujetos que los lleva a plantearse la posibilidad de mudarse y, para ello, comienzan a valorar los distintos entornos disponibles. En este complejo proceso de valoración, los sujetos sopesan las características objetivas de los entornos (accesibilidad, disponibilidad de vivienda, servicios, etc.), pero también sus características subjetivas, es decir, el significado que esos espacios tienen para ellos, así como los recursos de los que disponen localizados en los mismos (alguna vivienda previa, redes sociales de apoyo, información, etc.). Una vez elegido el entorno más apto a sus necesidades y deseos emergentes, los sujetos optan (o no) por moverse hacia ellos. No obstante, esta elección se encuentra

⁶⁵ Coincidencias en varios aspectos clave referentes a los determinantes individuales de la elección por la centralización que demuestran que la aproximación que puede realizarse a través de datos transversales no es tan mala como hasta el momento se ha pensado. Por ejemplo, en la línea de los trabajos de Feijten (Feijten y Ham, 2007; Feijten *et al.*, 2008) la centralización se muestra como un movimiento muy vinculado a personas con estudios superiores, divorciadas y separadas y a personas con experiencia residencial previa en las ciudades.

condicionada por el contexto más amplio, el mercado de vivienda metropolitano, el cual marca las constricciones y oportunidades más generales que pueden permitir, impedir o aplazar la decisión final.

La implementación de este marco interpretativo para el caso de la centralización es la tarea que abordamos en los capítulos ocho, nueve y diez del apartado de resultados. Una tarea tremendamente complicada debida la complejidad del esquema teórico y de la elección residencial misma. Por ello, decidimos avanzar en la aplicación de este esquema dando pequeños pasos sucesivos de menor a mayor complejidad, que nos permitieran, por partes, obtener una visión general de la elección por la centralización.

Tras un primer vistazo a las principales características del fenómeno a través de un análisis descriptivo masivo y general (capítulo siete). El primer paso consistió en conocer los determinantes individuales de la elección residencial por las cabeceras para el conjunto del universo metropolitano español (capítulo ocho). Una aplicación del esquema interpretativo de la elección residencial en su versión más simple, que consideraba exclusivamente como las características individuales contribuían a la explicación de la centralización.

El modelo de elección global construido dibujaba un movimiento característico, pero ciertamente diverso, relacionado con cambios posteriores y anteriores a la formación de familia, la posesión de estudios superiores, unos estilos de vida basados en la proximidad residencia-trabajo y la externalización de tareas, y al acceso a viviendas en alquiler y en propiedad totalmente pagada. Esta primera aproximación global se mostraba ciertamente discordante con las obtenidas en investigaciones previas en dos aspectos fundamentales. De un lado, si bien las investigaciones anteriores, más centradas en grandes realidades urbanas, habían mostrado una relación clara entre la centralización y la movilidad de las clases medias cualificadas, esta no se constataba cuando ampliábamos el foco de estudio a la totalidad del universo metropolitano español. De otro lado, el simple hecho de que alquiler y propiedad pagada aparecieran como significativas en el modelo es ya de por sí contradictorio. Pero era especialmente la aparición de esta última categoría lo que rompía con los esquemas que teníamos hasta entonces de la centralización.

Dadas estas discrepancias, reconocimos la existencia de más de una centralización o, mejor dicho, de más de una explicación para la centralización según la diversidad de contextos vitales y territoriales en los que el fenómeno tiene lugar. Respecto a los contextos territoriales, el grado de desarrollo metropolitano de las áreas, podía estar jugando un papel relevante. Si bien la clase social no era relevante al considerar todas las áreas españolas, sí parecía serlo en los estudios previos focalizados en las grandes metrópolis. Mientras, respecto a los contextos vitales, parecían perfilarse dos centralizaciones. Una centralización de personas que se mudan por primera vez a la ciudad central, jóvenes, en etapas previas a la formación de familia y que acceden al alquiler; frente a otros, más mayores, que ante determinados acontecimientos de los cursos vitales posteriores a la formación de familia, retornan a la ciudad de origen y, posiblemente, a una vivienda que se poseía en ella.

Esta diversidad de explicaciones potenciales fue la idea que nos hizo proseguir en la aplicación del esquema interpretativo teórico de la elección residencial. Se hacía necesario contrastar la importancia y modulaciones que introducían en la explicación la consideración de las dos dimensiones de la elección residencial que habían sido obviadas hasta el momento: la experiencia residencial previa de los sujetos y los contextos territoriales.

Para ello, en un segundo paso, y ante las sospechas de que estábamos ante dos formas de centralización muy diferentes, decidimos introducir en el modelo la experiencia residencial como factor explicativo (capítulo nueve). Esto nos permitió contrastar su relevancia, mostrando unos movimientos de centralización que, en la línea de lo afirmado por la literatura internacional (Feijten *et al.*, 2008), se vinculaban principalmente al retorno de antiguos residentes, pero también a personas nacidas en entornos similares (otras cabeceras) y a extranjeros. Pero los resultados más interesantes los obtuvimos al modelizar por separado los movimientos de ida (concentración) y vuelta (recentralización), corroborándose las sospechas que teníamos sobre la existencia de más de un tipo de centralización, ambos con determinantes y, por tanto, motivaciones ciertamente diferenciadas. De un lado, unos movimientos de recentralización vinculados a adultos maduros que, ante determinados cambios en los cursos vitales esperados (emancipación de los hijos y entrada en la etapa de nido vacío) o acontecidos (divorcio), optan por retornar a sus ciudades de origen, posiblemente motivados por la proximidad

de los lugares de residencia y trabajo y, en ocasiones, por la posesión de una vivienda en propiedad que se mantuvo durante la etapa suburbana. De otro lado, tenemos los movimientos de concentración, más propios de personas jóvenes, que se emancipan o acuden a la ciudad tras una ruptura y que suplen su carencia de capital localizado y su desconocimiento del entorno con su más aventajada posición social.

Por último, en un tercer paso, abordamos la tarea de contrastar la dimensión contextual en la elección por la centralización, en aras de constatar si, como ocurría con la movilidad residencial en general (Duque-Calvache *et al.*, 2017a), las variables agregadas referidas a los contextos territoriales también podían modular la elección por las cabeceras (capítulo diez). Para ello introdujimos en el modelo global dos variables territoriales, el grado de integración del municipio de residencia anterior y el tipo de área metropolitana clasificadas según grados de desarrollo metropolitano. Ambas se mostraron significativas, demostrando que estos factores contextuales pueden modular la elección por la centralización. De este modo, constatamos como la elección por la centralización es más probable en municipios más integrados en el mercado de vivienda metropolitano y en áreas donde los procesos metropolitanos se encuentran menos avanzados. La explicación de lo primero responde posiblemente a la mayor proximidad con la cabecera de los municipios más integrados. Mientras, lo segundo se relaciona con las menores constricciones presentes en las áreas menos desarrolladas, donde la reciente urbanización de sus cabeceras lleva, posiblemente, a una mayor disponibilidad de suelo y vivienda a precios asequibles para la mayoría de la población. La modelización por separado de la centralización en las áreas nacientes y en las principales áreas del país parecían corroborar esta última hipótesis. Si bien en las áreas nacientes la centralización se mostraba como un movimiento mixto socialmente hablando, en las principales áreas pasaba a configurarse como un movimiento propio de clases medias cualificadas, pudiendo estar detrás de ciertos procesos de aburguesamiento y gentrificación de las ciudades centrales, con las consecuencias que esto puede tener para la reconfiguración social y demográfica de las ciudades metropolitanas en su conjunto.

12.1.2. La centralización en la reconfiguración social de las ciudades

Por tanto, ante las evidencias que apuntaban a la centralización como un movimiento con efectos relevantes sobre la transformación social de las principales

ciudades, en un último capítulo de resultados tratamos de aproximarnos al conocimiento de dichos efectos. Para ello, analizamos la centralización al respecto de sus movimientos complementarios, la suburbanización, en tanto que la comparación entre ambos movimientos podría dar cuenta de los procesos más generales de reconfiguración socioespacial que pueden estar teniendo lugar en las ciudades. La modelización de la centralización mostraba un movimiento que, como ya sabíamos, se explicaba principalmente por cambios asociados a momentos transicionales de los cursos vitales, formas de convivencia distintas de la familia nuclear, estilos de vida basados en la proximidad y la externalización de tareas, y a la movilidad de clases medias cualificadas. Además, la introducción de variables relativas a la vivienda, mostraron la mayor preferencia de sus protagonistas a acceder a dos segmentos muy diferentes del parque de viviendas. De un lado las viviendas más antiguas (construidas antes de 1940), concentradas en su mayoría en cascos históricos, y de otro, a las viviendas de nueva construcción (posteriores a 2001). El carácter social de la centralización junto a la consideración de las preferencias residenciales de sus protagonistas, dibujaron un movimiento que, al menos para el caso de las grandes metrópolis, parece contribuir de manera bastante clara a procesos socioespaciales de gentrificación y renovación urbana. Frente a esta, la suburbanización parecía perfilarse como un movimiento complementario, y en ocasiones contrario, mostrándose mucho más relacionado con cambios de familias completas en etapa de crianza, estilos de vida basados en el distanciamiento y la asunción de cargas domésticas y a sectores sociales populares. Familias completas y clases trabajadoras que acuden a las coronas motivadas principalmente por el acceso a la propiedad de viviendas nuevas y con dimensiones aceptables para las necesidades propias de las etapas de expansión del hogar.

Centralización y suburbanización se postulan así como dos movibilidades complementarias en términos de cursos vitales, e incluso contrarias en términos sociales, que dan lugar a procesos socioespaciales complejos pero que, en líneas generales, parecen configurar unas áreas metropolitanas donde las cabeceras se especializan cada vez más en formas de convivencia no tradicionales y espacios de élite, frente a unas coronas que, cada vez más, se articulan como espacios de reproducción biológica y social de familias de clase trabajadora. Una centralización del talento, la riqueza y las nuevas formas de convivencia, frente a una suburbanización de la pobreza y las familias, que parecen estar

configurando unos espacios metropolitanos en los que la segregación social asume una nueva escala, ahora, metropolitana.

12.2. Más allá de la centralización. Implicaciones para el estudio de otras formas de movilidad y líneas de investigación futura

Aunque en la presente tesis solo tratamos en detalle una de las tres principales piezas que están detrás de la (re)configuración de las ciudades del presente, la construcción teórica y análisis realizado tienen importantes implicaciones para el estudio de la explicación, comprensión y consecuencias del conjunto de las elecciones residenciales de los actores sociales. Entre las principales aportaciones que realiza a este respecto creemos que merece la pena destacar las siguientes: (1) La elaboración e implementación de un marco teórico interpretativo de la elección residencial de gran utilidad para el análisis de otras movilidades, (2) la necesidad de analizar las elecciones de movilidad en el contexto de las trayectorias vitales y residenciales más amplias en las que adquieren sentido, (3) la importancia de los factores espaciales y contextuales en la elección residencial y (4) las implicaciones de las distintas formas de movilidad sobre la reconfiguración de los espacios residenciales.

Respecto a la primera, creemos que el ejercicio de revisión y construcción teórica realizado en el capítulo tres, así como su implementación en pasos sucesivos llevada a cabo en los capítulos ocho, nueve y diez, constituyen una herramienta conceptual y analítica muy útil de aplicabilidad al estudio de otras formas de movilidad residencial.

La consideración de la elección como una decisión compleja, en la que intervienen factores individuales que van más allá de los cambios en los cursos vitales, así como su contextualización en el marco vital y territorial más amplio son dos de los puntos fuertes de este esquema teórico. Nuestro análisis ha demostrado que, más allá de los cursos vitales y la posición social, otras variables como los estilos de vida son muy relevantes a la hora de explicar y modelizar la elección residencial. Este hecho pone de manifiesto la necesidad de profundizar en esta cuestión, y de aquí en adelante, tratar de desentrañar como las distintas dimensiones asociadas a los estilos de vida: la relación con el espacio y la vivienda (Pablos y Susino, 2010), las pautas de consumo, la ideología (Ley, 1994), e incluso la sexualidad (Lees *et al.*, 2013), pueden incidir en la elección de determinados

entornos. Por otra parte, la consideración de la complejidad de la elección residencial como un fenómeno modulado por las trayectorias vitales previas de sus protagonistas y los contextos en los que tiene lugar no sólo validan el esquema teórico desarrollado y su operatividad, sino que apuntan hacia la necesidad de no analizar los movimientos o elecciones como si se tratase de una realidad única, sino que se hace necesario profundizar en la diversidad de explicaciones y motivaciones que pueden encontrarse detrás de los mismos. Pese a su utilidad y aplicabilidad, es evidente que el esquema interpretativo construido no profundiza en algunas cuestiones clave que operan en la “caja negra” de la elección residencial (Mulder y Hooimeijer, 1999), tales como el proceso de configuración de necesidades, deseos, preferencias y expectativas, así como la relación de estos con la elección efectiva. Cuestiones estas tratadas al respecto de la movilidad en general en aún muy pocos trabajos (Coulter, Ham y Feijten, 2011) y que la investigación futura tendrá que incorporar a este esquema interpretativo, así como buscar las formas de operacionalizarlo.

La otra aportación que creemos que hace nuestra tesis sobre este primer punto consiste en el procedimiento de operacionalización e implementación del esquema teórico de la elección residencial a los datos disponibles. Un procedimiento útil para la construcción de explicaciones estadísticas individuales de las distintas elecciones residenciales en contextos como el español, en el que ante la ausencia de datos longitudinales es necesario trabajar a partir de estadísticas transversales como es nuestro censo. Creemos que nuestro procedimiento logra salvar bien las desventajas de los datos transversales y explotar al máximo sus potencialidades, algo que se refleja en la coincidencia de muchos de los resultados obtenidos en esta investigación con los hallados en otras investigaciones internacionales que utilizan datos de tipo longitudinal. Tres son los pasos del proceso de análisis de la elección que proponemos. En un primer paso, se analiza la incidencia de las variables individuales en la elección residencial, obteniendo una primera aproximación global que permite conocer las pautas generales de la elección, así como vislumbrar las contradicciones que puedan encontrarse en la misma. En un segundo paso se van introduciendo variables indicativas de los contextos vitales (experiencia residencial) y territoriales (características de los municipios y áreas), a fin de contrastar su importancia y efecto en el marco de las elecciones de los actores. En un tercer y último paso, se procede a la disección del movimiento según esos contextos que se han mostrado relevantes para su explicación global, modelizando por separado la

elección según la experiencia residencial previa de los actores y según los territorios donde la decisión transcurre, obteniendo así finalmente una visión compleja a partir de la diversidad de explicaciones y significados que la elección puede asumir. Un procedimiento relativamente simple pero que nos podría servir de guía para obtener una fotografía de conjunto muy útil para entender las otras piezas del puzle que reconfiguran las ciudades metropolitanas: la suburbanización y la movilidad en la corona. La aplicación de este procedimiento analítico al estudio de otras movilidades es una cuestión que queda abierta para la investigación futura.

Respecto a la segunda cuestión, la constatación de la importancia de la experiencia residencial en la elección por la centralización y la suburbanización, así como las modulaciones constatadas que esta introduce al respecto de la primera, ponen sobre la mesa la necesidad de analizar la elección residencial en un contexto biográfico más amplio, dónde las herramientas conceptuales desarrolladas por la teoría sociológica tienen mucho que aportar. Explicar y comprender el comportamiento residencial supone ir más allá de las motivaciones y acontecimientos vitales inmediatos de los actores a los que tradicionalmente se han recurrido. Requiere considerar las trayectorias vitales y residenciales de largo recorrido⁶⁶ en tanto que estas suponen variaciones relevantes del comportamiento residencial en general y de la elección de entorno en particular. Conceptos propios de la sociología de la acción como el de *habitus*, imaginarios, capitales o disposiciones, son por tanto muy necesarios para tratar de explicar y comprender las decisiones de movilidad de los actores. Entender lo urbano como un campo social dónde los actores toman decisiones (y compiten por tomar posiciones) empleando sus recursos (o capitales) disponibles y guiados por sus imaginarios, puede ser un buen punto de partida para guiar la investigación futura. Las implicaciones de considerar estas herramientas conceptuales de la sociología de la acción para analizar el comportamiento residencial suponen la necesidad de desarrollar nuevas estrategias metodológicas. Desde la investigación cualitativa, supone la necesidad de profundizar en el concepto de *habitus* residencial, tratando de analizar su construcción social y sus implicaciones, así como analizar el comportamiento de los actores en un sentido histórico, a través de las posibilidades que la técnica de las historias de vida ofrece. Desde una óptica cuantitativa, nos impone la necesidad de tener en consideración la construcción de modelos que, de un

⁶⁶ En las que se configuran las percepciones e imaginarios de los actores, se construyen las redes sociales y se acumulan recursos.

modo u otro, introduzcan variables que permitan operacionalizar la experiencia residencial, así como la necesidad de modelizar, más allá de elecciones o comportamientos generales, trayectorias concretas.

Respecto a la tercera cuestión, nuestra tesis prueba que la elección residencial se encuentra afectada por los factores espaciales y contextuales relativos al mercado de vivienda metropolitano. Estos efectos espaciales no sólo son relevantes de cara a explicar la elección residencial sino que también la modulan, haciendo que sus determinantes individuales varíen según el contexto territorial donde la elección tenga lugar. Si bien en esta tesis solo hemos considerado dos variables espaciales: el tipo de área metropolitana y el grado de integración en el mercado de vivienda del municipio anterior; se haría necesario introducir nuevas variables referentes a la dinámica del mercado de vivienda metropolitano. A este respecto, en un trabajo anterior (Duque-Calvache *et al.*, 2017a) demostramos como estas variables son relevantes al analizar la proporción total de movilidad de las distintas áreas españolas, pero mostrando divergencias relevantes en la explicación de la movilidad de proximidad (o intramunicipal) y la propiamente metropolitana (o intermunicipal). Si la primera se explicaba principalmente por elementos referentes al dinamismo poblacional de las áreas y al parque de viviendas, la segunda, que es la que más nos interesa en esta tesis, parece mucho más difícil de modelizar, respondiendo también a diferencias socioeconómicas entre cabeceras y coronas. No obstante, el citado trabajo no realizaba un análisis individual, sino uno agregado en el que la unidad de análisis eran las áreas en sí. Dadas las evidencias recabadas en esta tesis, y las aportadas por el citado trabajo, creemos que uno de los campos que deja abierto nuestra investigación consiste en analizar de una manera más sistemática el efecto de los factores contextuales y socioespaciales en la elección residencial, algo que la investigación futura podría afrontar construyendo bases de datos agregadas, integrándolas con bases de datos individualizadas con referencias espaciales (como puede ser el propio censo) y analizar sus efectos en las decisiones individuales aprovechando las posibilidades que ofrecen otras técnicas como el análisis multinivel.

De otro lado, la consideración de los factores espaciales, no ya como factores explicativos de la elección, sino como criterio de muestreo para modelizar elecciones dentro de distintos espacios, se muestra como otra de las aportaciones que hace nuestra tesis al respecto de este tercer punto. En este sentido, demostramos como la explicación

de una misma elección residencial puede variar según el tipo de área metropolitana en el que se desenvuelva, debido posiblemente a las diferentes constricciones y oportunidades inherentes a los distintos espacios. Así, en las principales áreas las distintas elecciones pueden estar más o menos especializadas en distintos grupos sociales (como veíamos en el capítulo once), debido a los condicionantes estructurales propios de unas áreas con un mercado de vivienda más presionado, con precios elevados, una especialización económica en el sector de servicios avanzados y la presencia de procesos muy activos de gentrificación en las cabeceras. Mientras, en las áreas nacientes, las mayores oportunidades propias de un mercado de vivienda en expansión pueden hacer que las distintas elecciones sean más asequibles para todos los grupos sociales. La consideración de otros tipos de unidades espaciales de menor escala (como puede ser el municipio, el distrito o el barrio) como criterios de muestreo para acotar las elecciones residenciales, son opciones de análisis que esta tesis deja abierta para la investigación posterior.

La última aportación que creemos que hace esta tesis, tiene que ver con la capacidad que tiene el análisis de las distintas elecciones residenciales para conocer los procesos de reconfiguración socioespacial que operan en los distintos espacios. Si bien en nuestro trabajo abordamos la tarea de conocer los procesos que generan las elecciones residenciales en el seno de las cabeceras de las principales áreas metropolitanas, el análisis realizado tiene aplicabilidad para otros contextos territoriales diferentes y de menor escala (como pueden ser los propios barrios). La lógica del procedimiento propuesto consiste en conocer los factores de atracción y repulsión que operan en los distintos espacios. Fuerzas centrífugas y centrípetas que, por utilizar la metáfora de Donzelot (2004), constituyen las dos principales velocidades por las cuales los espacios se reconfiguran. De un lado la elección (o velocidad) que vacía ese espacio, y de otro la que lo llena, aportando la explicación conjunta de las mismas una buena aproximación a los distintos procesos socioespaciales que pueden estar operando en su interior. Sin embargo, tal y como destacaba el propio Donzelot (2004), y como Palomares-Linares (2017) desarrolla en su investigación, es necesario considerar otras elecciones (o no elecciones), otras velocidades que ayudan a afinar más en el papel de las acciones de los actores en la reconfiguración del espacio. La relegación o sedentarismo espacial y la movilidad de proximidad dentro del mismo espacio son así también dos dimensiones relevantes que en este trabajo hemos dejado de lado, pero que sin duda son muy útiles de cara a afinar cómo y en qué medida las acciones de los actores están transformando un

espacio. Aplicar este tipo de procedimiento a otros espacios para aproximarse a sus dinámicas socioespaciales es otra de las líneas que debe explorar la investigación futura.

Bibliografía

- Abbot, C. (1993). Five strategies for downtown, policy discourse and planning since 1943. *Journal of Policy History*, 5, 5–27.
- Abbott, C. (2000). Towards an Urban Renaissance. *Journal of the American Planning Association*, 66(4), 357–358. <https://doi.org/10.1080/01944360008976116>
- Abler, R., Adams, J. S., y Gould, P. (1971). *Spatial organization. The Geographer's view of the World*. New Jersey: Prentice Hall International y Englewoods Cliffs.
- Adams, J. S. (1969). Directional bias in intra-urban migration. *Economic Geography*, 45(4), 302–323. <https://doi.org/10.2307/142667>
- Ærø, T. (2002). *Residential preferences, choice of housing and lifestyle* (Tesis doctoral inedita). Aalborg University, Aalborg, Dinamarca.
- Ærø, T. (2006). Residential Choice from a Lifestyle Perspective Residential Choice from a Lifestyle Perspective. *Housing, Theory and Society*, 23(2), 109–130. <https://doi.org/10.1080/14036090600773139>
- Agresti, A. (2013). *Categorical Data Analysis*. New York: Wiley.

Bibliografía

- Alberich, J. (2010). La metropolitanització del territori català : una anàlisi a partir dels espais de vida de la població. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 69, 39–65.
- Alderete, A. M. (2006). Fundamentos del Análisis de Regresión Logística en la Investigación Psicológica. *Evaluar*, 6, 52–67. <http://dx.doi.org/10.35670/1667-4545.v6.n1.534>
- Alonso, L. E. (2000). *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*. Madrid: Editorial fundamentos.
- Alonso, L. E. (2005). *La era del consumo*. Madrid: Siglo XXI.
- Alonso, W. (1964). *Location and land use*. Cambridge. Cambridge: Harvard University Press.
- Andersen, H. T., Møller-Jensen, L., y Engelstoft, S. (2011). The end of urbanization? Towards a new urban concept or rethinking urbanization. *European Planning Studies*, 19(4), 595–611. <https://doi.org/10.1080/09654313.2011.548472>
- Andújar, A., Fera, J. M., Iglesias, R., y Granados, M. Á. (2015). *Áreas metropolitanas andaluzas. Características y condiciones del parque de viviendas*. Sevilla: Consejería de Fomento de la Junta de Andalucía.
- Antrop, M. (2004). Landscape change and the urbanization process in Europe. *Landscape and Urban Planning*, 67(1–4), 9–26. [https://doi.org/10.1016/S0169-2046\(03\)00026-4](https://doi.org/10.1016/S0169-2046(03)00026-4)
- Aragonés, J., y Amerigo, M. (1987). Movilidad residencial en la ciudad: factores determinantes y consecuencias. *Estudios Sobre Consumo*, 11(7), 122–135.
- Arango, J. (2003). La Explicación teórica de las migraciones: Luz y sombra. *Migración y Desarrollo*, (1), 1–27.
- Arévalo, R., Ferrero, L., Otero, M., y Álvarez, J. (2008). *Movilidad residencial en España: Un análisis longitudinal*. (Universidad de Vigo. Documentos de Trabajo do Departamento de Economía Aplicada No. 3.)
- Arizaga, M. (2004). Espacialización, estilos de vida y clases medias: procesos de suburbanización en la Región Metropolitana de Buenos Aires. *Perfiles Latinoamericanos*, 25, 43–58.
- Atkinson, R., y Bridge, G. (2005). *Gentrification in a global context. The new urban colonialism*. London: Routledge.
- Badcock, B. (1989). An Australian View of the Rent Gap Hypothesis an Australian View of the Rent Gap Hypothesis. *Annals of the Association of American Geographers*, 79(1), 125–145. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8306.1989.tb00254.x>

- Bailey, A. J., Blake, M. K., y Cooke, T. J. (2004). Migration, care and the linked lives of dual-earner households. *Environment and Planning A*, 36, 1617–1632. <https://doi.org/10.1068/a36198>
- Barke, M. (2008). Second homes in the Spanish housing market: One market or two?. *Journal of Housing and the Built Environment*, 23(4), 277–295. <https://doi.org/10.1007/s10901-008-9121-1>
- Baum-Snow, N. (2006). Suburbanization and Transportation in the Monocentric Model. *Journal of Urban Economics*, 69(3), 405–423. <https://doi.org/10.1016/j.jue.2006.11.006>
- Baum-Snow, N. (2007). Did Highways Cause Suburbanization?. *The Quarterly Journal of Economics*, 122(2), 775–805. <https://doi.org/10.1162/qjec.122.2.775>
- Bayoh, I., Irwin, E. G., y Haab, T. (2006). Determinants of residential location choice: How important are local public goods in attracting homeowners to central city locations? *Journal of Regional Science*, 46(1), 97–120. <https://doi.org/10.1111/j.0022-4146.2006.00434.x>
- Bayona, J., y -Gay, A. (2011). Concentración, segregación y movilidad residencial de los extranjeros en Barcelona. *Documents D'Anàlisi Geogràfica*, 57(3), 381–412.
- Beauregard, R. A. (1987). The chaos and complexity of gentrification. En N. Smith y P. Williams (Eds.), *Gentrification of the city* (pp. 35–55). London: Routledge.
- Benach, N. (2000). Nuevos espacios de consumo y construcción de la ciudad en Barcelona. *Estudios Geográficos*, 61(238), 189–205. <http://doi.org/10.3989/egeogr.2000.i238.526>
- Becker, G. (1976). *The economic approach to human behavior*. Chicago: University of Chicago Press.
- Berg, L. van den, Burns, L., y Klaasen, L. (1987). *Spatial Cycles*. Aldershot: Gower.
- Berg, L. Van Den, Drewett, R., Klaasen, L., Rossi, A., y Vijverberg, C. (1982). *Urban Europe: a study of growth and decline*. Oxford: Pergamon Press.
- Bericat, E. (1994). *Sociología de la movilidad espacial: el sedentarismo nómada*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Berry, B. (1980). Urbanization and Counterurbanization in the United States. *The Annals of The American Academy*, 451, 13–20. <https://doi.org/10.1177%2F000271628045100103>
- Bettin, G. (1982). *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Birch, E. L. (2005). *Who Lives Downtown?*. Washington D.C.: Brookings Institution.

Bibliografía

- Blaauboer, M. (2010). The Impact of Childhood Experiences and Family Members Outside the Household on Residential Environment Choices. *Urban Studies*, 48(8), 1635–1650. <https://doi.org/10.1177/0042098010377473>
- Boterman, W. R., Karsten, L. y Musterd, S. (2010). Gentrifiers Settling Down? Patterns and Trends of Residential Location of Middle-Class Families in Amsterdam. *Housing Studies*, 25(5), 693-714. <https://doi.org/10.1080/02673037.2010.483586>
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (2012). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P., y Wacquant, L. (1993). *Una invitación a la Sociología reflexiva*. Madrid: Siglo XXI.
- Bourne, L. S. (1996). Reinventing the Suburbs: Old Myths and New Realities. *Progress in Planning*, 46, 163–184. [https://doi.org/10.1016/0305-9006\(96\)88868-4](https://doi.org/10.1016/0305-9006(96)88868-4)
- Bretagnolle, A., Giraud, T., y Mathian, H. (2008). La mesure de l'urbanisation aux Etats-Unis, des premiers comptoirs coloniaux aux Metropolitan Areas (1790-2000). *Cybergeog: European Journal of Geography*. <https://doi.org/10.4000/cybergeog.19683>
- Bretagnolle, A., Paulus, F., y Pumain, D. (2002). Time and space scales for measuring urban growth. *Cybergeog: European Journal of Geography*. <https://doi.org/10.4000/cybergeog.3790>
- Bridge, G. (2001). Bourdieu, rational action and the time-space strategy of gentrification. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 26, 205–216. <https://doi.org/10.1111/1475-5661.00015>
- Bromley, R. D. F., Tallon, A. R., y Roberts, A. J. (2007). New populations in the British city centre: Evidence of social change from the census and household surveys. *Geoforum*, 38(1), 138–154. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2006.07.008>
- Brown, L. A., y Moore, E. G. (1970). The intra-urban migration process: a perspective. *Geografiska Annaler: Series B*, 52(1), 1–13. <https://doi.org/10.1080/04353684.1970.11879340>
- Brueckner, J. K., Thisse, J. F., y Zenou, Y. (1999). Why is central Paris rich and downtown Detroit poor? An amenity-based theory. *European economic review*, 43(1), 91-107. [https://doi.org/10.1016/S0014-2921\(98\)00019-1](https://doi.org/10.1016/S0014-2921(98)00019-1)

- Burham, K., y Anderson, D. (2004). Multimodel Inference. Understanding AIC and BIC in Model Selection. *Sociological Methods and Research*, 33(2), 261–304. <https://doi.org/10.1177/0049124104268644>
- Dematteis, G. (1998). Suburbanización y periurbanización: Ciudades anglosajonas y ciudades latinas. En F. J. Monclús (Ed.). *La ciudad dispersa* (pp. 17-33). Barcelona: Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- Buzar, S., Ogden, P., Hall, R., Haase, A., Kabisch, S., y Steinführer, A. (2007a). Splintering Urban Populations: Emergent Landscapes of Reurbanisation in Four European Cities. *Urban Studies*, 44(4), 651–677. <https://doi.org/10.1080/00420980601185544>
- Buzar, S., Hall, R., y Ogden, P. E. (2007b). Beyond gentrification: The demographic reurbanisation of Bologna. *Environment and Planning A*, 39(1), 64–85. <https://doi.org/10.1068/a39109>
- Buzar, S., Ogden, P. E., y Hall, R. (2005). Households matter: the quiet demography of urban transformation. *Progress in Human Geography*, 29(4), 413–436. <https://doi.org/10.1191/0309132505ph558oa>
- Cabrera-Medina, J. (2006). *La re-construcción material y simbólica del espacio urbano. El Albayzín de Granada, patrimonio de la humanidad*. Granada: Universidad de Granada.
- Carrión, F. (2001). *El retorno a la ciudad construida*. Quito: FLACSO-Ecuador y Junta de Andalucía.
- Casado, J. M., Martínez, L., y Rowe, F. (2017). An evolutionary approach to the delimitation of labour market areas: an empirical application for Chile. An evolutionary approach to the delimitation of labour market areas: an empirical application for Chile. *Spatial Economic Analysis*, 12(4), 379–403. <https://doi.org/10.1080/17421772.2017.1273541>
- Casado, J., Martínez, L., y Flórez, F. (2010). Los mercados locales de trabajo españoles. Una aplicación del nuevo procedimiento británico. En J. M. Feria y J. M. Albertos, *La ciudad metropolitana en España: procesos urbanos en los inicios del siglo XXI* (pp. 275–313). Madrid: Thompson-Civitas.
- Cassarino, J. P. (2004). Theorising Return Migration: The Conceptual Approach to Return Migrants Revisited. *International Journal on Multicultural Societies*, 6(2), 253-279.
- Castañer, M. (1994). La ciudad real en Catalunya. Las áreas de cohesión. *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, 2(99), 101–114.

Bibliografía

- Castañer, M., Vicente, J., y Boix, G. (2001). *Áreas urbanas y movilidad laboral en España*. Girona: Servicio de publicaciones de la Universidad de Girona.
- Castells, M. (1976). *La cuestión urbana*. Madrid: Siglo XXI.
- Catalán, M. J., García, B., Alemán, C., Andréu, P., Esquivá, A., García, M. D., y Soler, C. (2008). Custodia compartida: solicitudes de esta modalidad de custodia en procedimientos amistosos y contenciosos, desde la entrada en vigor de la nueva ley del divorcio (15/2005). En F.J. Rodríguez, C. Bringas, F. Fariña, R. Arce y A. Bernardo (Eds.). *Psicología jurídica: Familia y victimología* (pp.123-129). Oviedo: Universidad de Oviedo.
- Caufield, J. (1989). Gentrification and desire. *Canadian Review of Sociology*, 26(4), 617–632. <https://doi.org/10.1111/j.1755-618X.1989.tb00437.x>
- Caufield, J. (1994). *City form and everyday life: Toronto's gentrification and critical social practice*. Toronto: Toronto University Press.
- Cervero, R., y Landis, J. (1991). Suburbanization of Jobs and the Journey to Work: A Submarket Analysis of Commuting in the San Francisco Bay Area. *Journal of Advanced Transportation*, 26(3), 275–297. <https://doi.org/10.1002/atr.5670260305>
- Cervero, R., y Wu, K.-L. (1997). Polycentrism, Commuting, and Residential Location in the San Francisco Bay Area. *Environment and Planning A*, 29(5), 865–886. <https://doi.org/10.1068%2Fa290865>
- Champion, A. G. (2001). Urbanization, Suburbanization, Counterurbanization and Reurbanization. En R. Paddison (Ed.), *Handbook of Urban Studies* (pp. 143–161). London: SAGE.
- Champion, A. G. (2007). Defining “Urban”: the disappearing rural-urban divide. En H. S. Geyer (Ed.), *International handbook of urban policy. Volume 1. Contentious global issues* (p. 22-37). Notrhampton: Edward Elgar Publishing.
- Champion, A. G., y Hugo, G. (2004). *New Forms of Urbanization: Beyond the Urban-rural Dichotomy*. London. Routledge.
- Chasco-Lafuente, P. (2000). Modelos de gravitación comercial: Una aplicación al anuario comercial de España. (Universidad Autónoma de Madrid. Instituto R. Klein. Junio 2000).
- Chen, J., Yang, S., Li, H., Zhang, B., y Lu, J. (2013). Research on geographical enviroment unit division based on the method of natural breaks (Jenks). *The International Archives of the*

- Photogrammetry, Remote Sensing and Spatial Information Sciences*, 40(4), 47–50.
<https://doi.org/10.5194/isprsarchives-XL-4-W3-47-2013>
- Cheshire, P. (1995). A New Phase of Urban Development in Western Europe? The Evidence for the 1980s. *Urban Studies*, 32(7), 1045–1063.
- Christaller, W. (1933). *Teoría de los lugares centrales*. Jena.
- Chong, I., y Chi-Hyuck, J. (2005). Performance of some variable selection methods when multicollinearity is present. *Chemometrics and Intelligent Laboratory System*, 78, 103–112. <https://doi.org/10.1016/j.chemolab.2004.12.011>
- Clark, E. (1988). The Rent Gap and Transformation of the Built Environment: Case Studies in Malmö 1860-1985. *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, 70(2), 241–254. <https://doi.org/10.1080/04353684.1988.11879569>
- Clark, E. (1995). The Rent Gap Re-examined. *Urban Studies*, 32(9), 1489–1503. <https://doi.org/10.1080%2F00420989550012366>
- Clark, W. A. V., y Huang, Y. (2004). Linking Migration and Mobility: Individual and Contextual Effects in Housing Markets in the. *Regional Studies*, 38(6), 617–628. <https://doi.org/10.1080/003434042000240932>
- Clark, W. A. V. (2013). Life course events and residential change: Unpacking age effects on the probability of moving. *Journal of Population Research*, 30(4), 319–334. <https://doi.org/10.1080/14616718.2013.796811>
- Clark, W. A. V. (2017). Residential mobility in context: Interpreting behavior in the housing market. *Papers, Revista de Sociología*, 102(4), 575–605. <https://doi.org/10.1002/job.311>.
- Clark, W. A. V., y Huff, J. O. (1977). Some empirical tests of duration-of-stay effects in intraurban migration. *Environment and Planning A*, 9(12), 1357–1374. <https://doi.org/10.1068%2Fa091357>
- Clark, W. A. V., y Withers, S. D. (2007). Family migration and mobility sequences in the United States: Spatial mobility in the context of the life course. *Demographic Research*, 17(20), 591–622. <https://dx.doi.org/10.4054/DemRes.2007.17.20>
- Clark, W. A. V., Deurloo, M. C., y Dieleman, F. M. (2003). Housing careers in the United States, 1968-93: Modelling the sequencing of housing states. *Urban Studies*, 40(1), 143–160. <https://doi.org/10.1080/00420980220080211>

Bibliografía

- Clark, W. A. V., Duque-Calvache, R., y Palomares-Linares, I. (2015). Place Attachment and the Decision to Stay in the Neighbourhood. *Population Space and Place*. <https://doi.org/10.1002/psp.2001> Place
- Colomb, C. (2007). Unpacking New Labour's "Urban Renaissance" agenda: Towards a socially sustainable reurbanization of British cities?. *Planning Practice and Research*, 22(1), 1–24. <https://doi.org/10.1080/02697450701455249>
- Conde, F. (1996). *La vivienda en Huelva*. Sevilla: Consejería de Obras Públicas y Transportes.
- Contreras, Y. (2011). La recuperación urbana y residencial del centro de Santiago: Nuevos habitantes, cambios socioespaciales significativos. *Eure*, 37(112), 89-113. <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612011000300005>
- Contreras, Y. (2012). *Cambios socio-espaciales en el centro de Santiago de Chile: Formas de anclarse y prácticas urbanas de los nuevos habitantes* (Tesis doctoral). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, Chile.
- Cooke, T. J. (2010). Residential Mobility of the Poor and the Growth of Poverty in Inner-Ring Suburbs. *Urban Geography*, 31(2), 179–193. <https://doi.org/10.2747/0272-3638.31.2.179>
- Cooke, T. J., y Denton, C. (2015a). The suburbanization of poverty? An alternative perspective. *Urban Geography*, 36(2), 300–313. <https://doi.org/10.1080/02723638.2014.973224>
- Coombes, M. (2002). *Travel to Work Areas and the 2001 Census*. (Report to the Office for National Statistics). London: Office for National Statistics.
- Coombes, M., y Bond, S. (2007). *Travel-to-Work Areas: the 2007 review* (Report to the Office for National Statistics). London: Office for National Statistics.
- Coombes, M., Green, A., y Openshaw, S. (1986). An Efficient Algorithm to Generate Official Statistical Reporting Areas: The Case of the 1984 Travel-to-Work Areas Revision in Britain. *The Journal of the Operational Research Society*, 37(10), 943–953. <https://doi.org/10.2307/2582282>
- Coppock, J. T. (1977). *Second homes: Curse or blessing?*. Oxford: Pergamon Press.
- Coq-Huelva, D. (2012). Crecimiento suburbano difuso y sin fin en el área metropolitana de Sevilla entre 1980 y 2010. Algunos elementos explicativos. *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 16(397).

- Cosacov, N., Virgilio, M. M. Di, y Najman, M. (2018). Movilidad residencial de sectores medios y populares: la ciudad de Buenos Aires como punto de llegada. *Cadernos Metr pole*, 20(41), 99–121. <https://doi.org/10.1590/2236-9996.2018-4105>
- Couch, C., Fowles, S. y Karecha, J. (2009). Reurbanization and Housing Markets in the Central and Inner Areas of Liverpool. *Planning Practice y Research*, 24(3), 321-341. <https://doi.org/10.1080/02697450903020767>
- Coulter, R., y Ham, M. van. (2013). Following People Through Time: An Analysis of Individual Residential Mobility Biographies. *Housing Studies*, 28(7), 1037-1055. <https://doi.org/10.1080/02673037.2013.783903>
- Coulter, R., van Ham, M. y Feijten, P. (2011). A longitudinal analysis of moving desires, expectation and actual moving behaviour. *Environment and Behaviour A*, 43, 2742-2760.
- Coulter, R., Ham, M. van, y Findlay, A. M. (2016). Re-thinking residential mobility. *Progress in Human Geography*, 40(3), 352–374. <https://doi.org/10.1177/0309132515575417>
- Covington, K. L. (2015). Poverty Suburbanization: Theoretical Insights and Empirical Analyses. *Social Inclusion*, 3(2), 2183–2803. <https://doi.org/10.17645/si.v3i2.120>
- Criekingen, M. Van. (2010). ‘Gentrifying the Re-urbanisation Debate’, Not Vice Versa: The Uneven Socio-spatial Implications of Changing Transitions to Adulthood in Brussels. *Population, Space and Place*, 16, 381–394. <https://doi.org/10.1002/psp>
- Da Vanzo, J. (1981). Repeat migration, information costs, and location-specific capital. *Population and Environment*, 4(1), 45-73. <https://doi.org/10.1007/BF01362575>
- Dam, F. van, Heins, S., y Elbersen, B. S. (2002). Lay discourses of the rural and stated and revealed preferences for rural living. Some evidence of the existence of a rural idyll in the Netherlands. *Journal of Rural Studies*, 18(4), 461–476. [https://doi.org/10.1016/S0743-0167\(02\)00035-9](https://doi.org/10.1016/S0743-0167(02)00035-9)
- Darling, E. (2005). The City in the Country: Wilderness Gentrification and the Rent Gap. *Environment and Planning A*, 37(6), 1015–1032. <https://doi.org/10.1068/a37158>
- Davidson, M., y Lees, L. (2005). New-build gentrification and London’s riverside renaissance. *Environment and Planning A*, 37, 1165–1190. <https://doi.org/10.1068/a3739>
- Davidson, M., y Lees, L. (2010). New-Build Gentrification: Its Histories, Trajectories, and Critical Geographies. *Population, Space and Place*, (16), 395–411. <https://doi.org/10.1002/psp.584>

Bibliografía

- Dawkins, C. J. (2006). Are social networks the ties that bind families to neighborhoods? *Housing Studies*, 21(6), 867–881. <https://doi.org/10.1080/02673030600917776>
- Dejong, G. F., y Gardner, R. W. (1981). *Migration Decision-Making*. New York: Pergamon Press.
- Denham, C., y White, I. (1998). Differences in urban and rural Britain. *Population Trends*, (91), 23–34.
- Deurloo, M. C., Clark, W. A. V., y Dieleman, F. M. (1990). Choice of Residential Environment in the Randstad. *Urban Studies*, 27(3), 335-351. <https://doi.org/10.1080%2F00420989020080311>
- Di Virgilio, M. M. (2009a). Iguales pero diferentes: trayectorias residenciales, estrategias habitacionales y estratificación social entre familias residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Revista Pre-til*.
- Di Virgilio, M. M. (2009b). Trayectorias residenciales y estrategias habitacionales entre familias de sectores populares y medios residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Argentina. En J. Erazo (coord.), *Inter/secciones urbanas: origen y contexto en América Latina* (pp.233-257). Quito: FLACSO - Sede Ecuador y Ministerio de Cultura del Ecuador.
- Di Virgilio, M. M. (2011). La movilidad residencial: una preocupación sociológica. *Territorios*, 25, 173–190.
- Di Virgilio, M. M. (2014). Diferencias sociales en los procesos de movilidad residencial intraurbana en el Área Metropolitana de Buenos Aires (Argentina). *Quivera*, 16(1), 11–37.
- Díaz-Orueta, F., y Lourés-Seoane, M. (2012). Suburbanización y cambio social en la metrópoli madrileña. *Revista Ciencias Sociales*, 138(4), 111–124. <https://doi.org/10.15517/rcs.v0i138.12090>
- Díaz-Oureta, F., y Lourés-Seoane, M. (2003). La ciudad posfordista: economía cultural y recualificación urbana. *Revista de Economía Crítica*, (2), 105–121.
- Díaz-Parra, I. (2009). Procesos de gentrificación en Sevilla en la coyuntura reciente. Análisis comparado de tres sectores históricos: San Luis-Alameda, Triana y San Bernardo (2000-2006). *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 13(304).
- Dieleman, F. M. (2001). Modelling residential mobility; a review of recent trends in research. *Journal of Housing and Built Environment*, 16(1970), 249–265. <https://doi.org/10.1023/a:1012515709292>

- Donat, C. (2010). La incidencia de las dinámicas demográficas en las necesidades residenciales y en la oferta de vivienda en la Región Metropolitana de Barcelona. *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, 174, 1–18.
- Donzelot, J. (2004). La ville à trois vitesses: relégation, périurbanisation, gentrification. *Esprit*, 3/4(303), 14-39.
- Downs, A., & Costa, F. (2005). Smart Growth/Comment: An ambitious movement and its prospects for success. *American Planning Association. Journal of the American Planning Association*, 71(4), 367-380. <https://doi.org/10.1080/01944360508976708>
- Duhau, E. (2003). División social del espacio metropolitano y movilidad residencial. *Papeles de Población*, 9(36), 161–210.
- Duque-Calvache, R. (2010). La difusión del concepto gentrification en España: reflexión teórica y debate terminológico. *Biblio 3W*, 15(875).
- Duque-Calvache, R. (2014). *La sombra de la gentrificación*. (Contested Cities, No. WPCC-14008).
- Duque-Calvache, R. (2015). *Áreas metropolitanas andaluzas. La movilidad residencial y su relación con la vivienda*. Sevilla: Consejería de Fomento de la Junta de Andalucía.
- Duque-Calvache, R. (2016). *Procesos de gentrificación en cascos antiguos: el Albaicín de Granada*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Duque-Calvache, R., y Susino, J. (2014). Treinta años de movilidad residencial en las áreas metropolitanas andaluzas. En *XIV Congreso Nacional de Población de la AGE. Cambio demográfico y socio territorial en un contexto de crisis*. Sevilla: Asociación de Geógrafos Españoles.
- Duque-Calvache, R., Clark, W. A. V, y Palomares-Linares, I. (2017b). How do neighbourhood perceptions interact with moving desires and intentions?. *Housing Studies*, 33(4), 589–612. <https://doi.org/10.1080/02673037.2017.1373748>
- Duque-Calvache, R., Torrado, J. M., y Fuster, N. (2017a). La importancia de los factores espaciales y contextuales en la movilidad residencial. *Papers, Revista de Sociología*, 102(4), 607–635. <https://doi.org/10.5565/rev/papers.2415>
- Dupraz, Y. (2013). *Using weights in Stata*. En Paris school of Economics. Recuperado de: [https://www.parisschoolofeconomics.eu/docs/dupraz-yannick/using-weights-in-stata\(1\).pdf](https://www.parisschoolofeconomics.eu/docs/dupraz-yannick/using-weights-in-stata(1).pdf)

Bibliografía

- Elder, G. (1994). Time, Human Agency, and Social Change: Perspective on the Life course. *Social Psychology Quarterly*, 57(1), 4–15. <https://doi.org/10.2307/2786971>
- Elder, G. (1998). The Life Course as Developmental Theory. *Blackwell Publishing on Behalf of the Society for Research in Child Development*, 69(1), 1–12. <https://doi.org/10.2307/1132065>
- Escobar, M., Fernández, E., y Bernardi, F. (2009). *Análisis de datos con Stata*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Farrar, D., y Glauber, R. (1967). Multicollinearity in Regression Analysis: The Problem Revisited. *The Review of Economics and Statistics*, 49(1), 92–107.
- Farris, J. T. (2001). The barriers to using urban infill development to achieve smart growth. *Housing Policy Debate*, 12(1), 1–30. <https://doi.org/10.1080/10511482.2001.9521395>
- Feijten, P., y Ham, M. Van (2007). Residential mobility and migration of the divorced and separated. *Demographic Research*, 17, 623–654. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2007.17.21>
- Feijten, P., Hooimeijer, P., y Mulder, C. H. (2008). Residential experience and residential environment choice over the life-course. *Urban Studies*, 45(1), 141–162. <https://doi.org/10.1177/0042098007085105>
- Feldman, R. (1990). Settlement-Identity: Psychological Bonds with Home Places in a Mobile Society. *Environment and Behaviour*, 22(2), 56–79. <https://doi.org/10.1177/0013916590222002>
- Feldman, R. (1996). Constancy and change in attachments to types of settlements. *Environment and Behavior*, 28(4), 419–445. <https://doi.org/10.1177/0013916596284001>
- Feria, J. M. (2004). Problemas de definición de las Áreas Metropolitanas en España. *Boletín de La Asociación de Geógrafos Españoles*, 38, 85–100.
- Feria, J. M. (2008). Un ensayo metodológico de definición de las áreas metropolitanas en España a partir de la variable residencia-trabajo. *Investigaciones Geográficas*, (46), 49–68. <https://doi.org/10.14198/INGEO2008.46.03>.
- Feria, J. M. (2010a). La delimitación y organización espacial de las áreas metropolitanas españolas: una perspectiva desde la movilidad residencia-trabajo. *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, 42(164), 189–210.

- Feria, J. M. (2010b). La movilidad residencial y los procesos de urbanización metropolitanos en España. En J.M. Feria y J.M. Albertos, *La ciudad metropolitana en España: procesos urbanos en los inicios del siglo XXI* (pp. 15–47). Madrid: Thompson-Routers.
- Feria, J. M. (2010c). Ciudad y Territorio: Nuevas dinámicas espaciales. En I. Pujadas (Ed.), *Población y Espacios urbanos* (pp. 13–52). Barcelona: Departament de Geografia Humana de la UB y Grupo de Población de la AGE.
- Feria, J. M. (2011). Áreas metropolitanas españolas. En J. Jurado (Ed.), *Ordenación del Territorio y Urbanismo: Conflictos y oportunidades* (pp. 127–158). Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía.
- Feria, J. M. (2013). Towards a Taxonomy of Spanish Metropolitan Areas. *Boletín de La Asociación de Geógrafos Españoles*, 63, 349–378.
- Feria, J. M. (2015). Los modelos de organización y dinámicas espaciales metropolitanas en Andalucía. *Cuadernos Geográficos*, 54(2), 196–219.
- Feria, J. M., y Andújar, A. (2015). Movilidad residencial metropolitana y crisis inmobiliaria. *Anales de Geografía*, 35(1), 129–140. https://doi.org/10.5209/rev_AGUC.2015.v35.n1.48962
- Feria, J. M., Casado-Díaz, J. M., y Martínez-Bernabéu, L. (2015). Inside the metropolis: the articulation of Spanish metropolitan areas into local labor markets. *Urban Geography*, 36(7), 1018-1041. <http://dx.doi.org/10.1080/02723638.2015.1053199>
- Feria, J. M., y Martínez, L. (2016). La definición y delimitación del sistema metropolitano español. Permanencias y cambios entre 2001 y 2011. *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, 48(187), 9-24.
- Feria, J. M., y Susino, J. (2005). *Movilidad por razón de trabajo en Andalucía 2001*. Sevilla: Instituto de Estadística de Andalucía.
- Feria, J. M., y Susino, J. (2012). Movilidad residencial y configuración metropolitana en España. En P. Reques-Velasco y O. De Cos (Eds.), *En clave territorial: Procesos, estructuras y perspectivas de análisis. Actas XIII Congreso de la Población Española*. Madrid: Asociación de Geógrafos Españoles.
- Feria, J. M., Susino, J., Pedregal, B., Oliveira, G., y Vahí, A. (2008). *Migraciones y movilidad residencial en Andalucía. 1991-2001*. Sevilla: Instituto de Estadística de Andalucía.
- Fernández, M. (2014). *Matar al chino. Entre la revolución urbanística y el asedio urbano en el barrio del Raval de Barcelona*. Barcelona: Virus.

Bibliografía

- Ferrás, C. (2007). El enigma de la contraurbanización. Fenómeno empírico y concepto caótico. *Eure*, 33(98), 5–25. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612007000100001>
- Fielding, A. (1982). Counterurbanisation in Western Europe. *Progress in Planning*, 17(1), 1–52. [https://doi.org/10.1016/0305-9006\(82\)90006-X](https://doi.org/10.1016/0305-9006(82)90006-X)
- Fielding, A. (1989). Migration and urbanisation in Western Europe since 1950. *The Geographical Journal*, 155(1), 60–69. <https://doi.org/10.2307/635381>
- Fielding, A. (1992). Migration and Social Mobility: South-East England as an Escalator Region. *Regional Studies*, 26, 1–15. <https://doi.org/10.1080/00343409212331346741>
- Fischer, P., y Malmberg, G. (2001). Settled people don't move: on life course and (im-) mobility in Sweden. *International Journal of Population Geography*, 7(5), 357–371. <https://doi.org/10.1002/ijpg.230>
- Fishman, R. (1987). *Bourgeois Utopias: The Rise and Fall of Suburbia*. New York: Blackwell.
- Fishman, R. (2005). The Fifth Migration. *Journal of American Planning Association*, 71(4), 357–368. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.1108/17506200710779521>
- Florida, R. (2002). *The Rise of the Creative Class*. New York: Basic Books.
- Florida, R., y Jonas, A. (1991). US urban policy: the postwar state and capitalist regulation. *Antipode*, 23(4), 349–384. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8330.1991.tb00419.x>
- Ford, T., y Champion, T. (2000). Who moves into, out of and within London? An analysis based on the 1991 Census 2% sample of anonymised records. *Area*, 32(3), 259–270. <https://doi.org/10.1111/j.1475-4762.2000.tb00139.x>
- Forsyth, A. (2012). Defining Suburbs. *Journal of Planning Literature*, 27(3), 270–281. <https://doi.org/10.1177/0885412212448101>
- Frey, W. H. (1979). Central City White Flight: Racial and Nonracial Causes. *American Sociological Review*, 44(3), 425–448. <https://doi.org/10.2307/2094885>
- Frey, W. H. (1985). Mover Destination Selectivity and the Changing Suburbanization of Metropolitan Whites and Blacks. *Demography*, 22(2), 223–243. <https://doi.org/10.2307/2061179>
- Frey, W. H., y Kobrin, F. E. (1982). Changing Families and Changing Mobility: Their Impact on the Central City. *Demography*, 19(3), 261–277. <https://doi.org/10.2307/2060970>
- Frey, W. H., y Zimmer, Z. (2001). Defining the City. En R. Paddison (Ed.), *Handbook of Urban Studies* (pp. 14–35). London: Routledge.

- Fundación la Caixa. (2010). *Anuario Económico de España 2010*. Recuperado de: <http://www.anuarieco.lacaixa.comunicacions.com/java/X?cgi=caixa.anuari99.util.ChangeLanguageylang=esp>
- García-Pérez, A. (2012). *Métodos avanzados de estadística aplicada. Técnicas avanzadas*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- García-Valdecasas, J. I. (2014). Explicación, mecanismo y simulación: otra manera de hacer sociología. *EMPIRIA. Revista de metodología de Ciencias Sociales*, 28, 35-58.
- Gale, D. E. (1979). Neighborhoods: The Evidence and the Implications Middle Class Resettlement in Older. *Journal of American Planning Association*, 45(3), 293–304. <https://doi.org/10.1080/01944367908976968>
- Galiana, L., y Vinuesa, J. (2012). Descentralización y recentralización en espacios metropolitanos maduros: el caso de Madrid. En A. Palacios y D. Porras (Eds.), *Metrópolis. Dinámicas Urbanas* (pp. 23–48). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid y Universidad Nacional de Luján.
- García-López, M. À. (2008). Quince años de suburbanización en la Barcelona metropolitana, ¿se está dispersando la población?. *Investigaciones Económicas*, 32(1), 53–86.
- García-Pérez, E. (2014). Gentrificación en Madrid: de la burbuja a la crisis. *Revista de Geografía Norte Grande*, 91, 71–91. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022014000200005>
- Geyer, H. S., y Kontuly, T. (1993). A Theoretical Foundation for the Concept of Differential Urbanization. *International Regional Science Review*, 15(2), 157–177. <https://doi.org/10.1177/016001769301500202>
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gil-Alonso, F., y Bayona, J. (2012). La dinámica urbana en España: evolución y tipología. *Papeles de Geografía*, 55-56, 95–108.
- Gil-Alonso, F., y Pujadas, I. (2014). Migraciones intrametropolitanas de los extranjeros: diferencias y semejanzas en las metrópolis de Madrid y Barcelona. *Cuadernos Geográficos de La Universidad de Valencia*, 93, 27–52.
- Glaeser, E. L., y Gottlieb, J. D. (2006). Urban Resurgence and the Consumer City. *Urban Studies*, 43(8), 1275–1299. <https://doi.org/10.1080%2F00420980600775683>
- Gober, P., y Behr, M. (1982). Central Cities and Suburbs as Distinct Place Types: Myth or Fact ?. *Economic Geography*, 58(4), 371–385. <https://doi.org/10.2307/143461>

Bibliografía

- Goerlich, F. J., y Cantarino, I. (2015). Estimaciones de la población rural y urbana a nivel municipal. *Estadística Española*, 57(186), 5–28.
- González-González, M. (2005). El desarrollo económico sostenible de los centros históricos. *Ería*, 68, 365–372. <https://doi.org/10.3989/estgeogr.201519>
- Gordon, I. (2004). The resurgent city: what, where, how and for whom? *Planning Theory y Practice*, 5(3), 371–349. <https://doi.org/10.1080/1464935042000265018>
- Grabkowska, M. (2015). Between Gentrification and Reurbanisation. the Participatory Dimension of Bottom-Up Regeneration in Gdańsk, Poland. *Geografie*, 120(2), 210–225.
- Groot, C. De, Mulder, C. H., Das, M., & Manting, D. (2011). Life events and the gap between intention to move and actual mobility. *Environment and planning A*, 43(1), 48-66.
- Gustafson, P. (2001). Roots and routes: Exploring the Relationship Between Place Attachment and Mobility. *Environment and behavior*, 33(5), 667–686. <https://doi.org/10.1177%2F00139160121973188>
- Haase, A., Grossmann, K., y Steinführer, A. (2012). Transitory urbanites: New actors of residential change in Polish and Czech inner cities. *Cities*, 29(5), 318–326. <https://doi.org/10.1016/j.cities.2011.11.006>
- Haase, A., Kabisch, S., Steinführer, A., Bouzarovski, S., Hall, R., y Ogden, P. (2010). Emergent spaces of reurbanisation: Exploring the demographic dimension of inner-city residential change in a European setting. *Population, Space and Place*, 16(5), 443–463. <https://doi.org/10.1002/psp.603>
- Hall, P. (1971). Spatial structure of metropolitan England and Wales. En M. Chisholm y G. Manners (Eds.), *Spatial Policy problems of the British Economy* (pp. 96–125). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hall, P., y Hay, D. (1980). *Growth Center in the European Urban System*. London: Heineman.
- Hammel, D. J. (1999). Re-establishing the Rent Gap: An Alternative View of Capitalised Land Rent. *Urban Studies*, 36(8), 1283–1293. <https://doi.org/10.1080/0042098992999>
- Hamnett, C. (1991). The blind men and the elephant: the explanation of gentrification. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 16, 259–279. <https://doi.org/10.2307/622612>
- Hamnett, C. (2001). Why Sassen is wrong: a response to Burgers. *Urban Studies*, 33(1), 107–110. <https://doi.org/10.1080%2F00420989650012158>

- Hamnett, C., y Randolph, B. (1986). Tenurial transformation and the flat break-up market in London: the British condo experience. En N. Smith y P. Williams (Eds.), *Gentrification* (pp. 121–152). London: Routledge.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. (2007). *Espacios del capital*. Madrid: Akal.
- Helderman, A. C., Mulder, C. H., y Ham, M. van (2004). The changing effect of home ownership on residential mobility in the Netherlands, 1980-98. *Housing Studies*, 19(4), 601–616. <https://doi.org/10.1080/0267303042000221981>
- Helms, A. C. (2003). Understanding gentrification: An empirical analysis of the determinants of urban housing renovation. *Journal of Urban Economics*, 54(3), 474–498. [https://doi.org/10.1016/S0094-1190\(03\)00081-0](https://doi.org/10.1016/S0094-1190(03)00081-0)
- Hirt, S. (2007). Suburbanizing Sofia: Characteristics of post-socialist peri-urban change. *Urban Geography*, 28(8), 755–780. <https://doi.org/10.2747/0272-3638.28>.
- Hochstenbach, C., y Musterd, S. (2018). Gentrification and the suburbanization of poverty: changing urban geographies through boom and bust periods. *Urban Geography*, 39(1), 26-53. <https://doi.org/10.1080/02723638.2016.1276718>
- Hovinen, G. R. (1985). Suburbanization in Greater Philadelphia 1880–1941. *Journal of Historical Geography*, 11(2), 174-195. [https://doi.org/10.1016/S0305-7488\(85\)80064-5](https://doi.org/10.1016/S0305-7488(85)80064-5)
- Howley, P. (2009). Attitudes towards compact city living: Towards a greater understanding of residential behaviour. *Land Use Policy*, 26(3), 792–798. <https://doi.org/10.1016/j.landusepol.2008.10.004>
- Hughes, J. W., y Seneca, J. (2004). The Beginning of the End of Sprawl?. *Rutgers Regional Report*, 21, 1–24. <https://doi.org/10.7282/T3WD425W>
- Hugo, G., Champion, A., y Lattes, A. (2003). Toward a New Conceptualization of Settlements for Demography. *Population and Development Review*, 29(2), 277–297. <https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2003.00277.x>
- IDRE-UCLA. (2019). *Logistic Regression Analysis. Stata anotated output*. Recuperado de: <https://stats.idre.ucla.edu/stata/output/logistic-regression-analysis/>
- Iglesias, T. (2013). *Métodos de Bondad de Ajuste en Regresión Logística*. (Tesis de Máster Inédita). Universidad de Granada, Granada.

Bibliografía

- Inglehart, R. (1991). *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Inglehart, R. (2001). *Modernización y posmodernización: el cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Instituto Nacional de Estadística. (2011). *Población vinculada por municipios*. Recuperado de: <http://www.ine.es/jaxi/Tabla.htm?path=/t20/e244/vinculada/10/yfile=01001.pxyL=0>
- Instituto nacional de Estadística. (2011a). *Cálculo de la condición socioeconómica*. Recuperado de: http://www.ine.es/censo_accesible/es/calculo_condicion_socioeconomica1.xls
- Instituto Nacional de Estadística. (2011b). *Proyecto de los Censos Demográficos 2011*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística.
- Jameson, F. (1991). *El posmodernismo o la lógica cultura del capitalismo avanzado*. Madrid: Paidós Ibérica
- Jager, M. (1986). Class definition and the aesthetics of gentrification: Victoriana in Melbourne. En N. Smith y P. Williams (Eds.), *Gentrification of the City* (pp. 78–91). London: Routledge.
- Jian, G. y Hokao, K. (2004). Residential environment index system and evaluation model established by subjective and objective methods. *Journal of Zhejiang University-SCIENCE A*, 5(9), 1028–1034. <https://doi.org/10.1631/jzus.2004.1028>
- Jiménez-Romera, C., y Fernández-Ramírez, C. (2014). Casas sin gente, gente sin casas: El fracaso del modelo inmobiliario español. *Revista INVI*, 29(82), 133–155. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582014000300005>
- Jones, C., Leishman, C., y Watkins, C. (2004). Intra-Urban migration and housing submarkets: theory and evidence. *Housing Studies*, 19(2), 269–283. <https://doi.org/10.1080/0267303032000168630>
- Juez-Martel, P. (2011). *Paciente paliativo no oncológico: identificación, pronóstico, toma de decisiones y evaluación*. (Tesis Doctoral Inédita). Departamento de Ciencias de la Salud, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid.
- Kaa, D. van de (1987). Europe's Second Demographic Transition. *Population Bulletin*, 42, 1–57.
- Kabisch, N., y Haase, D. (2011). Diversifying European Agglomeration: Evidence of Urban Population Trends for the 21st Century. *Population, Space and Place*, 17, 236–253. <https://doi.org/10.1002/oby.20584/epdf>

- Kabisch, N., Haase, D., y Haase, A. (2010). Evolving Reurbanisation? Spatio-temporal Dynamics as Exemplified by the East German City of Leipzig. *Urban Studies*, 47(5), 967–990. <https://doi.org/10.1177/0042098009353072>
- Karsten, L. (2007). Housing as a Way of Life: Towards an Understanding of Middle-Class Families Preference for an Urban Residential Location. *Housing Studies*, 22, 83-98. <https://doi.org/10.1080/02673030601024630>
- Kaufman, R. (2013). *Heteroskedasticity in Regression: Detection and Correction*. London: SAGE.
- Kim, H., Woosnam, K. M., MarCouiller, D. W., Aleshinloye, K. D., y Choi, Y. (2015). Residential Mobility, Urban Preference, and Human Settlement: A South Korean Case Study. *Habitat International*, 49, 497–507. <https://doi.org/10.1016/j.habitatint.2015.07.003>
- Kim, J. H. (2014). Residential and job mobility: Interregional variation and their interplay in US metropolitan areas. *Urban Studies*, 51(13), 2863–2879. <https://doi.org/10.1177/0042098013514496>
- King, G. y Zeng, L. (2016). Logistic Regression in Rare Events Data. *Political Analysis*, 9(2), 137-163. <https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.pan.a004868>
- Kruyt, B. H., Bovenkerk, F., Dieleman, F., Priemus, H. y Weiden, J.M. van der. (1987). *Growth Stagnation and Segmentation in the Randstad*. Zoetermeer: Urban Networks, Ministerie van Volkshuisvesting Ruimtelijke Ordening en Milieu.
- Lambert, C. y Boddy, M. (2002). Transforming the city: post-recession gentrification and reurbanisation En *Conference on Upward Neighbourhood Trajectories: Gentrification in the New Century*. Glasgow: University of Glasgow.
- Laska, S., y Spain, D. (1979). Urban Policy and Planning in the Wake of Gentrification Anticipating Renovators Demands. *Journal of the American Planning Association*, 45(4), 523–531. <https://doi.org/10.1080/01944367908977000>
- Leal, J. (2002). Segregación social y mercados de vivienda en las grandes ciudades. *Revista Española de Sociología*, 2, 61–75.
- Leal, J. (2006). Multiple Residential Practices and Second Homes in Multiple Residential Practices and Second Homes in Southern Europe: the Spanish Case. En *Housing in an expanding Europe: theory, policy, participation and implementation*. Ljubljana: European Network of Housing Research.

Bibliografía

- Leal, J., y Domínguez-Pérez, M. (2008). Transformaciones económicas y segregación social en Madrid. *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, 40(158), 703–726.
- Leal, J., y Martínez, A. (2016). Tendencias recientes de la política de vivienda en España. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 35(1), 15–41. <https://doi.org/10.5209/CRLA.54982>
- Lees, L. (2000). A reappraisal of gentrification: towards a 'geography of gentrification'. *Progress in human geography*, 24(3), 389-408. <https://doi.org/10.1191%2F030913200701540483>
- Lees, L., Slater, T., y Wyly, E. (2013). *Gentrification*. New York: Routledge.
- Leichenko, R. M. (2001). Growth and Change in U.S. Cities and Suburbs. *Growth y Change*, 32(3), 326–354. <https://doi.org/10.1111/0017-4815.00162>
- Ley, D. (1987). Reply: The Rent Gap Revisited. *Annals of the Association of American Geographers*, 77(3), 465–468. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8306.1987.tb00172.x>
- Ley, D. (1994). Gentrification and the politics of the new middle class. *Environment and Planning D: Society and Space*, 12(1), 53-74. <https://doi.org/10.1068%2Fd120053>
- Ley, D. (1996). *The New Middle Class and the Remaking of the Central City*. Toronto: Oxford Geographical and Environmental Studies Series.
- Lewis, D. J., Eversley, D., Robson, B. T., Coombes, M., Cheshire, P. C., Lawton, R., Craig, J., Keeble, D., Fielding, A. J. y Champion, A. G. (1989). Counterurbanization in Europe: discussion. *The Geographical Journal*, 155(1), 75-80.
- Li, S. M. (2003). Housing tenure and residential mobility in urban China: A study of commodity housing development in Beijing and Guangzhou. *Urban Affairs Review*, 38(4), 510–534. <https://doi.org/10.1177/1078087402250360>
- Lichter, D. T., Parisi, D., Taquino, M. C., y Grice, S. M. (2010). Residential segregation in new Hispanic destinations: Cities, suburbs, and rural communities compared. *Social Science Research*, 39(2), 215–230. <https://doi.org/10.1016/j.ssresearch.2009.08.006>
- Liebman, C. (1961). Functional Differentiation and Political Characteristics of Suburbs. *American Journal of Sociology*, 66(5), 485–490.
- Long, J., y Freese, J. (2000). *FITSTAT: Stata module to compute fit statistics for single equation regression models*. Boston: Boston College Department of Economics.
- López-Colás, J. (2004). *La residencia secundaria en España: estudio territorial de su uso y tenencia*. (Tesis Doctoral Inédita). Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.

- López-Colás, J., y Módenes, J. A. (2004). Vivienda secundaria y residencia múltiple en España: Una aproximación sociodemográfica. *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 8(178).
- López-Colás, J., Módenes, J. A., y Yépez, B. (2007). Los usuarios de residencias secundarias en España: Perfiles Regionales. *Boletín de La Asociación de Geógrafos Españoles*, 45, 307–325.
- López-Gay, A. (2012). El regreso de la población a los centros metropolitanos españoles. Una visión demográfica y territorial de los procesos de reurbanización. *Contexto*, 6(6), 33–50.
- López-Gay, A. (2014). Population growth and re-urbanization in Spanish inner cities: The role of internal migration and residential mobility. *Revue Quetelet/Quetelet Journal*, 1(2), 67–92. <https://doi.org/10.14428/rqj2013.01.02.03>
- López-Gay, A. (2017). Hacia un patrón territorial complejo de la movilidad residencial. El caso de la Región Metropolitana de Barcelona de Barcelona. *Papers, Revista de Sociología*, 102(4), 793–823. <https://doi.org/10.5565/rev/papers.2420>
- López-Gay, A., y Recaño, J. (2008). La renovación sociodemográfica de un centro urbano maduro: perfiles migratorios y filtros residenciales en la ciudad de Barcelona. *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 12(126).
- López-Gay, A., y Recaño, J. (2009). The role of central cities in urban socio-demographic changes in Southern Europe: an analysis of individuals moving into, out and within inner cities in Spain. *Papers de Demografia*, 357, 1-39.
- López-Lita, R., y Benlloch, M. (2005). De la marca comercial a la marca territorio. *Revista de Pensament i Anàlisi*, 5, 87–100.
- Lu, M. (1998). Analyzing migration decisionmaking: Relationships between residential satisfaction, mobility intentions, and moving behavior. *Environment and Planning A*, 30(8), 1473-1495.
- Lupi, T., y Musterd, S. (2016). The Suburban ‘Community Question’. *Urban Studies*, 43(4), 801–817. <https://doi.org/10.1080/00420980600597723>
- Mahmud, S. A., Ahmad, A. S., y Abdullah, A. M. (2012). Lifestyle Orientation and the Residential Environment: An Exploratory Review. *Procedia - Social and Behavioral Sciences*, 49, 304–309. <https://doi.org/10.1016/j.sbspro.2012.07.028>
- Mansfield, E., y Helms, B. (1982). Detecting Multicollinearity. *The American Statistician*, 36(3), 158–160. <https://doi.org/10.1080/00031305.1982.10482818>

Bibliografía

- Malinowski, B. (1984). *Una teoría científica de la cultura*. Madrid: Sarpe.
- Marcuse, P. (1985). Gentrification, abandonment, and displacement: connections, causes, and policy responses in New York city. *Journal of Urban and Contemporary Law*, 28(195), 195–240.
- Markusen, A. (2006). Urban development and the politics of a creative class: evidence from a study of artists. *Environment and Planning A*, 38, 1921–1940. <https://doi.org/10.1068/a38179>
- Marois, G., y Bélanger, A. (2013). De la banlieu a la ville central:déterminants de la mobilité résidentiel le des banlieusards de Montréal. *Canadian Journal of Urban Research*, 22(2), 45–68.
- Martín-Criado, E. (2013). Cabilia: la problemática génesis del concepto de habitus. *Revista Mexicana de Sociología*, 1(34), 125–151. <http://dx.doi.org/10.22201/iis.01882503p.2013.1.35119>
- Martínez-García, J. (2017). El habitus. Una revisión crítica. *Revista Internacional de Sociología*, 75(3). <https://doi.org/dx.doi.org/10.3989/ris.2017.75.3.15.115>
- Mattos, C. A. De. (2010). Globalización y metamorfosis metropolitana en América Latina. De la ciudad a lo urbano generalizado. *Revista de Geografía Norte Grande*, 47, 81–104. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022010000300005>
- Mccarthy, P. J. W. (1991). How Smart Has Smart Growth Been?. En J.J. Henstchel (Ed.), *Global Cities in an Era of Change, an international Real Estate Symposium, presented by The Counselors of Real Estate in partership with Stanford SPIRE and RICS at Stanford University*. Chicago: The Counselors of Real Estate.
- Medina-Cruz, A. (2015). *La movilidad residencial en la Región Metropolitana de Barcelona: delimitación y análisis de los espacios migratorios*. (Tesis Doctoral Inédita). Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Menard, S. (2004). Six approaches to calculating standarized logistic regression coefficients. *The American Statiscian*, 58(3), 218–223. <https://doi.org/10.1198/000313004X946>
- Menard, S. (2010). *Logistic Regression. From Introductory to Advanced Concepts and Applications*. Thousand Oaks: SAGE.
- Michielin, F., y Mulder, C. H. (2008). Family events and the residential mobility of couples. *Environment and Planning A*, 40(11), 2770–2790. <https://doi.org/10.1068/a39374>

- Mieszkowski, P., y Mills, E. S. (1993). The Causes of Metropolitan Suburbanization. *The Journal of Economic Perspectives*, 7(3), 135–147.
- Miller, L. J. (1995). Family Togetherness and the Suburban Ideal. *Sociological Forum*, 10(3), 393–418. <https://doi.org/10.1007/BF02095828>
- Mills, C. W. (1961). *La imaginación sociológica*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Mills, E. S. y Price, R. (1984). Metropolitan Suburbanization Central City Problems. *Journal of Urban and Contemporary Law*, 17, 1–17. [https://doi.org/10.1016/0094-1190\(84\)90019-6](https://doi.org/10.1016/0094-1190(84)90019-6)
- Ministerio de Empleo y Seguridad Social. (2017a). Oficinas del Instituto y la Tesorería General de la Seguridad Social por provincias. Retrieved from http://www.seg-social.es/Internet_1/Oficinas/index.htm
- Ministerio de Empleo y Seguridad Social. (2017b). *Oficinas del SEPE por provincias*. Recuperado de: http://www.sepe.es/direccionesytelefonosWeb/jsp/JSP_index.jsp?provincia=0
- Ministerio de Fomento. (2000). *Atlas Estadístico de las Áreas Urbanas de España*. Madrid: Centros de Publicaciones del Ministerio de Fomento.
- Ministerio de Justicia. (2011). *Cartografía Judicial de España*. Recuperado de: <http://www.mjusticia.gob.es/cs/Satellite/Portal/es/administracion-justicia/organizacion-justicia/cartografia-judicial/cartografia-partidos>
- Ministerio de Sanidad Servicios Sociales e Igualdad. (2011). *Catálogo Nacional de Hospitales 2011*. Recuperado de: <https://www.msssi.gob.es/ciudadanos/prestaciones/centrosServiciosSNS/hospitales/anosAnteriores.htm>
- Mitchell, C. J. A. (2004). Making sense of counterurbanization. *Journal of Rural Studies*, 20(1), 15–34. [https://doi.org/10.1016/S0743-0167\(03\)00031-7](https://doi.org/10.1016/S0743-0167(03)00031-7)
- Módenes, J. A. (1998). *Flujos espaciales e itinerarios biográficos: la movilidad residencial en el área de Barcelona*. (Tesis Doctoral inédita). Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Módenes, J. A. (2006). Movilidad espacial: uso temporal del territorio y poblaciones vinculadas. En *X Congreso de la Población Española: "Migraciones, movilidad y territorio"*. Pamplona: Asociación de Geógrafos Españoles.

Bibliografía

- Módenes, J. A. (2007). Una visión demográfica de la movilidad residencial reciente en España. En J. M. Feria (Ed.), *La vivienda y el espacio residencial en las áreas metropolitanas* (pp. 15–32). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Módenes, J. A. (2008). Movilidad espacial, habitantes y lugares: retos conceptuales y metodológicos para la geodemografía1. *Estudios Geográficos*, 69(264), 157–178. <https://doi.org/10.3989>
- Módenes, J. A., y López-Colás, J. (2007). Second Homes in Spain: Socio-Demographic and Geographical Profiles. *Population*, 62(1), 157–171. <https://doi.org/10.3917/pope.701.0157>
- Mulder, C. H. (1993). *Migration Dynamics: A Life Course Approach*. Amsterdam: PDOD Publications.
- Mulder, C. H., y Cooke, T. J. (2009). Family ties and residential locations. *Population, Space and Place*, 15(4), 299–304. <https://doi.org/10.1002/psp.556>
- Mulder, C. H., y Hooimeijer, P. (1999). Residential Relocations in the Life Course. En L. J. G. Van Wissen y P. A. Dysktra (Eds.). *Population Issues, an Interdisciplinary Focus* (pp. 159–186). New York: Kluwer Academic. https://doi.org/10.1007/978-94-011-4389-9_6
- Muñiz, I., y García, M. A. (2006). *Sprawl. Definición, causas y efectos* (Documents de treball No. 6–3). Barcelona.
- Musterd, S. (2006). Segregation, Urban Space and the Resurgent City. *Urban Studies*, 43(8), 1325–1340. <https://doi.org/10.1080/02723638.2016.1228371>
- Musterd, S., Marcínczak, S., Van Ham, M., y Tammaru, T. (2017). Socioeconomic segregation in European capital cities. Increasing separation between poor and rich. *Urban Geography*, 38(7), 1062–1083. <https://doi.org/10.1080/02723638.2016.1228371>
- Musterd, S., Gent, W. P. van, Das, M., y Latten, J. (2016). Adaptive behaviour in urban space: Residential mobility in response to social distance. *Urban Studies*, 53(2), 227–246. <https://doi.org/10.1177/02723638.2016.1228371>
- Muth, R. (1968). *Cities and housing*. Chicago: Chicago University Press.
- Naciones Unidas, Departamento de Economía y Asuntos Sociales, División de Población. (2015). *World Population Prospects* (No. ESA/P/WP.241).
- Navarro Gómez, C. (2008). La delimitación y el gobierno del fenómeno metropolitano en España. *Anuario de Derecho Municipal*, (2), 159–183.

- Nel-lo, O. (2004). ¿Cambio de siglo, cambio de ciclo? las grandes ciudades españolas en el umbral del S. XXI. *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, (141–142), 523–542.
- Nelson, K. P., y Edwards, J. G. (1993). Intra-urban mobility and location choice in the 1980s. En G. T. Kingsley y M. A. Turner (Eds.), *Housing markets and residential mobility* (pp. 53–95). Washington, D. C.: Urban Institute Press.
- Nguyen, S. (2006). *The Central City: Why the Comeback?* (Tesis de Máster). Massachusetts Institute of Technology, Cambridge, Estados Unidos.
- Nogueira, C. (3 de Febrero de 2011). El censo deja de ir casa por casa para ahorrar más de 300 millones. *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/diario/2011/02/03/sociedad/1296687603_850215.html
- Nystrom, J. (1992). The Cyclical Urbanization Model. A Critical Analysis. *Geografiska Annaler Series B*, 74(2), 133–144. <https://doi.org/10.1080/04353684.1992.11879637>
- Office of Management and Budget. (2010). 2010 Standards for Delineating Metropolitan and Micropolitan Statistical Areas. (Federal Register / Vol. 75, No. 123 / Monday, June 28, 2010 / Notices). Washington D.C.
- Öğdül, H. G. (2010). Urban and Rural Definitions in Regional Context: A Case Study on Turkey. *European Planning Studies*, 18(9), 1519–1541. <https://doi.org/10.1080/09654313.2010.492589>
- Organización de las Naciones Unidas. (2017). *Population Density and Urbanization*. Recuperado de: <https://unstats.un.org/unsd/demographic/sconcerns/densurb/densurbmethods.htm>
- Ortiz, J., y Morales, S. (2002). Impacto socioespacial de las migraciones intraurbanas en entidades de centro y de nuevas periferias del Gran Santiago. *Eure*, 28(85), 171–185. <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612002008500009>
- Ortiz, J., y Utrilla, S. E. (2007). Las migraciones intrametropolitanas como factor de diferenciación socioespacial. En *Taller Nacional sobre “Migración interna y desarrollo en Chile: diagnóstico, perspectivas y políticas.”* Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Otero-Enríquez, R. (2017). *Sociología e historia de la ciudad desconcentrada*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Ouředníček, M., Šimon, M., y Kopečná, M. (2015). The reurbanisation concept and its utility for contemporary research on post-socialist cities: The case of the Czech Republic. *Moravian Geographical Reports*, 23(4), 26–35. <https://doi.org/10.1515/mgr-2015-0022>

Bibliografía

- Pablos, J. C. De, y Sánchez-Tovar, L. (2003). Estilos de vida y revitalización del espacio urbano. *Papers, Revista de Sociología*, 71, 11–31. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers/v71n0.1148>
- Pablos, J. C. De, y Susino, J. (2010). Vida urbana: entre la desigualdad social y los espacios del habitar. *ANDULI*, (9), 119–142.
- Pahl, R. E. (1966). The Rural-Urban Continuum. *Sociologia Ruralis*, 6(3), 299–329. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9523.1966.tb00537.x>
- Palomares-Linares, I. (2017). *Movilidad residencial y sedentarismo en contextos urbanos* (Tesis Doctoral Inédita). Departamento de Sociología, Universidad de Granada, Granada, España.
- Palomares-Linares, I., Susino, J., y Feria, J. M. (2017). Medida y evolución de la movilidad residencial en las áreas metropolitanas españolas. *Papers, Revista de Sociología*, 102(4), 545–574. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers.2412>
- Palomares-Linares, I., Baldán, H., Susino, J. y Torrado, J. M. (n.d.). Making place for “urban segregation matters” in four southern European countries: a literature review. En F. Entrena-Durán, R. Soriano y R. Duque-Calvache, *Social Problems in Southern Europe: A comparative assessment*. Edward Elgar Publishing. En prensa.
- Paris, C. (2008). Re-positioning second homes within housing studies: household investment, gentrification, multiple residence, mobility and hyper- consumption. *Housing, Theory and Society*, 24(5), 1–19. <https://doi.org/10.1080/14036090802300392>
- Paris, M. (2013). De los centros urbanos consolidados a los lugares de centralidad: Una propuesta metodológica para su estudio. *Ciudades*, 16, 47–69. <https://doi.org/10.24197/ciudades.16.2013.47-69>
- Park, R. E., Burgess, E., y MacKencie, R. (1925). *The City*. Chicago: Chicago University Press.
- Parr, J. (2005). Perspectives on the City-Region. *Regional Studies*, 39(5), 555–566. <https://doi.org/10.1080/00343400500151798>
- Parr, J. (2012). The Spatial Cycle Model (SCM) revisited. *Regional Studies*, 46(2), 217–228. <https://doi.org/10.1080/00343404.2011.558895>
- Parr, J. B. (2007). Spatial Definitions of the City: Four Perspectives. *Urban Studies*, 44(2), 381–392. <https://doi.org/10.1080/00420980601075059>

- Pisman, A. (2007). Lifestyles as centrifugal and centripetal forces in the polycentric network city of Flanders. En *International Conference on New Concepts and Approaches for Urban and Regional Policy and Planning, Leuven 2-3/4/2007 papers*.
- Pisman, A., Allaert, G., y Lombaerde, P. (2011). Urban and suburban lifestyles and residential preferences in a highly urbanized society experiences from a case study in Ghent (Flanders, Belgium). *Belgeo*, (1–2), 89–104. <https://doi.org/10.4000/belgeo.6394>
- Portal Estadístico del Sistema Nacional de Salud. (2011). *Catálogo Centros de Atención Primaria del Sistema Nacional de Salud 2011*. Recuperado de: <https://www.msssi.gob.es/ciudadanos/prestaciones/centrosServiciosSNS/hospitales/anosAnterioresCentros.htm>
- Prado-Ríos, L. (2001). La centralidad urbana. En F. Carrión (Ed.), *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*. Quito: FLACSO-Ecuador y Junta de Andalucía.
- Puig, T. (2009). *Marca ciudad*. Barcelona: Paidós.
- Pujadas, I. (2005). De la ciudad compacta a la ciudad dispersa: movilidad residencial en la Región Metropolitana de Barcelona, 1982- 2000. En *XXV Conferencia Internacional de Población, IUSSP*.
- Pujadas, I., Bayona, J. y Gil-Alonso, F. (2012). Las Grandes Metrópolis Españolas en la Encrucijada. Crecimiento, Migración y Suburbanización en la Última Década. *Contexto*, 7(6), 11–32.
- Pujadas, I., Bayona, J. y Gil-Alonso, F. (2014). Pautas territoriales recientes de la movilidad residencial en las mayores regiones metropolitanas españolas: ¿cambios coyunturales o estructurales?. En *XIV Congreso Nacional de Población de la AGE*. Sevilla: Asociación de Geógrafos Españoles.
- Pujadas, I., López-Villanueva, C. y Bayona, J. (2016). Residential mobility in the Barcelona Metropolitan Region during the present economic crisis. *Portuguese Journal of Social Science*, 15(1), 91-110. https://doi.org/10.1386/pjss.15.1.91_1
- Pumain, D. (2008). Le processus d'urbanisation. En G. Cazelli, J. Vallin, y G. Wunsch (Eds.), *Démographie: analyse et synthèse, vol IV : les déterminants de la migration* (pp. 101–124). París: Instituto Nacional de Estudios Demográficos. <https://doi.org/10.3917/tf.082.0243>
- Pumain, D., Saint-Julien, T., Caftan, N., y Rozenblat, C. (1992). *Le concept statistique de la ville*. Bruselas: Eurostat, Oficina de publicaciones oficiales de la Comunidad Europea.

Bibliografía

- Quigley, J. M., y Weinberg, D. H. (1977). Intra-urban residential mobility: a review and synthesis. *International Regional Science Review*, 2(1), 41–66.
<https://doi.org/10.1177/016001767700200104>
- Quinn, B. (2004). Dwelling through multiple places: a case study of second home ownership in Ireland. En C. M. Hall y D. K. Muller. *Tourism Mobility and Second Homes. Between Elite Landscapes and Common Ground*. Clevedon: Channel View Publications
- Ramsey, J. B. (1969). Tests for specification errors in classical linear least-squares regression analysis. *Journal of the Royal Statistical Society: Series B*, 31(2), 350–371.
- Ranjit, P. (2006). *Multicollinearity: causes, effects and remedies*. (Working Paper n° desconocido). Recuperado de:
https://www.academia.edu/26796410/Multicollinearity_Causes_Effects_and_Remedies
- Randolph, B., y Holloway, D. (2005). The Suburbanization of Disadvantage in Sydney: New Problems, New Policies. *Opolis*, 1(1), 217–220.
<https://doi.org/10.5811/westjem.2011.5.6700>
- Raphael, S., y Stoll, M. A. (2010). *Job Sprawl and the Suburbanization of Poverty*. (Metropolitan Policy Program at Brookings, Metropolitan Oportunities Series, Marzo 2010).
- Reig, E., Goerlich, F. J., y Cantarino, I. (2016). *Delimitación de áreas rurales y urbanas a nivel local: Demografía, coberturas del suelo y accesibilidad*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Rérat, P. (2012). The New Demographic Growth of Cities. The Case of Reurbanisation in Switzerland. *Urban Studies*, 49(5), 1107–1125.
<https://doi.org/10.1177/0042098011408935>
- Rérat, P. (2016). Le retour des villes. Les phénomènes de déprise et de reprise démographiques dans les villes Suisses. *Espace-Populations-Societes*, (1), 1–20.
<https://doi.org/10.4000/eps.6204>
- Rérat, P., Piguet, E., Söderström, O., y Besson, R. (2008). ‘Back to the City?’. *Étude de l'évolution démographique et de l'attractivité résidentielle des villes suisses*. Neuchâtel: Universidad de Neuchâtel.
- Rérat, P., Söderström, O., y Piguet, E. (2010). New forms of gentrification: issues and debates. *Population, space and place*, 16(5), 335-343.
- Robert, P. (1998). The income of central city and suburban migrants: A case study of the Washington, D. C. metropolitan area. *National Tax Journal*, 51(3), 493-516.

- Roca, J. (2015). El fenómeno urbano en los siglos XX y XXI. Nuevas tendencias del desarrollo urbano. En *International Conference Virtual City and Territory. Sexto Congreso Internacional Ciudad y Territorio Virtual*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.
- Roca, J., Moix, M., y Arellano, B. (2012). El sistema urbano en España. *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 16(396), 1–34.
- Roca, M. N., Oliveira, J., Roca, Z., y Costa, L. (2004). Second homes in Portugal: conceptual issues and findings and field research. En *2nd International Workshop on Lifestyle Migration and Residential Tourism*. Madrid: CSIC.
- Roca, M. N., Oliveira, J., Roca, Z., y Costa, L. (2012). Second Home Tourism in the Oeste Region, Portugal: Features and Impacts. *European Journal of Tourism, Hospitality and Recreation*, 3(2), 35–55.
- Rodríguez-Medela, J., y Salguero-Montaño, O. (2012). *Transformación urbana y conflictividad social. La construcción de la Marca Granada 2013-2015*. Granada: Biblioteca Social Hermanos Quero y Asociación de Estudios Antropológicos La Corrala.
- Ronald, R. (2008). *The ideology of home ownership: Homeowner societies and the role of housing*. London: Palgrave Macmillan.
- Rose, D. (1996). Economic restructuring and the diversification of gentrification in the 1980s: a view from a marginal metropolis. En J. Caufield y L. Peake (Eds.). *Cities and Citizens: Critical Perspectives to Canadian Urbanism* (pp.131-172). Toronto: University of Toronto Press.
- Rossi, P. (1955). *Why families move: A study in the social psychology of urban residential mobility*. New York: Free Press.
- Samuel, P., y Toole, R. O. (1999). Smart Growth at the Federal Trough EPA's Financing of the Anti-Sprawl Movement. *Policy Analysis*, 361, 2-14.
- Sanchez, T. W., y Dawkins, C. J. (2001). Distinguishing city and suburban movers: Evidence from the American housing survey. *Housing Policy Debate*, 12(3), 607–631. <https://doi.org/10.1080/10511482.2001.9521420>
- Sassen, S. (1991). *The global city*. Princeton: Princeton University Press.
- Sassen, S. (2007). Una Sociología de la globalización. *Análisis Político*, 61, 3–27.

Bibliografía

- Schaffer, R., y Smith, N. (1986). The gentrification of Harlem?. *Annals of the Association of American Geographers*, 76(3), 347-365. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8306.1986.tb00124.x>
- Schnell, I., y Gracier, I. (1993). Causes of In-migration to TelAviv Inner City Causes of In-migration to Tel-Aviv Inner City. *Urban Studies*, 30(7). <https://doi.org/10.1080/00420989320081121>
- Schroeder, M. A., Lander, J., y Levine-Silverman, S. (1990). Diagnosing and Dealing with Multicollinearity. *Western Journal of Nursing Research*, 12(2), 175–187. <https://doi.org/10.1177%2F019394599001200204>
- Seo, J. K. (2002). Re-urbanisation in regenerated areas of Manchester and Glasgow: New residents and the problems of sustainability. *Cities*, 19(2), 113–121. [https://doi.org/10.1016/S0264-2751\(02\)00006-9](https://doi.org/10.1016/S0264-2751(02)00006-9)
- Sequera, J. (2013). *Las políticas de gentrificación en la ciudad neoliberal. Nuevas clases medias, producción cultural y gestión del espacio público. El caso de Lavapiés en el centro histórico de Madrid.* (Tesis Doctoral inédita). Departamento de Sociología, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Shin, E. J. (2012). *An Empirical Study of Urban/Suburban Residential Location Choice in the Seattle Metropolitan Area.* (Tesis de Máster). Department of Design and Urban Planning, University of Washington, Washington D.C.
- Short, J. R. (1989). Yuppies, yuffies and the new urban order. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 14(2), 173–188.
- Sies, M. C. (2001). North American suburbs, 1880-1950: cultural and social reconsiderations. *Journal of Urban History*, 27(3), 313-346. <https://doi.org/10.1177%2F009614420102700304>
- Simmel, G. (2013 [1900]). *Filosofía del dinero.* Madrid: Capitán Swing.
- Slater, T. (2015). Planetary Rent Gaps. *Antipode*, 49(1), 114–137. <https://doi.org/10.1111/anti.12185>
- Smith, N. (1979). Toward a theory of gentrification: A back to the city movement by capital not people. *Journal of American Planning Association*, 45, 538–548. <https://doi.org/10.1080/01944367908977002>
- Smith, N. (1987). Gentrification and the Rent Gap. *Annals of the Association of American Geographers*, 77(3), 462–465. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8306.1987.tb00171.x>

- Smith, N. (1996). *La nueva frontera urbana: ciudad revanchista y gentrificación*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Smith, N., y DeFilippis, J. (1999). The Reassertion of Economics: 1990s Gentrification in the Lower East Side. *International Journal of Urban and Regional Research*, 23(4), 638–653. <https://doi.org/10.1111/1468-2427.00220>
- Sohmer, R. R., y Lang, R. E. (2001). *Downtown Rebound*. (Fannie Mae Foundation Census Note, Mayo 2011).
- Soursourian, M. (2012). *Suburbanization of poverty in the Bay Area*. (Community Development Research Brief, Federal Reserve Bank of San Francisco, Enero 2012).
- South, S. J., y Crowder, K. D. (1997). Residential Mobility Between Cities and Suburbs: Race, Suburbanization and Back-to-the-City Moves. *Demography*, 34(4), 525–538. <https://doi.org/10.2307/3038307>
- Speare, A. (1970). Homeownership, Life Cycle Stage and Residential Mobility. *Demography*, 7, 449–458. <https://doi.org/10.2307/2060237>
- Speare, A., Goldstein, S., y Frey, W. (1975). *Residential Mobility, Migration and Metropolitan Change*. Cambridge: Ballinger.
- Storper, M., y Manville, M. (2006). Behaviour, Preferences and Cities: Urban Theory and Urban Resurgence. *Urban Studies*, 43(8), 1247–1274. <https://doi.org/10.1080/00420980600775642>
- Stouffer, S. (1940). Intervening Opportunities: A Theory Relating Mobility and Distance. *American Sociological Review*, 5, 845–867. <https://doi.org/10.2307/2084520>
- Stovel, K., y Bolan, M. (2004). Residential Trajectories. *Sociological Methods and Research*, 32(4), 559–598. <https://doi.org/10.1177/0049124103262683>
- Sturtevant, L. A., y Jung, Y. J. (2011). Are We Moving Back to the City? Examining Residential Mobility in the Washington, DC Metropolitan Area. *Growth and Change*, 42(1), 48–71. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2257.2010.00543.x>
- Susino, J. (2003). *Movilidad Residencial: procesos demográficos, estrategias familiares y estructura social* (Tesis Doctoral Inédita). Departamento de Sociología, Universidad de Granada, Granada.
- Susino, J. (2010). La movilidad residencial diferencial en la reconfiguración metropolitana. En J.M. Feria y J.M. Albertos, *La ciudad metropolitana en España: procesos urbanos en los inicios del siglo XXI* (pp. 149-174). Madrid: Thompson-Routers.

Bibliografía

- Susino, J. (2011). La evolución de las migraciones interiores en España: una evaluación de las fuentes demográficas disponibles. *Papers, Revista de Sociología*, 96(3), 853–881. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers/v96n3.304>
- Susino, J. (n.d.). *Propuesta para la creación de un índice de integración residencial*.
- Susino, J., y Barrena, E. (2010). Propuesta de delimitación de las áreas metropolitanas andaluzas como espacios de vida. En C. Delgado (Ed.), *Urbanorte. X Coloquio y jornadas de campo de Geografía Urbana*. Oviedo-Santander-Bilbao: Universidad de Cantabria, Universidad de Oviedo y Universidad del País Vasco.
- Susino, J., Casado, J. M., y Feria, J. M. (2007). Transformaciones sociales y territoriales en el incremento de la movilidad por razón de trabajo en Andalucía. *Cuadernos de geografía*, (81), 71-91.
- Susino, J., y Duque-Calvache, R. (2012). Veinte años de suburbanización en España, 1981-2001: el perfil de sus protagonistas. *Documents D'Anàlisi Geogràfica*, 59(2), 265–290. <https://doi.org/10.5565/rev/dag.31>
- Susino, J., y Palomares-Linares, I. (2013). La movilidad residencial en el área metropolitana de Granada. En J. A. Camacho y Y. Jiménez (Eds.), *Desarrollo Regional Sostenible en tiempos de crisis* (Vol. 2, pp. 345–364). Granada: Universidad de Granada.
- Susino, J. y Torrado, J.M. (2015). *Áreas Metropolitanas Andaluzas. Características y Condiciones de la Movilidad Cotidiana*. Sevilla: Consejería de Fomento de la Junta de Andalucía.
- STATA. (2019). Robust and clustered standard errors. STATA.COM.
- Tezanos, F. (1994). Clases sociales y desigualdad en las sociedades tecnológicas avanzadas. *Revista Internacional de Sociología*, 8–9, 89–135.
- Tiebout, C. M. (1956). A pure theory of local expenditures. *The Journal Of Political Economy*, 64(5), 416–424.
- Todori, J., y Ratkaj, I. (2015). The Beginning of the Reurbanization of the Post-Socialist Belgrade (Serbia): Household Types and Residential Preferences. *SASA*, (86). <https://doi.org/10.13140/RG.2.1.1545.3289>
- Torrado, J. M. (2017). Diversidad de dinámicas de movilidad residencial hacia las cabeceras metropolitanas andaluzas. *Revista de Estudios Andaluces*, 34, 502–528. <http://dx.doi.org/10.12795/rea.2017.i34.17>

- Torrado, J. M. (2018). ¿Seleccionan las ciudades a su población? Tendencias de selectividad residencial en las cabeceras metropolitanas andaluzas. *Cuadernos Geográficos*, 57(2), 1–26. <http://dx.doi.org/10.30827/cuadgeo.v57i2.5935>
- Torrado, J. M., y Susino, J. (n.d.). Una clasificación del sistema de asentamientos de población: aplicación a España.
- Torrado, J. M., Duque-Calvache y Palomares (n.d.). Procesos de centralización metropolitana. Factores individuales y tipologías metropolitanas. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*. En prensa.
- Torrado, J. M., Duque-Calvache y Palomares (n.d.). The demand-side determinants of multiple home ownership in Spain. *International Journal of Housing Policy*. En prensa.
- Torrado, J. M., Morillo, M., y Susino, J. (2018b). El sistema de asentamientos urbanos en España: una clasificación de los municipios españoles según funciones y servicios. En F. Abellán (Coord.) *Ciudades medias y áreas metropolitanas. De la dispersión a la regeneración* (pp. 41–58). Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha.
- Torrado, J. M., Romaní, J., y Susino, J. (2018a). Género y Commuting en las regiones urbanas andaluzas. *Revista Internacional de Sociología*, 76(3). <https://doi.org/10.3989/ris.2018.76.3.17.60>
- Troitiño-Vinuesa, M. (2003). La protección, recuperación y revitalización funcional de los centros históricos. *Colección Mediterráneo Económico*, (3), 131–159.
- Turcotte, M., y Vézina, M. (2010). *Migration entre municipalité centrale et municipalités avoisinantes à Toronto, Montréal et Vancouver* (Tendances sociales canadiennes No. 11–008–X).
- Turok, I., y Mykhnenko, V. (2007). The trajectories of European cities, 1960–2005. *Cities*, 24(3), 165–182. <https://doi.org/10.1016/j.cities.2007.01.007>
- Tzaninis, Y., y Boterman, W. R. (2018). Beyond the urban–suburban dichotomy: Shifting mobilities and the transformation of suburbia. *City*, 22(1), 39–58. <https://doi.org/10.1080/13604813.2018.1432143>
- Ullán de la Rosa, F. J. (2014). *Sociología Urbana: De Marx y Engels a los teóricos posmodernos*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- US Census Bureau. (1932). *Fifteenth Census of the United States: 1930, Metropolitan Districts*. Washington, D. C.: Government Printing Office.

Bibliografía

- Valera, S. (2014). Estudio de la relación entre el espacio simbólico urbano y los procesos de identidad social. Estudio de la relación entre el espacio simbólico urbano y los procesos de identidad social. Resumen. *Revista de Psicología Social*, 12(1), 17–30. <https://doi.org/10.1174/021347497320892009>
- Valera, S., y Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental. *Anuario de Psicología*, (62), 5–24.
- Valero-Matas, J. A., Coca, J. R., y Valero-Oteo, I. (2014). Análisis de la inmigración en España y la crisis económica. *Papeles de Población*, 20(80).
- Viry, G. (2012). Residential mobility and the spatial dispersion of personal networks: Effects on social support. *Social Networks*, 34(1), 59–72. <https://doi.org/10.1016/j.socnet.2011.07.003>
- Viry, G., Hoffmeister, H., y Widmer, E. D. (2013). Residential Trajectories in the Early Life Course and their Effects. En R. Lévy y E. D. Widmer (Eds.) *Gendered Life Courses Between Standardization and Individualization. A European Approach Applied to Switzerland* (pp. 141–160). Zurich: Lit Verlag.
- Visser, P., Dam, F. van y Hooimeijer, P. (2008). Residential environment and spatial variation in house prices in the Netherlands. *Journal of Economic and Social Geography*, 99(3), 348–360. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9663.2008.00472.x>
- Walker, J. L., y Li, J. (2007). Latent lifestyle preferences and household location decisions. *Journal of Geographical Systems*, 9, 77–101. <https://doi.org/10.1007/s10109-006-0030-0>
- Weber, M. (1993 [1922]). *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- White, M. (1976). Firm suburbanization and urban subcenters. *Journal of Urban Economics*, 3(4), 323–343. [https://doi.org/10.1016/0094-1190\(76\)90033-4](https://doi.org/10.1016/0094-1190(76)90033-4)
- White, M. (1977). A model of residential location choice and commuting by men and women workers. *Journal of Regional Science*, 17(1), 41–52. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9787.1977.tb00471.x>
- Williams, R. (2009). Using Heterogeneous Choice Models to Compare Logit and Probit Coefficients Across Groups. *Sociological Methods and Research*, 37(4), 531–559. <https://doi.org/10.1177/0049124109335735>

- Williams, R. (2010). Fitting Heterogeneous Choice Models with Oglm. *The Stata Journal*, 10(4), 540–567. <https://doi.org/10.1177%2F1536867X1101000402>
- Williams, R. (2015). *Heteroskedasticity*. Recuperado de: <https://www3.nd.edu/~rwilliam/>
- Wirth, L. (1938). Urbanism as a Way of Life. *The American Journal of Sociology*, 44(1), 1–24. <https://doi.org/10.1177/004912417200100203>
- Wolf, M. (2018). Understanding the role of centralization processes for cities – Evidence from a spatial perspective of urban Europe 1990-2010. *Cities*, 75, 20–29. <https://doi.org/10.1016/j.cities.2017.01.009>
- Wu, W. (2006). Migrant Intra-urban Residential Mobility in Urban China. *Housing Studies*, 21(5), 745–765. <https://doi.org/10.1080/02673030600807506>
- Yamano, T. (2009). Lecture Notes on Advanced Econometrics Lecture 9: Heteroskedasticity and Robust Estimators. (Working paper número desconocido). Recuperado de: http://www3.grips.ac.jp/~yamanota/Lecture_Note_9_Heteroskedasticity
- Zimmermann, C. (2012). *La era de las metrópolis. Urbanismo y desarrollo de la gran ciudad*. Madrid: Siglo XXI.
- Zukin, S. (2010). *Naked City*. New York: Oxford University Press.

Anexos

Anexo A. Modelos logísticos por pasos para la explicación de la centralización incluyendo la variable lugar de nacimiento utilizando la variable dependiente que pone en relación la centralización con el resto de alternativas posibles (incluyendo sedentarios)

| | Modelo general | | Con lugar de nacimiento | |
|---|----------------|---------|-------------------------|---------|
| | B | SE | B | SE |
| Edad | 0,005 | 0,013 | - 0,002 | 0,013 |
| Edad al cuadrado | - 0,000 ** | 0,000 | - 0,000 * | 0,000 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | | |
| Hombre | 0,136 * | 0,063 | 0,127 * | 0,063 |
| Estado civil (ref=Casado) | | | | |
| Soltero | 0,431 *** | 0,082 | 0,474 *** | 0,082 |
| Viudo | 1,011 *** | 0,156 | 1,016 *** | 0,157 |
| Divorciado/Separado | 1,044 *** | 0,096 | 1,059 *** | 0,096 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | | |
| No familiar | 1,470 *** | 0,131 | 1,433 *** | 0,131 |
| Monoparental hijos menores | - 0,748 *** | 0,157 | - 0,770 *** | 0,157 |
| Monoparental hijos mayores | - 0,174 | 0,149 | - 0,191 | 0,149 |
| Pareja sin hijos | 0,565 *** | 0,102 | 0,565 *** | 0,102 |
| Pareja con hijos menores | - 0,804 *** | 0,114 | - 0,833 *** | 0,113 |
| Pareja con hijos mayores | - 0,984 *** | 0,156 | - 1,014 *** | 0,156 |
| Otra familias | 0,458 *** | 0,103 | 0,372 *** | 0,105 |
| Nivel de estudios (ref=Primarios o inferior) | | | | |
| Secundaria | 0,047 | 0,107 | 0,038 | 0,107 |
| Bachiller/FP | 0,286 ** | 0,104 | 0,226 * | 0,104 |
| Superiores | 0,999 *** | 0,110 | 0,920 *** | 0,110 |
| Condición sociolaboral (ref= Administrativos) | | | | |
| Profesionales | 0,116 | 0,089 | 0,138 | 0,089 |
| Servicios | 0,112 | 0,103 | 0,076 | 0,102 |
| Operarios | - 0,420 *** | 0,113 | - 0,425 *** | 0,113 |
| Empresarios | - 0,467 ** | 0,136 | - 0,454 ** | 0,136 |
| Parados | - 0,386 | 0,202 | - 0,419 * | 0,201 |
| Inactivos | - 0,223 * | 0,113 | - 0,236 * | 0,112 |
| Otros ocupados | - 0,272 | 0,233 | - 0,260 | 0,233 |
| Nº de tareas que realiza | - 0,169 *** | 0,040 | - 0,157 *** | 0,039 |
| Tiene segunda residencia (ref=No) | | | | |
| Sí | 0,262 *** | 0,060 | 0,243 *** | 0,060 |
| Lugar de trabajo o estudios (ref=Mismo municipio) | | | | |
| Otro municipio | - 1,383 *** | 0,079 | - 1,417 *** | 0,081 |
| Fuera del área | - 1,205 *** | 0,177 | - 1,169 *** | 0,177 |
| Varios municipios | - 0,762 *** | 0,176 | - 0,789 *** | 0,177 |
| Mismo domicilio | - 0,646 *** | 0,117 | - 0,661 *** | 0,117 |
| Ni estudia ni trabaja | - 0,583 *** | 0,072 | - 0,611 *** | 0,072 |
| Tenencia (ref=Propiedad hipotecada) | | | | |
| Propiedad pagada | - 0,263 * | 0,085 | - 0,160 | 0,086 |
| Alquiler | 1,422 *** | 0,078 | 1,338 *** | 0,087 |
| Cedida y otras formas | 0,410 *** | 0,113 | 0,486 *** | 0,112 |
| Lugar de nacimiento (ref=Cabecera) | | | | |
| Corona | | | - 0,932 *** | 0,085 |
| Otra cabecera | | | - 0,411 *** | 0,118 |
| Otra corona | | | - 0,664 ** | 0,217 |
| No metropolitano | | | - 0,631 *** | 0,103 |
| Extranjero | | | - 0,078 | 0,086 |
| Constante | - 5,178 *** | 0,332 | - 4,719 *** | 0,332 |
| N | | 781.154 | | 781.154 |
| Sig | | 0,000 | | 0,000 |
| Log-Lik Modelo completo | - | 228.669 | - | 226.422 |
| AIC | | 457.407 | | 452.924 |
| BIC | - | 92.065 | - | 96.492 |
| Pseudo R ² | | 0,17 | | 0,18 |

*p-valor<0,05; **p-valor<0,01;***p-valor<0,001

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Anexo B. Modelos para la explicación de la centralización según lugar de nacimiento utilizando de la variable dependiente que pone en relación la centralización con el resto de alternativas posibles (incluyendo sedentarios)

| | Concentración | | Recentralización | |
|---|---------------|---------|------------------|---------|
| | dy/dx | SE | dy/dx | SE |
| Edad en grupos (ref=25-34) | | | | |
| 16-24 | -0,38% | 0,004 | -0,19% | 0,002 |
| 35-44 | -0,45% | 0,003 | -0,32% | 0,002 |
| 45-64 | -1,24% ** | 0,004 | -0,89% *** | 0,002 |
| 65 o más | -1,75% ** | 0,006 | -1,26% *** | 0,004 |
| Sexo (ref=Mujer) | | | | |
| Hombre | 0,44% | 0,002 | 0,21% | 0,001 |
| Estado civil (ref=Casado) | | | | |
| Soltero | 1,73% *** | 0,003 | 0,47% * | 0,002 |
| Viudo | 2,63% *** | 0,006 | 0,83% * | 0,004 |
| Divorciado/Separado | 2,30% *** | 0,004 | 1,51% *** | 0,002 |
| Forma de convivencia (ref=Unipersonal) | | | | |
| No familiar | 3,49% *** | 0,005 | 1,56% *** | 0,003 |
| Monoparental hijos menores | -0,42% | 0,006 | -0,91% ** | 0,003 |
| Monoparental hijos mayores | -1,16% | 0,007 | -0,26% | 0,003 |
| Pareja sin hijos | 2,32% *** | 0,004 | 0,57% ** | 0,002 |
| Pareja con hijos menores | -0,34% | 0,005 | -1,59% *** | 0,003 |
| Pareja con hijos mayores | -1,16% | 0,007 | -1,30% *** | 0,003 |
| Otra familias | 1,66% *** | 0,004 | 0,75% ** | 0,002 |
| Nivel de estudios (ref=Primarios o inferior) | | | | |
| Secundaria | -0,29% | 0,004 | 0,16% | 0,002 |
| Bachiller/FP | 0,28% | 0,004 | 0,33% | 0,002 |
| Superiores | 1,22% ** | 0,004 | 1,34% *** | 0,002 |
| Condición sociolaboral (ref= Administrativos) | | | | |
| Profesionales | 0,24% | 0,003 | -0,05% | 0,002 |
| Servicios | 0,31% | 0,004 | -0,05% | 0,002 |
| Operarios | -0,65% | 0,004 | -0,21% | 0,002 |
| Empresarios | -0,04% | 0,005 | -0,49% | 0,003 |
| Parados | -3,75% * | 0,015 | -0,44% | 0,005 |
| Inactivos | -0,48% | 0,005 | -0,49% * | 0,002 |
| Otros ocupados | -0,53% | 0,009 | -0,31% | 0,006 |
| Nº de tareas que realiza | -0,13% | 0,001 | -0,19% * | 0,001 |
| Tiene segunda residencia (ref=No) | | | | |
| Sí | 0,98% *** | 0,002 | 0,57% *** | 0,001 |
| Lugar de trabajo o estudios (ref=Mismo municipio) | | | | |
| Otro municipio | -1,43% *** | 0,003 | -2,55% *** | 0,002 |
| Fuera del área | -1,26% * | 0,006 | -2,32% *** | 0,005 |
| Varios municipios | -0,99% * | 0,005 | -1,58% *** | 0,003 |
| Mismo domicilio | -0,61% | 0,005 | -1,67% *** | 0,003 |
| Ni estudia ni trabaja | -0,28% | 0,003 | -1,47% *** | 0,002 |
| Tenencia (ref=Propiedad hipotecada) | | | | |
| Propiedad pagada | -1,22% *** | 0,003 | 0,15% | 0,002 |
| Alquiler | 2,06% *** | 0,003 | 2,52% *** | 0,002 |
| Cedida y otras formas | 0,29% | 0,004 | 0,94% *** | 0,002 |
| N | | 265.849 | | 238.785 |
| Sig | | 0,000 | | 0,000 |
| Log-Lik Modelo vacío | - | 39.745 | - | 98.112 |
| Log-Lik Modelo completo | - | 31.044 | - | 81.175 |
| AIC | | 62.159 | | 162.422 |
| BIC | - | 16.966 | - | 33.441 |
| Pseudo R ² | | 0,22 | | 0,17 |

*p-valor<0,05; **p-valor<0,01;***p-valor<0,001

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Anexo C. Estadísticos descriptivos de las variables independientes empleadas en los modelos por tipos de (in)movilidad

| Variables cuantitativas | Centralización | | Móviles en corona | | Sedentarios corona | |
|--------------------------------|----------------|--------------|-------------------|--------------|--------------------|--------------|
| | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica |
| Edad | 38,07 | 0,32 | 38,18 | 0,07 | 47,51 | 0,02 |
| Edad al cuadrado | 1.655,22 | 31,13 | 1.660,87 | 6,39 | 2.573,78 | 2,12 |
| Nº de tareas domésticas | 0,67 | 0,02 | 0,86 | 0,00 | 0,77 | 0,00 |
| Variables cualitativas | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % |
| Sexo | | | | | | |
| Hombre | 1.000 | 50% | 22.839 | 49% | 354.916 | 48% |
| Mujer | 990 | 50% | 24.042 | 51% | 377.367 | 52% |
| Forma de convivencia | | | | | | |
| Unipersonal | 207 | 10% | 6.084 | 13% | 63.350 | 9% |
| No familiar | 161 | 8% | 1.089 | 2% | 5.263 | 1% |
| Monoparental con hijos menores | 80 | 4% | 2.370 | 5% | 30.662 | 4% |
| Monoparental con hijos mayores | 82 | 4% | 1.089 | 2% | 29.096 | 4% |
| Pareja sin hijos | 497 | 25% | 12.148 | 26% | 141.508 | 19% |
| Pareja con hijos menores | 320 | 16% | 13.578 | 29% | 288.012 | 39% |
| Pareja con hijos mayores | 73 | 4% | 1.576 | 3% | 79.825 | 11% |
| Otras familias | 570 | 29% | 8.947 | 19% | 94.567 | 13% |
| Nivel de estudios | | | | | | |
| Primarios o inferior | 258 | 13% | 6.672 | 14% | 180.664 | 25% |
| Secundarios | 430 | 22% | 12.120 | 26% | 217.960 | 30% |
| FP o Bachiller | 607 | 31% | 16.200 | 35% | 203.371 | 28% |
| Superiores | 695 | 35% | 11.889 | 25% | 130.288 | 18% |
| Condición socio-económica | | | | | | |
| Profesionales | 490 | 25% | 9.722 | 21% | 109.023 | 15% |
| Administrativos | 367 | 18% | 8.718 | 19% | 107.012 | 15% |
| Servicios | 336 | 17% | 6.992 | 15% | 78.729 | 11% |
| Operarios | 242 | 12% | 7.722 | 16% | 102.692 | 14% |
| Empresarios | 103 | 5% | 3.162 | 7% | 53.518 | 7% |
| Parados | 48 | 2% | 1.252 | 3% | 15.555 | 2% |
| Inactivos | 379 | 19% | 8.704 | 19% | 258.873 | 35% |
| Otros ocupados | 25 | 1% | 609 | 1% | 6.881 | 1% |
| Tiene segunda vivienda | | | | | | |
| Sí | 701 | 35% | 13.697 | 29% | 200.037 | 27% |
| No | 1.289 | 65% | 33.184 | 71% | 532.246 | 73% |
| Ambito de trabajo | | | | | | |
| Mismo municipio | 710 | 36% | 8.052 | 17% | 112.483 | 15% |
| Otro municipio | 385 | 19% | 16.847 | 36% | 203.615 | 28% |
| Fuera del área | 45 | 2% | 1.410 | 3% | 19.244 | 3% |
| Varios municipios | 86 | 4% | 2.469 | 5% | 34.135 | 5% |
| Mismo domicilio | 119 | 6% | 2.412 | 5% | 37.645 | 5% |
| Ni estudia ni trabajo | 645 | 32% | 15.691 | 33% | 325.161 | 44% |
| Tenencia de la vivienda | | | | | | |
| Propiedad pagada | 437 | 22% | 6.623 | 14% | 354.474 | 48% |
| Propiedad hipotecada | 584 | 29% | 19.977 | 43% | 288.008 | 39% |
| Alquiler | 822 | 41% | 16.983 | 36% | 43.059 | 6% |
| Cedida | 147 | 7% | 3.298 | 7% | 46.742 | 6% |
| Lugar de nacimiento | | | | | | |
| Cabecera del mismo área | 829 | 42% | 15.771 | 34% | 222.185 | 30% |
| Corona del mism área | 281 | 14% | 11.129 | 24% | 254.439 | 35% |
| Otra cabecera | 118 | 6% | 3.344 | 7% | 41.548 | 6% |
| Otra corona | 30 | 2% | 909 | 2% | 16.449 | 2% |
| No metropolitano | 179 | 9% | 4.928 | 11% | 149.557 | 20% |
| Extranjero | 553 | 28% | 10.800 | 23% | 48.105 | 7% |
| | 1.990 | | 46.881 | | 732.283 | |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Anexo D. Estadísticos descriptivos de las variables independientes empleadas en los modelos por tipos de (in)movilidad para nacidos en cabeceras

| Variables cuantitativas | Centralización | | Móviles en corona | | Sedentarios corona | |
|--------------------------------|----------------|--------------|-------------------|--------------|--------------------|--------------|
| | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica |
| Nº de tareas domésticas | 0,68 | 0,02 | 0,90 | 0,01 | 0,79 | 0,00 |
| Variables cualitativas | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % |
| Edad en grupos | | | | | | |
| 16-25 | 107 | 13% | 1.643 | 10% | 32.829 | 15% |
| 26-34 | 314 | 38% | 7.230 | 46% | 49.943 | 22% |
| 35-44 | 226 | 27% | 4.525 | 29% | 66.117 | 30% |
| 45-64 | 146 | 18% | 1.931 | 12% | 57.934 | 26% |
| 65 o más | 36 | 4% | 442 | 3% | 15.362 | 7% |
| Sexo | | | | | | |
| Hombre | 438 | 53% | 7.925 | 50% | 110.733 | 50% |
| Mujer | 391 | 47% | 7.846 | 50% | 111.452 | 50% |
| Forma de convivencia | | | | | | |
| Unipersonal | 103 | 12% | 2.426 | 15% | 15.227 | 7% |
| No familiar | 37 | 4% | 265 | 2% | 1.159 | 1% |
| Monoparental con hijos menores | 42 | 5% | 790 | 5% | 11.973 | 5% |
| Monoparental con hijos mayores | 46 | 6% | 324 | 2% | 7.711 | 3% |
| Pareja sin hijos | 219 | 26% | 4.831 | 31% | 32.148 | 14% |
| Pareja con hijos menores | 126 | 15% | 4.661 | 30% | 109.391 | 49% |
| Pareja con hijos mayores | 51 | 6% | 507 | 3% | 21.990 | 10% |
| Otras familias | 205 | 25% | 1.967 | 12% | 22.586 | 10% |
| Nivel de estudios | | | | | | |
| Primarios o inferior | 69 | 8% | 1.087 | 7% | 23.603 | 11% |
| Secundarios | 193 | 23% | 3.868 | 25% | 62.610 | 28% |
| FP o Bachiller | 257 | 31% | 5.948 | 38% | 81.620 | 37% |
| Superiores | 310 | 37% | 4.868 | 31% | 54.352 | 24% |
| Condición socio-económica | | | | | | |
| Profesionales | 230 | 28% | 4.317 | 27% | 46.959 | 21% |
| Administrativos | 185 | 22% | 3.774 | 24% | 45.946 | 21% |
| Servicios | 103 | 12% | 1.873 | 12% | 23.659 | 11% |
| Operarios | 111 | 13% | 2.363 | 15% | 31.011 | 14% |
| Empresarios | 51 | 6% | 1.145 | 7% | 16.842 | 8% |
| Parados | 15 | 2% | 225 | 1% | 5.330 | 2% |
| Inactivos | 126 | 15% | 1.899 | 12% | 50.264 | 23% |
| Otros ocupados | 8 | 1% | 175 | 1% | 2.174 | 1% |
| Tiene segunda vivienda | | | | | | |
| Sí | 298 | 36% | 4.885 | 31% | 67.207 | 30% |
| No | 531 | 64% | 10.886 | 69% | 154.978 | 70% |
| Ámbito de trabajo | | | | | | |
| Mismo municipio | 337 | 41% | 2.458 | 16% | 34.723 | 16% |
| Otro municipio | 170 | 21% | 7.423 | 47% | 88.929 | 40% |
| Fuera del área | 14 | 2% | 428 | 3% | 6.204 | 3% |
| Varios municipios | 40 | 5% | 891 | 6% | 11.997 | 5% |
| Mismo domicilio | 43 | 5% | 810 | 5% | 12.019 | 5% |
| Ni estudia ni trabajo | 225 | 27% | 3.761 | 24% | 68.313 | 31% |
| Tenencia de la vivienda | | | | | | |
| Propiedad pagada | 229 | 28% | 1.970 | 12% | 83.990 | 38% |
| Propiedad hipotecada | 260 | 31% | 8.746 | 55% | 117.598 | 53% |
| Alquiler | 271 | 33% | 3.922 | 25% | 8.655 | 4% |
| Cedida | 69 | 8% | 1.133 | 7% | 11.942 | 5% |
| | 829 | | 15.771 | | 222.185 | |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Anexo E. Estadísticos descriptivos de las variables independientes empleadas en los modelos por tipos de (in)movilidad para nacidos en coronas

| Variables cuantitativas | Centralización | | Móviles en corona | | Sedentarios corona | |
|--------------------------------|----------------|--------------|-------------------|--------------|--------------------|--------------|
| | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica |
| Nº de tareas domésticas | 0,67 | 0,04 | 0,84 | 0,01 | 0,72 | 0,00 |
| Variables cualitativas | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % |
| Edad en grupos | | | | | | |
| 16-25 | 38 | 14% | 1.443 | 13% | 36.949 | 15% |
| 26-34 | 120 | 43% | 4.477 | 40% | 34.990 | 14% |
| 35-44 | 57 | 20% | 2.543 | 23% | 47.795 | 19% |
| 45-64 | 40 | 14% | 1.883 | 17% | 82.498 | 32% |
| 65 o más | 26 | 9% | 783 | 7% | 52.207 | 21% |
| Sexo | | | | | | |
| Hombre | 154 | 55% | 5.589 | 50% | 125.066 | 49% |
| Mujer | 127 | 45% | 5.540 | 50% | 129.373 | 51% |
| Forma de convivencia | | | | | | |
| Unipersonal | 22 | 8% | 1.754 | 16% | 23.521 | 9% |
| No familiar | 20 | 7% | 190 | 2% | 1.376 | 1% |
| Monoparental con hijos menores | 10 | 4% | 610 | 5% | 10.891 | 4% |
| Monoparental con hijos mayores | 6 | 2% | 355 | 3% | 12.011 | 5% |
| Pareja sin hijos | 105 | 37% | 3.170 | 28% | 43.647 | 17% |
| Pareja con hijos menores | 42 | 15% | 2.741 | 25% | 98.418 | 39% |
| Pareja con hijos mayores | 7 | 2% | 475 | 4% | 29.160 | 11% |
| Otras familias | 69 | 25% | 1.834 | 16% | 35.415 | 14% |
| Nivel de estudios | | | | | | |
| Primarios o inferior | 42 | 15% | 1.631 | 15% | 70.350 | 28% |
| Secundarios | 63 | 22% | 3.476 | 31% | 84.461 | 33% |
| FP o Bachiller | 75 | 27% | 3.629 | 33% | 66.409 | 26% |
| Superiores | 101 | 36% | 2.393 | 22% | 33.219 | 13% |
| Condición socio-económica | | | | | | |
| Profesionales | 83 | 30% | 2.170 | 19% | 29.540 | 12% |
| Administrativos | 52 | 19% | 2.206 | 20% | 33.316 | 13% |
| Servicios | 36 | 13% | 1.331 | 12% | 24.499 | 10% |
| Operarios | 33 | 12% | 2.137 | 19% | 40.504 | 16% |
| Empresarios | 18 | 6% | 893 | 8% | 19.733 | 8% |
| Parados | 1 | 0% | 213 | 2% | 6.568 | 3% |
| Inactivos | 54 | 19% | 2.043 | 18% | 98.190 | 39% |
| Otros ocupados | 4 | 1% | 136 | 1% | 2.089 | 1% |
| Tiene segunda vivienda | | | | | | |
| Sí | 99 | 35% | 2.370 | 21% | 47.715 | 19% |
| No | 182 | 65% | 8.759 | 79% | 206.724 | 81% |
| Ámbito de trabajo | | | | | | |
| Mismo municipio | 84 | 30% | 2.129 | 19% | 44.292 | 17% |
| Otro municipio | 72 | 26% | 3.858 | 35% | 58.767 | 23% |
| Fuera del área | 9 | 3% | 385 | 3% | 7.201 | 3% |
| Varios municipios | 11 | 4% | 610 | 5% | 11.460 | 5% |
| Mismo domicilio | 16 | 6% | 597 | 5% | 13.875 | 5% |
| Ni estudia ni trabajo | 89 | 32% | 3.550 | 32% | 118.844 | 47% |
| Tenencia de la vivienda | | | | | | |
| Propiedad pagada | 57 | 20% | 2.357 | 21% | 141.476 | 56% |
| Propiedad hipotecada | 110 | 39% | 5.193 | 47% | 81.920 | 32% |
| Alquiler | 87 | 31% | 2.476 | 22% | 8.536 | 3% |
| Cedida | 27 | 10% | 1.103 | 10% | 22.507 | 9% |
| | 281 | | 11.129 | | 254.439 | |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Anexo F. Estadísticos descriptivos de los modelos para la explicación de la centralización según tipo de área metropolitana

| Variables cuantitativas | Regiones urbanas y grandes áreas | | | | Menores e incipientes | | | |
|-------------------------------------|----------------------------------|--------------|-----------------------|--------------|-----------------------|--------------|-----------------------|--------------|
| | Centralización | | Resto de alternativas | | Centralización | | Resto de alternativas | |
| | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica |
| Edad | 38,2 | 14,3 | 46,9 | 17,7 | 40,3 | 16,2 | 47,9 | 18,5 |
| Edad al cuadrado | 1.666,9 | 1.385,1 | 2.514,6 | 1.794,6 | 1.885,7 | 1.646,5 | 2.635,0 | 1.915,5 |
| Nº de tareas domésticas que realiza | 0,64 | 0,66 | 0,78 | 0,78 | 0,69 | 0,73 | 0,76 | 0,77 |
| ILR1 | 7,42 | 6,32 | 5,86 | 5,76 | 2,33 | 2,68 | 1,51 | 2,02 |
| Variables cualitativas | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % |
| Sexo | | | | | | | | |
| Hombre | 710 | 49% | 277.572 | 48% | 132 | 54% | 62.728 | 49% |
| Mujer | 744 | 51% | 295.867 | 52% | 112 | 46% | 64.506 | 51% |
| Forma de convivencia | | | | | | | | |
| Unipersonal | 147 | 10% | 49.952 | 9% | 33 | 14% | 11.833 | 9% |
| No familiar | 148 | 10% | 4.816 | 1% | 9 | 4% | 948 | 1% |
| Monoparental con hijos menores | 52 | 4% | 24.025 | 4% | 9 | 4% | 4.361 | 3% |
| Monoparental con hijos mayores | 60 | 4% | 21.818 | 4% | 12 | 5% | 5.108 | 4% |
| Pareja sin hijos | 365 | 25% | 115.271 | 20% | 67 | 27% | 25.207 | 20% |
| Pareja con hijos menores | 202 | 14% | 223.514 | 39% | 41 | 17% | 47.930 | 38% |
| Pareja con hijos mayores | 51 | 4% | 60.881 | 11% | 10 | 4% | 12.479 | 10% |
| Otras familias | 429 | 30% | 73.162 | 13% | 63 | 26% | 19.368 | 15% |
| Nivel de estudios | | | | | | | | |
| Primarios o inferior | 186 | 13% | 134.583 | 23% | 53 | 22% | 36.499 | 29% |
| Secundarios | 300 | 21% | 166.933 | 29% | 63 | 26% | 39.969 | 31% |
| FP o Bachiller | 434 | 30% | 163.203 | 28% | 79 | 32% | 31.997 | 25% |
| Superiores | 534 | 37% | 108.720 | 19% | 49 | 20% | 18.769 | 15% |
| Condición socio-económica | | | | | | | | |
| Profesionales | 374 | 26% | 92.610 | 16% | 31 | 13% | 14.680 | 12% |
| Administrativos | 275 | 19% | 88.039 | 15% | 45 | 18% | 15.531 | 12% |
| Servicios | 240 | 17% | 62.226 | 11% | 40 | 16% | 13.475 | 11% |
| Operarios | 167 | 11% | 78.303 | 14% | 36 | 15% | 21.302 | 17% |
| Empresarios | 77 | 5% | 40.218 | 7% | 20 | 8% | 11.432 | 9% |
| Parados | 39 | 3% | 12.248 | 2% | 5 | 2% | 2.788 | 2% |
| Inactivos | 262 | 18% | 194.463 | 34% | 63 | 26% | 46.555 | 37% |
| Otros ocupados | 20 | 1% | 5.332 | 1% | 4 | 2% | 1.471 | 1% |
| Tiene segunda vivienda | | | | | | | | |
| Sí | 537 | 37% | 171.522 | 30% | 83 | 34% | 24.467 | 19% |
| No | 917 | 63% | 401.917 | 70% | 161 | 66% | 102.767 | 81% |
| Ámbito de trabajo | | | | | | | | |
| Mismo municipio | 523 | 36% | 87.953 | 15% | 72 | 30% | 21.252 | 17% |
| Otro municipio | 295 | 20% | 171.597 | 30% | 42 | 17% | 25.208 | 20% |
| Fuera del área | 20 | 1% | 11.124 | 2% | 18 | 7% | 8.300 | 7% |
| Varios municipios | 64 | 4% | 26.754 | 5% | 9 | 4% | 6.218 | 5% |
| Mismo domicilio | 86 | 6% | 28.684 | 5% | 12 | 5% | 7.282 | 6% |
| Ni estudia ni trabajo | 466 | 32% | 247.327 | 43% | 91 | 37% | 58.974 | 46% |
| Tenencia | | | | | | | | |
| Propiedad pagada | 308 | 21% | 264.060 | 46% | 58 | 24% | 62.530 | 49% |
| Propiedad hipotecada | 399 | 27% | 231.808 | 40% | 92 | 38% | 45.980 | 36% |
| Alquiler | 641 | 44% | 46.782 | 8% | 73 | 30% | 7.624 | 6% |
| Cedida u otra | 106 | 7% | 30.789 | 5% | 21 | 9% | 11.100 | 9% |
| | 1.454 | 100% | 573.439 | 100% | 244 | 100% | 127.234 | 100% |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Anexo G. Estadísticos descriptivos de los modelos para la explicación de la centralización y la suburbanización en regiones urbanas y grandes áreas

| Variables cuantitativas | Centralización | | Resto de alternativas | | Suburbanización | | Resto de alternativas | |
|-----------------------------|----------------|--------------|-----------------------|--------------|-----------------|--------------|-----------------------|--------------|
| | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica | Media | Desv. Típica |
| Edad | 41,7 | 0,1 | 47,2 | 0,0 | 42,5 | 0,1 | 52,1 | 0,0 |
| Edad al cuadrado | 1.940,7 | 12,2 | 2.544,3 | 0,7 | 2.018,6 | 7,3 | 3.080,5 | 3,4 |
| Nº de tareas domésticas que | 0,81 | 0,01 | 0,77 | 0,00 | 0,90 | 0,00 | 0,74 | 0,00 |
| Variables cualitativas | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % | Frecuencia | % |
| Sexo | | | | | | | | |
| Hombre | 6.599 | 50% | 239.031 | 49% | 20.671 | 50% | 164.110 | 46% |
| Mujer | 6.601 | 50% | 253.382 | 51% | 20.793 | 50% | 195.554 | 54% |
| Estado civil | | | | | | | | |
| Soltero | 5.126 | 39% | 144.502 | 29% | 12.797 | 31% | 115.816 | 32% |
| Casado | 5.887 | 45% | 289.543 | 59% | 23.866 | 58% | 187.815 | 52% |
| Viudo | 490 | 4% | 32.350 | 7% | 1.632 | 4% | 34.757 | 10% |
| Separado o divorciado | 1.697 | 13% | 26.018 | 5% | 3.169 | 8% | 21.276 | 6% |
| Forma de convivencia | | | | | | | | |
| Unipersonal | 1.932 | 15% | 43.046 | 9% | 4.207 | 10% | 49.409 | 14% |
| No familiar | 439 | 3% | 3.260 | 1% | 486 | 1% | 4.249 | 1% |
| Monoparental con hijos menc | 651 | 5% | 20.568 | 4% | 1.691 | 4% | 15.272 | 4% |
| Monoparental con hijos mayc | 483 | 4% | 20.449 | 4% | 800 | 2% | 23.348 | 6% |
| Pareja sin hijos | 2.982 | 23% | 99.277 | 20% | 9.426 | 23% | 74.729 | 21% |
| Pareja con hijos menores | 4.172 | 32% | 189.617 | 39% | 18.507 | 45% | 105.194 | 29% |
| Pareja con hijos mayores | 502 | 4% | 58.484 | 12% | 1.470 | 4% | 44.251 | 12% |
| Otras familias | 2.039 | 15% | 57.712 | 12% | 4.877 | 12% | 43.212 | 12% |
| Nivel de estudios | | | | | | | | |
| Primarios o inferior | 1.433 | 11% | 123.022 | 25% | 4.604 | 11% | 79.669 | 22% |
| Secundarios | 2.665 | 20% | 149.279 | 30% | 8.508 | 21% | 82.517 | 23% |
| FP o Bachiller | 4.028 | 31% | 135.536 | 28% | 14.217 | 34% | 95.919 | 27% |
| Superiores | 5.074 | 38% | 84.576 | 17% | 14.135 | 34% | 101.559 | 28% |
| Condición socio-económica | | | | | | | | |
| Profesionales | 4.072 | 31% | 74.116 | 15% | 11.908 | 29% | 72.520 | 20% |
| Administrativos | 2.635 | 20% | 73.701 | 15% | 8.657 | 21% | 52.323 | 15% |
| Servicios | 1.596 | 12% | 50.533 | 10% | 4.425 | 11% | 29.985 | 8% |
| Operarios | 1.288 | 10% | 67.709 | 14% | 4.428 | 11% | 23.540 | 7% |
| Empresarios | 885 | 7% | 35.081 | 7% | 3.100 | 7% | 18.638 | 5% |
| Parados | 145 | 1% | 9.810 | 2% | 489 | 1% | 5.877 | 2% |
| Inactivos | 2.424 | 18% | 177.165 | 36% | 8.074 | 19% | 154.472 | 43% |
| Otros ocupados | 155 | 1% | 4.298 | 1% | 383 | 1% | 2.309 | 1% |
| Tiene segunda vivienda | | | | | | | | |
| Sí | 5.010 | 38% | 142.976 | 29% | 14.830 | 36% | 144.411 | 40% |
| No | 8.190 | 62% | 349.437 | 71% | 26.634 | 64% | 215.253 | 60% |
| Ámbito de trabajo | | | | | | | | |
| Mismo municipio | 5.098 | 39% | 76.465 | 16% | 4.443 | 11% | 126.061 | 35% |
| Otro municipio | 2.672 | 20% | 140.452 | 29% | 19.612 | 47% | 30.919 | 9% |
| Fuera del área | 240 | 2% | 9.021 | 2% | 781 | 2% | 4.882 | 1% |
| Varios municipios | 639 | 5% | 22.601 | 5% | 2.257 | 5% | 10.374 | 3% |
| Mismo domicilio | 834 | 6% | 24.368 | 5% | 2.131 | 5% | 17.933 | 5% |
| Ni estudia ni trabajo | 3.717 | 28% | 219.506 | 45% | 12.240 | 30% | 169.495 | 47% |
| Tenencia de la vivienda | | | | | | | | |
| Propiedad pagada | 2.621 | 20% | 253.072 | 51% | 6.437 | 16% | 204.442 | 57% |
| Propiedad hipotecada | 6.275 | 48% | 186.805 | 38% | 28.750 | 69% | 95.613 | 27% |
| Alquiler | 3.135 | 24% | 25.920 | 5% | 4.315 | 10% | 37.796 | 11% |
| Cedida | 1.169 | 9% | 26.616 | 5% | 1.962 | 5% | 21.813 | 6% |
| Lugar de nacimiento | | | | | | | | |
| Cabecera | 6.992 | 53% | 157.791 | 32% | 26.196 | 63% | 203.836 | 57% |
| Corona | 2.106 | 16% | 168.920 | 34% | 3.248 | 8% | 17.900 | 5% |
| Otra cabecera | 834 | 6% | 24.925 | 5% | 2.689 | 6% | 25.365 | 7% |
| Otra corona | 180 | 1% | 10.770 | 2% | 626 | 2% | 8.022 | 2% |
| No metropolitano | 1.480 | 11% | 112.593 | 23% | 4.982 | 12% | 87.935 | 24% |
| Extranjero | 1.608 | 12% | 17.414 | 4% | 3.723 | 9% | 16.606 | 5% |
| Tamaño de la vivienda | | | | | | | | |
| Menos de 76 m | 6.781 | 51% | 143.888 | 29% | 10.369 | 25% | 154.046 | 43% |
| 76 a 89 m | 3.355 | 25% | 138.537 | 28% | 10.403 | 25% | 96.659 | 27% |
| 90 a 120 m | 2.027 | 15% | 110.992 | 23% | 9.343 | 23% | 70.304 | 20% |
| Más de 120 m | 1.037 | 8% | 98.996 | 20% | 11.349 | 27% | 38.655 | 11% |
| Antigüedad de la vivienda | | | | | | | | |
| Anterior a 1940 | 1.516 | 11% | 20.931 | 4% | 924 | 2% | 34.105 | 9% |
| 1940 a 1960 | 1.900 | 14% | 32.516 | 7% | 1.485 | 4% | 54.174 | 15% |
| 1961 a 1970 | 2.476 | 19% | 68.461 | 14% | 2.957 | 7% | 86.571 | 24% |
| 1971 a 1980 | 2.073 | 16% | 132.614 | 27% | 6.514 | 16% | 83.805 | 23% |
| 1981 a 1990 | 793 | 6% | 67.758 | 14% | 3.729 | 9% | 35.869 | 10% |
| 1991 a 2001 | 1.323 | 10% | 95.119 | 19% | 8.493 | 20% | 33.256 | 9% |
| posterior a 2001 | 3.119 | 24% | 75.014 | 15% | 17.362 | 42% | 31.884 | 9% |
| | 13.200 | | 492.413 | | 41.464 | | 359.664 | |

Fuente: Elaboración propia a partir del Censo de Población y Vivienda 2011

Índices de tablas y figuras

Índice de tablas

| | |
|--|-----|
| Tabla 5.1. Características generales de las áreas metropolitanas españolas en 2011 ... | 116 |
| Tabla 5.2. Características generales de los distintos tipos de áreas, 2011..... | 117 |
| Tabla 5.3. Características y flujos de movilidad en el período 2010-2011 en las áreas metropolitanas españolas según tipo de área..... | 122 |
| Tabla 5.4. Indicadores utilizados para la construcción de los subíndices de centralidad | 126 |
| Tabla 6.1. Construcción de las variables de movilidad residencial..... | 149 |
| Tabla 6.2. La movilidad metropolitana en el período 2010-2011 | 150 |
| Tabla 6.3. La movilidad metropolitana en el período 2001-2011 | 151 |
| Tabla 6.4. Áreas metropolitanas según tipo | 158 |
| Tabla 6.5. Descriptivo de las variables empleadas en el modelo de ejemplo..... | 170 |
| Tabla 6.6. VIF test para las variables independientes del modelo de ejemplo..... | 174 |
| Tabla 6.7. Modelo de ejemplo final para explicar la centralización..... | 176 |
| Tabla 6.8. Medidas de bondad de ajuste del modelo de ejemplo | 177 |

| | |
|---|-----|
| Tabla 6.9. Modelo de ejemplo por pasos..... | 180 |
| Tabla 6.10. Estadísticos de bondad de ajuste y medidas de contraste del modelo de ejemplo por pasos | 181 |
| Tabla 6.11. Efectos marginales medios (AMEs) de las variables del modelo de ejemplo | 184 |
| Tabla 7.1. Centralización por sexos y tipo de área metropolitana..... | 197 |
| Tabla 7.2. Centralización según sexo y estado civil..... | 201 |
| Tabla 7.3. Centralización según forma de convivencia y tipo de área metropolitana.. | 202 |
| Tabla 7.4. Centralización según condición sociolaboral y tipo de área metropolitana | 205 |
| Tabla 7.5. Centralización según lugar de nacimiento y tipo de área metropolitana..... | 206 |
| Tabla 7.6. Número medio de tareas domésticas realizadas según tipo de área metropolitana para centralización y movilidad en corona..... | 208 |
| Tabla 7.7. Características del parque de viviendas que ocupan los centralizadores según tipo de área..... | 210 |
| Tabla 7.8. Propensión (índices base 100) de los centralizadores a ocupar viviendas según antigüedad, por tipo de área..... | 213 |
| Tabla 8.1. Estadísticos descriptivos de las variables independientes empleadas en los modelos por tipo de (in)movilidad | 224 |
| Tabla 8.2. Estadísticos de ajuste de los modelos por pasos realizados tomando las dos variables dependientes consideradas | 226 |
| Tabla 8.3. Modelos logísticos para la explicación de la centralización | 229 |
| Tabla 9.1. Modelos logísticos por pasos para la explicación de la centralización incluyendo la variable lugar de nacimiento | 249 |
| Tabla 9.2. Modelos para la explicación de la centralización según lugar de nacimiento de sus protagonistas..... | 252 |
| Tabla 10.1. Modelos logísticos por pasos para la explicación de la centralización incluyendo las variables territoriales tipo de área e IIR del municipio anterior..... | 267 |
| Tabla 10.2. Modelos para la explicación de la centralización según tipo de área de residencia | 272 |
| Tabla 11.1. Perfil de los protagonistas de la suburbanización y la centralización según variables indicativas de los cursos vitales | 290 |
| Tabla 11.2. Características de las viviendas principales de los protagonistas de la suburbanización y la centralización..... | 291 |

| | |
|--|-----|
| Tabla 11.3. Perfil de los protagonistas de la suburbanización y la centralización según variables indicativas de los estilos de vida | 292 |
| Tabla 11.4. Perfil de los protagonistas de la suburbanización y la centralización según variables indicativas de la posición social | 293 |
| Tabla 11.5. Modelos para la explicación de la suburbanización y la centralización en las principales áreas metropolitanas españolas | 295 |

Índice de figuras

| | |
|---|-----|
| Figura 3.1. Modelo de urbanización diferencial de Geyer y Kontuly | 64 |
| Figura 3.2. Evolución de los saldos migratorios por tipos de ciudades en Francia, 1950-1980 | 65 |
| Figura 3.3. Modelo general de desarrollo metropolitano | 68 |
| Figura 4.1. Explicación de la decisión de movilidad desde las teorías clásicas | 85 |
| Figura 4.2. Propuesta de Clara Mulder para la explicación de la decisión de movilidad | 89 |
| Figura 4.3. Explicación de la elección de entorno residencial según el enfoque del ajuste funcional | 97 |
| Figura 4.4. Explicación compleja de la elección de entorno residencial..... | 102 |
| Figura 4.5. Propuesta personal para analizar la explicación de la elección de entorno residencial..... | 105 |
| Figura 5.1. Distribución espacial de las áreas metropolitanas españolas en 2011 | 115 |
| Figura 5.2. Porcentaje que representan las distintas formas de movilidad residencial respecto al total de movilidad intermunicipal en el período 2010-2011 por tipo de área | 120 |
| Figura 5.3. Municipios españoles según subíndice de centralidad administrativa..... | 127 |
| Figura 5.4. Municipios españoles según subíndice de centralidad comercial | 128 |
| Figura 5.5. Municipios españoles según subíndice de centralidad sanitaria | 129 |
| Figura 5.6. Municipios españoles según subíndice de centralidad educativa | 130 |
| Figura 5.7. Municipios españoles según subíndice de centralidad laboral..... | 131 |
| Figura 5.8. Municipios españoles según número de funciones en los que tiene algún tipo de centralidad..... | 133 |
| Figura 5.9. Distribución por antigüedad de las viviendas principales en cabeceras y coronas según tipo de área de residencia..... | 134 |
| Figura 5.10. Distribución por tamaño de las viviendas principales en cabeceras y coronas según tipo de área metropolitana | 135 |
| Figura 5.11. Distribución por tenencia de las viviendas principales en cabeceras y coronas según tipo de área metropolitana | 136 |
| Figura 5.12. Edad media de los residentes en cabeceras y coronas según tipo de área de residencia | 137 |
| Figura 5.13. Diferencia de la edad media de los residentes en cabeceras respecto a los de las coronas según tipo de área de residencia | 138 |

| | |
|--|-----|
| Figura 5.14. Distribución según forma de convivencia de los residentes en cabeceras y coronas según tipo de área de residencia..... | 139 |
| Figura 5.15. Proporción de las cuatro principales categorías profesionales al total de ocupados del total del área según tipo de área..... | 141 |
| Figura 7.1. Análisis de correspondencias entre movilidad residencial total y estado civil | 192 |
| Figura 7.2. Análisis de correspondencias entre movilidad residencial total y forma de convivencia..... | 193 |
| Figura 7.3. Análisis de correspondencias entre movilidad residencial total y nivel de estudios | 194 |
| Figura 7.4. Análisis de correspondencias entre movilidad residencial total y condición sociolaboral..... | 195 |
| Figura 7.5. Edad media de los protagonistas de la centralización y la movilidad en la corona por tipo de área metropolitana | 198 |
| Figura 7.6. Centralización según edad en grandes grupos y tipo de área metropolitana | 199 |
| Figura 7.7. Centralización según estado civil y tipo de área metropolitana..... | 200 |
| Figura 7.8. Diferencias porcentuales entre los movimientos de centralización y el resto de movilidad en la corona según nivel de estudios | 203 |
| Figura 7.9. Centralización según nivel de estudios por tipo de área metropolitana | 204 |
| Figura 7.10. Centralización de los nacidos en las cabeceras por tipo de áreas metropolitana (% respecto al total de población nacida en las áreas) | 207 |
| Figura 7.11. Centralización según lugar de trabajo o estudios y tipo de área metropolitana | 208 |
| Figura 7.12. Disponibilidad de segunda residencia según tipo de área metropolitana. | 209 |
| Figura 7.14. Propensión (índice en base 100) de profesionales y sectores populares a ocupar viviendas según antigüedad, por tipo de área | 215 |
| Figura 11.1. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según forma de convivencia | 296 |
| Figura 11.2. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según nivel de estudios | 298 |
| Figura 11.3. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según condición sociolaboral (para principales categorías de ocupados) | 299 |

| | |
|--|-----|
| Figura 11.4. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según lugar de trabajo..... | 300 |
| Figura 11.6. Efectos marginales sobre la probabilidad de centralizarse y suburbanizarse según antigüedad de la vivienda..... | 302 |

Índices de Anexos

| | |
|--|-----|
| Anexo A. Modelos logísticos por pasos para la explicación de la centralización incluyendo la variable lugar de nacimiento utilizando la variable dependiente que pone en relación la centralización con el resto de alternativas posibles (incluyendo sedentarios) | 360 |
| Anexo B. Modelos para la explicación de la centralización según lugar de nacimiento utilizando de la variable dependiente que pone en relación la centralización con el resto de alternativas posibles (incluyendo sedentarios) | 361 |
| Anexo C. Estadísticos descriptivos de las variables independientes empleadas en los modelos por tipos de (in)movilidad..... | 362 |
| Anexo D. Estadísticos descriptivos de las variables independientes empleadas en los modelos por tipos de (in)movilidad para nacidos en cabeceras | 363 |
| Anexo E. Estadísticos descriptivos de las variables independientes empleadas en los modelos por tipos de (in)movilidad para nacidos en coronas | 364 |
| Anexo F. Estadísticos descriptivos de los modelos para la explicación de la centralización según tipo de área metropolitana | 365 |
| Anexo G. Estadísticos descriptivos de los modelos para la explicación de la centralización y la suburbanización en regiones urbanas y grandes áreas..... | 366 |

